

Desde el corazón del Estado

La Gobernación se cuenta



Ciudad del Vaticano

AÑO 2 · NÚMERO 4 · OCTUBRE · DICIEMBRE 2025

Desde el corazón del Estado

La Gobernación se cuenta

AÑO 2 - NÚMERO 4 - OCTUBRE - DICIEMBRE 2025

En portada:

Árbol y belén en la Plaza de San Pedro

Publicado por la Gobernación del Estado de la Ciudad del Vaticano

Comunicación Institucional

00120 Ciudad del Vaticano

(Estado de la Ciudad del Vaticano)

Email: comunicazione@scv.va

Website: www.vaticanstate.va

X (Twitter): [Governatorato_scv](https://twitter.com/Governatorato_scv)

Instagram: [Governatorato_scv](https://www.instagram.com/Governatorato_scv)

Responsable editorial

Nicola Gori

EDITORA

GOBERNACIÓN DEL ESTADO DE LA CIUDAD DEL VATICANO

00120 CIUDAD DEL VATICANO

Copyright

© Governatorato

Terminado de imprimir en el mes de diciembre de 2025



Por tanto, celebrems el nacimiento del Señor ...

“Por tanto, celebrems el nacimiento del Señor con la asistencia y aire de fiesta que merece.(...) Exultad de gozo vosotros, los justos: ha nacido el que os justifica. Exultad vosotros, los débiles y los enfermos: ha nacido el que os sana. Exultad vosotros, los cautivos: ha nacido el que os redime. Exulten los siervos: ha nacido el Señor. Exulten los hombres libres: ha nacido el que los libera. Exulten todos los cristianos: ha nacido Cristo.” (Sermón 184, 2)

Para San Agustín, la Navidad no puede ser comprendida al margen de la alegría. Pero para gustar esa alegría verdadera, la única que puede otorgar el Príncipe de la Paz, el Emmanuel, es preciso un corazón humilde. Se requiere una disposición interior que consienta reconocer la propia fragilidad y abandonarse, sin reservas, a la misericordia de Dios. «El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14), afirma Juan en el Prólogo de su Evangelio. ¿Qué manifestación más elocuente de la misericordia infinita de Dios puede reconocer el hombre que el nacimiento del Niño en Belén? Él, el Omnipotente, aceptó el límite de la carne y se dejó ver por los ojos mortales. Por eso, en aquella Noche Santa, los ángeles rebotaban de júbilo al anunciar a los pastores que el Señor había nacido para esta tierra. Esa misma alegría distingue a los cristianos de toda latitud, nacida de la conciencia viva del Amor de Dios hacia sus criaturas. La alegría, además, posee una fuerza

contagiosa y abre el camino a la esperanza, esa virtud que ha dado aliento al Jubileo que ahora se encamina hacia su conclusión. Es la esperanza la que sostiene a las comunidades que, en todas las latitudes del mundo, se congregan en torno a Cristo como expresión de un caminar compartido. Una Iglesia marcada por la esperanza es una comunidad viva, que avanza junto a las personas, comparte sus dificultades y sus anhelos, y da testimonio, con su propia vida, de la esperanza que proclama. La lectura de las reflexiones y de los testimonios de los pastores de las diócesis de todos los continentes, de los rectores de los santuarios y de las comunidades contemplativas dispersas por el mundo, que generosamente han enriquecido la revista de la Gobernación del Estado de la Ciudad del Vaticano dedicada a la Navidad, constituye una expresión elocuente de cómo la esperanza se encarna en la vida cotidiana, también a través del proceso ya maduro de inculturación del Evangelio. En el Misterio de la Navidad, todos somos invitados a experimentar la alegría y la esperanza, acogiendo la exhortación de San Agustín: «He aquí que tenemos ante nosotros al Cristo Niño: crezcamos junto con Él» (Sermón 196, 3).

Leo PP XIV



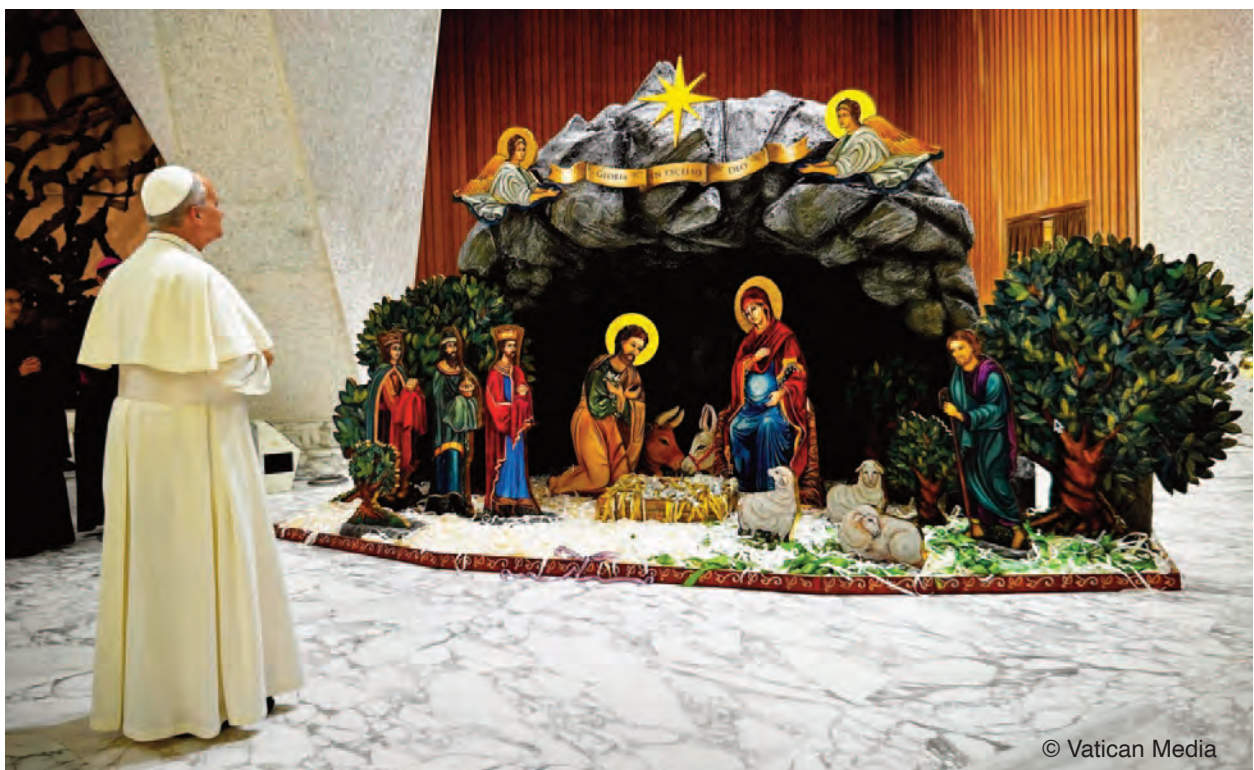
© Vatican Media

La geografía de la esperanza

Existe una geografía de la esperanza que atraviesa todos los países y territorios de nuestro planeta. Es la geografía que dibuja la presencia de los cristianos, porque allí donde ellos están, nace y crece la esperanza. No hay duda de que la esperanza forma parte de la identidad misma del discípulo de Cristo. Es el cimiento sobre el que se edifica el anuncio del Evangelio, la pasión, la muerte y la resurrección del Señor. En particular, Cristo ofrece la certeza de que la esperanza encuentra su razón de ser en un acontecimiento histórico de alcance universal: la Resurrección. Por esta razón, con ocasión de la Navidad, el tema elegido para el último número de 2025 de la revista del Gobierno es la esperanza. Un tema que enlaza con el lema del Jubileo y que desea subrayar que el nacimiento de Jesús es el fundamento de toda esperanza, porque revela el amor de Dios por sus criaturas. Reflejo de Cristo, cada pequeña comunidad cristiana —incluso la más apartada en el tiempo o en el espacio— se convierte en un faro de esperanza, en una invitación a la confianza, a la paz y a la fraternidad. De hecho, el signo más visible que distingue a los discípulos de Cristo es el amor recíproco, alimentado por el reconocimiento mutuo como hermanos, hijos de un mismo Padre celestial. Las comunidades cristianas son, además, signo de esperanza porque reconocen en Cristo la sobreabundancia de la misericordia. Tienen la certeza de que cualquier pecado halla en Él el perdón y la reconciliación. Con esta confianza, los cristianos viven su relación con el Padre con serenidad y entrega, plenamente insertos en las vicisitudes del mundo. Una de las expresiones más elocuentes de la misericordia divina es la celebración del Jubileo, inaugurado por el Papa Francisco el 24 de diciembre de 2024 y que el Papa León XIV clausurará el 6 de enero de 2026. El tema elegido —

“Peregrinos de esperanza” — no se refiere solo a un viaje exterior, sino también a un itinerario interior de fe y de esperanza orientado hacia la redención. A lo largo de este año santo, tanto el papa Francisco como el papa León XIV han invitado a los fieles a reconocer los signos de la presencia de Cristo en la vida cotidiana y a convertirse en artífices de un mundo edificado sobre la esperanza, donde no haya ya espacio para la guerra ni para la violencia. El Jubileo ha ayudado, sin duda, a muchos hombres y mujeres a recuperar la esperanza, a menudo debilitada por las dificultades diarias y por los grandes dramas de nuestro tiempo: las guerras, las epidemias, las catástrofes medioambientales. Ha sido ocasión propicia para fortalecer esta virtud y para compartirla con los demás. Durante el Año Santo, los fieles fueron asimismo exhortados a promover gestos de caridad y a vivir la peregrinación como un tiempo de oración y de recogimiento interior. La esperanza, en efecto, ensancha el corazón y lo abre a la solidaridad y a la entrega, especialmente hacia los más frágiles: los migrantes, los ancianos, los abandonados y los pobres. Partiendo de la convicción de que incluso la comunidad cristiana más pequeña constituye un rayo de esperanza en medio del mundo, en este número alzan su voz pastores de distintas Iglesias —también de países donde los cristianos son minoría—, comunidades contemplativas masculinas y femeninas, rectores de santuarios repartidos por los cinco continentes y una significativa representación de la Orden Franciscana, al aproximarse el octavo centenario de la muerte de san Francisco de Asís. Con la imagen luminosa de esta geografía de la esperanza, deseamos a todos una Santa Navidad y un Año Nuevo colmado de gracia y de paz.

Nicola Gori



© Vatican Media

Una Navidad de esperanza

El nacimiento de Cristo prueba que Dios no se mantiene lejos de nuestras fragilidades: las atraviesa con la luz de su presencia. Así se manifiesta también el Resucitado: no como un dominador que exige, sino como un Dios que se acerca con ternura y guarda en su cuerpo los signos del amor que salva. De esa certeza brota la esperanza celebrada en este Año Jubilar.

Si la Pascua proclama la victoria del amor sobre la muerte, la Navidad señala el principio de esa misma esperanza: es el momento en que Dios elige compartir nuestra humanidad herida por el pecado y habitar entre nosotros.

Las palabras del papa León XIV en la catequesis del 15 de octubre de 2025 —«El Resucitado, fuente viva de la esperanza humana»— iluminan también el sentido de la Navidad. La esperanza cristiana no nace del poder ni del éxito, sino de la certeza de que Dios camina con la humanidad, sobre todo en la intemperie y la debilidad. En el Niño del pesebre se revela un Dios que escoge la vulnerabilidad como lenguaje de amor. Es una esperanza del silencio y de lo pequeño, que germina en los lugares ocultos: la gruta de Belén, la calma de la mañana pascual.

El Papa nos invita a dejarnos alcanzar por esta esperanza concreta, capaz de convertir el dolor en perdón y la herida en paz. En la Navidad, Dios se inclina hacia quien sufre; en la Pascua, esas heridas se vuelven signos de vida nueva. Una misma promesa recorre ambas fiestas: el amor de Dios no se cansa, recomienza siempre y devuelve la confianza.

Vivir la Navidad desde esta mirada es acoger la misión confiada por el Resucitado: sembrar paz, reconciliación y misericordia. No celebramos un recuerdo remoto, sino una invitación a renacer por dentro y a creer que toda oscuridad puede abrirse a una luz nueva.

Con este horizonte, el número navideño de la revista del Gobierno reúne artículos que desean expresar la universalidad de la Iglesia. El Estado de la Ciudad del Vaticano, por pequeño que sea, tiene un alcance que desborda sus límites porque está al servicio del ministerio del Papa desde su origen. Su superficie es mínima; su irradiación, inmensa: como un faro al servicio del Sucesor de Pedro para difundir el Evangelio.

En este espíritu, Cardenales, Obispos, Abades y Abadesas, Piores y Prioras, Rectores de santuarios, Superiores generales y locales —también de la familia franciscana— han aceptado escribir sobre la esperanza en un mundo a menudo sin paz. Cada uno ha situado el tema en su contexto vital y ha ofrecido experiencia y discernimiento. El conjunto dibuja una imagen sobria y luminosa: comunidades que, en geografías muy diversas, testifican el Evangelio de la esperanza en medio de pruebas, dificultades y resistencias.

Esta colaboración es, además, un gesto de reconocimiento al papa León XIV: textos nacidos de la vida, de la oración y del deseo de servir al bien de la Iglesia universal.

Sabemos que la paz es don de Dios y se implora desde lo alto; pero también se cultiva con todo esfuerzo humano. La lectura de estas páginas muestra cuánto puede la fe cuando se traduce en cultura de paz.

El Estado de la Ciudad del Vaticano participa de esta realidad coral que se reúne en torno al Papa y ve en la Navidad el comienzo de un tiempo nuevo.

Con gratitud sincera, agradezco a quienes han respondido a nuestra invitación y han enriquecido este número con su palabra y su testimonio. Y prometo elevar, por todos, en esta Navidad, una oración ante la Tumba del Apóstol Pedro, signo de unidad y caridad.

Sor Raffaella Petrini
Presidente del Gobierno del Estado de la Ciudad del Vaticano



La Esperanza que perdura: los frutos del Jubileo

El Jubileo de la esperanza llega a su término, pero lo que concluye no es, en modo alguno, nuestro camino espiritual. La esperanza no se detiene: es una semilla que, una vez sembrada, sigue germinando en los gestos, en las relaciones y en el corazón de quienes han sabido acogerla.

A lo largo de este año jubilar, el mundo entero ha sido invitado a mirar más allá de la sombra del miedo, de la guerra y de la violencia. La esperanza ha encontrado voz en los rostros de quienes no se rindieron, en las manos que continuaron sirviendo, en los pasos de quienes eligieron perdonar. No ha sido una esperanza ingenua, sino encarnada, concreta, capaz de sufrir, de esperar y de construir.

El Papa Francisco, en su catequesis durante la audiencia general del 11 de diciembre de 2024, recordaba que “la esperanza no es una palabra vacía ni un deseo vago de que las cosas vayan mejor: la esperanza es una certeza, porque se funda en la fidelidad de Dios a sus promesas”. Y añadía: “El cristiano no puede contentarse con tener esperanza; ha de irradiarla, ha de ser sembrador de esperanza”. Estas palabras iluminan el sentido activo de la esperanza: no como simple refugio interior, sino como impulso transformador, como virtud que nos mueve a actuar, a acoger, a construir.

También el Papa León XIV, en su catequesis del 17 de septiembre de 2025, subrayó que “la esperanza cristiana no nace del ruido, sino del silencio habitado por el amor. No es hija de la euforia, sino del abandono confiado. Nos lo enseña la Virgen María: ella encarna la espera, la confianza, la esperanza. Cuando todo parece detenido, cuando la vida parece un camino interrumpido, recordemos el Sábado Santo: incluso en el sepulcro, Dios prepara la mayor de las sorpresas”.

La esperanza cristiana, por tanto, no promete sin cumplir: se opone a un optimismo superficial que termina por defraudar. Con ocasión del Jubileo de los jóvenes, celebrado el 3 de agosto en Tor Vergata, el Papa evocó el pensamiento de san Agustín, quien, en su búsqueda apasionada de Dios, se preguntaba: “¿Cuál es entonces el objeto de nuestra esperanza? ¿Es la tierra? No. ¿Algo que procede de la tierra —oro, plata, el árbol, la cosecha, el agua—? Son cosas bellas y buenas; pero busca a quien las ha creado: Él es tu esperanza” (Sermo 313/F, 3). Dirigiéndose a los jóvenes del mundo, el Pontífice reiteró que “nuestra esperanza es Jesús”. Del mismo modo, al recibir en la basílica vaticana, el 26 de mayo, a quinientos participantes en el peregrinaje jubilar de los embajadores africanos —dedicado al tema “La esperanza de la paz en África”—, el Papa León XIV exhortó a los diplomáticos a ser signos de esperanza para la humanidad entera. Su llamada fue clara: no “consumir” la esperanza como un bien desechable, sino vivirla como don y como misión. Hoy, al cerrarse el Jubileo, podemos afirmar

que la esperanza ha dejado huellas hondas: comunidades más unidas, corazones más abiertos, un deseo renovado de creer que el bien es posible. Este es el fruto más hermoso del Jubileo: la confianza recobrada en la humanidad y en Dios, que sigue haciendo nuevas todas las cosas.

Porque la esperanza no es un sentimiento efímero, sino una fuerza viva: una fuente que fluye incluso cuando el terreno parece árido; una luz que permanece encendida en los días oscuros; el hilo invisible que teje la paz y la fraternidad.

Y ahora, al acercarnos a la Navidad, el misterio de la esperanza adquiere un rostro: el de un Niño que nace en la noche del mundo para decirnos que ninguna oscuridad es más fuerte que la luz de Dios. La Navidad es la prueba más tierna y más poderosa de que la esperanza no defrauda, porque tiene un nombre y un rostro: Jesús.

El Jubileo concluye, pero la esperanza no. Continúa en los gestos pequeños de cada día, en los sueños que aún nos habitan, en la promesa callada que encierra cada amanecer. Porque donde hay esperanza, hay vida. Y donde hay vida, Dios sigue escribiendo la historia de su amor.

Invito a todos los que forman parte de la Gobernación del Estado de la Ciudad del Vaticano a custodiar ese ser sembradores de esperanza al que estamos llamados: a transformar la fuerza espiritual del Jubileo en camino cotidiano, vivido con paciencia, gratitud y la valentía de creer que toda persona posee una dignidad inviolable y que cada comunidad puede ser un “lugar de esperanza”, fuente de bien para quienes la habitan y para quienes, desde fuera, se sienten atraídos por su luz.

Mons. Emilio Nappa

Arzobispo titular de Satriano

Secretario General de la Gobernación del Estado de la Ciudad del Vaticano



Renacer en la confianza: el valor de la esperanza en el tiempo del trabajo y de la Navidad

El Jubileo que se concluye deja tras de sí un legado de reflexión y de gracia. Ha sido un tiempo en el que la fe nos ha impulsado a mirar con hondura dentro de nosotros mismos y a renovar la mirada sobre el mundo, para descubrir en él —también entre los esfuerzos y las incertidumbres del presente— los signos de un futuro posible.

La esperanza cristiana no es una emoción efímera ni una simple invitación al optimismo. Nace de la experiencia viva del amor de Dios, que jamás abandona al ser humano, y se expresa en la capacidad de creer que el bien, aun cuando parezca oculto, es más fuerte que cualquier dificultad. Es una fuerza que sostiene la vida cotidiana y otorga sentido a nuestro compromiso, incluso en los momentos de cansancio o de prueba.

En el ámbito laboral, esta esperanza encuentra una de sus manifestaciones más tangibles. Cada persona que trabaja contribuye, con sus manos y su inteligencia, a la construcción de un tejido social más humano. El trabajo no es únicamente producción o beneficio: es relación, responsabilidad y servicio. Es el lugar donde el ser humano coopera en la obra creadora de Dios y, al mismo tiempo, crece en dignidad.

El Jubileo nos ha recordado que ninguna comunidad puede avanzar dejando atrás a los más vulnerables. La crisis económica, la precariedad y las transformaciones tecnológicas pueden generar desconcierto y temor. Sin embargo, la esperanza cristiana nos invita a transformar estos desafíos en oportunidades de so-

lidad renovada. Edificar una sociedad justa implica reconocer que cada trabajador —sea cual sea su función— aporta un valor único e irrepetible.

Ahora que la Navidad se aproxima, nuestra atención se dirige al signo más sencillo y más grande de esperanza: un Niño que nace en la pobreza, portador de la luz de un amor sin fronteras. De esa luz podemos extraer la fortaleza necesaria para recomenzar, para no dejarnos vencer por el desaliento, para redescubrir que cada gesto de entrega y de cuidado contribuye a hacer la vida más humana y más justa.

El período que sigue al Jubileo no constituye una conclusión, sino el inicio de un nuevo camino. La esperanza que hemos celebrado debe traducirse en un compromiso concreto: en las decisiones políticas, en la economía, en los lugares de trabajo, en las relaciones de cada día. Es ahí donde la fe se convierte en justicia, fraternidad y atención a la dignidad de toda persona.

Que la Navidad que se acerca nos recuerde que Dios continúa naciendo en el corazón de quienes ofrecen su tiempo, su energía y su amor al servicio de los demás. En esa presencia silenciosa y luminosa hallamos la fuerza para construir un mañana cimentado en la confianza, el respeto y la solidaridad.

Solo así la esperanza deja de ser palabra para convertirse en vida.

Abogado Giuseppe Puglisi-Alibrandi
Secretario General de la Gobernación



El Belén de la Diócesis de Nocera Inferiore-Sarno para el Jubileo 2025

«Tú descienes de las estrellas»

En el corazón del Jubileo de 2025, la Diócesis de Nocera Inferiore-Sarno, en Campania, ha ofrecido al Papa León XIV y a los peregrinos de todo el mundo el Belén que se exhibirá en la Plaza de San Pedro. La obra, símbolo de la fe y de la identidad cultural del Agro nocerino-sarnés, se instalará entre el 7 de noviembre y comienzos de diciembre de 2025, conforme a las directrices del Governatorato de la Ciudad del Vaticano, y permanecerá visible hasta mediados de enero de 2026, cuando darán inicio las labores de desmontaje.

La iniciativa ha sido promovida por monseñor Giuseppe Giudice, obispo de Nocera Inferiore-Sarno, quien confió el diseño al arquitecto Angelo Santitoro, director de la Oficina Técnica Diocesana, y a su equipo. El tema elegido —«Tú descienes de las estrellas»— rinde homenaje a san Alfonso María de Liguori, autor del célebre canto navideño y figura espiritual profundamente vinculada a esta tierra, cuyos restos reposan en la Basílica de Pagani. El proyecto conjuga arquitectura, arte y espiritualidad en un entramado de símbolos y referencias a la historia local. Tres arquitecturas dominan la escena, representando otros tantos lugares emblemáticos del territorio: el Baptisterio Paleocristiano de Nocera Superiore, custodio de antiguas memorias de fe; la Fuente Helvius de Sant'Egidio del Monte Albino, coronada por el escudo con el nogal, emblema de la Universidad de Nocera dei Pagani; y una típica casa de patios del Agro nocerino, que alberga en su interior un clavicémbalo ante el cual se sienta san Alfonso, absorto en la contemplación del Misterio de la Encarnación e interpretando su himno al nacimiento de Cristo. A través de estas imágenes, la Diócesis desea hacer visible la riqueza espiritual y cultural de su tierra, en un diálogo fecundo entre arte sacro y tradición popular.

En primer plano, a la derecha, la Fuente Helvius ofrece un chorro de agua cristalina: una mujer recoge el agua, símbolo del agua viva que brota del Misterio de la Encarnación. En el pilar cercano destaca el escudo con el nogal, signo identitario de Nocera dei Pagani. Desde una escalinata se inicia el camino de los personajes: un pastor, representado con los rasgos del Siervo de Dios don Enrico Smaldone, asciende acompañado

de dos niños, como expresión del valor educativo y de la centralidad de Cristo en el proceso formativo del ser humano.

Junto a ello se alza la casa de patios, construcción típica del Agro. Una techumbre de madera cobija a los animales, mientras un pequeño balcón semicircular suaviza la fachada. El amplio portal de toba gris nocerina introduce a un ambiente doméstico íntimo y acogedor, presidido por el lienzo de la Virgen de las Tres Coronas de Sarno, realizado por los maestros alfombristas de Casatori. Bajo

la pintura, sobre una alacena napolitana, se sienta san Alfonso, que al clavicémbalo entona «Tú descienes de las estrellas», acompañado por dos niños en actitud de escucha y asombro. En el interior destaca un reloj de péndulo, memoria de la costumbre del Santo de rezar un Ave María a cada campanada, junto a su célebre expresión: «Tanto vale el tiempo cuanto vale Dios». En la planta superior, una mujer asomada al balcón contempla con estupor la escena que se despliega ante sus ojos. Al fondo se sitúa el espacio técnico que servirá tanto al belén como al árbol de Navidad. A la izquierda se abre el corazón de la representación: la Natividad, dispuesta en el interior de un corte escenográfico del Baptisterio Paleocristiano de Nocera Superiore. Doce columnas, coronadas por capiteles corintios, sostienen los restos de la cúpula, pintada en azul lapislázuli y salpicada de estrellas luminosas, de la cual descenden los ángeles que anuncian la gloria divina. En el centro, María y José adoran al Niño, acompañados por el buey y el asno. Los Magos, de rodillas, ofrecen sus dones, mientras una pastora deposita ante la Sagrada Familia los frutos del territorio: verduras, alcachofas, nueces, cebolletas nocerinas, tomates San Marzano y corbarini. Dos zampogneros animan la escena con los sonidos de la tradición navideña. Entre la casa y el baptisterio avanza otro pastor, inspirado en el Siervo de Dios Alfonso Russo, que conduce a un enfermo hacia el Niño, símbolo de la esperanza que transfigura el sufrimiento. A lo lejos, un pescador sostiene una gran ancla y señala la Puerta Santa de la Basílica de San Pedro, signo de la fe que no defrauda, *Spes non confundit*. Detrás del baptisterio, un ángel se aparece a un pastor dormido y a su joven ayudante, anunciando que «El Verbo se hizo carne». Una escalera con un portón de hierro forjado, que se abre lentamente, representa el paso de la vida antigua a la vida nueva en Cristo. Sobre todo brilla la estrella cometa, con una larga estela luminosa que concluye en un ancla, evocación del mensaje del obispo Giuseppe Giudice:

«Como peregrinos de esperanza, estamos llamados a seguir la estrella de la fe que guio a los Magos y que sigue guiando a la Iglesia, inmersos en la humanidad y anclados al cielo, constructores de la civilización de la esperanza».

Cada elemento es fruto de una compleja labor artesanal: paneles de madera, estructuras metálicas, elementos en EPS, acabados decorativos y enlucidos especiales, todos concebidos para resistir a los agentes atmosféricos y garantizar seguridad y estabilidad. Las figuras, inspiradas en la tradición dieciochesca del belén napolitano, combinan técnicas clásicas y modernas: las partes de terracota han sido escaneadas y reproducidas mediante impresión 3D con materiales resinosos, posteriormente pintadas y montadas sobre maniqués realizados en madera, paja y alambre, conforme a la tradición. La Fuente Helvius, de 160 x 100 x 70 cm, con una pila de 45 cm de profundidad, está decorada con motivos históricos; los pilares, de más de dos metros de altura, alternan piedra y enlucido rojo; el portón de hierro forjado, de 230 cm de longitud, señala simbólicamente el umbral de la salvación. La casa, articulada en varios volúmenes, alcanza los 5,25 metros de altura e incluye un espacio técnico; el baptisterio presenta doce columnas de 3,10 metros de altura y una cúpula de 3,60 metros, decorada con estrellas luminosas.

La iluminación se confía a focos LED que realzan tanto la escena principal como los interiores, mientras faroles y luces tenues aportan calidez a los ambientes. Detrás de la fuente se ha instalado un sistema de iluminación y una bomba que mantiene el agua en movimiento, símbolo de vida.

Un sistema de sonido difunde, en armonía con la iluminación, las melodías de «Tú descienes de las estrellas», «Fermarono i cieli» y «Quanno nascette Ninno», acompañando a los visitantes en una experiencia inmersiva entre arte, fe y tradición.

Cada detalle —desde las estructuras portantes hasta las decoraciones, desde los materiales certificados hasta las tecnologías empleadas— ha sido cuidadosamente estudiado para conjugar belleza, seguridad y espiritualidad.



El Árbol de Navidad en la Plaza de San Pedro

Desde la provincia autónoma de Bolzano, en Trentino-Alto Adigio, llega el abeto rojo de unos 27 metros, erigido en la Plaza de San Pedro. Ha sido ofrecido gracias a la colaboración entre los municipios de Lagundo y Ultimo. Procede precisamente del valle alpino de Ultimo, de 40 kilómetros de longitud, situado en la zona occidental del Alto Adigio y que concluye en Lana.

Además del abeto destinado a la Plaza de San Pedro, se enviarán al Vaticano otros árboles de menor tamaño, también procedentes de Lagundo y Ultimo. Estos abetos adornados han sido expuestos en oficinas y edificios de la Santa Sede y del Estado de la Ciudad del Vaticano.



La Natividad en el Aula Pablo VI

Nacimiento Gaudium es el tema elegido por Costa Rica para la Natividad instalada en el Aula Pablo VI. Obra de la artista costarricense Paula Sáenz Soto, este Belén pretende subrayar no solo el mensaje de paz de la Navidad, sino también lanzar una llamada al mundo para que se proteja la vida desde su concepción.

La representación de la Natividad muestra una figura de la Virgen en estado de gestación y un conjunto de 28.000 cintas de colores, cada una de las cuales simboliza una vida preservada del aborto gracias a la oración y al apoyo brindado por organizaciones católicas a numerosas madres en dificultad. El Belén mide cinco metros de largo, tres de

alto y dos metros y medio de profundidad. Aunque respeta la tradición —con la presencia de San José, los Reyes Magos, los pastores y los animales— la obra introduce un elemento original: dos representaciones distintas e intercambiables de la Virgen.

Durante el tiempo de Adviento se exhibirá una imagen de María encinta, signo de la espera y la esperanza; en la Noche de Navidad, será sustituida por una figura de la Virgen arrodillada en adoración del Niño recién nacido. Bajo la escenografía del Belén, entre musgo y paja, se colocarán 28.000 cintas, testimonio tangible de las vidas salvadas gracias a la iniciativa 40 Días por la Vida y al apoyo ofrecido por el Instituto Femenino de

Salud Integral de Costa Rica, que acompaña a mujeres embarazadas en situaciones delicadas. En la cuna de Jesús se depositarán además 400 cintas con oraciones y deseos escritos por los pequeños pacientes del Hospital Nacional de Niños de San José.

La pasión de la artista por el arte sacro nació tras una experiencia que ella misma define como milagrosa: el nacimiento del hijo tan anhelado. A raíz de aquel acontecimiento, abandonó su carrera en el diseño publicitario para dedicarse por completo a la creación artística inspirada en la fe.

La iniciativa del Belén Nacimiento Gaudium ha sido promovida por la Embajada de Costa Rica ante la Santa Sede.



@ Vatican Media



Los pastores de la Iglesia

El Paráclito se convierte en la fuente de un río de gracia



*Leonardo Cardenal Sandri
Cardenal Obispo del título de los Santos
Blas y Carlos ai Catinari
Vicedecano del Colegio Cardenalicio*

El Jubileo se acerca a su conclusión: dentro de pocos días se cerrarán las Puertas Santas de las Basílicas Papales, siendo la última la de San Pedro, detrás de la cual se colocarán los ladrillos y el enlucido que la custodiarán hasta el año 2033. No se cerrarán, sin embargo, nuestros corazones, que han tenido la posibilidad de sumergirse en el océano de la misericordia del Padre, que la Pascua de Jesús ha abierto de par en par al mundo. En el Evangelio de san Juan leemos esta afirmación: «El que crea en mí, como dice la Escritura: de su seno manarán ríos de agua viva» (Jn 7,38). Esta imagen, que el mismo texto refiere al don del Espíritu, corre el riesgo de ser comprendida como una mera información en sí misma cerrada, una especie de noticia, y no en su conse-

cuencia real: el acontecimiento que se despliega en el cumplimiento de aquella promesa de Jesús. El Paráclito que nos ha sido dado se convierte en fuente de un río de gracia que transforma tanto a quien lo recibe como a quien lo encuentra.

Si pienso en la experiencia vivida durante los quince años como Prefecto del Dicasterio para las Iglesias Orientales, algunas imágenes regresan a mi mente y a mi corazón, haciéndome cada vez más consciente de cuán verdadera es la promesa de Jesús y de cómo continúa cumpliéndose. Pienso, ante todo, en mi primera visita a Irak, en diciembre de 2012, con ocasión de la nueva consagración de la catedral siro-católica de Bagdad. El templo había sido profanado el 31 de octubre de 2010, apenas unos días después de la conclusión del Sínodo especial para Oriente Medio, con el asesinato de casi sesenta personas —entre ellas varios niños— mientras estaban reunidas en oración. El rito cristiano prevé ciertamente

una nueva dedicación para un lugar sagrado violado por la furia del terror humano; sin embargo, en realidad, la sangre derramada por aquellos testigos valía mucho más que cualquier unción con el santo myron (crisma), que cualquier perfume de incienso o luz de cirios: eran sus cuerpos los que se habían vuelto luminosos reflejando la luz del Cordero. La esperanza de Dios llegó a aquella comunidad también a través del martirio de aquellos hermanos y hermanas: el amén que repetimos tantas veces en la liturgia había sido pronunciado con la vida, y no solo con los labios. También en Irak, durante la etapa en Kirkuk —donde entonces era arzobispo el actual Patriarca caldeo, Raphael Sako—, estábamos celebrando la Divina Liturgia y estábamos a punto de rezar el Padrenuestro, cuando escuchamos la detonación de lo que supimos después que había sido la explosión de siete coches bomba en la ciudad. Instintivamente debería haberse



interrumpido la celebración y buscar refugio, pero miré a los ojos a las personas reunidas en la asamblea: no se movieron ni un centímetro; es más, con la mirada aún más luminosa y con voz fuerte entonaron la oración de Jesús, cantándola en sureth, el arameo muy cercano a la lengua hablada por Jesús. Comencé a comprender más profundamente cómo la «bienaventurada esperanza», que quizá repetimos de manera demasiado mecánica en la liturgia, puede realmente entrar en la vida real de cada uno de nosotros y en la de nuestras comunidades, que se convierten en «peregrinas de esperanza», no solo viniendo a Roma y atravesando las Puertas Santas, sino viviendo y celebrando la propia fe en contextos humanamente muy difíciles.

Una tercera y última icono de esperanza proviene de una de las numerosas visitas al Líbano, país al que el Santo Padre el Papa León quiso acudir entre los primeros al inicio de su pontificado. Era enero de 2014: el Líbano había comenzado ya a acoger a

los miles de refugiados sirios que huían del conflicto —que solo en los últimos meses parecería haberse cerrado, abriendo una nueva etapa para la población de Damasco—. Tras recorrer todo el valle de la Beqá, llegamos al campo organizado por la Asociación AVSI. Con el Nuncio, Mons. Gabriele Caccia, y los responsables de AVSI, empezamos simplemente a caminar entre las tiendas, en medio del barro. En un momento dado, un hombre me tomó de la mano y quiso acercarme a la tienda donde se alojaba su familia: sacó fuera a sus tres hijos, ciegos por una enfermedad no tratada al nacer, y me indicaba que pusiera mi mano sobre su cabeza. Era musulmán, pero pedía sencillamente que bendijera a sus hijos con un gesto.

Viene entonces a la mente aquello que el Papa Francisco decía en la Bula de convocatoria del Jubileo sobre la esperanza: «Todos esperan. En el corazón de cada persona está encerrada la esperanza como deseo y espera del bien, aun sin saber qué

traerá consigo el mañana». Hay una dimensión del peregrinaje de esperanza que involucra a todo miembro de la familia humana, sobre todo cuando se enfrenta a desafíos graves, como aquella familia siria que encontré en el campo de refugiados. Que cada uno de nosotros tenga la humildad —como en tantos episodios del Evangelio— y el coraje de pedir ayuda, de reconocer la necesidad de estar bajo la protección de Dios, de renunciar a nuestra pretensión de autosuficiencia. Al mismo tiempo, que descubramos la gracia de poder ser, unos para otros, instrumentos de la bendición del Padre. Las Iglesias Orientales, que han custodiado y preservado el don de la fe en contextos de guerra, violencia y persecución, y que ahora afrontan el desafío de la diáspora, continúan siendo un signo de bendición para nuestros contextos occidentales, a veces cansados o replegados sobre sí mismos, y, a la vez, nos piden que permanezcamos a su lado para que la esperanza no se extinga.



Inclinarse ante la belleza y el amor de Dios



Desde el Vaticano

*Arthur Cardenal Roche
Prefecto del Dicasterio para el Culto Divino
y la Disciplina de los Sacramentos*

Cada vez que escuchamos el relato de la historia de la Navidad, entramos en un mundo que no pertenece a los personajes célebres ni a los ricos, sino al de las personas ocultas y necesitadas. Nos situamos frente a perspectivas sobre la vida que no siempre hallamos en las portadas de nuestros periódicos ni en los informativos de televisión. Los evangelistas, autores del relato del nacimiento de Jesús, desplazan nuestra atención de los centros de poder de su tiempo hacia una pequeña ciudad, Belén, escondida entre las colinas de Judea. Alejan nuestra mirada del mundo del emperador César y del rey Herodes para dirigirla hacia una joven pareja sin hogar, algo asustada y en gran necesidad, y hacia otros como los pastores, cuyos nombres ni siquiera conocemos. A medida que penetramos en esta historia, nos encontramos contemplando a un recién nacido frágil, envuelto como un pequeño paquete y acostado en un pesebre prestado por los animales del establo. Este es el comienzo de un Nuevo Testamento: una alianza indestructible y claramente visible de la solidaridad de Dios con su pueblo.

¡Qué contraste, si lo comparamos con el inicio del Antiguo Testamento! Allí vemos a otra pareja — Adán y Eva, los primeros seres humanos creados por Dios— aspirando al gran premio y a los grandes títulos. Escuchamos al serpiente susurrarles al oído: “Adelante, no tengáis miedo, también vosotros seréis como dioses, poseyendo todo el conocimiento y el control sobre vuestra vida”. Era algo muy seductor, y Adán y su esposa extendieron la mano para apropiarse de aquello que sólo pertenecía a Dios, pero cayeron de nuevo en la dura realidad: la tierra de la que habían sido tomados.

Hoy, si tú y yo fuéramos a la iglesia construida sobre el lugar en el que nació nuestro Señor en Belén, tendríamos que agacharnos, inclinarnos, para entrar en aquella gran basílica a través de una pequeña puerta. El amplio acceso triunfal que antaño existió allí fue tapiado hace tiempo para impedir la entrada de bandidos a caballo y, en épocas más recientes, de carros de combate militares.

La solemnidad de la Navidad invita a cada uno de nosotros a descender de nuestro pedestal, a inclinarnos, a desplazar nuestra atención de los centros de poder y de riqueza del mundo para descubrir, en el frágil Niño recostado en un pesebre, al Dios que vive en medio de nosotros. Nuestros puestos elevados, donde a veces nos situamos en la vida, son profundamente ilusorios





y frágiles, carentes de honestidad y de humildad.

Qué gran oportunidad se perdió durante la Primera Guerra Mundial, y cómo podrían haber sido diferentes las cosas, cuando en la víspera de Navidad de 1914 los sencillos soldados británicos y alemanes dejaron las armas desoyendo las órdenes de sus generales y, en la tierra de nadie entre las dos trincheras opuestas, cantaron juntos, compartieron cigarrillos y fotografías de sus seres queridos e incluso jugaron al fútbol. Las cosas pequeñas e importantes de la vida unieron a quienes la política del poder y del control había dividido. Hubiera sido un momento ideal para poner fin a todas las hostilidades, pero no ocurrió, porque — como toda la humanidad— somos propensos al orgullo y tendemos a buscar lo que está más allá de nuestro alcance, complicándonos la existencia.

La Navidad nos recuerda que nunca debemos olvidar la necesidad de inclinarnos ante la belleza y el amor de Dios. Nuestra fe nos dice que, por el bautismo, Dios habita en lo más hondo de

cada uno de nosotros. Puede que no seamos las moradas más perfectas para vivir, pero no hemos de temer nuestra pobreza ni nuestra necesidad, porque Jesús conoce demasiado bien estos ambientes humildes y se complace en hacer su morada en lo profundo de cada uno de nosotros.

La Buena Noticia es que el mensaje de Cristo tiene mucho que ofrecer a nuestro mundo. Y tú y yo, como los pastores de Belén, podemos aparecer y desaparecer de la escena de este mundo; quizá nuestros nombres jamás sean conocidos por las generaciones futuras, ni por nadie. Pero Dios conoce nuestros nombres y, aunque nuestras vidas sean pobres, recemos para no parecer-nos al posadero que no encontró sitio para el Señor, ni en su alma ni en su casa.

Que el amor de Dios en este frágil Niño nacido esta noche renazca hoy en nuestras frágiles vidas. Y que el Dios de la esperanza, que nos llena de toda alegría y paz en la fe por la fuerza del Espíritu Santo, esté con todos nosotros (cf. Rm 15, 13).

Toda la liturgia de Navidad nos asegura que la “luz” existe



Desde el Vaticano

*Marcello Cardenal Semeraro
Prefecto del Dicasterio para las
Causas de los Santos*

«Éste para vosotros es el signo: encontraréis a un niño» (Lc 2,12). Palabras proclamadas en la noche de Navidad. Un día dirigidas a los pastores; hoy resuenan también para nosotros. Para reconocer la presencia de Dios en medio de nuestro mundo no es necesario buscar signos de poder, de fuerza o de riqueza. Para encontrar a Aquel de quien nada mayor puede pensarse, hemos de dejarnos conducir por

los signos de la pequeñez: ¡un niño! En Jesús, Dios se ha abajado para hacerse accesible; su grandeza entera se ha concentrado en un niño, para que podamos abrazarle... «Por eso –exhortaba san Buenaventura en su *Lignum vitae*– abrázalo ahora, alma mía, abraza aquel divino pesebre, presiona tus labios sobre los pies de aquel Niño, bésalos ambos...». Viene ahora bajo el signo de la fragilidad Aquel que, al final de los tiempos, regresará como juez: esto significa que encontramos al Señor cuando nos acercamos a un ser humano que necesita ser cuidado,

consolidado, levantado... Lo encontramos porque Él ya está allí. No es necesario ir a otro lugar, pues Él ha venido «a anunciar la buena nueva a los pobres, a vendar los corazones desgarrados, a proclamar la libertad a los cautivos y la liberación a los prisioneros» (Is 61,1). En la Misa de la Noche escuchamos también: «El pueblo que caminaba en tinieblas vio una gran luz; sobre los que habitaban en tierra de sombras una luz brilló» (Is 9,2). El Profeta describe la condición de un pueblo recurriendo a la imagen de quienes vagan por una tierra oscura. En nuestra situación hu-





© Vatican

mana actual, no sabríamos decir si es más verdadero el “caminar” —pues el hombre, por íntima constitución, es homo viator— o el estar sumergidos en la oscuridad.

En esta segunda condición nadie se mueve con soltura: no somos «murciélagos» capaces de orientarse en la penumbra absoluta. Cuando caemos en ello, avanzamos a tientas, con miedo de tropezar y temor de herirnos irremediablemente. Hoy el ser humano camina mucho... Jamás se ha desplazado tan velozmente. En nuestro mundo globalizado las distancias ya cuentan poco. Todos estamos en movimiento, incluso estando pegados a nuestras sillas. Cambiamos de canal, pasando de un espacio a otro; establecemos conexiones por internet y luego las cortamos. No sabemos si somos turistas o vagabundos, visitantes o meros curiosos... En nuestra inmovilidad acelerada corremos el riesgo de no tener ya amistades ni relaciones estables, sino sólo conexiones. En pocos instantes, desde nuestro ordenador podemos estar en cualquier lugar; cada vez tenemos menos ra-

zones para permanecer en un sitio más que en otro y, entretanto, ya no tenemos un lugar donde sentirnos realmente en casa. Convertidos en casi extraterritoriales, nos preguntamos: caminamos, sí, pero ¿hacia dónde?

Interrogantes como éstos proyectan una gran oscuridad en el corazón humano. Algunos maestros han enseñado que tales preguntas son inútiles, o, en el mejor de los casos, cuestiones sin respuesta segura. Por eso, dicen, hay que contentarse con la levedad, con la liquidez... De aquí deriva incluso una estrategia educativa que instruye a nuestros niños y jóvenes a vivir bajo el signo de lo provisional y lo fugaz. En una ocasión, hablando a los reclusos en una cárcel, el Papa Francisco les dijo que, al entrar en un túnel, el verdadero problema no es si hay oscuridad, sino si al fondo se ve la luz, es decir, la salida. Toda la liturgia navideña nos asegura que la «luz» existe. En su oración de Navidad la Iglesia proclama: «Esta noche está iluminada por el resplandor de Cristo, luz verdadera del mundo».

Esa luz no es un faro que deslumbra en la noche y conduce a la muerte, sino una lámpara que brilla en un lugar oscuro. Y con eso nos basta. Podemos, entonces, orar con las palabras de san John H. Newman, declarado Doctor de la Iglesia el pasado 1 de noviembre por León XIV. Son palabras que escribió en un momento de desconcierto y enfermedad. Las cito tal como el Papa las recordó y comentó en su Homilía: «La referencia a la oscuridad que nos rodea nos lleva a uno de los textos más conocidos de san John Henry, el himno *Lead, kindly light* (“Guíame, luz benigna”). En esa hermosísima oración descubrimos que estamos lejos de casa, que nuestros pies vacilan, que no logramos descifrar el horizonte. Pero nada de ello nos paraliza, porque hemos encontrado a la Guía: “¡Guíame Tú, Luz benigna, a través de la oscuridad que me envuelve, sé Tú quien me conduzca! — *Lead, kindly Light. The night is dark and I am far from home. Lead Thou me on!*”».

El anuncio de esperanza



Lazzaro Cardinal You Heung sik
Prefecto del Dicasterio para el Clero

¿Qué esperanza nos brinda la Navidad en un mundo herido por la falta de paz?

Se dice que cada vez que nace un niño significa que Dios no se ha cansado aún de los hombres. Cada nacimiento es un soplo de esperanza que se derrama sobre el mundo. La vida continúa, más fuerte que cualquier adversidad. Si esto es verdad para cada niño que llega al mundo, ¿qué no será cuando es el mismo Dios quien se hace niño?

Durante el Adviento, tiempo litúrgico de preparación para la Navidad, ha resonado en nosotros la palabra de Isaías: «¡Ojalá rasgaras el cielo y descendieras!» (Is 64,1). El profeta interpreta y comparte el anhelo —consciente o escondido— de toda persona. El pecado de Adán parecía haber cerrado irremediabilmente los cielos.

Cuántas oraciones, cuántos deseos elevados desde nuestra humanidad parecen estrellarse contra una barrera espesa e impenetrable que nos separa del cielo. Quedan sin respuesta. «Clamo

a ti y no me respondes» (Job 30,20); «Dios mío, de día grito y no respondes; de noche, y no hay para mí descanso» (Sal 22,3).

Cuántas veces nos invade un sentimiento de impotencia ante dificultades grandes o pequeñas. ¿Es aún posible esperar ante guerras y guerrillas interminables? ¿Ante el odio y la invectiva que envenenan nuestra sociedad? ¿Ante las injusticias manifiestas, las abismales y escandalosas distancias entre ricos y pobres, las forzadas y trágicas migraciones humanas?

Un grito de impotencia se eleva también desde las pruebas cotidianas —jamás pequeñas para quien las padece—: la injusticia en el trabajo, la desunión familiar, la soledad, la enfermedad, la muerte de un ser querido...

¿Hay alguien que nos escuche, que pueda socorrer nuestra debilidad? ¡Oh, si rasgaras los cielos, si escucharas nuestro clamor! ¡Oh, si rasgaras los cielos y descendieras!

Y he aquí que a esta súplica apremiante responde un anuncio de esperanza: «La misericordia y la verdad se encontrarán, la justicia y la paz se besarán. La verdad brotará de la tierra y la justicia se asomará desde el cielo... nuestra tierra dará su fruto».

Los cielos se abren para hacer descender misericordia y justicia: el amor de Dios vuelve a hacerse presente en medio de nosotros.



Tanto amó Dios al mundo que, por fin, envía a su Hijo. Un amor que se vuelve vivo, concreto, persona: Jesús nace en nuestra tierra, el Emmanuel, el Dios-con-nosotros. Dios ya no está lejos, inaccesible, oculto: regresa a caminar en medio de nosotros como al principio, cuando descendía al jardín del Edén para acompañar al hombre y a la mujer.

Dios nace como todo niño: desnudo, en la fragilidad, impotente, necesitado de todo. Se ha hecho realmente como cada uno de nosotros. Se ha hecho débil con nosotros y como nosotros, para transmitirnos su fortaleza. Se ha hecho pobre para enriquecernos. Se ha hecho impotente —Él, el omnipotente— para obrar en nosotros. Se ha hecho frío para encender su fuego.

Parece haberse vuelto inútil —como a veces nos sentimos también nosotros— para ser el único necesario. Se ha hecho maldición por nosotros, para rescatarnos de toda maldición (cf. Ga 3,10). Crucificado por su debilidad, vive por el poder de Dios. Así también nosotros, débiles en Él, viviremos con Él por el poder de Dios (cf. 2 Co 13,4). Este Niño nos devuelve la esperanza: ¡ya no estamos solos, Dios está con nosotros! Él es nuestra paz (cf. Ef 2,14-18). Hace la paz entre Dios y nosotros porque rompe la barrera que separaba el cielo de la tierra, el pecado: «cargó con nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero» para hacernos

vivir en la justicia (cf. 1 P 2,24) y para que no muriésemos en nuestros pecados (cf. 2 Co 5,21). Hace la paz entre pueblo y pueblo, entre persona y persona, porque en la cruz consume en sí toda división y destruye toda enemistad.

Él ha culminado su obra, dejando en nuestras manos la misión de continuarla y hacerla presente. Sí, porque descendiendo del cielo necesita una tierra dispuesta a acogerle y hacerle germinar: «La verdad brotará de la tierra y la justicia se asomará desde el cielo... nuestra tierra dará su fruto». La primera tierra buena y fecunda en la que la semilla del Verbo se hace carne, toma un cuerpo y se hace niño, es la Virgen María. Su apertura y acogida son totales, sin reservas: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38).

¿Podemos también nosotros ser, como María, tierra buena, sin piedras ni espinas, que acoge la Palabra y la deja florecer (cf. Mc 4,1-9)? ¿Podemos también nosotros ser madre del Verbo y entregarlo al mundo? Sí, así lo dijo Jesús: «Mi madre y mis hermanos son estos: los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen» (Lc 8,21; 11,28).

Viviendo la Palabra de Dios, estamos llamados, como María, a hacer nacer a Jesús en cada uno de nuestros ambientes de vida, para que continúe siendo la esperanza del mundo.



El diálogo es un camino de esperanza



Desde el Vaticano

*George Jacob Cardenal Koovakad
Prefecto del Dicasterio para
el Diálogo Interreligioso*

En el momento en que concluye el Jubileo de la Esperanza, la Navidad nos alcanza como una invitación silenciosa pero firme a no renunciar a creer y a esperar. Después de un año en el que tantos han atravesado las “puertas santas”, llevando en el corazón interrogantes, fatigas y deseos, comprendemos que la esperanza no es un sentimiento frágil o ingenuo: se fundamenta en la certeza de que Dios continúa caminando a nuestro lado, incluso cuando el mundo parece haber extraviado el sendero de la paz, edificando un futuro sobre el “rearme” y remodelando la realidad mediante una economía de guerra.

En diversas regiones del mundo vivimos días marcados por guerras y violencias, por heridas que alcanzan a pueblos, a familias enteras y a personas concretas, en particular a los más frágiles: los niños y los ancianos. En un mundo globalizado, estas tragedias nos afectan a todos. Ante tanto sufrimiento y dolor, la contemplación del belén nos invita a mirarlo no como un mero símbolo identitario, sino como un recordatorio de lo esencial: un Dios que se acerca a nosotros con gestos humildes, que elige manifestarse en la pequeñez, la fragilidad, la sencillez y la pobreza de una familia “migrante” que cruzó fronteras en busca de seguridad, huyendo de la mano de un perseguidor. Dios no viene con la fuerza de los poderosos, sino con la fuerza desarmante del amor. Es allí, en una gruta, donde la esperanza se hace visible: un Niño que nace y que llora, y en cuyo llanto el cielo se abre sobre la tierra, uniendo lo divino y lo humano.

La celebración de la Navidad nos recuerda que Dios no se ha cansado del ser humano. Incluso cuando nosotros nos perdemos — como sucede en tiempos de guerra, o cuando la violencia y la desesperación nos cercan— Él continúa viniendo a nuestro encuentro. Su presencia no anula el mal provocado por la insaciable voluntad de poder y riqueza, pero nos enseña a no dejarnos vencer por él. La esperanza cristiana no es un sueño que consuela, sino un



fuego que impulsa a construir, a perdonar, a recomenzar.

De modo particular, como nos ha recordado recientemente el Papa León en la Exhortación Apostólica *Dilexí te*, “el corazón de la Iglesia, por su misma naturaleza, es solidario con quienes son pobres, excluidos y marginados, con aquellos que son considerados un ‘descarte’ de la sociedad. Los pobres están en el centro mismo de la Iglesia, porque de la ‘fe en Cristo’ hecho pobre, siempre cercano a los pobres y a los excluidos, [brota] la preocupación por el desarrollo integral de los más abandonados de la sociedad”¹. Allí se alimenta y se vive la esperanza, no solo desde una perspectiva o sensibilidad humana: “hacia los pobres, en efecto, Dios muestra predilección: a ellos se dirige ante todo la palabra de esperanza y de liberación del Señor y, por eso mismo, aun en la pobreza o en la debilidad, nadie debe sentirse más abandonado. Y la Iglesia, si quiere ser de Cristo, ha de ser Iglesia de las Bienaventuranzas, Iglesia que abre espacio a los pequeños y que camina pobre con los pobres, lugar donde los pobres tienen un puesto privilegiado (cf. Sant 2,2-4)”². Pero la esperanza —como don espiritual y como palabra— se ofrece a todos: a creyentes y no creyentes, a cristianos y a seguidores de otras tradiciones religiosas. Es un don que proviene de Cristo, del Dios-con-nosotros, misterio de salvación para todos. Durante este año jubilar hemos vivido ocasiones singulares de encuentro interreligioso, precisamente porque el Jubileo ha sido también una llamada a reflexionar en clave interreligiosa sobre el tema de la esperanza, con el fruto de un notable enriquecimiento humano y espiritual, manifestado en diversas realidades y contextos. En definitiva, la enseñanza de la Declaración *Nostra Aetate* del Concilio Vaticano II, sesenta años después de su promulgación, ha sido puesta en práctica, y disfrutamos ya de sus frutos, quizá todavía no plenamente maduros, pero ciertamente significativos e importantes.



El diálogo es, en efecto, un camino de esperanza que puede contribuir a la paz, a la libertad y al desarrollo integral entre los pueblos. No permanece en el plano teórico: cuando se traduce en gestos concretos puede conducir también a la transformación de las propias experiencias religiosas. Es, por tanto, un camino de esperanza en el que se vive juntos la incompletitud, confiando en que Dios llevará a plenitud la obra iniciada.

Al concluir este año jubilar, conservamos la gracia de este recorrido: la certeza de que cada pequeño gesto de bien, cada palabra de paz, cada opción por la acogida forma parte del mundo nuevo que Dios ya está haciendo nacer. La Navidad nos llama a ser sembradores de esta esperanza concreta, que no se rinde ni se oculta. Que la luz que nace en Belén ilumine una vez más nuestras noches y devuelva coraje a los corazones cansados. Porque solo quien persevera en la esperanza puede verdaderamente edificar la paz.

Navidad en Quebec y en Colombia



Desde el Vaticano



Marc Cardenal Ouellet

*Prefecto emérito de la Congregación para los Obispos y
Presidente emérito de la Pontificia Comisión para América Latina*

“Dios, más maravilloso que los sueños” es una recopilación de algunos mensajes que dirigí a los fieles de Quebec cuando llegué como Arzobispo en enero de 2003. Anne Sigier, la editora, encontró este título que resume bien el asombro de la fe que entonces buscaba reavivar en el corazón de mi pueblo. En realidad, esa expresión condensa la experiencia creyente de mi infancia y de toda mi vida, estrechamente unida a los misterios de la Navidad y de la Pascua.

Antes de discernir mi vocación sacerdotal y de quedar fascinado por la teología, fui iniciado en el seno de una familia numerosa de campesinos que me hizo vivir Navidades inolvidables en mi pequeño pueblo del noroeste de Quebec. Por muy lejos que se remontan mis recuerdos de infancia, aún escucho las campanillas del carro tirado por caballos que nos llevaba a la iglesia para la Misa del Gallo, con veinte grados bajo cero. En nuestra tierra, la Navidad es invierno en plenitud: nieve, un aire glacial que quema los pulmones; pero también es el calor de un hogar que resguarda y de una fe compartida.

La celebración comenzaba con el célebre Minuit, chrétiens de Adolphe Adam, que aún hoy me conmueve escuchar en diversas lenguas. Era la época de las tres misas —mucho antes del Concilio— durante las cuales numerosos himnos implicaban a la

asamblea en una alabanza que hacía breve una larga liturgia. Al regresar a casa venía la fiesta: la cena de vigilia con el pastel de carne o el pavo, los regalos a los pies del Árbol decorado, los cantos y la bendición paterna reservada para el primer día del Año Nuevo.

Todos estos recuerdos, iluminados para mí por la gracia y la poesía, constituyen el sustrato inmutable de mi conciencia cristiana. Sigo viviendo de ellos hoy, después de los caminos que la Providencia ha trazado en mi vida y que me han llevado de Quebec a Bogotá, y de Montreal a Roma, conforme a las vicisitudes providenciales de mi vocación misionera.

Durante la misión, mi primera Navidad lejos de casa fue en Colombia. Allí no había nieve ni pastel navideño, pero sí un calor humano y fraterno hacia quienes estábamos lejos de nuestra familia. Aprendí otros cantos en lengua española, que no logran igualar las emociones de mi infancia, pero que proclaman siempre con alegría el misterio del Niño Jesús. La Navidad comienza allí en torno a la víspera de la Inmaculada, cuando todo el país se enciende con luces, hogueras y cantos dedicados a la Madre de Dios. Después llega la Novena de Adviento, celebrada en procesión, de belén en belén y de barrio en barrio, hasta llegar a la iglesia.

Es una Navidad popular entre los pobres, donde se degustan las frituras de temporada, la natilla —una crema dulce a base de leche de coco— y el agua de caña de azúcar, que se llama con orgullo “el champán de los pobres”. ¡Cuántos recuerdos de las

misiones navideñas en las alturas de la cordillera de los Andes para llevar los sacramentos a pequeñas comunidades que el sacerdote visita una vez al año! Me conmueve haber conocido personalmente un ministerio semejante al que ejerció durante largo tiempo el Papa León XIV cuando fue misionero agustino en el Perú.

Para mí fue una escuela de valentía y abandono en la Providencia, pues recorriamos caminos abruptos que bordeaban precipicios, y a veces los conductores de aquellos autobuses rudimentarios, abarrotados de pasajeros, eran excesivamente aficionados al aguardiente. ¡Bendito sea Dios por esta experiencia misionera que me hizo descubrir el misterio de la Navidad desde la mirada de los más pobres, desde las periferias tan queridas por el querido y llorado Papa Francisco!

Hombres y mujeres de nuestro tiempo siguen sintiéndose cautivados por el misterio de la Navidad, pese al estruendo comercial que nos roba el amor silencioso frente al pesebre: María y José contemplan al Niño, adorado por los pastores de Belén y por los Magos de Oriente. ¿Cómo cantar de verdad, con palabras humanas, este santísimo misterio que la Sagrada Escritura misma narra con el canto de los Ángeles? Necesitamos poetas capaces de inmortalizar en pocas estrofas la emoción de su encuentro

con el Niño eterno, hecho nuestro hermano.

El 25 de diciembre de 1886, un joven incrédulo y desengañado entró en Notre-Dame de París para asistir a las celebraciones navideñas. Cuenta que, durante las Vísperas, escuchando el Magnificat entonado por los alumnos del seminario menor de Saint-Nicolas du Chardonnet, "aconteció el hecho que influyó en toda mi vida. En un instante mi corazón fue tocado y creí. Había experimentado de repente la desgarradora sensación de la inocencia, de la eterna infancia de Dios, una revelación inefable". El poeta Paul Claudel dedicó su vida de escritor a testificar este conmovedor misterio.

Teresa del Niño Jesús, Doctora de la Iglesia, nos enseña, cien años después de su canonización, a contemplar el pesebre con ojos de niño: aquel que cree que el Dios que viene a habitar en medio de nosotros es nuestro Salvador, un Dios más maravilloso que los sueños.

¡Gloria a Dios en el cielo y paz en la tierra a los hombres que Él ama!

Sí, Príncipe de la Paz, ven a colmarnos de gracia y a bendecirnos; ven a proteger nuestra tierra de los flagelos que la asolan.

¡Feliz Navidad 2025 y próspero Año 2026!



Una peregrinación de proximidad



Desde el Vaticano



Fernando Cardenal Filoni

Gran Maestro de la Orden Ecuestre del Santo Sepulcro de Jerusalén, Prefecto emérito de la Congregación para la evangelización de los pueblos, Gran Canciller emérito de la Pontificia Universidad Urbaniana

¿Qué decir hoy de la Tierra de Jesús en una Navidad jubilar que se acerca a su fin, tras haber sido testigos de los dramas de tantas personas en Israel, Gaza y Palestina?

El pensamiento se dirige inevitablemente a Belén, Nazaret y Jerusalén, lugares donde Jesús nació, vivió y murió; lugares que desde hace tiempo carecen de los peregrinajes que siempre los han caracterizado y que hoy, al escaso visitante, se muestran vacíos, a causa de las insensatas y trágicas violencias que desde hace dos años sacuden la región.

El párroco de Gaza me ha hablado de la dramática pobreza en la que la gente vive día tras día; pero no menos dura es la situa-

ción del párroco de Belén y de otras parroquias, donde centenares de familias cristianas, sin trabajo, no podrían sobrevivir sin la ayuda que les prestan el Patriarcado, la Custodia y entidades como Cáritas.

Desde siempre, hacerse peregrino en Tierra Santa ha sido como volver a los orígenes de la fe cristiana: casi un tocar y ver — como decía san Francisco de Asís— los lugares donde se percibe la presencia del Señor, escuchar su palabra y tocar el borde de su manto, como la mujer hemorroísa, para ser curados de nuestra incredulidad.

Por eso quiso Francisco que sus frailes se establecieran allí, en humildad y paz, custodiando los lugares de la memoria cristiana. Y un día, en La Verna, el Crucificado le concedió el don de sus llagas. Ser peregrino hoy sigue siendo creer que existe esperanza en aquellas tierras. No seremos los arquitectos de la paz, pero quizá podamos ser humildes obreros, acercándonos con el pensamiento, la oración y el apoyo a quienes ya no tienen casa, a

los que han perdido a un ser querido, a los niños sin escuela, a los enfermos sin atención médica, a quienes carecen de trabajo y ya no imaginan una vida digna para sí y para sus familias.

Ser peregrino en Tierra Santa es la invitación reiteradamente lanzada por el Patriarca latino, y que la Orden del Santo Sepulcro de Jerusalén hace suya, proponiéndola no solo a sus miembros, sino también —¿por qué no?— a cuantos trabajan con generosidad y fidelidad en la Gobernación.

Permítaseme añadir que sería hermoso que muchos pudieran decir: ¡Vayamos también nosotros a Jerusalén! Sin miedo. Un poco como hacía la Sagrada Familia, que desde Nazaret subía allí por la Pascua, llevando consigo al Niño Jesús. Peregrinar como un gesto hermoso de solidaridad concreta y, al mismo tiempo, orar allí donde se cumplió el misterio de la pasión, muerte y resurrección del Señor; pero también en Belén, donde la encarnación de Dios se manifestó en la realidad de un pequeño niño; o en Nazaret, en el humilde lugar donde María pronunció su “sí” a Dios y, junto con José y Jesús, vivió en el silencioso ocultamiento de los treinta años de la vida del Hijo suyo y de Dios.

Pablo VI, que peregrinó allí en enero de 1964, dijo que, como niños sencillos, se trataba de acudir a la escuela de la Sagrada Familia para aprender la verdadera ciencia de la vida y la suprema sabiduría de las verdades divinas.

Y, finalmente, peregrinar a aquella Galilea donde Jesús, Maestro, enseñaba atrayendo a las multitudes, multiplicaba los panes y los peces y entregaba a Pedro las llaves del Reino. Me gusta pensar que desde el corazón del Estado de la Ciudad del Vaticano —desde la Gobernación— se cuente cuán hermoso ha sido hacerse peregrinos en Tierra Santa después del 2025, con la mirada ya puesta en el 2033, año de la Redención. En definitiva, un movimiento de esperanza y de renovación espiritual, porque peregrinar por la tierra de Cristo es como realizar unos ejercicios espirituales itinerantes.

Me agrada también pensar en una caridad no de limosna, sino de proximidad; no distinta de la del Samaritano que, bajando de Jerusalén a Jericó, se inclina sobre el herido abandonado al borde del camino; o de aquella recibida por los dos discípulos que caminaban hacia Emaús, desilusionados por el destino

ignominioso del Maestro en la cruz, y que, al encontrarle en el camino, lo reconocieron al partir el pan, recibiendo como don la fe. Como Gran Maestre de la Orden Ecuestre del Santo Sepulcro —a la que el Papa, el Beato Pío IX, confió en 1847 el sostenimiento de la Iglesia “Madre” de Jerusalén, continuando así aquella misión— deseo, por medio de este número especial de la revista del Gobernatorato, extender mi aliento para que emprendáis una peregrinación de proximidad, seguro del bien que aportará a cada uno de vosotros, a toda la Iglesia y a la Tierra Santa.



¿Qué es la Navidad?



Desde el Vaticano

Angelo Cardenal Comastri
Vicario General emérito de Su Santidad
para la Ciudad del Vaticano

Franz Werfel, escritor austriaco fallecido en 1945, dijo:
«Conozco una sola pregunta decisiva: ¿QUIÉN ES JESÚS? Todo depende de la respuesta a esa pregunta».

Y he aquí la maravillosa respuesta: Jesús es Dios que se ha manifestado, ha tenido compasión de una humanidad extraviada, se ha hecho hombre y se ha emparentado con cada ser humano: bueno o malo, santo o delincuente.

¿Por qué? Porque ha venido a tendernos la mano para sacarnos de la maldad, que es la única causa de la infelicidad. Con Jesús es posible llegar a ser san Francisco de Asís, santa Teresa de Calcuta, san Juan Pablo II, Carlo Acutis o Pier Giorgio Frassati.

¿Es creíble esta buena noticia? ¿Tiene fundamento la fe en Jesús?

Observad; ese Niño ha partido en dos la historia, y sin embargo entró de puntillas en el mundo, nacido en un establo. Humanamente hablando, ¿cómo es posible?

Nació en un establo y desató los celos de un palacio. Pero venció el establo, no el palacio. Humanamente hablando, ¡es un paradojo! Pero en Jesús todo es paradójico.

Por primera vez en la historia afirmó que los hombres, ante Dios, son todos iguales, que todos tienen la misma dignidad, empezando por los niños, los más pequeños y hasta los esclavos. Un mensaje revolucionario para la sociedad de entonces y también para la de hoy. Dijo que la violencia no es la fuerza capaz de cambiar el mundo. La única fuerza que puede transformarlo es el amor, la bondad desarmada y desarmante. ¡Paradójico una vez más!

Dio a sus discípulos un mandamiento impresionante:

«Amaos los unos a los otros como yo os he amado», es decir, hasta dar la vida. Los héroes cristianos son los mártires (los que dan la vida), no los kamikazes (los que arrebatan la vida a los demás).





Jesús introdujo en el mundo el principio que condena toda violencia y toda guerra. Dijo:

«Amad a vuestros enemigos y orad por vuestros perseguidores, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir el sol sobre buenos y malos».

La sensibilidad por la paz entró en el mundo con Jesús.

Jesús eligió como colaboradores a hombres sencillos, incultos, sin preparación, y los envió al mundo a una aventura que superaba sus fuerzas, con un mensaje a contracorriente. ¡Paradoja, una vez más! Y aquellos hombres sembraron el Evangelio derramando su propia sangre.

Uno de ellos le traicionó, otro —el jefe— le negó, los demás huyeron, y Jesús se dejó clavar en la cruz, el patíbulo de los esclavos. Si hubiera sido solo un hombre, todo habría terminado en el Calvario.

Y, sin embargo, fue el comienzo de todo.

¡Otra paradoja!

Después del Calvario, Jesús resurgió y se convirtió en el protagonista de la historia.

¿Por qué? Porque es Dios hecho hombre.

Escuchad lo que dijeron de Jesús algunos personajes célebres:

Friedrich Nietzsche, enemigo declarado de Cristo, confesó un día: «Jesús ha volado más alto que nadie».

Y Ernest Renan, que también lanzó un ataque feroz contra el cristianismo y la Iglesia, definió a Jesús como

«una persona excepcional», y añadió:

«Jesús jamás será superado. Su culto se renovará sin cesar, su historia arrancará lágrimas infinitas; sus sufrimientos conmoverán los corazones más nobles. Todos los siglos proclamarán que entre los hijos del hombre no ha nacido nadie más grande que Jesús».

Jean-Jacques Rousseau, enemigo del cristianismo, escribió:

«Os confieso que la santidad del Evangelio habla a mi corazón. Observad los libros de los filósofos, con toda su pompa: ¡qué pequeños son comparados con el Evangelio!»

Escuchad también lo que escribió un joven Karl Marx:

«La unión con Cristo otorga una elevación interior, consuelo en el dolor, serena certeza y un corazón abierto al amor del prójimo. La unión con Cristo proporciona una alegría: una alegría que eleva y embellece la vida».

Así escribió el joven Karl Marx.

Emmanuel Kant declaró:

«El Evangelio (es decir, Jesús) es la fuente de toda nuestra civilización».

Y Benedetto Croce exclamó:

«El Evangelio es la única verdadera revolución de la historia».

Napoleón, en la isla de Santa Elena, recobró la fe y dijo:

«Entre Cristo y los demás fundadores de religiones hay un abismo: Cristo es único».

¿Por qué? Una vez más, he aquí la respuesta:

Porque es el Hijo de Dios hecho hombre.

¡Tiziano Terzani, periodista y escritor contemporáneo, observó con lucidez:

«No hay duda de que en los últimos siglos hemos hecho progresos enormes. Hemos aprendido a volar como los pájaros, a nadar bajo el agua como los peces, viajamos a la Luna y enviamos sondas a Marte. Y, sin embargo, con todo este progreso, no estamos en paz ni con nosotros mismos ni con el mundo que nos rodea. Es más: el ser humano jamás ha sido tan pobre espiritualmente como desde que se ha hecho tan rico materialmente».

¿Qué le falta al mundo de hoy?

Le falta Jesús, la única Luz que ilumina el camino de nuestra vida. Saquemos las consecuencias y tomemos en serio la Santa Navidad. Todos tenemos mucho que aprender. Y recordemos que, cuando termina el Jubileo, no termina la presencia de Jesús.

Él es nuestra Esperanza, la que no muere y no puede morir.



La Esperanza que habita la Navidad



Desde el Vaticano

*Fernando Cardenal Végez Alzaga
Presidente emérito de la Gobernación
del Estado de la Ciudad del Vaticano*

Cada año, la Navidad se presenta como un tiempo de luz y de renacimiento. Es el momento en que la historia de la humanidad vuelve a encontrarse con el rostro de Dios, que elige compartir nuestra fragilidad. En aquel Niño nacido en la pobreza de Belén

se revela un mensaje de confianza que atraviesa los siglos: pese a todo, merece la pena creer en el bien.

El reciente Jubileo de la Esperanza nos ha invitado precisamente a esto: a redescubrir que la esperanza no es una palabra abstracta, sino un estilo de vida, una mirada capaz de reconocer la presencia de Dios incluso en los días más ordinarios. Ahora que aquel camino jubilar llega a su término, surge una pregunta: ¿cómo llevar esa esperanza a los lugares en los que pasamos



Copyright Governatorato SCV



Copyright Governatorato SCV

gran parte de nuestra vida, como nuestros ámbitos laborales de la Gobernación?

El trabajo, con sus desafíos, puede convertirse fácilmente en un terreno árido. Las presiones, las preocupaciones y el esfuerzo por conciliarlo todo corren el riesgo de reducir el espacio de la confianza. Y, sin embargo, el Evangelio nos enseña que la esperanza florece precisamente allí donde parece más difícil.

Nace de la conciencia de que cada gesto, incluso el más humilde, tiene valor a los ojos de Dios. Toda tarea realizada con amor y dedicación se convierte en una forma de participar en su proyecto de salvación.

En este sentido, la esperanza cristiana no es un optimismo ingenuo, sino la certeza de que el bien es más fuerte que el desencanto y la resignación. Es una fuerza que renueva las relaciones, que impulsa a buscar la justicia, que transforma la competencia en colaboración.

La conclusión del Jubileo no debe interpretarse como un punto de llegada, sino como una invitación a hacer germinar en la vida cotidiana aquello que hemos celebrado.

Una comunidad laboral que vive de esperanza es una comunidad

que sabe valorar a las personas, escuchar, perdonar y alentar. Es aquella que no abandona a los más débiles, que elige situar la dignidad humana por encima del beneficio.

En este contexto, la Navidad se convierte en una escuela de vida. Nos recuerda que la presencia de Dios no se manifiesta solo en las iglesias o en las liturgias, sino también en los pasillos de las oficinas, en los talleres, en los lugares de trabajo. Allí donde un compañero tiende la mano, donde un grupo trabaja unido, allí sigue naciendo el Dios de la Esperanza.

El mensaje de Belén no se agota con las celebraciones. Es una promesa que perdura: Dios camina con nosotros, también entre plazos, reuniones y fatigas.

Vivamos, pues, esta Navidad como una ocasión para renovar nuestra manera de mirar el trabajo y a los demás, reconociendo en cada encuentro un fragmento del misterio de la Encarnación. La esperanza cristiana es esto: la certeza de que, aunque el mundo parezca incierto, la luz de Dios no se apaga jamás. Y si la llevamos con nosotros a nuestros lugares de trabajo, esa luz puede verdaderamente transformarlo todo.

Salvadora de la Urbe



Desde el Vaticano



Enrico Cardenal Feroci
Rector

La feliz expresión de San Juan Pablo II, que definió el Santuario de la Virgen del Divino Amor como la “casa de campo” de María, nos invita a explorar cuánto ha significado, a lo largo del tiempo, la presencia de María en esta Colina de la campiña romana para tantas generaciones de romanos.

El Santuario de la Virgen del Divino Amor se alza sobre una apacible colina verde de la campiña romana, en el kilómetro 12 de la Via Ardeatina. La iglesia que custodia el fresco fue construida en 1744, dedicada el 31 de mayo del Año Santo de 1750, y está inserta en el corazón del antiguo Castillo, que data del año 1300, entonces llamado “Castrum Leonis”, propiedad de la familia Savelli. En una torre se pintó, en aquel tiempo, el fresco que hoy veneramos en el Santuario.

Aquella imagen icónica, colocada en los muros exteriores, ante los ojos de quienes subían desde el Sur del Lacio hacia Roma, para que la vieran y recordaran su significado, plantea algunos interrogantes. La obra se remonta a comienzos del siglo XIV. Los historiadores han realizado investigaciones y propuesto diversas interpretaciones. Las investigaciones han avalado una, particu-

larmente sugestiva. Roma, en aquel tiempo, contaba con apenas 25.000 habitantes. El Papa residía en Aviñón y las familias poderosas se disputaban el dominio del territorio. Tal era la violencia, que sintieron la necesidad de mirarse a los ojos, de detenerse. En 1337 (el documento, aún conservado, se encuentra en el municipio de Subiaco), se reunieron en Velletri no solo las grandes familias enfrentadas, sino también los principales notables del sur del Lacio, y suscribieron un texto mediante el cual se sancionaba la paz entre las familias en conflicto. Y, para mostrar la seriedad de la paz alcanzada, colocaron en la torre del castillo, propiedad de los Savelli, a lo largo del camino, el fresco/icono que incluía el núcleo religioso de cada una de las familias contendientes. De un lado, los Savelli: la imagen central representa a la Virgen con el Niño, icono familiar conservado en la iglesia de Santa Francesca Romana (el Niño está a la derecha); del otro, la familia Caetani (los ángeles recuerdan a los Caetani, vasallos de los Anjou). En la parte superior se distingue la paloma, la misma que en la Biblia hallamos como símbolo de paz entre el cielo y la tierra. Exvoto para recordar una paz.

La imagen de la Virgen permaneció allí, durante los siglos siguientes, solitaria sobre la torre sur del castillo, ante la cual los pastores y carboneros, en ciertos momentos del año, al dirigirse



a Roma, se detenían a rezar el Rosario. Hasta que, en 1740, un caminante que había perdido el rumbo fue atacado por una jauría de perros enfurecidos; al mirar la Imagen, gritó: “¡Gracia, Virgen Santa!”, obteniendo “la paz” entre el hombre y los animales. El hecho se difundió rápidamente y provocó una extraordinaria afluencia de pueblo que acudía a suplicar. Se construyó entonces el Santuario y en él se colocó para la veneración la Virgen, desde entonces llamada: “Virgen del Divino Amor”. Siglos de fervor y de abandono. En 1931 fue enviado al Santuario don Umberto Terenzi. Retomó la vida espiritual... Es significativo recordar el 4 de junio de 1944. La Sagrada Imagen de la Virgen del Divino Amor había sido llevada a la ciudad por el peligro de guerra que se acercaba a Roma; “L’Osservatore Romano” escribía: «Decenas de miles de personas se multiplicaban en la oración por el Papa, por Italia, por Roma, por la paz;... Era el triunfo mariano del amor que alcanzaba una grandeza sin igual por el número de peregrinos y por su devoción, devoción sencilla, espontánea, pero fervorosa y sincera, que elevaba invocaciones que conmovían y llenaban de dulzura y emoción: “¡Viva, viva, siempre viva!” – “¡Gracias, Virgen Santa!”».

Entre todos los peregrinos, el más augusto: el propio Papa, el Papa romano. El 11 de junio Pío XII se dirigió a San Ignacio para

dar gracias solemnemente a Aquella a quien proclamó “Salvadora de la Urbe”. (“L’Osservatore Romano”, 12-13 de junio de 1944). El 4 de junio de 1944, en efecto, “precisamente en el mismo momento –se escribía en el periódico Amici di don Orione– en que el Papa hacía proclamar en la iglesia de San Ignacio, ante la Taumaturga Imagen de la Virgen del Divino Amor –Mater Pulchrae Dilectionis!–, tan querida a nuestro corazón, el voto de la ciudadanía; precisamente mientras monseñor Gilla Gremigni leía desde el púlpito, con voz alta y conmovida, la fórmula de la solemne promesa, se desvanecía, como por encanto, todo peligro, y Roma, sobre la cual, en la serena luminosidad del cielo, pareció extenderse el manto protector de la Virgen, fue, contra toda esperanza, ¡salvada!”.

Y entonces hubo paz. También hoy, con fe, nos situamos ante el rostro de María y decimos: “Paz, paz, paz para el mundo que ha perdido la inteligencia”.

Tenemos fe –como nos ha dicho el Papa León– en que la oración cambia la historia de los pueblos. Que los lugares de oración sean tiendas de encuentro, santuarios de reconciliación, oasis de paz. El Santuario de la Virgen del Divino Amor quiere ser, ante todo, un oasis de paz y de presencia de Dios, como lo ha sido a lo largo de los siglos.

ARGELIA: ARQUIDIÓCESIS DE ARGEL

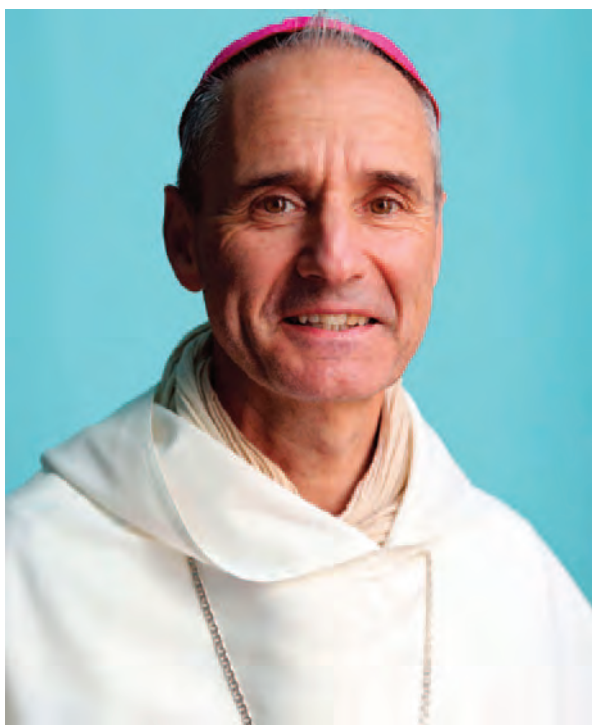


¡La pequeña llama de la Navidad!

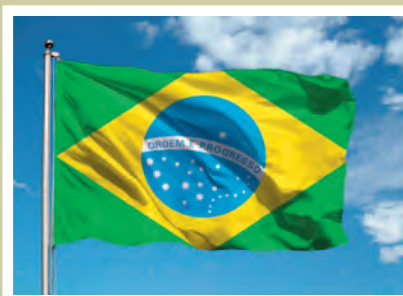
Jean-Paul Cardenal Vesco, OP
Arzobispo de Argel

La Navidad, la historia más insensata de la humanidad, es por excelencia la fiesta de la infancia, la celebración que nos devuelve a nuestra propia niñez. La Navidad es una atmósfera festiva en pleno invierno: colores, aromas, sabores. En Navidad, Roma, como todas las grandes ciudades del mundo, se viste con sus galas de luz. Desde este punto de vista, mi primera Navidad en Argelia fue un choque. Nada de todo ello decía "Navidad": ni una guirnalda, ni una iluminación particular; los últimos días de diciembre se parecían a cualquiera de los restantes del año. Es el mismo choque que experimentan todos los estudiantes procedentes del África subsahariana que disfrutan de una beca en Argelia. Viven su primera Navidad lejos de sus padres y del calor del hogar. Por eso, la Navidad en Argelia, para ser realmente Navidad, debe ser mucho más que una misa de medianoche. Es una atmósfera familiar que es preciso recrear e inventar de nuevo. Cada cual rivaliza en imaginación para la decoración y la animación. Los coros entonan y repiten cantos procedentes de todos los rincones del mundo; las decoraciones nacen de las manos más hábiles y creativas; los belenes salen de los armarios y los árboles de Navidad se hacen invitados a la fiesta. En las cocinas se afanan preparando las comidas festivas; se comparte un sueño apresurado en dormitorios improvisados... Y, de pronto, la Navidad está ahí, con sus colores, sus aromas, sus sabores de todos los países, y cada uno escucha de nuevo el anuncio de la Navidad en su lengua materna, la lengua de su infancia, aquella que habla directamente a su corazón. Lejos por un tiempo de Argelia, contemplé con alegría la perspectiva de una Navidad celebrada de nuevo en el seno de una sociedad de tradición cristiana. Y, sin embargo, allí estaba todo...

salvo la alegría de la Navidad argelina. Sí, todo se hallaba en su sitio, pero faltaba esa pequeña llama que vacila. Me di cuenta de que, en su fragilidad, nuestras pequeñas comunidades parroquiales en Argelia hacen existir la Navidad y su maravilloso anuncio del nacimiento de un Dios hecho hombre. Sin nosotros, la Navidad no existiría en Argel, Orán o Tamanrasset. Es como si Dios se hiciera hombre en esos lugares gracias a la fe y a la alegría de nuestras pequeñas comunidades eclesiales. ¡Qué responsabilidad! Al terminar sus estudios o su misión, muchos recuerdan con nostalgia la Navidad en tierra musulmana. Al acercarse la Navidad, pienso de manera particular en quienes se encuentran en tantos lugares marcados por conflictos armados y por la guerra, desde las trincheras en Ucrania hasta las ruinas de Gaza. Pienso en los prisioneros de todas las cárceles del mundo, en los enfermos de los hospitales, en las personas aisladas, en quienes dormirán en la calle la noche de Navidad. Para ellos, en primer lugar, ha venido a brillar la pequeña llama de la Navidad en el corazón de las tinieblas, como signo de una esperanza invencible. No dejemos que nos distraigan las luces de la ciudad y las decoraciones con que, cada año, se engalanan las calles incluso con demasiada antelación. No olvidemos que el Señor necesita de cada uno y cada uno de nosotros para tomar cuerpo en la persona de un niño. Necesita que, en Roma, Kiev, Gaza, Argel o Tamanrasset, le permitamos hacerse carne en nosotros para la salvación de toda la humanidad: de la que le conoce y también de la que quizá jamás llegue a conocerle. ¡Felices fiestas de Navidad!



BRASIL: ARQUIDIÓCESIS DE MANAUS



La fragilidad del Niño de Belén nos despierta al cuidado de los frágiles y de las fragilidades

Leonardo Cardenal Ulrich Steiner, OFM
Arzobispo de Manaus

«Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14).

¡Dios se ha hecho Verbo! «El Hijo mismo es la Palabra, el Logos; la Palabra eterna se hizo pequeña, tan pequeña que pudo recostarse en un pesebre. Se hizo niño, para que la Palabra se volviera para nosotros accesible» (Benedicto XVI, Navidad del Señor, 2006).

«Ahora, la Palabra no solo es audible, no solo posee una voz: ahora la Palabra tiene un rostro que podemos ver —Jesús de Nazaret—» (Verbum Domini, 12). Se ha vuelto tan palpable, tan visible, tan audible, que ya no son los profetas quienes hablan, sino el Hijo como nuestro propio hijo. El Verbo eterno y creador envuelto en pañales y recostado en un pesebre. El Verbo que da existencia a todas las cosas, hecho carne de nuestra carne, sangre de nuestra sangre, hueso de nuestros huesos.

El Verbo-Niño, envuelto en pañales y reclinado en un pesebre, es la luz que resplandece en la oscuridad: en la noche del temor, en la incertidumbre humana, en los conflictos y en el desánimo. Ese Verbo-Niño, envuelto en pañales y reclinado en un pesebre, es la naturaleza de Dios; la pobreza de Dios; la nobleza y la ternura de Dios; el aliento de Dios, el gemido de Dios, el suspiro de Dios. Verdaderamente el Verbo, carne de nuestra carne, hueso de nuestros huesos, sangre de nuestra sangre, es amor libre y gratuito en medio de nosotros. El Verbo del Padre está con nosotros y ha plantado su tienda entre nosotros hasta la «muerte, y muerte de Cruz». Y es cierto: «Sostiene todas las cosas con la palabra de su poder» (Hb 1,3). Esta es la Palabra que está en el principio; que es el principio; la que inaugura y abre camino; el origen y la meta, el alfa y la omega. Ella fundamenta y da consistencia a cuanto existe; es la que despierta y la que irradia; la que crea todas las cosas; el sentido de todo: de la vida y de la muerte, de la existencia y de la misión, de la vocación. Abre el cielo nuevo y la tierra nueva; es cielo y tierra. Es la inauguración de un tiempo nuevo, sin tiempo, más allá de todo tiempo: el Reino nuevo. Reino de verdad y de gracia; Reino de justicia, de amor y de paz.

¿Hay alguien o algo que la Palabra no ilumine, no sostenga, no dote de sentido, no abra a un nuevo horizonte? Tenía razón san Gregorio Nacianceno cuando afirmaba: «Después de aquella lámpara tenue que fue el Precursor, vino la Luz clarísima de



Cristo; después de la voz, vino el Verbo; después del amigo del esposo, el Esposo» (Or. 45,9).

Una Palabra tan audible, tan pronunciable, tan visible, tan cercana, tan escuchable y tan convincente, solo nos pide una respuesta de amor.

Responder significa ser palabra dentro de la Palabra. Responder es encarnarla, hacerla visible, dejar resonar la Palabra hecha carne. Anunciar a toda la creación la nueva realidad, el cielo nuevo y la tierra nueva. «Dejémonos guiar por la estrella, que es la Palabra de Dios; sigámosla en nuestra vida, caminando con la Iglesia, donde la Palabra ha plantado su tienda. Nuestro camino estará siempre iluminado por una luz que ningún otro signo puede darnos. Y también nosotros podremos convertirnos en estrellas para los demás, reflejo de la luz que Cristo ha hecho brillar sobre nosotros» (Benedicto XVI, Epifanía del Señor, 2011).

San Agustín subraya la dinámica propia de la Palabra: «Juan era la voz, pero el Señor, en el principio, era el Verbo» (cf. Jn 1,1). Juan fue la voz que pasa; Cristo, el Verbo eterno desde el principio. Suprime la palabra, ¿y qué queda de la voz? Sin significado, no es más que ruido. Una voz sin palabra golpea el oído, pero no nutre el corazón. Sin embargo, incluso para alimentar el corazón, respetemos el orden de las cosas. Si pienso en lo que voy a decir, la palabra ya está dentro de mi corazón. Pero si quiero hablarte, busco la manera de llevar hasta tu corazón lo que ya habita en el mío. Y para hacer llegar a ti lo que está en mí, recurro a la voz; por ella te hablo.

El sonido de la voz te permite comprender la palabra; y cuando ya te la ha transmitido, el sonido desaparece, pero la palabra que te comunicó permanece en tu corazón sin haber abandonado el mío. ¿No parece que ese sonido, después de transmitir la palabra, dijera: «Es preciso que Él crezca y que yo disminuya» (cf. Jn 3,30)?

La voz resonó cumpliendo su función y desapareció, como si di-



jera: «Ahora mi alegría está colmada» (cf. Jn 3,29).

«Conservemos la palabra; no perdamos la palabra concebida en nosotros» (Sermón 293). El Verbo, el Logos, se hizo carne y habita entre nosotros. Ilumina toda realidad, eleva y ennoblece a cada persona. Una Estrella que vela por nosotros en medio de los dolores, las incomprensiones y las agresiones. La fragilidad del Niño de Belén nos despierta a la atención hacia los frágiles y hacia toda fragilidad. En el Año Santo de la Redención, Año de la Esperanza, la Archidiócesis ha inaugurado la Casa Esperanza (Casa de la Esperanza), un servicio pastoral que ofrece atención a niños y adolescentes que han sufrido violencia sexual. El servicio pastoral está confiado a psicólogos que lo realizan de manera voluntaria. La casa acoge, protege y cura. Es un hogar que simboliza el Reino de Dios, que combate por una cultura protectora y respetuosa que defienda el derecho a ser niño, adolescente, persona, hijo o hija de Dios. Es un lugar donde se expresa el amor de Dios hecho nuestra humanidad, bajo la forma de acogida, acompañamiento, descanso, búsqueda de justicia y encuentro. Una oportunidad concreta de transformación, fortalecimiento y apoyo social y emocional para incontables niños y adolescentes. Es un signo de que es tiempo de esperanza. Los niños pueden acercarse a través de la receptividad: en la manera de recibir, en

la expresión de las manos, en el silencio, en la palabra; convirtiéndose así en bendición para ellos. La Casa es una oferta de curación, para que niños y adolescentes puedan tener un futuro, sentirse integrados en sus afectos y en su sexualidad. Curados integralmente, para que puedan ser presencia viva de esperanza en nuestra sociedad; para que se sepan hijos e hijas de Dios.

Descubren la belleza del cuidado por parte de la Comunidad de Fe. Los servicios son semanales y están dirigidos a niños, adolescentes y mujeres víctimas de violencia sexual, así como a sus cuidadores no abusivos. La atención psicológica se ofrece presencialmente mediante terapia de grupo, siguiendo un enfoque sistémico y cognitivo-conductual, en grupos diferenciados de chicos, chicas y adultos cuidadores.

Las dinámicas son semanales, cada encuentro dura dos horas durante cinco meses, seguidos de doce meses de acompañamiento tras concluir la psicoterapia. Es una acción pastoral necesaria, dada la magnitud de víctimas en la sociedad. Un símbolo —una estrella— de superación y esperanza.

En la simbología de la Casa, el logotipo representa una hoja de imbaúba, uno de los primeros árboles en rebrotar después de que la selva haya sido alcanzada por un incendio. Es un símbolo de resistencia y de la tenacidad de vivir. Dios, hecho hombre, sostiene la acogida y el acompañamiento, siendo la casa del encuentro: un encuentro con el dolor para superarlo; un encuentro con la consolación para convertirse en presencia de consuelo y esperanza.

Una casa que, según el testimonio de una mujer que fue atendida allí y cuya nieta sufrió abusos por

parte del padre, es «un lugar que devuelve la esperanza a quien ya la había perdido, que da vida a quien se sentía muerto». Ha afirmado ver en la Casa una obra de Dios al servicio de los hermanos y hermanas, que van más allá de lo que correspondería a su función profesional.

Inspirada por la Palabra hecha carne y convertida en Palabra de esperanza, Estrella en el desierto, la Iglesia católica reafirma su compromiso con la vida y la esperanza, especialmente con los más vulnerables: signo del Reino de Dios. En el Año Santo de la Redención, la Iglesia puede ser signo de esperanza y de vida nueva para los niños, los adolescentes y sus familias.

La pequeña Palabra envuelta en pañales ha venido a renovar la faz de la tierra y la vida de todos los necesitados.

La Palabra, el Logos, ilumina la vida en la Casa de la Esperanza.

Tú, pequeña Palabra, pesebre, pura, inocente.

Presencia admirable.

Tú, Palabra samaritana, que consuelas, edificas, resucitas.

Tú, Palabra de consuelo en el dolor, en la aflicción, en la soledad, en la muerte.

Tú, Palabra materna, que engendras vida nueva.

Tú, Palabra de esperanza, como un niño de lo que está por venir.

Tú, Palabra, vida de los últimos, de los siervos.

COLOMBIA: ARQUIDIÓCESIS DE BOGOTÁ



La Esperanza es belleza del Dios cercano

Luis José Cardenal Rueda Aparicio
Arzobispo de Bogotá

La cercanía y ternura de Dios manifestadas en Jesús de Nazareth, le confieren la esperanza a vida de los cristianos, y los hace misioneros de esperanza en el mundo. La esperanza cristiana acompaña todas las realidades temporales, las enriquece y les da el verdadero sentido; pero va más allá, asume todo lo temporal, lo desborda y le abre el horizonte de la trascendencia y de la plenitud en el amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

La esperanza tiene su origen y su fundamento en el amor trinitario. La esperanza es posible en la vida humana por la presencia del Dios cercano. La esperanza ilumina y fortalece la existencia humana como un don y una iniciativa amorosa de Dios, porque quiso Dios hacerse eternamente cercano a las personas, por medio del misterio de la Encarnación del Verbo, en las entrañas virginales de María de Nazareth en el hogar de José. Hoy Dios continúa su cercanía con quien lo necesita, por medio de quienes se sienten discípulos misioneros de Cristo.

1. La cercanía de Dios es creadora de esperanza

Navidad es ante todo cercanía de Dios, diálogo de Dios con la humanidad, es una cercanía perseverante y activa, es una certeza que va más allá de los sentidos, es la confianza de que con él está siempre cerca, y que todos pueden contar en la noche más oscura y en medio de las más duras pruebas, cuando ya las propias fuerzas no logran resistir, es entonces cuando llega una gran noticia: en Belén de Judea, les ha nacido el Emmanuel; de esta manera nace y renace el gozo de saber que no se irá de nuestro lado, que no habrá motivo para que nos abandone, ni siquiera cuando más frágiles nos descubrimos, tampoco nos da la espalda cuando nos equivocamos, porque ya nada nos podrá separar del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús.

2. La esperanza fluye cuando salimos de nuestra autosuficiencia

Al celebrar la Navidad vemos que Dios en la Encarnación del Verbo Eterno, asume el riesgo de ser frágil y vulnerable en el pesebre de Belén. La Navidad tiene fuerza y belleza para sacarnos del encierro de la insuficiencia, de la arrogancia y de la vanidad, de esta manera con gozo reconocemos que no podemos conseguirlo todo con nuestras capacidades y talentos, y que a nuestro lado hay alguien que está dispuesto a compartirme sus dones, sus cono-

cimientos, sus experiencias y su vida.

La esperanza nos conduce de la mano para que conozcamos la humildad, ella nos abre una puerta, nos tiende la mano, se acerca con sinceridad, se dispone a levantarnos, sostenernos y orientarnos, y poco a poco sentimos que la mano tendida se transforma en un abrazo que nos devuelve la serenidad y la confianza, nos libera del miedo y nos enseña a mirar un horizonte que se amplía en profundidad y belleza. Celebrar la Navidad es ya un triunfo de la esperanza fraterna sobre el egoísmo.

3. La esperanza brilla generalmente en los desiertos existenciales. Celebramos la Navidad porque queremos que la vitalidad de la esperanza renueve el corazón de nuestra sociedad herida. Cuando fracasan las seguridades que parecían inmutables, la cercanía de Dios se manifiesta y comienza a brillar con más fuerza. Es una manifestación que brilla en la cercanía de la ternura y de la misericordia inagotables que logran reconstruirnos como personas y comunidades en los anhelos y aspiraciones.

La Navidad es tiempo para abrir nuestro corazón, porque Dios, primero decidió abrir el suyo. Tanto amó Dios al mundo que envió a su Hijo, para hacernos hermanos, cuando nos sentimos ahogados en el desierto por las arenas de la guerra, de la mentira, del egoísmo, del odio o de la soledad. Celebrar la Navidad es celebrar la presencia y la cercanía de Dios con nosotros.

4. La esperanza nos ayuda a caminar juntos

Lo más hermoso y profundo de la esperanza en Navidad, es tan sencillo y maravilloso como un bebé en casa. Porque un bebé es una semilla humana de esperanza, porque el Reino de Dios es simple y cotidiano, sin complicaciones, en la pobreza del pesebre y en la gran riqueza de una familia unida, una familia que decidió



© Bernard



decirle Sí a la voluntad de Dios y a su plan de salvación.

La esperanza nos ayuda a caminar juntos porque Dios mismos viene a caminar con nosotros, se interesa por aquello que nos disminuye en la esperanza, nos escucha con respeto y atención mientras le contamos nuestros dolores, y cuando nos habla lo hace con claridad, sin teorías indescifrables, nos explica las escrituras como Palabra para hoy, con la paciencia del sabio que se adapta a las torpezas y cerrazones del oyente, y sigue caminando con nosotros y nos enseña otra vez en Navidad a caminar juntos en la esperanza.

Celebrar la Navidad es celebrar la cercanía de Dios, y la alegría de poder caminar juntos, aunque tengamos muchas diferencias. Cuando dos o tres caminan en nombre de Dios, con ellos caminará el Señor y les enseñará sus caminos de paz y fraternidad.

5. La esperanza crece al escuchar

Escuchar a Dios y escuchar a nuestros hermanos permite que crezca la esperanza. Dios nos habla permanentemente, espera que lo escuchemos, nos habla en la conciencia de cada uno y nos ayuda a discernir el bien y el mal, para que aprendamos a elegir lo bueno, recto, noble, amable, porque todo nos está permitido, pero no todo nos conviene.

Dios nos habla en los acontecimientos pequeños y grandes de la vida. Dios nos habla en la belleza y armonía de la creación, en la biodiversidad, en los signos de una casa común enferma y contaminada. Dios nos habla por medio de las personas de la propia familia, por medio de los vecinos, de los compañeros de trabajo o de estudio.

Si aprendiéramos a escuchar con bondad y sin prisa se evitarían muchos conflictos y se encontrarían muchas soluciones que son ocultadas por la impaciencia que nos atropella y por los ruidos que nos confunden. El arte de escuchar, camina con el arte del silencio y construye la obra del diálogo que, conduce a la unidad respetuosa y llena de admiración recíproca. Tenemos la oportunidad de escucharnos en Navidad, posiblemente será un regalo que muchos están necesitando.

6. La alegría de servir nutre la esperanza

La actitud del servicio construye la cultura de la gratuidad que con lleva un gozo doble: El gozo de quien toma la decisión de servir sin esperar nada a cambio y la alegría de quien siente que recibió un servicio que no conlleva un costo económico. Y este puente que se construye con cada acto de servicio, permite que amanezca la esperanza en el corazón de unos y otros, esa esperanza que se encontraba oscurecida porque pensábamos que no teníamos nada para ofrecer a otra persona. No tengamos miedo de servir porque en realidad tenemos mucho para dar. Grandes transformaciones han comenzado por simples actitudes de servicio generoso, como cuando en el altar se realiza el servicio y la donación de Jesús en favor de la humanidad en cada Eucaristía.

Todas las personas somos un tesoro que no podemos dejar oculto o enterrado por temor, el temor nos impide servir, mientras que la esperanza nos da la posibilidad de tener vínculos renovados por el gozo de compartir. Los peregrinos de oriente que buscaban al Niño recién nacido, tenían la esperanza de una estrella que iluminaba su camino y le llevaban sus dones, oro, incienso y mirra, a cambio pudieron encontrar la familia de Nazaret seguramente para volver a casa y redescubrir el tesoro de la propia familia y ya no en cofres sino en su propio corazón llevaban la manifestación de la cercanía del Emmanuel.

En Navidad pongámonos en camino especialmente hacia los más necesitados, llevémosles nuestros tesoros y recibiremos a cambio la alegría de servir. Una buena forma de adornar la Navidad es con la abundancia de nuestros pequeños servicios.

7. La meta de la esperanza es el amor de Dios

La esperanza nos hace disfrutar la condición peregrina, nos indica el camino hacia la casa del Padre, y nos anima a no detenernos, a superar todos los escollos que encontremos, a no desviarnos de la ruta, a mantener viva una llama interior que nos anticipa la fiesta, que el Padre tiene preparada en su corazón, para darnos la acogida desbordante de misericordia que no merecemos. Celebrar la Navidad nos fortalece para no dejarnos robar la posibilidad de recomenzar cada día.

La esperanza en camino desmonta el imaginario amargo que le diseña el pesimismo a las personas y a la humanidad entera. Peregrinar en la esperanza es superar un virus del alma que es el inmediatismo facilista. Este virus del inmediatismo nos vuelve ciegos, nos impide ver la belleza del horizonte posible y a la vez nos vuelve desganados y apáticos.

Los peregrinos de la esperanza avanzan conquistando pequeñas metas cada día, aprenden de los aparentes fracasos sin dejarse inundar por los lamentos y los reclamos, reconocen los pecados y piden perdón con humildad, son agradecidos y celebran cada pequeño logro, comparten la experiencia y las destrezas aprendidas con quienes vienen atrás, son capaces de mirar a los que van adelante sin envidia, más bien, como un estímulo y como una fuerza intercesora.

Los santos hacen parte de la Iglesia triunfante, que pasó por la gran tribulación con valentía, sin claudicar, con la mirada fija en la meta que es la comunión de amor del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Pondremos todo de nuestra parte en cada jornada del año que se avecina, para que, con la Virgen María y con San José aprendamos caminar juntos, en fraternidad, diálogo y respeto.

Seremos portadores y constructores de la paz, de la amistad social y de la cultura del cuidado integral que se entretengan con la fe, la esperanza y el amor.

Le pediremos al Padre que, en medio de las cizañas del miedo, del pesimismo y del odio, con su misericordia siembre la semilla bendita del Evangelio en el terreno de nuestra familia y de la sociedad.

ECUADOR: ARQUIDIÓCESIS DE GUAYAQUIL



Navidad: ¡un mensaje de esperanza para un mundo sin paz!

*Luis Cabrera Cardenal Herrera, OFM
Arzobispo de Guayaquil*

Vivimos en un mundo profundamente herido. Basta encender la televisión, abrir un portal de noticias o mirar a nuestro alrededor para darnos cuenta de que la violencia se ha instalado en muchos rincones de la vida humana. Hay violencia física, emocional, económica, laboral y militar. Detrás de cada titular, de cada conflicto, hay rostros concretos: niños que huyen de la guerra, familias que lloran a sus seres queridos, jóvenes sin oportunidades, mujeres y hombres marcados por la injusticia o el desprecio. Es un mundo que sufre la ausencia de la paz.

Las guerras entre las naciones parecen no tener fin. Muchos pueblos se enfrentan creyendo que las armas podrán resolver sus conflictos, pero la historia nos enseña que la violencia solo deja un rastro de muerte y de lágrimas. El profeta Isaías ya lo anunciaba: "El fruto de la justicia será la paz; su efecto, la tranquilidad y la seguridad para siempre" (Is 32,17). La verdadera paz no se construye con poder ni con violencia, sino con justicia, verdad y misericordia.

También experimentamos la falta de paz en el ámbito personal y familiar. Las tensiones cotidianas, la falta de diálogo, las rupturas afectivas, la soledad y el miedo al futuro nos muestran que la paz comienza en el corazón. San Pablo lo recordaba a los filipenses: "La paz de Dios, que supera todo entendimiento, custodiará sus corazones y sus pensamientos en Cristo Jesús" (Flp 4,7). Sin esa paz interior que nace de la fe, ninguna sociedad podrá mantenerse en armonía.

En medio de tanto dolor, sin embargo, hay signos luminosos que no podemos pasar por alto. Miles de personas trabajan silenciosamente por la paz: médicos que curan con ternura, maestros que enseñan con paciencia, jóvenes que sirven en proyectos solidarios, familias que abren sus puertas al necesitado, comunidades que oran y trabajan por la reconciliación. Son verdaderos artesanos de la paz (cf. Mt 5,9), hombres y mujeres que creen que el mal no tiene la última palabra, que la vida vence a la muerte y el amor al odio.

Estos signos son semillas de esperanza. Y es precisamente la esperanza el mensaje más profundo que la Navidad nos trae. En medio de un mundo sin paz, la Navidad nos recuerda que Dios no se ha olvidado de su pueblo, especialmente de los pobres. Él ha querido hacerse uno de nosotros. "El pueblo que caminaba en tinieblas vio una gran luz; sobre los que habitaban en tierra de sombras una luz resplandeció" (Is 9,1). Esa luz tiene un nombre: Jesús, el Príncipe de la paz (Is 9,5).

El nacimiento de Jesús en Belén no fue un acontecimiento romántico ni lejano. Fue un hecho humilde, pero profundamente

transformador. En un pesebre, en la pobreza y en el silencio, Dios se hizo cercano. Se hizo niño para hablarnos de ternura, para enseñarnos que la grandeza no está en dominar, sino en servir. Como dice el Evangelio de Lucas, los ángeles proclamaron: "Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad" (Lc 2,14). La paz es un don divino, pero también una tarea humana.

La esperanza cristiana no es ingenua ni superficial. No se trata de un optimismo pasajero ni de desear que las cosas cambien por sí solas. Es la certeza de que Dios está presente y actúa incluso en medio de la oscuridad. "La esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo" (Rm 5,5). La Navidad nos invita a renovar esa esperanza que no se apaga, que se alimenta del amor y se traduce en compromiso.

El Dios que nace en Belén no viene a resolver los problemas desde fuera, sino a acompañarnos desde dentro de la historia. Nos enseña que la vida es el regalo más grande, que la libertad es la condición para amar y que la fraternidad es el camino hacia la verdadera paz. Cada gesto de reconciliación, cada palabra de consuelo, cada acción justa es una forma concreta de encarnar el espíritu de la Navidad.

Por eso, celebrar la Navidad es mucho más que encender luces o compartir regalos. Es dejar que la Luz de Cristo ilumine nuestras sombras. Es abrir el corazón para que nazca la paz en nosotros y a través de nosotros. Una oración franciscana lo expresó bellamente: "Señor, hazme instrumento de tu paz".

Hoy más que nunca, el mundo necesita testigos de esperanza: hombres y mujeres que no se resignen ante la violencia, que no se acostumbren al sufrimiento, que sigan creyendo, como María, que "nada es imposible para Dios" (Lc 1,37).

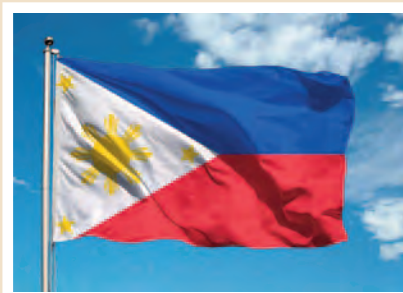
La Navidad sigue siendo, en medio de las tinieblas del mundo, una proclamación de esperanza. Es el recordatorio de que Dios apuesta por nosotros, que la vida tiene sentido, que el amor puede transformar la historia. Jesús nace para decirnos que la paz es posible, que vale la pena creer, esperar y amar.

Que esta Navidad nos encuentre dispuestos a construir la paz empezando por el corazón, extendiéndola a nuestras familias, comunidades y naciones. Porque solo cuando Cristo nace en cada uno, puede renacer la esperanza en el mundo.

"El Señor te bendiga y te proteja; ilumine su rostro sobre ti y te conceda la paz" (Nm 6, 24-26).



FILIPINAS: DIÓCESIS DE KALOOKAN



La esperanza que se hace carne: la Navidad al término de un año jubilar

Pablo Virgilio Cardenal David
Obispo de Kalookan

La esperanza es uno de los dones más frágiles y, sin embargo, más poderosos confiados al corazón humano. Al concluir el Año Jubilar, hemos recorrido un tiempo de gracia descubriendo de nuevo que la esperanza cristiana no es simple optimismo ni pensamiento positivo; tampoco es negación o una actitud estoica que rehúsa afrontar la realidad. Es, más bien, la elección de resistir la tentación de la desesperación; el coraje de sostenernos con paciencia incluso cuando todo parece desmoronarse. Es la decisión firme de mirar el mundo con verdad —cuando la paz parece distante, cuando la violencia hiere a nuestras comunidades y la dignidad humana es pisoteada— y, aun así, creer que el Emmanuel, Dios-con-nosotros, no ha abandonado su creación.

La Navidad es la fiesta de esa esperanza. Es la proclamación de que Dios no salvó al mundo desde la distancia. El Verbo eterno se hizo carne en un lugar concreto, en un momento preciso, en medio de las turbulencias de un imperio y de la fragilidad de una familia pobre que buscaba refugio sin hallarlo entre los suyos. El Salvador llegó no en la comodidad, sino en la vulnerabilidad. La paz que trae no procede de la fuerza de las armas, sino del poder desarmante de la humildad y de la misericordia.

A veces olvidamos que la “noche de paz, noche de amor” no fue tan romántica como solemos imaginar. Fue también una “noche sobrecogedora, noche dura” para una familia migrante que huía. Hoy, en tantas partes del mundo, las personas están cansadas. Las

guerras desgarran familias. Las migraciones dispersan comunidades. El clamor de la tierra y el clamor de los pobres se hacen más intensos. La Navidad no nos pide ignorar estas heridas ni romantizar el sufrimiento. Nos invita, más bien, a reconocer que Dios ha querido estar precisamente ahí, en los márgenes, en los establos de nuestra humanidad, entre pastores humildes que velan de noche junto a rebaños a punto de dar a luz; un Cordero entre los corderos recién nacidos destinados al sacrificio, “envuelto en pañales y acostado en un pesebre”.



Los pastores fueron los primeros en recibir la Buena Noticia. No eran poderosos ni respetados. Sin embargo, la gloria de Dios los alcanzó en su noche, y el temor se transformó en gozo. El mismo canto de los ángeles —“paz en la tierra a aquellos en quienes Él se complace”— continúa resonando, a menudo en silencio, allí donde la compasión vence a la indiferencia, el perdón rompe los ciclos del odio y las comunidades eligen la solidaridad en lugar de la sospecha.

Por eso la Navidad no es solo un recuerdo: es una misión. La Encarnación continúa allí donde los creyentes permiten que Cristo nazca de nuevo en gestos de ternura, fidelidad y valentía. La esperanza toma cuerpo cada vez que elegimos el diálogo frente a la división, protegemos a un niño, acogemos a un desconocido, defendemos la creación o nos arrodillamos ante la dignidad del otro como criatura semejante a nosotros, imagen del único Dios que es Amor, como hermanos y hermanas.

En la Iglesia, esto significa dejar que la sinodalidad —caminar juntos— se convierta en nuestro modo de ser. El pesebre nos recuerda que nadie es demasiado pequeño para Dios; la sinodalidad, que nadie es demasiado pequeño, demasiado pobre o demasiado herido para su Iglesia. Cuando nos escuchamos con respeto, cuando las decisiones brotan del discernimiento orante y de la responsabilidad compartida, la luz de Belén brilla en nuestras comunidades, para que Él brille a través de nosotros y avancemos en la obra aún inacabada de la creación.

El Jubileo nos conduce aquí: al pesebre, a la sencillez, al asombro. A un Dios que entra en la historia en silencio, poniéndose en manos humanas. A Cristo que todavía llama a las puertas de nuestros corazones, pidiendo ser acogido en nuestros hogares —no en los palacios, sino en lo ordinario de nuestra vida cotidiana.

En un mundo que suspira por la paz, el mensaje navideño no es ingenuo. Es revolucionario. Nos proclama que la verdad es mayor que la mentira, que el amor es más fuerte que la muerte y que la gracia perdura más que el pecado. Nos asegura que, incluso en el invierno más oscuro, el Niño nacido en Belén es ya el alba, la “gracia extraordinaria” que nos conduce a casa.

Que esta Navidad renueve en nosotros el humilde valor de esperar: creer que Dios está cerca, que cada acto de amor cuenta, y que el Príncipe de la Paz sigue caminando en medio de su pueblo.

JAPÓN: ARQUIDIÓCESIS DE TOKIO

Para vivir plenamente, necesitamos esperanza

*Tarcisio Isao Cardenal Kikuchi, SVD
Arzobispo de Tokyo*

El 11 de marzo de 2011, la costa del Pacífico en la región japonesa de Tōhoku —la tierra donde nació— fue golpeada por un violento terremoto y por un tsunami devastador. El área afectada se extendía a lo largo de casi cuatrocientos kilómetros, de norte a sur, y el desastre se agravó con el accidente de la central nuclear de Fukushima. Más de veinte mil personas perdieron la vida, y otras tantas quedaron sin hogar, sin familia, sin amigos.

Históricamente, la Iglesia católica llegó a Japón mucho más tarde que otras religiones, por lo que muchas de nuestras iglesias en esa región se hallan algo apartadas de los núcleos urbanos. Tal circunstancia hizo que la mayoría de los templos parroquiales escaparan de la destrucción del tsunami y se convirtieran, en cambio, en refugios y centros de ayuda esenciales para los trabajos de socorro y reconstrucción que la Iglesia mantuvo durante más de una década.

La diócesis responsable de aquella zona, la de Sendai, junto con Cáritas Japón, estableció centros de apoyo en ocho parroquias costeras, donde se congregaron voluntarios llegados de todo el país. Seis meses después del terremoto, viajé con varios sacerdotes para visitar las zonas más afectadas. Aún conservo viva en la memoria la visita a una guardería católica en la ciudad costera de Kesennuma. La urbe entera, abierta al mar, había sido arrasada por el tsunami y reducida a cenizas por los incendios. La iglesia y la escuela infantil, situadas en una colina, se salvaron.

La directora me relató lo ocurrido aquel día: cómo el terremoto sorprendió a los niños mientras estaban aún en clase, cómo horas después llegó el tsunami, y cómo pasaron la noche en la oscuridad, observando desde la colina el fuego que devoraba la ciudad, protegiendo a los pequeños pese al miedo y a la incertidumbre.

Al final de su relato, me dijo en voz baja:

“Han pasado seis meses. Los voluntarios se han marchado. Nos han olvidado.” Aquellas palabras me atravesaron el corazón.

He trabajado durante muchos años con Cáritas Japón. Treinta años atrás, cuando comencé este ministerio, escuché exactamente las mismas palabras en un campo de refugiados en África. Pre-



gunté a su responsable qué era lo que más necesitaban, y me respondió:

“El mundo nos ha olvidado.”

Era un grito de desesperación nacido de lo más profundo del alma. Cuando las personas son olvidadas, pierden la esperanza. Y para vivir plenamente, necesitamos esperanza.

Podemos ofrecer comida, ropa y refugio a quien se encuentra en dificultad, pero la esperanza no es algo que pueda darse desde fuera: la esperanza nace dentro del corazón.

Para despertarla, primero hay que atravesar la desesperanza; y para superar la desesperanza, son necesarios los lazos que unen a unas personas con otras.

Cuando el papa Francisco visitó Japón en noviembre de 2019, se reunió en Tokio con los supervivientes del gran terremoto del este del país y pronunció estas palabras:

“Sin recursos básicos como la comida, la ropa y un techo, no es posible vivir con dignidad ni disponer de lo mínimo para la reconstrucción. Pero ello exige también experimentar la solidaridad y el apoyo de una comunidad. Nadie se reconstruye solo; nadie puede volver a empezar por sí mismo. Necesitamos hallar una mano amiga, fraterna, capaz de ayudarnos a edificar no solo una ciudad, sino también nuestro horizonte y nuestra esperanza.”

En la región de Tōhoku, las iglesias que se convirtieron en centros de ayuda acogieron no solo a voluntarios católicos, sino también a muchos que no compartían nuestra fe. Todos trabajaron hombro con hombro, simplemente viviendo junto a las comunidades locales que tanto habían sufrido.

A lo largo de los años, mientras continuaban las actividades de la Iglesia, la población comenzó a llamar con afecto a los voluntarios “señor Cáritas” o “señora Cáritas”, expresión sencilla pero cargada de gratitud y cariño.

En un mundo aún herido por la violencia y la desesperación, la Iglesia está llamada a ser testigo de la esperanza.

Por eso debemos cuidar las relaciones, los encuentros y el apoyo mutuo que la hacen posible.

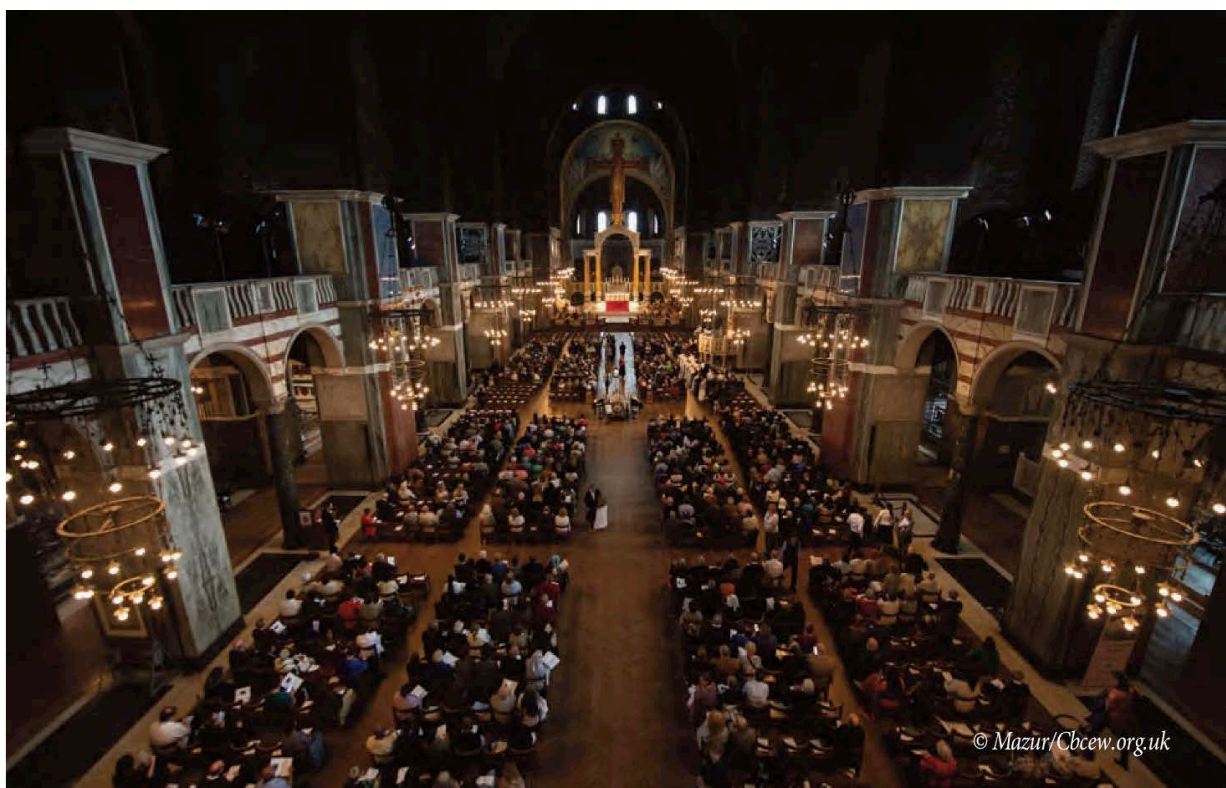
Japón no es un país cristiano, pero basta recorrer Tokio en diciembre para ver adornos navideños en cada esquina y tener, por un instante, la ilusión de hallarse en una nación cristiana. Sin embargo, ese brillo dura poco: desaparece al caer la noche del 24 de diciembre. Al día siguiente, las luces se apagan y comienzan los preparativos para el Año Nuevo.

Y aun así, precisamente en ese breve tiempo en que el corazón humano se abre, aunque sea un poco, al misterio de la Navidad, la Iglesia mantiene abiertas sus puertas. En oración común, anuncia el mensaje del nacimiento de Jesús, fuente de esperanza.

Muchos no cristianos participan en la misa de medianoche, se sumergen en la luz, escuchan las palabras, y perciben, aunque sea por un momento, el testimonio vivo de esa esperanza que la Iglesia está llamada a custodiar.



REINO UNIDO: ARQUIDIÓCESIS DE WESTMINSTER



© Mazur/Cbcew.org.uk

Acercarse al pesebre como peregrinos de esperanza

*Vincent Cardinal Nichols
Arzobispo de Westminster*

Al acercarse la conclusión del Año Jubilar, recogemos sus frutos y dirigimos la mirada hacia 2026. Y ¿qué lugar más apropiado para hacerlo que reunidos en torno al pesebre de Navidad? Allí, a la luz de Jesús, contemplamos el año que llega a su fin y, con esa misma luz, miramos hacia adelante con esperanza en el corazón. Peregrinantes in Spem fue el lema que presidió el Año Jubilar. Peregrinos de la Esperanza ha sido, en verdad, la experiencia de este tiempo, especialmente para nosotros en el Reino Unido. Jamás olvidaremos la maravillosa visita de Estado de nuestro Rey y nuestra Reina al Papa León el pasado 23 de octubre. Acompañados por el arzobispo de York, entraron en la Capilla Sixtina para orar juntos. El rey Carlos, cabeza de la Iglesia de Inglaterra, y el

Papa León se unieron en una plegaria solemne y silenciosa, sellada con un único «Amén» compartido.

Aquel instante marcó un nuevo paso en la curación de una antigua herida infligida en el siglo XVI: la ruptura total entre nuestras dos Iglesias. El constante avance de la amistad, la comprensión mutua, el estudio compartido y las acciones conjuntas halló en ese momento una profunda confirmación y, de hecho, alcanzó un nuevo nivel. Esa escena me evocó las sabias palabras pronunciadas hace cuarenta años por el cardenal Basil Hume, quien afirmaba que la unidad entre nuestras Iglesias no sería fruto de negociaciones, sino un don recibido cuando estuviésemos de rodillas. Y aquel momento nos encontró, una vez más, arrodillados juntos, peregrinos en la esperanza. Hubo otro instante, durante aquella visita, que me conmovió profundamente. En la Basílica de San Pablo Extramuros tuvo lugar otra ceremonia. El rey Carlos aceptó con gratitud el título de «Hermano Real» de

la Basílica y de la comunidad monástica. Para conmemorar este gesto se esculpió un gran sillón, adornado con el escudo real y la inscripción *Ut unum sint*. Permanecerá en el ábside de la Basílica como recuerdo permanente de aquel día.

Detrás de esa ceremonia late una historia significativa. En la Edad Media, los reyes de Inglaterra, en colaboración con los Papas, eran los Protectores de la Basílica y de la comunidad monástica. Velaban por el monasterio y proveían a sus necesidades. Todavía hoy pueden verse rasgos del escudo real en los emblemas del propio monasterio.

Por eso, esta Navidad me acerco al pesebre como un peregrino de esperanza, profundamente agradecido por las innumerables gracias recibidas. Y cuando me levanto de la oración, puedo mirar hacia el futuro con esperanza renovada.

Espero una cooperación también renovada, no solo entre nuestras Iglesias, sino con todos aquellos que anhelan un mundo más pacífico y compasivo. Y creo

que ya se vislumbran signos alentadores. He leído y oído hablar de una nueva apertura, de una mayor receptividad en algunos países europeos hacia los impulsos y sugerencias de la espiritualidad que habita en el corazón de muchos, especialmente entre los jóvenes de veinte a treinta años. Este fenómeno se ha reflejado en el número de bautismos del último año, en la emoción de quienes se sienten tocados al entrar en la belleza de nuestras iglesias, en su búsqueda de un modelo de vida más pleno y en su deseo de servir a los necesitados.

Al contemplar los rayos de la luz de Cristo proyectarse sobre este frágil movimiento, me pregunto si estamos preparados para acogerlo y responder. ¿Somos verdaderamente conscientes de esa hambre que anida en tantos corazones? ¿Estamos quizá demasiado ocupados con nuestros propios asuntos y dificultades para advertir a quienes cruzan, casi al azar, el umbral de nuestras iglesias con preguntas vacilantes en el alma? ¡Espero que no! Sería triste dejar pasar tales oportunidades.

Y así, mi mirada vuelve a las figuras reunidas en el pesebre.

Ahí están los pastores, hombres sencillos

y curiosos, atraídos por una luz y una visión que superaban su dura cotidianidad. Llegaron sin saber qué buscaban ni qué esperaban. Pero, al llegar, cayeron de rodillas en un reconocimiento instintivo e irresistible de algo que les sobrepasaba y, al mismo tiempo, les pertenecía de modo íntimo. Reconocieron la luz de la verdad, la luz que colmaba su anhelo de amor, la luz de la esperanza en su mundo empobrecido.

Y también están los reyes, con sus espléndidos dones y símbolos de poder y riqueza. Habían arriesgado mucho siguiendo la estrella, llevados más allá de los límites de su conocimiento. Y así llegaron, igualmente, a algo —a alguien— más rico de lo que jamás imaginaron, más sabio de lo que podían alcanzar. También ellos se postraron, al igual que sus camellos, al menos según el poeta.

Agradezco poder desear a todos una Na-

vidad serena y bendecida, mientras nosotros también nos arrodillamos en torno a nuestro Rey recién nacido, Señor y Maestro. Él lleva su luz a los rincones más oscuros de nuestro mundo: lugares de pobreza, privación y sufrimiento; lugares donde el poder se ejerce con abuso y la riqueza se persigue sin compasión, movida por la codicia y el afán de posesión. Le alabamos y damos gracias por su entrada en nuestro mundo, de un modo que no excluye a nadie y que, sin embargo, nos invita a todos a una respuesta más generosa hacia Él y hacia nuestros hermanos y hermanas.

Feliz Navidad a todos.



© Mazur/Cbcew.org.uk



© Mazur/Cbcew.org.uk



Navidad en un mundo a menudo sin paz
Un llamamiento pastoral

Chibly Cardenal Langlois
Obispo de Les Cayes

La Navidad regresa como un soplo de consuelo en vidas con frecuencia marcadas por el sufrimiento, pero no puede reducirse a una simple celebración ni a un rito religioso o cultural. Para las comunidades de la Diócesis de Les Cayes, en el Departamento Meridional de Haití, la Navidad es una invitación teológica y práctica a reconocer la presencia del Emmanuel en medio de la violencia, la



Desde el Mundo

HAITÍ: DIÓCESIS DE LES CAYES



pobreza, los desastres y las fracturas sociales que configuran nuestra cotidianidad.

Cuando hablamos de un mundo “a menudo sin paz”, aquí en Les Cayes y en las zonas circundantes esa realidad se palpa a diario: una inseguridad persistente generada por bandas armadas y secuestros —especialmente frecuentes en Puerto Príncipe, la capital—; crisis políticas que debilitan la autoridad pública; colapso de los servicios esenciales; aumento del precio de los alimentos; migraciones internas; familias desplazadas. A ello se suman los daños recurrentes causados por ciclones y terremotos, y la lenta reconstrucción tras cada catastrofe. Frente a todo esto, la Navidad no es una evasión hacia un mundo ideal ni una consolación mística que ignore la realidad: es una luz que revela la verdad, una fuerza que llama a la conversión personal y colectiva, y un mandato dirigido a la Iglesia para situarse al lado de los más vulnerables, siendo signo e instrumento de reconciliación y reconstrucción. La venida de Cristo en un pesebre nos recuerda que Dios elige la debilidad y la cercanía antes que el dominio.

En una tierra donde son los pobres quienes soportan el peso de las crisis, el Evangelio de Navidad afirma que Dios comparte la condición humana y llama a sus discípulos a transformar la fragilidad en un lugar de encuentro y esperanza. Para la Diócesis de Les Cayes, profundamente comprometida con la pastoral de proximidad, esto significa que la liturgia navideña se convierte en una celebración de lo que llamamos “Navidad cotidiana mediante acciones concretas”: distribución de alimentos por parte de Cáritas diocesana; atención médica de urgencia en nuestros dispensarios; apoyo psicosocial a las víctimas de violencia; reparación de escuelas e infraestructuras comunitarias; acogida y acompañamiento de familias desplazadas en las parroquias; y proyectos sostenibles que permitan a las comunidades recuperar dignidad y autonomía. Estas acciones no son adornos añadidos a la celebración: encarnan la lógica misma de la Encarnación, en la que Dios se acerca a través de personas e instituciones que hacen visible su ternura. La Diócesis de Les Cayes, arraigada en la realidad

de Haití, lleva este mensaje con convicción. Haití atraviesa crisis recurrentes. Y, sin embargo, en medio de estas pruebas, se eleva la voz de la Navidad: “Gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz a los hombres que Él ama” (Lc 2,14). Este anuncio no es una ilusión, sino una misión. Invita a cada creyente a convertirse en constructor de paz y testigo de esperanza. Por ello, en este tiempo de Navidad, la Diócesis de Les Cayes lanza un llamamiento abierto: a todas las familias parroquiales, a los jóvenes, a las mujeres y a los hombres, a los líderes comunitarios, a las autoridades locales y nacionales, a las organizaciones de la sociedad civil y a nuestros socios internacionales. Os invitamos a hacer del mensaje de Belén una fuerza transformadora que rechace la resignación. La Navidad nos enseña que la paz que Dios ofrece se acoge, se cultiva y se comparte. Para ello necesitamos oración ferviente, acciones concretas, políticas justas y proyectos sostenibles. Invitamos a todos a participar, según sus capacidades y vocación, en iniciativas que protejan la vida, restituyan dignidad, fomenten la reconciliación y construyan sociedades resilientes. La Diócesis de Les Cayes, en su misión pastoral, lanza este clamor: “No permitamos que el miedo ahogue la alegría de la Navidad. No dejemos que la violencia nos robe la esperanza. Elijamos la paz y construyámosla juntos, con valentía y fidelidad”. Juntos —a nivel local e internacional— trabajemos para que la Navidad deje de ser una simple tregua en el sufrimiento y se convierta en el inicio de un camino hacia una paz duradera para todo Haití. Que el mensaje de Emmanuel caliente los corazones, cure las heridas y dé la fuerza necesaria para reconstruir no solo iglesias, escuelas y hogares, sino también relaciones, instituciones y vidas.

La Navidad nos revela la grandeza de un Dios que se abaja y la grandeza de un pueblo que se levanta. Que las noches de la Navidad sean momentos para avivar la llama de la solidaridad, donde oración y caridad, justicia y paz se unan en acciones visibles. Que esta celebración navideña sea un despertar para todos: que nuestras manos se movilen para reconstruir, que nuestras voces se alcen para reclamar justicia y que nuestros corazones se abran para acoger a los demás. Que, como “Peregrinos de la Esperanza”, recibamos la bendición y la paz de un Dios que camina con nosotros!



INDIA: ARQUIDIÓCESIS DE HYDERABAD



Paz en la tierra: la esperanza que no se extingue

Anthony Cardenal Poola
Arzobispo de Hyderabad

En un mundo fracturado por la tensión, el temor y la división, el mensaje de la Navidad resplandece como una radiante contradicción. Cada año su luz irrumpe en las tinieblas que nos rodean y vuelve a susurrar la promesa entonada por primera vez por los ángeles en los campos de Belén: «Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres en quienes Él se complace» (Lc 2, 14). La proclamación angélica narrada por san Lucas no es un eco de optimismo ingenuo, sino el latido mismo de la esperanza divina ofrecida a una humanidad fatigada; esperanza que afirma que la paz sigue siendo posible, porque Dios no ha abandonado el mundo. Cuando el coro celestial anunció a los pastores el nacimiento del Salvador en una noche fría, el mundo no era muy distinto del nuestro. El Imperio Romano mantenía sus territorios bajo control militar, la violencia y la desigualdad marcaban el ritmo de la vida diaria y muchas personas vivían inmersas en un sentimiento persistente de desesperanza. Y, sin embargo, en ese contexto, Dios intervino, no mediante demostraciones de poder, sino en el frágil llanto de un niño acostado en un pesebre. Ese paradoja expresa la esencia misma de la esperanza navideña: la paz de Dios no irrumpe mediante el dominio, sino a través de la humildad, de la presencia, del amor hecho carne.

El papel de los pastores en esta historia revela asimismo la naturaleza de esta esperanza divina. Eran trabajadores sencillos, marginados y casi invisibles para el mundo. Y, sin embargo, fueron los primeros en recibir el anuncio de la paz. Esta inversión nos recuerda que la paz de Dios comienza en los márgenes, allí donde la fragilidad y la vulnerabilidad suelen habitar. El mensaje navideño proclama que ningún lugar es demasiado desolado y ningún corazón demasiado herido para la presencia renovadora de Dios. La paz no nace únicamente de políticas o tratados: germina en el alma que

se dispone a acoger al Niño-Dios.

El anuncio angélico de gloria y paz contiene dos movimientos inseparables:

la glorificación de Dios y la transformación del corazón humano. En la visión bíblica, la paz no es la mera ausencia de guerra, sino la plenitud de la vida arraigada en una relación justa con Dios, con los demás y con la creación. La pala-

bra bíblica shalom expresa armonía, justicia y plenitud. Esa es la paz que proclaman los ángeles, una paz que sólo la presencia de Emmanuel — Dios con nosotros— puede otorgar.

Hoy, el anhelo de esa paz permanece intacto. Contemplamos naciones desgarradas por conflictos, familias divididas por incomprensiones e innumerables corazones cansados por la ansiedad. La tecnología ha acercado a las personas en la distancia, pero la soledad y el aislamiento han crecido. Ante este horizonte, la Navidad nos habla de otro modo: nos recuerda que la esperanza no nace únicamente del ingenio humano. Brota cada vez que permitimos que la paz de Cristo toque nuestra inquietud, suavice nuestra ira y sustituya el miedo por confianza. El pesebre permanece como un silencioso llamamiento a volver a la sencillez, a la compasión, a la paz radical que nace de la fe.

Las palabras angélicas transmiten también una verdad profunda: la paz no es pasiva, sino tarea. Los pastores, tras ver al Salvador, salieron a proclamar lo que habían visto y oído. Así también el mensaje de la Navidad impulsa a los creyentes a convertirse en instrumentos de paz en un mundo dividido. Cada acto de perdón, cada gesto de reconciliación, cada esfuerzo por sostener la dignidad donde ésta se niega prolonga la armonía de aquella noche primera. La misión es constante, porque el mundo olvida una y otra vez la melodía de la paz; y, sin embargo, la Navidad nos enseña a recordarla y a cantarla de nuevo.

Al contemplar la proclamación angélica, comprendemos que su canto no es un eco distante de un prodigio pasado: es una promesa viva. El Cristo que vino a Belén continúa entrando en la historia allí donde el amor vence al odio, donde el servicio sustituye al egoísmo, donde se elige la paz frente a la venganza. Cada celebración navideña renueva esa promesa, invitando a los corazones a redescubrir el favor divino que reposa sobre la creación.

En última instancia, el mensaje de la Navidad es éste: la paz de Dios no es la recompensa para un mundo ya pacificado; es el don que hace posible un mundo así. El Niño Jesús encarna la reconciliación de cielo y tierra. Él tiende el puente entre Dios y la humanidad para que la paz fluya desde la cuna de Belén hacia cada corazón humano y, desde allí, hasta los confines de la tierra.

En un mundo a menudo falto de paz, la Navidad anuncia una vez más que la esperanza no ha perecido. La proclamación de los ángeles resuena generación tras generación, invitándonos a elevar la mirada más allá de la violencia y la desesperanza. La gloria de Dios revelada en un niño nos asegura que el amor es más fuerte que el odio, la misericordia más grande que la venganza y la luz más perdurable que las tinieblas. Así, la Navidad no se limita a recordar un nacimiento histórico: abre un camino para la renovación de la esperanza, llamando a todos los hombres a vivir como portadores de la paz divina. Si el Papa Francisco nos ha ofrecido la “misericordia”, el Papa León XIV nos ofrece la “paz”. Sus primeras palabras —«La paz sea con vosotros»— nos recuerdan que la paz comienza en nuestra manera de mirar, escuchar y hablar. Acojamos la paz de Cristo y llevémosla a los demás.





MENSAJE NAVIDEÑO DE ESPERANZA

*Cardenal Oswald Gracias
Arzobispo emérito de Bombay*

Este año celebramos la Navidad cuando las celebraciones del Jubileo llegan a su término, marcadas por el luminoso tema de la Esperanza. La esperanza no es un sentimiento fugaz; es la fuerza silenciosa que sostiene al cansado, la luz que desgarras las tinieblas y la convicción firme de que el amor de Dios jamás desfallece.

El Jubileo que ahora concluye ha sido un tiempo sagrado: un año de renovación, reconciliación y conversión. Al atravesar su umbral, la Navidad se nos ofrece como horizonte perfecto: el final de un tiempo santo se convierte en el alba de otro, donde la esperanza continúa su obra discreta a través de cada uno de nosotros.

La clausura del Jubileo no constituye un final, sino un envío. Nos exhorta a la misericordia, al renacimiento interior, y a recordar que todos somos peregrinos en camino hacia el Padre. Con su conclusión, irrumpe la fiesta de la Navidad, invitándonos a prolongar la gracia jubilar, transformando corazones, hogares e instituciones con el espíritu de la esperanza.

Cada año, en Navidad, este misterio se renueva en medio de nosotros. En la pobreza de un pesebre, Dios irrumpe en la historia humana para habitar entre los hombres. No viene para dominar, sino para redimir; no para condenar, sino para sanar; no para castigar, sino para salvar. En aquel Niño vulnerable se revela la omnipotencia del amor de Dios, un amor que puede traer la auténtica paz a un mundo inquieto. La Navidad no es solo un memorial: es una verdadera venida de Jesús a nuestras casas, si abrimos el corazón para acogerle.

Al alzar la mirada hacia Belén, no podemos ignorar el sufrimiento de nuestro tiempo. Contemplamos con dolor la guerra entre Rusia y Ucrania, que cada día se cobra cen-

Desde el Mundo

INDIA: ARQUIDIÓCESIS DE BOMBAY



tenares de vidas, desplaza familias, siembra amargura entre las naciones y polariza el mundo. Miramos con hondísima angustia lo que sucede en Oriente Medio, donde la tierra que un día acogió el canto de paz de los ángeles hoy resuena con los gritos de los inocentes que suplican el fin de la violencia. Seguimos atónitos ante el conflicto fratricida en Sudán, sin una solución a la vista. Y sabemos que hay otros campos donde también se libra la guerra. Somos conscientes de que gran parte del mundo gime bajo la injusticia, la inestabilidad económica y una espiral de violencia que causa un inmenso sufrimiento. En medio de esta oscuridad, la luz de la Navidad irrumpe proclamando una verdad desconcertante: Dios sigue amando al mundo. Dios sigue entrando en la historia humana. El establo de Belén es la prueba de que ningún conflicto, ninguna crueldad, ninguna injusticia logra apagar su deseo de estar con nosotros. Porque Cristo no es un observador distante de nuestras luchas. Él es el camino que nos conduce de la hostilidad a la fraternidad, del miedo a la fe, de la desesperación a la esperanza. En la India, tierra de lenguas, culturas y religiones diversas, la Navidad se celebra con una alegría vibrante y una esperanza profunda. Las decoraciones, las luces resplandecientes, el intercambio de regalos y las celebraciones colman de gozo a todos, sin distinción de credo. Es una esperanza confiada: la certeza de que el año que comienza puede traer tiempos mejores, unida al empeño por hacerlos realidad. Ni siquiera la pobreza apaga el espíritu de la Navidad. Hasta el hogar más humilde experimenta el calor que consuela y el amor generoso que constituyen la esencia

misma de esta fiesta.

Las iglesias de todo el país celebran misas de medianoche en templos resplandecientes, primorosamente adornados, recordando a los fieles que Jesús, nacido en Belén, es nuestra paz y nuestra esperanza, la luz que vence toda oscuridad, la alegría que llena cada corazón. Las casas se engalanan con estrellas, belenes y farolillos de colores, mientras las familias se reúnen para compartir comidas festivas y ofrecerse regalos. En todas las regiones y comunidades, personas cristianas y no cristianas se unen en un clima de buena voluntad y armonía. Incluso en medio de los desafíos que afrontamos, la Navidad en la India se convierte en un momento para redescubrir la verdad consoladora de que Cristo ofrece esperanza a los cansados y paz a todo corazón turbado.

Cuando la última luz del Jubileo da paso al alba de la Navidad, nos encontramos de nuevo a los pies del pesebre de Belén, ante la cuna, ante el Dios hecho Niño.

Roguemos para que esta Navidad, bendecida por los llamamientos incansables del Papa Francisco y ahora proseguida por el Papa León, renueve en nosotros el valor de construir la paz: una paz que comience en nuestro corazón, se extienda a nuestras comunidades y abrace al mundo entero. Que el Príncipe de la Paz bendiga a nuestras familias. Que su luz guíe nuestro quehacer, inspirando integridad, compasión y servicio. Y que este tiempo santo despierte en todos una fe operante, un amor que sana y una esperanza perdurable. Que la Esperanza de la Navidad permanezca durante todo el año y más allá.

¡Que tengamos todos una Navidad llena de esperanza!



IRÁN: ARQUIDIÓCESIS DE TEHERÁN-ISFAHÁN

El 800 aniversario del Cántico de las criaturas

*Dominique Joseph Cardenal
Mathieu, OFMConv
Arzobispo de Teherán-Isfahán*

La República Islámica de Irán reconoce a los cristianos iraníes registrados como minoría religiosa y les garantiza lo que estos consideran libertad de culto, siempre dentro del marco jurídico iraní. Las autoridades aseguran igualmente la libertad religiosa a las minorías reconocidas. La Navidad no es una festividad nacional, pero la minoría cristiana —de origen armenio, asirio o caldeo, así como los ciudadanos extranjeros de fe oriental, católica o protestante— la celebra con plena normalidad.

Además, la Navidad se ha convertido en una curiosidad cultural y en una ocasión comercial para un sector más amplio de la sociedad. Los cristianos apostólicos armenios, la comunidad cristiana más numerosa del país, festejan la Navidad el 6 de enero. Las familias adornan árboles, intercambian regalos y comparten comidas festivas. Muchos iraníes no cristianos, sobre todo en las grandes ciudades, aprecian los aspectos estéticos y culturales de la celebración. Para ellos, no se trata de una fiesta religiosa, sino de un acontecimiento social y cultural. Tiendas, cafés y centros comerciales de Teherán e Isfahán —ciudades donde reside una significativa población armenia— suelen engalanarse con figuras de Papá Noel, árboles de Navidad y luces brillantes. Las publicaciones en redes sociales se han popularizado entre los jóvenes iraníes, que contemplan la Navidad más como un evento mundial y festivo que como un rito religioso. Algunos incluso compran regalos o se fotografían ante las decoraciones.

La comunidad católica romana, también llamada comunidad católica latina, está formada principalmente por inmigrantes y ciudadanos extranjeros —estudiantes, trabajadores y diplomáticos— junto a un pequeño número de iraníes. Su único pastor ordinario es un fraile menor conventual, el arzobispo latino de Teherán-Isfahán, re-

sponsable de todo el país. Cumple su misión pastoral con la ayuda de varias Hijas de la Caridad y de laicos dedicados.

El chiismo, religión mayoritaria en Irán, reconoce —como hacen todos los musulmanes— a Jesús, hijo de María, como profeta. Creen en Él y le honran como a todos los mensajeros de Dios. Salvo en el caso del profeta Mahoma, la celebración del nacimiento de los profetas no es habitual. Con todo, el relato coránico del nacimiento de Jesús se proclama con reverencia durante el mes de Ramadán y en otras ocasiones. El Corán enseña el respeto debido a los profetas y entiende su nacimiento y misión como signos de la gracia divina.

En la visión chiíta, como en el conjunto del Islam, los profetas son hombres elegidos por Dios, dotados de perfección espiritual, pero plenamente mortales. Todos encontraron la muerte según la voluntad divina: algunos de manera natural, otros mediante el martirio. Jesús, según esta tradición, fue librado de la crucifixión, pero es considerado un “mártir en intención”, porque estaba dispuesto a ofrecer su vida. En 2026, la familia franciscana celebrará el octavo centenario de la muerte de san Francisco de Asís, culminando cuatro años de conmemoraciones jubilares iniciadas en 2023 con el recuerdo del Belén viviente de Greccio —símbolo de la Encarnación— y de los estigmas de Cristo recibidos en 1224. Aunque deseó ardientemente entregar su vida por Cristo, comprendió que el martirio no formaba parte del designio divino. Los estigmas, signo de su profunda identificación con Jesús, son expresión concreta del amor misericordioso de Dios y una invitación a la compasión hacia la humanidad que Cristo vino a redimir por su Pasión, muerte y resurrección.

Francisco de Asís



viajó a tierra islámica movido por el deseo de visitar los lugares santos donde Jesús nació, vivió y murió. Aspiraba a ser un “mártir pacífico”, sirviendo con humildad y anunciando el Evangelio sin violencia. Su estancia en 1219 fue breve, pero intensa. Al regresar a Italia, su vida tomó la forma de un martirio espiritual, marcado por la enfermedad y las dificultades, hasta culminar en la recepción de los estigmas. Este año se celebra también el 800 aniversario del Cántico de las criaturas, un himno a la creación y a la vida, en alabanza a Dios. Musulmanes y cristianos se sienten concernidos por igual en esta conmemoración. Jesús y María ocupan un lugar central en la reflexión religiosa islámica. El Corán concede gran relevancia al concepción virginal, afirmando que María concibió por obra del Espíritu Santo. Dios envió al ángel Gabriel en forma humana para anunciarle que llevaría en su seno una Palabra suya, una Palabra emanada de Él, llamada “el Mesías, Jesús, hijo de María”: «Paz sobre él el día en que nació, el día en que muera y el día en que sea resucitado» (cf. Sura Maryam, 19, 33).



IRAQ: PATRIARCHATO DI BABILONIA DEI CALDEI



La esperanza: proyecto de la Navidad y del Jubileo para llevarla al mundo

Louis Raphaël Cardenal Sako
Patriarca de Babilonia de los Caldeos

La presencia de los cristianos orientales es un testimonio de esperanza. A pesar de la disminución de nuestro número, seguimos viviendo hoy en la esperanza, preservando con firmeza nuestra fe a pesar de los desastres, las guerras y las persecuciones que hemos soportado. En los ritos litúrgicos y en la Santa Misa caldea iniciamos nuestras oraciones con: «Gloria a Dios en lo más alto de los cielos y paz en la tierra, y esperanza (según la Vulgata siríaca) a los hombres de buena voluntad» (Lc 2,14), porque comprendemos que estamos llamados a ser discípulos de Cristo, a vivir su enseñanza (el Evangelio) y a llevarla a nuestros hermanos por todos los medios posibles. La luz que resplandece en el rostro de Jesús nos es dada para contemplarla, acogerla y difundirla, como hicieron los apóstoles y los primeros cristianos. Por ello, nuestra presencia debe ser sostenida, para que podamos seguir sembrando esperanza y ser signo de una vida digna para nuestros conciudadanos.

La fe es la luz que penetra en nuestro interior y la fuerza creadora que da sentido a nuestra existencia. Ella nos guía a la conversión evangélica, abraza sentimientos, expresiones y estilos de vida, otorga confianza, serenidad y fortalece la esperanza.

El Jubileo es una tradición que encontramos en el Antiguo Testamento y, después, en la Iglesia. Es una ocasión para revisarnos, renovarnos y reconstruir relaciones. Según el Evangelio de san Lucas, Jesús se aplicó a sí mismo el programa del año jubilar, declarándolo Jubileo perpetuo: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido; me ha enviado para anunciar la Buena Noticia a los pobres, para proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para poner en libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia (el Jubileo) del Señor» (Lc 4,18-19).

Este Jubileo, que concluirá el 6 de enero de 2026, tiene como lema —escogido por el papa Francisco— la necesidad de esperanza que tiene nuestro mundo. La esperanza trae consuelo y hace avanzar todas las cosas. Debemos, por tanto, mantener encendida su llama en nuestro interior y llevar su luz a las tinieblas de un mundo dividido y herido.

La esperanza: Nuestra mirada de fe

debe ser positiva. En este tiempo confuso, Dios nos invita a manifestar nuestro amor con mayor fuerza, y a escuchar en profundidad el canto: «Gloria a Dios en las alturas, paz en la tierra y buena esperanza para los hombres» (Lc 2,14). Es el dolor de un parto arduo y prolongado (cf. Ap 12,2).

El futuro será mejor cuando trabajemos para prepararlo, sin huir de nuestras responsabilidades ni dejarnos arrastrar por falsas ambiciones: el afán de dinero, de poder, de fama o de división. El mal, por violento que sea, no está a la altura del bien. El bien permanece; el mal no. Por eso san Pablo nos exhorta: «Alegraos en la esperanza» (Rm 12,12). La esperanza es la promesa de la presencia de Dios: «Yo estoy contigo para liberarte» (Jr 1,8). Jesús dice: «Yo estoy con vosotros todos los días» (Mt 28,20). Y san Pablo afirma: «Todo lo puedo en Aquel que me fortalece» (Flp 4,13). Debemos convertir la esperanza en tiempo de oración, de meditación y de obras buenas, vivida con amor y alegría. Jesús da sentido y ayuda a cada uno a comprenderse a sí mismo y a realizar el propósito de su vida. ¿No es acaso esta la misión de Jesús?

La esperanza no es un sorteo de la suerte, sino una espera consciente que mueve nuestros afectos y enciende en nosotros la expectativa del auxilio salvador de Dios. Este auxilio creador se manifiesta a través de personas como Juan el Bautista, el Niño nacido, su Madre inmaculada y los santos. Por tanto, debemos ser valientes, no rendirnos al miedo ni a la angustia. El Evangelio repite: «No temáis», y la verdad permanece: «En el amor no hay temor» (1 Jn 4,18). No temamos, porque somos imagen de Dios; acerquémonos a Él con confianza y esperanza, pues Él es nuestra protección más segura.

La espera no se limita a la primera venida de Jesús (su nacimiento), sino que incluye también su segunda venida, el encuentro final con Él. ¿No es «Marana tha —Ven, Señor» (1 Co 16,22) la pri-





mera oración que las comunidades cristianas elevaron como signo de su esperanza? ¿No deberíamos seguir repitiéndola? San Marcos abre su Evangelio con palabras llenas de significado: «Comienzo del Evangelio de Jesucristo» (Mc 1,1). Es un nuevo comienzo con Jesús, con Dios: el inicio de algo nuevo, de un nuevo camino, de una nueva alianza, de una nueva relación, de una nueva existencia. Estos comienzos nos permiten vivir una condición nueva, alejada de los sentimientos de miedo, ansiedad, tristeza y pesimismo.

Jesús nos asegura que Dios nos ama, que Él está aquí y con nosotros: «Emmanuel, Dios con nosotros» (Mt 1,23). Es decir, Dios está en Jesús y Jesús en Dios: «Quien me ha visto a mí ha visto al Padre» (Jn 14,9). Nos invita a reconocer esta verdad incluso en las pruebas y dificultades, y a vivir con Él, porque en Él tenemos vida, y vida en abundancia (Jn 10,10): «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (Mt 28,20).

La paz es el proyecto de Dios en Navidad, para todos aquellos a quienes Él ama y desea que vivan en paz. En Navidad el Señor nos llama a una conversión sincera, a eliminar de nuestro mundo las acciones destructivas, y a esforzarnos para que la paz se haga realidad, viviendo todos como hijas e hijos de Dios, como hermanas y hermanos.

El Jubileo es el programa de la nueva alianza encarnada por Jesús, que la Iglesia y los cristianos deben realizar en la vida concreta a lo largo del tiempo, para aliviar la injusticia, la pobreza, la enfermedad y para respetar la libertad y la dignidad humana. Estas celebraciones expresan la unidad de los creyentes y los invitan a la vigilancia y a la conversión, a renovar la fe, beneficiarse de la misericordia de Dios y cuidar de los necesitados y del ambiente, con la fuerza espiritual necesaria para afrontar las dificultades.

Etapas importantes:

1. Escucha de la voz de Dios. Cuando permitimos que la voz de

Dios hable a nuestros corazones, descubriremos con claridad todo lo que Él quiere comunicarnos, para realizarlo con alegría y transmitirlo con esperanza a los demás.

2. Conversión y reconciliación. Comencemos una nueva etapa, la que el Evangelio llama «penitencia», para liberarnos del pasado doloroso, del egoísmo, de la corrupción y del espíritu de venganza. La reconciliación consiste en sanar los conflictos y el rencor mediante el reconocimiento sincero de las faltas, el arrepentimiento y el cambio de conducta para vivir en paz y armonía. Como Dios abre la puerta de la misericordia a quien se arrepiente sinceramente, así también nosotros debemos perdonar a quienes nos han ofendido y pedir perdón a quienes hemos herido. Esta es la enseñanza de Jesús en la oración filial: «Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores» (Mt 6,12).

3. El servicio de la caridad. El Jubileo es ocasión para ofrecer ayuda generosamente: servicio voluntario para atender a los pobres, enfermos y discapacitados; donar ropa que no usamos, muebles, alimentos, dinero, etc. El papa Francisco afirma que toda obra de misericordia es un signo de esperanza (Homilía, 17 de noviembre de 2024, Jornada Mundial de los Pobres): «Lo que damos permanece; lo que consumimos desaparece».

Que la conclusión del Año Jubilar de la Esperanza y la fiesta de la Navidad sean una invitación a cristianos, musulmanes, judíos y a todos los hombres y mujeres a arrancar de raíz las causas de los conflictos destructivos, de las tragedias de la injusticia, del sufrimiento y muerte de millones de personas, de la avaricia, de la corrupción y de la indiferencia, para que podamos vivir juntos como hermanos, en paz, seguridad y armonía.

Que la Navidad y el Jubileo llenen nuestros corazones de alegría y nos impulsen por el camino de la paz, del amor, de la esperanza y de la vida nueva, como los pastores y los Magos.

ITALIA: DIÓCESIS DE ROMA



La esperanza más allá del Jubileo

Baldassare Cardenal Reina

Vicario General de Su Santidad para la Diócesis de Roma

El Jubileo de la esperanza se acerca ya a su conclusión. Ha sido un tiempo de gracia que ha implicado a millones de creyentes en un camino de conversión y renovación espiritual. Estimulados por los diversos signos que lo caracterizan —el paso por la Puerta Santa, la peregrinación, la oración, la confesión, etc.— muchos hemos decidido recomenzar apoyándonos en la misericordia del Padre. El texto del Levítico confiere al Jubileo un valor espiritual que tiene inmediatamente una repercusión social: puesto que todo es de Dios, todo debe volver a Él, y quienes, por diversos motivos, habían quedado atrás, deben ser puestos en condiciones de volver a vivir. El Papa Francisco ha querido dar al Jubileo una connotación temática particular mediante la referencia a la esperanza: peregrinos de esperanza; este ha sido el programa del Jubileo, cuya clausura oficial se celebrará el próximo 6 de enero. En vista de esa fecha, muchos estarán pensando en hacer balance, empezando por los números, por la valoración de los actos organizados o por los posibles frutos de lo vivido en las distintas diócesis. La pregunta sencilla —aunque no banal— que muchos nos hacemos en estas últimas semanas es: ¿qué queda del Jubileo de la esperanza? Es una cuestión que interpela la conciencia de cada uno, porque sabemos bien que, más allá de lo que hayamos vivido exteriormente, es necesario comprender si este ulterior regalo de Dios ha suscitado o no el deseo de una sincera conversión personal y comunitaria, hasta el punto de poder decir con San Pablo: «si uno está en Cristo, es una criatura nueva; lo viejo ha pasado, he aquí que todo ha sido hecho nuevo».

Estoy convencido de que, al menos a nivel personal, tal reflexión tendrá lugar. Sin embargo, permanece otra pregunta, complementaria a la primera y de carácter más comunitario: ¿qué ha cambiado en el mundo después del Jubileo de la esperanza? En un mundo que parece haber perdido la paz, ¿dónde se sitúa el Jubileo? ¿Es ya un vago recuerdo? La pregunta tiene pleno derecho a existir, vistos los escenarios que cada día tenemos ante los ojos. En el mundo hay más de 50 guerras, con violencias inauditas, con un uso de armas cada vez más desmesurado y con una difusión de la muerte entre niños y civiles como quizá nunca antes se había visto. El Papa Francisco hablaba a menudo de una tercera guerra mundial “a trozos”. Se podría añadir: una tercera guerra mundial que nos está haciendo pedazos a todos.

Y vuelve la pregunta: ¿qué ha sido del Jubileo de la esperanza? La tentación de decir que no ha servido de nada es fuerte, porque la evidencia parecería indicar que el ser humano no cambia, e incluso, a veces, empeora. Durante este tiempo de gracia, el designio providente del Padre ha querido que, después del servicio del Papa Francisco, comenzara el Pontificado del Papa León XIV. Si “esperanza” fue el lema utilizado por Francisco para abrir el Jubileo, “paz” ha sido el escogido por León para continuarlo. En una misteriosa

y enriquecedora continuidad, los dos Pontífices unen así la virtud de la esperanza y el compromiso de una paz “desarmada y desarmante”. Porque si la esperanza es la virtud que te permite ver más allá, la paz es ese don que se hace tarea cotidiana y que te permite construir el tiempo presente como tiempo de Dios, en el que se realiza la fraternidad.

No hay duda de que el tiempo que estamos a punto de vivir es un tiempo complejo, y las guerras nos lo hacen percibir como un tiempo oscuro y difícil; pero también es cierto que, precisamente en medio de esta dramática complejidad, debemos situar el desafío del testimonio cristiano. En los discursos escatológicos que encontramos en los Evangelios, cuando se pregunta a Jesús por los acontecimientos finales, Él no duda en responder, pero nunca se detiene en cuándo será el final, sino en cómo están llamados los discípulos a vivir el presente. Ante guerras, persecuciones, hambrunas, pestilencias, Jesús dice: «...eso os servirá de ocasión para dar testimonio». Es interesante esta perspectiva escatológica, pero sumamente concreta: mientras miro lo que sucede, no dejo de mirar la meta; es más, miro lo que sucede a la luz de lo que será al final y que es ya mi fin.

Creo que esta es la perspectiva que debemos acoger para vivir de manera adecuada la clausura de la Puerta Santa. La “puerta” puede ayudarnos a imaginar un itinerario espiritual que haga de bisagra entre lo que ha sido el Jubileo y lo que será al día siguiente de su conclusión. De hecho, si el movimiento vivido al inicio fue de entrada —a través de la Puerta Santa entramos en una basílica—, a partir del próximo 6 de enero deberemos vivir un movimiento de salida, hacia el mundo y la historia. Será el testimonio humilde y gozoso de los cristianos el que diga que el Jubileo ha dado fruto; con la pequeñez de nuestra vida continuaremos sembrando paz, fraternidad, benevolencia, perdón, misericordia; quizá no seamos nosotros quienes recojamos los frutos o quizá no veamos cambios significativos a nuestro alrededor; pero, si mientras tanto hemos cambiado nosotros, ese será ya un primer fruto del Jubileo; esa es ya esperanza que abre caminos de paz.



LUXEMBURGO: ARQUIDIÓCESIS DE LUXEMBURGO



Nacidos en la esperanza: el don de la Navidad

Jean-Claude Cardenal Hollerich
Arzobispo de Luxemburgo

Nos acercamos a un momento significativo en la vida de la Iglesia universal: la próxima clausura del Jubileo de la Esperanza, inaugurado por el Papa Francisco el 24 de diciembre de 2024 y que concluirá el 6 de enero de 2026. Este período jubilar, celebrado bajo el lema “Peregrinos de la esperanza”, ha sido una invitación a reavivar nuestra confianza en Dios en el corazón de un mundo marcado por la incertidumbre. Ahora que la Navidad se aproxima, resulta fundamental comprender que el final de este Año Santo no significa la conclusión de su mensaje. Antes bien, nos devuelve a la fuente misma de nuestra esperanza: Dios, el Emmanuel.

En un contexto mundial señalado por crisis, tensiones y temores, la Navidad no es únicamente un recuerdo que consuela. Manifiesta cómo Dios decide unirse a la humanidad en su fragilidad, para que brille una luz capaz de resistir a la desesperanza. La esperanza cristiana no es un mero estado de ánimo positivo, sino una fuerza interior y teológica que sostiene y orienta la vida de fe. A medida que el Jubileo se acerca a su término, la Navidad nos invita a comprender de qué modo esta esperanza puede permanecer viva, duradera y transformadora.

Esperanza ante las crisis de nuestro mundo

Avanzamos en un mundo sacudido por crisis profundas que ponen a prueba nuestra manera de vivir y de esperar. Una crisis ecológica amenaza la Creación, generando un sentimiento de urgencia y desasosiego respecto al futuro del planeta y a la seguridad de las generaciones por venir. Una crisis política debilita nuestras instituciones y nuestras democracias, agravando las tensiones sociales, la polarización y la desconfianza, y alimentando el espectro de la inestabilidad y de la violencia. A ello se suman las crisis económicas: precariedad laboral, desempleo, desigualdades crecientes e incertidumbre financiera que pesan sobre la vida cotidiana de tantas familias. Al mismo tiempo, los conflictos armados en diferentes regiones —en Ucrania, Gaza, la República Democrática del Congo y Sudán— nos recuerdan con fuerza que la paz sigue siendo frágil y que la violencia continúa desgarrando

vidas humanas.

La angustia humana posee, además, una dimensión interior: soledad, desarraigo espiritual, aislamiento psicológico y ansiedad existencial, a menudo exacerbados por formas de comunicación rápidas pero superficiales que impiden conexiones humanas profundas.

En este escenario convulso, la pregunta esencial persiste: ¿cómo podemos seguir viviendo con confianza? La esperanza cristiana no es un optimismo superficial; afronta la realidad sin evasivas y abre el corazón a una verdad más grande que nosotros mismos. El teólogo y filósofo alemán Paul Tillich acertó al definir la esperanza como una fuerza interior enraizada en Dios, capaz de resistir a la desesperación. La esperanza se convierte así en “una anticipación confiada de la plenitud del Ser” (P. Tillich, Teología Sistemática, vol. III). Creer que Dios permanece presente a pesar de las pruebas nos permite actuar con valentía, resistir al desaliento y seguir construyendo, día tras día, caminos de paz, justicia y solidaridad.

En Navidad, la esperanza se hace presencia

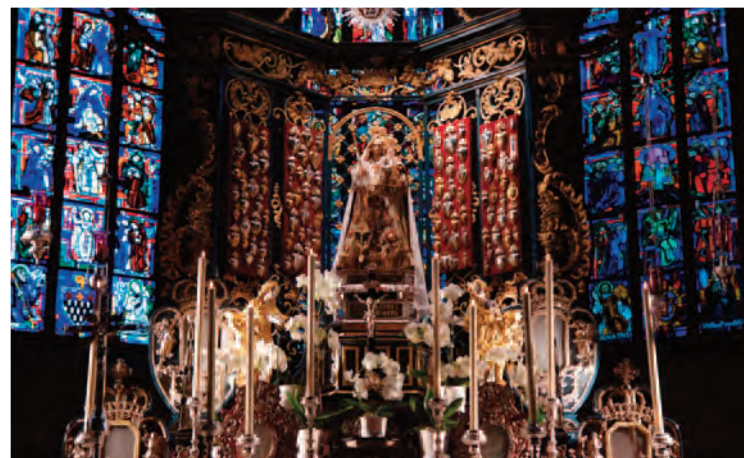
Es precisamente ante esta fragilidad donde la Navidad ofrece una respuesta luminosa. La Encarnación es el acontecimiento por el cual Dios decide habitar en la humanidad, no en la fuerza, sino en la vulnerabilidad de un niño. Nacido en la simplicidad de un pesebre, Jesús revela que Dios elige acercarse a toda debilidad humana. Su presencia ofrece una paz que no ignora el conflicto, sino que propone una reconciliación interior capaz de sostener nuestro camino.

La Navidad no es solo memoria; es presencia. Y esa presencia nos envía a la misión. Ser “Peregrinos de la Esperanza”, como nos invita el Jubileo, significa permitir que la luz de la Navidad transforme nuestras acciones cotidianas. Nos llama a cuidar de la Creación, dando pasos concretos para proteger nuestra casa común. Nos exhorta a acercarnos a las víctimas de la guerra, a sostener a quienes viven aislados y a abrir nuestras comunidades a todos los que buscan un lugar de paz y de acogida. Como Arzobispo de Luxemburgo, he admirado profundamente la generosidad de las parroquias y de tantas familias que han acogido a refugiados, así como las iniciativas ecológicas y solidarias surgidas en los últimos meses. A través de estas acciones, el Evangelio cobra vida y la esperanza adquiere forma, inscribiendo el impulso jubilar en la misión permanente de nuestra comunidad diocesana y eclesial. El Jubileo no termina: se abre dentro de nosotros

A medida que se acerca a su final, el Jubileo de la Esperanza no debe percibirse como un paréntesis que se cierra. Su fruto auténtico es el dinamismo interior que ha despertado. La esperanza cristiana no niega las fracturas de nuestro tiempo, pero rechaza el fatalismo. Afirma que Dios sigue actuando en la historia y que nos invita a convertirnos en artesanos de luz.

La Navidad nos muestra que Dios ha entrado en el tiempo para transformarlo desde dentro, de manera permanente. Esta presencia no se limita a un período litúrgico: habita en cada acto de bondad y de fe. Si permitimos que la esperanza modele nuestra vida, entonces el Jubileo continúa dentro de nosotros. La luz nacida en Belén puede seguir iluminando las noches del mundo de hoy.

Que esta Navidad renueve nuestro valor, fortalezca nuestra fe y mantenga viva en nosotros la esperanza que viene de Dios.



MALASIA: DIÓCESIS DE PENANG



Navidad: Esperanza que construye puentes y acoge todo corazón

Sebastian Cardenal Francis
Obispo de Penang

Al acercarnos a la conclusión del Jubileo de la Esperanza, la Navidad nos recibe con su silenciosa belleza, una luz que no deslumbra, sino que sana con suavidad. En un mundo marcado por conflictos, divisiones y por el cansancio de tantos corazones que anhelan la paz, el nacimiento de Cristo nos confirma que la esperanza no es una evasión de la realidad. Es Dios que entra en nuestra realidad, que camina a nuestro lado —de modo especial junto a los más vulnerables— y que nos llama a ser instrumentos de su misericordia. En Malasia, una tierra rica en culturas, lenguas y tradiciones religiosas de diversos grupos étnicos, la Navidad ofrece una invitación profunda: convertirnos en constructores de puentes en un tiempo en el que las divisiones pueden amplificarse con facilidad. El Niño del pesebre revela un amor inclusivo, humilde y creativo. La verdadera unidad no exige uniformidad; exige encuentros pacientes y valientes. Cuando aprendemos a mirarnos unos a otros con los ojos de Cristo, dejamos de ver extraños y descubrimos prójimos, compañeros de camino, hermanos y hermanas bajo el mismo cielo de la misericordia divina.

Esta esperanza que edifica puentes está viva en la vida cotidiana de nuestras comunidades. La descubro en las familias que comparten sus sencillas bendiciones con los vecinos; en el Pueblo de Dios que abre sus puertas a quienes no tienen un lugar al que llamar hogar; en los jóvenes que luchan por escuchar antes de hablar. La veo en las comunidades que celebran las fiestas de los demás, no solo tolerando las diferencias, sino acogiéndolas con respeto; en los voluntarios que enseñan a leer y escribir a los niños; en los jóvenes que organizan campañas de limpieza; en los barrios que ayudan a los ancianos en las tareas diarias o en simples visitas al hospital. Estos gestos silenciosos revelan el corazón de la sinodalidad: celebrar juntos, escuchar juntos y caminar juntos.

La Navidad nos llama también a las periferias, hacia quienes suelen permanecer invisibles: las comunidades Orang Asli (indígenas), depositarias de una antigua sabiduría de la tierra; los migrantes y trabajadores extranjeros que viven lejos de casa; los refugiados que llegan con poco más que la esperanza de un futuro seguro; los ancianos y los padres o madres solos que afrontan dificultades; y las familias locales que padecen pobreza, enfermedad o marginación social. El Evangelio nos recuerda que los primeros en conocer la

noticia del nacimiento de Cristo fueron unos pastores: gente sencilla, relegada por la sociedad, y sin embargo elegida por Dios para contemplar su gloria. Hoy, quienes se hallan en los márgenes continúan revelándonos la presencia de Cristo entre nosotros.

En las sonrisas de los niños Orang Asli que aprenden con orgullo sus tradiciones; en las oraciones susurradas de los migrantes en viviendas estrechas; en la resiliencia de los refugiados que reconstruyen sus vidas; en la fe silenciosa de los ancianos: ahí resplandece la luz del pesebre. Cuando nos acercamos, descubrimos que no son simplemente destinatarios de caridad, sino maestros de esperanza, de valentía y de perseverancia. A través de su testimonio, recordamos que los actos más pequeños —compartir un alimento, escuchar con atención, ofrecer compañía o ayudar a alguien a encontrar trabajo— se convierten en instrumentos del Reino de Dios. Nuestro camino en curso, “Caminar juntos hacia una Iglesia sinodal y profética: un pueblo para el discipulado misionero”, adquiere un significado más profundo en Navidad. El Dios que se hizo pequeño en Belén nos envía no como conquistadores, sino como compañeros: discípulos misioneros que escuchan con hondura, que curan con mansedumbre y que acompañan con fidelidad. Una Iglesia profética permanece junto a los pobres, habla por quienes no tienen voz y se niega a apartar la mirada del sufrimiento. Refleja la ternura de Dios no mediante grandes gestos, sino a través de la fidelidad cotidiana al amor y al servicio.

Aunque el Jubileo se acerque a su término, su gracia continúa guiándonos. El Año Santo nos ha mostrado que la esperanza debe hacerse visible mediante acciones concretas: superar las fronteras culturales y sociales; promover comunidades en las que toda persona sea escuchada; y crear espacios donde los vulnerables experimenten dignidad y pertenencia. La esperanza se vuelve creíble cuando se vive. No solo cuando se proclama.

La Navidad nos recuerda que la paz nace en el pesebre, en la humildad, en la sencillez y en la disposición a permanecer cerca unos de otros. Si permitimos que la humildad de Cristo modele nuestras relaciones, nuestras familias y nuestra sociedad, nuestras comunidades podrán convertirse en lugares donde la armonía arraiga. Que el Señor recién nacido despierte en todos los malayos un renovado deseo de respeto mutuo, de unidad y de compasión; y que nuestras comunidades cristianas se vuelvan cada vez más sinodales, proféticas y misioneras: puentes de comprensión, hogares de acogida y portadoras de una esperanza que no defrauda, porque brota del Dios que ha querido habitar en medio de su pueblo.

Invito a los católicos y a todos los hombres y mujeres de paz y de buena voluntad a ser peregrinos de esperanza.



MARRUECOS: ARQUIDIÓCESIS DE RABAT



Una Iglesia, puente de esperanza

*Cristóbal Cardenal López Romero
Arzobispo de Rabat*

En pocos días, el Papa León XIV concluirá el Jubileo del año 2025, un Año Santo atravesado por un hilo luminoso y tenaz: la esperanza. No una esperanza vaga, frágil o sentimental, sino aquella que no desfallece, porque se funda en Dios revelado en Cristo.

Esta ha sido nuestra misión a lo largo del Año Santo: ofrecer al mundo —a menudo herido por la incertidumbre y el temor— la levadura de una esperanza verdadera, nacida de la fe e injertada en la historia concreta de los hombres.

Numerosos acontecimientos han jalonado estos meses, tanto en la Iglesia como en la vida del mundo. Y, sin embargo, desde la perspectiva cristiana, la esperanza nunca es evasión ni engaño: no es fuga hacia un imposible remoto, sino certeza activa, arraigada en la solidez de la fe y traducida en responsabilidad, diálogo y amistad social.

Como recuerda el Papa Francisco, «la esperanza es audaz y sabe mirar más allá de la comodidad personal, de las pequeñas seguridades y compensaciones que estrechan el horizonte» (Fratelli tutti, 55).

Recuerdo bien cuando, en 2003, llegué por primera vez a Marruecos, a Kenitra. Descubrí entonces que kenitra significa “pequeño puente”. Aquel nombre me pareció una caricia sutil y casi traviesa de la Providencia: una invitación a ser puente. Puente entre culturas, lenguas, historias y creídos.

En aquella palabra intuía mi vocación en tierra marroquí: ser kenitra, un paso, un apoyo, un camino.

Desde entonces, esta imagen ha moldeado nuestra identidad eclesial. La Iglesia en Marruecos —pequeña, pobre, peregrina— está llamada a ser puente: entre cristianos y musulmanes; entre África y Europa; entre Oriente y Occidente; entre generaciones y sensibilidades; entre confesiones cristianas; y, sobre todo, entre Dios y el ser humano, como hizo Cristo, nuestro Señor y hermano.

He ahí la lógica del Evangelio: no levantar muros, sino abrir caminos. «Cristo es nuestra paz: de los dos pueblos ha hecho uno, derribando el muro de separación» (Ef 2, 14).

Somos poco más de treinta mil fieles, procedentes de más de cien países, en una nación de treinta y siete millones: menos del 0,1%. Una presencia minúscula, pero

nada insignificante.

Sí, pequeños —pero, por gracia, signo. Una comunidad capaz de crear vínculos, de suscitar confianza, de edificar un espacio de amistad fraterna con nuestros hermanos musulmanes. Una Iglesia que vive junto a, nunca contra; que aprende antes de enseñar; que testimonia más con la vida que con las palabras.

Nuestro primer tesoro es la comunión. Vivir juntos, siendo tan diversos en lengua, cultura y origen, es ya reflejo de la Trinidad: unidad en la diferencia.

San Juan Pablo II recordó a los obispos del Norte de África que «la Iglesia católica, sin los cristianos del Norte de África, sería menos católica».

La catolicidad no es una cuestión de cifras, sino de amplitud de corazón, de universalidad de mirada, de capacidad de acoger. Es la fuerza de la fraternidad, de la amistad, del respeto mutuo. En un tiempo marcado por voces que alimentan el conflicto y la sospecha, nuestra mera existencia proclama que cristianos y musulmanes pueden vivir como amigos —más aún, como hermanos.

Esa fraternidad no es una utopía etérea, sino una utopía concreta: lo que aún no está plenamente realizado, pero ya germina, toma forma y transforma la historia.

Así nos lo recuerda el Papa Francisco en el Documento sobre la Fraternidad Humana, firmado en Abu Dabi: «La fe lleva al creyente a ver en el otro un hermano a sostener y amar».

Somos Iglesia-pequeña, pero Iglesia-signo. Pequeños como un grano, pero fecundos en esperanza. Presencia humilde, pero profética.

Puente frágil y, al mismo tiempo, necesario, tendido sobre ríos de desconfianza para hacer posible el encuentro.

El Jubileo que ahora culmina nos recuerda que el mundo necesita comunidades así: comunidades que no gritan, sino acompañan; que no imponen, sino ofrecen; que no se atrincheran, sino que tejen vínculos. Comunidades que muestran, con humilde firmeza, que la paz es posible, que la fraternidad es real, que Dios sigue sembrando esperanza en la historia.

Esta es nuestra misión. Esta es nuestra alegría. Ser puentes. Ser Iglesia de esperanza.

A la luz serena de la gruta de Belén, aprendemos de nuevo que la verdadera fuerza reside en la humildad y que la auténtica paz nace del encuentro.

Que podamos seguir siendo signo de fraternidad, de diálogo y de esperanza.

¡Feliz Navidad! ¡Feliz Navidad!



PARAGUAY: ARCHIDIÓCESIS DE ASUNCIÓN



Promover una paz "desarmada y desarmada"

Adalberto Cardenal Martínez Flores
Arzobispo Metropolitano de Asunción

"¡Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres que gozan de su amor!"
(Lucas 2,14)

En esta Navidad, ya casi en el cierre del Año Jubilar de la Esperanza, hacemos nuestra esta alabanza de los ángeles a Dios, invocando que su amor y misericordia toquen los corazones y muevan la voluntad de los líderes del mundo en este tiempo en que escuchamos que "los tambores de guerra" están activos en varias partes del planeta y a lo que el amado papa Francisco, de feliz memoria, denominó "la tercera guerra mundial a cuotas". Desde su primera aparición pública en el balcón central de la Basílica de San Pedro, al final del cónclave en que lo elegimos, el Santo Padre, León XIV, invocó la paz:

"¡La paz esté con ustedes! Queridos hermanos y hermanas, estas son las primeras palabras del Cristo resucitado, el Buen Pastor que dio su vida por el rebaño de Dios. Yo también deseo que este saludo de paz entre en sus corazones, alcance a sus familias, a todos los pueblos, dondequiera que estén; a todos los seres humanos, a toda la tierra. ¡La paz esté con ustedes!".

El camino de Dios es la paz que nace de la humildad. Se manifiesta en la fragilidad del niño que nació en un pesebre y esta gran alegría se anuncia primero a los pobres, los pastores: "Hoy les ha nacido un Salvador, es el Mesías, el Señor".

La soberbia, la codicia, el complejo de superioridad y la prepotencia del poder basado en el negocio que mueve la maquinaria de la guerra contradicen radicalmente el mensaje central de la Navidad: el amor de Dios por la humanidad hasta el punto de hacerse uno de nosotros.

Por ello es muy oportuno el llamado del Santo Padre a promover una paz "desarmada y desarmante". Los católicos de todo el mundo, en comunión con otros cristianos y diversas confesiones religiosas, en un fructífero diálogo ecuménico e interreligioso, así como con todas las personas de buena voluntad, necesitamos trabajar activamente por la paz en nuestras sociedades y con nuestros gobiernos.

El mensaje del Papa León XIV para la próxima Jornada Mundial de la Paz 2026 nos señala una hoja de ruta. En efecto, el Pontífice "invita a la humanidad a rechazar la lógica de la violencia y de la guerra, para abrazar una paz auténtica, fundada en el amor y en la justicia". Una paz que no es simplemente la ausencia de conflicto, sino una opción de desarme, "es decir, no fundada en el miedo". El silencio de las armas se convierte entonces en "desarme", porque es "capaz de disolver los conflictos, abrir los corazones y generar confianza, empatía y esperanza". Pero no basta con invocarlo: "debe encarnarse en un estilo de vida que rechace toda forma de violencia, visible o estructural".

Es doloroso ver y sentir que el miedo y la desconfianza movilizan gran cantidad de recursos financieros de los países del norte en una vertiginosa carrera armamentista con la lógica de que la paz solo será posible como resultado del poder de las armas y no como fruto del diálogo y del entendimiento entre los pueblos.

En esta lógica, los gobiernos destinan más presupuesto a Defensa en desmedro de los programas sociales en sus países y de la ayuda humanitaria a los países del sur global. A la lógica que expresa: "si quieres la paz, prepárate para la guerra", el Santo Padre responde: "si quieres la paz, prepara instituciones de paz", no solo en los ámbitos de gobierno, sino también desde abajo, en diálogo con todos. En su mensaje por el 80° aniversario de los bombardeos atómicos de Hiroshima y Nagasaki, León XIV invita a rechazar "la ilusión de una seguridad fundada en la destrucción mutua asegurada". Propone, en cambio, "construir una ética global enraizada en la justicia, la fraternidad y el bien común".

Acompañamos las intenciones del Santo Padre con nuestras oraciones y con nuestra contribución, aunque sea como una gota de agua en el mar, para la construcción de una paz basada en la justicia, en la fraternidad y en el bien común.

Paraguay, una pequeña nación reconstruida desde los escombros que dejó la guerra de la Triple Alianza (1865-1870), con una población casi exterminada, conoce el valor de la paz que viene de la fe en Cristo, que es razón de nuestra esperanza.

Cristo es el Príncipe de la Paz y en esta Navidad nos reitera el mensaje de que Dios nos ama y por ese amor nos concede el don de la paz.

Por ello, alabamos y bendecimos a Dios junto con los ángeles: "Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres que gozan de su amor! (Lucas 2,14).



PERÚ: ARQUIDIÓCESIS DE LIMA



Buscando una actitud de fe en Navidad para afrontar nuestra extrema crisis epocal

Carlos Gustavo Cardenal Castillo Mattasoglio
Arzobispo de Lima

Al hallarnos ya cerca de celebrar la noche santa del 24 de diciembre, acogiendo el don de Jesús en carne humana, recogemos con profundidad espiritual e histórica la primera experiencia que Lucas narra de María (Lc 1,26-38) al inicio de todo este camino que ella emprende y con el cual comienza también nuestra fe cristiana.

La Anunciación y la larga historia de la promesa de Dios a David En el texto de la Anunciación encontramos el feliz encuentro con otro texto muy remoto, el de 2Sam 7,11-16, probablemente ocho siglos anterior a María. Se trata de la profecía con la cual Yahvé ordena a Natán corregir en David su pretensión de construirle un templo. En efecto, allí se manifiesta la intención de Dios de enderezar el sentido religioso natural de David, y de todos nosotros que, como seres humanos, pensamos espontáneamente en rendir homenajes a la divinidad creyendo que debemos construirle templos y otras obras. Natán aclara que es Dios quien construye, y algo más que una casa como espacio para habitar. Esa construcción es la de una persona, de una familia y de una historia, mediante la presencia fiel de Dios en David, en su familia, en su dinastía como historia. Como sabemos, es la historia de un hijo menor y marginal de Jesé, casi no considerado como hijo, el último, el insignificante, el pobre y sencillo pastor sobre el cual Yahvé fija su mirada, observando no su fuerza ni su apariencia, sino la sensibilidad de su corazón (1Sam 16,7).

En Lucas se narra el anuncio del ángel Gabriel a María como cumplimiento de la promesa profética de Dios de habitar en la dinastía de David por medio de un descendiente, hijo del mismo Dios. Sin embargo, aquella familia, en tiempos de María, ya no era una

familia en el poder: habían pasado casi seis siglos desde que aquella casa, destinada a gobernar Israel hasta el nacimiento del Hijo prometido, había sido derrocada. Es decir, desde el 538 hasta el primer siglo de nuestra era, los sacerdotes gobernaron desde un templo que se había autogobernado desde el sado-citismo en el gobernante y había generado una hierocracia. En efecto, tras el regreso del rey Zorobabel junto con Josué (sacerdote y diarka) en el año 538 a. C., dicho rey terminó muerto por dos hechos posibles: o por los contrastes y luchas de poder que acabaron con su vida en alguna batalla desafortunada, o por un golpe sacerdotal. La verdad es que no encontramos más reyes en todos los periodos históricos posteriores. Por ello, el ángel anuncia la venida al seno de María del rey hijo prometido a una María que se sabe parte de una dinastía derrotada, marginal e insignificante.

Así como la promesa de Natán a la dinastía davídica nos es narrada sin anticipar cómo se desarrollaría, la historia posterior, basada en el dominio de los sacerdotes desde el Templo de Jerusalén, muestra que la

manera en que comienza a cumplirse en el saludo a María no será desde el poder, sino desde el “no poder”, es decir, a través del aniquilamiento histórico. El retorno de los exiliados terminó con la eliminación de la dinastía davídica como proyecto, que incluía también la relativa desaparición y exclusión de los profetas que acompañaban a los reyes.

Quedaron así aquel sacerdote Josué y otros que vendrían, primero acompañados por un gobernador laico y luego, como únicos gobernantes sacerdotales, se instalaron como primeros y segundos sadocitas en el poder, sobre todo el sacerdote Esdras, que llevó a cabo cuidadosamente el proyecto de un Israel “Santo” anunciado en el libro de Ezequiel, con el proyecto del Templo como centro (cf. Ez 40-48).

Gracias al texto de la Anunciación comprendemos que la dinastía davídica, heredera de la promesa hecha a David, se cumple de un modo histórico completamente desconcertante: no por su permanencia en el poder político durante siglos, sino por su derrota junto con los profetas reales como Isaías, Zacarías y otros que les acompañaban. Estas familias reales y proféticas continuarán existiendo, pero en los márgenes, derrotadas y perseguidas por el sacerdocio.

Por ello, en la Biblia no se habla de ellas en los libros del período persa, griego y romano. Así formarán el llamado grupo enoquita, cuya primera denominación en los estudios bíblicos modernos fue la de los anawim, los pobres de Yahvé, que meditarán y vivirán toda la historia posterior durante esos periodos, pero en la clandestinidad, y aparentemente, en gran parte, refugiados en Etiopía.

Y no es de extrañar: meditar algo tan profundo y tan duro. Tal vez la afirmación de Lucas de que “María guardaba todas estas cosas en su corazón” exprese no solo su propia actitud como portadora del Hijo de la promesa, sino también la de todos aquellos de ascendencia real y profética que encarnaban la esperanza en su ser humilde.

Es decir, la promesa del “rey eterno” se realizará dramática y complejamente desde el margen, no como suele pensarse — desde el poder—, sino desde el “no poder”. Comenzará a cumplirse por la fe persistente de los descendientes marginados de una dinastía derrotada, a quienes solo les queda esperar. Y uno de los tesoros de esta tradición es haber conservado los cantos del Siervo sufriente de Isaías (Is 42,1-9; 49,1-13; 50,4-11; 52,13-53,12), que los Evangelios y Pablo aplicarán a Jesús (Flp 2,1-11).



En efecto, Paolo Sacchi, gran estudioso del enochismo, recientemente fallecido, en su Historia del Segundo Templo, resalta la importancia del último rey reinante, Zorobabel, llegando a afirmar la altísima probabilidad de que los Cantos del Siervo Sufriente fueran escritos por el más longevo de los Isaías ante el rey Zorobabel muerto en favor de su pueblo [1].

¿Quién podía imaginar que, cuando ocurrieron los acontecimientos de hace veintiún siglos, con María y José, la misma promesa surgida desde la derrota se cumpliría definitivamente en la línea de Zorobabel, aquel descendiente desaparecido de David? Sin triunfo político, Jesús será el mesías definitivo, preanunciado en el siervo sufriente, Zorobabel, definitivamente encarnado y derrotado en la cruz, exaltado para que todos crean y tengan vida en Él. Así, los dos Evangelios de la Navidad, Mateo y Lucas, están precedidos por dos genealogías en las que aquel rey derrotado es citado en primer lugar como predecesor de Jesús (Mt 1,12-13 y Lc 3,27). Que las narraciones navideñas del Nuevo Testamento estén precedidas por la Anunciación; que esta acontezca; y que Jesús sea acogido por los pastores, por los magos de pueblos lejanos, por ancianos como Simeón y Ana, y antes aún por el gesto de servicio a Isabel de la Madre del Rey, que no duda en actuar solidariamente; y que se dé un diálogo en que María plantea preguntas profundas a Gabriel, en medio de la emoción de saberse consciente heredera de la promesa, nos muestra que la actitud fundamental a vivir y cultivar en un tiempo grave y prolongado de crisis, marcado por sucesivas derrotas y males para la mayor parte de la humanidad, como el actual, es la de confiar sabiamente en la realización sutil e históricamente encarnada en el mundo de los pobres, los derrotados, los sufrientes, los maltratados de cada época. De hecho, la sabiduría ha sido, a lo largo de la historia, una de las fuentes inagotables de la humanidad para salir de grandes encrucijadas. Comprender y valorar cuando hay una crisis permite no juzgar apresuradamente y esperar. Como decía en estos días el Papa León XIV citando a Nicolás de Cusa, comprender las cosas con serenidad incluso cuando no tenemos respuestas, y esperar para no precipitar el error —asumiendo incluso los contrarios—, implica la humildad de aceptar no saber y de remitirse a la única convicción que proviene de la fe: la confianza en las promesas de Jesús y en el principio fundamental

que Él sembró con la cruz y con su resurrección: acoger su amor gratuito y amar hasta el final. Cuando hay una crisis, el juicio queda suspendido porque no hay soluciones, y eso conduce a esperar sin miedo ni prisa. La prisa ejerce presión y sofoca el uso de la sabiduría y, con ella, la esperanza de posibles soluciones. Nos invita a dejarnos absorber por el problema, a evitar afrontarlo o intentar comprenderlo. Más bien, surge como ambición de poseerlo para obtener una seguridad engañosa que ignora el misterio de los desafíos de la realidad difícil, donde Jesús se encarna y nos habla. En efecto, esta sería la raíz del pecado original: poseer y apropiarse lo antes posible de la sabiduría para ser como dioses, sin humildad, sin pensar, sin reaccionar. María, a diferencia de la primera mujer, no come la sabiduría ni se precipita; pregunta profundizando, y se dispone a vivir el misterio, decidiendo a favor de la misión que Gabriel le ha ofrecido.

Ya el Papa Francisco decía que no hay que apresurarse, que siempre hay que ponderar. Nos dijo en Navidad de 2004 que el camino de María tiene tres momentos: escuchar, discernir y caminar. Es decir, para caminar debemos siempre primero escuchar; luego discernir. Y esto nos permite pasar del miedo a la confianza, y de la confianza a la alegría.

En medio de nuestra extrema crisis epocal, adoptar la actitud de María en profundizar nuestra comprensión de la dura historia de los marginados y a los "ignos del mundo de hoy —los que sufren mayormente injusticia, tiranía, desprecio, guerras, violencia, desempleo y viven en condiciones de migración, marginación, hambre, miseria y abuso— abre la posibilidad de encontrar en el misterio del Hijo de Dios hecho carne la fuerza de una esperanza que no solo no defrauda, sino que llena a la humanidad de una alegría que se expande sin cesar: ese clamor difundido por la dignidad humana que debe detener la locura de la ambición y de la tiranía, que, en lugar de mostrar solidaridad, se limita tristemente a despreciar. Esta Navidad valoremos el enorme movimiento humanitario que está creciendo, para poder alegrarnos, porque, como decía Bartolomé de las Casas, "Dios se acuerda también del más pequeño e insignificante".

Feliz Navidad a todas y a todos.

[1] «Volviendo a su contexto, el párrafo revela una orientación del pensamiento decididamente universalista acompañada de formulaciones monoteístas muy firmes, en todo caso más sólidas que las de Rt, y se dirige a un personaje definido como "siervo de Yahvé" y "elegido de Yahvé", que no puede ser otro que Zorobabel, el rey. Solo él podía ser definido "alianza" entre Dios y el pueblo. Solo él podía ser visto como capaz de llevar el yahvismo a otros pueblos de modo pacífico, dada la situación histórica del momento, que excluía la posibilidad de usar la fuerza. En el imperio persa circulaban ideas universalistas, y nos han quedado huellas de un fuerte vínculo entre el rey judío y la corte persa en el episodio de "los Tres pajes" narrado en 3 Esd 3-4. A la luz del trasfondo del pasaje de Deuteronomio citado más arriba, veo la posición de Zorobabel, que junto con Josué debía conducir a los exiliados a la patria. El rey es el centro unificador de un pueblo dividido, la realidad tangible que une a Dios con su pueblo. A él deben mirar todos aquellos que tienen esperanza y rechazan el uso de la violencia (42,2-3). Él traerá la paz social a Judá (42,3-4) y su doctrina (entendiendo su aplicación práctica) será tal que será apreciada también entre los paganos ("las islas esperarán con esperanza su doctrina [toratô]"). Estas palabras de Deuteronomio se dirigen a todos los judíos, a los que están en el exilio y a los que habían permanecido en el país. Era un proyecto de pacificación general basado en una nueva ley, es decir, en un nuevo ordenamiento social que debería tener en cuenta, al menos en la intención de los mejores, las exigencias de todos. En otras palabras, se trataba de un compromiso que debía salvar ante todo a la monarquía, con todos sus privilegios derivados de la promesa del reino eterno, y luego al propio Judá, compuesto por los exiliados y por aquellos que habían permanecido en la patria. La existencia de un compromiso que implicaba a los judíos exiliados, a los que se quedaron en el país y a la monarquía está confirmada por el hecho de que Deuteronomio aceptó una idea muy querida por los exiliados y que por sí sola muestra la fuerza con la que intentaron el acuerdo: Dios había abandonado en verdad Jerusalén y ahora debía volver a ella. La expresión de Deuteronomio matizaba al máximo el imaginario antropomórfico que subyace a esta idea, pero no la rechaza: "Una voz grita: 'Abrid en el desierto el camino de Yahvé, allanad en la estepa la vía para nuestro Dios... He aquí que el Señor Yahvé viene con fuerza... Él trae consigo la recompensa, el salario que dará va delante de Él'" (Is 40, 4-3 y 10). El sentido del párrafo me parece clarísimo: el profeta exhorta a que no haya obstáculos al retorno de Yahvé porque "Él trae consigo la recompensa". Historia p.110....

Este judaísmo esperaba, en suma, una figura que la teología cristiana de hoy llamaría mesiánica. Este mesías debía ser un "retoño" de Jesé, ungido por Yahvé para gobernar a su pueblo. Las esperanzas mesiánicas estaban concentradas en Zorobabel, pero el ungido de David desapareció pronto de la escena. Solo quedaba el ungido sacerdotal. Paolo Sacchi, Storia del giudaismo all'epoca del secondo Tempio, Id. 176.»



PORTUGAL: DIÓCESIS DE SETÚBAL

Llamados a buscar los senderos ocultos de quienes se han extraviado

*Américo Cardenal Aguiar
Obispo de Setúbal*

Vivo a orillas del mar, en una tierra de pescadores y de gente trabajadora. Cuando me asomo a mi ventana, diviso el perfil de los barcos, las casas que abrazan el Paço, la montaña que enmarca el paisaje y lo vuelve hermoso y singular. Conozco sus calles, sus fábricas, sus barrios. Sonríe con las sonrisas de los niños sentados en los bancos de nuestras iglesias; sufro con las familias que se quedan sin trabajo y sin hogar. Y cuando al final del día me detengo a contemplar lo que ocurre en el mundo, me encuentro ante imágenes que se repiten mes tras mes, año tras año: guerra, destrucción masiva de ciudades, hambruna. Esta realidad contrasta por completo con las luces que ya iluminan las ciudades, con los villancicos que resuenan en los centros comerciales, con el frenesí encantado de comprar y vender regalos que invade todos los hogares. Dos realidades que conviven en el mismo tiempo y en el mismo espacio. Tan contradictorias como el mundo en el que vivimos, un

mundo en el que se nos pide dar testimonio de que Jesús, el Niño de Belén, sigue vivo entre nosotros. Me siento agradecido de haber sido llamado a una diócesis que me recuerda la Tierra Santa, la tierra donde nació el Niño Jesús. Una tierra junto al mar, tierra de pescadores y trabajadores. Una tierra ocupada por un imperio, donde la guerra y la persecución formaban parte de la vida cotidiana. Más de veinte siglos después, el mundo continúa en guerra, inmerso en la turbulencia —a menudo turbia— de la política. Ahí están Ucrania, Rusia, la Franja de Gaza, Yemen, Sudán, Etiopía y tantos otros lugares de los que nadie habla. Un mundo en el que la pobreza, incommensurable, queda oculta bajo los espejismos de las redes sociales. En medio de este torbellino, en un mundo que parece haber olvidado a Dios, que parece haber perdido todo temor ante decisiones que afectan a la vida de millones de personas, en medio de ese mismo mundo estamos nosotros: estoy yo, estamos todos, llamados a permanecer con cuerpo y alma. Pero nuestro estar ha de estar impregnado de Esperanza, de la certeza de que Dios nos conoce uno por uno y nos ama como un padre ama a sus hijos. Y esa Esperanza nos remite a María, la joven de



Nazaret que tuvo la audacia de decir «sí», el coraje de permanecer junto a Jesús desde la noche maravillosa de Belén hasta la prueba más dolorosa que una madre puede afrontar: la muerte de un hijo. La Iglesia nos ofrece el Adviento para prepararnos, cuerpo y alma, para la gran fiesta de la Navidad, el misterio mayor de la Encarnación de Dios. En medio del bullicio, del brillo y de las luces, yo —nosotros— estamos llamados a buscar los senderos oscuros de quienes se han extraviado, la quietud de quienes se saben abandonados, la ausencia de color y de alegría en quien ha perdido su empleo, en quien no logra sostener el día que tiene por delante. Yo —nosotros— estamos llamados a marcar la diferencia en la vida de alguien, aunque se trate de una sola persona. Qué hermoso sería vivir este Adviento de un modo más atento, más sobrio, más cristiano; llegar a la noche más bella de todas con el corazón pacificado y lleno de esperanza por un mundo mejor. Ese será el mundo que cada uno de nosotros será capaz de crear a su alrededor. Tener esperanza. Una esperanza que se renueva cada día y que se colma de paz y de gozo en cada Navidad que celebramos, en cada Pascua que vivimos. Este es el Navidad del Jubileo, un tiempo de Gracia que se nos ha concedido vivir en este año 2025 y que nos ha señalado la Esperanza como guía y como faro. Hemos sido peregrinos de la esperanza. Así quisiera que todos —todos, absolutamente todos— viviéramos este tiempo que se acerca: tener la Esperanza como compañera de nuestros días y de nuestras noches. Porque, del mismo modo que ocurrió en la noche de Belén, también hoy un cielo lleno de estrellas resplandece sobre nosotros y nos anuncia la belleza de la eternidad. Junto a Jesús, María y José, sembradores de esperanza...



RUANDA: ARQUIDIÓCESIS DE KIGALI



Vivir la esperanza en el corazón del Jubileo. Un mensaje navideño en un mundo a menudo sin paz. Ecos desde la Arquidiócesis de Kigali

Antoine Cardenal Kambanda
Arzobispo de Kigali

Al acercarnos a la conclusión de las numerosas celebraciones que han marcado el Año Santo 2025, conviene detenernos a reflexionar sobre este Peregrinaje de la Esperanza, para comprender cómo vivir la virtud de la esperanza en el corazón del Jubileo, incluso cuando la paz parece inalcanzable. Y, ante la inminencia de la Navidad, preguntarnos: ¿qué mensaje de esperanza ofrece en un mundo tan frecuentemente privado de paz?

Volver a las definiciones esenciales resulta esclarecedor. El Catecismo de la Iglesia Católica (n. 1817) enseña que la esperanza es la virtud teologal «por la que deseamos el Reino de los cielos y la vida eterna como nuestra felicidad, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en la gracia del Espíritu Santo». «Mantengamos firme la confesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió» (Hb 10,23). Ese Espíritu —prosigue el Catecismo— «ha sido derramado sobre nosotros abundantemente por Jesucristo, nuestro Salvador, para que, justificados por su gracia, sea-

mos, según la esperanza, herederos de la vida eterna». La esperanza cristiana, más que un optimismo superficial o un anhelo de tiempos mejores, es una confianza inquebrantable en el poder y en la fidelidad de Dios.

El Jubileo, por su parte, encuentra su sentido originario en el capítulo 25 del Levítico. Allí se nos enseña la justicia social a través de la liberación de los esclavos, la cancelación de préstamos y la remisión de deudas, así como el retorno de las tierras a sus propietarios. Además de preservar el equilibrio social, el Jubileo tiene un profundo significado religioso: recordarnos que nuestra herencia terrena no es un fin en sí misma, sino un don que Dios nos confía para administrarlo según su voluntad. Invita a la conversión, a reconocer que Dios continúa su obra de creación y redención en la historia, recreándonos constantemente mediante su Palabra. El Jubileo es, así, una celebración de la fe.

Es oportuno releer estos dos elementos a la luz del misterio de la Navidad, que conmemora el nacimiento de Jesucristo de la Virgen María. Es Él a quien los profetas anuncian como el Mesías, promesa de salvación (cf. Sal 27,14). Él es nuestra esperanza. Con su resurrección, nos abre el camino hacia el Cielo (cf. Rm 5,5).

A partir de aquí toma forma nuestro Mensaje de Navidad 2025, pensado para una comunidad diocesana a menudo confrontada con la falta de paz en el mundo contemporáneo. La esperanza





viva sostiene el apoyo mutuo en las pruebas; cultiva en nosotros la paciencia y la perseverancia frente a la desesperación; y purifica nuestro amor hacia el bien supremo, que es Dios, transformándolo en deseo de vida eterna. Recordar las circunstancias difíciles del nacimiento de Jesús nos ayuda a no negar el dolor, sino a descubrirle un sentido. Debemos permanecer firmes incluso en los momentos más arduos. Dios está siempre presente —es el Emmanuel— y nos conduce hacia la plenitud de la vida. Que esta verdad, asumida en el marco del Jubileo, renueve nuestra confianza en la oración. En nuestras familias, enseñemos a niños y jóvenes a nutrirse de la Palabra de Dios, a vivir de los Sacramentos y a ejercitar la solidaridad con quienes sufren y están en necesidad. La celebración anual de la Natividad no es una tradición venerable ni un mero precepto. Es una profesión de fe, un canto continuo de amor. Es el reconocimiento humilde que se tributa al Señor de la vida. Así, la Navidad vuelve una y otra vez como luz en la oscuridad. Trae consuelo a los hijos de Dios, con frecuencia agobiados por guerras, violaciones de derechos humanos, carencias materiales y divisiones étnicas o raciales. La buena noticia de la Navidad es, por tanto, esperanza: una vida que busca renovarse sin cesar. Si bien la palabra “Jubileo” evoca celebración y alegría, ese clima no excluye la virtud de la humildad a la que el pesebre nos invita. Ambas dimensiones han marcado el año pastoral en la Arquidiócesis de Kigali. A través de celebraciones y gestos sencillos, los fieles han experimentado la bendición de Dios, redescubriendo que la paz no consiste en la abundancia de bienes ni en el ejercicio del poder, sino en la aceptación de un amor incondicional. El Niño de Belén, pobre y, sin embargo, Príncipe de la Paz (cf. Is 9,6), se alza como modelo inspirador para la vida cristiana en nuestro tiempo.

Celebramos esta Navidad en el momento en que concluye el Jubileo de la Iglesia universal. En Ruanda, conmemoramos además el 125.º aniversario de la

evangelización y, en 2026, entraremos en el jubileo de oro de la Arquidiócesis de Kigali. Es una bendición tras otra, una oportunidad para alabar al Señor por su generosidad en el camino de nuestra Iglesia local. Al mismo tiempo, es ocasión para mirar hacia adelante, porque la memoria de estos cincuenta años es un trampolín que nos impulsa a avanzar con el Señor, invitándolo a cada instante de nuestra vida.

Finalmente, la Navidad es la fiesta de la familia. La familia es la Iglesia doméstica y el fundamento de la sociedad. Como fiesta familiar, la Navidad es fuente y motivo de esperanza para la Iglesia y para la humanidad. Que la Sagrada Familia de Nazaret sea brújula segura, para que nuestros corazones —sedientos de paz— ardan con una luz firme, y el mundo descubra el bien cuyo origen y fundamento se encuentra en la fe, la esperanza y la caridad.

Feliz Navidad a todos.





*Ladislav, Cardenal Nemet SVD
Arzobispo de Belgrado*

El Año Santo, y de modo particular el Jubileo de los Jóvenes, han sido también para los católicos de Serbia momentos de notable intensidad espiritual.

Aunque la comunidad católica en el país es una pequeña minoría —alrededor de 300.000 fieles en una nación de casi 6,3 millones de habitantes, mayoritariamente ortodoxos—, la participación en las celebraciones del Año Santo y del Jubileo de los Jóvenes constituye un signo elocuente de vitalidad y esperanza.

Diversos grupos de peregrinos procedentes de Serbia dieron testimonio de su fe y de su amor por la Iglesia universal, así como por su Pontífice, el Papa Francisco, y posteriormente por el Papa León.

La Iglesia católica en Serbia es un ejemplo logrado de catolicidad encarnada y vivida. La Conferencia Episcopal Internacional de los Santos Cirilo y Metodio reúne a los obispos de Serbia, Montenegro, Kosovo y Macedonia del Norte, mostrando que es posible convivir en paz y armonía, unos con otros y unos junto a otros.

En Serbia, los católicos pertenecen a distintas minorías étnicas —húngara, croata, albanesa, ucraniana, eslovaca, checa, eslovena y búlgara— dispersas en medio de la mayoría ortodoxa serbia. Para ellos, vivir la fe en la Iglesia y encontrarse juntos constituye una experiencia de unidad en la diversidad, un signo profético en un entorno marcado históricamente por tensiones nacionales y étnicas. La creación como cardenal del arzobispo de Belgrado, Ladislav Nemet SVD, ha otorgado un reconocimiento mayor a los católicos del país. El nombramiento como cardenal del arzobispo de Belgrado ha supuesto un mayor reconocimiento de los católicos en el país, empezando por el Presidente, el Primer Ministro, el Patriarca de la Iglesia Ortodoxa Serbia y numerosas personalidades. Es un testimonio de cómo una comunidad pequeña puede llegar a ser signo de diálogo y apertura.

En los últimos años se observa en Serbia un creciente redescubrimiento de la religiosidad popular, tanto entre católicos como entre ortodoxos. De manera particular, la Iglesia Ortodoxa experimenta un aumento extraordinario de la asistencia a las celebraciones litúrgicas. Más sorprendente aún es que la mayoría de los participantes son jóvenes. Cabe esperar que este fenómeno profundice el espíritu evangélico en la vida privada y social del país, tras tantas tragedias iniciadas con las guerras de los años noventa y, más recientemente, con la matanza en una escuela primaria de Belgrado, en la que un joven de 13 años asesinó a 10 personas, y, apenas un día después, en un pequeño pueblo cercano, donde otro joven mató a ocho per-

Desde el Mundo

SERBIA: ARQUIDIÓCESIS DE BELGRADO



Los signos de esperanza del Año Santo en la Serbia de hoy

sonas.

Desde la perspectiva de Serbia como entidad político-democrática, es evidente que el país atraviesa un proceso de profunda transformación que, aun con sus contradicciones, ofrece signos concretos de esperanza para su futuro y para el de los Balcanes.

Un indicio luminoso proviene de las protestas estudiantiles iniciadas tras el trágico derrumbe de la marquesina de la estación de Novi Sad el 1 de noviembre de 2024. Estudiantes de todo el país impulsaron un movimiento sin precedentes, que llegó a movilizar a cientos de miles de ciudadanos en más de 400 localidades, reclamando principalmente justicia, transparencia y una lucha más eficaz contra la corrupción.

Lo que confiere especial relevancia a este movimiento es su capacidad de recomponer amplios sectores de la sociedad serbia más allá de las divisiones étnicas y nacionalistas que marcaron la posguerra de los años noventa. La participación de estudiantes de Novi Pazar —ciudad de mayoría musulmana tradicionalmente marginada— reveló una idea renovada e inclusiva de identidad nacional.

El movimiento ha mostrado una notable creatividad democrática, practicando formas de solidaridad social, democracia directa mediante asambleas y plenos, y resistencia no violenta.

El propio cardenal Nemet, en su mensaje de Navidad de 2024, tras la tragedia de Novi Sad, subrayó la importancia de la justicia para construir una sociedad digna de confianza. Su voz, junto con la del patriarca ortodoxo Porfirije, se alzó como llamada moral dirigida tanto a las autoridades como al conjunto de la sociedad serbia. En conclusión, los signos de esperanza en la Serbia actual brotan sobre todo de una nueva generación que ha encontrado el coraje de imaginar un futuro distinto; de la capacidad de diálogo que testimonian la Iglesia católica y las comunidades religiosas; y del renovado despertar espiritual de las masas populares, especialmente entre los jóvenes.



Desde el Mundo

SINGAPUR: ARQUIDIÓCESIS DE SINGAPUR

Los dones de la Navidad y el Jubileo de la Esperanza

William Seng Chye Cardenal Goh
Arzobispo de Singapur

La Navidad, la primera venida de Cristo, anticipa su segunda venida, cuando el mundo será reconciliado con Dios mediante la esperanza que Él trae. Esta esperanza no es un deseo piadoso ni una aspiración incierta: se funda en Cristo y en su promesa de la gloria del cielo para quienes le aman y cumplen su voluntad.

«Estad siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón de la esperanza que hay en vosotros...» (1 Pe 3, 15).

La Navidad inaugura esta esperanza cumplida, trayendo al mundo el amor encarnado, la alegría y la paz, fortaleciendo la fe e inspirando la caridad.

Como han afirmado el papa Francisco y el papa León, la compasión se encuentra en el corazón de la evangelización y del anuncio del Evangelio. Y es desde esta compasión que la Arquidiócesis de Singapur se esfuerza por proclamar a Cristo mediante el diálogo y la acción por el bien común.

Don de esperanza

A través de programas de asistencia social y económica, las organizaciones humanitarias de la Iglesia —Caritas Singapore y CHARIS—, junto con sus entidades afiliadas, continúan llevando esperanza a quienes se encuentran en necesidad.

Caritas Singapore acompaña a personas desfavorecidas y con necesidades especiales, sin distinción de raza, lengua o religión; mientras que CHARIS ofrece ayuda a los países en crisis, en particular a los afectados por desastres naturales.

Atención a los migrantes

La Iglesia local reconoce que los migrantes son una parte esencial de la sociedad multicultural de Singapur, hasta el punto de enriquecer sus liturgias y celebraciones con su fe, su cultura y sus tradiciones.

Por ello, en su misión pastoral, la Iglesia presta especial atención a la integración social de estas comunidades, que constituyen un sector significativo de la población. Entre ellas se cuentan quienes trabajan en la construcción, la sanidad y el servicio doméstico, así como profesionales de las finanzas, la informática y la hostelería. Hoy, la Arquidiócesis acompaña y sostiene a migrantes provenientes de China, Francia, India, Indonesia, Italia, Japón, Myanmar, Filipinas, Corea del Sur y Vietnam. A través de su labor humanitaria, iniciativas educativas y asistencia jurídica y pastoral gratuita, el amor y la compasión de Cristo se hacen presentes para estos migrantes lejos de su hogar, afirmando su dignidad como miembros del Cuerpo de Cristo.

Confianza y comprensión Singapur es una de las naciones con mayor diversidad religiosa del mundo, y es en este contexto donde la Iglesia se expresa mediante la colaboración interreligiosa.

El arzobispo, por ejemplo, organiza cada año una celebración navideña en la que los líderes de otras religiones son invitados a compartir sus perspectivas de fe sobre cuestiones humanas como la esperanza o la gratitud. Con el tiempo, estos encuentros han contribuido de ma-

nera decisiva a promover la fraternidad y la confianza mutua entre comunidades diversas.

A través de sus distintas organizaciones arquidiocesanas, la Iglesia local coopera con el Gobierno para garantizar la seguridad de sus lugares de culto, fomentar la cohesión social entre las diferentes comunidades y promover matrimonios sólidos y una vida familiar estable, fortaleciendo así el tejido mismo de la sociedad.

Peregrinos de esperanza

Durante el Jubileo de la Esperanza, la Iglesia ha caminado al unísono. Muchos fieles han peregrinado a Roma, cruzando las Puertas Santas, recorriendo el Camino de Santiago y visitando otros lugares santos del mundo; otros han organizado «caminos» locales hacia la Catedral del Buen Pastor —santuario local de peregrinación— como signo de unidad y renovación de la fe.

Varias parroquias, por su parte, han organizado celebraciones navideñas y pascuales invitando a vecinos y no cristianos a compartir la alegría del Evangelio y la razón de su esperanza.

Nuestro don de gratitud

Al acercarnos al final del Jubileo, damos gracias a Dios por este Año de la Esperanza, que nos recuerda nuestra vocación cristiana a proclamar al Príncipe de la Paz al mundo entero, sin distinción de raza, lengua o religión.

En un mundo dividido por el egoísmo, la intolerancia y la ansia de poder, la Navidad nos recuerda que la verdadera paz y la auténtica alegría nacen de la humildad y del amor que se entrega.

Jesús se despojó de sí mismo para habitar entre nosotros, identificándose con nuestra pobreza, nuestro sufrimiento y nuestra necesidad de misericordia. Por su amor y su perdón, nos ha reconciliado con Dios, entre nosotros y con la creación.

Sigamos robusteciendo nuestra fe, implorando la misericordia de Dios y compartiendo su compasión con un mundo sediento de paz y amor, dándole gracias en toda circunstancia.

Podemos ser reconciliadores, artífices de paz y constructores de puentes, ofreciendo la esperanza cristiana a todos.

¡Gloria a Dios y paz a los hombres de buena voluntad!



SIRIA: NUNCIATURA APOSTÓLICA EN DAMASCO



Navidad de Esperanza

*Mario Cardenal Zenari
Nuncio Apostólico en Siria*

Con ocasión de la Audiencia Pontificia que me concedió en el mes de septiembre de 2024, expresé mi agradecimiento al Papa Francisco por haber convocado el Año Jubilar de la Esperanza, teniendo en cuenta, además, que en Siria dicha esperanza estaba agonizando y corría el riesgo de quedar sepultada bajo los escombros de largos años de guerra. Una guerra civil que ha causado cerca de medio millón de muertos, trece millones de desplazados, más de cien mil desaparecidos y ha reducido al 90% de la población a vivir por debajo del umbral de pobreza. Asimismo, más de dos tercios de los cristianos han emigrado, y el éxodo continúa ininterrumpidamente, provocando una profunda herida para las Iglesias orientales y repercusiones negativas para la propia sociedad siria, que desde hace dos mil años se ha beneficiado del particular aporte de los cristianos a su desarrollo social y económico. Inesperadamente, el 8 de diciembre de 2024, con la caída sin derramamiento de sangre del régimen y el inicio de un nuevo rumbo político, despuntó para los sirios, entre la euforia del momento, un tierno brote de esperanza. Un brote, sin embargo, expuesto a los fuertes vientos de los enormes desafíos sociales, políticos y económicos. La comunidad internacional, tomada por sorpresa, expresaba cautela repitiendo: “wait and see!”. Por mi parte, teniendo ante los ojos el sufrimiento intolerable de una población sin pan, sin trabajo, sin electricidad y sin asistencia médica, invitaba a todos —cristianos incluidos— a remangarse, apelando también a la comunidad internacional, con este aliento: “work and see!”. A mi parecer, esperar rozaba el cinismo, casi como decir: “Campa caballo, que la hierba crece”. Para la gente se trataba, ante todo, de sobrevivir y sólo después de discutir. El nuevo curso político había logrado finalmente liberar la palabra tras más de cincuenta años de dura represión. Había abierto las cárceles, especialmente la de Saydnaya, para los detenidos políticos. Al mismo tiempo, permanecían tristes y amargamente decepcionadas más de cien mil familias que, aún hoy, desconocen la suerte de sus desaparecidos. Un dolor agravado por el descubrimiento progresivo de numerosas fosas comunes. Los nuevos responsables gubernamentales prometían reconstruir una nueva Siria basada en las libertades democráticas, el respeto de los derechos humanos y la inclusión de los diversos grupos étnico-religiosos que componen el mosaico social del país. Un camino arduo el de la cohesión social, no exento de episodios graves y dolorosos, como la masacre —en gran parte de civiles alaúies— ocurrida en la región costera en marzo del presente año, y otra en la provincia de Sweida el pasado mes de julio. A ello se sumaba el sangriento atentado terrorista contra los cristianos perpetrado en la iglesia greco-ortodoxa de Mar Elie el 22 de junio en Damasco.

Las autoridades gubernativas se están esforzando de diversas maneras por desbloquear los fondos de la comunidad internacional, sin los cuales no es posible la reconstrucción ni el despegue económico. Han llegado muchas promesas, como la abolición de las sanciones y otras más, pero todas siguen avanzando con lentitud, mientras entre la población —aún sin trabajo, sin asistencia sanitaria y en la oscuridad— crecen la decepción y el descontento. Las inversiones, como ha recordado el Presidente Ahmad Al-Sharaa, son prioritarias. Al respecto, ya el Papa san Pablo VI recordaba que «el desarrollo es el nuevo nombre de la paz». Y el Papa Francisco subrayaba la importancia de un clima de fraternidad entre las naciones, con la Declaración sobre la Fraternidad Humana para la Paz Mundial y la Convención Común, firmada en Abu Dabi en 2019, y con la Encíclica Fratelli tutti de 2020.

Para Siria se trata aún de una delicada flor de esperanza, surgida inesperadamente hace un año entre espinas y expuesta a fuertes vientos, como los que agitan la tormentosa región de Oriente Medio. ¿Logrará este tierno brote sobrevivir? Algunos apuestan que sí; otros permanecen perplejos y dubitativos. La comunidad internacional parece albergar confianza; baste pensar en la participación del Presidente Ahmad Al-Sharaa, el pasado septiembre, en la Asamblea Plenaria de las Naciones Unidas y en su visita —como primer Presidente en la historia de Siria— a la Casa Blanca en Washington, cuando hasta hace apenas un año pendía sobre él una recompensa de diez millones de dólares estadounidenses al ser considerado un peligroso terrorista. ¿Es posible apostar por la esperanza? El Papa León, en el Ángelus del 12 de octubre, definía el acuerdo del frágil alto el fuego en Gaza como una «chispa de esperanza». ¡Pueda esta “chispa de esperanza” afirmarse y difundirse en Siria y en todo Oriente Medio!

Damasco, Santa Navidad Jubilar 2025



© Vatican Media

ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA: ARQUIDIÓCESIS DE CHICAGO



Ha venido entre nosotros: esperanza navideña y Sinodalidad

Blase Joseph Cardinal Cupich
Arzobispo de Chicago

En los últimos años, y también en el porvenir, la Iglesia en todo el mundo ha sido invitada a reflexionar y a abrazar la sinodalidad. Se trata de un término que, en su sencillez, significa caminar juntos, abriéndonos así a descubrir y discernir la presencia del Santo de Dios que actúa en medio de nosotros, dejando a un lado nuestros temores y creyendo en Emmanuel, Dios-con-nosotros.

Los relatos bíblicos que rodean el nacimiento de Jesús expresan con gran fuerza la esencia misma de la sinodalidad. Nos invitan a adentrarnos en las historias de diversas figuras que encuentran y descubren la presencia del Señor en su propia vida: María y el arcángel Gabriel, María e Isabel, María y José en su camino hacia Belén, la Sagrada Familia y los pastores, los Magos de Oriente, Simeón y Ana en el Templo. En cada uno de estos momentos, personas de fe que están en camino —que caminan juntas— se encuentran entre sí y, al hacerlo, descubren y reconocen la presencia del Mesías recién nacido en medio de ellas.

La Navidad es, una vez más, una invitación a descubrir que el Príncipe de la Paz, recién nacido, camina a nuestro lado, infundiendo nueva esperanza, renovando el sentido profundo de que



Dios está verdaderamente con su pueblo: Emmanuel. Esa esperanza vence las fuerzas del pecado y de la muerte, que amenazaban con oscurecer y someter un mundo frágil.

Hoy necesitamos esa misma esperanza, porque seguimos viviendo en un mundo vulnerable. Las guerras, el deterioro ambiental, la explotación económica de las poblaciones más débiles, las catástrofes naturales, las crisis sanitarias, el espectro del hambre... todo ello nos hace vislumbrar un futuro incierto.

Y aunque debemos mantener una mirada realista y asumir nuestras responsabilidades hacia el mundo, lo hacemos

con esperanza, celebrando una vez más el hecho de que Dios ha derribado la barrera entre la eternidad y el tiempo, entre la divinidad y la humanidad, para caminar con nosotros.

La proclamación de los relatos navideños da un nuevo significado a nuestra vida y a nuestro mundo, porque nada puede separarnos del amor de Cristo: ni nuestro pecado, ni siquiera la muerte.

Dejémonos, por tanto, llenar de esperanza y animar a caminar juntos por el camino, ayudándonos unos a otros en la marcha, confiados en que, desde el principio de los tiempos, el Padre ha querido siempre que entremos en su casa y nos reunamos en torno a la mesa del banquete de su amor.



ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA: NUNCIATURA APOSTÓLICA EN WASHINGTON D.C.



La esperanza no defrauda

por + *Christophe Louis Yves Georges Cardinal Pierre*
Nuncio Apostólico en los Estados Unidos de América

La esperanza, como nos ha recordado el Papa Francisco citando a san Pablo, no defrauda. No dice «podría no defraudar». Tampoco «suele no defraudar».

No. La esperanza no defrauda, en el sentido fuerte: es imposible que defraude.

¿Por qué podemos afirmarlo?

Pablo continúa. El motivo por el cual la esperanza no defrauda es «porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado».

En resumen: Dios ha realizado algo que no puede ser deshecho. Miramos el estado del mundo y es comprensible que nos alarmemos ante la magnitud del antagonismo humano, visible no solo en las guerras entre naciones y pueblos, sino también en las dictaduras, en los actos de violencia cometidos en público, en los conflictos dentro de los hogares y las familias, y en la desesperación suicida que anida en el corazón de tantas personas.

Si utilizamos nuestras calculadoras para sumar y multiplicar todas las estadísticas que muestran lo contrario de la obra salvadora de Cristo y de su Evangelio en la historia humana, podríamos pensar que tenemos motivos para contradecir o poner en duda la verdad íntima de la afirmación del Apóstol: que la esperanza no defrauda. Innumerables personas se sienten defraudadas —y mucho más que defraudadas— de innumerables maneras.

¿Cómo podemos esperar en un mundo mejor que manifieste efectivamente la fuerza de la acción salvadora de Cristo?

Pues bien... en cierto modo, la pregunta contiene ya el problema.

¿Es realmente «un mundo mejor» lo que esperamos? ¿Esperamos líderes mejores, políticas mejores, menos guerras, más paz? ¿Es eso lo que verdaderamente esperamos?

En otras palabras, ¿el objeto de nuestra esperanza es un resultado

más favorable?

En realidad, la respuesta es «no».

Al principio puede parecernos desconcertante, incluso —digámoslo— decepcionante. Pero, en verdad, dejar de «esperar» aquello que nunca ha sido el objeto auténtico de la esperanza puede hacernos mucho bien, porque purifica nuestra esperanza. El objeto de la esperanza —la verdadera esperanza, la esperanza «teologal», ese don divino— no es otra cosa que un acto permanente y salvador que Cristo ha realizado ya, que sigue realizando en la humanidad y que cumplirá infaliblemente hasta la consumación del Reino escatológico.

Es nuestra esperanza en esa realidad la que menciona san Pablo. Ahora bien, este hecho —este acto salvador en el que esperamos con plena certeza de que ya está en marcha— produce frutos admirables en la vida de quienes esperan de este modo.

Si todos en el mundo —cada presidente o primer ministro, cada miembro de un gobierno y cada legislador, cada dirigente empresarial o miembro de un consejo de administración— vivieran conforme a esta esperanza en Cristo, entonces sí: no habría guerras, ni corrupción financiera, ni abusos, ni violencia sistemática.

Ese es el mundo que legítimamente anhelamos, porque es el mundo que surgiría si la esperanza cristiana reinase de verdad en cada corazón humano.

Vemos cuán lejos estamos de ese horizonte y, por ello, nos sentimos tentados a actuar en sentido contrario a la esperanza: a desesperar.

O, quizá más comúnmente —y de forma más insidiosa— a volvernlos indiferentes.

Y entonces... ¿Navidad?

Sí, Navidad.

Lo que la Navidad nos revela —lo que debe revelarnos una y otra vez, como el padre que responde a su hijo cuando este pide: «¡Vuelve a leer la historia, papá!»— es el verdadero significado de la esperanza, que, en realidad, no nos ha defraudado.

Y es esto: que Cristo entró en el corazón de una Virgen por obra del Espíritu; y que, gracias a ello, pudo encarnarse en su seno para que, en esa misma carne, pudiera tocar al leproso, liberar al poseído y morir en la cruz por cada ser humano de la historia que no tuvo el privilegio de vivir junto a Él durante su breve vida terrena.

Tú y yo, cada uno de nosotros, somos esa Virgen, ese discípulo, ese convertido, ese leproso.

Cada uno de nosotros puede, gracias al Espíritu Santo vivo y operante en el mundo, ser tocado por Cristo y transmitir a otros esa experiencia espiritual.

Y esta difusión de la vida evangélica de Cristo resucitado hace posible —incluso en los gestos más pequeños— los «resultados» que anhelamos: no todavía un mundo en paz, pero sí el amor vivo presente en ese «mundo» contenido en un solo corazón humano que se abre al Salvador: el mío, el tuyo y el de aquel otro a quien encontramos en el amor.

En cada uno de esos corazones puede abrirse un espacio lo bastante grande para que Cristo habite en él, como habitó en el corazón de la Virgen.

Y ella es, sin duda, una mujer de esperanza.



SUECIA: DIÓCESIS DE ESTOCOLMO



Navidad - El invierno bélico de 2025

Anders Cardenal Arborelius, OCD
Obispo de Estocolmo

Cuando Dios se hace hombre en nuestra tierra, todo cambia. Por muy difícil y aparentemente desesperada que pueda ser la situación para muchos, especialmente para quienes viven a la sombra de la guerra, la luz de la esperanza sigue encendida para el mundo entero. Dios desea, a cualquier precio, acudir en ayuda de nosotros, débiles y vulnerables. A lo largo de todo el Antiguo Testamento vemos cómo Dios anhela sostener y guiar a su pueblo por el camino de la paz y de la misericordia. Por ello invita constantemente a la conversión, a la obediencia y a la atención a sus palabras y a sus mandamientos. Una y otra vez contemplamos cómo las personas siguen sus propios caminos y se apartan de la fe y de la rectitud. Cuando nada más resulta eficaz, Dios nos envía a su amado Hijo para ayudarnos a vivir en la justicia y en el amor, en la paz y en la unidad. En la persona y en el mensaje de Jesús vemos cómo hemos de vivir para que la paz y la justicia puedan prevalecer en la tierra. Por eso es tan importante mantener fija la mirada en Jesús en la oración, adentrarnos cada vez más profundamente en quién es Él y acoger cuanto desea decirnos, a fin de que podamos reflejarle en todo lo que decimos y hacemos. Quiere ayudarnos a construir un mundo de paz y de justicia para todos. Al mismo tiempo, vemos cómo nosotros, los seres humanos, optamos con tanta frecuencia por los caminos de la violencia y del pecado, de la guerra y de la opresión. Pero el Dios que envía a su Hijo al mundo como un niño pobre e indefenso no renuncia a esperar en su humanidad. Sigue esperando en nosotros, que nos volvemos hacia el Niño del pesebre para aprender los caminos del amor y de la bondad. Por eso la esperanza es siempre algo divino —sí, una virtud teologal, una fuente de fuerza que vincula indisolublemente a la humanidad con Dios—. El misterio de la Navi-

dad continúa hablándonos, recordándonos que la paz de Dios ha llegado a nuestra tierra. La gloria eterna de Dios, el cielo mismo, puede ya entrelazarse en medio de nuestra realidad, porque Dios ha querido compartirla con nosotros al hacerse nuestro hermanito en el pesebre de Belén. Por ello, siempre hay esperanza. En medio de la guerra invernal podemos presentir que la paz de Dios nos aguarda. Pero nosotros, los seres humanos, debemos acoger este mensaje. Debemos desearlo con todo el corazón. Hemos de aprender a escuchar con atención la tenue voz del Niño en el pesebre, que nos llama a hacernos como niños, a convertirnos cada vez más profundamente. Puesto que Dios ha nacido en nuestro mundo, permanece aquí. La Encarnación es una realidad duradera, fortalecida únicamente por la Resurrección. Jesucristo ha compartido nuestra condición humana, incluso el dolor de la vida y todo el sufrimiento que la humanidad ha soportado a lo largo de los siglos. Ha venido para compartir nuestras cargas, para liberarnos de ellas, como vemos desde el pesebre hasta la cruz. Por eso podemos descubrir siempre a Jesús en todo sufrimiento humano, en todo aquello que pesa sobre la humanidad y hace la vida ardua e insoportable. Ha resucitado y así ha derrotado los poderes del mal y de la violencia. Está con nosotros en nuestra lucha contra el mal y contra el pecado. Permanece con nosotros. No puede abandonarnos. Está irrevocablemente unido a nuestra historia doliente. Ha venido para salvar y liberar. Nos lleva en brazos cuando ya no podemos sostenernos por nosotros mismos. No puede apartar su mirada de nosotros; siempre reposa sobre nosotros para darnos esperanza en la desesperación y luz en la oscuridad. Cuando nadie más permanece, Él permanece a nuestro lado. Ha resucitado para atraernos hacia sí y compartir con nosotros su gloria eterna. Por eso la esperanza es tan vital. Todos los problemas y conflictos, las guerras y todas las demás miserias no pueden simplemente desaparecer; pero si logramos percibir a Jesús oculto en medio de todas esas dificultades, entonces siempre habrá esperanza, por pequeña que sea. Por muy desesperada que parezca nuestra situación —y la de todo nuestro mundo—, la esperanza jamás podrá sernos arrebatada. Jesús ha venido a nuestro mundo para permanecer, para quedarse junto a nosotros. A menudo parece más oculto e invisible a nuestros ojos, pero para nuestros corazones está siempre presente. Nuestros corazones han sido creados para asemejarse a su Sagrado Corazón. Solo encontramos descanso y paz cuando nos abrimos a su corazón, cuando nos abandonamos y cedemos. Por muy desesperadas que puedan parecer las cosas en tantos lugares de nuestro mundo, la débil y a veces vacilante llama de la esperanza no puede extinguirse. Cuando Dios se hace hombre y nace en Belén, la llama de la esperanza se enciende para siempre. Esta luz debe seguir brillando en nuestro mundo, tanto en Tierra Santa como en todos los lugares devastados por la guerra y la violencia. Dentro de nosotros ha de fortalecerse nuestra esperanza. Mediante lo que hacemos, hemos de mostrar que somos constructores de paz siguiendo las huellas de Jesús.





Vaticano

La pequeñez de Dios



Sor Simona Brambilla, MC, Prefecta del Dicasterio para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica

La increíble capacidad de Dios para hacerse pequeño: quizá sea esto lo que más logra sobrecogernos, fascinarnos, enternecernos y cautivar-nos —entre asombro y desconcierto— cuando permanecemos embelesados ante el pesebre. Hace algunos años me impresionó profundamente una reflexión que el entonces Obispo de Civita Castellana —diócesis a la que pertenece la Casa Generalicia de mi Instituto— nos ofreció con ocasión de la peregrinación de la estatua de San Miguel Arcángel a la parroquia de Nepi. Partiendo del significado del nombre Miguel —«¿quién como Dios?»— Mons. Romano Rossi se adentró en el

misterio de la grandeza de Dios, pero también en el de su pequeñez. Nos resulta relativamente fácil pensar que, por supuesto, nadie es como Dios porque Dios es grande, infinito, mientras las criaturas son pequeñas, finitas. Dios es omnipotente, omnisciente, omnipresente. Es evidente, pues, que nadie es como Dios, porque nadie es tan grande como Él. Sin embargo —nos ayudó a reflexionar el Obispo— probemos también a preguntarnos si alguno de nosotros elegiría hacerse tan pequeño como Dios. Es decir, descender, vaciarse, anonadarse por amor. Hacerse pequeño, pequeñísimo Él, el Infinito; encarnarse convirtiéndose en un minúsculo embrión en el seno de una Mujer; nacer en una gruta; vivir en una aldea perdida trabajando como carpintero, siendo Dios. Y hacerse siervo por amor, que se inclina y lava los pies, que asume nuestros dolores en su propio cuerpo, que perdona los insultos y las ofensas, que lo entrega todo y se entrega hasta la muerte, y muerte de cruz; que se hace pan partido y vino derramado. ¿Quién es como Dios en su pequeñez?

¡Bendita pequeñez de Dios, que desciende en medio de nosotros!

¡Bendita pequeñez de Dios, que se hace Niño por nosotros!

¡Bendita pequeñez de Dios, que se hace pan y vino, alimento y bebida para nosotros! Ven, Señor Jesús, a nuestra pequeñez y hazla tuya. Tú, Infinito que sabes recogerte en un fragmento de pan, fecunda de Eternidad cada fragmento de nuestra existencia. Tú, Verbo que te unes a la carne, haz de nuestra humanidad transparencia de lo Invisible.

Tú, Creador que deseas habitar en la criatura, concédenos un corazón puro que sepa verte en todas las cosas.

Tú, Omnipotente que te gozas en tus pequeños, regálanos la alegría de los pequeños que saben gozarse en Ti.

Maranatha, ven, Señor Jesús.



La esperanza que nace del encuentro y del camino compartido

Flavio Pace

Arzobispo, Secretario del Dicasterio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos

El Jubileo, iniciado bajo el pontificado del Papa Francisco, llega ahora a su conclusión bajo la guía del Papa León XIV, cuyo lema *In illo uno unum* encierra una profunda resonancia con el itinerario de la unidad entre todos los creyentes en Cristo.

No pueden silenciarse los motivos de preocupación ligados a las tensiones internas que afectan a diversos interlocutores del diálogo ecuménico de la Iglesia católica —baste pensar en las que atraviesan hoy el mundo de la ortodoxia bizantina—, tensiones que nos impulsan a invocar con mayor ardor el don del Espíritu de reconciliación, de curación y de comunión. El misterio de la Navidad, que nos disponemos a celebrar, nos recuerda precisamente la dificultad humana para acoger al Verbo hecho carne, tanto en la perspectiva más narrativa de los Evangelios de la Infancia como en la más teológica del Prólogo de san Juan. En este último texto encontramos, sin embargo, la firme afirmación: «La luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron» (Jn 1,5). Los signos de esta luz han acompañado también el camino ecuménico de la Iglesia católica en Roma durante este año jubilar, ofreciendo esperanza e impulso para no caer en la resignación.

Pienso, ante todo, en el tiempo de la enfermedad y de la muerte del Papa Francisco, cuando junto a la oración del Santo Rosario en la plaza se celebró una vigilia de oración ecuménica por la salud del Santo Padre y de todos los enfermos, animada por la Comuni-

dad de Taizé y con la presencia de numerosos cristianos no católicos de Roma en la iglesia de San Lorenzo in Piscibus.

En torno a la figura del Papa, durante los días precedentes y en las exequias, se sucedieron las delegaciones de todos los interlocutores cristianos: un movimiento espontáneo que quiso rendir homenaje a un padre y a un hermano en el camino hacia la plena unidad visible. También participaron algunos hermanos judíos: un rabino procedente de los Estados Unidos, con la kipá sobre la cabeza, recitó en hebreo el Salmo 23, confiando al Señor, el Buen Pastor, a un amigo querido también por la comunidad hebrea.

El inicio del pontificado del Papa León ha contado, igualmente, con la presencia de numerosas delegaciones de Iglesias y Comuniones cristianas de Oriente y de Occidente, comenzando por el Patriarca Ecuménico, Su Santidad Bartolomé. El Papa León quiso saludar a algunos de ellos al final de la celebración eucarística, y al día siguiente los recibió a todos juntos, junto con los representantes del Judaísmo y de las demás religiones.

En aquel encuentro, recordó su lema, vinculándolo al camino hacia la plena unidad:

«En realidad, la búsqueda de la unidad ha sido siempre una de mis preocupaciones constantes, como testimonia el lema que elegí para mi ministerio episcopal: *In illo uno unum*, una expresión de san Agustín de Hipona que recuerda que también nosotros, siendo muchos, “en Aquel único —es decir, en Cristo— somos uno” (Enarraciones in Psalmos, 127, 3). Nuestra comunión se realiza en la medida en que convergemos en el Señor Jesús. Cuanto más fieles y obedientes seamos a Él, tanto más unidos estaremos entre no-





sotros. Por eso, como cristianos, estamos llamados a orar y a trabajar juntos para alcanzar, paso a paso, esta meta, que es y seguirá siendo obra del Espíritu Santo.

Además, consciente de que sinodalidad y ecumenismo están íntimamente vinculados, deseo asegurar mi propósito de continuar el compromiso del Papa Francisco en la promoción del carácter sinodal de la Iglesia católica y en el desarrollo de formas nuevas y concretas de una sinodalidad cada vez más profunda en el ámbito ecuménico». Cuando estas páginas vean la luz, todos habremos podido contemplar y acompañar con la oración el recuerdo del Primer Concilio Ecuménico, que se celebrará en Nicea —la actual İzmit, en Turquía— el 28 de noviembre, así como el encuentro del día siguiente, 29 de noviembre, entre el Papa León, el Patriarca Bartolomé y los demás líderes cristianos o sus delegados.

Los restos de la basílica del Concilio permanecen la mayor parte del año sumergidos bajo las aguas del lago formado en aquella zona, pero será visible el deseo de responder a la oración de Jesús en la Última Cena: «Que todos sean uno» (Jn 17). También esto constituye un signo de esperanza en el camino de los discípulos de Cristo, en el que no queremos ser meros espectadores, sino protagonistas activos, sostenidos por la oración ferviente de todos. No es menos significativo el aspecto del diálogo con la Iglesia de Inglaterra y con la Comunión Anglicana en su conjunto. Aun cuando algunos comentaristas han subrayado en las últimas semanas las posibles dificultades para el diálogo derivadas de la elección de una nueva arzobispa de Canterbury —por primera vez, una mujer—, se olvida que tanto la Declaración Conjunta de 2006 entre el Papa Benedicto XVI y el arzobispo Rowan Williams como la de 2016 entre el Papa Francisco y el arzobispo Justin Welby eran plenamente conscientes del desafío que suponían las ordenaciones de mujeres, establecidas tiempo antes, primero como sacerdotes y luego como obispos; sin embargo, reafirmaban el deseo y la ne-

cesidad de proseguir el camino común.

Los signos de esperanza se han manifestado también en el contexto de la visita del rey Carlos al Papa León: la oración en la Capilla Sixtina y el reconocimiento del título de Confrater al Soberano en la basílica de San Pablo Extramuros. Este gesto, interpretado erróneamente incluso en algunos ambientes como una “distinción honorífica”, fue en realidad fruto de una prolongada conversación y colaboración entre las Oficinas Ecuménicas de la Iglesia católica y de la Iglesia de Inglaterra, que redescubrieron aspectos históricos de la relación entre la basílica y la Corona británica, así como el valor simbólico de dicha Iglesia dentro del movimiento ecuménico y, en particular, en el vínculo con la Iglesia de Inglaterra.

Emocionante ha sido, por último, la proclamación de san John Henry Newman como Doctor de la Iglesia Universal el pasado 1 de noviembre. En la petito dirigida al Santo Padre al inicio de la celebración, el cardenal Semeraro mencionó expresamente el apoyo ofrecido por la Iglesia de Inglaterra a esta causa.

Esa misma Iglesia envió a Roma una cualificada delegación presidida por el arzobispo Stephen Cottrell de York, entonces la máxima autoridad de la Iglesia de Inglaterra, dado que Su Gracia Sara Mullally, designada arzobispa de Canterbury, aún no había sido elegida ni instalada.

La proclamación como Doctor de la Iglesia, aprobada por el Santo Padre León XIV y fruto del discernimiento del Dicasterio para las Causas de los Santos con el nihil obstat del Dicasterio para la Doctrina de la Fe, reconoce la eminencia de la doctrina de san John Henry Newman no sólo desde su entrada en plena comunión con la Iglesia católica, sino también en sus escritos y reflexiones del período anglicano.

También esto es un signo luminoso de esperanza para el futuro del camino ecuménico, invitándonos a reconocer y acoger los dones que el Señor ha suscitado incluso fuera de la Iglesia católica.

La Navidad: una historia de esperanza



Ivo Muser
Obispo de Bolzano-Bressanone

El relato de la Navidad es, desde hace siglos, una historia de esperanza. Es un relato que, a pesar de los profundos cambios culturales y sociales, continúa resonando con una fuerza sorprendente. Aunque también en nuestra tierra esta esperanza tiende a transformarse en un “vago deseo”, casi nadie parece dispuesto a renunciar por completo a ella. Es un paradojo que vivimos cada año: ninguna otra celebración —religiosa, cultural o política— está tan presente a escala global como la Navidad.

Y, sin embargo, la Iglesia, la institución sin la cual esta historia y su celebración no existirían, ha perdido desde hace tiempo aquel protagonismo que le permitía ser su intérprete autorizada. En cierto sentido, la Navidad ha “emigrado”. Ha encontrado hogar en contextos diversos, convirtiéndose no pocas veces en el indicador de un consumismo desenfrenado, un fenómeno que, es justo reconocerlo, muchos desean y alimentan. Ante esta deriva, como cristiano, uno experimenta una legítima preocupación. Pero, al mismo tiempo, no puede sino sentirse fascinado y reconfortado por un hecho evidente: el relato navideño contiene en sí mismo algo que sigue tocando a las personas en lo más profundo

de su corazón y de su anhelo de sentido, incluso cuando esto ocurre bajo una “forma secular”, despojada de su connotación religiosa.

Pero, ¿dónde comienza exactamente esta historia? No en una cuna idílica, como quizá sugeriría el imaginario colectivo, sino de un modo sorprendentemente político, con una decisión de Estado. Comienza con un censo, con la subordinación de la vida al número: anotar, recopilar datos, registrar todo. El evangelista Lucas nos presenta al divinizado emperador romano Augusto ordenando a todos los habitantes de su vastísimo imperio registrarse en sus respectivas ciudades de origen. Es un acto de poder, una estrategia de control, de imposición fiscal, de dominio. Y aquí acontece el primer gran vuelco. La narración del censo se interrumpe bruscamente y Lucas da inicio a una “contra-historia”. No se hablará más de las rentas del imperio, sino de la “gente pequeña de Israel”: María y José, un niño en un pesebre y humildes pastores. Es la historia de personas que son contadas, anotadas, registradas, pero que no “cuentan” a los ojos del mundo. Cumplen una orden, obedecen, se ponen en camino, pero su itinerario desemboca en otra parte. No conduce al censo mandado por el emperador, sino que se inserta en una Narración más grande. Y el mensaje de esta Narración es claro y conmovedoramente subversivo: no es el emperador de Roma quien trae salvación y esperanza, sino un niño indefenso en un pobre pesebre. Es un giro radical, una inversión de los valores prevalentes y consolidados. Desde entonces, esta historia de esperanza busca hombres y mujeres que crean que una humanidad distinta y soluciones pacíficas a los conflictos son posibles, y que actúen en consecuencia. Busca personas capaces de romper el círculo vicioso de lo irreconciliable, ese automatismo dañino que convierte al vecino en adversario, al refugiado en enemigo, y al prójimo en amenaza. Se necesita un coraje inmenso para efectuar este cambio de perspectiva. Ese coraje es lo que representa el niño en el pesebre y constituye el corazón de la historia de esperanza vinculada a aquel hombre que llamamos Jesús de Nazaret.

El árbol de Navidad: un símbolo de vida en la historia de la esperanza. Entre las tradiciones navideñas, el árbol de Navidad ocupa un lugar especial: su presencia en nuestros hogares, adornado con luces, no es un mero adorno decorativo. Porta consigo un mensaje profundamente arraigado en la esperanza cristiana. El árbol de Navidad representa el árbol del Paraíso, pero con una diferencia fundamental: sus frutos —las esferas de colores que colgamos de sus ramas— ya no llevan la marca de la muerte y de la separación, como el fruto del Árbol del Conocimiento del bien y del mal. Al contrario, transmiten un mensaje vinculado a la alegría de la fiesta y de la vida.

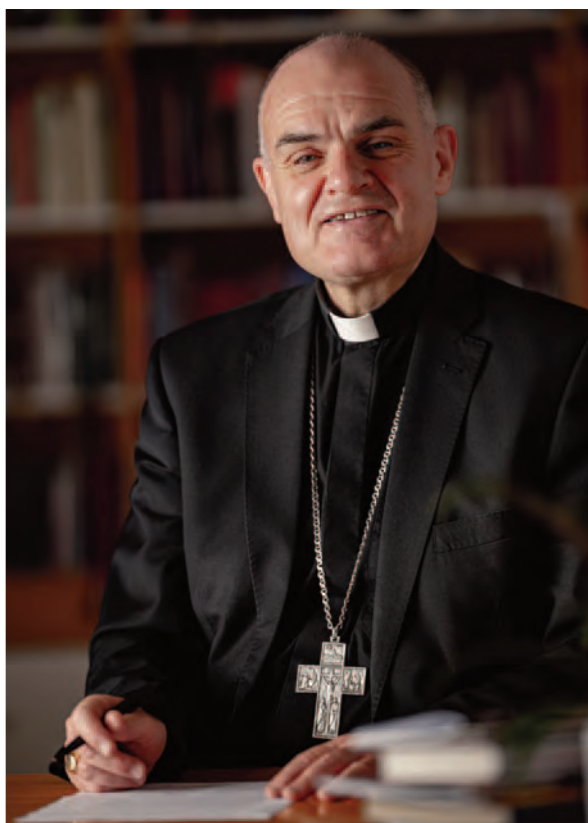
El belén: una homilía silenciosa sobre la esperanza encarnada. Junto al árbol, el belén completa el cuadro con su narración íntima y poderosa. Entre las figuras que, en estas semanas, vuelven a poblar nuestros hogares y nuestras iglesias, además de los protagonistas —el Niño, María y José— destacan, presentes desde las representaciones más antiguas, el buey y el asno. No son meros elementos decorativos. Poseen un profundo valor simbólico y pretenden clarificar el misterio de la Encarnación de Dios. Representan el Tierwelt, el mundo animal y, en definitiva, toda la creación, que aguarda la Revelación de Dios.

Una exhortación: custodiar el corazón cristiano de la Navidad. En una época de relativismo y secularización, surge espontáneamente un deseo: que la Navidad permanezca siendo una fiesta cristiana. Que muchos se preparen para el Adviento y luego celebren la Navidad no por una tradición cultural vaga, sino porque son cristianos y desean seguir siéndolo. El pesebre y la Cruz no

son primordialmente signos de una cultura o de una solidaridad puramente humana. Son, ante todo e irrevocablemente, signos de la profesión de fe cristiana en el Señor que se hizo hombre, fue crucificado y resucitó. Redescubrir y vivir esta profesión de fe es la fuente de una seguridad interior que no necesita alimentar temores hacia los signos o las personas de otras religiones. Quien tiene verdaderamente en el corazón la sacralidad de su fe, nunca sentirá la necesidad de fomentar miedos populistas contra los demás.

La esperanza que no defrauda

Al final del Evangelio de Mateo resuena una promesa que constituye el sello de toda esperanza cristiana: «Sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo». Esta palabra de Jesús no es un “buen final” del relato, sino el inicio, el encargo de continuar, de escribir su buena noticia con nuestras vidas, «en palabras y obras», cada día, hasta el fin del mundo. Y sobre todo allí donde las personas tocan su propio límite, su final, su necesidad desesperada de ayuda. La esperanza de la Navidad, simbolizada por la luz del árbol y narrada por el belén, es esta: la promesa de una Presencia que no nos abandona. Es la invitación a convertirnos, a nuestra vez, en portadores de esa luz y de ese amor. El deseo más profundo, entonces, es el del encuentro auténtico, como el de los Magos: «Al ver la estrella, se llenaron de inmensa alegría. Entraron en la casa, vieron al niño con María, su madre, y postrándose le adoraron». Que todos podamos vivir esta experiencia. Que encontremos una alegría navideña que permanezca, que no se desvanezca con el último adorno guardado en el desván. Porque, en el fondo, no se puede celebrar la Navidad sin el festejado. Todo habla de Él. Se trata de Cristo. Sin Él, la Navidad pierde su alma y nuestra esperanza su fundamento. Él es nuestra identidad y el centro de nuestra fe. En el asombro ante este milagro, ante este Niño que es Dios, hallamos la fuerza para ser, en un mundo a menudo sombrío, árboles iluminados y belenes vivientes de una esperanza que no defrauda.



Navidad, un canto de esperanza



Giuseppe Giudice, Obispo de Nocera Inferiore-Sarno

Llenos de asombro ante el Belén —*Admirabile signum* (Papa Francisco, Carta Apostólica, 1 de diciembre de 2019) —, peregrinos de esperanza en este Año Santo abierto por el Papa Francisco y continuado por el Papa León XIV, no resulta banal preguntarse: ¿dónde nace la esperanza?, ¿quién es la esperanza?, ¿para quién nace? Cada belén, en su belleza y singularidad, en la trama entre arte y tradiciones, nos ayuda a responder con confianza. La esperanza nace en Belén, periferia geográfica; nace para todos; la esperanza es un Niño, el Hijo único de Dios, revestido con los ropajes de nuestra humanidad.

Si miramos con el corazón, advertimos que en la madera de la cuna está ya escondida la madera de la cruz; y que la luz verdadera que ilumina a todo hombre (Jn 1,9) es siempre y únicamente la luz de Pascua, *Unica Spes*, que comienza a brillar en Belén.

Cristo es la Esperanza que no defrauda ni engaña, incluso cuando no lo sé o no lo reconozco; Él es *Lumen Gentium*, la luz que se refleja en el rostro de la Iglesia. También el belén de la diócesis de Nocera Inferiore-Sarno —concebido, preparado y dispuesto con amor para ser ofrecido al Papa— desea contribuir a responder a las preguntas sobre la esperanza.

Acompañados por la mirada de los pequeños, ellos mismos signos vivos de esperanza, nos dejamos tomar de la mano para contemplar las maravillas de Dios —*mirabilia Dei*—, haciéndonos pequeños y discípulos ante el pesebre, descubriendo en él su sorprendente actualidad:

«Con la encarnación, el Hijo de Dios se ha unido, en cierto modo, a todo ser humano. Ha trabajado con manos humanas, ha pensado con inteligencia humana, ha obrado con voluntad humana, ha amado con corazón humano. Nacido de la Virgen María, se ha hecho verdaderamente uno de nosotros, semejante en todo a nosotros, excepto en el pecado» (*Gaudium et spes*, 22).

Al compás de Tú bajas de las estrellas y de otros villancicos de san Alfonso María de Liguori, nuestro belén —fiel a la tradición y capaz de renovarla— quiere ser un reflejo de nuestro territorio, donde se entrelazan arte, devoción y los frutos generosos de la tierra: una ventana abierta al mundo.

Son los niños —poesía viva de la Navidad— quienes nos conducen a conocer a los diversos personajes, verdaderos iconos de situaciones existenciales en las que cada uno puede reconocer un fragmento de su propia historia y abrirse así a la esperanza.

San Alfonso nos recibe en una casa típica de nuestros patios, con su clavicémbalo, la imagen de la Virgen y un reloj que nos recuerda que el tiempo vale tanto como vale Dios.

Particularmente simbólico es el pastor del Año Santo que, llevando consigo un ancla, señala la Puerta Santa, como queriendo orientar el camino de los muchos personajes del belén, alcanzados allí donde están por la Buena Noticia, el Evangelio de la Navidad. Dos temas muy actuales, verdaderos signos de esperanza, se ponen de relieve a través del testimonio de los Siervos de Dios don Enrico Smaldone y Alfonso Russo: el tema de la educación





—cada vez más una emergencia—, con la invitación a trazar mapas de esperanza (cf. León XIV, Carta Apostólica, 28 de octubre de 2025); y el tema del voluntariado, con su atención a los frágiles, los pequeños y los enfermos, para proclamar que en el belén hay esperanza para todos (cf. León XIV, Exhortación Apostólica *Dilexi Te*, 4 de octubre de 2025).

Los magos, con sus monturas, sus vestiduras y sus dones, atraen a los pequeños y, en ellos, reconocen a quienes buscan la verdad, la bondad y la belleza; así la vida se convierte en camino, don y ofrenda.

No pueden faltar los ángeles y las estrellas, signos del cielo que iluminan la tierra, estrellas fijas en el camino de la humanidad, siempre en busca de un punto de referencia.

Así el belén, con todos sus detalles por descubrir y admirar, se convierte en un tejido de cielo y tierra, en una estela luminosa para tantos caminantes y peregrinos.

Y son nuevamente los niños, nuestros pequeños maestros, quienes nos introducen en el corazón del misterio navideño, en la escena central situada en un marco singular: el baptisterio paleocristiano, lugar de renacimiento de todo ser humano en Cristo, que hace las veces de gruta y establo, espacio donde la vida comienza, Evangelio de la vida, buena noticia sin la cual la esperanza no puede florecer. Caen las viejas murallas —o permanecen como testimonio de un mundo que ya fue— mientras Cristo hace nuevas todas las cosas (Ap 21,5).

El corazón está allí donde la Verdad reposa sobre la paja, frágil como el cristal y fuerte como el diamante, contemplada por María y José, para que las palabras madre, padre, hijo, hija, hermano, hermana recobren su sabor originario y den origen a nuevas relaciones.

Y la fuente, situada no lejos, nos recuerda que las aguas del bautismo son el inicio, pero que en el peregrinar de la vida son necesarias también las aguas de la penitencia y de las lágrimas para renacer tras cada noche sin estrellas, manteniendo unidas, en un mismo designio de justicia, perdón y paz.

Admiremos el belén, no como un simple objeto religioso o un adorno, sino como una página abierta de una nueva civilización: la Civilización de la Esperanza, no edificada ya sobre materiales frágiles, sino sobre roca firme, fundamento indestructible, piedra angular: Cristo, mi esperanza que no defrauda, Cristo eternamente joven, corazón del belén, corazón del mundo y de la Iglesia.



Natividad y esperanza: el don que renace en el trabajo cotidiano

Cada año, en el silencio laborioso del Centro Industrial, de la Dirección de Infraestructuras y Servicios y de tantos otros sectores de la Gobernación, encuentro a mujeres y hombres que ofrecen a la Santa Sede un servicio discreto, competente y profundamente humano. Desde hace más de quince años, como su capellán, vivo el tiempo de Adviento a su lado: en las celebraciones eucarísticas, en las homilías, en los breves intercambios en los distintos departamentos. Es allí donde descubro el rostro concreto de la esperanza.

El Jubileo que ahora concluye nos ha recordado que la esperanza no es un sentimiento vago, sino una fuerza: permite reencontrar un sentido más grande incluso en las fatigas cotidianas. En Navidad esta esperanza adquiere un nombre y un rostro: el

del Hijo de Dios que nace en la sencillez, que crecerá junto a un artesano, compartiendo durante treinta años la vida de quienes sostienen a su familia con el trabajo de sus propias manos.

San José, con su laboriosidad paciente, está cercano a los obreros que encuentro cada día: trabajo duro, sacrificio, condiciones no siempre fáciles. Y, sin embargo, precisamente allí —en el pequeño taller de Nazaret como en los departamentos del Vaticano— la presencia de Dios se hace compañera silenciosa y fiel.

En este espíritu se insertan también las palabras del Santo Padre León XIV. En su primer encuentro con el personal del Vaticano, el 24 de mayo de 2025, pocos días después de la elección, dijo: «Cada uno aporta su contribución desempeñando su trabajo cotidiano con entrega y también con fe, porque la fe y la oración





son como la sal para los alimentos: dan sabor». Aquel recordatorio, acogido con emoción, se convirtió para muchos en una confirmación de la dignidad de su servicio. El Papa añadió además: «...debemos cooperar todos en la gran causa de la unidad y del amor; procuremos hacerlo ante todo con nuestro comportamiento en las situaciones de cada día, empezando también por el ambiente de trabajo». Palabras que invitan a cada uno a descubrir en su propia labor un modo concreto de participar en la misión de la Iglesia.

Mis reflexiones homiléticas —y las de los hermanos que colaboran en el cuidado espiritual del personal— insisten a menudo en este punto: reconocer en el trabajo no solo un deber, sino un camino de realización y de don. Quien sirve a la Santa Sede con dedicación contribuye no solo a la eficiencia, sino sobre todo a un clima de fraternidad, respeto y colaboración, incluso cuando no resulta sencillo.

La Navidad, en la Gobernación, es tiempo de intensa actividad: mil realidades que coordinar, preparativos finales, compromisos que se suceden sin interrupción. Todos desean que todo esté dispuesto y hermoso. Y justamente en medio de esta intensidad nace mi invitación más apremiante: encontrar un espacio, aunque sea pequeño, para preparar no solo los ambientes, sino el corazón. Dejar que Jesús pueda nacer dentro de nosotros, a pesar de las prisas y de las preocupaciones.

La esperanza que la Navidad nos entrega no es evasión: es la capacidad de descubrir, en el trabajo y en las relaciones, una luz que no se apaga. Es el valor de volver a casa tras una jornada exigente y regalar a los familiares una sonrisa; de cultivar relaciones hermosas con los compañeros; de transmitir a

los hijos la alegría de lo que se hace. La Ciudad del Vaticano no es un lugar como los demás: es un espacio en el que la fe puede convertirse en estilo de vida, donde el trabajo custodia un valor espiritual y donde la esperanza se transforma en responsabilidad cotidiana.

En un mundo herido por guerras, violencias e incertidumbres, la Navidad nos recuerda que Dios sigue haciéndose cercano. Y nos confía una misión sencilla pero decisiva: ser portadores de esperanza a través de nuestro trabajo, de nuestra amabilidad, de nuestro testimonio silencioso.

Padre Bruno Silvestrini, OSA
Custodio del Sacramentario Apostólico



El misterio pascual tiene su alba en el misterio de la Encarnación y de la Natividad

En las próximas celebraciones navideñas, coincidiendo con la clausura de la Puerta Santa de la Basílica Vaticana, concluirá el Jubileo ordinario convocado por el papa Francisco el 9 de mayo de 2024 mediante la bula *Spes non confundit*. El título procede de un pasaje de la Carta de san Pablo a los Romanos (5,5), en el cual el Apóstol se refiere al designio de salvación universal concebido por el Padre y llevado a su cumplimiento, en la hora de la Pasión, Muerte y Resurrección, por su Hijo Unigénito revestido de la fuerza del Espíritu Santo. Es el “misterio pascual” anunciado en las Escrituras y actualizado, por mandato del Señor Jesús, en la celebración que constituye el memorial perenne de su Muerte y Resurrección, signo supremo de su Caridad para con todos nosotros, no ciertamente “justos” ante Dios, sino “todavía pecadores”.

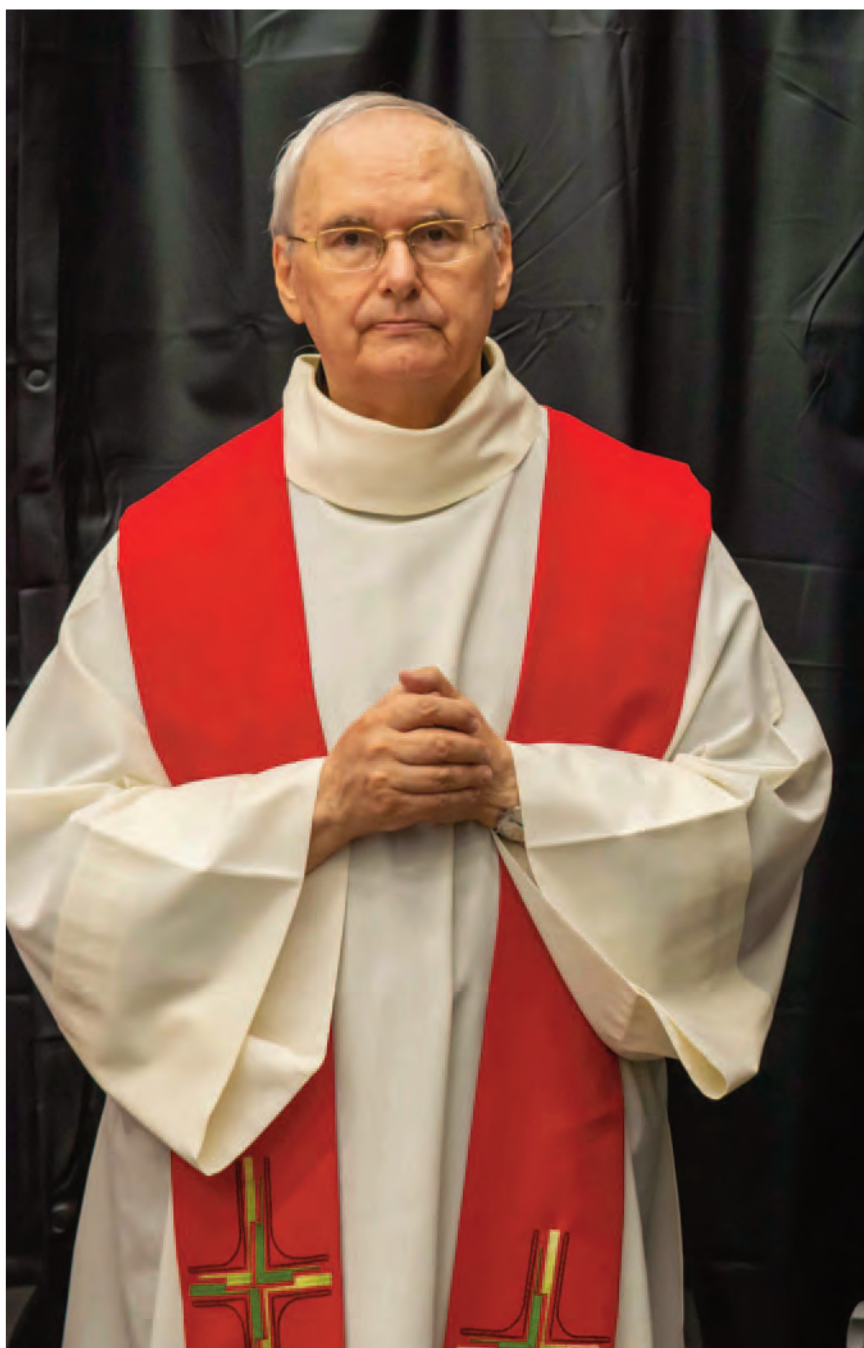
De ahí que, como leemos en Flp 2,6-11, pueda afirmarse que el misterio pascual tiene su inicio en el misterio de la Encarnación y del Nacimiento del Señor, en el que vino al mundo “despojado” de su condición divina, asumiendo la forma humillante de “siervo”, propia de la condición mortal del ser humano. Las festividades litúrgicas del tiempo de Navidad insisten, de hecho, en este vínculo indisoluble con la Pascua. Tal relación se percibe con claridad en la Octava de Navidad, cuando, en el pasaje evangélico, se recuerda la Circuncisión del Señor “al octavo día” conforme a la Ley. En aquel momento, el Niño Jesús derrama por primera vez su preciosa sangre, anticipo del sacrificio derramado en la Cruz para el perdón de los pecados.

El tiempo navideño culmina con la fiesta del Bautismo del Señor en las aguas del Jordán, evocadoras de los torrentes de muerte que representan el cúmulo del pecado presente en el mundo y que Él asume sobre sí, transformándolos en aguas de Vida nueva, la del Hijo “amado” sobre el cual reposa el Espíritu, simbolizado por la “paloma”, que protege a los suyos cobijándolos bajo sus alas. Así lo hará el Espíritu Santo, acompañando y defen-

diendo al Hijo que, en obediencia filial al Padre, avanza hacia la Cruz.

Las celebraciones navideñas concluyen con la solemnidad de la Epifanía, en la que se manifiesta la voluntad salvífica universal del Padre, que desea congregar a todas las “gentes”, representadas por los Magos, en la familia de los hijos de Dios, es decir, en el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia.

Para comprender el Nacimiento del Señor —a la luz de los textos



apostólicos citados— como comienzo del misterio pascual y fundamento de la Esperanza que no defrauda ni confunde, Pastores y fieles están llamados a ponerse en la escuela de las Escrituras proclamadas en las diversas celebraciones, y aprender a orar como la Iglesia enseña en las oraciones del Misal, las cuales traducen de manera fiel y luminosa el contenido de las lecturas bíblicas, haciendo presente, en el tiempo de los hombres, la gracia del amor de Dios en su Hijo Jesús.

A este propósito, resulta oportuno recordar brevemente la obra del beato Santiago Alberione (1884-1971), hombre discreto y aún poco conocido, que percibió, siendo casi un adolescente, durante la noche de transición entre los siglos XIX y XX, en oración en la catedral de Alba, la llamada a “hacer algo por los hombres y mujeres que vivirían con él en el nuevo siglo”. Aquella inspiración se refería al uso de los instrumentos de comunicación social “más veloces y eficaces” al servicio de una difusión capilar

del Evangelio y de la Sagrada Escritura, para ponerla en manos de los Predicadores de la Palabra y de los fieles. Con lúcida inteligencia pastoral, quiso que los textos bíblicos estuvieran acompañados de introducciones y notas que ayudasen a su comprensión según la lectura y la interpretación viva de la Iglesia. Desde entonces, las imprentas paulinas, extendidas por todos los continentes, han publicado ininterrumpidamente nuevas ediciones de los Evangelios y de la Biblia en multitud de lenguas. La última edición, presentada el pasado mes de octubre, corresponde a la lengua árabe.

San Pablo VI comprendió plenamente el carisma que brillaba en el corazón de Alberione, y así se dirigió a él al cumplir ochenta años, el 28 de junio de 1969:

«He aquí a este hombre: humilde, silencioso, incansable, siempre vigilante, siempre recogido en sus pensamientos, que van de la oración a la acción (según la fórmula tradicional: ora et labora), siempre atento a escrutar los “signos de los tiempos”, es decir, las formas más lúcidas e ingeniosas de llegar a las almas. Nuestro don Alberione ha dado a la Iglesia nuevos instrumentos para expresarse, nuevos medios para dar vigor y amplitud a su apostolado, nueva capacidad y nueva conciencia de la validez y posibilidad de su misión en el mundo moderno y con medios modernos».

*Padre Alberto Fusi, SSP
Asistente espiritual de la Dirección
de Telecomunicaciones y Sistemas
Informáticos*



Peregrinantes in Spem cum Sancto Thoma

En este Año Santo, impulsados por el llorado Papa Francisco, lo hemos comenzado bajo el lema paulino de la Bula del Jubileo *Spes non confundit* (Rom 5,5). Ella convoca a todo el Pueblo de Dios —sacerdotal, profético y real— a “peregrinar en la Esperanza”, hacia la Patria común del Cielo de Dios. Ese Cielo de Dios por el que suspiramos cada día, exhortados por la oración del Padrenuestro, intérprete de nuestras esperanzas.

La misma palabra “esperanza” (*spes*) nos habla ya de espacios abiertos, de la dilatación del aliento y del corazón, de un escrutar frecuente el horizonte, de las miradas del vate hacia lo alto (*spao*, *spicere*, *spondeo*, *speculare*...) para ver de dónde nos llega el auxilio, o, más simplemente, de caminar, como insinúa san Isidoro de Sevilla en una de sus ingenuas Etimologías:

«Se llama *spes* (esperanza) porque está el pie (*pes*) para avanzar: quasi est *pes*. Al contrario de la desesperación, donde falta el pie (*deest enim ibi pes*) y no hay capacidad de progresar» (*Etymologiarum*, lib. VIII, c.2: PL 82, 296).

En este caso se trata de atravesar casi litúrgicamente la Puerta Santa: «Yo soy la puerta: quien entre por mí se salvará» (Jn 10,9). Esta es la Puerta de la Misericordia de Dios, que nos hace penetrar por Cristo en el Sancta del que habla la Carta a los Hebreos (6,19-20), que santo Tomás de Aquino comentaba así: «Él, como nuestro precursor, ha traspasado por nosotros el Velo, y allí ha fijado nuestra Esperanza, como se dice en la colecta de la vigilia y del día de la Ascensión» (In Hebr., 6, lect. 4).

Pero no existe únicamente el esfuerzo —más o menos pelagiano— de nuestro caminar. Esta Puerta no se contenta con esperarnos, sino que, “alzando sus antiguos batientes”, viene hacia nosotros y toma la iniciativa para llamar a las puertas de nuestras libertades. Cristo mismo es el primero que, con su humanidad, atraviesa la Puerta de su divinidad y viene a nuestra puerta, como en un comienzo vino a la Puerta de la libertad de María: «Mira, estoy a la puerta y llamo. Si alguien escucha mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa, cenaré con él y él conmigo» (Ap 3,20). Por eso san Agustín, asombrado ante esta movilidad divina, nos reprendía: «¡Perezoso, levántate: el mismo Camino viene hacia ti!» (In Evangelium Ioannis, Trac. 34, n. 9).

María, en este juego divino de puertas, fue la primera en abrir la suya a Cristo cuando «por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del Cielo», mercediendo ser llamada *Janua Coeli*. Aquella puerta mística por la cual, en un comienzo, como dicen Tomás y Agustín, «*solus Dominus intrat et egredietur per eam*» (S. Th., III, q.8, a.3, ad sc.), pero que, convertida después en nuestra madre, introduce a todos en Cristo, con el ejemplo, el cuidado y la ternura materna: *Ad lesum per Mariam*. No por casualidad Tomás llama a María «guía de todos los peregrinos»: *dux viatorum vel itinerantium* (Sermones, s.3, p.2).

Buscando después los motivos de la Encarnación de Cristo, Tomás subraya que Cristo viene para abrir de par en par la esperanza humana hacia una felicidad perfecta, que de otro modo permanece para el hombre imposible: «Era sumamente conveniente que Dios asumiese la naturaleza humana para elevar la esperanza del hombre hacia la Bienaventuranza (*ad spem hominis in Beatitudinem sublevandam*). Por ello, después de la Encarnación de Cristo, los hombres comenzaron a aspirar más intensamente a la Felicidad celestial» (Contra Gentes, IV, 54).



Ahora bien, para hablar con mayor precisión de la Esperanza, nada mejor que recurrir a ese gran peregrino, experto en esperanza, que fue santo Tomás de Aquino, quien nos dejó al menos cuatro tratados sobre la esperanza humana y divina, que en el hombre se distinguen solo por su modo de consideración abstractiva. El primero, y más “Metafísico”, fundamenta y congrega la esperanza natural de todos los entes en el ser, que “sale y retorna” (*exitus-reditus*), ascendiendo hasta el *Ipsium Esse* de Dios. Se trata de una esperanza pre-cognoscitiva y casi trascendental, por la cual cada ente, desde lo íntimo de su esencia, se aferra con apetito natural —en un conjunto confuso de amor, deseo, esperanza y gozo— al bien excelentísimo y fundante de su ser, sin el cual se perdería en la nada. Este ser no nace de los principios intrínsecos de ningún ente, sino que llega a su esencia participado desde fuera, religado al *Auctor naturae*, como un bien preclarísimo, acto y perfección de todas las perfecciones de cualquier esencia.

Participado por la Bondad difusiva y convocante de nuestro Dios Pánkalos («*Pulcherrimus et Superpulcher*», «*Supersubstantiale Pulchrum*»: cf. In IV De Divinis Nominibus, lect. 5), este ser se presenta a la vez como un bien elevado o arduo, distante o casi futuro, y posible de alcanzar, porque «la naturaleza solo falla en lo minoritario» (Gentes, III, 85). Por ello, el *Das Prinzip Hoffnung* de cada ente, contrariamente a la moderna narración frívola (*spes frivola*) de Ernst Bloch, [la esperanza] se fundamenta en el mismo Dios, el único y verdadero «El que es» (Qui est!; Ex 3,14), Principio y Fin último del ser de todos los entes:

«El mismo ser es semejanza de la bondad divina. Por tanto, en la medida en que las cosas desean el ser, desean asemejarse a Dios, y desean a Dios “implícitamente”» (De Verit., q. 22, a. 2 ad 2).

«Solo la criatura racional es capaz de Dios, porque solo ella puede conocerle y amarle “explícitamente”. Las demás criaturas participan la semejanza divina y, “así”, apetecen al mismo Dios» (De Verit., q. 22, a. 2 ad 5).

«Por consiguiente, existe un amor natural, y el deseo o “la esperanza” puede predicarse en cierto modo también de las cosas naturales “privadas de conocimiento”» (I-II, q. 41, a. 3).

El segundo tratado, más “Psicológico”, gira en torno al tratado clásico de las «pasiones del alma», compuestas por un aspecto formal-sentimental (*immutatio spiritualis*) y otro físico-alterativo (*immutatio materialis*). Estudia la esperanza más propia de la sensualidad animal, la más accesible para nuestro conocimiento. Tomás desarrolla una profunda psicología del movimiento elpídico, analizando su activación a partir de un conocimiento previo basado en la sensibilidad estimativa del animal o en la sensibilidad cogitativa del ser humano, y siguiendo las dinámicas de esta compleja pasión del irascible. Para distinguirla de las demás pasiones —esto es, las once emociones afectivas básicas, tanto las del concupiscible (amor-odio, deseo-huida, gozo y dolor) como las del irascible (esperanza-desesperación, temor-audacia e ira)—, Tomás filósofo considera la esperanza pasional especificándola por su objeto formal, que la determina como una protensión confiada y valiente hacia un «bien arduo, futuro y posible de alcanzar» (cf. S. Th., I-II, q. 40, a. 1; De Virtutibus, q. IV, a. 4...), tanto en su variante de *spes* como en la de *expectatio*. Y, siguiendo a los médicos universitarios de su tiempo, la estudia también en sus aspectos más “materiales-físicos”, a partir de las alteraciones corporales psicofísicas registradas en los «movimientos del corazón».

Además, según el modo en que surge, Tomás distingue entre una pasión corporal —que comienza por una alteración del cuerpo, como puede ser una herida, y termina en un sentimiento del alma— y una pasión animal —que nace de una percepción interior del alma y se derrama luego sobre el cuerpo... El tercer tratado es más “Moral”, al involucrar en esta nueva esperanza —de cuño propiamente “humano”— a la voluntad deliberada, que determina el acto elpídico como «propio del hombre» y no solo del animal. Se funda en un conocimiento intelectual-racional y en una gestión voluntaria libre, plenamente ejercitable por las facultades naturales del hombre (*ex propriis*). Su meta son los bienes propios del ser humano en cuanto espíritu encarnado en un cuerpo, capaz de proyectarse heroicamente hacia horizontes de glorias terrenas: la excelencia en la riqueza, la sabiduría, la fortaleza, el valor, la destreza, el poder, las artes militares..., que incrementan la felicidad terrena del hombre con la fama merecida por el esfuerzo. En general, cuanto entendemos bajo la expresión «gran honor».

La repetición de actos, mediante los cuales la razón libre gobierna estos diversos tipos de honores, genera en nosotros —a modo de “hábito” (aquello que uno puede usar cuando lo desea)— la virtud de la Magnanimidad, parte integrante de la virtud de la Fortaleza, en oposición a la Pusilanimidad. Esta Magnanimidad (magnitudo animi) controla y «humaniza» las esperanzas pasionales del animal-hombre para sacarlo de su bestialidad impulsiva y ennoblecer su vida personal y sociopolítica con los esplendores de la «cultura» humana: el honor del científico, del soldado, del noble, del empresario, del héroe, del mártir... En un ámbito de creatividad y progreso humano, que impone a las esperanzas humanas el yugo creador del espíritu: «el régimen perfecto del hombre es por la razón perfeccionada en el arte» (In I Met., lect. 1). «La Magnanimidad no es lo mismo que la Virtud de la Esperanza, porque se refiere al arduo que consiste en las empresas humanas, pero no al arduo que es Dios (*arduum quod est Deus*). Por tanto, no es una “virtud teologal”, sino una “virtud moral”, que participa en cierto modo de la Esperanza» (In III Sent., d. 26, q. 2, a. 2 ad 4).

El cuarto es el tratado “Teológico”. Con él pasamos de las esperanzas humanas a la esperanza divina. Este tránsito, por ser obra de la Sabiduría divina, se realiza *fortiter et suaviter*, de modo que la gracia no destruya, sino que lleve a su culmen la naturaleza humana. Ahora el intelecto racional del hombre, fortalecido por la

Fe revelada, intenta elevarse hasta Dios para alcanzar su Fin Último: la Bienaventuranza perfecta, que consiste en el gozo del bien arduo y futuro que solo la gracia de Dios hace posible (*arduum quod est Deus*). Pero lo hace como aquel maestro Hieroteo, experto en las cosas divinas más «pade-ciéndolas» que conociéndolas: «no solo como discípulo, sino como quien padece lo divino» (S. Th., I, q. 1, a. 6 ad 3). Por ello, la Esperanza Teologal no es fruto de un esfuerzo meritorio pelagiano. Más que una *spes* valerosa asentada en nuestras energías, se convierte en una expectatio confiada, divinamente infundida, distinta de la Magnanimidad moral, que no es sino una virtud humanamente adquirida. Por eso esta *passio divinorum* no se da solo en la sensibilidad irascible —como ocurría en la Magnanimidad—, sino en la misma voluntad racional y libre, manteniéndola abierta a los siete dones del Espíritu Santo.

«Lo arduo a lo que somos ordenados por las virtudes adquiridas es un fin proporcionado a la capacidad de la naturaleza. Por ello, la naturaleza está determinada por sí misma a esperararlo y no necesita de ningún hábito adicional que la oriente hacia él. Pero lo arduo que es la Vida eterna supera la capacidad de la naturaleza. Por tanto, como la naturaleza no está determinada por sí misma a esperararlo, debe ser determinada por algún hábito infundido. Y esta es la Esperanza que es virtud [teologal]» (In III Sent., d. 23, q. 2, a. 1 ad 2). La Esperanza teologal se cultiva, por tanto, en la unión asidua con Dios, elevando la mente a Él en el jardín de la oración, especialmente con la oración del Padrenuestro, «interpretativa de la esperanza» (cf. S. Th., II-II, q. 17, a. 2 obj. 2 y ad 2). Cuando Tomás teólogo quiso sintetizar la Teología para su fiel secretario Reginaldo en un breve Compendium, la redujo a las tres virtudes teologales: la Fe, profesada en el Credo; la Esperanza, expuesta en las peticiones del Padrenuestro; y la Caridad, sintetizada en los dos preceptos del amor a Dios y al prójimo.

«Así como la nave se confía al piloto para que la conduzca, así el hombre ha sido confiado a su voluntad y a su razón, como dice el Eclesiástico 15,14: “Dios creó en el principio al hombre y lo dejó en manos de su consejo”» (S. Th., I-II, q. 2, a. 5). Y Tomás, comentando la Carta a los Hebreos, añade:

«Aquí se compara la esperanza con un ancla que mantiene firme la nave en el mar. Así también la esperanza fija el alma en Dios en este mundo, que es como un mar... Pero esta ancla debe ser segura, para que no ceda; por eso la hacemos de hierro... Y debe ser firme, para que no se desprenda fácilmente. El hombre debe unirse a la esperanza como la nave al ancla. Sin embargo, entre el ancla y la esperanza hay esta diferencia: el ancla se fija en lo profundo; la esperanza se fija en lo más alto, esto es, en Dios. No existe nada en la vida presente tan sólido donde el alma pueda anclarse y descansar. Por eso dice el libro del Génesis 8,9 que la paloma no encontró un lugar donde posar el pie... Por ello aquí se dice que debe penetrar al interior del Velo..., estado de la gloria futura. Allí quiere que fijemos el ancla de nuestra esperanza...» (In Hebr., 6, lect. 4).

Y entre las oraciones que nos quedan de Tomás hallamos también esta, interpretativa de su anhelo de Vida eterna:

«Concédeme, Señor mío Dios, un entendimiento que te conozca, una diligencia que te busque, una sabiduría que te encuentre, una conducta que te agrade, una perseverancia que te espere con confianza (*fidenter te expectantem*), y una confianza que finalmente te abraze. Concédeme la penitencia que me purifique aquí con tus penas, la gracia que me sostenga en el camino con tus beneficios, y, por encima de todo, la gloria que me haga gozar en la patria de tus delicias. ¡Amén!» (Piae Preces, s. 4).

Padre José Antonio Izquierdo Labeaga, LC
Asistente espiritual del Servicio de Jardines y Medio Ambiente de la Dirección de Infraestructuras y Servicios

La esperanza que renace: la Navidad con san Francisco, profeta de la luz humilde



En el corazón de la vida cristiana, la esperanza es una virtud teológica que orienta hacia Dios, sostiene el camino y abre a la promesa de la vida eterna.

En este año jubilar, en el que recordamos los ochocientos años de la muerte de san Francisco de Asís (1226–2026), somos invitados a redescubrir la esperanza como una experiencia viva: un camino que atraviesa la pobreza, la fraternidad y la alegría evangélica.

Para Francisco, la Navidad es la fuente luminosa de esta esperanza.

Greccio: el pesebre como teofanía encarnada

En la Navidad de 1223, Francisco deseó celebrar el nacimiento del Señor de un modo nuevo, vivo y tangible. En Greccio, entre las rocas umbrías, levantó el primer belén viviente: allí Dios se hace Niño.

En aquel pesebre, la esperanza deja de ser un concepto abstracto y adquiere un rostro humano.

Es carne que llora y sonríe; es el Dios que se abaja para elevarnos. Francisco no contempla a un Dios lejano, sino a un Dios cercano, tierno, vulnerable y pequeño. El belén no es un espectáculo, sino un acto de adoración y un gesto profético: ver “con los ojos del cuerpo” las dificultades en que nació el Niño significa hacer visible la revelación del amor encarnado. En aquella noche, la esperanza se enciende como una llama que no se extingue. La ternura que despierta el encuentro con el Niño es el umbral de la esperanza: esta no nace de la fuerza, sino de la fragilidad acogida; no del poder, sino del amor que se entrega.

La Navidad franciscana es teología encarnada: Dios se hace pequeño para que nadie tenga miedo de acercarse a Él.

El Niño de Belén, recostado en un pesebre, es el signo de que Dios recorre el camino de la humildad. La pobreza no es mera miseria, sino espacio libre para acoger a Dios; es condición de esperanza, porque solo quien se vacía puede esperar y recibir.

Minoridad, Regla y vida evangélica

En su amor por la Navidad, Francisco nos enseña que la esperanza nace cuando nos vaciamos de nosotros mismos para dejar espacio al Otro.

La espiritualidad de la minoridad —hacerse pequeño— es el camino para ser grande en el Reino:

“El Señor me reveló que debía vivir según la forma del santo Evangelio” (FF 116).

Vivir el Evangelio significa confiar en el Padre como Jesús en la cueva; acoger la precariedad como lugar de libertad; creer que, incluso en la noche más oscura, puede nacer una luz.

La Regla franciscana se entiende como camino de libertad evangélica: no como un conjunto de normas, sino como un modo de vivir la pobreza, la fraternidad y la misión. Francisco, con una claridad sorprendente y una sencillez desarmante, encarnó los principios universales del Evangelio sin imponerlos jamás.

Su testimonio tuvo —y sigue teniendo— una influencia extraordinaria, no solo en el mundo cristiano, sino también fuera de él. Francisco comprendió que Dios le pedía, como a los primeros apóstoles, anunciar el Evangelio.



Por eso sus hermanos no se retiraban del mundo para salvar sus almas, sino que permanecían en medio de él, en contacto directo con la vida ordinaria de la gente, predicando el Evangelio primero con el ejemplo y después con la palabra, llevando al mundo la fraternidad.

Conclusión: la esperanza que renueva

El belén de Greccio es una luz en la noche del mundo.

En un tiempo marcado por guerras, divisiones y temores, Francisco enciende la llama de la esperanza: la certeza de que Dios está con nosotros. De la Encarnación brota la verdad profunda de que todo ser humano es hermano; de la fraternidad universal, él hizo principio misionero. Esperar, hoy, es un acto revolucionario: es creer que el bien es más fuerte que el mal, que la luz vence a la noche, que Dios sigue naciendo cada vez que un corazón se abre.

Esperar es renacer con Cristo cada día, reconocer que el pesebre sigue abierto y sentir el belén vivo. San Francisco nos enseña que la esperanza es un Niño que tiende los brazos: no es un lujo, sino una necesidad; es el aliento del alma que confía y el canto del corazón que se fía. Celebremos este jubileo no como un recuerdo estéril del pasado, sino como un compromiso para construir el futuro: con la mirada puesta en Cristo, el corazón abierto al mundo y la esperanza que renace cada día —como en Greccio, como en el corazón de Francisco—. “Que el Dios de la esperanza os llene de todo gozo y paz en la fe” (Rm 15,13).

Padre Iulian Misariu, OFMConv
Penitenciario Menor de la Basílica de San Pedro, Vaticano,
Asistente espiritual de la Farmacia Vaticana.



La Esperanza en el Año Jubilar y el Centenario Salesiano: un futuro que construir juntos

El Año Jubilar que ahora concluye ha sido para nuestra parroquia un tiempo de gracia y de despertar espiritual. La esperanza —tema central del Jubileo— nos ha recordado que Dios no abandona jamás a su pueblo y continúa guiándolo con paciencia a través de los cambios de la historia. Es una esperanza activa, inteligente, concreta: la esperanza que abre los ojos, renueva el corazón y pone de nuevo en marcha los pasos.

Este año, para Castel Gandolfo, la esperanza ha adquirido un rostro muy preciso: el del centenario de la llegada de los Salesianos al oratorio (1926) y de los 98 años de la guía de la parroquia pontificia confiada a los hijos de Don Bosco (1929). Un siglo de presencia, de educación, de formación cristiana; un siglo de rostros e historias, de oración y de servicio, de jóvenes acompañados y familias sostenidas. Una historia que ha tomado forma en torno a las tres iglesias de la comunidad —San Tommaso da Villanova, María Auxiliadora y Madonna del Lago— y en torno al Oratorio, corazón vivo del carisma salesiano. Hoy, sin embargo, el centenario no es solo un aniversario que recordar: es una llamada profética. Los tiempos han cambiado. El número de residentes disminuye, muchas casas se convierten en estructuras turísticas, la sociedad avanza con rapidez. Y precisamente en este escenario actúan los cinco actuales Salesianos, procedentes de cinco países y cuatro continentes, signo vivo de una Iglesia global. La pastoral del futuro exige ojos abiertos, corazón apasionado y mente fresca: no bastan los senderos de ayer, hacen falta caminos nuevos.

Entre esos caminos nuevos, una de las iniciativas pastorales más

sorprendentes ha sido la dirigida a los motoristas, protagonistas en el Lago Albano. El gran Encuentro Jubilar Europeo del 13 al 15 de junio, con casi mil motos llegadas de toda Europa, ha mostrado cómo la parroquia sabe salir y encontrar a las personas allí donde viven sus pasiones. El encuentro con el Papa León XIV dejó en muchos una huella indeleble: la fe puede correr veloz, como el viento que roza la carretera. En este contexto pastoral nuevo se inserta también el acompañamiento espiritual de la célebre Rome Night Run en el mes de octubre, con la celebración de la Eucaristía a las tres de la madrugada delante de la Basílica de San Pablo Extramuros, en la que participaron más de dos mil motoristas. Pero la esperanza crece sobre todo en las familias. La parroquia está apostando por los itinerarios prematrimoniales —que no son simples cursos— y por el acompañamiento de las parejas también después del matrimonio. Varias parejas jóvenes han acogido ya con entusiasmo esta propuesta. Por ello, la fiesta patronal de San Tommaso da Villanova ha sido replanteada como Fiesta de las Familias, un abrazo comunitario que cada año une a generaciones distintas. La pastoral juvenil vive una etapa de renovación: los jóvenes cuentan con mil oportunidades y el Oratorio —guiado por laicos competentes— busca lenguajes y propuestas nuevas. En el año que abre el Centenario del Oratorio se están renovando las estructuras e imaginando actividades capaces de hablar a los chicos del mundo real, no de un tiempo que ya no existe.

También las fiestas del territorio siguen siendo momentos valiosos de identidad y misión: la procesión en barca de la Madonna





del Lago, el peregrinaje de los motoristas, la fiesta de San Sebastiano que implica a toda la ciudadanía, las celebraciones en los barrios. Tradiciones vivas, puentes entre generaciones, momentos en los que la parroquia se convierte en casa para todos. Una gran novedad de este año ha sido el aumento significativo de los peregrinos: grupos procedentes de toda Italia y del extranjero solicitan cada vez más celebrar la Eucaristía en la iglesia pontificia. La apertura del Centro de Alta Formación Laudato Si', del nuevo Borgo Laudato Si', querido por el Papa Francisco, la presencia fundamental de las Villas Pontificias por su importante papel histórico y de los Museos Vaticanos contribuyen a rediseñar Castel Gandolfo como un lugar espiritual, cultural y cosmopolita. Todo ello confiere a la parroquia nuevas responsabilidades: ser una casa acogedora, un puente entre culturas, un centro pastoral abierto a todos. Siempre fruto de una

renovada Esperanza, vivida en tiempos nuevos. Crecen también otras realidades eclesiales: el Camino Neocatecumenal continúa desarrollándose, atrayendo a nuevas personas; se amplían las propuestas del Oratorio; nacen nuevas actividades en la zona del Lago; surgen nuevas formas de catequesis para jóvenes y adultos, signo de que el Espíritu Santo —el verdadero “primer párroco”— sigue inspirando, sacudiendo y guiando.

Por esto, el artículo no pretende ser solo una descripción, sino una invitación firme: abramos la mente, ensanchemos el corazón, dejémonos interpelar por los signos de los tiempos. La parroquia no es “de los Salesianos”, sino de todo el pueblo de Dios. El futuro no se construye en solitario: requiere manos disponibles, mentes creativas, espíritus dóciles a la voz del Señor. En este Jubileo que concluye, mientras celebramos tantos dones recibidos, sentimos con fuerza una llamada: entrar en el equipo.

Dejarnos involucrar. Ser constructores de puentes, creadores de comunión, generadores de esperanza. Gracias a todos los que ya se entregan en el servicio, en la catequesis, en la liturgia, en el oratorio, en las fiestas, en la acogida de los peregrinos, en la atención a las personas. Gracias a quienes ponen a disposición tiempo, energías, creatividad, paciencia y sonrisa. Gracias a quienes creen que la parroquia puede ser realmente una familia para todos. Que el Señor, por intercesión de Don Bosco y de María Auxiliadora, continúe concediéndonos valentía, visión y pasión. Porque el Jubileo termina, pero la misión... comienza a avanzar con nuevas energías, fruto de la renovada Esperanza jubilar.



Tadeusz Rozmus, SDB
Asistente espiritual de la Dirección de las Villas Pontificias
Párroco de la Parroquia Pontificia de San Tommaso da Villanova – Castel Gandolfo

La Navidad es siempre un mensaje de esperanza y de paz



Estamos próximos a la conclusión del Año Jubilar, que nos ha invitado y ayudado a vivir como “peregrinos de esperanza”, con la certeza de que la Esperanza cristiana continúa insuflando vida a nuestros días. También la Navidad que nos disponemos a celebrar nos recuerda que Jesús, nuestra Esperanza, no defrauda, porque Él es una Presencia constante en la vida del ser humano. Esta certeza nos es otorgada desde lo alto, por un Amor insondable que se hace prójimo de cada hombre para entrar en el corazón y en la existencia de quien se abre a la gracia; solo la conciencia de un Don tan grande, venido del cielo, puede abrirnos caminos nuevos de reconciliación y de paz.

Hemos vivido este Año Jubilar en un tiempo marcado por guerras, conflictos, inquietudes e incertidumbres que afligen a tantos pueblos y naciones; sin embargo, la Esperanza que habita en el ser humano es capaz de abrir nuevos horizontes de vida incluso allí donde todo parece perdido. Nosotros mismos, como cristianos bautizados, estamos llamados a ser ese signo de esperanza. Así lo recordó el Papa León XIV el pasado 15 de octubre, durante la catequesis de la Audiencia General, dirigiéndose a los peregrinos de lengua inglesa: «En un mundo que lucha contra el cansancio y la desesperación, somos signos de la esperanza, de la paz y de la alegría de Cristo Resucitado».

La profecía del Año Jubilar ha puesto de nuevo en primer plano

los valores fundamentales de la paz, de la concordia y del perdón, en la búsqueda del bien común y del respeto a la dignidad humana en cualquier circunstancia en la que la persona se encuentre. El corazón del hombre parece no cansarse nunca de esperar; es más, precisamente ante las dificultades existenciales y los sufrimientos que la vida nos depara, parece instarnos con mayor fuerza a no perder la esperanza, porque esta se vuelve necesaria e indispensable, como una medicina eficaz y adecuada para una verdadera curación y para reanudar el camino que la vida nos marca.

Está a punto de concluir el Año Jubilar, pero ello no significa que vaya a extinguirse nuestro deseo de esperar, de cultivar proyectos de paz, de abrir nuestro corazón a la belleza de Dios, que florece en el corazón de todo hombre de buena voluntad. Queremos que cuanto ha sido sembrado en este Año Santo, en todos los ámbitos sociales y profesionales, encuentre ocasión para crecer y madurar frutos capaces de generar vida nueva, sentimientos de bondad y benevolencia entre nosotros y hacia todos los hombres. Como cristianos, somos los primeros responsables de dar forma y vida a estos sentimientos de bien, casi como una ola que jamás se detiene, a pesar de los obstáculos y límites que encontramos en nuestra existencia y en la sociedad.

Con la celebración de la Santa Navidad, la Iglesia nos recuerda

que todo proyecto de Amor tiene su origen en Jesucristo, Príncipe de la paz. Queremos ser con Él protagonistas de una experiencia de vida nueva, que podamos proponer como alternativa a la desesperación y a cuanto constituye un obstáculo para la felicidad humana. Una mirada cristiana sobre la realidad nos permite entrever un resquicio de esperanza en cada situación, porque fundamentamos nuestra fe y nuestra esperanza en un acontecimiento que sigue iluminando nuestra vida y haciéndola siempre digna de ser vivida. En este tiempo navideño, nos dejamos alcanzar por el mensaje de la multitud del ejército celestial que, en Belén, alababa a Dios diciendo: «Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres que Él ama» (Lc 2,14). El mensaje es claro: la Esperanza que nos viene de lo alto tiene sabor divino, es un don inscrito desde siempre en todos los corazones; en el fondo, es el anhelo secreto del corazón humano: vivir en paz y en paz con todos.

En la maravillosa historia cristiana tiene también su lugar un hombre sencillo que hizo suyo este mensaje divino de amor como “instrumento” de concordia y fraternidad: Juan de Dios. Este Santo, gran reformador del cuidado sanitario y fundador de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, comprendió —a partir de su propia experiencia vital— que solo el Amor de Dios puede sanar el corazón herido del ser humano; y “concretó” y manifestó este

Amor dedicándose al servicio de quienes llevan la marca de la fragilidad por la enfermedad, el sufrimiento y la pobreza.

Este Santo nos recuerda, además, que la experiencia de la enfermedad, tarde o temprano, alcanza a todo ser humano y afecta a todos los ámbitos de la vida; por ello necesita no solo cuidados atentos, específicos y cualificados, sino también una buena dosis de esperanza, auténtico suplemento indispensable para alcanzar una curación plena e integral. Si queremos que la esperanza siga siendo una presencia constante que acompañe nuestros días, es necesario y urgente cultivar y cuidar nuestra vida espiritual en este tiempo en que el corazón del hombre se halla inquieto y frente a grandes desafíos, “contagiando” con nuestra cercanía a hombres y mujeres para que experimenten el poder salvador de este don, no solo como camino hacia la sanación, sino también como fundamento de un futuro mejor, digno de hijos de Dios.

Por todo ello, la Navidad sigue siendo un mensaje de esperanza, una medicina para nuestro tiempo: porque, acogiendo este mensaje divino e incorporándolo a nuestra vida, podemos recibir la novedad de Dios, siempre anuncio de bien y de paz para cada hombre y para todos los hombres de buena voluntad.

Fray Dario Vermi, O.H.

Asistente espiritual de la Dirección de Sanidad e Higiene Ciudad del Vaticano



UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SANTO TOMÁS DE AQUINO (ANGELICUM)

La Navidad es tiempo de esperanza mariana

La esperanza es una virtud más discreta que la fe o la caridad. La persona creyente afirma verdades; la persona caritativa ama a Dios y al prójimo de manera concreta.

Pero ¿qué describimos, en realidad, cuando hablamos de alguien como «una persona de esperanza»? No pocas veces sentimos la tentación de la desesperanza, que suele tomar la forma del cinismo o de una resignación silenciosa.

La esperanza es el antídoto frente a esos vicios: es manantial de libertad nueva, de iniciativa y de fuerza creadora, aun ante retos

Más sencilla, porque nos otorga la gracia interior de conocer al Dios revelado en Cristo, de amarle sinceramente y de esperar en Él en esta vida y en la eterna.

Con Cristo podemos afrontar cualquier adversidad —incluso las fuerzas del pecado, de la muerte y del maligno— con la certeza de vencer por la gracia.

No se trata de devoción ciega ni de un lugar común gastado, sino de la postura más fundamental de la existencia cristiana. Como proclama el Señor en el Evangelio de san Juan (16,33): «En el mundo tendréis tribulación; pero ánimo: yo he vencido al mundo».



que parecen insuperables.

En el orden puramente humano, la esperanza es lucha por mantenerse en pie en tiempos recios. Es la virtud de la voluntad que se inclina hacia lo que es bueno y noble —aunque arduo— y persevera a pesar de la adversidad. Podemos, por ejemplo, esperar superar una enfermedad grave, o reconciliarnos con un familiar del que nos hemos distanciado. Por la esperanza aspiramos a un bien difícil que merece el esfuerzo y hacia el que nos encaminamos.

La fe cristiana hace la esperanza, a la vez, más sencilla y más alta.

¿Por qué, entonces, la esperanza cristiana es más sublime que toda esperanza humana? Porque trasciende el horizonte de este mundo y aquello que en él puede fallar, y se abre a la vida en Dios. El Evangelio nos promete que Él puede ser para nosotros fuente de felicidad eterna. En la Iglesia encontramos la posibilidad real de conversión y de comunión interior con Dios: el perdón de los pecados, la paz del espíritu, la fuerza para amar y perdonar, la gracia de trabajar por Cristo y su misión en el mundo. Todo ello es fuente de esperanza. La esperanza cristiana puede encender en nosotros un celo y una fortaleza que el



mundo no puede otorgar ni arrebatar.

La vida cristiana nos hace libres para buscar siempre el bien, sin quedar aplastados por las dificultades.

Sin embargo, la esperanza crece en nosotros bajo presión, a veces incluso bajo la rudeza de la prueba. Trabajar en la Iglesia y con la Iglesia para el bien del mundo exige un crecimiento constante en esperanza. Podemos vernos tentados por la tibieza o el cinismo; y es preciso combatirlos, si deseamos vivir con honrada y santidad.

Nos enfrentamos a nuestras propias limitaciones y a las ajenas; y, precisamente ahí, la esperanza descubre ocasión para una caridad más honda, para nuevas perspectivas de misericordia y justicia, para una perseverancia creativa.

Vivimos en un mundo herido: guerras brutales, desprecio por la vida, injusticias políticas persistentes, pobreza, falta de educación, persecución religiosa.

La mirada cristiana no es utópica, sino realista.

En esas situaciones estamos llamados a responder con la paciencia de la fe que actúa por la caridad.

Nuestro afán por la verdad puede tocar la vida de muchos y transformar sociedades; pero debemos ser fieles en lo pequeño, día tras día, con la paciencia de la esperanza sobrenatural. A veces no vemos frutos inmediatos, y hemos de recordar la realidad del cielo. Vivir abiertos a la vida futura y trabajar, con esperanza, por un mundo más humano son dimensiones inseparables. Difícilmente se ejercita una sin la otra.

Dios es el providente Señor de la historia: bendice en silencio nuestros esfuerzos, que suelen dar fruto, incluso mientras nos

disponen para una alegría sin medida en la vida eterna.

El tiempo de Navidad es tiempo de esperanza mariana. La Virgen creyó en el anuncio del ángel y vivió el primer Adviento preparando la venida del Mesías y Señor.

Desde la infancia de Jesús, los profetas lo reconocieron como el Redentor.

Así, María vivió una esperanza radiante y escondida, que la sostenía con gozo incluso entre sombras. También la Iglesia es mariana: sigue a Cristo con una esperanza inefable, alimentada en los sacramentos, en la enseñanza y en la fuerza de la gracia.

Tras la Virgen, los santos son asimismo signo cierto de esperanza permanente.

En Navidad recibimos una promesa ya cumplida —un don ya concedido— y, a la vez, la presencia de nuestra mayor esperanza: Aquel que, al final, renovará el mundo de manera plena y definitiva. La Virgen y su Hijo nos invitan a entrar en esa vida interior vibrante de esperanza, capaz de animar, fortalecer y transfigurar cuanto somos. Incluso al mirar con realismo los límites del mundo, hemos de comenzar por nosotros mismos. Sostenidos por la gracia de Cristo —que todo lo puede— aprendemos ya desde ahora a vivir con una esperanza firme y duradera en la victoria de la Resurrección.

P. Thomas Joseph White, OP

Rector Magnífico de la Pontificia Universidad de Santo Tomás de Aquino (Angelicum)

Para una Navidad de paz y de esperanza

El Jubileo de 2025 ha abierto al mundo un horizonte de esperanza y de paz que pueblos, naciones, familias y jóvenes contemplan como el advenimiento de una nueva humanidad más verdadera, más justa, de paz y de amor. La apertura de la Puerta Santa es una llamada a «pasar adelante», a emprender una renovación espiritual mediante el encuentro con Jesús.

En este año de gracia, hemos sido invitados a ser peregrinos de esperanza, a hacer una experiencia viva del amor de Dios en la Encarnación de su Hijo, Príncipe de la paz y fundamento de la esperanza que habita en nosotros. La Navidad es una invitación a dejar que brote de nuestra vida la alegría de una fe paciente y confiada, que —desde la pequeñez del Pesebre y en el silencio del Misterio— transfigura la realidad y hace nuevas todas las cosas. Esperanza y paz son dos «estrellas» estrechamente entrelazadas que la Navidad lleva consigo. Jesús ha nacido para revelar el rostro del Padre, y todo nacimiento trae consigo vida y promesa de futuro. Celebramos la Navidad en un momento histórico marcado por guerras, injusticias y precariedad, y, al mismo tiempo, sediento de luz, de sueños nuevos, con el deseo de hacer brillar la paz en medio de tanta oscuridad, de hacer renacer la alegría de vivir en tantos jóvenes a menudo privados de esperanza. El Papa Francisco, en *Spes non confundit* (n. 12), invita a cuidar a las jóvenes generaciones con renovada pasión: «Cercanía a los jóvenes, alegría y esperanza de la Iglesia y del mundo». En este horizonte me sitúo como Hija de María Auxiliadora, salesiana de Don Bosco, recordando el encuentro del Papa León XIV con los jóvenes con ocasión de su Jubileo (30 de octubre de 2025). Encuentro en sus palabras un mensaje útil también para todos no-

sotros, que tenemos a su futuro en el corazón: «Queridísimos [...] bien veis cuánto nuestro futuro se ve amenazado por la guerra y por el odio que divide a los pueblos. ¿Puede cambiarse este futuro? ¡Ciertamente! ¿Cómo? Con una educación para la paz desarmada y desarmante. [...] Que vuestra mirada no se dirija a las estrellas fugaces, en las que se depositan deseos frágiles. Elevadla todavía más alto, hacia Jesucristo, “el sol que nace de lo alto” (cf. Lc 1,78), que os guiará siempre por los senderos de la vida». En la Carta Apostólica *Trazar nuevos mapas de esperanza*, el Papa León afirma que «Educar es un acto de esperanza y una pasión que se renueva, porque manifiesta la promesa que vemos en el futuro de la humanidad (3.2)».

En el carisma salesiano encuentro plena sintonía con cuanto se ha señalado. Pienso en Don Bosco, gran educador de esperanza, que en Valdocco transformó la vida de tantos jóvenes desviados en jóvenes «santos». Único objetivo de sus alegrías y fatigas educativas era regalarles a Cristo y ayudarles a redescubrir el don de la escucha, de la solidaridad hacia quienes se encontraban en necesidad. Él, que actuó en tiempos no menos difíciles que los nuestros, deja una herencia que nos anima a buscar caminos posibles para educar en la esperanza y en la paz.

Pienso en Mornese, lugar de nuestro origen, donde santa María Dominga Mazzarello supo traducir, con una fina intuición femenina, el carisma de san Juan Bosco. Leemos en la *Cronistoria* y en sus numerosas cartas que las fiestas navideñas se celebraban con gran solemnidad. Si quisiéramos sintetizar el clima navideño vivido en aquel lugar desconocido, pero ya lleno de santidad, podríamos decir que resplandecía por su esencialidad, por su sen-





cillez, por una pobreza vivida con alegría, porque la fiesta estaba colmada de calidez humana y espiritual. Valdocco y Mornese: dos realidades habitadas por una intensa experiencia de amor que se difundió por todo el mundo y que continúa siendo contagiosa hoy. El amor transforma el mundo; es fuente de vida nueva. Todo debe comenzar en el corazón de cada uno de nosotros. La conversión del corazón y de la vida es la condición esencial para que algo nuevo nazca en la familia humana. Recientemente, en una comunidad de Hijas de María Auxiliadora decidida a permanecer en el país a pesar de la guerra, la gente pronunció estas palabras: «¡Nosotras podemos tener esperanza porque vosotras os habéis quedado con nosotros!». Esta presencia es signo de Dios que elige permanecer en medio de su pueblo; signo de Jesús, que ha venido a habitar en el mundo. Una luz que re-

cuerda a la estrella de la noche de Navidad. Vivir la Navidad hoy es volver al Evangelio; es redescubrir, en la sobriedad, sencillez y esencialidad, rasgos cada vez más semejantes a Jesús, para alegrarnos ante el acontecimiento que estamos a punto de celebrar. En un mundo donde tantas personas sufren soledad, exclusión y marginación, estamos llamados a regalar a cuantos encontramos el don de una presencia fraterna, de escucha, de disponibilidad de tiempo: estar ahí para encender una luz de esperanza, como Jesús, que eligió manifestar el Amor del Padre a través de su PRESENCIA. María, Madre del Verbo, acompañe los pasos de quienes se reconocen peregrinos de esperanza. Que para todos sea una Navidad de paz y de esperanza.

Sor Yvonne Reungoat, FMA



La Navidad: Dios que desciende a nuestra realidad



En la segunda semana de los Ejercicios Espirituales (EE), san Ignacio de Loyola propone un itinerario centrado en la contemplación de la vida de Jesucristo, con el fin de adquirir un conocimiento íntimo y profundo de su persona y seguirle más de cerca. En una parte complementaria, al término de las cuatro semanas de ejercicios, invita a una serie de meditaciones sobre los Misterios de la Vida de Cristo. El objetivo es conocer más hondamente su persona y sus acciones, y dejarse conducir por Él.

Una meditación clave de la segunda semana es la de la Encarnación. En ella, Ignacio invita al ejercitante ante todo a contemplar el mundo: a ver a los hombres y mujeres "sobre la faz de la tierra", algunos en paz y otros en guerra; unos que lloran y otros que ríen; quienes nacen y quienes mueren. Es una mirada realista, sin idealización: Ignacio nos coloca ante la humanidad concreta, herida, necesitada de salvación.

Después, nos invita a "mirar a la Trinidad" que, desde el cielo, contempla a esa misma humanidad. El Padre, el Hijo y el Espíritu ven las tinieblas, la confusión, la fatiga de la existencia humana; ven a hombres y mujeres que se pierden... y deciden, "en su eternidad", que la Segunda Persona de la Trinidad se haga hombre: "Realicemos la redención del género humano".

La Navidad no es, pues, una fábula amable, sino una respuesta de compasión divina.



Dios no permanece espectador. No se queda en su gloria: entra en el tiempo, se hace pequeño, vulnerable, pobre. Ignacio nos invita a "ver cómo las tres Personas divinas envían al ángel Gabriel a la Virgen María", a "considerar y reflexionar", a sentir en lo más hondo la ternura de un Dios que desciende. Esta contemplación nos lleva a reconocer que Dios no salva desde lejos, sino desde dentro de nuestra propia historia, compartiendo nuestra condición. Es la lógica del amor que se aproxima.

Para san Ignacio, la contemplación no termina en el sentimiento, sino que desemboca en una decisión.



Después de haber contemplado al Dios que desciende, el ejercitante es invitado a pedir “conocimiento interno del Señor que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y más le siga” (EE 104). Esta es la clave de la Navidad ignaciana: conocer internamente, es decir, penetrar en el misterio desde dentro, dejarse tocar, dejarse transformar. No basta celebrar el nacimiento de Cristo: es preciso que Él nazca en nosotros, que tome carne en nuestras decisiones, en nuestros gestos cotidianos, en la compasión concreta hacia los pobres, los solos, los descartados.

La Navidad se convierte así en una llamada a la disponibilidad, a la imitación del movimiento mismo de Dios: descender, hacerse prójimo, entregarse. Al contemplar al Niño de Belén reconocemos a un Dios humilde, silencioso, misericordioso. Un Dios que no domina, sino que sirve; que no impone, sino que invita; que no se revela en la fuerza, sino en la fragilidad del amor.

En ese rostro de Dios-niño se consuma la revolución del Evangelio: la gloria de Dios no es poder, sino ternura; su majestad no es distancia, sino cercanía; su grandeza no es triunfo, sino don.

Es significativo que san Ignacio proponga, siguiendo el Evangelio de san Lucas (Lc 2,8-20), una meditación sobre la anunciación del nacimiento de Jesús a los pastores (EE 265). Esta contemplación forma parte de los Misterios de la Vida de Jesús. Ignacio no la describe con detalle, pero deja al ejercitante imaginar la escena: esos pastores que, de noche, viven en sus tiendas en el campo, en el frío, en condiciones precarias. Representan a ese “resto” de Israel que ha conmovido a la Trinidad y por el cual el Verbo se ha hecho carne. A ellos se aparecen los ángeles anunciando el nacimiento de Jesús. Es una escena evangélica “terrible y fascinante”, que contrapone la extrema pobreza de los pastores con la gloria luminosa de los ángeles que proclaman la venida del Salvador. Los pastores se convierten en los primeros protagonistas y testigos de la Encarnación del Mesías. Dios se revela primero a ellos precisamente porque son pobres y abando-

nados. Es, de hecho, un preludio de las Bienaventuranzas. Son ellos los que primero van a adorar al Niño Jesús. He aquí la predilección de Dios por los pobres y los afligidos, realizada desde el inicio mismo de la historia de la salvación. Para cada uno de nosotros, esta meditación transmite la certeza de que Dios nunca nos deja solos, especialmente cuando nos sentimos solos, excluidos o abandonados. Contemplar la Encarnación, como enseña san Ignacio, significa dejarse interpelar por este misterio: Dios ha elegido venir en medio de nosotros, no por un instante, sino para siempre. Cada vez que un corazón se abre al amor, que una herida se cura, que una relación se restablece, el Navidad se renueva. Así, en la luz discreta de Belén, podemos orar:

“Señor, concédeme conocer internamente tu amor hecho carne, para que pueda responderte con mi vida y convertirme, contigo, en signo de tu presencia en el mundo.”

Padre Gabriele Gionti, SJ
Vicedirector del Observatorio Vaticano



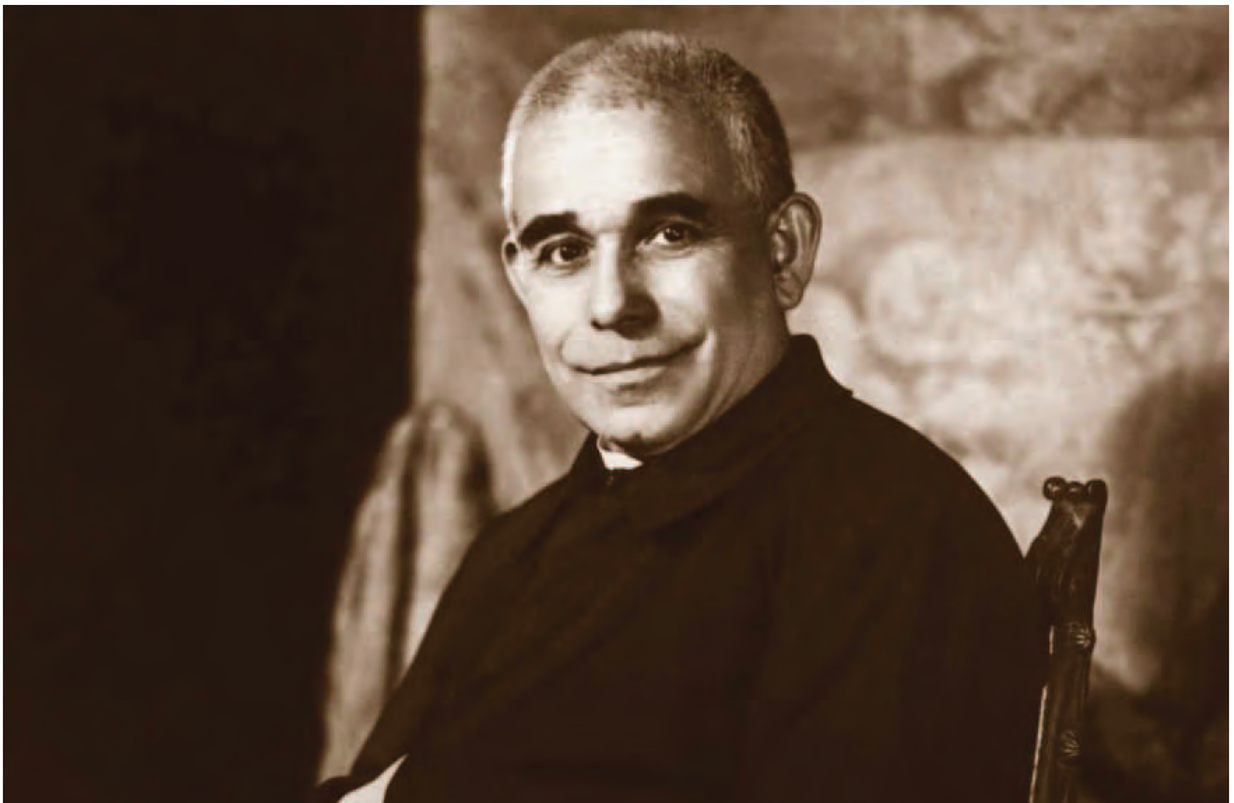
«El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande»

El nacimiento de Jesús, manantial de esperanza en la escuela
de san Luis Orione

San Luis Orione alimentó siempre una profunda devoción por el misterio de la Navidad. Desde los primeros pasos de su Obra quiso que, en todas sus casas, el nacimiento del Salvador se celebrase con solemnidad y alegría. Él mismo depositaba la imagen del Niño en la cuna preparada por los muchachos, entonando con emoción *Tu scendi dalle stelle*. Y, en los años treinta, el santo de Tortona organizó también grandes belenes vivientes por las calles de Tortona, Voghera y Novi Ligure, implicando a centenares de personas: un auténtico anuncio popular de la fe.

Para Don Orione, el belén no era simple tradición, sino un evangelio vivo, una catequesis visual que invitaba a contemplar el amor de Dios hecho Niño. Su primer mensaje era una llamada sencilla y poderosa: «Vayamos con los pastores a postrarnos a los pies de Jesús». Aquel Niño pobre y frágil es «la verdadera y única salvación de la humanidad». En Él, Dios se hace cercano, humilde, solidario con cada criatura. Y su luz alcanza a todos, especialmente a los últimos, a los olvidados, a los “pastores” de todos los tiempos.

A la escuela del Fundador, la Navidad, para nosotros orionistas, es ante todo anuncio de esperanza: una esperanza fiable, porque enraizada en Dios. En las noches oscuras del mundo —y del corazón— resplandece la luz de Cristo, que todo renueva y todo salva. Don Orione lo recordaba con palabras encendidas



de fe: «La bondad vence siempre... El amor vence al odio, el bien vence al mal, la luz vence a las tinieblas. ¡Todas las tinieblas del mundo no son nada ante la luz de la noche de Navidad! El último en vencer será el Señor, y el Señor vence siempre en la misericordia».

Para un Hijo de la Divina Providencia, la esperanza es inseparable de la caridad. Cristo es la fuente de todo amor, y nuestro servicio —en las casas, en las obras, entre los pobres— es reflejo de su ternura. Las obras orionistas nacieron desde el inicio como signos concretos de esperanza: manos tendidas de Dios hacia quien sufre, caricias que restituyen dignidad y confianza.

En el mundo actual, herido —como recuerda el Papa Francisco— por la globalización de la indiferencia, donde los vínculos se debilitan y las relaciones se miden por likes y followers, la respuesta orionista es una sola: hacerse prójimo. No basta ver el dolor: es preciso detenerse, inclinarse, tocar, cuidar. Una antigua etimología hace derivar “cuidar” de cor (corazón) y uro (arder): un corazón que arde, capaz de conmoverse y moverse hacia el otro. Sólo un corazón inflamado por el amor de Dios convierte la compasión en acción.

Don Orione nos exhorta aún: «Tendremos un gran resurgimiento católico si tenemos una gran caridad. Pero debemos comenzar hoy, entre nosotros». Cada gesto de amor, incluso pequeño, ilu-

mina las tinieblas que nos rodean. Como escribe san Agustín: «Espera en el Señor, pero haz tu parte: tiende la mano, levanta al hermano, y tu esperanza será luz para ambos». Cuidar del otro sana a quien recibe, pero transforma también a quien da. En un mundo que aísla, la proximidad crea comunión; en una sociedad que apaga, la esperanza enciende nuevas luces.

La esperanza cristiana no es sueño ingenuo ni sentimiento vago, sino fuerza humilde de quien cree que el bien puede renacer incluso de las ruinas. Nace cada vez que alguien decide amar, levantarse, “comenzar por sí mismo”. Como recuerda Martin Buber: «Comenzar por uno mismo: he ahí lo único que importa... El punto de Arquímedes para elevar el mundo es la transformación de mí mismo».

Nadie es demasiado pequeño para empezar. No se requieren gestos heroicos, sino pequeños actos de amor cotidiano, capaces de regalar tiempo, presencia y consuelo. Así es la esperanza: una semilla diminuta sembrada con confianza en los surcos de la vida, que germina en silencio y, a su tiempo, da fruto.

En este momento en que tantas nubes se ciernen sobre nuestro cielo, la Navidad nos invita a alzar de nuevo la mirada, a elegir la esperanza. A comenzar por mí.

Don Felice Bruno

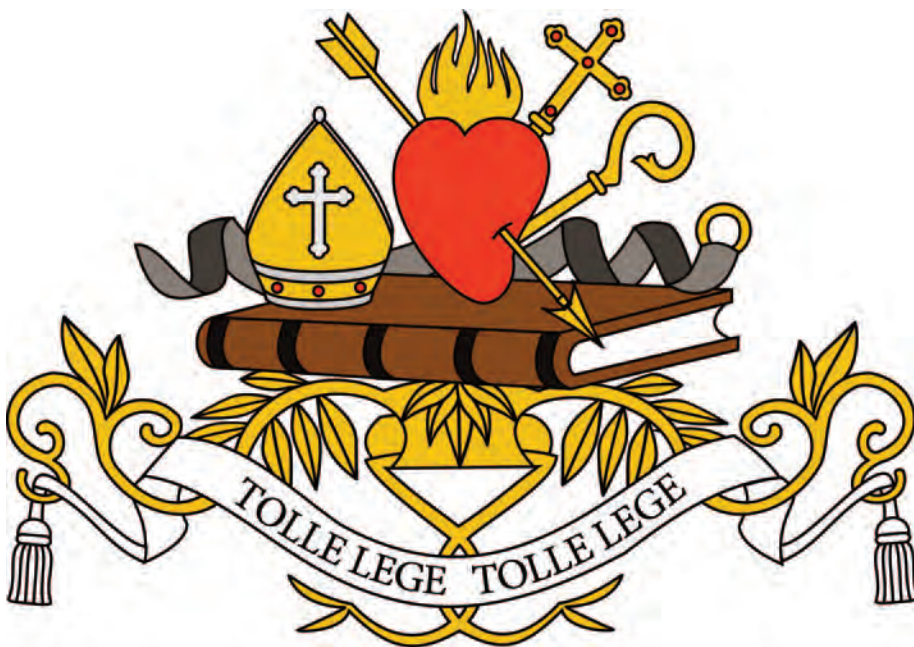


La esperanza nos eleva

La esperanza es uno de los elementos esenciales del tiempo de Adviento, que marca el inicio del año litúrgico. En el misterio que envuelve la oscuridad de nuestros días, se abre paso un destello de luz que nos impulsa a seguir caminando hacia nuestra meta última. Al acercarnos a la conclusión de este Año Jubilar, continuamos nuestro camino vital como Peregrinos de la Esperanza. Nuestro peregrinaje es un itinerario compartido: caminamos juntos, en clave sinodal, hacia nuestro objetivo común, que es la vida eterna con Dios.

Las virtudes teologales de la fe, la esperanza y la caridad iluminan nuestros pasos, animan nuestro camino e inspiran la vida cotidiana que procuramos vivir. La esperanza, en particular, nos recuerda que no caminamos solos y que nuestro futuro permanece siempre abierto ante nosotros. Hay momentos en los que podemos sentir que hemos tropezado y que nos cuesta levantarnos. Sin embargo, encontramos la fuerza para ponernos de pie y proseguir el viaje. Sabemos bien que no podemos levantarnos únicamente por nuestras fuerzas: debemos reco-





nocer que es con la ayuda de Aquel que nos creó y nos ama en cada paso del camino como podemos erguirnos tras haber caído. San Agustín, en las primeras líneas de sus Soliloquios, nos ofrece unas palabras tan sencillas como profundas: «La esperanza nos eleva». La esperanza es el fundamento de nuestra fe y el aliento que nos abre innumerables posibilidades para vivir nuestra vocación cristiana de amar a Dios y al prójimo.

En el Salmo 71 oramos: «Tú eres mi esperanza, Señor, mi confianza desde mi juventud. En ti me apoyo desde el seno materno; tú has sido mi sostén desde el vientre; mi esperanza en ti no vacila jamás». Nuestra vocación cristiana a vivir en paz como hermanas y hermanos en comunidades de esperanza incluye la invitación a reflexionar sobre todo aquello que aún queda por realizar en nuestra vida, sea cual sea nuestra edad. Durante el Adviento, diversos rituales nos ayudan a prepararnos para celebrar el nacimiento de Jesucristo, el Emmanuel. Cada uno de ellos está impregnado de esperanza en el bien que vendrá en los días futuros. La esperanza nos permite contemplar cómo nosotros, como individuos y como miembros de comunidades más amplias —familia, Iglesia, ciudad, país, mundo—, somos a la vez destinatarios y artífices de sueños, visiones y posibilidades. El profeta Joel nos recuerda: «Derramaré mi espíritu sobre toda carne. Vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; vuestros ancianos soñarán sueños, vuestros jóvenes tendrán visiones. Incluso sobre siervos y siervas derramaré mi espíritu en aquellos días» (Jl 3,1-2).

La esperanza otorga a jóvenes y ancianos el valor de convertirse en profetas; les da voz para anunciar el mensaje evangélico al mundo que les rodea. Renueva la vida de quienes llegan agotados tras una jornada dura y prolongada, y les infunde energía para levantarse al día siguiente y afrontar con renovada disposición el trabajo que les espera. Conforta a los padres que se inquietan por el futuro de sus hijos, ahora que ya no pueden protegerlos como cuando eran pequeños. La esperanza sana a quienes padecen enfermedades físicas, espirituales o emocionales y, unida a la fe y a la caridad, puede obrar verdaderos milagros. San Pablo nos recuerda en el capítulo 8 de la Carta

a los Romanos: «En la esperanza fuimos salvados». No hay don mayor que la esperanza pueda ofrecernos que la certeza de nuestra salvación.

Todos hemos recibido la llamada a ser personas de esperanza. Quienes responden a la vocación de vivir como hermanas y hermanos agustinianos lo hacen en comunidad, a imitación de la primera comunidad de Jeru-

salén descrita en los Hechos de los Apóstoles. San Agustín valoraba tanto este estilo de vida que, al comienzo de su Regla, afirma con claridad: «El fin principal por el que os habéis reunido es vivir unánimes en la casa, teniendo un solo corazón y una sola alma orientados hacia Dios». Alimentados por momentos comunes de oración, recreación, meditación y mesa compartida, los agustinianos de todo el mundo pueden responder a las necesidades de nuestras hermanas y hermanos. Como profetas de esperanza, se nos confían momentos privilegiados en los que se nos otorga la sagrada oportunidad de encontrarnos con otros peregrinos en su camino espiritual.

A través de sus obras apostólicas —educación, capellanías, defensa de los pobres y vulnerables, administración de los sacramentos, acompañamiento espiritual, oración contemplativa, compromiso con la paz y la justicia, cuidado de la creación, formación inicial y promoción vocacional—, las hermanas, monjas y frailes agustinianos presentes en más de cincuenta países viven su vocación religiosa colaborando estrechamente con nuestros hermanos y hermanas laicos. Una de las mayores bendiciones de la tradición agustiniana es el acento puesto en el trabajo y la colaboración como auténticos hermanos y hermanas. Vivimos en comunidades de esperanza para poder servir activamente en el ministerio: no actuamos nunca en soledad, sino que trabajamos y aprendemos unos con otros y unos de otros.

Que este tiempo de Adviento inspire de nuevo a cada uno de nosotros, cualquiera que sea nuestra vocación, a renovar nuestra respuesta al amor de Dios. Y será provechoso traer una vez más a la memoria y al corazón las palabras de san Pablo en el capítulo 5 de la Carta a los Romanos: «La esperanza no defrauda», porque «el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado» (Rm 5,5).

Padre Joseph L. Farrell, OSA
Prior General

San Agustín y la esperanza



La esperanza, presente en filigrana tanto en la experiencia vital de Agustín como en su teología, su espiritualidad y su predicación al pueblo de Dios, —él mismo lo confiesa— la había aprendido de su madre Mónica. «Mi madre, viuda —escribe—, hecha por la esperanza más diligente y, no menos pronta para el llanto y los gemidos, perseveraba orando ante ti» (Conf. 3, 11, 20). Desde aquella escuela materna, espejo de la Iglesia en oración, él hablaba al pueblo acerca de la esperanza cristiana: «Hemos cantado – predicaba– : He esperado en la misericordia de Dios.

Hablemos brevemente de nuestra esperanza, que debe perdurar y no extinguirse con nuestras palabras. La esperanza grita siempre a Dios. ¿Cuál es el objeto de nuestra esperanza?... Mientras habites en el cuerpo, estás en destierro lejos del Señor; vas de camino, aún no has llegado a la patria. Aquel que gobierna y crea la patria se ha hecho Camino para conducirnos; por eso, ahora dile: Tú eres mi esperanza. ¿Y después? Mi heredad en la tierra de los vivientes. Aquello que ahora es tu esperanza será luego tu heredad... La existencia misma de todo hombre no carece de esperanza; hasta la muerte nadie está privado de esperanza. Pero cada uno, incluso recibiendo lo que esperaba, no se siente colmado: anhela otra cosa. Cristo es ahora tu esperanza; Él será después tu bien. Él es la esperanza de quien cree; será después el bien de quien ve. Dile: Tú eres mi esperanza» (Sermón 313F, 1-3).

Para Agustín, sin embargo, se aprende a esperar teniendo presente que la esperanza es fruto del perdón que se da y se recibe —de Dios y de quienes la vida pone a nuestro lado—. En efecto, ora el sabio en el libro de la Sabiduría 13, 16-19: «Con tu modo de obrar, oh Dios, has enseñado a tu pueblo que el justo debe amar a los hombres, y has dado a tus hijos la buena esperanza de que, después de los pecados, tú concedes el arrepentimiento».

Cuando las generaciones dejan de transmitirse la esperanza de Cristo, entre ellas se crea una fractura con tristes consecuencias para la vida cotidiana. A este respecto escribía

Benedicto XVI en 2007, en la encíclica *Spe salvi* (Salvados en la esperanza), que «se produce un declive de la confianza en la vida», algo hoy visible ante los ojos de todos en la presencia errante de tantos por las calles de nuestras ciudades. Para recomponer tal fractura, Agustín predicaba la esperanza como don del amor de Dios (Exposición del Salmo 41), don que se encarna en la fidelidad del cristiano a la fidelidad de Dios en el caminar de la vida sembrando obras de caridad (Sermón 359/A, 1-4).



Tras la caída de Roma en el año 410 a manos de Alarico, el mundo romano estaba atribulado por el temor de que hubiera llegado el fin del mundo. Frente a tal desconcierto generalizado, Agustín, obispo, animó a los cristianos a abundar en obras de caridad, fruto de un caminar en la esperanza hacia tiempos nuevos y hermosos, que había que construir como los colores de la «diligente esperanza» (Serm. 81). Y con ellas —predicaba— todo será posible: «No pierdas la esperanza; ora, predica, ama» (Comentario al Evangelio de san Juan 6, 24). En el sermón sobre la caída de Roma (81, 9), les exhortaba: «Os rogamos, os suplicamos, os exhortamos: sed mansos, sufrid con los que sufren, sostened a los débiles, y en esta ocasión del aflujo de tantos forasteros, pobres y dolientes, sea más generosa vuestra hospitalidad y más numerosas vuestras buenas obras. Que los cristianos pongan en práctica los mandatos de Cristo».

En ese mismo Sermón 81 habla de los «tiempos cristianos» que se estaban viviendo, después de los tiempos de los paganos que acusaban a los cristianos de los males de su época. Él aclaró que no existen tiempos malos: los tiempos son buenos o malos según la bondad o la maldad de los hombres que los hacen tales. A los cristianos les pedía, además, saber valorar las tribulaciones de la vida no como escándalos de índole religiosa, sino como pruebas que afrontar positivamente. Explicaba: «Hablemos un poco de los escándalos de los que está lleno el mundo, de cuán frecuentes y abundantes son las tribulaciones. El mundo está devastado, es triturado como la uva en el lagar. Ánimo, cristianos [...] No os perturben quienes aman el mundo, quienes quieren permanecer en el mundo, pero, quieran o no, se ven obligados a salir de él; que no os engañen ni seduzcan. Estas tribulaciones no son escándalos. Sed buenos y no serán sino pruebas» (Sermón 81, 7).

Es más, la caída de Roma debía leerse como imagen de una

nueva época que, gracias a los cristianos, estaba naciendo, porque se hacía posible mediante el rejuvenecimiento de la humanidad en Cristo. Sobre la propuesta de los tiempos cristianos decía: «¿Acaso te ha concedido Dios una gracia tan pequeña enviarte a Cristo en la vejez del mundo para renovarte cuando todo se desmorona? [...] Él vino cuando todo envejecía y te hizo nuevo [...] No quieras permanecer aferrado a un mundo decrepito ni rechaces rejuvenecerte unido a Cristo, que te dice: "El mundo se arruina, envejece, se deshace, respira con fatiga por su vejez". No temas: tu juventud se renovará como la del águila (Sal 102,5)» (Sermón 81, 8).

También hoy la humanidad, viviendo un momento de cambio epocal, propone una nueva historia por construir (cf. el ensayo de F. Fukuyama, *El fin de la historia y el último hombre*, Milán 1992). Sin embargo, él propone una lectura de carácter sociológico: la del sucederse de nuevas épocas gracias a nuevas invenciones, como el paso de la era agrícola a la industrial y de ésta a la informática. En esa perspectiva, la historia aparece como reflexión justificativa de los cambios epocales. La propuesta cristiana de Agustín, en cambio, fue y es una propuesta antropológica fundada en bases cristianas: la de construir una nueva fase histórica mediante las decisiones de la libertad humana guiada por la esperanza cristiana.

Con la Navidad ya a las puertas, con la luz de la estrella que guió a los Magos, se recuerda el nacimiento del Hijo de Dios, esperanza de la humanidad, por Él conducida en su camino hacia los cielos eternos, su destino último.

Padre Vittorino Grossi, OSA
del Instituto Patristico Augustinianum,
profesor emérito ordinario de la Cátedra de Patrología y Patristica de la Pontificia Universidad Lateranense

San Agustín, maestro de esperanza



Con la elección al Pontificado de León XIV, religioso de la Orden de San Agustín (Agustinos), ha crecido notablemente, en el mundo católico y más allá de él, el interés por el fundador de dicha Orden: San Agustín, uno de los Padres de la Iglesia más influyentes de toda su historia.

Agustín es uno de los más grandes doctores de la Iglesia no sólo por la poderosa obra literaria que nos ha legado, sino también por la claridad y la grandeza de su espiritualidad. Vivió su existencia de forma atormentada.

Aunque nació en una familia modesta, gracias a su extraordinaria inteligencia y tenacidad logró superar todos los obstáculos en sus estudios y alcanzar el nombramiento de orador oficial del emperador romano, que por entonces residía en Milán.

En esta ciudad conoció al obispo San Ambrosio, que se esforzaba por todos los medios en combatir la herejía de los donatistas y consiguió impedir que Justina, madre del joven emperador Valentiniano, entregara la catedral ambrosiana a los donatistas arrebatándosela a los católicos. Ambrosio logró su propósito convenciendo a la comunidad católica para que ocupase la catedral día y noche.

Entre los más activos se encontraba Mónica, la madre de Agustín, que había seguido a su hijo allí donde decidía establecerse (primero en Roma, después en Milán). «Mi madre, tu sierva, por su celo estaba en primera fila en las viglias; vivía de la oración». Intrigado por la fama de San Ambrosio en Milán, conocido como gran orador, Agustín decidió asistir a sus exhortaciones y homilias al pueblo. No le interesaban los temas que trataba, sino su arte oratoria, capaz de conquistar a los oyentes. Pero —narra el propio Agustín—:

«No prestaba atención a los argumentos, sino únicamente a los modos de su predicación; ... mientras abría el corazón para acoger su palabra fecunda, en él penetraba también la verdad que anunciaba, aunque fuera poco a poco».

A partir de aquí, Agustín llegará a la conversión, a la aceptación de la doctrina católica y al bautismo, que le fue administrado por el propio San Ambrosio.

La esperanza según San Agustín

En su incesante labor catequética dirigida al pueblo, Agustín se esforzó por ofrecer a sus oyentes —entonces y ahora— inspiración y motivos (es decir, esperanza) para superar las dificultades de cada época: la precariedad del individuo, la fragilidad de las familias, tan visibles en la sociedad contemporánea, que apenas logra encontrar remedios eficaces para crecer y desarrollarse.

Algunos apuntes sobre la esperanza:

La esperanza necesita de la fe para ser un remedio capaz de mejorar a la humanidad y disipar el miedo al futuro y a la imprevisibilidad de los acontecimientos que pueden abatirse sobre la comunidad humana. La esperanza humana, sin la fe en un Dios misericordioso y en su Hijo Jesús —venido a la tierra para ofrecernos una esperanza cierta—, se vuelve falaz y engañosa, incapaz de realizar los sueños y eliminar el temor del porvenir.

Jesús aseguró que las esperanzas humanas hallarán su plena realización en el Reino de los Cielos, que

Él mismo nos ha merecido con su Pasión redentora. Allí ya no se esperará nada más, porque poseeremos cuanto el hombre desea para su felicidad.

«La esperanza clama siempre a Dios», es decir, no hay esperanza verdadera en quien no tiene fe en el Dios que cumple todas



nuestras expectativas. No es el hombre quien puede garantizar la realización de lo que espera, sino la bondad del Salvador. De ahí el vínculo indisoluble entre esperanza y fe, y por consiguiente entre esperanza y caridad. La fe garantiza la realización de la esperanza; la caridad es el instrumento necesario para que la esperanza se haga realidad. Comentando el pasaje bíblico «Maldito quien pone su esperanza en el hombre», Agustín afirma: «Por tanto, queda encadenado a esta maldición quien pone su esperanza en sí mismo. Debemos pedir únicamente a Dios el bien que esperamos realizar o aquello que deseamos alcanzar con nuestras buenas obras».

La esperanza es como un huevo fecundado

Con su perspicacia, Agustín compara la esperanza con un huevo fecundado. Escuchemos sus palabras:

«La esperanza se asemeja al huevo. La esperanza aún no ha alcanzado la realidad, como tampoco el huevo, que es algo, pero todavía no es el polluelo. Los cuadrúpedos dan a luz crías, pero las aves dan a luz la esperanza de las crías... Si esperamos lo que aún no vemos, lo aguardamos con paciencia.

Es un huevo. Sí, un huevo, pero todavía no un polluelo. Está cubierto por una cáscara: no se ve, porque está oculto; hay que esperar con paciencia; debe ser antes bien calentado para empezar a tener vida.

Tiéndete, lánzate hacia lo que tienes delante, olvida lo que queda atrás. Pues lo que se ve es transitorio. No fijemos la mirada —dice el Apóstol— en lo que vemos, sino en lo que no vemos; porque lo que vemos dura un instante, mientras que lo que no vemos dura para siempre

Apoya, pues, tu esperanza en lo invisible: espera, ten paciencia. No te vuelvas atrás... Teme, más bien, al escorpión por tu huevo. No permitas que el escorpión destruya tu huevo; que este mundo no elimine tu esperanza con su veneno, que es precisamente su apego al pasado. ¡Cuántas cosas te dice el mundo, cuánto ruido hace a tus espaldas para que mires hacia atrás, es

decir, para que pongas tu esperanza en las cosas presentes!... y apartes tu corazón de lo que Cristo ha prometido y aún no ha dado, pero que dará, porque es fiel, y quieras hallar reposo en un mundo que se derrumba»

La esperanza no defrauda, no es una ilusión

En un mundo tan fragmentado y complejo, que no sabe perdonar y se sumerge en el falso bienestar del tener, del placer sin límites, del odio o de la indiferencia hacia el prójimo necesitado, «la esperanza no es una ilusión —nos dice Agustín—, sino una certeza aún en camino», que nos hace mirar hacia adelante, nos concede la paciencia necesaria, «nos guía en la oscuridad» y «es la llave que abre las puertas de la felicidad».

Esa esperanza no defrauda jamás.

La esperanza, compañera de la sabiduría

La esperanza nos enseña a valorar correctamente nuestra conducta —la sabiduría—, nuestro modo de ver lo que sucede a nuestro alrededor, tanto en el bien como en el mal; a tener la paciencia necesaria para afrontar los desafíos y las dificultades de la vida —en la familia, en el trabajo, en las relaciones con los demás, en las derrotas y en el desaliento—.

Nos hace mirar hacia el futuro, superando con fe la realidad de las cosas y los acontecimientos que sacuden a la sociedad actual. Nos da la indignación necesaria para condenar los aspectos negativos del mundo y el coraje para transformarlo en algo mejor. La esperanza es también la «madre» que engendra la paciencia y nos da la fortaleza para no rendirnos.

Es una «lámpara» que ilumina nuestro camino humano y nos guía en los momentos de oscuridad existencial.

Este, en resumen, es el mensaje del obispo de Hipona, San Agustín, un hombre que supo afrontar su vida entre la duda, la incertidumbre y las fuerzas adversas con las que tuvo que combatir, pero siempre con la esperanza en la ayuda de Dios.

Fue, como obispo, un pastor que supo acoger a todos con amor y misericordia; supo crear paz en la Iglesia de su tiempo, desgarrada por discordias y divisiones; luchó sin cesar por la unidad de la Iglesia y por su fidelidad al Evangelio y a la Palabra de Dios. Al final afrontó la violencia de los vándalos, que habían invadido el África romana, y el odio de los herejes que minaban la unidad de la Iglesia, no sólo con palabras, sino con asaltos y persecuciones.

Todo ello a pesar de su profundo sufrimiento interior, que vencía con la oración, las lágrimas y los continuos llamamientos a sus «enemigos» y detractores, que discrepaban de la doctrina de la Iglesia y sembraban confusión entre los fieles.

La relación variable que mantuvo con los representantes del Imperio romano —siempre fiel, pero, cuando era necesario, también crítica— dependía de la actitud, favorable o contraria, que adoptaban los distintos emperadores y funcionarios ante la Iglesia católica. Agustín esperó y actuó en consecuencia hasta el final, sin perder nunca su vínculo con la fe; al contrario, fortaleciéndolo, hasta que el 28 de agosto del año 430, a los setenta y seis años de edad, su esperanza se hizo realidad en el Reino de los Cielos. Hipona, la ciudad del obispo Agustín, llevaba tres meses cercada por las huestes vándalas, que la conquistarían poco después de su muerte.

Por fin, Agustín había alcanzado el objeto de su esperanza —la misma en la que creyó para sí y para los demás—, y su luminosa enseñanza sigue teniendo mucho que decir a las generaciones de hoy.

A cargo del P. Pietro Bellini

Ya Procurador General de la Orden Agustiniana

Mensajeros de esperanza en un mundo que anhela la paz



En estos tiempos dramáticos, aunque llenos de nuevas oportunidades y horizontes de vida, se suceden palabras contrastantes que expresan la creciente conciencia de que la humanidad entera es como una caravana que avanza impulsada por el anhelo de una verdadera solidaridad social. Paz y guerra, violencia y dignidad, esperanza y desesperación, comunión y soledad, el derecho a nacer y a morir... y la lista podría continuar sin término.

Y en este caleidoscopio de palabras y significados hemos llegado a la Navidad, tras haber recorrido con paciencia y constancia el tiempo que la prepara, como sucede con todos los acontecimientos importantes: el Adviento. La espera de Aquel que debe venir al mundo, el Príncipe de la Paz, porque Él ha venido en el tiempo, viene y vendrá, tan fiel como lo es su Amor por la humanidad y por toda la creación. Esta buena y hermosa noticia de salvación nos ha sido confiada a nosotros que la hemos recibido como don, no para custodiarla en archivos o conservarla en ámbitos hiperprotegidos, sino para difundirla y transmitirla a todos cuantos encontramos; transmitirla, ante todo, mediante gestos, y, si es necesario, también mediante palabras. Y no deben ser los tiempos difíciles un pretexto para nuestra pereza o para nuestro silencio.

Tiempos difíciles fueron también aquellos en los que Jesús, el Hijo de Dios, vino a la luz. «Mientras estaban allí, se cumplieron para ella [María] los días del parto; y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el alojamiento. En aquella region había unos pastores que pasaban la noche al aire libre velando por su rebaño. Un ángel del Señor se les presentó, y la gloria del Señor los envolvió de luz. Ellos se llenaron de temor, pero el ángel les dijo: “No temáis; os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, que es Cristo Señor. Y este será para vosotros la señal: encontraréis a un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre”. Y de pronto se unió al ángel una muchedumbre del ejército celestial que alababa a Dios diciendo: “Gloria a Dios en lo más alto de los cielos y en la tierra paz a los hombres a quienes Él ama”» (Lc 2,6-14). Así nos narra el evangelista san Lucas aquella noche, extraordinaria para la humanidad, en la que vio la luz el Hijo de Dios en la carne de Jesús de Nazaret. Una noche de vida y de luz, pero también de oscuridad y de rechazo, de calor y de cerrazón: ¡no había lugar para ellos en el alojamiento! Sin embargo, hay alguien que,



vigilante, pernocta al raso velando para custodiar su rebaño, es decir, para salvaguardar el trabajo y las oportunidades de vida que ese humilde y marginado oficio proporciona a él y a su familia. Son pastores, custodios del rebaño, con una mirada penetrante, habituada a escrutar las estrellas, y un oído atento para percibir, más allá del silbido del viento, cualquier sonido de la naturaleza. Y en ese silencio irrumpe la sorpresa con la buena y hermosa noticia, inaudita: «¡No temáis! Una gran alegría, para vosotros y para todos, está ya aquí y ahora. Hoy ha nacido el Salvador, el esperado por las naciones a lo largo de los siglos: ¡Cristo Señor!». La señal es escandalosamente pequeña, y precisamente por eso tan elocuente: un niño envuelto en pañales, acostado en un pesebre. «No os asustéis: es tan pequeño, tierno e indefenso que no infunde temor». Y a la voz solitaria del ángel responde un coro: una multitud de ángeles que proclaman: «Gloria a Dios en lo más alto de los cielos y en la tierra paz a los hombres a quienes Él ama». Es Navidad, en pleno siglo XXI, en un mundo sin paz: ¿qué mensaje de esperanza nos ofrecen los mensajeros de Dios —los ángeles—? ¿Quiénes son hoy los ángeles, dónde están? Es iluminadora la afirmación de san Gregorio Magno, papa, en sus Homilías sobre los evangelios: «Debe saberse que el término “ángel” denota el oficio, no la naturaleza». No hemos de fijar nuestra atención en la naturaleza angélica, sino en el oficio de mensajero de buenas y hermosas noticias, fundadas en la esperanza que no defrauda, en la vida que vence y supera a la muerte, en la luz que no se deja sofocar por la oscuridad. Entre el destello de las luces navideñas, entre la carrera por compras, regalos y celebraciones, ¿qué espacio concedemos a la verdad de la Navidad? ¿Qué responsabilidad asumimos para ser también nosotros mensajeros de paz y esperanza? El nacimiento de un niño es motivo de esperanza: es vida nueva que debe ser custodiada y educada para que crezca y contribuya a edificar un mundo más humano y más justo. Pero celebrar la Natividad de Jesús, Hijo de Dios e Hijo de María de Nazaret, es mucho más: es acoger no solo la alegría de la fiesta, sino la certeza de la salvación para mí, para ti, para todos. Significa que la vida —en los detalles cotidianos, en la belleza y en la dureza de las relaciones, del trabajo, del estudio, del compromiso político y social, del esparcimiento y del descanso— encuentra su significado más verdadero en otro horizonte. Mi vida es plena porque

soy amada por Dios. La Navidad reaviva en nosotros la certeza de que Dios nos ama, con un amor personalísimo, porque «se hizo como nosotros para hacernos como Él». Esta es la salvación: «En esto se manifestó el amor de Dios hacia nosotros: en que Dios envió al mundo a su Hijo unigénito, para que vivamos por medio de Él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y envió a su Hijo como víctima de expiación por nuestros pecados» (1 Jn 4,9-10). Está concluyendo el tiempo de gracia del Jubileo ordinario de la Esperanza: hemos sido peregrinos de la Esperanza, caminando juntos y atravesando, física y simbólicamente, la Puerta Santa, conscientes de que estos pasos dados nos han exigido, sobre todo, un ejercicio de reconciliación y de paz. El deseo más hermoso y fecundo para esta Navidad de la Esperanza es que podamos ser reconocidos entre los mensajeros de paz, y más aún entre los constructores de paz, que según las Bienaventuranzas «serán llamados hijos de Dios» (cf. Mt 5,9).

Sor M. Micaela Monetti, PDDM
Pie Discípulos del Divin Maestro

Centralino telefonico vaticano



Al final del Jubileo de la Esperanza permanece Cristo, nuestra Esperanza

Nos hallamos ya próximos a la conclusión del “Jubileo de la Esperanza”, al término del año litúrgico y al inicio de un nuevo año litúrgico con la apertura del Adviento. Es un momento propicio para hacer balance de este tiempo de gracia que el Señor nos ha otorgado y para prepararnos, con renovado entusiasmo y con profunda alegría, a acoger al Santo Niño, que siempre desea venir a habitar en el corazón de los hombres llevando como don la paz, la esperanza y la caridad. La esperanza hunde sus raíces en el misterio de la Navidad, en el misterio de la Encarnación del Dios-con-nosotros, que se hace hombre como nosotros para que nosotros podamos llegar a ser como Él. ¡El Cielo desciende a la tierra para que la tierra sea arrebatada hasta el Cielo! Al morir en la Cruz para nuestra salvación, Jesús permite que su costado sea traspasado a fin de que de él brote el agua viva para la vida eterna (cf. Jn 7, 38). Al resucitar, nos dona la esperanza de la vida sin fin y, a la luz de la Resurrección, nuestro corazón se colma de un gozo incontenible que nada en el mundo podrá jamás arrebatarnos.

«El Espíritu Santo, con su presencia perenne en el camino de la

Iglesia, sigue irradiando en los creyentes la luz de la esperanza: Él la mantiene encendida como una antorcha que nunca se apaga, para dar sostén y vigor a nuestra vida» (Bula de convocación del Jubileo Ordinario del Año 2025 *Spes non confundit*). También el don del Año jubilar ha sido y continúa siendo un signo de esperanza para todos los creyentes, vivos y difuntos; de hecho, la indulgencia plenaria a él vinculada libera por completo el alma, verdaderamente arrepentida y movida por un espíritu de caridad, de la pena temporal debida por sus pecados. Puede aplicarse igualmente a las almas de nuestros seres queridos difuntos, ofreciéndoles así la posibilidad de entrar en el más breve tiempo posible en la gloria del Paraíso. El don de la Indulgencia permite, por tanto, descubrir cuán ilimitada es la misericordia de Dios y cuán grande es su perdón (cf. *Spes non confundit*, 23).

Este año jubilar, para nosotras, las Misioneras de la Divina Revelación, ha sido y sigue siendo abundante en compromisos apostólicos, encuentros, misiones, catequesis y diálogos personales con almas que se acercan a nosotras, a veces con cierta titubez,





pero movidas por el deseo de hacer verdad en sí mismas. Hemos acompañado a muchos grupos procedentes de toda Italia y de diversas partes del mundo, así como a familias sencillas, parejas de novios, grupos de amigos... La mayoría eran más o menos creyentes; otros, en cambio, estaban alejados de la fe. Pero todos, después de haber sido acompañados en las visitas a los lugares de la Roma cristiana y, en particular, a las cuatro Basílicas Papales, a los Museos Vaticanos, al Palacio Lateranense, a la Basílica de la Santa Cruz en Jerusalén —donde se custodian las reliquias de la Santa Cruz—, y a la Basílica de Santa Práxedes —donde se encuentra la columna de la flagelación—, quedaron tocados en lo más profundo del corazón. Y la mayor alegría para

nosotras ha sido escuchar, al término de la visita: «Hermana, hace muchos años que no me confieso» o incluso: «Desde que hice la Primera Comunión no me confieso, ¿puedo hacerlo ahora? ¡Deseo atravesar la Puerta Santa!». Ha sucedido también que familias enteras, después de la visita, se pusieran en la fila de los confesionarios para confesarse. ¡Creo que no puede haber alegría más grande para una misionera! Es una alegría que recompensa todas las fatigas y sacrificios del apostolado, así como las pequeñas o grandes persecuciones que se encuentran cuando se lleva a cabo la evangelización. Se sabe que el demonio no se da por vencido y agita siempre su cola venenosa para poner obstáculos en el camino. Continuamos siempre adelante, cimentadas en la Roca, como dice

el Salmo 72: «La roca de mi corazón es Dios, es Dios mi suerte para siempre» (Sal 72, 26), con la firme certeza de que el Señor nos acompaña y nos sostiene en nuestro apostolado; también porque no somos nosotras quienes tomamos la iniciativa, sino que procuramos corresponder al proyecto que Él pone ante nosotras. Es Él quien nos indica el Camino por medio de María Santísima, Virgen de la Revelación, Estrella de la Evangelización. A Ella consagramos nuestra vida con el deseo de donar a las generaciones del III Milenio a Cristo Jesús, «nuestra esperanza» (1 Tm 1,1), para conducir las al verdadero sentido de la vida terrena: alcanzar la vida eterna en la beata pacis visio.

Las Misioneras de la Divina Revelación



¿Cómo hemos vivido en nuestra comunidad el Año Jubilar?



Somos las Hermanas Franciscanas Misioneras de María, una comunidad formada por cuatro religiosas de diversas nacionalidades que residimos en el Vaticano.

¿Cómo hemos vivido este Año Santo?

Ante todo, lo hemos vivido fortaleciendo nuestro espíritu misionero y renovando cada día nuestra ofrenda según el Carisma del Instituto: «ofrezco mi vida por la Iglesia y por la salvación del mundo». Este es el núcleo de nuestro carisma. El Año Jubilar nos ha dado a mí y a mi comunidad una inmensa riqueza: la posibilidad de vivir plenamente nuestra identidad de FMM. Hemos participado en las celebraciones jubilares en la Basílica, en las vigili­as de oración en la Plaza de San Pedro, en la adoración eucarística de cada sábado y en el rezo del Rosario por la paz en el mundo durante el mes de octubre. En comunidad rezamos cada día por el Papa y por sus colaboradores, por las personas que encontramos y por quienes confían en nuestra oración. En el Vaticano hemos sido llamadas a prestar un servicio a la Iglesia y al Papa, especialmente a través de un trabajo oculto, delicado y de gran precisión, en el Laboratorio de Restauración de tapices y tejidos antiguos. A través de esta labor vivimos:

- Entre la urdimbre y las tramas descompuestas de los tapices en restauración;
- En el entramado de encuentros con personas, tanto en el lugar de trabajo como fuera de él, acogiendo a quienes llaman a nuestra puerta;
- A través de los acontecimientos de la Iglesia y de las enseñanzas del Papa, vivimos juntas el Año Jubilar, manteniendo nuestra relación con Dios y con nosotras mismas.

En un mundo marcado por tanta violencia y sufrimiento, por

guerras, discordias y noticias trágicas que llegan cada día, la Iglesia nos ofrece el Año Santo e invita a entrar en el misterio de Dios que nos da la verdadera salvación.

La Puerta Santa de la Basílica se abre solo desde dentro y hacia el interior; esto puede significar que solo Dios abre las puertas de la salvación. Las gracias se reciben, no se conquistan. Al atravesar la Puerta Santa ofrezco a Dios mi vida y la vida del mundo en el que vivo.

La Iglesia nos presenta a un Dios que abre las puertas, no que las cierra; y queremos hacer lo mismo: abrirnos a las necesidades de los demás, con confianza y humildad, a la manera de María. Ella es para nosotras ejemplo de alegría en la fe y en la esperanza. ¡Madre de la Esperanza! Ella camina con nosotras.

Este año ha estado marcado por el dolor —la muerte del Papa Francisco— pero también por una gran alegría: la elección del Papa León; y por numerosos mensajes de la Iglesia, especialmente a través de la canonización de tantos santos.

En el mundo acelerado de hoy, donde se busca tener todo, de inmediato y en abundancia, el Año de la ESPERANZA nos recuerda que todavía hay mucha belleza en el corazón de las personas.

Se percibe un nuevo entusiasmo y un potencial inmenso en los jóvenes: ha sido una alegría ver llegar a miles de ellos, procedentes de todos los continentes, invadiendo nuestras calles y regalándonos momentos bellos de energía renovada. En Jesucristo encuentran las respuestas a sus búsquedas.

Cuando el Papa León les llamó a ser «luz del mundo, artífices de paz» (Plaza de San Pedro, 19 de julio de 2025), pensamos también en tantos jóvenes que, en muchos de nuestros países,



aspiran a condiciones más justas para convertirse, a su vez, en artífices de justicia y equidad.

Las multitudes que acuden nos muestran que sigue vivo el deseo de lo “sagrado”.

En el trabajo, cuando me acerco a un tapiz —una obra dañada por el tiempo— pienso en su futuro: gracias a la restauración, podrá volver a su belleza primitiva, ya sanado. Me pregunto con qué atención y amor se acerca Dios misericordioso a los hilos y tramas rotas de nuestra vida, sin cansarse jamás de recomponerlas y entrelazarlas de nuevo.

Incluso cuando debo teñir los hilos de distintos colores para la restauración, pienso que también Dios prepara para nosotros “diversos colores”: personas, acontecimientos, su Palabra... todo aquello que puede sanar y devolver a su esplendor original a la humanidad herida por guerras, violencias e injusticias. Esto nos invita a ponerlo todo en el Corazón sanador de Jesús. Estamos constantemente desafiadas a ir más allá de las respuestas prefabricadas para responder cada día con una confianza renovada.

Jesús nos llama a manifestar su presencia redentora en el mundo: una presencia humilde que no hace sino reflejar —con la luz que recibimos— algo del esplendor del Hijo. Somos enviadas a una humanidad herida, a una creación herida; no se trata de ser perfectos, sino de ser creíbles.

Este año está también marcado por el Cántico de las Criaturas, compuesto por san Francisco de Asís en una época particularmente difícil. Muy enfermo y casi ciego, supo mirar más allá de las dificultades y poner su confianza en Dios: así nació el himno de alabanza que es el Cántico. Con el Laudato si’ nos quiere decir que la esperanza no defrauda.

Con toda la Iglesia repetimos:

«Dios de la esperanza, que en el Verbo encarnado

nos colma de todo gozo y paz en la fe,

por la fuerza del Espíritu Santo, esté en medio de nosotros.

Bendito sea el Señor, nuestra Esperanza».

(Oración para la peregrinación a la Puerta Santa)

Sor Maria Smoleń, FMM

y la comunidad

del Laboratorio de Restauración de Tapices y Tejidos



“En el hilo de Rafael”: la Navidad en la emisión filatélica vaticana

Con ocasión de la Santa Navidad, el Servicio de Correos y Filatelia publica dos sellos postales con detalles tomados de la Adoración de los pastores, precioso tapiz de lana, seda e hilo de plata perteneciente a la serie —conocida como la Escuela Nueva de Rafael— dedicada a la Vida de Cristo, realizada por encargo pontificio en la misma manufactura flamenca a la que debemos los célebres tapices de los Hechos de los Apóstoles tejidos para la Capilla Sixtina. La historia de esta valiosa obra, protagonista del doble sello navideño, arranca precisamente en el Vaticano, del encuentro entre la pasión de León X por los tapices y la versátil creatividad artística de Rafael quien, asistido por un nutrido conjunto de colaboradores, concibió importantes ciclos de frescos y tapices. Tales obras, tras largo tiempo consideradas “menores” respecto a la producción principal del gran maestro de Urbino —contado entre los artistas que, a lo largo de los siglos, han evangelizado a través de la belleza— han sido objeto de renovado interés. (“En el hilo de Rafael” fue, justamente, el título de una exposición reciente destinada a arrojar luz sobre aspectos poco conocidos de su creación artística).

Aunque el tapiz se ejecutara entre 1524 y 1531, y por tanto con posterioridad a la prematura muerte del Maestro, puede considerarse con pleno derecho parte del ámbito rafaelesco por la presencia de módulos expresivos característicos y por la calidad de su composición, muy cercana a la de un dibujo de tema análogo atribuido a Rafael y conservado hoy en el Louvre.

En su última homilía para la Misa de Navidad, el Papa Francisco eligió palabras particularmente afines al tema aquí representado —una copia del tapiz se hallaba, de hecho, tras él en el momento de la apertura de la Puerta Santa— comparando al Pueblo de Dios con aquellos pastores que fueron los primeros destinatarios del anuncio cristiano, definidos como «peregrinos en busca de la verdad». El detalle escogido para el sello de 1,30 euros muestra a un

grupo de pastores en actitudes propias de la tradición belenista antigua, manifestando un asombro ingenuo pero hondamente devoto ante el Misterio de la Encarnación: el más anciano une las manos en gesto reverencial; los más jóvenes honran al “Cristo Señor” —anunciado por la corte celestial que aparece a su espalda, gracias al recurso narrativo de la simultaneidad, en un paisaje exuberante que es en sí mismo un cuadro dentro del cuadro— descubriendo la cabeza y alegrando la escena con el sonido de una zampoña. Uno de los momentos más hermosos y significativos que el arte cristiano ha legado, en dos milenios, a la representación del nacimiento de Jesús, reside sin duda en la escena central en la

que la Virgen, al mismo tiempo que adora, cuida maternalmente al Hijo recién nacido. La iconografía navideña ha subrayado siempre la centralidad del vínculo Madre-Hijo, incluso a costa de relegar a un segundo plano a la otra figura de la Sagrada Familia, San José, quien —cuando no es totalmente apartado de la escena— suele representarse en edad avanzada, en ambos casos para remarcar su ajenidad al divino concepimiento del Salvador.

El segundo sello se centra en esta escena principal, cuyos protagonistas, pese a la plasticidad y elegancia de sus posturas y vestiduras, aparecen en actitudes en suma naturales, perfectamente coherentes con el acontecimiento narrado: el anciano San José señala al Niño, que al mismo tiempo extiende sus pequeños brazos buscando el abrazo materno; María, muy probablemente, está representada en el acto de depositar al Infante en el pesebre (tal como relata el Evangelio de Lucas, fuente privilegiada de las escenas de la Natividad), si bien el delicado intercambio de miradas y gestos entre Madre e Hijo permite conjeturar también que, más bien, esté respondiendo con ternura al deseo del Niño tomándolo en brazos. En la composición aparecen asimismo el buey y el asno, elementos casi indispensables en la tradición iconográfica, más por su valor simbólico que por fidelidad a los relatos evangélicos, donde no se les menciona. Es bien sabido que su presencia —atribuida únicamente a fuentes apócrifas— remite más verosímelmente a interpretaciones de textos veterotestamentarios, como Isaías 1,3: «El buey conoce a su dueño y el asno el pesebre de su señor, pero Israel no conoce», en referencia a la falta de reconocimiento del pueblo de Israel hacia Dios; o Habacuc 3,2, que en su versión griega podría haber contribuido a reconocer la presencia de dos animales en la escena: «En medio de dos seres vivientes serás conocido». El Papa Benedicto XVI, en su iluminador ensayo sobre la infancia de Jesús, vio en «los dos animales la representación de la humanidad, carente en sí misma de comprensión, que ante el Niño llega al conocimiento».

Federico Sgarbossa
Servicio de Correos y Filatelia





Desde las diócesis
del mundo

ALBANIA: ARQUIDIÓCESIS DE TIRANA-DURRËS



La Navidad que nos renueva
Signos de esperanza en Albania y en el mundo

+Arjan Dodaj, FDC
Arzobispo Metropolitano de Tirana-Durrës

Mientras el Jubileo llega a su término, el corazón de la Iglesia se abre al misterio de la Navidad con un profundo sentido de esperanza. Una esperanza que no se agota con las celebraciones, sino que brota del mismo corazón del Evangelio: «El pueblo que caminaba en tinieblas vio una gran luz» (Is 9,1). En un mundo herido por la guerra, la división y la incertidumbre, el nacimiento de Cristo se convierte una vez más en la promesa de que Dios no abandona a la humanidad, sino que se acerca, compartiendo nuestra fragilidad.

Una esperanza que habla al presente
Vivimos en un tiempo en el que la paz parece lejana: conflictos armados, crisis económicas, migraciones forzadas y un extendido sentimiento de desorientación. También en Albania, un país que en otro tiempo soportó la dureza del ateísmo de Estado y que ahora se enfrenta a los desafíos de la modernidad, muchos se preguntan dónde encontrar un fundamento estable para el futuro. La respuesta cristiana no es una teoría abstracta, sino una persona: Jesucristo, el Dios-con-nosotros. En Él, la esperanza toma cuerpo, se vuelve tangible y cotidiana. Es la esperanza de quien, incluso en la pobreza o en la prueba, sabe que Dios está

presente y que la bondad, aunque a menudo silenciosa, no falta jamás.

El Jubileo de la Esperanza ha invitado a todos los fieles a redescubrir la misericordia y la reconciliación como corazón palpitante de la vida cristiana. Ahora, a las puertas de la Navidad, también la Iglesia en Albania está llamada a transformar esa gracia en un camino concreto de renovación. Nuestras comunidades están invitadas a custodiar la memoria de lo que el Espíritu ha realizado en este tiempo de gracia y a traducirlo en gestos cotidianos de esperanza, acogida y fraternidad.

Esta vocación encuentra un terreno fértil en nuestra identidad albanesa, moldeada por una larga tradición de hospitalidad sincera y desinteresada. Durante siglos, el pueblo albanés ha abierto las puertas de sus casas y de sus corazones al extranjero, al necesitado, a quien buscaba refugio o, sencillamente, una sonrisa. Esta cultura de la acogida, nacida de un profundo sentido de la dignidad humana y del valor de la familia, es un testimonio vivo de la esperanza evangélica. Nos recuerda que cada vez que acogemos a otra persona, acogemos al mismo Cristo que viene a visitarnos.

En el espíritu de esta Navidad, la Iglesia en Albania está llamada a hacer brillar aún más esta vocación: ser una casa abierta, un lugar de encuentro y de diálogo. En un mundo marcado por divisiones y desconfianza, nuestro país ofrece un precioso ejemplo de convivencia pacífica entre religiones. Cristianos, musulmanes, ortodoxos y miembros de otras comunidades han vivido lado a



lado durante siglos, compartiendo respeto, amistad y cooperación. Este clima fraterno es uno de los dones más hermosos que Albania puede ofrecer a la Iglesia y a Europa: un signo de que la paz es posible cuando empezamos a reconocer al otro como hermano y no como adversario.

Las parroquias, las familias y los jóvenes están llamados, por tanto, a ser signos vivos de esperanza mediante obras de caridad, solidaridad con los débiles, promoción de la paz y diálogo sincero con todos. Donde se construyen puentes en lugar de muros, donde se tienden las manos en vez de elevar la voz, allí nace el verdadero espíritu de la Navidad. En este camino de fraternidad, la Iglesia en Albania sigue testimoniando que la esperanza no es una idea, sino un estilo de vida moldeado por el Evangelio, que ilumina el presente y prepara un futuro de paz.

La esperanza que llama: un año de oración por las vocaciones
La esperanza cristiana no es mero optimismo; es la confianza en que Dios sigue actuando en la historia, incluso cuando el terreno parece estéril y los frutos escasos. Es la certeza de que el Espíritu Santo no deja nunca de hablar al corazón humano, de llamar, de invitar, de atraer generosamente a seguir a Cristo.

En este momento, mientras la Iglesia universal reflexiona sobre el significado de la esperanza y de la paz, la Archidiócesis Metropolitana de Tirana-Durazzo está llamada a traducir esta esperanza en un compromiso concreto: la oración por las vocaciones sacerdotales y religiosas. He deseado que este año se dedicara precisamente a este objetivo, porque nuestra Iglesia en Albania —nacida de la sangre de los mártires y fortalecida por la fe de tantos laicos y jóvenes— necesita nuevas voces que respondan «sí» al Señor.

La esperanza adquiere un rostro en quienes responden a la llamada de Dios. Cada vocación es un signo de que el Evangelio sigue floreciendo; cada joven que se abre al don de la vida consagrada es una respuesta luminosa al amor de Dios. Pero las vocaciones no nacen en el silencio de la indiferencia: nacen en comunidades que oran, que acompañan, que miran con fe el futuro de la Iglesia. Orar por las vocaciones, por tanto, es creer que Dios nunca deja de llamar, incluso cuando nuestras fuerzas parecen pocas o los momentos difíciles. Es un acto de esperanza: porque donde hay oración, el Señor actúa, toca los corazones, enciende nuevo entusiasmo y suscita pastores según su corazón.

He invitado a cada parroquia, cada familia, cada persona consagrada y cada joven creyente a sentirse parte de este camino. El Año de Oración por las Vocaciones no es simplemente una iniciativa, sino un camino de fe y de confianza, un tiempo para dejarnos interpelar por la voz de Dios y para renovar nuestra disponibilidad a servirlo con alegría.

La paz que nace de la esperanza
El mensaje de la Navidad no ignora el dolor del mundo; lo



abrazar. En el Niño de Belén, Dios entra en nuestra historia no como un rey poderoso, sino como signo de ternura y de cercanía. Trae una paz que no es simplemente ausencia de guerra, sino profunda reconciliación entre la humanidad y Dios, y por tanto entre los seres humanos. Es una paz que comienza en el corazón, que se construye a través del perdón y que se revela en gestos cotidianos de amor, justicia y solidaridad.

Ser artesanos de paz significa hacer visible la esperanza del Evangelio en la vida concreta: en las familias que aprenden a perdonar, en los jóvenes que eligen el bien, en las comunidades que superan las divisiones. La Navidad nos invita a convertirnos en portadores de esta esperanza, empezando precisamente por donde vivimos: en nuestra Iglesia local, en nuestras relaciones cotidianas, en las obras de caridad y de servicio.

La esperanza cristiana es radiante porque brota de una certeza: Dios ha elegido habitar entre nosotros. Y si Dios está con nosotros, ninguna oscuridad puede apagar la luz que brilla en la noche. Es la misma luz que sostuvo a los mártires albaneses durante la persecución y que iluminó la vida del Beato Vincenzo Prennushi, mi venerado predecesor en la Sede de Durazzo. Él dio un testimonio valiente y fiel de que la esperanza no puede ser encarcelada: incluso en la oscuridad del sufrimiento, siguió amando a la Iglesia, perdonando y ofreciendo su vida por Cristo. Su testimonio permanece para todos nosotros como signo de inquebrantable confianza en la victoria del bien sobre el mal.

Al finalizar el Jubileo, la Navidad nos recuerda esta misma certeza: la esperanza no es un sueño frágil, sino una promesa viva que se renueva cada vez que acogemos a Cristo en nuestros corazones. En Albania, como en todo el mundo, esta esperanza sigue creciendo: frágil como un niño en el pesebre y, sin embargo, fuerte como el amor de Dios que salva.

Confiamos este camino a la Madre del Buen Consejo, patrona de nuestra amada Albania. Ella, que acogió la Palabra y la guardó en el silencio de su corazón, acompañe a nuestra Iglesia en su servicio al Evangelio. Nos enseñe a decir nuestro «sí» cotidiano a Dios y a convertirnos, como ella, en signos de esperanza para un mundo aún sediento de paz y de luz.

La luz de la Navidad, la fidelidad de los mártires y la intercesión de la Madre del Buen Consejo nos guíen en el nuevo año, para que nuestra Iglesia en Albania continúe siendo luz de esperanza, instrumento de paz y morada de misericordia para todos.

ARGELIA: DIÓCESIS DE CONSTANTINA (HIPPONA)

Tras las huellas del Niño en la Natividad
Servidores de la Esperanza en Argelia

por + Michel Guillaud
Obispo de Constantina e Hipona

Como Jesús, que se hizo pobre
Jesús no quiso nacer en una familia acomodada ni en un entorno protegido. Nació en condiciones precarias —durante un viaje, bajo amenaza, camino del exilio a Egipto—. Nuestra Iglesia en Argelia es especialmente sensible a ello, pues también ella vive condiciones de vida difíciles.
Pero esta elección nos interpela a nosotros, que soñamos constantemente con salir de nuestra situación precaria, con disponer de mejores condiciones de vida —legales, institucionales, eco-

nómicas, etc.—. Y, sin embargo, Jesús no quiso apoyarse en la seguridad material, sino sobre todo en la seguridad que le procuraba el amor de sus padres, José y María, y en la felicidad que nace de las relaciones humanas fraternas con todos.
Saborear la sencillez como una bendición; invertir en las relaciones fraternas: he aquí las hermosas indicaciones que nos ofrece el Niño Jesús, y una promesa que alimenta nuestra esperanza.

Como Jesús, que daba valor a la vida de cada persona
Para conducirnos al cielo, Dios vino a la tierra. Una gracia que cuesta cara para Dios: la vida de su Hijo, como recordaba el teólogo Dietrich Bonhoeffer.
En un país marcado por la emigración o por el deseo de emigrar,



la llegada de misioneros resulta sorprendente. Ponerse en camino en dirección contraria parece extraño. Venir a Argelia, permanecer en ella, expresar nuestra alegría de vivir en este país, nuestro asombro ante la obra de Dios en la vida de hombres y mujeres musulmanes y cristianos: todo ello hace de voluntarios, sacerdotes, monjes y religiosas servidores de la esperanza.

Como Jesús, acogiendo a todos

Los huéspedes de la gruta de Belén —ángeles, animales y seres humanos; pastores y Magos— nos hablan ya de la salvación universal que trae Jesús. El 18 de octubre, en nuestra diócesis, en la Basílica de San Agustín en Hipona, celebramos una ordenación episcopal con una asamblea compuesta en un tercio por musulmanes, en un tercio por católicos y en un tercio por cristianos de otras confesiones. Este es un signo precioso del Señor: que la Buena Noticia que proclamamos no es una amenaza ni una competencia, sino que es percibida como un bien para todos.

Como Jesús en la gruta

Jesús no nació en el confort de una casa o de un palacio, sino en un establo.

La ordenación episcopal del 18 de octubre tuvo lugar en la Basílica de Hipona y no en la Catedral diocesana, porque esta última —situada en la ciudad de Constantina, más céntrica dentro de la diócesis— no es más que un semisótano reformado de menos de cien metros cuadrados. Lo mismo ocurre con los lugares de culto de cada una de las otras seis parroquias de la diócesis. La riqueza de nuestra Iglesia no reside en sus edificios, sino en sus personas.

Como Jesús, trascendiendo toda frontera

Poco después de su nacimiento, Jesús y su familia partieron hacia Egipto; y Él continuaría desplazándose de tierra judía a tierra pagana, de Judea a Samaria, de la Decápolis a Galilea. Afirmaba que sus hermanos, sus hermanas y su madre eran quienes



escuchaban la Palabra de Dios y la ponían en práctica.

La Iglesia en Argelia es una Iglesia multicultural: estudiantes y migrantes procedentes del África subsahariana, niños árabes y bereberes autóctonos, expatriados, sacerdotes y religiosos venidos de todos los continentes. Esta Iglesia de todas las naciones es una bendición en un país que durante mucho tiempo creyó que el cristianismo era la religión de los europeos coloniales, mientras el islam era la religión de la liberación para los países en desarrollo.

Tesoro ofrecido

Hace algunos meses, el párroco de una de nuestras comunidades practicaba un orificio en el muro de la capilla con el fin de instalar un sagrario. Un vecino musulmán, alertado por el ruido, le llamó:

—¿Estás haciendo un agujero en la pared?

—Sí.

—¿Es para esconder un tesoro?

—...Sí.

—¿Tendremos derecho a una parte de ese tesoro?

Una hermosa parábola de nuestra Iglesia, en un país donde el porcentaje de cristianos es inferior a uno por cada mil habitantes.



EAU, OMÁN y YEMEN: VICARIATO APOSTÓLICO DE ARABIA MERIDIONAL

Celebrar la Navidad en Arabia
siguiendo las huellas de San Francisco de Asís

por + Paolo Martinelli, OFMCap
Vicario Apostólico de Arabia Meridional

La Navidad, este año, se ve marcada de modo particular por el tema de la esperanza. Al acercarnos a la clausura del Jubileo, los corazones se concentran en lo esencial: el nacimiento de Jesús, el misterio de la encarnación, Dios en medio de nosotros para siempre. Este es el fundamento de la «esperanza que no defrauda» (Rm 5,5).

También los cristianos del Golfo Pérsico se preparan para la Navidad del Jubileo de la Esperanza. En el Vicariato Apostólico de Arabia Meridional, los católicos superan el millón de fieles y viven en contextos muy diversos: los Emiratos Árabes Unidos, país de notable modernidad y proyectado hacia el futuro; el Sultanato de Omán, nación apacible y acogedora; y Yemen, una realidad herida y empobrecida a causa de la guerra civil iniciada hace más de diez años. En todos estos lugares, nuestros fieles se disponen a la venida del Señor.

Vivimos en países profundamente marcados por el islam, y nuestros fieles —todos ellos migrantes procedentes de más de un centenar de naciones— sienten un gran apego por revivir sus tradiciones navideñas. Nuestras iglesias, ya de por sí muy concurridas, se llenan aún más para participar en novenas y oraciones de Navidad.

Una tradición particularmente entrañable es la de los fieles filipinos, el grupo más numeroso: el Simbang Gabi, una novena navideña en la que los fieles se reúnen nueve noches consecutivas, colmando no solo las iglesias, sino también todo el espacio del compound, incluido el campo de fútbol, como sucede en la parroquia de St. Mary, en Dubái. Treinta mil personas se congregan para rezar durante nueve días seguidos. Este año, el cardenal Antonio Tagle ha prometido visitarnos con esta ocasión. Todos nuestros fieles aguardan su llegada con ferviente expectación.

La mayor parte de nuestro clero pertenece a la Orden de los Hermanos Menores Capuchinos. Son franciscanos. La Santa Sede les encomendó este territorio para la cura pastoral hace casi doscientos años. Esta presencia favorece el arraigo de la espiritualidad franciscana, especialmente en tiempo de Navidad. Así, es ya una tradición consolidada la construcción del belén, junto al árbol de Navidad. Este año, además, al aproximarnos al VIII centenario de la muerte de san Francisco de Asís, la espiritualidad del Pobrecillo se hace particularmente palpable.

Todas las familias están invitadas a preparar el belén en sus casas, como signo de la espera de Cristo. En las parroquias, cada comunidad lingüística es invitada a construir un belén según su propia tradición cultural, de modo que todos puedan contemplar representado no solo su propio nacimiento, sino también el de las demás culturas. Así, el compound de nuestras iglesias se convertirá en una variopinta exposición de belenes. No pocas





parroquias organizan auténticos belenes vivos, a imagen del que san Francisco realizó en Greccio. Incluso los cristianos que conviven con las Misioneras de la Caridad en Yemen, aun en la pobreza, celebran la Navidad con una alegría sencilla y profunda. Aquí nos encontramos verdaderamente en una condición singular. Nuestros fieles poseen lenguas, tradiciones y ritos diversos. Pero es una auténtica alegría reconocernos unidos en la misma fe cristiana y enriquecernos mutuamente con los dones espirituales que cada uno porta. Ser migrantes en tierra islámica y pertenecer a una Iglesia de rasgos profundamente interculturales son dos condiciones que, paradójicamente, resultan propicias para redescubrir la fe cristiana

y celebrarla con intensidad.

Cuando el Papa Francisco visitó Abu Dabi en 2019, en memoria del encuentro de san Francisco de Asís con el sultán Malik al Kamil y para firmar el Documento sobre la «Fraternidad Humana» con el Gran Imán de Al Azhar, describió durante la homilía a nuestra Iglesia como una «gozosa polifonía de la fe». En efecto, esta es la experiencia que cualquiera puede hacer al venir a estas tierras. Estamos llamados a considerar más profundamente nuestra fe cristiana y a reencontrar las raíces de nuestra esperanza.

Los migrantes saben bien que todo es provisional. Abandonan su tierra y, con frecuencia, también a su familia. De este modo, la pregunta sobre la esperanza se vuelve más apremiante. El Papa León XIV ha recordado que el migrante es un «misionero de esperanza»: «Muchos migrantes, refugiados y desplazados son testigos privilegiados de la esperanza vivida en lo cotidiano, a través de su confianza en Dios y de la aceptación paciente de las adversidades con vistas a un futuro en el que vislumbran la cercanía de la felicidad» (Mensaje para la 111ª Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado 2025).

Aquí emerge el fundamento auténtico de la esperanza cristiana: no un cálculo de probabilidades, ni siquiera la presunción de la propia fortaleza, ni tampoco un optimismo genérico.

La esperanza no defrauda porque está enraizada en la certeza de un amor. En Navidad no celebramos un hecho del pasado, sino la presencia de Cristo hoy. Con la invención del belén, san Francisco quiso decir al mundo que Jesús nace también hoy entre nosotros. Verdaderamente «Él está aquí. Está aquí como el primer día» (Ch. Péguy), incluso en Arabia.



ARGENTINA: ARCHIDIÓCESIS DE BUENOS AIRES



Dios no se cansa de apostar por lo pequeño

por + Jorge Ignacio García Cuerva
Arzobispo de Buenos Aires

Cada Navidad, Dios vuelve a revelarnos que su modo de actuar no coincide con nuestros criterios. Nosotros soñamos grandezas, y Él elige la pequeñez. Nosotros buscamos ruido, y Él prefiere el silencio. Nosotros levantamos muros, y Él abre puertas. Mientras la humanidad celebra el poder y el brillo, Dios sigue naciendo en los márgenes, en la humildad de un pesebre, en la pobreza de los corazones que todavía se atreven a esperar.

que le devuelve dignidad al que se siente olvidado. Es la voz que levanta a los caídos y que, en medio de un mundo descreído, sigue diciendo: "vive, porque eres amado".

Este amor sigue vivo: Cristo vive. Vive en los corazones sencillos, en las periferias del dolor, en la fe callada de quienes no se rinden. Vive en cada gesto de bondad que mantiene encendida la llama del Evangelio.

El Niño de Belén no impone perfecciones ni promete honores, sino que nos muestra el camino de la ternura. En Él, cada caricia, cada abrazo y cada gesto gratuito adquieren valor de eternidad.



Allí donde el mundo solo ve fragilidad, el amor se hace carne. En Belén, el infinito se hace pequeño y, desde la debilidad, brota la esperanza más fuerte. La verdadera esperanza no surge de lo que poseemos, sino de lo que somos capaces de entregar. Nace en los lugares sencillos: en el silencio fecundo de quienes se saben amados, en los gestos ocultos que sostienen la vida cotidiana.

Esa paradoja fue expresada así por el Papa León XIV, en su exhortación Dilexi te: «Te he amado» (Ap 3,9), dice el Señor a una comunidad cristiana que, a diferencia de otras, no tenía ninguna relevancia ni recursos y estaba expuesta a la violencia y al desprecio»

La frase —"te he amado"— es el núcleo del Evangelio. Es la palabra que sostiene al cansado, que cura las heridas del alma y

En una cultura del descarte, el Niño del pesebre nos inspira la cultura del cuidado, la capacidad de detenernos ante el otro y reconocernos hermanos. La ternura es la fuerza de Dios hecha visible, el modo concreto con que Dios nos dice que vivir es amar.

Nos dice el Santo Padre: «Ningún gesto de afecto, ni siquiera el más pequeño, será olvidado, especialmente si está dirigido a quien vive en el dolor»

La Navidad, entonces, es la escuela del amor que se encarna. Se celebra con manos que abrazan, con ojos que miran, con corazones que acompañan. Es la fiesta de la esperanza viva, del Dios que no se queda encerrados en ideas o meras palabras, sino que vive, ama y camina en medio de su pueblo. Es el Dios que no se resigna a la muerte del alma ni a la indiferencia del corazón.

El pesebre no es un adorno hogareño: es lugar sagrado donde Dios nos enseña a mirar el mundo desde la pequeñez y el despojo. Allí, en la precariedad, se manifiesta el amor que salva. Donde el mundo percibe miseria, Dios revela promesa; donde parece terminar la vida, Él inaugura un comienzo. Cada pesebre contemporáneo —cada corazón sufriente, cada casa humilde, cada hospital, cada calle— es un Belén a la espera de Cristo que nace y devuelve dignidad.

La esperanza cristiana florece cuando el amor se hace vida. Se expresa en la paciencia que acompaña, en la fidelidad que sostiene, en la misericordia que se entrega. El amor es creíble cuando se hace servicio. La fe se hace plena cuando nuestras manos tocan las heridas del que sufre y nuestras palabras se convierten en consuelo de Dios para ellos. Allí también vive Cristo: en las calles, en las cárceles, en los hospitales, en las mesas donde se comparte el pan. Una Iglesia viva es aquella que lleva vida, no lamento; que cura heridas, no las diagnostica y describe.

La esperanza del Evangelio ilumina la noche con su fuego sereno. Es una esperanza que acompaña el dolor con presencia, transforma las lágrimas en oración y convierte el cansancio en semilla fecunda. En Cristo, el amor tiene futuro. Contemplando al Dios hecho Niño comprendemos que cada amanecer puede ser una resurrección, que todo comienzo pequeño puede ser el inicio de algo eterno. El Papa nos alienta cuando nos dice al final de su exhortación: «será posible para el pobre sentir que las pa-



labras de Jesús son para él: “Yo te he amado.” »

Que esta Navidad nos encuentre agradecidos y disponibles, capaces de volver a empezar. Que renueve en nosotros la certeza de que Cristo vive: vive en el pesebre de nuestra historia, en los vínculos que sanan, en los pobres que esperan, en cada gesto que construye fraternidad.

Dios no se cansa de apostar por lo pequeño. Que nosotros, los que creemos en Cristo, tampoco.



AZERBAIYÁN: PREFECTURA APOSTÓLICA DE AZERBAIYÁN



El compromiso de los Salesianos de Don Bosco

por + Vladimir Fekete, SDB
Obispo, Prefecto Apostólico

El territorio del actual Azerbaiyán fue anexionado al antiguo Imperio ruso tras la última guerra ruso-persa en 1828, y posteriormente pasó a ser una de las repúblicas federadas de la URSS. Décadas de persecuciones y de ateización forzosa condujeron a la casi completa destrucción de la Iglesia católica, que en este país de mayoría musulmana estaba compuesta principalmente por extranjeros. Al igual que la mayoría de las mezquitas y de las Iglesias ortodoxas, también los templos católicos fueron demolidos y el último sacerdote católico fue ejecutado en 1936.

Tras el derrumbe de la URSS, un Azerbaiyán independiente, democrático y laico emergió en el mapa político e inició la escritura de su propia historia. Su territorio quedó bajo la jurisdicción de la Administración Apostólica con sede en la capital de Georgia, Tiflis. El Administrador Apostólico de Tiflis emprendió los primeros pasos para restablecer la presencia de la Iglesia católica en Azerbaiyán y, por medio del sacerdote Jerzy Pilus, logró registrar una comunidad católica en Bakú en 1999. Por decisión de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, se creó en Azerbaiyán una estructura eclesial independiente, confiada al cuidado de la Sociedad de San Francisco de Sales —los Salesianos de Don Bosco (SDB)—. En septiembre de este año, la Iglesia local celebró el XXV aniversario de la creación de la *Missio sui iuris bakuensis* y de su encomienda a la atención espiritual de los Salesianos. Tras la firma de un acuerdo intergubernamental entre la Santa Sede y Azerbaiyán sobre el estatuto jurídico de la Iglesia católica en el país, el 4 de agosto de 2011 la *Missio sui iuris* fue erigida en Prefectura Apostólica de Azerbaiyán.

En la actualidad, la atención pastoral de los fieles católicos locales y extranjeros solo está garantizada en la capital del país, donde se han erigido dos parroquias. Además de siete sacerdotes y religiosos de la Congregación salesiana, también religiosas de dos Congregaciones —las Misioneras de la Caridad (MC) y las Hijas de María Auxiliadora (FMA)— participan en los proyectos sociales de la Iglesia local, así como en la catequesis y la evangelización. La sociedad civil valora enormemente el refugio para personas sin hogar y enfermos graves, gestionado por las hermanas MC desde 2006.

Deseábamos aprovechar el Año Jubilar 2025 — el Año de la Esperanza, anunciado e inaugurado por el Papa Francisco— para fortalecer la vida es-

piritual, la fe y la identidad católica de nuestros fieles, especialmente de los locales.

Además de la liturgia y de las celebraciones en Azerbaiyán, desde comienzos de año hemos informado a los feligreses sobre la historia y el significado de los peregrinajes jubilares a Roma, animándoles a inscribirse al menos en algunos de los peregrinajes organizados por sus parroquias durante este año. Fue una desagradable sorpresa descubrir que incluso los pocos que inicialmente se habían inscrito acabaron renunciando a participar por motivos económicos y de diversa índole.

Sin embargo, lo que no fue posible con los feligreses adultos se reveló factible con los jóvenes creyentes. Ya antes de Pascua, tres jóvenes de la parroquia, acompañados por el padre Behbud Mustafayev, el primer sacerdote azerí, se dirigieron a Roma. Y a comienzos del verano, otros siete jóvenes creyentes de una pa-





del año parecía imposible se cumplió finalmente seis meses después. En octubre, un grupo de católicos extranjeros que trabajan en Azerbaiyán emprendió un peregrinaje jubilar a Roma. En noviembre, otros veinte de nuestros feligreses adultos partieron desde Bakú para un peregrinaje jubilar. Esta fue su primera visita a Roma, con la visita a las principales basílicas y la participación en la audiencia general del Santo Padre León XIV.

A veces estamos convencidos de que nuestra tarea como adultos es proteger, educar y

roquia salesiana, junto con el párroco y dos hermanas FMA, emprendieron el mismo itinerario. Este fue su primer viaje al extranjero y regresaron de la Ciudad Eterna llenos de impresiones intensas y de profundas experiencias.

El testimonio que llevaron a su regreso, tanto a sus familias como a la comunidad parroquial, resultó positivamente contagioso. Primero fueron sus padres, y luego otros feligreses, quienes llegaron a la conclusión de que valía la pena aprovechar este Año Jubilar para realizar un peregrinaje a Roma. También ellos deseaban fortalecer su fe y enriquecerse espiritualmente, habiendo visto estos frutos en sus hijos y nietos. Así, lo que al comienzo

guiar a los jóvenes. Y ciertamente así es. No obstante, este acontecimiento en nuestra Iglesia local confirmó que los jóvenes son a veces "apóstoles" más eficaces no solo entre sus coetáneos, sino que, con su espontaneidad y su valentía, pueden incluso sonrojarnos a nosotros, los adultos. Su fe viva y su vida, no contaminada por experiencias negativas, se han mostrado más persuasivas para inspirar a los feligreses adultos que los estímulos de los religiosos y de los sacerdotes.

Por ello, si la Iglesia tiene jóvenes y si la Iglesia sabe cómo implicarlos en la vida y en el ministerio parroquial, entonces una Iglesia así tiene futuro y esperanza de crecimiento.



BÉLGICA: ARZOBISPADO DE MALINAS-BRUSELAS



«En camino con esperanza»: un año después de la visita del Papa Francisco a Bélgica

por + Luc Terlinden
Arzobispo de Malinas-Bruselas

El año pasado, el Papa Francisco realizó una visita histórica a Bélgica, marcada por un profundo encuentro con la sociedad y con la Iglesia. El Santo Padre visitó las dos principales comunidades universitarias de Lovaina y Louvain-la-Neuve, donde dialogó con el mundo académico. Asimismo, se reunió con los reyes de los belgas y con las autoridades del país. En la Basílica Nacional de Koekelberg mantuvo largas conversaciones con los responsables pastorales de las diócesis. En un contexto más íntimo, encontró a un grupo de personas en dificultad y a refugiados que participaban en un almuerzo parroquial, así como a los huéspedes de la Casa San José, gestionada por las Pequeñas Hermanas de los Pobres. Concedió, además, un encuentro prolongado para escuchar a las víctimas de abusos sexuales, un momento de honda densidad humana y espiritual. Finalmente, una celebración eucarística que reunió a casi 40.000 personas en el Estadio Rey Balduino congregó al Pueblo de Dios en torno a Pedro, en un fervor contagioso.

Un mensaje de esperanza en el centro de las visitas privadas

El tema elegido para la visita —«En camino con esperanza»— se desplegó en todos los encuentros, tanto en las palabras del Papa como en los testimonios y realidades humanas que acogió. Y, sin embargo, quizá fue en sus visitas privadas donde esta esperanza se expresó con mayor fuerza: allí donde aflora la verdad de los corazones, en la vulnerabilidad acogida y en la escucha auténtica. La esperanza, encarnada por el Papa, se abre paso entre las heridas, pero también mediante la acogida, la escucha y la empatía. Se vincula profundamente al Rostro de Cristo, que se inclina ante cada ser humano. También nosotros estamos llamados no solo a hablar de esperanza, sino a vivirla en los hechos.

Peregrinos de esperanza

El Año Jubilar que siguió nos invitó a convertirnos nosotros mismos en «Peregrinos de esperanza». Esto significa reconocer que caminamos, como los pastores en la noche de Navidad, guiados por una estrella que nos conduce a Jesús, el Niño del pesebre. Muchos han podido viajar a Roma para cruzar la Puerta Santa, celebrar el sacra-

mento de la reconciliación y descubrir la belleza de la Iglesia universal en su diversidad cultural.

Jóvenes, familias, catecúmenos y sus acompañantes han compartido una profunda experiencia espiritual, rica en encuentros, celebraciones y en un vivo deseo de acercarse al Señor.

El peregrinaje de los jóvenes en julio fue particularmente vibrante: la alegría de reunirse, celebrar y dar testimonio juntos reveló una Iglesia viva.

En Bélgica, las iglesias jubilares acogieron a miles de peregrinos animados por el mismo espíritu. Hemos visto una Iglesia en movimiento, en renovación: un signo luminoso de esperanza.

Mostrar cómo los creyentes viven ya esta esperanza —entre los más pobres, entre los jóvenes, entre los catecúmenos, en los grupos de oración— significa ayudarnos mutuamente a superar la soledad asfixiante y a celebrar a Cristo presente en medio de nosotros cuando dos o tres se reúnen en su nombre.



Una esperanza activa en un mundo convulso

Nuestro mundo sigue marcado por conflictos, guerras, amenazas terroristas y violencias relacionadas con los cárteles de la droga. La COP30 en la Amazonía nos ha recordado la urgencia climática, con sus potenciales consecuencias sociales y humanas: aumento de la pobreza, migraciones masivas y nuevas inestabilidades. También en Bélgica la Iglesia busca llevar esperanza a estos ámbitos. Ha expresado su solidaridad con los refugiados y con las poblaciones víctimas de la violencia. Incluso cuando nos sentimos impotentes, la esperanza nos llama a perseverar en la oración y en nuestro compromiso por la justicia. Durante su visita, el Papa Francisco subrayó un rasgo esencial de nuestro país: «Bélgica es un puente que favorece el intercambio, une civilizaciones y fomenta el diálogo. Un puente, por tanto, indispensable para construir la paz y rechazar la guerra». Encrucijada de lenguas y culturas, nuestro país encarna así una auténtica vocación europea y alcanza su grandeza cuando se entrega al servicio de la paz y de la armonía.

Navidad: la fragilidad que salva



© Jacques

La Navidad es acoger al Hijo de Dios que viene a habitar en medio de nosotros. La fragilidad del Niño en el pesebre nos conmueve y nos desarma. Los belenes en nuestras iglesias y en nuestras plazas nos recuerdan asimismo la tierna dignidad a la que tiene derecho todo niño.

Jesús es nuestra esperanza. En nuestro país, esta esperanza se manifiesta de modo particular en el creciente deseo de bautismo entre los jóvenes, en el renovado compromiso hacia los pobres y los vulnerables, y en la vitalidad reencontrada de las comunidades animadas por el Espíritu del Señor.

A todos, ¡una Santa Navidad!



©RR

BENIN: ARQUIDIÓCESIS DE COTONÚ



Una invitación al compromiso mediante opciones concretas

+ Roger Houngbedji, OP
Arzobispo de Cotonú

«Gloria a Dios en lo más alto de los cielos y paz en la tierra a los hombres amados por el Señor¹». Este es el himno angélico que, en la noche de Navidad, resuena en las iglesias de todo el mundo. Pero ¿qué significan estas palabras en un mundo marcado por múltiples divisiones, guerras, terrorismo, violencia en todas sus formas y angustias en los corazones, a veces incluso en las familias? ¿Cómo podemos cantar «paz a los hombres» cuando poblaciones enteras ven desvanecerse toda esperanza de paz? En este sentido, la fiesta de Navidad debe contemplarse como una profecía: «Convertirán sus espadas en arados y sus lanzas en podaderas». Una nación no levantará más la espada contra otra nación, ni se adiestrarán más para la guerra. Porque Navidad significa que Dios ha plantado su tienda entre nosotros; Él trae la paz. Al celebrar la Navidad, podemos identificar tres fuentes de esperanza.

El texto dice: «Porque un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado... y será llamado Consejero admirable, Dios poderoso, Padre eterno, Príncipe de la paz». Estos títulos, aunque el autor los atribuya al niño, evocan ya a Jesús, el Príncipe de la Paz (cf. Mt 1, 22-23). La Navidad se convierte así en anuncio de la presencia de Dios en medio de un mundo atribulado. Dios camina con su pueblo. El mundo de Ajaz era un mundo sin paz. El nuestro no lo es menos. Nuestro primer refugio se halla en la Palabra de Dios. Poi, la seconda fonte di speranza risiede nel nostro senso di solidarietà e di sostegno reciproco per il bene della vera pace. Qui in Benin, come altrove, dietro la gioia del Natale, molti stanno vivendo vere e proprie tragedie: la pace di molte famiglie e nazioni è minacciata. Altrove, e purtroppo anche qui, cresce la preoccupazione di fronte alla minaccia di gruppi estremisti. La pace sociale, sebbene relativamente stabile, è tuttavia minacciata dalle tensioni politiche.



Al celebrar la Navidad, podemos identificar tres fuentes de esperanza. La primera fuente de esperanza cristiana frente a la ausencia de paz en el mundo sigue siendo la Palabra de Dios. Ya en el Antiguo Testamento, en los capítulos 7-9 del Libro de Isaías, cuando, en medio de la crisis siro-efraimita (hacia el año 734 a.C.), la paz del pequeño reino de Judá estaba amenazada, fue la Palabra de Dios la que se dirigió al rey Ajaz en este oráculo: «La joven concebirá, dará a luz un hijo y le pondrá por nombre Emmanuel» (Isaías 7, 14). Y un poco más adelante, en Isaías 9, 5-6, el niño real adquiere un significado teológico aún más claro y simboliza la paz.

Todo ello exige de nuestra parte una mirada más atenta en favor de una Iglesia más compasiva. Como nos recuerda el papa Francisco, la pobreza de Cristo es una riqueza porque revela el amor de Dios y cuestiona nuestra relación con los bienes materiales, la solidaridad y la fraternidad. El papa León XIV, en su exhortación apostólica *Dilexi te*, nos invita a permanecer atentos a todas las formas de pobreza. En consecuencia, celebrar el nacimiento del Príncipe de la Paz en un entorno en el que tantos hombres y mujeres luchan por encontrar incluso la paz material más elemental requiere iniciativas pastorales destinadas a ofrecer una respuesta concreta al problema de la pobreza y a las amenazas contra la paz. Es importante que estas iniciativas no sean meramente institucionales, sino que lleguen a ser espontáneas. Procuremos ser la respuesta de Dios a las situaciones difíciles que atraviesa el mundo.

¹ δόξα ἐν ὑψίστοις θεῷ καὶ ἐπὶ γῆς εἰρήνη ἐν ἀνθρώποις εὐδοκίας (Lc 2, 14)

Por último, la tercera fuente de esperanza que conviene subrayar aquí es el compromiso pastoral de nuestras diócesis y parroquias. Cuando Jesús dice a sus discípulos — y también a nosotros—: «Dadles vosotros de comer» (Lc 9, 13), ¿se refiere acaso únicamente a los alimentos? ¿No constituye más bien una invitación a comprometernos mediante opciones, acciones, empeños y proyectos concretos que hagan visible la presencia de Cristo en medio de su pueblo? Es en esta dinámica donde se inserta el enfoque pastoral adoptado para los próximos dos años por la Archidiócesis de Cotonú, centrado en el tema: «Dadles vosotros de comer» (Lc 9, 13). La Iglesia está llamada a interpretar las angustias de las personas como llamadas: llamadas a la solidaridad, a la creatividad, a la misión y a la caridad en la verdad.

La acción caritativa auténticamente cristiana busca elevar a las personas, estimular sus capacidades y hacerlas capaces de ser artífices de su propio desarrollo. Es también una oportunidad para aclarar el vínculo entre pobreza y ausencia de paz. De hecho, aunque sociedades en las que los bienes de primera necesidad son fácilmente accesibles experimenten la guerra, la pobreza es sin duda una fuente potencial de frustración y conflicto, y un terreno fértil para el reclutamiento de jóvenes en actos violentos y terroristas. Aquí radica la verdad de la frase de san Pablo VI, ya convertida en proverbio: «El desarrollo es el nuevo nombre de la paz». La inacción y el silencio son tan culpables como el propio mal. Un himno cuaresmal lo proclama con fuerza: «Dios mantenga vigilantes a quienes cantan al Señor: que no sean al mismo tiempo cómplices de la desgracia a la que están ligados sus hermanos».

La esperanza cristiana solo es creíble cuando se convierte en servicio, en compartir y en compromiso con la dignidad humana.



Así, en un mundo desfigurado por la violencia, la pobreza, las guerras y las divisiones, la fiesta de la Navidad emerge como luz «sobre los que habitaban en tierra y sombra de muerte» (cf. Mt 4, 16). Al anunciar la Palabra, la Iglesia testimonia que es Jesús, el Príncipe de la Paz, quien trae al mundo la verdadera paz. Y al comprometerse a alimentar a quienes no tienen nada, trabaja por la paz y la dignidad humana, lejos de cámaras y focos. La Navidad se convierte en compromiso de servir, de amar, de construir, de elevar, de proteger, de consolar y de alentar. Este es el mejor modo de decir a las mujeres y a los hombres de nuestro tiempo, a quienes buscan la paz, a quienes sufren, a quienes aún esperan: «¡Feliz Navidad!».



COSTA DE MARFIL: ARQUIDIÓCESIS DE BOUAKÉ



Navidad y Jubileo de la Esperanza: ¿qué impacto para nuestra sociedad en crisis?

por + Jacques Assanvo Ahiwa
Arzobispo de Bouaké

Al inaugurar el Gran Jubileo que celebra el 2025.º aniversario del nacimiento de Cristo en nuestro mundo, el papa Francisco ha colocado este acontecimiento bajo el signo de la esperanza y nos ha llamado a ser portadores de esa esperanza para un mundo en crisis.

1. “La esperanza no defrauda”: una palabra profética para un mundo herido

La Bula de convocación del Jubileo Ordinario

del año 2025, promulgada por el papa Francisco, proclama al mundo, como palabra profética, la convicción poderosa del apóstol san Pablo: “La esperanza no defrauda” (Romanos 5,5). En un mundo sacudido por crisis humanamente irresolubles, esta palabra contiene una fuerza de resurrección.

En la Misa inaugural de este Jubileo, en la Nochebuena de 2024, el Papa afirmó: “Esta es la noche en la que se ha abierto al mundo la puerta de la esperanza; esta es la noche en la que Dios dice a cada uno de nosotros: ¡también hay esperanza para ti! ¡Hay esperanza para todos!”.

Jesucristo es nuestra esperanza. Ha venido al mundo haciéndose uno de noso-

tros, para compartir la condición humana con sus gozos y sus sufrimientos, y para hacernos conscientes de que Dios está presente, nos acompaña y cuida de nosotros en toda circunstancia de la vida. Esa certeza fundamenta nuestra esperanza en un mañana mejor, más allá de toda crisis.

2. ¡Navidad! Una esperanza para el mundo

El llamado a la esperanza durante este Jubileo responde a una necesidad vital. Vivimos en un mundo atrapado en el torbellino de la desesperanza, un malestar profundo cuyas consecuencias son devastadoras para la vida humana. No pasa un solo día sin que los medios de comunicación nos inunden de malas noticias: desastres naturales provocados por la agresión del ser humano contra la naturaleza, conflictos armados, injusticias de todo tipo y el dominio del más fuerte sobre el más débil.

Los jóvenes de nuestra sociedad —especialmente en África y, de modo particular, los jóvenes de nuestra Archidiócesis de Bouaké— afrontan innumerables dificultades que ahogan su deseo de luchar por una vida digna. Muchos acaban cayendo en vicios deshumanizadores: drogas, corrupción moral, violencia... Algunos se embarcan en aventuras desesperadas —el banditaje, la travesía del mar— de las que, si sobreviven, salen marcados para siempre. Otros prefieren, a costa de su dignidad, los atajos de un enriquecimiento rápido, ilusorio y destructivo. Todos estos caminos conducen, tarde o temprano, al callejón sin salida de la desesperanza.

El Jubileo Ordinario de 2025, consagrado a la esperanza, llega, por tanto, en un momento providencial para devolver fuerza y coraje a quienes se sienten desorientados y decepcionados por una existencia que parece no tener salida. “La esperanza cristiana —afirma el Papa en la Bula de convocación— no engaña ni defrauda, porque se funda en la certeza de que nada ni nadie podrá jamás separarnos del amor de Dios” (n. 3).

La esperanza nos permite atravesar las di-





ficultades y “seguir avanzando en la vida”. En un mundo cuyo horizonte está oscurecido por las crisis y las guerras, la Estrella de Belén brilla en la noche de Navidad como un faro de esperanza, y la gloria de Dios vuelve a cubrir la tierra. “La gloria de Dios es la paz”, decía Benedicto XVI. “Donde Él está, hay paz. Él se encuentra donde los hombres no pretenden convertir la tierra en un paraíso por sí mismos recurriendo a la violencia”. Está junto a los que tienen el corazón vigilante, a los humildes, a quienes están en sintonía con la grandeza de su amor. A ellos les entrega su paz, para que, por medio de ellos, la paz entre en el

mundo”.
(Homilía de la Misa del Gallo, 2008)

3. ¡Navidad! Una esperanza para nuestra Iglesia jubilar de Bouaké

La Providencia ha querido que la celebración del Gran Jubileo de 2025 coincida con el centenario de la evangelización de Bouaké (1925-2025). La esperanza que nace en Navidad con el Príncipe de la Paz, venido a habitar entre nosotros para salvarnos, reaviva nuestra alegría de vivir. Acojamos con gratitud la invitación del Papa a ser peregrinos de la esperanza, continuando la misión evangelizadora.

Los habitantes de nuestra diócesis conservan aún las dolorosas heridas de la crisis político-militar de 2002-2011, cuyo epicentro fue la ciudad de Bouaké. Pero debemos seguir adelante. La esperanza traída por el Príncipe de la Paz en la Navidad nos invita a levantarnos y caminar. El gran desafío que nos espera al término de este Jubileo es despertar, alimentar y fortalecer la esperanza en la vida del Pueblo de Dios. En el arduo camino hacia la paz, la Estrella de Belén se nos aparece como un faro que enciende en nosotros la certeza de que nada está perdido y de que siempre es tiempo de seguir avanzando en la vida.

COSTA RICA: ARCHIDIÓCESIS DE SAN JOSÉ



Cristo quiere nacer en nuestro corazón

por + José Rafael Quirós Quirós
Arzobispo de San José

"Hoy, en la ciudad de David, ha nacido para ustedes un Salvador, que es el Mesías y el Señor." Con este anuncio el ángel nos comunica la noticia central de la historia humana, motivo de inmensa alegría para todos sin exclusión: en una mísera gruta, Dios nace como niño para dar a quien le acoge la vida verdadera y a los pueblos la reconciliación y la paz. Él es nuestra Paz, única fuente de paz. Con el gozo extraordinario que suscita en nuestros corazones esta verdad, como cristianos anhelamos que la Navidad reavive en cada uno el anhelo de abrir el corazón y de

acoger a Cristo que sale a nuestro encuentro.

Hoy, como aquellos pastores, la humanidad entera es convocada a ponerse en camino y contemplar el misterio de la "Palabra hecha carne". En el Verbo Eterno recién nacido, "envuelto en pañales y acostado en un pesebre", reconocemos a nuestro Salvador, el «Dios con nosotros», el Emmanuel quien viene para guiar nuestros pasos por el camino de la verdadera paz.

Dios única fuente de amor, se acerca a nosotros en la humildad de nuestra carne para transformarla. "Desde el nacimiento, él no pertenece al ámbito de lo que es importante y poderoso en el mundo. Y, sin embargo, este que carece de importancia y de poder, demuestra ser el verdaderamente poderoso, aquel de quien, en última instancia, depende todo."

Al descubrir el clima de pobreza, humildad y sencillez en que tuvo lugar el nacimiento del Señor, debe despertarse en nosotros el esfuerzo que reclama una actitud moral para vivir como Cristo que "siendo rico se hizo pobre por nosotros". Es Jesús mismo quien nos envía a ser portadores de paz y predicar así el mensaje que hoy y siempre el mundo está necesitando. Con ello nos dice: basta de guerras y menosprecio por la vida. Toda persona y pueblo merecen respeto. Que se escuche un cántico por la vida en lugar de disparos destructores.

Porque somos hijos de Dios, valoramos la vida como un regalo suyo y cuyo destino divino nos hace herederos de la vida eterna.

La encarnación del Hijo de Dios dice a la humanidad entera, que el ser humano por sí mismo no lo puede todo, por ello, nuestro mensaje ha de ser siempre resonancia de esta voz que nos llega desde el cielo.

De labios del mismo Jesús aprendimos que Él habita en los frágiles, los desamparados y los necesitados: "En verdad les digo que, cuando lo hicieron con alguno de los más pequeños de estos mis hermanos, me lo hicieron a mí." Dios está con los humildes, se identifica con ellos y nos invita no sólo a sensibilizarnos con las familias de escasos recursos o con los hermanos "menos privilegiados" en esta época del año, sino a encarnar los mismos sentimientos de Cristo que se hizo pobre para enriquecernos a todos con los más nobles y humanos sentimientos. Ciertamente, el Señor desde el pesebre nos invita a compartir



con los que menos tienen, pero, sobre todo nos llama a actuar contra todo egoísmo y prepotencia, contra cálculos políticos viciados o decisiones económicas injustas que lleven a los hermanos a verse privados de satisfacer sus necesidades básicas y fundamentales.

La Navidad será siempre un llamado a un cambio de actitud que defina las relaciones de los seres humanos en función de valores superiores, como el bien común o el pleno desarrollo «de todo el hombre y de todos los hombres».

Dispongamos nuestro corazón a Dios que se presenta en un niño y quiere ser recibido en nuestros brazos. Ese Dios, “en la debilidad y en la fragilidad esconde su poder que todo lo crea y transforma. Parece imposible, pero es así: en Jesús, Dios ha sido un niño y en esta condición ha querido revelar la grandeza de su amor, que se manifiesta en la sonrisa y en el tender sus manos hacia todos.” Este es el mensaje de hoy siempre, “Cristo es nuestra Esperanza”.



ECUADOR: ARCHIDIÓCESIS DE QUITO



Una Navidad de Esperanza

por + Alfredo José Espinoza Mateus, SDB
Arzobispo de Quito y Primado del Ecuador

La gran invitación del recordado Papa Francisco fue, que cada uno de nosotros seamos, "Peregrinos de Esperanza". Y nosotros, desde la luz del 53º Congreso Eucarístico Internacional celebrado el año anterior en Quito, hicimos nuestro el reto de "hacer vida el sueño de la fraternidad". Y Francisco confirmó este sueño cuando se refirió a la fraternidad como base de esperanza del mundo, y lo hizo en las vísperas de este año 2025. "Sí, afirmó él, la esperanza del mundo está en la fraternidad...". Y se preguntó: "¿La esperanza de una humanidad fraterna es sólo un eslogan retórico o tiene una base sólida sobre la que construir algo estable y duradero?".

¿Dónde encontramos la respuesta a esta pregunta? "La respuesta la da la Santa Madre de Dios mostrándonos a Jesús. La esperanza de un mundo fraterno no es una ideología, no es un sistema económico, no es el progreso tecnológico, sino que se trata del Hijo encarnado, enviado por el Padre para que todos podamos convertirnos en lo que somos: hijos del Padre que está en los Cielos, y, por lo tanto, hermanos y hermanas entre nosotros" (Francisco).

¿Qué mensaje esperanzador ofrece la Navidad en un mundo a menudo sin paz? Nosotros desde lo profundo de nuestra fe, podemos responder que la esperanza nos la trae un Niño que nace

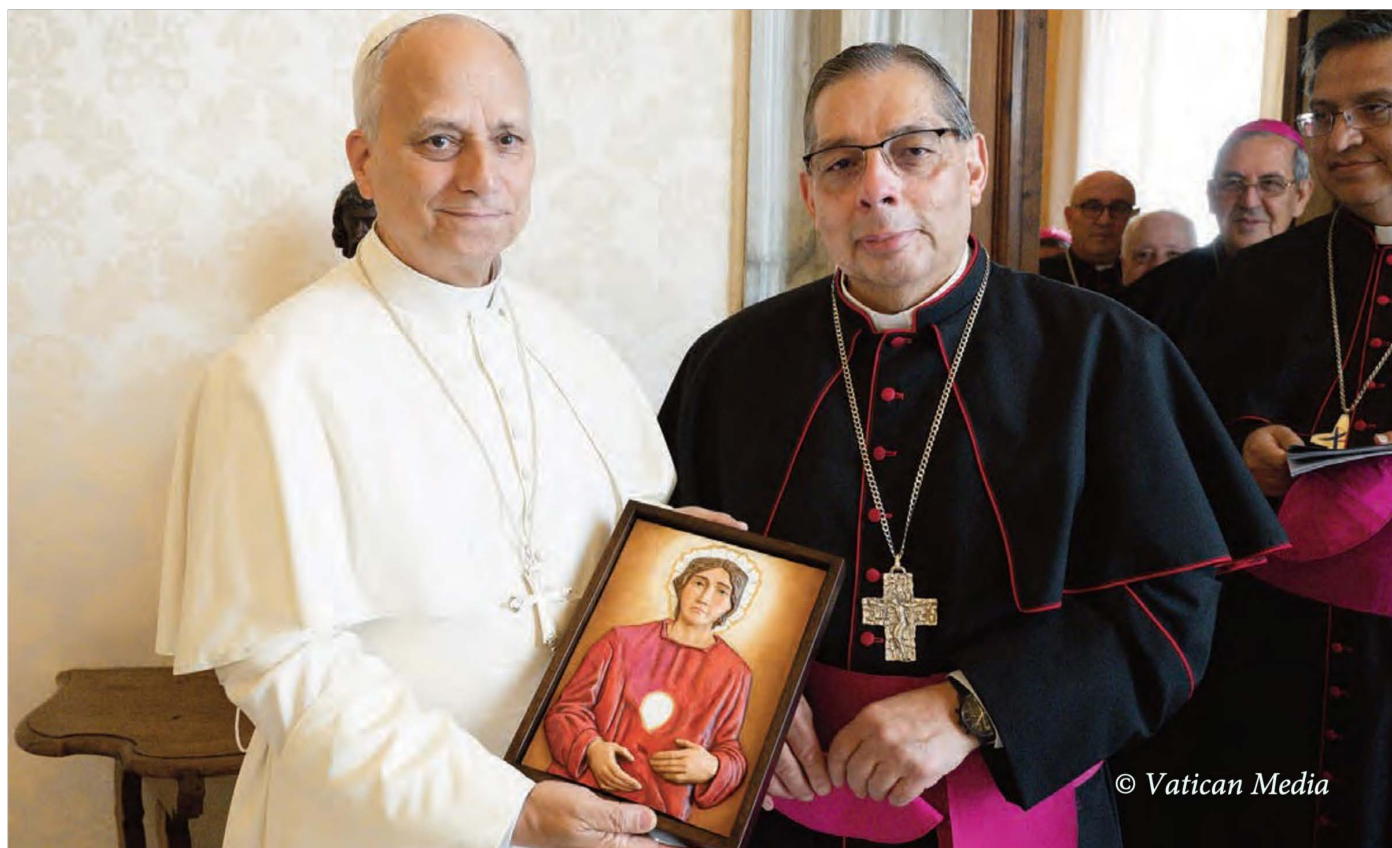
en un portal, que tiene por casa un establo y que viene envuelto en sencillez y en pobreza.

En este tiempo de Navidad resalto la figura de José, el "gran soñador". Él es el "hombre capaz de soñar", porque Dios le habla en sueños, pero, no es un soñador fantasioso, sino un hombre con los pies en la tierra que actúa sobre lo que soñaba.

Nosotros, como José, debemos soñar en el anhelo de Dios, la fraternidad y la paz. Dios nos habla en esta Navidad para que esos sueños los hagamos realidad. No nos podemos quedar soñando, hay que actuar y hay que caminar. Estamos invitados a realizar ese camino como Iglesia Sinodal, y al hacerlo haremos vida el gran legado del Jubileo.

La Navidad es mucho más que luces, regalos, villancicos, adornos y encuentros familiares. Aunque estos elementos forman parte de la celebración y nos llenan de alegría, el corazón profundo de la Navidad es un mensaje de una confianza plena en Dios. Una confianza que no es ingenua ni frágil, sino fuerte y luminosa, capaz de sostenernos incluso en los tiempos más difíciles.

¿Qué voz debemos escuchar en Navidad? ¿Es posible en este mundo, lleno de ruido, de tensiones sociales, guerras y conflictos, escuchar la voz que nos habla desde la Navidad? La Navidad irrumpe como un susurro de paz. No será un grito o una voz





fuerte, es una voz baja que llega al corazón de cada persona de fe cuando se postra ante el misterio de la Navidad y escucha a ese infante que habla de que la paz es posible, de que es posible la fraternidad y la esperanza de un mundo en paz, pero una paz que debe ser asumida por cada uno como auténtico "Peregrino de Paz".

La luz de Cristo que nace en Belén debe iluminar el mundo. Jesús desde Belén nos dice que no estamos solos, de que la luz sigue venciendo las tinieblas y de que el amor se hace presente en medio de lo cotidiano.

La Navidad nos habla de una promesa cumplida. Israel ha esperado por siglos al Mesías, el Salvador. En el silencio de la noche de Belén, esa esperanza se hizo realidad en la forma más inesperada: un niño envuelto en pañales, acostado en un pesebre. Vino en humildad y ternura. Jesús, es el rostro visible de un Dios que no se queda lejos, sino que elige entrar en nuestra historia, compartir nuestra humanidad, y abrirnos un camino de redención.

Es la gran esperanza que nos trae la Navidad. Hoy, debemos dejarnos encontrar por ese Dios hecho carne, que viene, que se acerca y que nos habla de esperanza y de paz. Hoy debemos escuchar esa voz que nos recuerda que incluso cuando todo parece estar perdido, Dios está obrando, está sembrando semillas de novedad, semillas de paz. Dejémonos sorprender por ese Dios; seamos capaces de hacer germinar esas semillas en nosotros y convertirnos al mismo tiempo en sembradores de esperanza y de paz en el mundo, comenzando por nuestra propia casa.

El Papa León XIV nos invita a construir esa paz, lo dijo desde el primer momento cuando habló de "una paz desarmada y desarmante". Además, afirmó que: "Dios nos quiere, Dios los ama a todos, ¡y el mal no prevalecerá! Todos estamos en las manos de Dios. Por lo tanto, sin miedo, unidos de la mano con Dios y entre nosotros, sigamos adelante".

No podemos detenernos, sigamos adelante. Este Jubileo es una invitación a caminar. Hay que seguir caminando como mensajeros de esperanza. Es el compromiso al que invitó a los jóvenes el Santo Padre: "El mundo necesita mensajes de esperanza: ustedes son ese mensaje y deben seguir llevando esperanza a todos".

Al contemplar el pesebre, asumamos ese reto, el gran reto que nos trae Jesús, el Emmanuel acostado entre pajas y heno. Seamos "mensajeros de esperanza" y al mismo tiempo, seamos "un mensaje de confianza en Dios para los demás".



EGIPTO: VICARIATO DE ALEJANDRÍA DE EGIPTO



La creación de espacios de diálogo

por + Claudio Lurati
Obispo, Vicario Apostólico

Nos preparamos para la Navidad con el alivio que supone la frágil tregua en Tierra Santa, contrapesada, por desgracia, por la trágica situación en Darfur, en el oeste de Sudán, donde la reciente toma de El-Fasher por parte de las milicias de las Rapid Support Forces ha provocado terribles masacres, como recordó recientemente el Papa.

Todos los conflictos de la región repercuten de manera evidente en Egipto, tanto por el número de refugiados que llegan —solo desde Sudán, un millón en dos años— como por el agravamiento de la crisis económica, que castiga, como siempre, a los sectores más vulnerables de la población.

Valoramos cada vez más la paz de la que gozamos en este país. La Navidad se acerca con sus rituales y celebraciones. De hecho, la festejamos dos veces: una según el calendario occidental, el 25 de diciembre, y otra según el calendario oriental, el 7 de enero, día que además es festividad nacional para todos.

Numerosas iglesias preparan conciertos de cantos navideños, muy apreciados por todos, también por nuestros hermanos de otras religiones, y capaces siempre de transmitir un mensaje de paz, esperanza y alegría. Con frecuencia los conciertos van acompañados de mercadillos en los que diversas organizaciones benéficas se movilizan para recaudar algunos fondos destinados a sus actividades.

No es raro encontrar árboles de Navidad instalados en tiendas o espacios públicos, incluso fuera de los ambientes cristianos.

Se acerca asimismo la conclusión del Año Jubilar, que ha representado una gran ocasión de gracia gracias a las numerosas iniciativas que hemos podido proponer y por la respuesta que hemos encontrado entre la gente, confirmándonos que la expectativa era grande y que la palabra “esperanza” es capaz de suscitar sentimientos y acciones que reavivan una juventud a menudo adormecida, aunque profundamente deseada.

Las ocasiones han sido muchas: para los jóvenes, los niños, los enfermos, los afligidos en busca de consuelo, los consagrados, los misioneros. Han permitido a las diversas realidades de la diócesis conocerse y expresar gratitud por el camino común de la fe.

Entre las numerosas iniciativas puestas en marcha, el pensamiento vuelve con frecuencia a la peregrinación a Samalut —una ciudad del Alto Egipto, a 250 km al sur de El Cairo— al santuario donde reposan los 21 mártires de Libia, aquellos 21 cristianos que el 15 de febrero de 2015 sufrieron el martirio en Libia a manos del ISIS. Creo que todos recordamos a estos jóvenes trabajadores, alineados en la playa con sus monos naranjas, y, en imágenes posteriores, su sangre fluyendo en el agua.

La Iglesia copta ortodoxa hizo todo lo posible para recuperar sus cuerpos y traerlos de vuelta a casa: el santuario se encuentra cerca del pueblo de origen de la mayoría de estos jóvenes. A menudo pensamos en los mártires como en algo propio de siglos pasados; sin embargo, encontrarse en el lugar donde la fe de

estos mártires se formó y consolidó hasta afrontar el sacrificio extremo, conocer a

los miembros de sus familias, sumergirse en una Iglesia que conserva tan vivo el recuerdo de estos hijos suyos, estar en el lugar donde reposan... todo ello ha dejado una profunda impresión en todos y ha revelado el rostro de una esperanza que sabe con certeza que “no defraudará” (Rom 5,5).

Nuestra realidad, numéricamente pequeña, vive en un contexto marcado por dos grandes tradiciones religiosas milenarias: la cristiano-copta y la musulmana. La faraónica pertenece más bien a la historia y... a los turistas.

Están la historia bíblica, el Sinaí y Moisés, la Sagrada Familia. Y luego el Cristianismo de los orígenes, la escuela teológica de Alejandría y el monacato: san Atanasio y san Antonio Abad como grandes modelos. Si lo miramos bien, la Iglesia egipcia ha sido también un importante ejemplo de inculturación, pues la lengua copta —descendiente directa de la antigua lengua de los faraones— fue empleada desde el principio en la liturgia. Probablemente no sea ajeno a este hecho extraordinario que en Egipto se haya mantenido hasta hoy una presencia cristiana significativa, mientras que en el resto del Norte de África el Cristianismo desapareció. Hoy la lengua copta ha sido prácticamente





sustituida por el árabe, pero la vitalidad de esta Iglesia sigue impresionando.

La otra gran tradición es el Islam, que impregna profundamente la estructura de la sociedad. Y conviene decir desde el principio que se trata de una sociedad islámica acostumbrada a convivir con una presencia cristiana también numéricamente relevante. Los lugares de culto cristianos gozan asimismo de respeto y protección. No faltan tensiones locales, pero es justo mencionar también la creación de espacios de diálogo y de resolución de conflictos.

Entre los muchos ámbitos en los que la Iglesia católica está presente y actúa, subrayo especialmente dos, que resultan particularmente reveladores para comprender qué entendemos por diálogo en la vida cotidiana.

Son decenas los dispensarios y ambulatorios que atienden diariamente a pacientes de toda procedencia, con costes mínimos y gracias a la generosidad de tantos profesionales que, junto a su actividad remunerada, dedican un espacio al prójimo más necesitado.

En segundo lugar, más de 170 escuelas católicas: abarcan desde infantil hasta secundaria. Esto significa que cada año más de 200.000 alumnos —mayoritariamente musulmanes— reciben en nuestros centros una educación basada en el respeto y el conocimiento recíproco. Un servicio muy valorado. Deseo a todos una Feliz Navidad y un feliz final de año junto a vuestras familias.



ESTONIA: DIÓCESIS DE TALLINN



Los belenes navideños poseen también una dimensión ecuménica

por + Philippe Jean-Charles Jourdan
Obispo de Tallinn

La tradición de elaborar belenes de Navidad es una actividad muy apreciada y popular en muchas partes del mundo y, para evitar que se perdiera en Estonia, fue recuperada en 2015. Cada año, al comienzo del Adviento, en el casco histórico de Tallin se inaugura la “calle de los belenes de Navidad”, donde las ventanas del centro histórico se adornan con belenes realizados por niños, jóvenes, escolares, familias y personas de diversas nacionalidades. Es un bello signo inicial del Adviento: en un periodo —noviembre y diciembre— en el que la oscuridad domina y las horas de luz son escasas, las ventanas se llenan de escenas navideñas luminosas. Esta costumbre, retomada hace apenas una década, pretende devolver al pueblo el misterio de la Navidad.

La calle de los belenes se engalana con abetos, guirnaldas e instalaciones luminosas que realzan aún más su belleza. Diseñada e iluminada con esmero, con sus escaparates festivos, ha resultado ser mucho más alegre de lo previsto y ha suscitado una atención muy positiva tanto entre los habitantes de Tallin como

entre los turistas, hasta el punto de convertirse en tema de conversación más allá de las fronteras del país.

Una tradición hermosísima, prohibida durante medio siglo bajo el dominio extranjero, vuelve hoy a traer alegría a muchos.

Crear un belén auténtico no es tarea sencilla; sin embargo, con muchas manos expertas, paciencia y un buen espíritu de colaboración, se convierte pronto en una ocupación grata que hace brillar los ojos de grandes y pequeños. Los propios artesanos han descrito cómo elaboran los belenes: cualquiera puede dar rienda suelta a la imaginación, pues existen infinitas posibilidades. Se pueden emplear papel, madera, arcilla, tejidos, masa de sal o incluso masa de pan de jengibre para modelar las figuras. Todo ello puede contemplarse en las ventanas del casco histórico de Tallin.

Las iglesias luteranas, además, han asumido con aprecio esta tradición católica y, en diciembre, instalan belenes ante los templos para anunciar el nacimiento del Príncipe de la Paz. La Navidad es un tiempo que une a personas y naciones, ofrece esperanza y luz a un mundo herido; resulta por ello especialmente significativo que los belenes estonios posean también una





dimensión ecuménica. Cada año, numerosas instituciones de todo el país desean exponer sus propios belenes para dar testimonio del milagro de la Navidad. Muy popular es también el mercado navideño, abierto durante

todo el Adviento y la Navidad en el centro histórico de Tallin. Incluso se afirma que figura entre los mercados navideños más hermosos del mundo. En la plaza del Ayuntamiento se expone igualmente un belén y una representación del Nacimiento.

Existe además la tradición de proclamar la “paz de Navidad” en las principales ciudades estonias. En Tallin, la capital, el alcalde se dirige al pueblo reunido desde una de las ventanas del Ayuntamiento, al mediodía del 24 de diciembre, diciendo: «Proclamo la paz de Navidad con las palabras de la reina Cristina: “Mañana, si Dios quiere, llegará el glorioso cumpleaños de nuestro Señor y Salvador”». Este rito, que se remonta al siglo XVII, nació durante el reinado de la reina Cristina de Suecia. Muchos participan en este acto, y el mensaje navideño de paz se retransmite por radio.

Y cuando llega la noche, los católicos se congregan en las iglesias para la Misa del Gallo, para estar juntos, compartir la alegría del nacimiento de nuestro Señor y Salvador y llevar esta buena noticia a quienes más la necesitan.

En Estonia, donde noviembre y diciembre son los meses más oscuros del año, la alegría de la Navidad enciende los corazones. Cuando finalmente llega la nieve —que suele caer desde principios de diciembre—, todo el país se llena de una luz blanca y silenciosa; y al recordar los belenes en las calles, en los hogares y en los templos, todo parece testimoniar que la oscuridad siempre puede ser vencida por la luz.



REINO DE ESWATINI: DIÓCESIS DE MANZINI



Signos de esperanza

por + José Luis Gerardo Ponce de León, IMC
Obispo de Manzini

Eswatini es un pequeño país del África austral, enclavado entre dos "hermanos mayores", Sudáfrica y Mozambique. El número de católicos es reducido, y por ello existe una sola diócesis — "una diócesis, un país" —. Es, sin embargo, una Iglesia viva, formada por personas profundamente comprometidas, que se convierten en un signo luminoso de esperanza en una región tantas veces herida.

Al mirar hacia atrás, puedo reconocer tres acontecimientos del año que termina y que todos conservamos en el corazón.

anteriores y se habían refugiado en Mozambique.

Nuestra diócesis, con el apoyo de nuestra hermana Cáritas Sudáfrica, logró reaccionar de inmediato: proporcionamos colchones y mantas al centro y organizamos una colecta de alimentos en todas las parroquias. La generosidad de nuestro pueblo fue conmovedora. Fue hermoso ver, en la catedral, a sacerdotes, religiosas —y al propio obispo— cargar los camiones con la ayuda y descargarla después en Malindza, junto con los refugiados y el personal del centro. El gobierno de Su Majestad, las autoridades del centro, otras Iglesias cristianas y los medios de comunicación reconocieron la rápida respuesta de la Iglesia católica ante esta tragedia, en un momento en que muchos celebraban la Navidad y el Año Nuevo.

En un tiempo en que algunos lugares del mundo tienden a culpabilizar a los refugiados de todos los males, la nación de Eswatini decidió acogerlos y cuidar de ellos con humanidad y respeto.

A finales de septiembre, nuestra diócesis tuvo el privilegio de acoger el Jubileo de Oro del IMBISA —el Encuentro Interregional de los Obispos del África Austral—, que reúne a las diócesis de nueve países de la región.

Por primera vez en nuestra historia recibimos a setenta y cinco obispos —cuatro de ellos cardenales—, veinticinco sacerdotes y veinticinco laicos.

Fue el acontecimiento eclesial más importante desde la visita de san Juan Pablo II en 1988.

Lo que quedará grabado en el corazón de todos, tanto de los visitantes como de los habitantes locales, será la celebración de la Misa dominical.

Recibidos por las St. Theresa's Drum Majorettes —un colegio femenino— y la Salesian Brass Band —escuela secundaria masculina—, nos dirigimos todos al gran pabellón donde tendría lugar la Eucaristía.

Hombres y mujeres vestidos con los trajes tradicionales danzaron para dar la bienvenida a los obispos. Se confeccionaron casullas especiales, elaboradas artesanalmente, para todos los prelados y sacerdotes.

Aquel día nos sentimos verdaderamente un solo cuerpo, una sola comunidad, una sola familia celebrando unida, donde cada persona conocía su papel y lo desempeñaba con naturalidad y belleza.

El coro —que difícilmente podría haber cantado mejor— eligió con cuidado himnos en siswati, sotho, portugués e inglés, haciendo que todos, locales y visitantes, se sintieran en casa.

Nuestros invitados nos preguntaron cuántas veces habíamos ensayado una celebración tan perfecta. La respuesta fue sencilla: "Solo una vez".

Nos habíamos reunido de forma espontánea, sin competencia, sin exhibicionismos, sin disputas por los lugares de honor.

Fue un verdadero signo de esperanza, para nosotros y para muchos, en una diócesis donde a veces experimentamos divisiones



El final de 2024 estuvo marcado por la violencia en el vecino Mozambique, donde la población protestaba contra los resultados de las elecciones presidenciales. De pronto, fuimos testigos del paso de centenares de personas que cruzaban la frontera hacia el Centro de Acogida de Refugiados de Malindza.

Se trata de un centro de dimensiones modestas —comparado con los de otros países— que habitualmente alberga a unos cuatrocientos refugiados, la mayoría procedentes de la región de los Grandes Lagos.

De la noche a la mañana, a causa de la violencia, el número de refugiados superó el millar, entre ellos muchos niños.

Aún más doloroso resultaba saber que la mayoría no eran mozambiqueños, sino extranjeros que ya habían huido de guerras

o rivalidades entre asociaciones. No esta vez. Nos vimos unos a otros bajo una luz nueva: una luz que debería guiarnos hacia el futuro. Hace poco hemos vivido también algo nuevo en nuestra historia diocesana. Llevamos años impulsando la Pontificia Obra de la Infancia Misionera (POIM). Este año la respuesta de los decanatos fue tan entusiasta que pudimos organizar un encuentro diocesano: más de setecientos niños de toda Eswatini se reunieron en Manzini para una jornada entera. Celebramos juntos la Eucaristía, seguida de un concurso entre cinco coros infantiles, que habían compuesto su propia música para el himno de la Obra. La parábola del Buen Samaritano fue dramatizada por dos parroquias, y hubo también danzas y cantos tradicionales. Su alegría, su energía y su entusiasmo fueron para nosotros un Evangelio vivo. Nuestros niños son nuestra esperanza —no solo del futuro, sino del presente—. Con ellos queremos seguir edificando la dióce-

sis. La Navidad, en su hondura, tiene siempre un sabor agridulce. Mientras celebramos el nacimiento del Niño que es nuestra Esperanza —con mayúscula—, recordamos también la dureza de su realidad: la búsqueda de un lugar en la posada, la experiencia del exilio, la fragilidad de una familia refugiada. Junto a las figuras conocidas de María, José y los pastores, me gusta imaginar a muchos otros —anónimos, ocultos— que cuidaron, protegieron y alentaron al Niño Jesús. Personajes invisibles en la historia de la salvación, pero portadores de esperanza para María y José. Nuestra pequeña nación, apenas conocida, rara vez aparece en los titulares. Permanece escondida, como tantos personajes del relato de la Navidad. Y, sin embargo, como el grano de mostaza del Reino, nuestros humildes signos de esperanza tienen fuerza para crecer, para extenderse, para llenar de vida no solo nuestra región, sino el mundo entero.



GAMBIA: DIÓCESIS DE BANJUL



El nacimiento de Jesús en el Año Jubilar de la Esperanza

por + Gabriel Mendy, CSSP
Obispo de Banjul

Al acercarse la Navidad, volvemos a traer a la memoria la historia del nacimiento de Jesús, tan conocida por todos. Revivimos asimismo los acontecimientos que precedieron a su venida: la Anunciación, el viaje de María y José a Belén, su nacimiento en un pesebre, el anuncio de la paz en la tierra proclamado por los ángeles, la visita de los pastores al Niño Jesús y la ofrenda de los Magos con sus dones simbólicos de oro, incienso y mirra. Reflexionemos con hondura sobre estos hechos durante el tiempo de Navidad y procuremos comprender la relevancia que encierran para nuestras propias circunstancias de vida.

En este Año Jubilar de la Esperanza se nos invita a renovar y reafirmar nuestra esperanza y confianza en Jesús, la puerta de nuestra salvación en Dios. Su nacimiento en Navidad, como Dios-con-nosotros, como Dios hecho hombre y Salvador de la humanidad, debería, por tanto, alentarnos y robustecer nuestra fe y nuestra esperanza en Él, fuente de nuestra reconciliación y de nuestra salvación. La celebración del nacimiento de nuestro Salvador en este Año Jubilar habría de inspirarnos a superar nuestros temores y dudas acerca de su poder para librarnos de las fuerzas del mal. Hemos de estar plenamente convencidos de su presencia viva y eficaz en medio de nosotros, confiando en que intervendrá en el momento oportuno para iluminar y sostener las tragedias y desastres que sufre el mundo de hoy. Porque la solemnidad de la Navidad nos asegura que el Niño Jesús es nuestra esperanza de libertad y de salvación, y que permanece a nuestro lado también después de la fiesta. Por eso hemos de esperar siempre en Él, incluso en los momentos de dolor y desconsuelo.

En Gambia vivimos en comunidades llenas de vitalidad, calidez, resiliencia y vínculos sociales sólidos. Hay alegría, risas, espíritu de vecindad y un profundo sentido de vida comunitaria en el que cristianos y musulmanes coexisten. Interactuamos de forma habitual, realizamos negocios juntos, compartimos nuestras comidas, celebramos mutuamente nuestras festividades y criamos a nuestros hijos en los mismos barrios. Sin embargo, también afrontamos desafíos y dificultades. Nuestros jóvenes buscan significado y orientación en un mundo cada vez más inestable y dividido. Algunas familias, con recursos muy limitados, se esfuerzan por atender las necesidades básicas de sus hijos. Otros despiertan cada día con serias preocupaciones por las tasas escolares, el alquiler, la enfermedad o el desempleo. También nuestros mayores guardan recuerdos de tiempos pasados mejores, y a veces se sienten olvidados o abandonados. Estas realidades generan con frecuencia sentimientos de desesperanza y decepción.

Según nos narran las Escrituras, el nacimiento del Niño Jesús no fue un acontecimiento plácido ni ordinario. Sus padres se vieron obligados, por un decreto del emperador César Augusto, a regresar a la ciudad de sus antepasados para inscribirse en el censo. A causa de ese masivo desplazamiento de población, no encontraron alojamiento, ni siquiera en la posada. Jesús nació, por consiguiente, en un pesebre: su vida estuvo rodeada de po-

breza e incertidumbre desde el inicio. Esto resulta significativo para nosotros, porque

muestra que Dios no creó un escenario perfecto antes de venir a nuestro encuentro; tampoco esperó a que el mundo estuviese en paz para enviar a su Hijo. Dios vino como un niño en el seno de una familia que atravesaba pobreza y dificultades. Así, revela con claridad que no existe ninguna situación demasiado desoladora o insoportable para su presencia. Si el Hijo de Dios nació en un pesebre, puede habitar igualmente nuestras casas y comunidades más frágiles. Nació en un mundo incierto; puede, por tanto, nacer también en corazones turbados, decepcionados u oprimidos.

A la luz de las circunstancias del nacimiento de Cristo, nuestra esperanza en Él como puerta de la salvación debe quedar plenamente fortalecida y renovada. Porque la esperanza no se fundamenta únicamente en lo evidente o en lo seguro. Nuestra esperanza en Jesús es la fuerza que nos impulsa cada mañana a levantarnos y a elegir parecernos más a Él, en su humildad y en su solidaridad con nosotros. Su nacimiento en Navidad habría de inspirarnos y, al mismo tiempo, desafiarnos a ofrecer esperanza a los demás respondiendo a sus necesidades más esenciales. Igualmente debemos servir a los ancianos, a los enfermos, a los vulnerables y a los marginados de la sociedad. Estos gestos de caridad y de servicio —invisibles para muchos— son precisamente los lugares donde la luz de Cristo resplandece con mayor intensidad. Podemos ser signos de esperanza cuando nos decidimos a ser instrumentos de paz, relacionándonos cordialmente unos con otros como prójimos y no como extraños. De hecho, Jesús nos exhorta en Mc 12,31 a amar al prójimo como a nosotros mismos. Cuando nos amamos sin distinción de estatus o identidad, nos convertimos en otro Cristo que vive en nuestra comunidad, y nuestra esperanza se hace más auténtica y perceptible.

Nuestra esperanza en Jesús no implica negar las dificultades o las adversidades de la vida. Es, más bien, una certeza que nos inspira a creer que Dios permanece presente en nuestras vidas aun en medio del sufrimiento. Como afirma el libro de Job (Jb 14,7-9): «Porque hay esperanza para un árbol: si es talado, aún puede brotar y no cesarán sus renuevos. Aunque sus raíces envejecen bajo la tierra y su tronco muera en la tierra seca, bastará el agua para que brote de nuevo y produzca ramaje como una planta joven». Estas palabras muestran con claridad que incluso cuando la destrucción y la incertidumbre dominan el entorno, sigue siendo posible un renacimiento.

En un mundo marcado por la guerra, la violencia, el odio y los desastres ambientales, Jesús permanece como nuestra fuente de esperanza, nuestro Príncipe de la Paz. Él nos sigue ofreciendo su paz conforme a la promesa de Jn 14,27. Nos ha asegurado una paz que el mundo no puede dar, de modo que no debemos dejar que nuestro corazón se turbe ni se acobarde. La paz de Cristo no depende de las circunstancias ni se experimenta solo cuando todo es perfecto y está en orden; es, más bien, una paz que nos sostiene y alienta incluso cuando todo alrededor es incierto. Este es el milagro de la Navidad que nos ofrece nuestro Príncipe de la Paz y fuente de esperanza. Él ha entrado en el desorden de nuestras vidas con su fortaleza serena y su amor si-

lencioso. Se ha convertido en nuestra ancla, permitiéndonos resistir luchas, dolores e incertidumbres.

Hoy nuestro mundo está claramente más dividido, inestable y empobrecido. En diversos países y regiones se producen desastres naturales y provocados por el ser humano. También existen conflictos interiores que jamás llegan a los titulares, pero pesan gravemente en la mente y en el corazón de personas y minorías. Hay quienes no empuñan armas, pero cargan con ira, resentimiento, decepción o miedo. En tales circunstancias, la paz del Niño Jesús nos interpela a todos a buscar soluciones políticas y sociales a los conflictos y, al mismo tiempo, la reconciliación interior y espiritual entre Dios y la humanidad.

El nacimiento de Jesús en Navidad nos invita a vivir el mismo amor que Dios ha manifestado mediante su Hijo. Un amor que perdona y abraza, y que constituye el camino hacia la paz que nace en el corazón y se extiende al mundo que nos rodea. Cuando amamos con compasión, perdonamos con misericordia y servimos con humildad, nos convertimos en instrumentos de la paz que el Niño Jesús trajo a un mundo inquieto. Como decía la Madre Teresa: «El fruto del silencio es la oración; el fruto de la oración es la fe; el fruto de la fe es el amor; el fruto del amor es el servicio; y el fruto del servicio es la paz». Por tanto, la paz de Cristo no es una ilusión ni algo inalcanzable. El don de paz que el Niño Jesús nos ofrece brota del amor y crece allí donde el amor es practicado. Nace donde los corazones están dispuestos a cuidarse mutuamente. En la diócesis de Banjul vemos a Jesús, Dios-con-nosotros, de maneras reales y concretas: en nuestros sacerdotes, religiosos, catequistas y maestros, que guían a los niños y a los nuevos creyentes con amor y paciencia; en los grupos de mujeres y hombres que se apoyan unos a otros; y en la Eucaristía que celebramos, en los momentos de oración y en los retiros espirituales.

Al acercarnos a la conclusión del Año Jubilar de la Esperanza, se nos invita a reflexionar, a perdonar y a vivir la paz de Cristo en nuestras relaciones. Porque el Año Jubilar no ha sido solo una celebración marcada en el tiempo: ha sido un viaje interior hacia la reconciliación con Dios y con los demás. Para nosotros ha abierto la puerta a la sanación; ha despertado el deseo de reparar relaciones quebradas; y ha renovado nuestras parroquias y nuestra diócesis. Muchos han encontrado valor en el Sacramento de la Reconciliación para pedir perdón a Dios y perdonar a quienes les habían herido. Otros han retomado con mayor intensidad su vida cristiana y de oración. También ha habido quienes afrontaron sus luchas personales con honestidad y humildad, y han descubierto, quizá por primera vez, el amor incondicional de Dios hacia ellos en Jesús, esperanza de su salvación.

Estos frutos y dones que el Año Jubilar nos ha concedido no desaparecen con su clausura. La conclusión del Año Jubilar nos pide simplemente que llevemos con nosotros el espíritu de esperanza en Jesús para toda nuestra vida. Al término del Año Jubilar esperamos «llevar a término la obra buena que Dios ya ha



comenzado en nosotros». La gracia del Jubileo debe convertirse ahora en el ritmo cotidiano de nuestra vida: en la manera en que amamos, perdonamos y servimos. Seremos así asistidos y guiados por Jesús, que ahora habita y vive entre nosotros en su humanidad.

La fiesta de la Navidad no es simplemente una celebración. Es también un momento para asemejarnos a Cristo y convertirnos en signo de la presencia de Dios para los demás. Nos asemejamos a Cristo cuando hablamos con amabilidad incluso ante la agresión, cuando somos pacientes en un mundo acelerado, cuando perdonamos en la dificultad, cuando damos sin esperar nada, cuando sostenemos a otros aun desde nuestra pobreza, cuando oramos por todos —también por quienes nos adversan—, cuando actuamos como agentes de paz en la sociedad y cuando escogemos el amor allí donde el amor parece ausente. Porque la Navidad nos recuerda que Dios está siempre con nosotros y que se hizo uno de nosotros para que pudiésemos llegar a ser como Él. El Niño Jesús no permaneció en el pesebre: creció, trabajó, manifestó la gloria de Dios y recorrió la historia. También nosotros somos llamados a crecer, a perseverar en la fe, la esperanza y el amor, y a configurarnos con Él. Podemos afrontar desafíos, pero hemos de entender que no estamos llamados a afrontarlos solos: Jesús camina siempre con nosotros y, puesto que Él está con nosotros, podemos a la vez caminar junto a los más pequeños de sus hermanos y hermanas en medio de nosotros.

Debemos, por tanto, continuar sosteniéndonos mutuamente con compasión, alentando a nuestros jóvenes y guiándolos con sabiduría, y cuidando con ternura a los ancianos y a los enfermos. Cuando vivimos así, la esperanza en Jesús como puerta de nuestra salvación se acrecienta, nuestro amor se profundiza y nuestra fe se hace visible.

Como la estrella que en otro tiempo guio a los pastores y a los Magos hacia el pesebre, que la luz de Cristo ilumine nuestros pasos hacia el Año Nuevo. Que seamos un pueblo de paz, una comunidad de corazón abierto y un signo vivo de esperanza. Caminemos juntos, renovados, reconciliados y llenos de esperanza. El Año Jubilar de la Esperanza puede concluir, pero la gracia de Dios permanece. La celebración puede terminar, pero la misión continúa.

ALEMANIA: ARQUIDIÓCESIS DE HAMBURGO



Navidad en la Archidiócesis de Hamburgo

por + Stefan Heße
Arzobispo de Hamburgo

Para nosotros, los cristianos, la Navidad es la fiesta de la Encarnación de Dios, que hace visible y palpable el amor divino. En la Archidiócesis de Hamburgo este mensaje cobra vida de múltiples maneras, en el corazón de una metrópoli vibrante marcada por el comercio, la cultura y el internacionalismo, pero también por la soledad y la preocupación. Precisamente aquí constatamos cómo la Iglesia no es solo un lugar de fe, sino también un espacio de encuentro y comunión.

Una característica particular de nuestra Archidiócesis es la cooperación ecuménica, ya perceptible durante el Adviento. En muchos distritos, las comunidades católicas y protestantes invitan conjuntamente a la población a celebraciones ecuménicas. Estos encuentros, más allá de las fronteras confesionales, expresan la esperanza común que compartimos en el Adviento y la Navidad. La música desempeña tradicionalmente un papel central en Hamburgo durante el Adviento y la Navidad. Muchas de nuestras parroquias organizan interpretaciones del Oratorio de Navidad, una costumbre con una larga tradición especialmente arraigada en las iglesias protestantes locales. Esta música, festiva y espiritual a la vez, une a personas de diversas procedencias y edades, y abre los corazones al mensaje de paz y alegría.

También la cultura navideña de la ciudad forma parte integrante

de la vivencia común: una tradición especialmente apreciada son los mercadillos de

Navidad escandinavos, organizados por las Iglesias de los Marinos Nórdicos en la zona portuaria. Los visitantes pueden degustar especialidades típicas de los países nórdicos, como el glögg (vino caliente sueco), jamón de reno y productos artesanales, durante dos fines de semana de noviembre. Estos mercadillos combinan el encanto nórdico con la tradición marítima, un vínculo que encaja plenamente con Hamburgo, ciudad portuaria y de inmigración.

Un momento muy especial del Adviento es la Luz de la Paz, distribuida cada año el tercer domingo de Adviento por los Scouts de la Archidiócesis. Esta luz de Belén, transmitida de mano en mano por todo el mundo, es un símbolo poderoso de paz, esperanza y unidad. Nos recuerda que la Navidad no es solo la conmemoración del nacimiento de Cristo, sino también una invitación viva a llevar luz al mundo, especialmente en tiempos de incertidumbre.

Asimismo, la comunidad marítima de Hamburgo desempeña un papel importante. Desde 1953, el programa radiofónico Greetings on Board de la Radio y Televisión de la Alemania Septentrional (NDR) envía felicitaciones a marinos de todo el mundo, con grabaciones realizadas, entre otros lugares, en la Misión de los Marineros y en el Club de Marineros Duckdalben de Hamburgo. Esta tradición muestra de manera elocuente que nuestra Iglesia y nuestra ciudad no olvidan a quienes están lejos de casa



en Navidad y desean permanecer unidos en la fe y en la comunidad.

La Navidad se vive de un modo particularmente intenso en la Catedral de Santa María de Hamburgo: el belén de la Catedral se va montando progresivamente durante el Adviento. Cada semana aparecen nuevos paisajes y escenas que dan vida a la historia del nacimiento de Cristo. Para los visitantes, ello permite experimentar de modo tangible el camino que va de la espera del Adviento a la celebración del nacimiento del Señor. Las escenas cambiantes invitan a detenerse, contemplar y reflexionar. Este año, por primera vez, se ha organizado también un Camino de los Belenes que conecta las distintas iglesias.

Resulta especialmente conmovedor el compromiso de las mujeres refugiadas ucranianas, que interpretan los tradicionales cantos navideños de su país en la plaza de la Catedral de Santa María. Sus voces expresan esperanza, vínculo con su patria y confianza en la fuerza de la comunidad, justo en el corazón de Hamburgo, donde tantas personas buscan refugio y paz. Estos encuentros convierten a la Archidiócesis de Hamburgo en un lugar de solidaridad vivida y de intercambio cultural durante el tiempo de Navidad.

En estas fechas, invito a todos los habitantes de Hamburgo a reflexionar sobre lo esencial, buscar la comunidad y compartir la Buena Nueva. La Navidad no es solo una fiesta del pasado, sino una llamada viva a acoger a Cristo en nuestras vidas y en nuestra



ciudad. Que la luz del Belén de la Catedral de Santa María, la Luz de la Paz de los Scouts y las voces de quienes nos rodean iluminen vuestros corazones y os acompañen durante el tiempo navideño.



JAPÓN: DIÓCESIS DE NIIGATA



Dar testimonio de la esperanza heredada de los mártires

por + Daisuke Narui, SVD
Obispo de Niigata

La población de Japón ronda los 125 millones de habitantes, de los cuales aproximadamente 418.000 son católicos, es decir, cerca del 0,4% del total. Aunque los católicos constituyen una minoría muy reducida, al acercarse la Navidad las ciudades japonesas se llenan de adornos e iluminaciones, y proliferan los tonos rojos y verdes. Los árboles navideños se exhiben en múltiples espacios y suenan villancicos. Curiosamente, en Japón existe la tradición de la “tarta de Navidad”, disponible tanto en supermercados como en tiendas de conveniencia. El 24 de diciembre los niños comen pastel, los jóvenes salen a divertirse y el ambiente es festivo. Aquella noche los niños reciben regalos de Papá Noel. Muy pocos, sin embargo, saben que la Navidad es la celebración del nacimiento de Jesucristo.

Lo que encuentro particularmente significativo de la Navidad en Japón es lo que ocurre en las escuelas infantiles católicas. Existen alrededor de 750 guarderías y escuelas infantiles regidas por la Iglesia. Debido al envejecimiento del clero y de los religiosos, muchas ya no cuentan con hermanas, hermanos o sacerdotes trabajando en ellas; en no pocos casos, tampoco con maestros bautizados. Y, pese a ello, en estos centros se enseña a los pequeños: «La Navidad no es un día para comer tartas y manjares. La Navidad es el día en que Dios, nuestro Salvador, nació entre nosotros. Dios ama de manera especial a quienes sufren dificultades.

En Navidad, seamos amables con quienes lo pasan mal y recemos por ellos». Los niños celebran así la Natividad, oran por los necesitados y ofrecen pequeñas donaciones. Aunque casi ninguno de ellos llega a recibir el bautismo, se nutre la esperanza de que, sean católicos o no, crezcan aprendiendo desde la infancia a orar —especialmente en Navidad— y a practicar obras de caridad.

Un rasgo notable del cristianismo en Japón es el ejemplo luminoso de sus mártires. Pertenecemos a la diócesis de Niigata. En Yonezawa, en el centro de la diócesis, cincuenta y tres cristianos fueron martirizados el 12 de enero de 1629, y en 2008 fueron inscritos en el catálogo de los Beatos.

Los mártires de Yonezawa —Luis Amakasu Uemon y otros cincuenta y dos fieles— eran todos laicos: treinta hombres y veintitrés mujeres. Entre ellos, según se dice, había niños pequeños: dos de un año, cinco de tres años y dos de cinco. Ninguno era sacerdote o religioso. Muchos habían sido bautizados solo en los dos años previos.

Por aquel entonces, la comunidad cristiana de Yonezawa rondaba los 3.000 fieles, incluidos los mártires.

No residían allí sacerdotes ni religiosos; recibían los sacramentos y aprendían el catecismo únicamente cuando un sacerdote conseguía visitarlos. En la vida diaria, los creyentes se reunían en





grupos llamados «Grupo de la Santísima Virgen» y «Grupo del Santísimo Sacramento». Bajo la guía de laicos, crecían en la fe, oraban juntos y practicaban obras de misericordia. Cuidaban a los enfermos, ayudaban a los pobres y servían sin hacer distinciones sociales.

Y, pese a que en tantas regiones del Japón los cristianos eran perseguidos y asesinados, aquellos hombres y mujeres arriesgaban deliberadamente su vida por confesar su fe. El día de Navidad de 1628, uno de ellos fue advertido de que, si no renunciaba a Cristo, su vida correría grave peligro. Rehusó y celebró solemnemente la Navidad. Depositaban su esperanza úni-

camente en Cristo. Por su caridad y su testimonio, eran profundamente respetados incluso por los gobernantes locales.

El 11 de enero del año siguiente, pese a los esfuerzos de las autoridades por salvarlos, la sentencia de muerte fue confirmada. Al día siguiente, los mártires caminaron sobre la nieve hasta el lugar de la ejecución. Allí, cuenta la tradición, los funcionarios se dirigieron a la multitud con estas palabras: «Inclinaos ante ellos, porque quienes van a morir aquí son personas nobles que entregan la vida por su fe».

La palabra «mártir» proviene del griego y significa «testigo». Los mártires dieron testimonio de su fe y su esperanza en Cristo no solo con su muerte, sino también con su vida, viviendo como Jesús nos enseñó. Y esta herencia de esperanza ha pasado a la Iglesia de hoy.

En la actualidad, Japón goza de libertad religiosa, y nadie muere por su fe. Sin embargo, son muy pocos los que creen en alguna religión, no solo en el cristianismo, y solo una pequeña parte concede verdadero valor a la fe. En una sociedad así, contemplo a los cristianos y a quienes trabajan con ellos en las escuelas infantiles y demás instituciones católicas como una luz de esperanza en medio de la oscuridad, especialmente en Navidad: no por las luces y los adornos, sino por su testimonio silencioso del Evangelio mediante la oración y las obras de amor. Al acercarse la Navidad, pienso en la memoria de los mártires de Yonezawa que se celebra poco después, y renuevo mi propósito de vivir como testigo del Evangelio.

Foto:
Mrtr001-004: Invierno en Hokusanbara, lugar del martirio en Yonezawa.
Kndr001-004: Niños de las escuelas infantiles católicas representando la historia de la Navidad.



JORDANIA: VICARIATO PATRIARCAL LATINO



Un mensaje navideño de esperanza en un mundo sin paz

por + Iyad Twal

Obispo, Vicario Patriarcal para los Latinos en Jordania

En un mundo desgarrado por conflictos, desórdenes e incertidumbre, la luz inminente de la Navidad se eleva una vez más sobre las colinas y los desiertos de Jordania, la misma tierra que hace de puente entre las memorias sagradas de la historia de la salvación y las frágiles esperanzas del presente. Aquí, donde el río Jordán sigue fluyendo en silencio a través del desierto, la Iglesia se siente llamada a proclamar un mensaje de esperanza que no es abstracto ni distante, sino encarnado: vivo, sufrido y compartido.

El mensaje navideño en Jordania adquiere un significado singular. Nace en un país pequeño, rodeado de turbulencias, pero sostenido por una vocación inquebrantable: ser una tierra de fe, convivencia y misericordia. Las palabras de los ángeles sobre Belén «Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad» resuenan no lejos de aquí, y su eco sigue moldeando la conciencia de los cristianos de Jordania mientras sirven a la humanidad con humildad y perseverancia.

Esperanza en la Tierra del Bautismo

Pocos lugares en la tierra encarnan el paradójico resplandor de la esperanza divina como Jordania. Desde el Monte Nebo, donde Moisés contempló la Tierra Prometida, hasta Betania más allá del Jordán, donde Jesús fue bautizado por Juan, esta tierra ofrece un testimonio silencioso de la promesa de Dios cumplida en la historia. Cada año, miles de peregrinos de todo el mundo se reúnen a orillas del Jordán, allí donde los cielos se abrieron y el Espíritu descendió en forma de paloma.

Para la Iglesia en Jordania, esta geografía sagrada no es solo un tesoro histórico; es una catequesis viviente. El Lugar del Bautismo, reconocido hoy por la UNESCO como Patrimonio de la Humanidad, es un símbolo tanto nacional como espiritual. Les recuerda a los creyentes que la esperanza comienza con la renovación, la purificación y la recuperación de nuestra identidad de hijos de Dios. En medio de la angustia de un mundo sin paz, Jordania recuerda a los cristianos de todo el mundo que la gracia de Dios fluye silenciosa, a menudo lejos de los centros de poder, en lugares de humildad y sencillez.

Esperanza a través de la presencia y el servicio de la Iglesia

La Iglesia católica en Jordania, pequeña en número pero vasta en su alcance, encarna el significado mismo de la Encarnación: Dios que habita en medio de su pueblo. Las 32 parroquias repartidas por el reino sirven no solo a sus propios fieles, sino también a todos los que se encuentran en necesidad. En una población de más de 11 millones de personas, los cristianos representan menos del 3%, y sin embargo sus instituciones —escuelas, hospitales y obras de caridad— llegan a cientos de miles de personas, independientemente de su religión o procedencia.

Las más de 100 escuelas católicas y cristianas de Jordania educan a más de 35.000 alumnos, la mayoría de ellos musulmanes. Estas escuelas son mucho más que centros educativos: son espacios vivos de convivencia, donde los niños crecen juntos en el respeto y la comprensión mutua. En ciudades como Madaba, Fuheis y Zarqa, así como en el corazón de Ammán, estas instituciones son laboratorios cotidianos de paz.

Entre los ejemplos más luminosos de esta misión educativa se encuentra la Universidad Americana de Madaba (AUM), un faro de formación intelectual y moral fundada bajo el patrocinio del Patriarcado Latino e

inaugurada por Su Santidad el Papa Benedicto XVI. La Universidad representa una visión de

fe que dialoga con la razón, y de cristianismo que se abre al mundo moderno con confianza. La AUM ofrece programas de economía, ingeniería, enfermería y humanidades, formando a los jóvenes jordanos para que sean líderes éticos capaces de servir a la sociedad con integridad. Sus alianzas internacionales y su compromiso comunitario reflejan la convicción de la Iglesia de que la educación no es solo conocimiento, sino formación de la conciencia y del carácter.

Esperanza mediante la caridad y el compromiso humanitario

Si la Navidad es la fiesta de la generosidad divina, la Iglesia en Jordania la hace visible a través de sus obras de misericordia. Organizaciones como Cáritas Jordania están en primera línea del servicio humanitario, asistiendo a más de un millón de refugiados y familias vulnerables desde el inicio de los conflictos regionales. Con recursos limitados, Jordania acoge a un número considerable de refugiados procedentes de Palestina, Irak, Siria y otras zonas devastadas por la guerra: un acto de compasión nacional que la Iglesia sostiene diariamente mediante clínicas, programas alimentarios y centros de formación profesional. Las religiosas —desde las Hermanas del Rosario hasta las Hermanas del Buen Pastor— constituyen el corazón silencioso de esta misión. En escuelas, hospitales y refugios encarnan la ternura materna de la Iglesia, especialmente entre niños, ancianos y discapacitados. En lugares como Marka y Mafraq, donde residen muchas familias desplazadas, su presencia transforma la desesperación en resistencia, recordando a todos que, incluso cuando la paz parece ausente, el amor jamás es derrotado.

El compromiso de la Iglesia incluye también iniciativas interreligiosas. En colaboración con organizaciones caritativas musulmanas, los líderes cristianos subrayan con frecuencia valores humanos compartidos: misericordia, dignidad y solidaridad. Esta cooperación, enraizada en la visión hachemita de la convivencia religiosa en Jordania, convierte el mensaje navideño en actos concretos de compasión.

Esperanza a través de la coexistencia: el modelo hachemita

En Jordania, la convivencia no es un ideal escrito en un papel: es una tradición vivida. El difunto rey Hussein y Su Majestad el rey Abdalá II han defendido siempre la presencia cristiana en Oriente Medio, especialmente mediante iniciativas como el Mensaje de Ammán (2004) y la Semana Mundial de la Armonía Interreligiosa, posteriormente adoptada por Naciones Unidas.

Bajo este amparo, la Iglesia en Jordania encuentra protección y propósito. Cristianos y musulmanes celebran sus respectivas festividades; los días festivos se comparten; y por Navidad, mezquitas e iglesias exhiben decoraciones que proclaman un deseo común de paz. En una región marcada por el sectarismo, el ejemplo jordano es un testimonio humilde pero luminoso de que las religiones pueden convivir sin temor.

Esperanza mediante la emancipación económica y social

En un contexto económico difícil, las instituciones de la Iglesia han asumido otro papel esencial: apoyar el empleo juvenil y el emprendimiento. Gracias a las iniciativas de microfinanzas de Cáritas, la formación profesional en Mafraq y Karak, y los programas de empoderamiento femenino impulsados por organizaciones parroquiales, cientos de familias reciben herramientas para reconstruir sus vidas. La atención de la Iglesia no se centra únicamente en la caridad, sino en la dignidad humana, permitiendo a las personas convertirse en agentes de cambio en sus comunidades.



Los centros de innovación y los centros juveniles católicos de la AUM contribuyen a formar una generación de líderes socialmente responsables, capaces de traducir la fe en servicio público. Su mensaje es sencillo pero transformador: la esperanza no consiste en esperar milagros, sino en trabajar juntos para hacerlos posibles.

Esperanza en la era digital y ecológica

En los últimos años, los jóvenes católicos jordanos han comenzado a emplear plataformas digitales para difundir mensajes de fe y unidad. Grupos de oración en línea, iniciativas en redes sociales como «Luz desde Jordania» y pódcast producidos por jóvenes parroquianos han dado al Evangelio una nueva voz en el desierto digital. Esta creatividad refleja una Iglesia que sigue joven, capaz de hablar al mundo en su propio lenguaje sin perder la Palabra eterna.

Al mismo tiempo, la Iglesia en Jordania es cada vez más consciente de la dimensión ecológica de la esperanza. Inspiradas por la *Laudato si'*, varias parroquias y escuelas han lanzado campañas de sensibilización ambiental, proyectos de reforestación y programas de reciclaje. En el Monte Nebo, donde Moisés contempló la llanura del Jordán, la comunidad franciscana ha instalado paneles solares: un signo pequeño pero elocuente de que el cuidado de la creación es una forma de adoración y de esperanza para el futuro.

Esperanza a través del testimonio de los refugiados y marginados. Paradójicamente, quienes más sufren se convierten a menudo en los mayores testigos de esperanza. Las parroquias católicas de Jordania acogen a miles de refugiados cristianos de Irak y Siria que, aun habiendo perdido sus hogares, no han perdido la fe. Sus liturgias, celebradas con frecuencia en salas sencillas o capillas improvisadas, irradian una alegría que ninguna guerra puede apagar. Sus cantos navideños —en árabe, arameo y caldeo— nos recuerdan que la noche de Belén estuvo marcada por la pobreza, el exilio y la incertidumbre. Gracias a la colaboración entre Cáritas, organismos de Naciones Unidas y parroquias locales, los niños refugiados reciben educación y apoyo psicosocial. El mensaje navideño se traduce así en gestos cotidianos de acompañamiento: caminar junto a quienes sufren, no como extraños, sino como hermanos y hermanas de una única familia humana.

Esperanza mediante la diáspora y la conexión global

La diáspora cristiana jordana —que hoy cuenta con cientos de miles de personas entre América, Europa y el Golfo— mantiene un profundo vínculo con la Iglesia de su patria. Muchos apoyan proyectos parroquiales, becas y programas humanitarios en Jordania. Sus contribuciones —financieras, espirituales y culturales— forman un puente de solidaridad que mantiene viva la llama de la esperanza a través de los continentes. En Navidad, las parroquias jordanas en el extranjero encienden velas por la paz en Tierra Santa, eco de la misma oración pronunciada en Madaba y Fuheis.

Esperanza en el corazón mariano de Jordania

No es casual que la espiritualidad jordana tenga una profunda impronta mariana. El Santuario de Nuestra Señora del Monte María, en Anjara, y la devoción de las Hermanas del Rosario reflejan la dulce fortaleza de María, que llevó la Palabra de Dios a un mundo herido. En cada iglesia jordana, María no es una figura distante, sino una madre que comprende las dificultades: una mujer del pueblo que sigue susurrando palabras de esperanza —«Mi alma glorifica al Señor».

En un tiempo en que las guerras desfiguran la humanidad, la figura de María ofrece una imagen opuesta: una ternura más fuerte que la violencia, una humildad más grande que el orgullo, una fe más profunda que el miedo. La Iglesia en Jordania, bajo su protección, continúa haciendo nacer la esperanza de forma pequeña y silenciosa, como el Niño de Belén.

La esperanza como vocación nacional y espiritual

La esperanza, para la Iglesia en Jordania, no es solo una virtud teológica; es una misión nacional. Situada en el cruce de fes y naciones, Jordania lleva consigo la vocación de ser tierra de refugio, diálogo y continuidad. Su estabilidad en medio del caos regional es ya una forma de gracia, un recordatorio de que la paz, aunque frágil, puede sostenerse con paciencia, sabiduría y fe.

La voz de la Iglesia se une al llamado de la nación por la paz en Tierra Santa, por la justicia y por la defensa de la dignidad humana. En Navidad, mientras las campanas suenan desde Ammán hasta Ajloun, la Iglesia reza no solo por los fieles, sino por toda la humanidad: para que el Príncipe de la Paz nazca de nuevo en cada corazón y el Jordán —símbolo de nuevos comienzos— fluya hacia un futuro donde la misericordia y la verdad se encuentren.

Conclusión: La esperanza navideña de Jordania

En un mundo cansado de guerras y divisiones, Jordania se alza como una pequeña pero radiante estrella en el firmamento de Oriente Medio, no porque esté libre de sufrimiento, sino porque se niega a rendirse a la desesperación. La Iglesia enseña aquí que la esperanza no es la ausencia de dolor, sino la presencia constante del amor; no una evasión de la realidad, sino el coraje de transformarla.

Desde las aulas de las escuelas cristianas hasta los hospitales de las religiosas, desde los campos de refugiados hasta las aulas universitarias, desde el silencio del Monte Nebo hasta las aguas del Jordán, el mensaje de la Navidad resplandece: «La luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron».

Y así, en Jordania, la Iglesia continúa proclamando este mensaje, discreta pero poderosamente: que incluso en un mundo sin paz, el Emmanuel —Dios con nosotros— sigue caminando entre nosotros, ofreciendo a cada corazón la promesa de una paz que el mundo no puede dar y una esperanza que ninguna guerra puede destruir.

GUAM: ARQUIDIÓCESIS DI AGAÑA



Navidad en Guam

por +Ryan Jimenez

Arzobispo de Agaña

Presidente de la Conferencia Episcopal del Pacífico (CEPAC)

Guam es una isla pequeña, pero desde siempre ha sido un cruce de caminos en el Pacífico septentrional. Las tradiciones navideñas reflejan la mezcla de elementos culturales que, entrelazándose, han dado forma a nuestra actual celebración. En diciembre, muchas casas de la isla resplandecen con bombillas colgadas en los porches o en los árboles del jardín; en ocasiones, las luces de colores iluminan un belén dispuesto sobre el césped. Son decoraciones que quizá tuvieron origen en Estados Unidos, pero que la isla ha hecho suyas, igual que a las personas que las trajeron consigo. Guam posee una población multicultural y, sin

embargo, logra unirse para celebrar la fiesta de la luz y de la esperanza.

Durante los nueve días previos a la Navidad, aún de noche y mucho antes del amanecer, la misa matutina reúne a una iglesia repleta de fieles. El Simpang Gabi, o Misa de Gallo, así llamada por la temprana hora en que se celebra, probablemente nació como una tradición filipina —introducida junto con buena parte de la población isleña por nuestros vecinos asiáticos—, pero hoy está profundamente arraigada en Guam. La misa es festiva, con cantos de notable calidad, y suele ir seguida de un abundante desayuno y de la convivencia fraterna que lo acompaña. Cada mañana se añade un nuevo elemento decorativo en la iglesia. Muchos católicos creen que quien participe con fidelidad en la misa diaria recibirá la gracia de ver atendida su petición especial por el Niño Jesús. Puede que la Misa de Gallo tenga lugar de





madrugada, pero la alegría que suscita irradia durante toda la jornada. La novena anticipa la verdadera celebración ya inminente: es como si la solemnidad de la Encarnación fuese tan decisiva que incluso la espera del acontecimiento mereciera ser celebrada.

El día de Navidad suele vivirse como una gran reunión familiar, capaz de atraer a parientes de toda la isla para el tradicional almuerzo común. El lechon, o cerdo asado, es con frecuencia el plato principal, aunque no faltan otros platos muy apreciados: jamón, pavo, pan del árbol del pan, taro y patatas gratinadas cubiertas de queso, sin olvidar los dulces y las frutas locales. Los familiares más cercanos a menudo se agrupan en torno a la barbacoa, sobre todo cuando la casa no puede acoger a todos los invitados. Las comidas navideñas en Guam llegan fácilmente a reunir a cincuenta o sesenta personas, todas pertenecientes a una misma familia ampliada. Reuniones de este calibre no son frecuentes, ni siquiera en una isla pequeña como la nuestra, pero bien pueden considerarse un anticipo del día en que toda nuestra familia —ceranos y lejanos— será congregada para siempre.

La misa de Navidad siempre cuenta con una participación numerosa, pero la liturgia no estaría completa sin el tradicional beso al Niño. Al concluir la celebración, los fieles forman una fila para besar la imagen del Niño Jesús depositada en el pesebre junto al altar. La veneración del Niño prolonga la fiesta durante nueve días más después de Navidad. Ese periodo de acogida devocional incluye novenas especiales rezadas en familia, pero también la costumbre de llevar la imagen del Niño Jesús a otras casas. Con frecuencia, grupos de fieles realizan procesiones portando la imagen del Niño o Niño Dios de casa en casa. Anuncian su llegada con cantos navideños y son invitados por la familia

anfitriona a compartir los deliciosos alimentos festivos. Los cantos pueden prolongarse en el interior durante un rato antes de que la procesión continúe y el Niño sea llevado a otro hogar.

En Guam, la Navidad es mucho más que una fiesta de un solo día. Los isleños celebran incluso la propia espera, como ocurre con la novena de la Misa de Gallo. Una espera marcada por una alegría genuina, porque las personas imaginan la plenitud de la alegría que está por venir. La acogida al Niño Jesús se prolonga una semana o más después de Navidad, mientras las familias veneran al Niño en sus hogares y lo llevan a otros miembros de la comunidad. Lleva tiempo acercarse a las casas de nuestros amigos en la fe. Y el mensaje que se transmite parece ser este: es maravilloso que Jesús haya nacido entre nosotros, pero si ha venido a vivir con nosotros, entonces debe ser presentado a nuestras familias.

La Navidad es una fiesta marcada por la espera y la esperanza. Celebramos el inicio de la promesa contenida en la Encarnación. Fue preciso un tiempo para que Jesús naciera, más tiempo aún para que creciera y cumpliera su misión en este mundo nuestro. Después vinieron las generaciones y los siglos previos a la transformación plena del mundo al que Cristo se entregó. Todo eso podemos celebrarlo con alegría, sostenidos por la confianza de una esperanza que no defrauda.

Las costumbres de la isla ponen el acento en la familia y en la comunidad, como si quisieran recordarnos que la fiesta que celebramos nos enlaza más estrechamente en un solo pueblo. Tal vez esa unión no se manifieste de inmediato, especialmente dadas las diferencias que nos separan. Pero celebramos con firme convicción que, un día, estos lazos familiares universales —expresados en el cuidado de toda nuestra familia humana— serán indiscutibles.

ISLANDIA: DIÓCESIS DE REYKJAVIK



La esperanza debe ser visible y tangible

por + David B. Tencer, OFMCap
Obispo de Reikiavik

En Islandia, como en todos los países nórdicos, es característico que el período invernal no solo traiga abundantes nevadas, sino también una oscuridad cotidiana muy particular: la noche polar. Por lo general comienza a finales de octubre y alcanza su punto culminante a finales de diciembre, cuando hay 20 horas de oscuridad y solo 4 horas de luz diurna. Gran parte de la cultura navideña está vinculada a las velas.

En el pasado, las velas eran muy valiosas. No se utilizaban a diario, por razones económicas y prácticas. Los campesinos preparaban numerosas velas para el tiempo navideño, a su manera. Las velas se elaboraban con la grasa de sus ovejas. Tradicionalmente, en los primeros tiempos, no se utilizaban árboles de Navidad, porque no son originarios de Islandia. En lugar del árbol, empleaban una vela navideña especial, que a veces se llamaba

la vela del rey (es decir, Jesús, el Niño de Navidad), que es el don de la Santísima Trinidad;

por eso esta vela tenía un único pie pero tres ramas. Esta era la luz principal de la casa en la Nochebuena; y para asegurarse de que la luz llenase toda la vivienda, cada miembro de la familia recibía como regalo especial y habitual de Navidad dos velas. Porque en la víspera y el día de Navidad no puede haber espacio para la oscuridad en la casa: "La luz debe llegar incluso al último rincón".

Era un signo de esperanza: la señal de que la oscuridad estaba abandonando nuestras vidas y de que las cosas mejorarían cada vez más. La presencia de la luz de Dios vence las tinieblas de la enfermedad. La autora, Guðbjörg de Broddanes, recuerda que cuando era niña su padre era ciego. Pero pidió recibir también la vela encendida, aunque no pudiera verla. La tomó en la mano y dijo a toda su familia:

"No puedo ver la luz de la vela del Rey, pero la siento". Y así deseó a todos una Feliz Navidad y un próspero Año Nuevo.





Hoy en día es muy común utilizar velas en Islandia. Sobre todo en invierno, las encontramos en todas las ventanas, en los comedores, salones, baños, etc. Pero seguimos teniendo presente aquel pasado pobre y oscuro, y apreciamos enormemente la luz. Por eso comprendemos muy bien la historia del anciano Simeón del Templo de Jerusalén y valoramos sus palabras como un testimonio precioso cuando dijo:

"Ahora, Señor, según tu promesa,
puedes dejar a tu siervo irse en paz;
porque mis ojos han visto a tu Salvador,
a quien has presentado ante todos los pueblos:

luz para alumbrar a las naciones
y gloria de tu pueblo Israel" (Lc 2, 29-32).

Y por eso comprendemos igualmente la historia del anciano de San Petersburgo que, en el período más duro de la Segunda Guerra Mundial, durante el asedio de Leningrado, salía cada tarde a encender una vela al aire libre. Y cuando la gente le preguntaba por qué lo hacía, respondía: "Para que los niños sepan que la ciudad aún respira". Más tarde, los supervivientes recordaban aquella única llama como la luz a la que se aferraban. En un museo, el cristal ennegrecido por el hollín lleva ahora esta inscripción: "La esperanza debe ser visible".

Ese debería ser quizá el mensaje de esperanza y nuestro deseo navideño para vosotros desde Islandia. Incluso en la mayor oscuridad de tu vida, piensa en cómo el Niño Jesús, con su venida, ha iluminado cada rincón de tu existencia, de modo que la enfermedad ya no tenga lugar en ella.

¡Feliz Navidad! O, como decimos en Islandia: Gleðileg Jól!



ITALIA: ARQUIDIÓCESIS DE SPOLETO-NORCIA



La Navidad vence al miedo y funda la esperanza

por + Renato Boccardo

Arzobispo de Spoleto-Norcia

ex Secretario General de la Gobernación

Se ha escrito que tres cosas son indispensables para el ser humano: pan, salud y esperanza. En la noche de Navidad no buscamos pan ni salud; pero todos, sin excepción y de un modo u otro, en el plano personal y en el comunitario, nos reconocemos mendigos de esperanza. Porque hoy reina tanto miedo en el mundo: miedo ante un presente inquieto y sombrío, marcado aquí y allá por la sangre y la violencia; miedo ante un mañana aún más incierto y oscuro. La esperanza parece debilitarse día tras día.

En estas semanas estamos como sumergidos en luces, sonidos y colores que parecen empeñarse en hacernos sentir que hay “algo distinto” en el ambiente. Pero detrás de esas luces, sonidos y colores, un ojo atento descubre los mismos gestos de siempre, el mismo arrastrarse inalterable del tiempo: “sí, es Navidad”, parece decirse, “pero dura veinticuatro horas y después pasa; el sueño se desvanece y regresa la realidad”. Y, ante

tal situación, ¿qué puede decirnos una ciencia hija de una cultura que ha decretado inexistente todo lo invisible? ¿Por qué esta inseguridad, esta infelicidad?

Somos infelices porque ya no creemos que Cristo pueda salvarnos, que ese Niño pueda cambiar algo. Y cuando dejamos de creer en algo, lo abandonamos o lo sustituimos por algo diferente, más tangible, de sensaciones inmediatas: nace entonces el becerro de oro (cf. Ex 32, 1-6). Así lo narra la Escritura, y así sucede también hoy.

¿Quién, en nuestras ciudades y en nuestros pueblos, no invoca a un salvador o, al menos, a una salvación? El mundo busca con ansiedad un salvador, pero lo busca siempre en los lugares equivocados: entre los poderosos, con frecuencia entre los prepotentes; entre los hombres de ciencia, entre los de la técnica, entre quienes saben encender fanatismos... A esos “salvadores” se les dan nombres distintos según la época, pero el resultado —también hoy— no cambia: no hacemos sino multiplicar las decepciones.

¿Y si escucháramos a los ángeles de Belén? El Salvador anunciado por ellos tiene un nombre preciso: ¡Cristo Señor! (cf. Lc 2, 11). La liturgia de la Navidad nos parece “el ritual de siempre” porque no sabemos comprender que Cristo nos colma en la medida en que nosotros le deseamos. Quizá nos falta confianza;



vivimos desconfiados de las instituciones, del ser humano, del hermano; nos cansamos, nos refugiamos en el anonimato: con frecuencia somos una sociedad sin rostro. Pero si estamos sin rostro, Cristo puede darnos uno: el suyo. Para eso viene a habitar entre nosotros, a su casa (cf. Jn 1, 1-11).

La Navidad vence al miedo y funda la esperanza porque no puede haber miedo cuando Dios está con nosotros (cf. Rm 8, 31-39). Y esta celebración nos asegura que Dios no olvida al ser humano, no lo abandona a su impotencia y soledad, sino que viene —continúa viniendo— al mundo, haciéndose hombre entre los hombres para dar sentido a su vida, para rescatarlos de su fragilidad, para ofrecer una perspectiva y una salida de salvación a su historia, arrancando —a hombres e historia— del sinsentido, de la destrucción, del vacío de la desesperación y de la nada.

Si alguien hoy preguntara cuál es el “signo” de que Cristo está con nosotros, la respuesta no podría ser distinta de la señal indicada por el ángel a los pastores (cf. Lc 2, 12): un niño, envuelto en pañales, acostado en un pesebre...

El Hijo de Dios ha entrado en nuestra historia y, entre todas las situaciones posibles, ha elegido la del derrotado: un pobre, un refugiado, un perseguido. Y así, la fe cristiana se ve obligada a reconocer la potencia de Dios primero en un niño pequeño e indefenso y después en un hombre crucificado.

Venido entre nosotros en forma humana, Cristo quiere que sigamos buscándolo entre los hombres: en el pobre que tiene hambre y sed, en el enfermo que espera una visita, en el perseguido que reclama solidaridad, en el refugiado, en el migrante y en el extranjero que suplica respeto y acogida, en el amigo que desea ser amado, escuchado y sostenido. Su presencia misteriosa se realiza en la “fracción del pan”: un gesto que es, a la

vez, fraternidad (el pan y el vino compartidos) y sacrificio (el pan partido, el vino derramado); porque cuando dos o tres se reúnen en su nombre, Él está en medio de ellos (cf. Mt 18, 20).

Este Niño no busca ni el homenaje de los hombres, ni su servicio, ni su adoración. Hay cosas que no se pueden imponer. La adoración y el servicio pueden ordenarse —y los hombres saben mandar terriblemente; los hombres, los ídolos, los mitos saben imponer; los pequeños poderes humanos necesitan forzar al reconocimiento—. Cristo, no. Dejó cerradas las puertas de Belén. No pidió reconocimiento, no se quejó. Nació como el último de los hombres, sin casa, sin nada.

¿Y de qué sirve un reconocimiento que no nace del corazón, un homenaje que no brota de lo más íntimo y que nadie puede forzar, porque si se fuerza pierde su valor? Porque casi todo, aquí abajo, se impone; solo hay una cosa que no se puede imponer: el amor. Solo hay algo que debe nacer de nuestro corazón sin manipulación alguna, porque de otro modo deja de ser auténtico: el amor. De este amor Cristo Jesús se hace mendigo en la noche de Navidad, haciéndose de nuevo presente entre nosotros y llamando a la puerta de nuestro corazón. ¿Seremos capaces de responder? Como hicieron los pastores, que al recibir el anuncio se pusieron en camino de inmediato... Entonces el miedo abandonará nuestros corazones, la esperanza podrá renacer y tendremos la paz, y con la paz, la alegría. Solo entonces será verdaderamente Navidad.

Este es el deseo que quiero formular para toda la familia de la Gobernación, que fue también la mía y que recuerdo con amistad y gratitud.



LETONIA: ARQUIDIÓCESIS DE RIGA

por + Zbignevs Stankevics
Arzobispo Metropolitano de Riga

Esperanza para Letonia

La Natividad de Cristo en Letonia recibe también el nombre de "Fiesta de Invierno". Es un acontecimiento significativo para todos los cristianos del país. Las principales confesiones cristianas son: luteranos, católicos, ortodoxos y bautistas. Diversas confesiones cristianas conviven pacíficamente en Letonia y colaboran activamente para promover los valores cristianos en la sociedad. Es un signo de esperanza para Letonia.

Durante la Navidad celebramos la venida de Dios entre nosotros. Con el nacimiento de Jesús, la luz ha comenzado a brillar en las

tinieblas (cf. Jn 1,4). Solo Él puede iluminarnos y darnos la fuerza para afrontar los de-

safíos actuales a los que se enfrenta Europa. ¿Cuáles son los desafíos que debe afrontar Letonia?

Por cuarto año consecutivo, la guerra en la vecina Ucrania suscita la mayor preocupación en Letonia. Cada día, los fieles rezan por el fin de la guerra y por la conversión de Rusia.

Por desgracia, en este momento no se vislumbra ningún signo de que Rusia esté dispuesta a poner fin a este conflicto. Ucrania ha resistido heroicamente la agresión, pero sin una ayuda occidental significativa, sus posibilidades de victoria son escasas. Sin embargo, nada es imposible para Dios; sus molinos muelen lentamente, pero de forma inexorable.

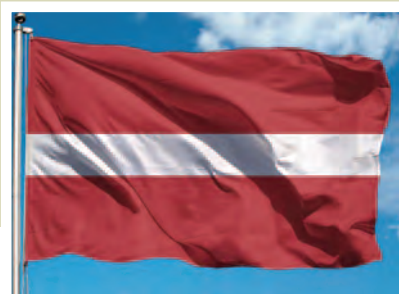
En segundo lugar, los cristianos letones esperan un renacimiento espiritual de la nación, a pesar de la crisis vocacional y del descenso del número de fieles.

En la Iglesia católica en Letonia, son muy pocas las vocaciones locales al sacerdocio y a la vida consagrada. Muchas de nuestras iglesias se están vaciando a causa del declive demográfico, y la mayoría de los jóvenes suele considerar la fe como "antiquada" o "irrelevante".

Sin embargo, también hay signos de esperanza. En 2019, el Seminario Mayor misionero internacional Redemptoris Mater, del Camino Neocatecumenal, comenzó su actividad en Riga, formando a futuros sacerdotes para la labor misionera. Contamos asimismo con dos misiones familiares Ad Gentes, integradas respectivamente por cuatro y cinco familias misioneras. Además de los seminaristas locales, nuestro Seminario Mayor Interdiocesano acoge también a misioneros: tres seminaristas de Nigeria y dos de la India.

En muchos lugares de Letonia están surgiendo comunidades pequeñas pero vivas, caracterizadas por el entusiasmo por la evangelización y por una profunda vida espiritual. Muchas parroquias ofrecen el "Curso Alpha", que acerca a la Iglesia a personas en búsqueda de amor, verdad y acogida. También están activas diversas asociaciones familiares, por ejemplo: "Encuentro de Matrimonios" y "Equipos de Notre Dame".

Radio María Letonia lleva diez años activa en nuestro país, ofreciendo a las personas la oportunidad de estar con Dios las 24 horas del día. Alrededor de cien voluntarios colaboran en nuestra emisora. Desde junio de este año, EWTN Letonia ha comenzado a emitir como uno de los



canales televisivos disponibles en todo el territorio nacional.

Las necesidades materiales y espirituales del prójimo son atendidas por la Fundación Cáritas Letonia y por la Legión de María. En los últimos quince años se han constituido grupos Cáritas en unas veinte parroquias. En la Casa de la Misericordia de Belén nos esforzamos por ayudar a quienes sufren diversas adicciones.

La escasez de sacerdotes anima a los laicos a asumir la responsabilidad hacia el prójimo, comprometiéndose en diversas actividades sociales y pastorales. Nuestras comunidades pueden disminuir numéricamente, pero hacerse más profundas y auténticas.

En los últimos cinco años, nos hemos dedicado seriamente a la formación de jóvenes líderes. Los primeros frutos son ahora visibles: en varias congregaciones se han constituido grupos juveniles.

En tercer lugar, Letonia no puede presumir todavía de un alto nivel de bienestar material. El riesgo de pobreza sigue siendo elevado en la sociedad. Los pensionistas, los desempleados, las familias monoparentales y numerosas, las familias pobres, los huérfanos y los jóvenes que no estudian, no trabajan y no siguen programas de formación están particularmente expuestos al riesgo de exclusión.

A pesar de esta situación desoladora, existen buenas razones para esperar una mayor prosperidad en Letonia: nuestro país está desarrollando rápidamente una economía digital y verde. La asignación de fondos para la defensa (aproximadamente el 5% del PIB en 2026) está generando nuevos puestos de trabajo y seguridad. Y, lo más importante, ni la prosperidad material ni la espiritual son posibles sin población. Confiamos en que la nación letona no desaparezca, a pesar de treinta años de despoblación (todo el período de independencia restaurada).

Naturalmente, el despoblamiento no es un problema exclusivo de Letonia. Por desgracia, ha afectado a nuestro país de manera particularmente dolorosa: en treinta años de independencia, la población ha descendido de 2.650.000 habitantes en 1991 a 1.857.000 en 2025 (un 30%). Las causas principales son la emigración, los bajos índices de natalidad y el envejecimiento de la población.

Los letones han sobrevivido al yugo extranjero, a guerras, hambrunas, peste y ocupación: esperamos que, con la ayuda de Dios y la intercesión de sus santos, Letonia no desaparezca del mapa del mundo.

Señor Jesús, Luz del mundo, ¡bendice a Letonia y a su pueblo! Danos la fuerza para superar los desafíos, acrecienta nuestra fe y la prosperidad en las familias. Que tu paz reine en nuestra tierra y en el mundo. Ayúdanos a vivir en tu paz, fortaleciéndonos mutuamente en el amor y en la esperanza, para que Letonia se convierta en testimonio de tu misericordia. Amén.



MARTINICA: ARQUIDIÓCESIS DE FORT-DE-FRANCE



Navidad en el Caribe: un mensaje universal de paz

por + David Macaire, OP
Arzobispo de Fort-de-France

Desde lejos, las islas del de las Antillas se presentan como un oasis de paz, de hermosura, de sosiego y de esa dulzura vital que parece insinuar una armonía sin fisuras. Abundan, en efecto, las playas de arena fina, los cocoteros, las puestas de sol encendidas y unos paisajes vivos, coloreados y floridos. Y, como coronación de este cuadro idílico, los campanarios de nuestras pintorescas iglesias recuerdan a todos que quienes aquí viven, aun arrastrando una historia nacida en el delito y la violencia, no olvidan que deben su liberación y su salvación a Cristo Jesús.

¿Cómo imaginar, entonces, que los países caribeños se hallen todavía hoy en el centro de tantos males que afligen al mundo? Diversas formas de tráfico —y, de modo particular, el narcotráfico— siembran el caos. Además de la degradación en la que caen tantos jóvenes y tantas familias, por doquier el dinero fácil y abundante corrompe las conciencias y arma hasta los dientes a las bandas más peligrosas. La violencia y la disolución moral se han vuelto cotidianas, y con ellas el signo inequívoco de que estas poblaciones sufren hondamente y cuestionan su futuro. Agobiadas por las dificultades económicas, el alto coste de la vida, la marcha masiva de los jóvenes hacia países ricos, el desempleo y las condiciones de vida precarias, las familias tienen pocos hijos y el número de abortos alcanza cifras jamás vistas. Por último —y aunque la naturaleza en nuestro país sea extraor-

dinariamente generosa— también es fuente de inquietud: los volcanes permanecen como amenaza latente, los terremotos no son infrecuentes y el cambio climático provoca estragos bien visibles en la erosión costera y en la creciente furia de los ciclones que azotan directamente a la población.

Y, sin embargo, la alegría está presente entre nosotros. Más presente que nunca: expresión deliberada y tenaz de esa Esperanza y de esa Fe que brotan de la levadura del Evangelio. El tiempo de Adviento y de Navidad constituye uno de los momentos más significativos de esta resistencia contra el demonio de la apatía, que pretende oscurecer los corazones y las relaciones sociales. Tendríamos innumerables motivos para quejarnos y encerrarnos en nosotros mismos... pero para la inmensa mayoría del pueblo, la Navidad sigue siendo la celebración de la venida de Cristo. La fiesta entera se convierte en una gran profesión de fe popular en el retorno salvador del Hijo de Dios.

En familia o en la calle, los incesantes Chanté Nwel —encuentros populares en los que se entonan cantos tradicionales que evocan el Misterio de la Natividad— prolongan una tradición hondamente enraizada, capaz de reunir a mayores y pequeños. Ciertamente, las costumbres culinarias y el frenesí del intercambio de regalos entusiasman al mundo comercial, como en todas partes. Pero la mayor parte de la población de las Antillas francesas no ha olvidado lo esencial: las misas de Navidad están rebosantes, las emisiones radiofónicas religiosas y los belenes instalados en calles y plazas (muchos de ellos “tropicalizados”) dan testi-





monio de una conciencia profunda: la fiesta que celebramos eleva nuestra mirada hacia el cielo y nos abre al prójimo. A pesar de las penurias económicas, la generosidad hacia los más frágiles es abundante y constante.

En realidad, el Caribe constituye un microcosmos que concentra, en unas pocas islas —y en territorios continentales como las Guayanas—, las grandes tensiones y las grandes esperanzas de nuestro mundo. Como la Tierra Santa —y en particular la “Galilea de los gentiles”, donde creció Jesús—, nuestras islas son encrucijadas en las que confluyen los grandes sistemas de este del planeta: África, Europa, Asia, América; el mundo entero habita de algún modo en nosotros y en nuestros hogares. La historia y la actual geopolítica han forjado aquí pueblos mestizos

que, en medio de tumultos, han debido construir un equilibrio de paz. Ha sido necesario —y lo sigue siendo cada día— superar tentaciones de enfrentamiento, convivir con oposiciones, divergencias de valores y resentimientos. En los últimos años se ha añadido la brutalidad de una globalización que intenta aplastar a individuos y sociedades disolviendo su identidad cultural bajo el empuje imperialista de una ideología occidental atea, violenta y deshumanizadora.

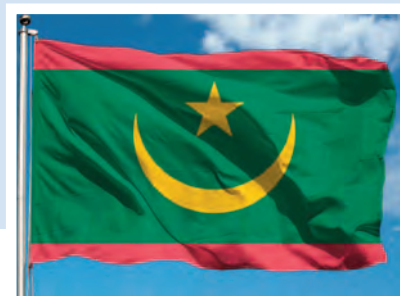
Para vivir no en una paz falsa —que no sería más que un precario equilibrio del terror o de mutua indiferencia—, sino en una armonía fecunda, ha sido preciso desarrollar una respuesta inmunitaria profunda y vigorosa. (No por azar fueron precisamente los dilemas éticos suscitados por las invasiones coloniales en el

Caribe los que llevaron a los teólogos europeos a reflexionar sobre los “derechos de los pueblos”, noción que sólo mucho más tarde, en 1948, sería formalizada en la Declaración Universal de los Derechos Humanos de la ONU). Rivalidades, masacres, luchas, rechazo, desprecio, opresión y crímenes han marcado nuestra historia. Y siguen siendo una amenaza cotidiana. Pero la Providencia nos ha permitido, al menos por ahora, ser testigos del antídoto vital y divino proclamado por los ángeles en la noche de Navidad: «Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres de amati dal Signore».

La Navidad en las Antillas nos recuerda que la fe sencilla, transmitida en la tradición y en las costumbres populares, sigue siendo el mayor baluarte de la dignidad de los pueblos y la más firme garantía de la verdadera paz: aquella que brota de Cristo.



MAURITANIA: DIÓCESIS DE NUAKCHOT



Navidad y la esperanza de quienes buscan la paz

por + Victor Ndione
Obispo de Nuakchot

«La esperanza no defrauda» (Rm 5,5). Este es el título de la bula de convocatoria del Jubileo Ordinario del Año 2025, promulgada por el Papa Francisco de venerada memoria.

El misterio de la Navidad reafirma cada año esta verdad. En la Natividad del Verbo encarnado se cumplen las promesas de la Antigua Alianza y se realiza la esperanza de quienes aguardaban un Mesías-Salvador según el designio de Dios. Sí: el Dios Niño nacido de la Virgen María es la prueba de que Dios no olvida al mundo. No lo abandona a las fuerzas del mal; desea la felicidad y la salvación de toda la humanidad.

Los ángeles, al anunciar el acontecimiento a los pastores, presentan al Niño como «el Salvador», e Isaías lo proclama «Consejero admirable, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de la paz» (Is 9,5). Jesús trae al mundo una salvación completa: salva del pecado y de la muerte eterna, y ofrece también los remedios que pueden sanar los males terrenales de la injusticia, la indiferencia o la violencia.

En un mundo convulso como el nuestro —con conflictos arma-

dos, tensiones sociales, temor al futuro y una extendida soledad interior— la Natividad resuena como una llamada: una llamada a no perder la esperanza y a acoger el proyecto de Dios, que desea para nosotros la paz.

En Jesús, el don de la verdadera paz se coloca como un tesoro ante cada ser humano. Ofrecido, nunca impuesto, porque cada uno es libre de aceptarlo o de rechazarlo.

La paz de la Navidad no se instaure por la fuerza: se entrega en la fragilidad de un niño, en la sencillez de un gesto, en la cercanía de Dios a los más humildes. Es una paz interior que transforma el corazón antes que transformar el mundo. Esa gradualidad —del individuo al conjunto, de la unidad al todo— traza el camino de la perseverancia y aleja del desánimo.

Aunque la mirada sobre el mundo pueda sumir a muchos en el desaliento o en la impotencia, celebrar la venida del Salvador en nuestra carne nos recuerda que lo que Dios ofrece a la humanidad permanece, porque Cristo mismo está con su pueblo «hasta el final de los tiempos» (cf. Mt 28).

Por eso, la Navidad no es solo el recuerdo de un acontecimiento pasado, sino la celebración de una presencia: la del Dios de la esperanza (cf. Rm 15,13).



La esperanza nos orienta hacia el futuro, porque esperamos lo que aún no poseemos. Conviene recordar, sin embargo, que no es un sueño ni una ilusión, sino un dinamismo nacido de la fe en Jesucristo, capaz de devolver ánimo y perseverancia a quienes viven marcados por la desesperanza.

El mundo mejor al que tantos aspiran no puede alcanzarse sin la paz. Esta paz nos es dada en Jesús, Palabra de Dios, cuyos pensamientos son «de paz y no de desgracia, para darnos un porvenir y una esperanza» (cf. Jr 29,11).

Con razón dirá san Pablo: «Cristo es nuestra paz» (cf. Ef 2,14). Y tras la resurrección, el primer don de Cristo a sus discípulos son estas palabras: «¡Paz a vosotros!» (Jn 20,21).

Por ello, la Navidad aviva en nosotros la certeza de que, pese a la violencia y al miedo, el amor es más fuerte que el odio, y nos impulsa a ser —cada cual a su modo— artífices de paz: en la familia, en la comunidad, en la nación.

Celebrar el nacimiento del Señor nos invita no solo a acoger la paz que Dios ofrece, sino también a difundirla en un mundo que la necesita de manera tan apremiante: una paz fundada en la verdad, expresión del amor, armonizada con la justicia para suscitar, como una sinfonía, el inicio de un mundo más fraterno.

Esta armonía evoca la visión del «retoño de Jesé»:

«La vaca y la osa pacerán juntas...

El niño meterá la mano en el agujero del áspid.

No harán daño ni estrago en todo mi monte santo» (Is 11,7-9).

Vivir la Navidad en esperanza nos permite mantener la confianza en Dios y en sus promesas, especialmente en los tiempos de prueba.

En el contexto singular de nuestra Iglesia en Mauritania —una pequeña comunidad cristiana compuesta exclusivamente por extranjeros, que debe afrontar el desafío de la alteridad— esta esperanza se vuelve indispensable.

Y lo es todavía más en un tiempo en el que las políticas anti-inmigración, sostenidas por la Unión Europea, frenan impulsos de solidaridad y siembran temor.

El Niño Jesús nació en una gruta, recostado en un pesebre porque «no había lugar para ellos en la posada» (cf. Lc 2,7).

¿Cómo no pensar en tantos fieles acosados, perseguidos o expulsados con métodos que a veces hieren profundamente su dignidad por ser extranjeros —en particular africanos subsaharianos— y que vuelven a situarse entre los «descartados» de nuestra época, como los pastores lo eran en tiempos de Jesús? Es también a ellos a quienes se dirige el mensaje del ángel:

«No temáis, os anuncio una gran alegría... Hoy os ha nacido un Salvador, que es el Cristo Señor» (Lc 2,10-11).

¡Feliz Navidad a todos!



MAURICIO: DIÓCESIS DE PORT LOUIS



Navidad, esperanza en el corazón de un mundo en busca de paz
por + Jean Michaël Durhône
Obispo de Port Louis

Al concluir el Año Jubilar, la diócesis de Port Louis contempla los meses transcurridos como un camino de gracia y compromiso. Este tiempo tan significativo en la vida de la Iglesia se inserta en una continuidad renovada: la de una Iglesia enraizada en su historia, pero siempre en camino, abierta al Espíritu que hace nuevas todas las cosas. Desde el relevo en la guía de la diócesis —del

cardenal Maurice E. Piat al obispo Jean Michaël Durhône— ha perdurado la misma dinámica: ser una Iglesia cercana, fraterna y misionera. El Jubileo ha dado forma concreta a esta orientación a través de diversas celebraciones memorables: el Jubileo de las Familias, de los Artistas, de los Pobres, de los Prisioneros, de las Víctimas de la Violencia, de los Migrantes y de los Enfermos. Cada uno de estos hitos ha permitido a la comunidad diocesana ponerse al lado de quienes, a menudo en la sombra, siguen buscando motivos para la esperanza.





fuerza al inicio del Año Jubilar. En la noche de Navidad, el papa Francisco abrió la Puerta Santa de la basílica de San Pedro, invitando a los fieles a convertirse ellos mismos en «peregrinos de esperanza». Nos recordó que el mundo necesita esperanza, necesita testigos de esperanza, necesita hombres y mujeres que se pongan en camino para sembrarla a lo largo de los senderos de la humanidad.

El año 2025 ha estado marcado por grandes desafíos para nuestro país, Mauricio: revitalizar nuestra economía; repensar la gobernanza de nuestras instituciones; reorganizar el sistema educativo para que esté verdaderamente al servicio del desarrollo de los niños mauricianos; comprometerse con más firmeza en la lucha contra la droga; y dotarnos de instrumentos eficaces para combatir la violencia que hiere a tantas parejas y familias. Todos estos retos solo pueden afrontarse si cada uno de nosotros decide levantarse, dar un paso y emprender el camino para convertirse en peregrino de esperanza.

Todos nosotros, jóvenes y mayores, llevamos dentro la semilla de esa esperanza plantada en nuestros cora-

Cada uno de estos jubileos ha sido un signo de la presencia de Dios en el corazón de la realidad humana. El Jubileo de las Familias ha revelado la belleza del amor fiel, incluso frente a las dificultades. El Jubileo de los Reclusos ha recordado las palabras de Cristo: «Estuve en la cárcel y vinisteis a verme» (Mt 25,36). El Jubileo de las Víctimas de la Violencia ha puesto de manifiesto la tragedia del mal, pero también la fuerza del perdón y de la reconstrucción. El Jubileo de los Migrantes ha hecho resonar el llamado evangélico: «Era forastero y me acogisteis» (Mt 25,35). Por último, el Jubileo de los Enfermos ha sido manifestación viva de la compasión de Cristo, que «cura los corazones destrozados» (Sal 147,3).

Para los cristianos, la Navidad es la fiesta de la esperanza. Tiene un rostro y un nombre: el de Jesús. «El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14). El camino recorrido por José y María para que esa esperanza se hiciera realidad fue largo y difícil. Tuvieron que ponerse en camino para hallar un lugar donde naciera Jesús. Encontraron puertas cerradas, y fue finalmente en la sencillez de un pesebre donde vino al mundo Aquel que colmaría la esperanza de todo un pueblo. José y María, al ponerse en marcha, fueron peregrinos que portaban la esperanza de un mundo nuevo.

Ese símbolo del camino y del peregrinaje resonó con especial

ziones. Mano a mano, en la diversidad de nuestras procedencias religiosas, étnicas y culturales, partamos juntos y caminemos como peregrinos que llevan la esperanza al corazón de nuestra Mauricio.

Fiel a su misión, la diócesis de Port Louis continúa presente allí donde la vida reclama ser defendida y restaurada. En las cárceles, en los hospitales, en las escuelas, en los refugios y en los barrios más vulnerables, hombres y mujeres comprometidos encarnan esta esperanza activa. Su servicio silencioso refleja las palabras de Jesús: «Vosotros sois la luz del mundo» (Mt 5,14).

Al término del Año Jubilar, la fiesta de la Navidad invita a todos a reconocer esa luz que nunca se apaga. En un mundo a menudo desorientado, el nacimiento de Jesús abre un horizonte de paz y confianza. Nos recuerda que, pese a las heridas de la historia, Dios sigue habitando en la humanidad y devolviéndole la confianza en el futuro.

Este es el mensaje de esperanza —arraigado en la fe e inscrito en la vida de la diócesis de Port Louis— que la Iglesia desea ofrecer a nuestra sociedad mauriciana: una llamada a caminar juntos, a creer en la fuerza del bien y a cultivar la paz allí donde parece ausente. Porque en Navidad, más que nunca, permanece la promesa:

«La luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron» (Jn 1,5).

PRINCIPADO DE MÓNACO: ARCHIDIÓCESIS DE MÓNACO

Mónaco, pequeña Belén a orillas del mar
El Camino de los Belenes de Mónaco

Por + Dominique-Marie David
Arzobispo de Mónaco

Cada invierno, cuando el mar se vuelve de nácar y la niebla abraza la Roca, un sendero se abre en el corazón del Principado: el Camino de los Belenes. No es solo un paseo: es una suave ascensión hacia la luz, un peregrinaje de estrellas y madera tallada, una invitación a redescubrir el milagro más sencillo: el de un nacimiento...



Nacido en 2014 por impulso del príncipe Alberto II, el Camino de los Belenes se ha convertido, con los años, en un rito navideño. En el cofre de la Roca, entre piedras seculares y aroma de pino, enlaza la tierra y el cielo, la fe y la belleza, la tradición y el mundo.

Todo comienza al pie de la Rampe Mayor. Los primeros pasos se dan sobre la piedra fría, donde aún resuenan los ecos del puerto y el murmullo del viento salino. Allí se alinean los belenes, modestos y conmovedores, como estaciones para el alma. Las miradas se detienen, los corazones se serenán. Después, paso tras paso, la ciudad se desvanece poco a poco; solo permanecen la

luz dorada de los faroles y la presencia frágil de las figuras diminutas. Mónaco-Ville, con sus callejuelas estrechas y sus muros ocre, se convierte entonces en un escenario vivo: el de un Evangelio silencioso. Cada paso es oración, cada desvío es símbolo: se asciende la colina como se asciende la fe, humildemente, lentamente, hacia el belén más imponente, erigido en la Plaza del Palacio.

En la Roca, los belenes procedentes de los cinco continentes velan bajo los pinos y las luces.

Algunos están tallados en madera de olivo; otros modelados con la tierra roja de Madagascar; más allá, manos africanas han esculpido la Natividad en metal repujado, y artesanos asiáticos la han formado en papel dorado. Todos cuentan la misma historia: la de la espera de la Paz, del silencio y del don.

En esta diversidad habita una fraternidad rara: la de los pueblos reunidos en torno a un mismo misterio. El Cristo niño une culturas, materiales y rostros. Mónaco, pequeño reino posado sobre el mar, se convierte durante un instante en el centro de un mundo reconciliado.

El Camino de los Belenes no es solo una exposición: es una escuela de mirada.

Se aprende a ver de otro modo: la mano del artesano, la paciencia del gesto, la ternura del detalle. Los niños juegan a reconocer los países; los visitantes escanean códigos QR para descubrir el origen de las obras; y todos, según su edad o su fe, encuentran una luz distinta. Detrás de los rostros de los santos hay todo un pueblo invisible que vela: madres, pastores, caminan-



tes, soñadores... Su humilde presencia recuerda que la Navidad no es un escaparate, sino un latido del corazón.

Al caer la tarde, la subida se enciende de luces. Los belenes titilan, las guirnaldas se iluminan y el Palacio y la Catedral velan. Bajo los pinos, el aire se carga de sal y de incienso. Las familias caminan en silencio; solo se escucha el paso del carabinero del Príncipe, guardián de la entrada del Palacio, la risa de un niño, el susurro de una oración. En la curva de un paseo, de un callejón, el tiempo parece detenerse. Los rostros se suavizan, las voces se apagan: ante el belén todos se vuelven peregrinos; creyentes o no, niños o ancianos, todos se dejan envolver por la dulzura del misterio.

Mientras el invierno roza los muros, el mar reposa bajo la luna y

los belenes continúan velando —centinelas silenciosos de un mundo que sigue buscando la paz—. El Camino de los Belenes de Mónaco no es solo un recorrido: es una poesía al aire libre, un viaje interior. Al recorrerlo, se descubre mucho más que obras: se recobra la infancia del mundo, la sencillez del gesto, la belleza del silencio; de esos silencios en los que se forja la obra de Dios. En este pequeño lugar, entre cielo y Mediterráneo, la Natividad encuentra un cofre singular.

El Camino de los Belenes no es únicamente un adorno festivo: es un hilo de oro entrelazado entre culturas, un puente entre lo visible y lo invisible. Cada figura, cada farol, cada piedra anuncia la promesa de una luz que nunca se apaga: la del Príncipe de la Paz.



PAÍSES BAJOS: DIÓCESIS DE HAARLEM-AMSTERDAM



Peregrinos de esperanza en una sociedad secularizada

por + Johannes Hendriks
Obispo de Haarlem-Amsterdam

En los años sesenta, la Iglesia católica en los Países Bajos atravesaba un cambio vertiginoso. El final del catolicismo parecía inminente. Iglesias y monasterios se vaciaban a gran velocidad. ¿Había aún motivos para la esperanza? Sí. Las pruebas son siempre una llamada a una fe más profunda y a una confianza mayor.

Los Países Bajos, un país pequeño, eran conocidos —hasta fechas relativamente recientes— por el elevado número de misioneros que enviaban al mundo: en 1960 eran 9.726. Hoy viven en un contexto fuertemente secularizado. El 58% de la población se declara no religiosa; solo el 17% es católica (2023). Sin embargo, en 2024 el número de creyentes ha aumentado ligeramente: el 44% afirma pertenecer a una Iglesia o comunidad religiosa. También la asistencia a las celebraciones litúrgicas parece crecer, especialmente en las zonas más urbanizadas.

La atmósfera interna del catolicismo neerlandés ha cambiado de manera considerable. En los años sesenta, el llamado “Concilio pastoral” —celebrado con todos los obispos presentes— impulsó una liturgia más “horizontal” y socialmente crítica, la abolición del celibato y una moral sexual más liberal. La confesión pareció desaparecer. Se introdujo un Catecismo holandés, se cer-

raron seminarios y se nombraron laicos como agentes pastorales.

Aquello provocó una profunda división entre los fieles, y la vida de la Iglesia quedó marcada por una fuerte polarización. El mundo entero recuerda la visita de san Juan Pablo II en 1985 —cuyo 40.º aniversario se cumple este año—, con manifestaciones hostiles y calles llenas de humo de bengalas. El Papa no se dejó intimidar y, con san Pablo, proclamó: «¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!». Educación católica, justicia eclesial, catequesis, consejos pastorales, formación teológica, liturgia, identidad sacerdotal... en todos estos ámbitos, los dicasterios romanos tuvieron que emplearse a fondo para corregir el rumbo. Todo ello desembocó en un Sínodo especial para los Países Bajos, celebrado en Roma en enero de 1980 bajo la guía del Santo Padre.

Dos grandes pontífices, san Pablo VI y san Juan Pablo II, con paciencia y perseverancia, trabajaron para restaurar la identidad de la Iglesia católica neerlandesa. Pero la travesía fue dura...

En diciembre de 2011 se publicó el informe de la comisión de investigación (Comisión Deetman), creada por la Conferencia Episcopal para indagar en los abusos sexuales cometidos por clérigos y religiosos en los setenta años anteriores. La conmoción fue inmensa: ¿quién habría imaginado que tantos clérigos y religiosos se habían visto implicados en actos tan reprobables? Esto provocó un nuevo desplome en la participación eclesial.





Muchos padres dejaron de bautizar a sus hijos y de llevarlos a la Primera Comuni3n. La Iglesia lleg3 a ser calificada p3blicamente como una "organizaci3n criminal".

La gesti3n seria de los casos y la reparaci3n concedida a las v3ctimas han contribuido, con el tiempo, a un proceso de elaboraci3n y sanaci3n de las heridas espirituales. La Iglesia cat3lica asumi3 su responsabilidad. Despu3s, en los Pa3ses Bajos salieron a la luz numerosos casos de abuso tambi3n en 3mbitos no eclesiales.

Parec3a que las grietas se multiplicaban en lo que un d3a fue una Iglesia vigorosa. Sin embargo, la esperanza no se perdi3. Jesucristo permanece el mismo: ayer, hoy y siempre. No contamos con aplausos ni 3xitos visibles, sino con la gracia de Dios. Quien conf3a en 3l no queda defraudado.

Quien persevera con serenidad y firmeza en esta confianza — fiel a Cristo y a su Iglesia— descubre una vez m3s que el Se3or no abandona a su pueblo y que el Evangelio responde a las necesidades de cada 3poca: «Yo estoy con vosotros todos los d3as, hasta el fin del mundo» (Mt 28,20).

El contexto mundial ha cambiado. En los a3os sesenta, en los Pa3ses Bajos y en otras naciones pr3speras se pensaba que la bonanza econ3mica no har3a sino crecer. Hoy se perciben con fuerza problemas graves: crisis clim3tica, amenaza de guerra, escasez de vivienda, envejecimiento de la poblaci3n aut3ctona y dificultades relacionadas con la inmigraci3n. Al mismo tiempo, el individualismo se ha intensificado. En un pa3s rico y pr3spero como los Pa3ses Bajos, esta situaci3n genera incertidumbre y temor por el futuro. El 52% de los j3venes entre 16 y 25 a3os sufre ansiedad o depresi3n (dato del Instituto Nacional de Salud P3blica y Medio Ambiente, RIVM).

Este cambio social parece haber impulsado a muchos j3venes a interrogarse por el sentido de la vida. Muchos me dicen que han tenido una experiencia personal de Dios. Crece el deseo de conocer a Jesucristo y de profundizar en la fe cat3lica. Este a3o (2025), 325 j3venes han pasado a formar parte de la Iglesia cat3lica en nuestra di3cesis de Haarlem-Amsterdam, y muchos otros se preparan para el Bautismo. Los n3meros son especialmente altos en zonas urbanas y en parroquias grandes. Prepararlos y acompa3arlos exige mucho de los sacerdotes, pero ellos no desear3an hacer otra cosa.

El clima general de la sociedad neerlandesa sigue siendo laico, aunque se perciben peque3os signos de apertura. El clima espiritual dentro de la Iglesia ha cambiado de modo notable. Los j3venes muestran poco inter3s por debates pol3micos; buscan profundizar en la fe a trav3s del conocimiento y la vida espiritual. Desean sacralidad, solidez y estabilidad.

En las 3ltimas d3cadas del pasado siglo, se repet3a a menudo la pregunta: ¿seguir3 existiendo la Iglesia cat3lica en nuestro pa3s dentro de unos a3os? Esa pregunta ha desaparecido. Vemos la mano de Dios en m3ltiples signos de su gracia. Sentimos gratitud por lo que su bondad nos concede. Seguimos caminando como peregrinos de la esperanza.



PAKISTÁN: DIÓCESIS DE ISLAMABAD-RAWALPINDI



Navidad: la aurora de la esperanza

por + Joseph Arshad
Arzobispo-Obispo de Islamabad-Rawalpindi

Cuando el Año Jubilar se acerca a su conclusión, nuestros corazones regresan a Belén, a la cuna humilde donde la promesa de salvación de Dios tomó cuerpo. En un mundo exhausto por las guerras, las divisiones y la incertidumbre, la Navidad proclama que la esperanza no es una ilusión: la esperanza tiene un nombre, y ese nombre es Jesucristo, nacido entre nosotros. Desde el corazón de Pakistán, donde los cristianos viven como

un pequeño rebaño en medio de una mayoría de otras confesiones, este mensaje es nuestro pan cotidiano. Los fieles de la diócesis de Islamabad-Rawalpindi, las familias que habitan en las montañas del norte, las comunidades parroquiales de las llanuras del Punjab, las religiosas en las escuelas y los hospitales, viven su fe con discreción, pero con un coraje sereno y una alegría constante. Nos recuerdan que la luz puede brillar incluso donde la noche parece más profunda. En nuestras parroquias hemos visto florecer la esperanza en gestos sencillos: niños que aprenden el Evangelio a la sombra de un árbol; vecinos musulmanes que comparten nuestras comidas de





Navidad; jóvenes que sirven a las víctimas de las inundaciones con una generosidad que trasciende toda frontera religiosa. Estos momentos nacidos del amor son el pesebre vivo en el que Cristo sigue naciendo hoy.

El final del Jubileo nos invita a prolongar sus gracias, a ser testigos de misericordia y constructores de puentes. La esperanza, como recuerda el papa Francisco, no defrauda porque está arraigada en la fidelidad de Dios. Esta certeza nos sostiene cuando las noticias hablan solo de conflictos, cuando la pobreza hiere la dignidad humana y cuando la intolerancia endurece los corazones. Miremos al Niño en el pesebre, frágil pero radiante, y descubramos de nuevo que la paz es posible, que nace en cada corazón que lo acoge.

Para nuestra comunidad en Pakistán, la Navidad es también tiempo de testimonio.

La estrella que brilló sobre Belén nos guía aún hoy a vivir en la confianza, no en el miedo; en el diálogo, no en la distancia.

Nos enseña a reconocer en cada rostro humano el reflejo de la

se hace carne.

En el resplandor silencioso de la Navidad recordemos que la esperanza no es solo una promesa del futuro, sino una presencia que transforma el presente.

Desde la cuna humilde de Belén hasta cada hogar que abre el corazón al amor, Cristo sigue naciendo donde habitan la fe y la compasión.

En un mundo fracturado por los conflictos y la indiferencia, la Iglesia de Islamabad-Rawalpindi nos invita a llevar esa luz divina: a hablar con gentileza donde hay amargura, a tender puentes donde hay muros, y a creer, incluso en la oscuridad, que la aurora está cerca.

Desde Islamabad-Rawalpindi, con gratitud y fe, envío este mensaje de Navidad:

"La luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron" (Jn 1,5).

Cristo es nuestra esperanza, ayer, hoy y siempre.

imagen de Dios: sea cristiano o musulmán, rico o pobre, amigo o desconocido. La esperanza crece cada vez que elegimos la compasión en lugar de la indiferencia.

Este año, el tema de nuestra diócesis ha sido precisamente "Esperanza". Hemos reflexionado sobre la fe que edifica la esperanza, hemos alentado a las familias a orar unidas, a ayudar a los pobres y necesitados, a educar a los hijos en la paz y a cuidar de la tierra, nuestra casa común.

En la silenciosa perseverancia de nuestro pueblo percibo la firme esperanza que animó a María y a José en su camino hacia Belén: una esperanza que cree aun cuando el sendero es incierto, que se alegra incluso cuando el establo parece demasiado pobre para un Rey.

Al prepararnos para celebrar la Navidad, deseo enviar un mensaje desde las periferias del mundo hasta el corazón de la Iglesia: la luz de Cristo nunca se apaga.

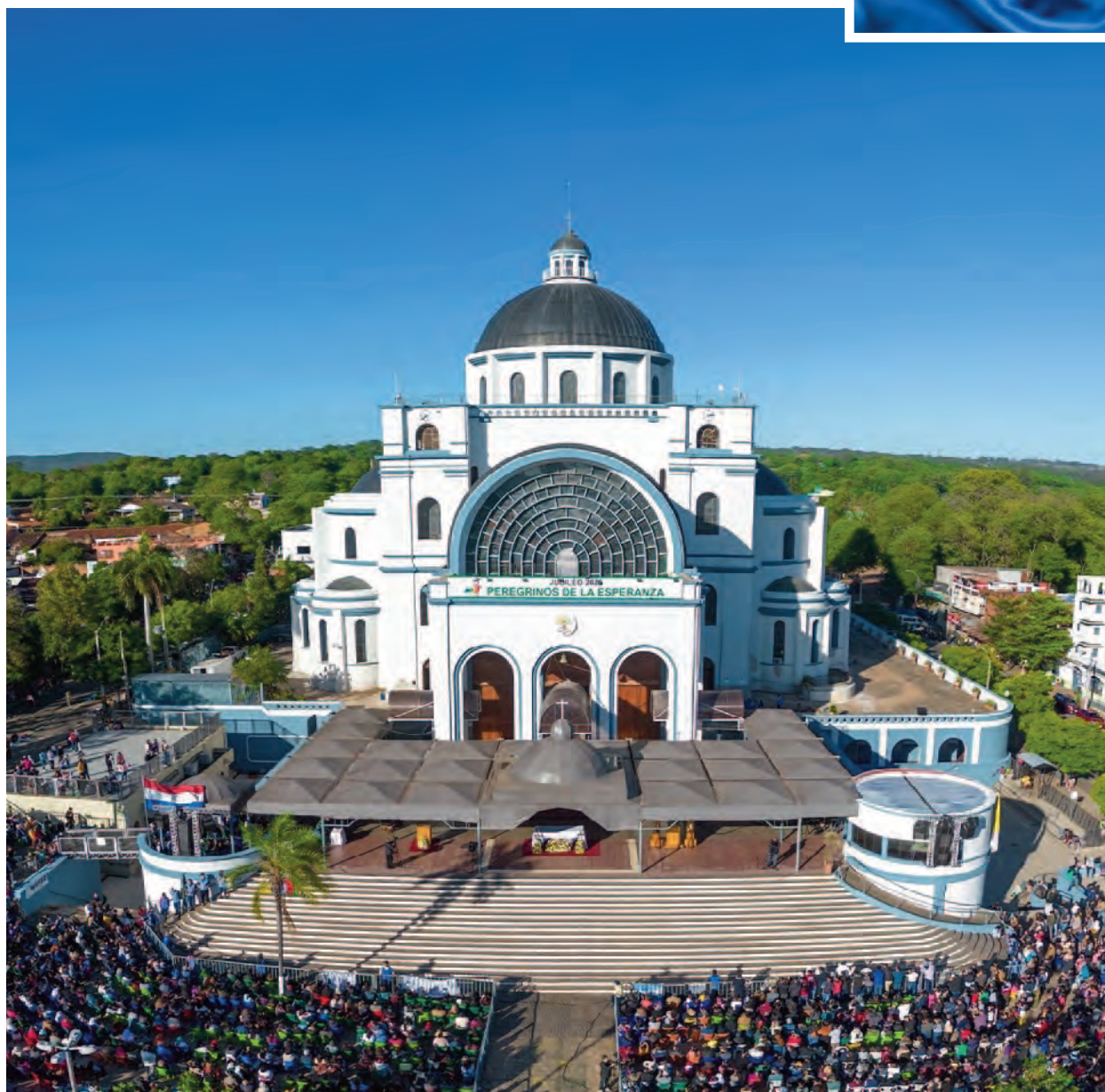
Brilla en las pequeñas lámparas de nuestros hogares, en las sonrisas de los niños, en el valor de quien perdona, en las manos incansables que sirven a los pobres.

Esa es la esperanza que sostiene a la humanidad.

Que el Niño de Belén renueve nuestros corazones y nuestras comunidades, para que seamos artesanos de paz donde reina el conflicto, y sembradores de esperanza donde amenaza la desesperación.

El Jubileo puede llegar a su fin, pero su gracia continúa allí donde el amor

PARAGUAY: DIÓCESIS DE CAACUPÉ



Por una Navidad sin pólvora

por + Ricardo Jorge Valenzuela
Obispo de Caacupé

Desde la finalización de la guerra fría en 1989, con la caída de la experiencia comunista en la Unión Soviética, nunca la humanidad estuvo, como en los últimos -y en especial este- año, tan al borde de una conflagración bélica, con posibilidad y probabilidad de alcanzar a la mayor superficie del planeta.

Las guerras entre Ucrania y Rusia, y entre Israel y la Franja de Gaza demandaron y demandan de sus Gobiernos y aliados miles de millones de dólares en armamentos, municiones, logística y equipamientos, que bien podrían haberse invertido en la salvación de almas en la tierra de millones de personas, que padecen

hambre, desnutrición, dolor y falta absoluta de servicios básicos. La demencial búsqueda del control absoluto del mundo por una sola potencia, por una combinación de naciones, o de lo que es peor, por una sola persona, desprecia los más elementales valores que adornan la vida de una persona en su relación con Dios. Ciertamente funcionan de maravillas, en la tierra, ciertas fórmulas de prosperidad de los pueblos, algunos de los cuales se esfuerzan por conservar lo conquistado en materia de confort, pero no alcanzan a ver más allá, el lado gris de la vida que toca vivir a los hermanos del otro lado del globo terráqueo.

Hay países. Sí, países, con habitantes como los nuestros, con abundantes recursos naturales, pero que soportan más del 80 por ciento de pobreza extrema de sus poblaciones. Tales serían los casos de Sudán del Sur, con 82,3% de su población viviendo en la extrema pobreza, Somalia, Níger, Burundi y otros, de quie-



nes nadie habla, a favor de quienes nadie protesta. Pero sí, eso sí, en esos países sus Gobiernos gastan presupuestos multimillonarios en compra fraudulenta generalmente, de armamentos para mantener latente el negocio del conflicto civil en sus países. Es decir, se gasta dinero en armas para matar al más débil y fortalecer al más violento, en vez de gastar ese dinero en comida, salud y educación, que permitan a la gente humilde poder acceder a oportunidades de vida más digna, según el plan de Nuestro Señor.

En estas condiciones, ¿puede haber esperanza de una Navidad sin violencia para pueblos en guerra o pueblos sin guerra, pero sin comida ni justicia?

La paz se funda en la relación primaria entre todo ser creado y Dios mismo. Con frecuencia, el hombre altera el orden divino y como consecuencia, el mundo conoce el doloroso derrama-

miento de sangre y la división: la violencia se manifiesta así en las relaciones interpersonales y sociales, pero la paz y la violencia no pueden habitar juntas, porque donde hay violencia, no puede estar Dios.

Como bien sabemos, la paz es mucho más que la simple ausencia de guerra, ni siquiera es un simple equilibrio estable entre fuerzas adversarias, y menos la suspensión fingida de las hostilidades. La paz pelagra, de manera igualmente grave, cuando al hombre no se le reconoce aquello que le es debido, en cuanto hombre; cuando no se respeta su dignidad y cuando la convivencia no está orientada hacia el bien común. Por eso, es esencial la defensa y promoción de los derechos humanos en aquellos pueblos que, si bien no soportan guerras fratricidas, sobreviven a los abusos violentos de sus gobernantes.

La paz es el efecto de la bendición de Dios sobre su pueblo. Jesús proclama que el cristiano puede convertirse en artífice de la paz y, por tanto, partícipe del Reino de Dios, según lo que El mismo proclama: "Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios"

El sentido y el fundamento del compromiso cristiano en el mundo derivan de la certeza de que Dios ofrece la posibilidad real de superar el mal y de alcanzar el bien, y la Iglesia sabe que existe en la persona humana suficientes cualidades y energías, porque es imagen de su Creador.

Nuestra misión cristiana es persistir en la búsqueda de más corazones en el mundo capaces de ver el otro lado del planeta, donde la vida es un conflicto constante, y tratar de convertirlo, cuanto antes, en el fruto del orden plantado en la sociedad humana toda, completa, por su divino Fundador, "y que los hombres sedientos siempre de una justicia más perfecta, han de llevarlo a cabo". Que este año la Navidad sea, por fin, sin olor a pólvora.



PORTUGAL: PATRIARCADO DE LISBOA



Navidad en Lisboa, cuando la esperanza se hace cercanía

por + Rui Manuel Sousa Valério
Patriarca de Lisboa

La Navidad llega a Lisboa con el mismo perfume de eternidad que, hace dos mil años, envolvió el silencio de Belén. En el corazón de esta ciudad antigua y siempre nueva, Dios continúa haciéndose cercano, naciendo en las periferias humanas y encendiendo luz allí donde parecía habitar únicamente la tiniebla. Este es el milagro silencioso de la Navidad: Dios no renuncia a la humanidad, y menos aún a esta ciudad que lo reconoce y lo sirve en sus calles y en los rostros de su pueblo.

Lisboa es hoy una tierra donde el Evangelio se vuelve concreto. En sus colinas y en sus barrios, en las comunidades parroquiales, en las instituciones sociales y en los hogares sencillos de quienes viven de la providencia, la Navidad ha comenzado ya. La veo en los equipos que, cada noche, recorren las calles llevando una sopa caliente y amistad a las personas sin hogar; en los voluntarios que escuchan y acompañan a quienes lo han perdido casi todo, salvo la dignidad; en las religiosas y en los laicos que, sin ruido, convierten el servicio en el altar donde adoran al Dios hecho hombre. Cada gesto de caridad es una llama que vence la noche y devuelve esperanza a quien creía haber sido olvidado. El Patriarcado de Lisboa vive esta Navidad como prolongación del camino jubilar que la Iglesia recorre como Peregrina de la Esperanza. El Jubileo de 2025 ha sido, entre nosotros, un tiempo de gracia y de reencuentro. Después del impulso de la Jornada Mundial de la Juventud 2023—que transformó Lisboa en capital

de la alegría y de la fe—, nuestra Iglesia ha procurado mantener viva aquella llama, ayudando a los jóvenes a descubrir que la esperanza es misión y que el Evangelio es un camino de vida nueva.

La Jornada Jubilar Diocesana, celebrada el 31 de mayo, fue expresión de esta comunión: miles de fieles reunidos, signo luminoso de un pueblo en peregrinación interior. El Jubileo de la Caridad nos mostró que la esperanza se encarna en el servicio a los pobres; el Jubileo de las Autoridades nos recordó que el bien común es también una forma de fe; el Jubileo de los Jóvenes trajo, una vez más, el soplo fresco de los albores de la Iglesia; y el Jubileo de la Misión nos señaló que la esperanza se hace anuncio y testimonio, no teoría.

Por todo ello, Lisboa es hoy una ciudad jubilar: un espacio en el que el Espíritu renueva la vida de la Iglesia y la impulsa a salir de sí para servir. La Navidad encuentra aquí su rostro más auténtico: el de un pueblo que, en medio de las contradicciones del tiempo presente, sigue creyendo que «Dios coopera en todo para el bien de los que lo aman» (Rm 8,28).

Vivimos tiempos en los que la paz parece lejana y frágil. Las guerras, la soledad, la pobreza y la indiferencia desafían el corazón humano. Pero la Navidad nos recuerda que la esperanza cristiana no nace de cálculos políticos ni de estrategias sociales: nace de un pesebre. Y un pesebre es lo opuesto al poder: es la pobreza acogida por amor, es la fragilidad transformada en don, es la ternura de Dios que vence la dureza del mundo.

Por eso, la Navidad en Lisboa es también una llamada a la conversión. Que cada cristiano se convierta en lugar de hospitalidad





y que cada comunidad sea una casa abierta al dolor y a la alegría de los hombres y mujeres de esta ciudad. La Iglesia está llamada a ser presencia de Dios junto a los últimos, testimoniando que la caridad es el nombre más hermoso de la esperanza. La misma esperanza que el Espíritu Santo hace brotar en el corazón de quien ora, de quien sirve, de quien cree que, incluso en el caos del mundo, el amor de Dios permanece fiel.

Entre el río y el mar, entre la colina y el valle, Lisboa renueva su «sí» al Evangelio de la paz. Aquí la esperanza tiene rostros concretos: el del voluntario que visita a los pobres, el del joven que recupera la fe, el del anciano que reza en silencio por los suyos, el del migrante que sueña un futuro mejor. Todos ellos son el belén vivo en el que Dios desea nacer.

En esta Navidad, el Patriarcado de Lisboa quiere ser signo de esta presencia: una Iglesia que camina, que escucha y que sirve; una Iglesia que cree que el Espíritu es el gran motor de la historia y el conductor de la misión; una Iglesia que, nacida del Corazón de Cristo, sabe que la esperanza no es una ilusión, sino la certeza de que la última palabra pertenece al amor.

Que María, Madre de la Esperanza y Estrella de Lisboa, nos enseñe a mirar el mundo con los ojos de Dios, para reconocer, incluso en las noches más oscuras, el resplandor discreto de la luz que viene de Belén. Porque eso es la Navidad: la certeza de que Dios continúa naciendo, cada día, en cada gesto de bondad, en cada palabra de perdón, en cada corazón que se deja iluminar por la paz.



REPÚBLICA CHECA: DIÓCESIS DE PILSEN



Ave crux, spes unica – La esperanza de la Cruz
en un tiempo sacudido por la inestabilidad del mundo

por + Tomáš Holub
Obispo de Pilsen

La cuestión principal que hoy se nos plantea con una urgencia creciente es qué mensaje de esperanza puede ofrecer el cristianismo a un mundo en el que la paz ya no puede darse por su-
puesta. Estoy convencido de que lo más esencial que la fe cristiana aporta en un contexto semejante no consiste en señalar con el dedo los diversos mecanismos o sistemas humanos que deberían garantizarnos la paz. En los últimos tiempos hemos descubierto que muchas realidades, muchos puntos de apoyo en los que confiábamos —forjados por el modo en que el mundo se organiza y por las garantías asentadas en los sistemas políticos, en la integridad de las personas o en las tradiciones

culturales— pueden desmoronarse con sorprendente rapidez.

En circunstancias así, la esperanza cristiana nos invita a volver a aquello que es real y perdurable. No brota de la solidez de las estructuras humanas, sino del amor de Jesús por este mundo. Un amor que se revela en su disponibilidad a entregarse por completo para que esta creación pueda vivir en la verdad y poseer un futuro que no se extinga con la muerte. Este es un fundamento que no vacila ni siquiera cuando todo lo humano parece derrumbarse.

Como creyentes, somos llamados a ofrecer al mundo esta perspectiva de esperanza con profunda humildad, sin triunfalismos. Somos conscientes de que, con frecuencia, nosotros mismos tenemos dificultad para mantener viva esta esperanza en nuestro interior. Y, sin embargo, sabemos que su firmeza descansa en la fidelidad de Dios, no en nuestras fuerzas.



Nuestro mundo necesita hombres y mujeres que no cierren los ojos ante la realidad y que sigan creyendo que Dios no abandona su creación. Necesita personas capaces de hablar de la cruz como del lugar donde germina un futuro nuevo. La cruz es el punto firme que permanece incluso cuando otras certezas comienzan a temblar. Somos quienes anuncian la cruz como la única esperanza para este mundo, tal como la tradición cristiana la ha proclamado siempre. Ave crux, spes unica. Ave a la cruz, nuestra única esperanza.



REPÚBLICA DEMOCRÁTICA DEL CONGO: ARQUIDIÓCESIS DE BUKAVU



Llegará un día en que la luz resplandecerá

por + François Xavier Maroy Rusengo
Arzobispo Metropolitano de Bukavu

Estamos celebrando el Año Jubilar: 2025 años desde la venida de Cristo a la Tierra, un Jubileo cuyo tema es «Peregrinos de la Esperanza».

Al escoger este tema, san Francisco ha sido para nosotros como un profeta.

La guerra que actualmente asuela nuestro país alcanzó nuestra Arquidiócesis a comienzos de este año 2025, inmediatamente después de la apertura oficial y solemne de este Jubileo. Varias parroquias y comunidades, todavía hoy, no pueden celebrar este gran acontecimiento de nuestra fe a causa del estrépito de las botas en marcha, del crepitar de los disparos o del estallido de las bombas. Un día estamos encogidos bajo nuestras camas; otro, huyendo, pasando las noches a la intemperie —si es que aún podemos llamar hermoso ese cielo—.

Y, sin embargo, el anuncio del Ángel nos conforta: «No temáis, mirad que os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo» (Lc 2,10).

Sí, «la esperanza no defrauda jamás» (Rm 5,5); y la Navidad es un gran festivo de Esperanza, porque Dios se revela a nosotros en la pobreza, en la miseria más absoluta. Nació en un establo y fue recostado en un pesebre, sin vestidos, pero acompañado por el canto de los ángeles y de los pastores. Y ahora los Magos vienen de Oriente para ofrecerle sus dones. Este Rey, accesible a todos, contrasta de manera radical con el mundo de hoy: un

Rey nacido en un pueblo, lejos de su familia, sin cámaras en esta era de tecnología digital e inteligencia artificial; un Rey sin ejército y, sin embargo, Príncipe de la Paz en un tiempo en que las potencias mundiales se glorían de poseer armas nucleares de largo alcance, capaces de destrucción masiva.

Sí, es el Rey de la Esperanza para todos, en medio de una «guerra mundial por partes», como solía decir el Papa Francisco. Si sustituyésemos las armas por la cruz de Cristo, el mundo encontraría la verdadera paz.

Esta es la condición en que vivimos actualmente: personas que sufren, privadas de todo excepto de Cristo; abandonadas por algunos, perseguidas por otros, pero consoladas por el Niño Jesús. En la distancia escuchamos hablar de Acuerdos, Conversaciones y Convenios para la paz, la reconciliación y el desarrollo; pero aquí, sobre el terreno, el sufrimiento continúa, porque no hay alimentos ni agua, ni asistencia médica, ni escuelas, ni siquiera ropa para salir a la calle. Afortunadamente, la fe permanece, y la esperanza en un mañana mejor no se apaga.

Aquí, los pueblos están vacíos a causa de la extrema inseguridad provocada por los múltiples grupos enfrentados. Nadie se aventura en los campos por miedo a ser masacrado o violado; así, el hambre va abriéndose camino. En la ciudad, pequeñas chozas sin agua ni electricidad albergan multitudes; las calles están llenas de gente, incluso por la noche. Se ven niños que se han convertido en «niños de la calle», como si la calle hubiese ocupado el lugar de sus padres.

Pero la esperanza permanece, porque la felicidad está por de-





lante; la noche puede prolongarse, pero el día acabará llegando. Llegará un día en que la luz resplandecerá, porque el final del túnel siempre se vislumbra para quienes creen en Dios y esperan en Jesucristo.

Así, la liturgia se celebra con una gran participación de fieles de todas las edades; y allí, rostros aunque hambrientos y enjutos, danzan para Cristo, el Recién Nacido del 25 de diciembre de 2025, en el belén navideño de la Arquidiócesis de Bukavu. Y,

como en todas partes, la Esperanza no decepciona jamás.

Añadimos, como apéndice, un breve canto que reconforta el corazón de quienes sufren pero no se rinden, porque su testimonio de vida se fundamenta exclusivamente en la Verdad y en el Amor para todos, sin hipocresía.

En la fe, en la esperanza y en la caridad —virtudes teológicas fortalecidas en nosotros por la Venida de Cristo al mundo— nos preparamos para la clausura de este Año Jubilar, el domingo 28 de diciembre de 2025, también en nuestra Catedral.

Aunque no hayamos celebrado según lo previsto en

nuestro calendario, y no hayamos alcanzado así la plenitud de nuestra alegría, ofrecemos a quienes nos han dejado la misericordia de Dios; y a nosotros, que hemos sobrevivido, nuestra acción de gracias se eleva inmensamente, aun cuando la verdadera paz siga siendo esperada en la esperanza de los hijos de Abraham, aquel antepasado que «esperó contra toda esperanza».

Gracias a quienes oran con nosotros y por nosotros.



ESLOVENIA: ARCHIDIÓCESIS DE LIUBLIANA



El pórtico del misterio de la segunda virtud (Ch. Péguy)

Por + Stanislav Zore, OFM
Arzobispo Metropolitano de Liubliana

Cada año escogemos una palabra del año; una palabra que ha resonado de un modo particular a lo largo de los meses y que ha marcado a las personas, sus pensamientos, sus relaciones y también sus acciones. Naturalmente —aunque algunos podrían pensarlo— no ha sido la palabra esperanza. La palabra elegida ha sido “seis-siete”, cuyo significado nadie conoce realmente. Ha sido seleccionada porque los jóvenes la usan constantemente.

Entre los cristianos, sin embargo, en el año que poco a poco dejamos atrás, la palabra esperanza ha regresado al centro de nuestras reflexiones, conversaciones, peregrinaciones y celebraciones jubilares. Se trata de una esperanza que no nace de una expectativa ni de un deseo; esa forma de esperanza permanece en un plano humano, puede cumplirse o no, la vida continúa y el eventual incumplimiento de esa expectativa no determina de manera decisiva la existencia de una persona. La esperanza sobre la que hemos meditado durante este Año Santo es una esperanza “que no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado” (Rm 5,5).

Viene a mi memoria el inicio de un bellissimo poema de Charles Péguy, titulado con misteriosa elegancia El pórtico del misterio de la segunda virtud. El comienzo del poema sugiere que Dios

habla consigo mismo y, al mismo tiempo, nos revela la luz con la que contempla al ser humano y lo más profundo que hay en él. Dice así: “La fe que más amo —dice Dios— es la esperanza.

La fe no me sorprende... Tampoco me sorprende el amor —dice Dios—. No hay en ello nada extraño... Pero de la esperanza —dice Dios— sí me sorprende algo. A mí mismo. Es algo extraño. Que esos pobres hijos vean cómo sucede todo y, aun así, crean que mañana será mejor... La niña (la esperanza) avanza entre sus dos hermanas mayores (la fe y la caridad) completamente inadvertida”. Y nosotros, ciegos, no vemos a la que camina en medio, esa niña que arrastra hacia adelante a su hermana mayor.

Esa niña —dice Péguy— vino al mundo el año pasado, el día de Navidad. Nos habló una vez más de la fidelidad inquebrantable de Dios a sus promesas, porque, aunque nosotros seamos “infieles, Él permanece fiel, ya que no puede negarse a sí mismo” (2 Tm 2,13).

Esa niña, la esperanza, es el don con el que Dios acompaña al ser humano a lo largo de toda la historia de la salvación y con el cual le muestra la salida de todos los callejones sin salida en los que cae y permanece atrapado por distracción o por una comprensión equivocada de la libertad.

“Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu linaje y su linaje: este te aplastará la cabeza y tú le acecharás el talón” (Gn 3,15). Cuando el hombre dudó de Dios y de su amor absoluto, cuando negó la soberanía divina sobre el conocimiento del bien y del



mal, cuando sus decisiones y acciones deshicieron el paraíso que Dios había creado para él, Dios no le volvió la espalda. ¿Por qué? Porque “no puede negarse a sí mismo”, y por ello permanece fiel. En medio del miedo, de la desnudez, de las relaciones rotas y del espanto al descubrir su propia muerte, pronuncia la promesa de una nueva descendencia que derrotará al adversario de Dios y del hombre.

Al patriarca Moisés, guía del pueblo desde la casa de esclavitud hasta la tierra prometida, Dios le reveló su rostro y su nombre. “He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto y he escuchado su clamor a causa de sus opresores. Conozco sus sufrimientos; por eso he bajado para liberarlo” (Ex 3,7-8).

El Dios de la esperanza no es un Dios lejano, sino un Dios que acompaña al hombre y experimenta con él la dificultad, la opresión y la injusticia. No es un ídolo que tiene ojos y no ve, que tiene oídos y no oye; es Amor que ve, que escucha, que conoce como solo el amor puede conocer. Y no se detiene ante los diagnósticos. Nuestro Dios no es un estadístico que registra acontecimientos: es Amor que se conmueve por lo que ve y oye, que da un paso adelante, que salva. Y la salvación de Dios no consiste en acuerdos engañosos, en palabras vacías ni en promesas vendidas con la higuera en el bolsillo. “Mientras un profundo silencio envolvía todas las cosas y la noche llegaba a la mitad de su curso, tu palabra omnipotente, desde el cielo, desde el trono real, saltó como un guerrero valiente en medio de la tierra condenada, llevando como espada afilada tu decreto irrevocable” (Sab 18,14-15).

Nuestro Dios libra una lucha tumultuosa contra el mal, la maldad, la violencia, la opresión y todo aquello que priva al ser humano de su dignidad de hijo de Dios y destruye en él la imagen divina. No envía a otros. No es un estratega que diseña con seguridad cómo alcanzar sus objetivos por medio de terceros. No. Dios mismo —como describe con viveza el Libro de la Sabi-



duría— “saltó como un guerrero valiente en medio de la tierra condenada”. Se expone. Se arriesga. Por el hombre y por su vida. Por el hombre y por su eternidad. Por eso lo hieren; le clavan las manos y los pies, le abren el costado con una lanza, y Él no reserva para sí ni una sola gota de vida. Al mismo tiempo, pronuncia la oración del amor llevado hasta el extremo: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lc 23,34).

Toda esta historia —promesa y fidelidad por parte de Dios; expectativa, deseo y esperanza por parte del hombre— se condensa en la verdad que Jesús anunció al temeroso buscador Nicodemo: “Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo unigénito, para que quien crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna” (Jn 3,16).

La fiesta del nacimiento de Jesús renueva y aviva cada año nuestra esperanza. Si sabemos acercarnos al misterio de su impotencia y de su fragilidad con sencillez y humildad, este nos llena de una luz que penetra en lo profundo y resplandece incluso en los momentos oscuros y en los lugares donde el sol parece haberse apagado.

El amor de Dios, que en la Natividad del Hijo manifiesta su forma más pura, es nuestra esperanza indestructible.



ESPAÑA: ARQUIDIÓCESIS DE SANTIAGO DE COMPOSTELA



Navidad, una esperanza viva y encarnada

por + Francisco José Prieto Fernández
Arzobispo de Santiago de Compostela

A punto de finalizar el Año Jubilar Romano 2025 que el papa Francisco convocó bajo el signo de la esperanza, aquella que no defrauda (Rom 5,5), Cristo, al que debemos anunciar como nuestra esperanza (1Tim 1,1), la Navidad nos recuerda que la Encarnación es la primera gran señal de esperanza que Dios envía al mundo.

Navidad es el Dios que se hace carne y sangre, lágrima y risa, herida y huella. Un Dios que se asoma a lo pequeño y, al entrar y bajar, lo hace grande (sin dejar de ser pequeño). "Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros" (Jn 1,1): Dios se encarna en lo humano, porque humano es amar. Con pasión, con locura, con deseo. Y aprender a ir haciendo de ese amor una historia. Humano es llorar, cuando se tuercen los días o las dificultades son grandes; pero humano es también confiar en que alguien acunará tus zozobras y abrazará tus desvelos. Humano es recorrer todos los lugares, y aun así seguir aspirando a algo nuevo.

Es humano alzar la vista, invencible, aunque todo invite a la rendición. Es humano, en fin, el latido de un corazón capaz de vibrar con otros. Un corazón como el que empieza a latir en una noche fría, que atravesada por la Vida se hace Noche Buena. Y aprender que el amor se ofrece primero, y lo das (aunque no te lo acepten), pero no exige nada a cambio. Es un Dios que se encarna en lo pequeño a los ojos de este mundo.

En la bula de convocatoria del Año Jubilar, *Spes non confundit*, el Papa Francisco nos invitaba a "ser signos tangibles de esperanza para tantos hermanos y hermanas que viven en condiciones de penuria" (nº 10). Esa esperanza se basa en el amor de Dios, que se manifiesta en la misericordia y la reconciliación, y se extiende a los pueblos que sufren guerras y conflictos. En su mensaje para el Jubileo de los Pueblos Originarios, el Papa León XIV subraya que el Jubileo es "un momento de encuentro vivo y personal con el Señor Jesús... siendo ocasión de reconciliación, de memoria agradecida y de esperanza compartida". Además, en la celebración del Día Mundial de los Pobres, recordó que la esperanza del Jubileo debe impulsar políticas que combatan la





pobreza y promuevan la paz, reconociendo que “la esperanza... no será en vano”.

En un mundo fragmentado por la violencia, la luz de la Navidad nos invita a vivir esa esperanza mediante la oración, la caridad y el perdón, siguiendo la llamada del Jubileo 2025 a ser “peregrinos de esperanza” y constructores de paz. La celebración de la Navidad ha de ser, entonces, una renovación del compromiso de ser portadores de la paz que Cristo trajo a la humanidad. Por eso, la Encarnación es el punto de partida de la esperanza cristiana: Dios se hace hombre para abrir el futuro de la salvación a todos los hombres y mujeres.

El nacimiento del Hijo de Dios es fuente de esperanza porque el Cristo encarnado nos da la fuerza para caminar con Él hacia la plenitud de la vida y para acompañar la lucha por la dignidad humana, especialmente la de los más frágiles. En este sentido, “la esperanza no es una evasión, sino decisión. Esta actitud es fruto de una profunda oración en la que no se pide a Dios que nos libre del sufrimiento, sino que nos dé la fuerza para perseverar en el amor, conscientes de que la vida ofrecida libremente por amor nadie nos la puede quitar” (Papa León XIV, Audiencia 27 de agosto de 2025).

El Verbo encarnado es la “luz que ilumina la esperanza” del pueblo de Dios. En su comentario al Salmo 127, Agustín de Hipona afirma que la esperanza nace del amor de Dios y que “todos somos hermanos y hermanas en el Uno”. Estas palabras iluminan la dimensión comunitaria de la Navidad: el nacimiento de Cristo nos llama a reconocernos como una gran familia humana, convocada a la fraternidad y a la paz.

Como no recordar aquí el Concilio Vaticano II que en GS 22 afirma: «En realidad el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado... El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró

con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejantes en todo a nosotros, excepto en el pecado».

Aquí está la raíz profunda de toda esperanza cristiana: al hacerse carne, Dios no solo abre la puerta de la salvación, sino que garantiza la vida nueva que el creyente aguarda con confianza y que le conduce a ser testigo, verdadero artesano de una paz que es don de Dios y tarea del discípulo, en un mundo sembrado de discordias, de violencias y guerras que no pueden silenciar el canto que desde la noche de Belén alcanza a toda la humanidad.

El anuncio del ángel a los pastores - “¡Gloria a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!” (Lc 2,14) – proclama, ante el Nacimiento del Salvador, un mensaje de paz que se extiende a toda la humanidad. Esa paz no es la ausencia de conflicto, sino la paz definitiva que como don brota del encuentro con Cristo, “puerta” de la salvación”.

Por eso, ¡Gloria a Dios en el cielo! Tu gloria, Señor, es que mi vida te refleje. Tu gloria es la mano que tiendo, y la que acepto, la palabra que me regala aprecio y esperanza, la mirada que adivina posibilidades. Tu gloria es que se estremezcen mis entrañas porque descubro que el otro es mi hermano. Que sane la herida injusta. Y que el verdugo guarde el arma para siempre.

¡Y paz en la tierra! Porque hay demasiado grito. Sobran palos, barreras y hambres. Demasiadas personas viven en medio de vendavales y de lágrimas. Paz para quienes ocultan dolores viejos y heridas nuevas. Para quienes lloran fracasos o impotencia. Para quienes caen en los caminos, víctimas de los abismos que devoran sueños y vidas. Paz para quien se estremece por un futuro incierto, y para quien no consigue olvidar. Para quien se siente solo. Para el cautivo, retenido por muros de piedra o de prejuicio. ¡Por eso, paz a los hombres de buena voluntad!

TOGO: DIÓCESIS DE KARA



Navidad, una esperanza que se renueva sin cesar

por + Jacques Danka Longa
Obispo de Kara

La esperanza cristiana no es ingenuidad, sino una fuerza interior: una mirada que se abre al futuro con confianza. En Navidad, Dios se acerca, pobre entre los pobres, vulnerable como un niño. Elige habitar nuestras fragilidades, nuestros temores y nuestras heridas. Para la comunidad diocesana de Kara, en Togo, esto significa que cada gesto de solidaridad, cada oración compartida, cada acto de perdón ofrecido se convierte en semilla de esperanza. Así, año tras año, la comunidad católica de la diócesis vive la Navidad como una llamada a la alegría y a la esperanza renovadas.

Una alegría que se dona y se recibe en las celebraciones navideñas organizadas para los niños en las parroquias, y una esperanza que mira a un mañana mejor.

Una alegría compartida en familia, donde todos son invitados a reunirse en torno a un brindis fraterno, al modo de Abrahán, que abrió su casa y su corazón a los tres visitantes (cf. Gn 18).

Una alegría expresada en la salida de la Caritas diocesana (OCDI/CARITAS) hacia diver-

sas parroquias rurales y pobres para celebrar la Navidad con los niños y con los más necesitados: un almuerzo fraterno, acompañado de lotes de alimentos distribuidos con sencillez.

De esta manera, la Navidad se vive como expresión concreta de la esperanza recibida, vivida y compartida con los pequeños y con los pobres.

Navidad, esperanza que se renueva constantemente. «La liturgia como camino de encuentro con Dios y con el prójimo: "...conmigo lo hicisteis" (Mt 25,40)». En este encuentro con el otro, la Navidad deja de ser una palabra y se convierte en un hecho. La liturgia se presenta como lugar de encuentro vivo con Dios, pero también como espacio de fraternidad y solidaridad. El Evangelio según san Mateo (Mt 25,40) invita a cada creyente a reconocer a Cristo en el rostro del prójimo, especialmente en los más vulnerables.

El año 2025, Año Jubilar, ha representado para la diócesis de Kara una etapa espiritual decisiva, vivida precisamente bajo el lema: «La liturgia como camino de encuentro con Dios y con el





prójimo: “...conmigo lo hicisteis” (Mt 25,40)». Navidad, esperanza siempre nueva. Al concluir su Año Jubilar — marcado por la oración, la reconciliación y la celebración de la fe— la comunidad diocesana se formula una pregunta de fondo: ¿qué mensaje de esperanza puede seguir ofreciendo la Navidad en un mundo tan a menudo privado de paz? Este Jubileo, tiempo de gracia y renovación, ha permitido volver a los fundamentos de la fe, acercarse más a Dios y a los hermanos. Pero la

esperanza no se extingue con el final del Jubileo; encuentra en la Navidad una fuente inagotable.

Al término del Jubileo, la Navidad invita no a cerrar un paréntesis espiritual, sino a ensancharlo. Ser portadores de esperanza significa elegir creer que el bien es posible, que la paz puede arraigar incluso en los terrenos más áridos. Significa acoger a Cristo en nuestra vida y permitir que transforme nuestra mirada, nuestras palabras, nuestros compromisos. Porque «a cada uno se le

concede la manifestación del Espíritu para el bien común» (1 Cor 12,7).

El documento “Iglesia en la Diócesis de Kara, conviértete en lo que eres por vocación: la Iglesia de la Comunión”, culminación de un proceso de reflexión iniciado en 2019 con el jubileo de plata de la diócesis, fue publicado el 8 de junio de 2025. Esforzándose por ser una Iglesia de comunión, la Navidad podrá convertirse, cada vez más, en esa esperanza que se renueva sin cesar: una Iglesia donde todos se sientan hermanos y hermanas, y donde cada persona sea valorada por lo que es: un ser creado y redimido por Dios.



TÚNEZ: ARZOBISPADO DE TÚNEZ



En Túnez, la atmósfera de la “primera Navidad”

por + Nicolas Lhernould
Arzobispo de Túnez

En Túnez, la Iglesia católica cuenta con unos 30.000 fieles sobre una población de 13 millones. Este pequeño rebaño, que reúne a unas 80 nacionalidades, refleja la universalidad de la Iglesia en su diversidad. El país es musulmán en un 99,9%. En Navidad, los signos exteriores son escasos, aunque algo menos visibles en las ciudades y en las zonas turísticas. En los comercios de las ciudades más grandes, a veces pueden encontrarse árboles de Navidad, bolas decorativas y guirnaldas. También se organizan aquí y allá conciertos de villancicos tradicionales y mercadillos navideños. Son signos y costumbres importados de otros contextos. En conjunto, la atmósfera navideña está impregnada de un silencio y una sencillez que recuerdan, sin duda, lo que fue la “primera Navidad”.

Para el Islam, la Navidad conmemora el nacimiento de Sidi Aïssa, el “profeta Jesús”. Muchos de nuestros amigos musulmanes nos desean felices fiestas. Por nuestra parte, aprovecharemos cada festividad musulmana para acercarnos a los demás; cada una de ellas es una ocasión para conocernos mejor, encontrarnos y

construir fraternidad: «El primer terreno de nuestro encuentro es el de nuestra humanidad común, empezando por la buena vecindad y la convivencia. En ello reside el fundamento sólido del verdadero diálogo, entendido en un sentido más amplio que el simple intercambio de palabras u observaciones sobre nuestras respectivas religiones» (Conferencia Episcopal de la Región del Norte de África [CERNA], Servidores de la Esperanza, 3.3, 1 de diciembre de 2014).

En el sur, entre los nómadas y los pastores, todo evoca aún con mayor fuerza la atmósfera de la primera Navidad, cuando el Verbo se hizo carne en medio de las actividades y de los desafíos del mundo. Es verdaderamente hermoso vivir la fiesta en esta sencillez, meditar sobre el misterio de la Encarnación compartiendo la vida de los pastores de hoy, alzando la mirada hacia el cielo del desierto, lleno de estrellas en invierno, pensando que algunos, guiados por el Espíritu Santo que no conocían, en otro tiempo fueron conducidos al pesebre mirando el cielo... «Miremos el cielo. Contemplando después de milenios el mismo cielo, aparecen las mismas estrellas. Ellas iluminan las noches más oscuras porque brillan juntas. Así nos transmite el cielo un mensaje de unidad: el Altísimo, que está por encima de nosotros, nos invita a no separarnos nunca del hermano que está a nuestro lado.

El Más Allá de Dios nos remite al otro, al hermano» (Papa Francisco, Encuentro Interreligioso, 1, Llanura de Ur, 6 de marzo de 2021).

Dos anécdotas permitirán vislumbrar esta atmósfera en la que la sencillez de la vida cotidiana nos permite vivir en primera persona el misterio de la Natividad.

La primera historia la cuenta una hermana franciscana que había vivido en Marruecos, en las montañas del Atlas. Se acercaba la Navidad. En casa, las hermanas preparaban el belén. Un pastor musulmán llamó a la puerta. Preguntó a las hermanas qué estaban haciendo. No sabía nada del misterio de la Navidad. Una de las hermanas se lo explicó... Y luego llamó un segundo pastor. Hizo la misma pregunta. La hermana estaba a punto de repetir la explicación cuando el primero la interrumpió, diciendo: «Hermana, permítame continuar, porque si he entendido bien, fueron los pastores los encargados de anunciar la noticia».

La segunda historia está ambientada en Túnez: una madre y su hija, ambas musulmanas, movidas por la curiosidad, pidieron a una hermana que las ayudara a leer el Evangelio. Un día, la madre preguntó a la hermana: «Hermana, dime ahora, ¿qué deberíamos creer?». La hermana respondió: «Me has pedido que te ayude a comprender lo que yo creo; no puedo decirte qué

deberías creer tú. Solo tú, con Dios, puedes responder a esa pregunta». Entonces la madre, que nunca había leído el Evangelio de la Epifanía, respondió: «Mi hija y yo hemos sentido una luz brotar dentro de nosotras. No sabemos qué es, pero hemos sentido el deseo de caminar y ver adónde conduce».

La vida nos ofrece muchas oportunidades para acoger el misterio y meditarlo, bebiendo de todas esas “páginas abiertas del Evangelio” que se encuentran en la vida de personas que, en su mayoría, no tienen idea de la fe cristiana. Esta actitud contemplativa y misionera, de sello mariano, ha sido recordada por el Papa Francisco: «María sabe reconocer las huellas del Espíritu de Dios en los grandes acontecimientos y también en aquellos que parecen imperceptibles. Es contemplativa del misterio de Dios en el mundo, en la historia y en la vida cotidiana de cada uno y de todos. Es la mujer orante y trabajadora de Nazaret, y es también Nuestra Señora de la premura, la que sale de su aldea para ayudar a los demás “sin demora” (Lc 1,39). Esta dinámica de justicia y de ternura, de contemplación y de camino hacia los demás, es lo que hace de ella un modelo eclesial para la evangelización. Le pedimos que con su oración materna nos ayude a que la Iglesia se convierta en una casa para muchos, una madre para todos los pueblos y haga posible el nacimiento de un mundo nuevo» (Evangelii Gaudium, 288, 24 de noviembre de 2013).



TURQUÍA: VICARIATO APOSTÓLICO DE ANATOLIA



Conjugar la fe con el futuro

+ Paolo Bizzeti, SJ
Vicario Apostólico emérito de Anatolia
Presidente de Amici del Medio Oriente ODV

Permítaseme anteponer que mi reflexión sobre la esperanza — tema guía de este Año Santo jubilar elegido por el Papa Francisco— nace de mis últimos diez años vividos en Turquía, un país de gran relevancia cuyas vicisitudes sigo desde el ya lejano 1980. Cuando llegué al sur de Turquía en el otoño de 2015, aún merodeaban allí terroristas del Dáesh y, francamente, imperaba cierto temor: el espectro del Dáesh amenazaba los frágiles equilibrios de Oriente Medio. Al año siguiente, en la noche del 15 de julio de 2016, una parte del ejército intentó ejecutar un golpe de Estado contra el presidente Recep Tayyip Erdoğan. Recuerdo que me desperté sobresaltado al oír sirenas y algunos disparos en el centro de la ciudad de Iskenderun. El inicio de mi ministerio en aquella tierra —que vio crecer el cristianismo desde Antioquía del Orontes— quedó, por tanto, marcado por acontecimientos y circunstancias que no invitaban precisamente a esperar años tranquilos. Además, mi predecesor, monseñor Luigi Padovese, había sido bárbaramente asesinado el 3 de junio de 2010. En Italia, no pocas personas estaban bastante preocupadas por mí y por el pequeño rebaño que el Obispo de Roma me había confiado. A lo largo de estos diez años también nos alcanzó la terrible pandemia de la Covid-19, que me tuvo varios días al borde de la muerte, mientras mi querido amigo, monseñor Ruben Tierrablanca, Obispo de Estambul, retornaba al Creador. Finalmente, el gran terremoto del 6 de febrero de 2023 —cien mil muertos y al menos un millón de desplazados— puso a dura prueba a todas las personas implicadas de un modo u otro. Como presidente de Cáritas Turquía tuve que afrontar la desesperación de quienes habían perdido a sus seres queridos, todos sus bienes y, con frecuencia, también el trabajo. En suma, no han sido exactamente años plácidos.

Sin embargo, en todo este tiempo he descubierto, o bien

he confirmado, lo que la vida ya me había enseñado: que es necesario conjugar la fe con el futuro, es decir, cultivar la esperanza, y que sobran los motivos para ello. Permítaseme explicarlo.

Cuando era joven, alcanzó un gran éxito una canción de Ornella Vanoni, Domani è un altro giorno (letra de Giorgio Calabrese), que comenzaba así:

Es uno de esos días en que te invade la melancolía y no te deja hasta la noche.

Mi fe está ya demasiado sacudida, pero rezo y pienso para mis adentros:

probemos también con Dios, nunca se sabe.

Ya entonces me preguntaba qué diferencia había entre esta honesta apertura al mañana —y, en cierto modo, a Dios— y la, por así decirlo, débil esperanza cristiana que me habitaba. Con los años, he comprendido que fácilmente podríamos coincidir con el sabio Qohélet:



Lo que fue, eso será,
lo que se hizo, eso se hará:
nada hay nuevo bajo el sol.
¿Hay acaso algo de lo que pueda decirse:
«Mira, esto es una novedad»?
Precisamente eso ya sucedió
en los siglos que nos precedieron. (Qo 1,9-10).
Siempre me ha resultado reconfortante que estas palabras hayan
entrado en el patrimonio espiritual del Pueblo de Dios: una visión
ingenua de la esperanza no es admisible cuando se contemplan
de cerca cataclismos, guerras, injusticias y las arbitrariedades de
los poderosos de turno.
Sin embargo, la Palabra de Dios y mis años en Turquía han for-
talecido mi esperanza teologal. Porque, si bien el texto de Qo-
hélet es un paso necesario para alcanzar la madurez, debe ser
conjugado con los Evangelios y con la relectura profética de la
historia que ofrece el libro del Apocalipsis.
Los Evangelios nos muestran la vida del carpintero de Nazaret,
transparencia pura de la bondad de Dios (cf. Jn 1,18; 14,9), des-
cendido a la fosa de un modo desgarrador, humillante e igno-
minioso. Todo parecía concluido, y, sin embargo, quienes le
encontraron no solo afirman que Él ha vencido la muerte y la
maldad humana, sino que están dispuestos a perder la vida
antes que romper —por miedo (cf. Hb 2,14-15)— la relación
con Él. La tierra de Turquía testimonia desde hace casi dos mil
años la esperanza de innumerables discípulos de Jesús. En medio
de mil dificultades, persecuciones, divisiones y desventuras —
también a causa de falsos hermanos—, subsisten aún pequeñas
pero significativas comunidades cristianas que nadie ha logrado

arrancar. La Buena Noticia anunciada por Bernabé, Pablo, Lucas,
Juan, Ignacio de Antioquía, Papias, Policarpo, Efrén el Sirio, Ba-
silio de Cesarea, Gregorio Nacianceno, Gregorio de Nisa, Juan
Crisóstomo y por tantos otros hasta el día de hoy, ha sostenido
la convicción esperanzada de que nadie podrá impedir que
Cristo tenga la última palabra.

He conocido además a hombres y mujeres procedentes de Af-
ganistán e Irán que se han encontrado con Jesús, un Jesús tan
vivo que les ha impulsado a dejarlo todo y a todos para cono-
cerle mejor y entregarse a Él y a los hermanos y hermanas en la
Iglesia. Hoy algunos se están formando para convertirse en após-
toles del Evangelio allí donde el Señor les envíe.

He recibido igualmente el testimonio de musulmanes que en-
cuentran en Jesús y en la Bienaventurada Virgen María un punto
de referencia y una inspiración. ¡Cuántas veces me han pedido
una bendición y me han regalado una palabra de vida personas
a las que con demasiada facilidad consideramos ajenas al Espíritu
del Resucitado!

Por último, he encontrado personas pobríssimas, refugiados sin
ninguna seguridad respecto al mañana, marginados y explota-
dos sin escrúpulo alguno, que, aun así, poseen una mirada de
esperanza que les sostiene y les impulsa a luchar por la vida, con
más esperanza que muchos otros que, en nuestro Occidente sa-
ciado, han perdido el deseo de apostar por el futuro, replegados
sobre sí mismos y sobre sus bienes.

Sí, ¡la esperanza que el Señor Jesús nos da está viva en Turquía!



VIETNAM: ARQUIDIÓCESIS DE HANÓI



Iglesia católica en Vietnam: esperanza encendida entre las pruebas

por + Joseph Vũ Văn Thiên
Arzobispo de Hanói

Una tierra de fe

Vietnam, pequeña nación del sudeste asiático, padece cada año graves desastres naturales: tempestades, inundaciones, sequías y cosechas arruinadas. Y, sin embargo, su pueblo permanece laborioso, hospitalario y resiliente. En medio de tales desafíos, algo antiguo continúa germinando: una semilla plantada hace dos mil años hunde hoy sus raíces en un terreno duro y exigente.

Los católicos representan solamente el 7–8% de la población vietnamita, alrededor de siete millones de personas, pero jamás lo diríamos al contemplar la vida religiosa del país. Las parroquias se alzan por doquier: templos majestuosos y admirables donde Oriente y Occidente se encuentran. Aquí, la fe está inequívocamente viva. Aunque la vitalidad de la Iglesia es visible en muchas partes del mundo —y el catolicismo en Asia en su conjunto está creciendo—, la Iglesia en Vietnam destaca por la intensidad de su expresión. Es dinámica. Es vibrante. Está en plena expansión.

Semillas del Evangelio en tierra vietnamita

La fe católica fue llevada por misioneros de diversos institutos y órdenes religiosas: Jesuitas, Franciscanos, Dominicos y miembros

de la Sociedad de Misiones Extranjeras de París. Desde su llegada a comienzos del siglo XVII, reconocieron en Vietnam un suelo fecundo para el Evangelio: la doctrina cristiana encontraba profunda resonancia en la cultura vietnamita. La invitación a «amar al prójimo como a uno mismo» (Lv 19,18; Mc 12,31) reflejaba un principio moral arraigado

hondamente en la tradición local. Asimismo, el mandamiento bíblico del honor debido a los padres sintonizaba con la antigua y sólida tradición de la piedad filial. Tales puntos de encuentro favorecieron un rápido florecimiento de las comunidades cristianas.

Una fe probada en el fuego

Como los primeros cristianos en Roma, los católicos en Vietnam afrontaron severas persecuciones, especialmente bajo la dinastía Nguyễn, en el siglo XIX, cuando alrededor de 130.000 cristianos dieron su vida por la fe. De ellos, 117 mártires fueron canonizados en 1988, y el Beato Andrés de Phú Yên fue beatificado en el año 2000.

La historia de la Iglesia en Vietnam está marcada por capítulos de prosperidad, pero también por páginas de profundo dolor. Y sin embargo, a través de cada prueba, permaneció fiel a su vocación de testimonio: su silencioso “martirio” cotidiano, vivido en la constancia y la fidelidad.





Una Iglesia viva

Casi quinientos años después de la primera evangelización, los católicos vietnamitas —minoría en una nación de más de cien millones de habitantes— desempeñan un papel importante en la vida del país. La Iglesia contribuye activamente a la cultura, a la salud, a la educación, a la caridad, a la ayuda en catástrofes y al desarrollo económico.

Las vocaciones sacerdotales y religiosas son numerosas, muchas de ellas al servicio de comunidades además de las fronteras nacionales. Los domingos, los templos rebosan de niños, jóvenes y familias. La fe se transmite en la intimidad del hogar: padres y abuelos la custodian y la entregan día a día. Los niños se incorporan desde muy pequeños al Movimiento Eucarístico Juvenil, creciendo en el servicio, la vida comunitaria y el amor a Cristo. A pesar de las restricciones que aún pesan sobre la expresión religiosa, la Iglesia en Vietnam permanece extraordinariamente viva y fecunda: una comunidad que no solo perdura, sino que prospera. En medio de las dificultades, la esperanza arde con fervor.

La Iglesia en Vietnam es alegre, humilde y profundamente enraizada en la cultura del pueblo. Rosarios cuelgan de los retrovisores de los taxis. Santuarios y crucifijos embellecen puertas y barrios. Las manifestaciones públicas de fe no buscan impresionar, sino expresar lo familiar y lo auténtico. La fe católica es patrimonio del pueblo vietnamita, que la abraza con silenciosa confianza.

Navidad en Vietnam: una celebración jubilosa

En todo el país, católicos y no católicos reciben la Navidad con alegría. Para muchos, es tiempo de recorrer calles iluminadas, de intercambiar regalos y de compartir momentos en familia. La Nochebuena congrega a multitudes en las iglesias, donde se entonan himnos y se celebra la Misa del Gallo. Los belenes ocupan plazas y patios, mientras las comunidades recuerdan el nacimiento del Hijo de Dios. Las autoridades civiles acuden con frecuencia a las parroquias para ofrecer felicitaciones y flores, compartiendo el deseo de paz para todos los pueblos.

Caminar juntos: sinodalidad y renovación



En respuesta al llamamiento del Papa Francisco a una Iglesia sinodal, la comunidad católica en Vietnam trabaja para fortalecer la vida parroquial y promover la participación de los laicos en la misión. La Arquidiócesis de Hanói celebró recientemente un sínodo local (2021–2022) bajo el lema «Renovar la vida de fe», en sintonía con el Sínodo universal sobre la sinodalidad.

Sin embargo, las presiones contemporáneas —secularismo, consumismo y visiones distorsionadas de la libertad, del amor y de la sexualidad— se hacen sentir con fuerza, especialmente entre los jóvenes. En su carta pastoral de 2025, los obispos de Vietnam exhortan a los fieles a profundizar en la oración, a dejarse iluminar por la Sagrada Escritura y a asumir la misión evangelizadora desde el hogar y el ámbito laboral.

En 2026, la Iglesia en Vietnam continuará este camino de renovación, abrazando su identidad misionera y profética, arraigada en el Bautismo. En respuesta al llamamiento de Su Santidad el Papa León XIV, la Arquidiócesis de Hanói consagra también el año pastoral 2026 a la renovación de la misión educativa católica. Ello supone subrayar el papel esencial de la familia y de las comunidades parroquiales en la transmisión de la fe de generación en generación. La familia y la comunidad eclesial han de ser la primera escuela donde los niños crezcan y maduren en todas las dimensiones de la existencia humana.

Hacia el 500.º aniversario: un Jubileo de esperanza

Con la mirada puesta en el futuro, la Iglesia se prepara para conmemorar los quinientos años de la presencia católica en Vietnam (1533–2033). Cada cristiano vietnamita está invitado a redescubrir la belleza de la fe y a manifestar al mundo la santidad de la Iglesia, Cuerpo de Cristo.

El Año Jubilar de la Esperanza podrá concluir, pero la esperanza cristiana no se extingue: se eleva, llama y sostiene. Nuestra esperanza es Jesucristo mismo. Quien deposita en Él su confianza, jamás será defraudado.



Santuarios:
fuentes
de esperanza

ANDORRA: SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DE MERITXELL

Navidad de los jóvenes 2025, Navidad jubilar de la paz

Los ángeles cantan desde el pesebre de Belén: «¡Paz en la tierra!». Las muchachas y los muchachos cantan en el belén de la AINA, a los pies del cussol, en la cima del Casamanya:

«En la nieve ha aparecido
una estrella que ha venido a nosotros
desde una tierra extranjera,
sobre el Casamanya».

La estrella se llama Meritxell, un “rosal silvestre” de la Paz.

Los jóvenes, entre una buena nieve blanda, prometen con sus acciones sembrar rosales de esperanza y de paz para llenar nuestro mundo de amor.

Dejemos la estrella colgada del árbol de Navidad para reafirmar y compartir el compromiso: Aina, semilla de paz y esperanza, compromiso con la Creación.

Los jóvenes comprometidos de AINA acogieron un encuentro de silencio, el testimonio de las Anhais de Médicos Sin Fronteras y la oración por la Paz de San Francisco de Asís: «Señor, haz de mí un instrumento de tu paz». Cantamos como hacemos junto a las hogueras: Hevenu Shalom Aleichem.

Para educar desde la esperanza, es preciso tener la paz en el corazón.

Semillas de Esperanza para caminar sinodalmente en este Año Jubilar al que el Papa Francisco ha dado por lema: «Somos peregrinos de la Esperanza. La esperanza no defrauda jamás».

Semillas de la Creación para amar aún más el Cántico de las criaturas de San Francisco de Asís, en su 800.º aniversario:

«Laudato si’ por nuestra madre tierra...».

Para celebrar asimismo el décimo aniversario de la Encíclica del Papa Francisco Laudato si’, y al mismo tiempo caminar juntos como ciudadanos, sin necesidad de mostrar el certificado de bautismo.

Los días 15, 16 y 17, AINA acogió al grupo Cosmovision, y los días 25, 26 y 27 el Quinto Foro de la Juventud Transpirenaica, que une a País Vasco, Navarra, Aragón, Cataluña, Andorra, Occitania y Aquitania.

Nuestro santuario nacional está abierto a la Creación.

Desde los pies de la Virgen de Meritxell contemplo la Roc de la Salve, la Mereig, la Roc del Quer, el Casamanya, el bosque de la Canna y, al otro lado, las montañas de Encamp y Escaldes.

En el centro de la iglesia del santuario, la mesa redonda une el claustro de la fuente y de los espejos, el templo cristiano y el claustro de los arcos que sostienen el cielo azul.

La Valira d’Orient acompaña la contemplación con su melodía, que como una lira resuena día y noche por la Patrona de Andorra: Virtus Unita Fortior.

De regreso del belén llevado a la cima del Casamanya, concluimos la Navidad de los Jóvenes 2025 con la historia de la Paz. Me alegra compartirla.

Había una vez un joven que recorría el mundo hablando de paz.

Fue a Gaza para hablar de paz, pero le hicieron callar.

Viajó a Ucrania para hablar de paz, y también le hicieron callar.

Visitó el campo de refugiados de los trabajadores expulsados, pero el abandono y el hambre le hicieron callar.

El joven, desorientado, cambió de rumbo. Frequentó empresas ricas, sociedades en auge, pero el comercio de armas y la “ley del más fuerte” le obligaron al silencio.

Se dirigió hacia un mundo más virgen, el de los jóvenes, pero el ruido de lo que allí importa —la diversión, la buena compañía, e incluso las adicciones— volvió a hacerlo callar.

Entró en las escuelas. Su mirada se ensombreció al ver a niños acosados por sus compañeros, incapaces de contarlos por miedo o por no ser llamados “chivatos”.

Aun así, el joven no perdió la ilusión de sembrar la paz.





Cansado de tanto peregrinar, entró también en las residencias de mayores, donde encontró ancianos amargados por la soledad. Escaló montañas y halló un aire contaminado. Se descalzó para mojar los pies en los ríos, pero los encontró envenenados. El joven, decepcionado, regresó a casa... y su familia no le permitió entrar, por miedo a que les hablara de paz.

Sin vacilar, aunque atónito, se preguntó: «¿Qué haré?».

Y la voz interior de un Dios que ama sin límites le respondió:

«No te obstines en hablar de paz: sé un joven de paz.

Haz tuya la oración de San Francisco de Asís, que cumple ochocientos años».

¡Oh Señor, haz de mí un instrumento de tu paz!

Donde haya odio, que yo lleve amor;

donde haya ofensa, que yo lleve perdón;

donde haya discordia, que yo lleve unión;

donde haya duda, que yo lleve fe;

donde haya error, que yo lleve verdad;

donde haya desesperación, que yo lleve esperanza;

donde haya tristeza, que yo lleve alegría;

donde haya tinieblas, que yo lleve luz;

donde haya jóvenes que ya han tirado la toalla,
que yo lleve esperanza.

El buen joven escuchó la oración de San Francisco de Asís y, en la medida en que la hizo vida, los cañones dejaron de tronar, los refugiados fueron acogidos, los abuelos comenzaron a cantar, los jóvenes se convirtieron en vigilantes voluntarios para tejer lazos de verdadera amistad entre los niños...

y su familia le abrió de par en par las puertas.

Y en la cena de Navidad cantaron con los ángeles el villancico:

«¡Paz en la Tierra que ama el Señor!»

Mossèn Ramon de Canillo

ARGENTINA: SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA, LUJÁN

La Navidad en Luján: cuando la esperanza se hace peregrina

Cada año, millones de peregrinos llegan al Santuario de Nuestra Señora de Luján llevando en sus pasos historias de dolor, súplica y búsqueda. Vienen empujados —algunos literalmente, otros espiritualmente— por un anhelo profundo: encontrar consuelo, sentido y esperanza. Allí, ante la pequeña imagen de la Virgen que hace casi cuatro siglos decidió quedarse en estas tierras, descubren que no están solos. Esa certeza humilde y luminosa es el corazón de la esperanza cristiana.

Este año, mientras culmina el Jubileo y el mundo continúa herido por guerras, divisiones y una extendida sensación de cansancio interior, la Navidad vuelve a irrumpir como un anuncio desconcertante: Dios no nos abandona. No viene desde el poder ni desde la fuerza, sino desde la fragilidad de un Niño acostado en un pesebre. Lo mismo que contemplamos en Belén lo vemos cada día en Luján: la ternura de Dios que se inclina sobre lo pequeño para levantarlo.

La esperanza que nace en Navidad —como tantas veces ha re-

petido el Papa Francisco— no es “optimismo de laboratorio”, sino la certeza de que Dios sigue obrando en medio de nuestras miserias. No niega el sufrimiento ni tapa las sombras. Más bien, entra en ellas. En Belén no se apagaron las injusticias del mundo, pero comenzó algo nuevo: Dios decidió caminar nuestra historia desde adentro. En Luján, esa promesa se hace cercana cuando una madre joven reza por su hijo, cuando un enfermo toca el manto de María buscando alivio, cuando un hombre roto por el dolor vuelve a levantarse porque se siente mirado con misericordia.

La Virgen de Luján es como la estrella de Belén para nuestro pueblo: señala el camino hacia Jesús y sostiene la marcha en medio del cansancio. Nos recuerda que la esperanza cristiana no se construye en soledad. Es comunita-





ria, se comparte, se contagia. Cada peregrino que avanza —a veces con lágrimas, a veces cantando— se convierte en profeta de una humanidad nueva que no se rinde a la desesperanza. Por eso, hablar de Navidad desde Luján es hablar de un Dios que sigue naciendo allí donde hay confianza, donde alguien abre su corazón, donde una mano se tiende para ayudar a otro. En un tiempo donde las palabras “paz” y “futuro” parecen lejanas, la Navidad nos dice que la verdadera revolución comienza en lo oculto, en lo pequeño, en lo desarmado. Dios se hace Niño para que nadie tenga miedo de acercarse a Él. Desde el Santuario Nacional de Luján elevamos en esta Navidad un deseo y una certeza: que cada corazón vuelva a escuchar el anuncio de los ángeles a los pastores —los pobres de entonces y de ahora—: “No teman. Hoy les ha nacido un Salvador.” Esa es nuestra esperanza: no caminamos solos. Dios se ha hecho compañero de camino, y María nos lo entrega una y otra vez. Que esta Navidad, en sintonía con el llamado del Papa Francisco a ser “testigos de esperanza en tiempos de oscuridad”, podamos llevar esa luz a un mundo sediento de paz. Y que, como los peregrinos que llegan a Luján, sigamos andando confiados, sabiendo que una Madre nos espera y un Niño nos salva.

Padre Lucas García
Rector



BÉLGICA: SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA (VIRGEN DE LOS POBRES), BANNEUX

Banneux: oasis de esperanza

¡Verde, espera! El color verde es símbolo de la esperanza.

No sorprende, por tanto, que los árboles y arbustos que conservan su verdor durante todo el año sean tan queridos para nosotros. Así, el abeto alegra el tiempo oscuro y frío del invierno. Durante el Adviento y el tiempo de Navidad adorna nuestras plazas, nuestras iglesias, nuestros hogares. El boj es especialmente apreciado el Domingo de Ramos. Una vez bendecido, lo llevamos con nosotros para colocarlo sobre nuestros crucifijos o, en algunas regiones, sobre las tumbas de nuestros seres queridos. Verde, espera!

Pero así es también: el abeto y el boj sobreviven con dificultad. Las sequías reiteradas han debilitado a los abetos, convirtiéndolos en presa fácil de los escarabajos. Los boj es atacado por las orugas de la piral, una polilla nocturna desconocida hasta hace poco tiempo.

Los símbolos de la esperanza son atacados por los parásitos. ¿No sucede lo mismo con la esperanza misma? ¿No se ve puesta a prueba por las crisis repetidas?

La esperanza recibe golpes duros, y la tentación de deslizarse por la pendiente resbaladiza de la resignación y la desesperanza es grande. Pero yo conozco a una que resiste. Cuando todo se desmorona en nuestra tierra, ella ya no permanece en el cielo: desciende hacia nosotros.

La Virgen María manifiesta siempre su presencia materna en los momentos oscuros de la historia, impidiéndonos así hundirnos.

El 15 de agosto, día de la gran fiesta mariana en pleno verano, la Iglesia se dirige a Aquella en quien la esperanza cristiana se realiza plenamente.

Banneux Notre-Dame

No fue en el corazón del verano, sino en pleno invierno cuando ella dejó el cielo para visitar nuestro rincón de tierra.

Banneux Notre-Dame es el nombre completo del pequeño pueblo belga donde la Virgen se apareció a la niña Mariette Beco. Sin embargo, el nombre “Notre-Dame” nada tiene que ver con las apariciones marianas del invierno de 1933.

En efecto, al comienzo de la Primera Guerra Mundial, los habitantes del lugar buscaron refugio bajo la protección de la Virgen María. Habían oído hablar de las represalias alemanas contra la población civil durante la conquista de Lieja.

Los vecinos de Banneux oraron a María y formularon un voto: consagrar el pueblo a la Virgen si ella los preservaba del infortunio.

Todos los habitantes y todas las casas fueron librados del mal.

En 1919, los vecinos cumplieron su promesa: Banneux se convirtió en Banneux Notre-Dame.

El nombre Banneux significa “banal”, y en efecto, se trata de una aldea sin particularidad alguna. Pero “banal” remite también a una antigua tradición medieval: un señor concedía a sus vasallos el privilegio de utilizar uno de sus bienes comunes.

Los benedictinos de la Abadía de Stavelot-Malmédy habían otorgado a los habitantes del pueblo el privilegio de recoger leña en los bosques circundantes.

En el borde de uno de estos bosques, a un kilómetro del pueblo, Julien Beco construyó una pequeña casa para su numerosa familia. En 1933, en el huerto de esa casa, ocurrieron los hechos que harían





famoso a Banneux más allá de las fronteras de Bélgica. El pequeño y tranquilo pueblo, alejado de las grandes carreteras, se transformó en un centro internacional de peregrinación.

Luz en la noche

Entre el 15 de enero y el 2 de marzo de 1933, la Virgen María se apareció ocho veces a Mariette Beco, una niña de once años.

Todas las apariciones tuvieron lugar por la noche, en medio del frío y la oscuridad.

La Bella Señora irradiaba una luz suave; su sonrisa calentaba el corazón de la niña.

En cuatro ocasiones la condujo hasta una fuente al borde del camino.

Esa fuente —dijo la Señora— era «para todas las naciones, para los enfermos».

El 11 de febrero, la que se presentó como la Virgen de los Pobres explicó el motivo de sus visitas: «He venido para aliviar el sufrimiento.» Exhortó a la fe y a la oración.

La Virgen nos ofrece este nuevo lugar de peregrinación, rodeado de verdor, en un momento decisivo de la historia.

Durante el tiempo de las apariciones, un tal Adolf Hitler tomaba el poder en Alemania.

Se perfilaba en el horizonte uno de los periodos más oscuros de la humanidad.

Doce años después, la guerra, la Shoah y las bombas atómicas dejarían una humanidad diezmada y un mundo en ruinas.

Y, ante todo ello, una pregunta: ¿No hay que desesperar ya de esta humanidad?

Junto a Notre-Dame de Banneux, la esperanza renace, y un futuro mejor vuelve a parecer posible.

La capilla de San Miguel

Por expresa petición del canciller alemán Konrad Adenauer, se construyó en 1960 una pequeña capilla en los bosques de Banneux.

Adenauer había sido destituido por los nazis de su cargo de alcalde de Colonia y se había retirado al pueblo de Rhöndorf.

En una pequeña capilla mariana a orillas del Rin, durante la Segunda Guerra Mundial, los cristianos se reunían cada día para rezar el rosario por todos los prisioneros de guerra, sin distinción de nacionalidad.

A los peregrinos que recibió en Banneux durante el invierno de 1959, el canciller les propuso erigir una réplica de aquella capilla de Rhöndorf.

Tuvo la intuición de que esta capilla debía tener dos patronos:

San Miguel Arcángel, patrón de Alemania, y Santa Juana de Arco, patrona de Francia.

De este modo, todos los peregrinos —en particular los alemanes y los franceses— podrían pedir en aquel lugar de gracia la reconciliación y la paz entre esos pueblos tantas veces enfrentados con violencia.

Durante la bendición de la primera piedra, el abad Paul Adenauer, hijo del canciller, formuló este deseo: «Que Banneux se convierta en el epicentro de una ola de paz que recorra el mundo entero.

Deseo que en esta capilla se eleve una ferviente oración por todas las víctimas de la crueldad humana y por todos los constructores de un mundo nuevo.»

Padre Leo Palm
Rector



BÉLGICA: SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DE BEAURAING

Una sonrisa radiante de esperanza
El testimonio de la Virgen María en Beauraing



Este es un lugar de apariciones de la Virgen María reconocido por la Iglesia. Del 29 de noviembre de 1932 al 3 de enero de 1933, la Virgen María se apareció a cinco niños del pequeño pueblo de Beau-

raing, en el sur de Bélgica, unas treinta veces, casi a diario, aunque no el día de Navidad: aquel día debían acudir al pesebre para recibir el Don de Dios en el Niño recién nacido. María se presentó como la Virgen Inmaculada, la Madre de Dios y la Reina del Cielo, revelando su corazón de oro e invitándoles a la oración y a la conversión.

Pero he aquí lo que resulta más conmovedor en la descripción de los niños: «¡Nos sonrió!». Pocas palabras, pero expresivas de un progresivo acercamiento, de una confianza naciente, de una amistad forjada con ellos. Los niños la miraban, la contemplaban, y ella les sonreía: ¡eso bastaba! ¿Acaso hacía falta algo más? Claro que los niños planteaban preguntas a la Virgen María, alentados por los adultos que querían saber y comprender. Les susurraban interrogantes al oído. Pero las palabras llegaron después, nacidas de la confianza que iba creciendo entre los niños

y la Virgen María.

Durante mucho tiempo, sin pronunciar palabra, María les sonreía. Una confianza iba tomando forma sin necesidad de palabras... o bien mientras los niños recitaban las Avemarías del Rosario, una tras otra, primero antes de que ella apareciera, y después —con un tono por completo distinto, con una voz transfigurada— cuando ella estaba presente. A este respecto, los niños relatan una anécdota significativa.

Al terminar unas diez decenas del Rosario, descubrieron que aquel era el momento elegido por la Virgen María para retirarse: de hecho, esperaba a que concluyese la decena. Así que los niños aceleraban la última Avemaría para comenzar de inmediato otra decena, olvidando el Gloria Patri y el Padre Nuestro, que les parecían poco útiles. Durante esa décima Avemaría, la Virgen María abría los brazos, como si ya se dispusiera a marcharse; luego, observando la repentina prisa de los niños, los volvía a cerrar, sonriendo aún más radiantemente, dejándose alcanzar por el juego de aquellos pequeños que no querían dejarla marchar.

Nunca me canso del sonrisa llena de esperanza de Nuestra Señora de Beauraing. Si los niños reconocieron la calidad del trabajo de la escultora, fue sin duda —creo— por la belleza de aquel gesto. «Nos sonreía», decían, y durante los primeros días poco más había que contemplar que aquella bellísima sonrisa. María no la perdió nunca, día tras día; y esa misma sonrisa sigue siendo suya en este mismo instante en que escribo estas líneas,





en el instante en que el lector las lee, en todo momento en que un peregrino se dirige a ella. Su sonrisa no es excesiva, ni burlona, ni mucho menos despreciativa; y, sobre todo, no es forzada. Es una sonrisa sencilla y genuina, respetuosa y llena de benevolencia.

Sencilla, porque natural, brota espontáneamente de la disposición de su corazón: los Evangelios nos enseñan que esta era la actitud habitual de María, que guardaba y meditaba tantas cosas en su corazón (cf. Lc 2,19.51). Al acoger la Palabra de Dios que iluminaba su vida, aquella bellísima sonrisa de esperanza aparecía en sus labios.

Genuina, porque sincera y profunda: ella, la humilde Sierva del Señor, reconoció las maravillas que Dios obraba en su vida y en la nuestra; su mirada buscaba siempre ver como Dios ve realmente, más allá de las apariencias y de las ficciones. Así, al des-

cubrir la belleza interior de cada persona en el designio de Dios, aquella maravillosa sonrisa de esperanza se dibujaba en sus labios.

Respetuosa, porque estaba colmada de dulzura hacia los niños de Beauraing, igual que, en los Evangelios, la mostraba hacia cada persona que encontraba: su prima Isabel, los sirvientes de Caná y tantos otros que, como ella, acompañaban a su Hijo. Al reconocer en el otro a un hermano, una hermana, un discípulo y un amigo infinitamente amado, llamado a la felicidad de Dios más allá de todo lo que los demás dijeran de él, aquella sonrisa admirable volvía a surgir en sus labios.

Y, sobre todo, era benevolente, rebosante de un profundo deseo de felicidad para cada persona que se dirigía a ella: «Dichosos vosotros, que, como yo, habéis creído todas las palabras que os han sido dichas para vuestra felicidad, para vuestra alegría abundante y desbordante». Y entonces, traduciendo tales deseos de amor y conversión en este único y pequeño signo, aquella maravillosa sonrisa de esperanza aparecía en sus labios.

Verdaderamente, nunca me canso de la sonrisa de Nuestra Señora de Beauraing. A veces, cuando celebro el sacramento de la reconciliación, propongo una penitencia especial: acudir al espino blanco y contemplar allí, aunque sea por un instante, la bellísima sonrisa de María. Entonces todo se transforma en gracia y alegría. En el espíritu de conversión y perdón, ¡con el corazón lleno de esperanza naveña!

Canónigo Joël Rochette
Rector y Vicario General de la Diócesis de Namur



BRASIL: SANTUARIO NACIONAL DE NUESTRA SEÑORA APARECIDA

Los santuarios marianos como signos de esperanza

Como todos los centros de peregrinación, los santuarios marianos son lugares de esperanza y espiritualidad. Son signos que poseen un mensaje propio, con características únicas. Al desvelar ese mensaje, es posible comprender la importancia de los santuarios como espacios de encuentro con lo sagrado y de inspiración para la vida cristiana. Los santuarios marianos son signo de la esperanza que habita en quienes se sienten atraídos por la ternura de la Madre de Dios.

En Brasil, el Santuario Nacional de Nuestra Señora Aparecida representa la más alta invocación mariana del país. Más de once millones de peregrinos visitan cada año a la Virgen Negra, hallada en las aguas turbias del río Paraíba do Sul en 1717. Por ello, Aparecida se cuenta entre los santuarios marianos más grandes e importantes del mundo.

Situado en el Estado de São Paulo, el Santuario no tiene su origen en una aparición en sentido estricto, sino en el hallazgo de una imagen. La manifestación mariana que rodea la historia, el culto y la devoción a Aparecida no está asociada a ninguna visión ni revelación sobrenatural. Tampoco existen relatos de videntes o visionarios. En Aparecida, la revelación de Dios es sinónimo de encuentro.



La hermenéutica de Aparecida, en el contexto de una mariología social, pone de relieve la inspiración que la Madre de Dios puede ofrecer al compromiso social de los cristianos. La Virgen se hace presente en la historia de los pobres de Brasil y responde al clamor de quienes piden ayuda, asistencia y justicia. Como signo de esperanza, el Santuario de Aparecida es un lugar donde la fe





se celebra, el dolor encuentra consuelo y el peregrino halla su misión.

La pequeña imagen de terracota es negra por efecto del tiempo, del agua del río y del humo de las velas y antorchas. Mide treinta y siete centímetros de altura, con las manos unidas en oración y un rostro compasivo. Representa a la Virgen de la Inmaculada Concepción, revestida con un manto y una corona azul. Son célebres los milagros del esclavo liberado, de la joven ciega curada, del cazador librado de un jaguar y del niño salvado de morir ahogado.

El 28 de octubre de 1894, por invitación de Dom Joaquim Arco-verde, entonces obispo de São Paulo, llegaron desde Alemania algunos misioneros redentoristas, que se convirtieron en custodios de la imagen. Desde entonces, la administración y la atención pastoral del Santuario están confiadas a la Congregación del Santísimo Redentor. El 8 de septiembre de 1904, con la aprobación del papa Pío X, la Virgen Negra de Aparecida recibió la Corona de Reina de Brasil.

Énfasis, metodología y estrategia pastoral de los santuarios marianos

Por ser signos de esperanza, los santuarios marianos reavivan la

fe, promueven la sinodalidad y anuncian el Evangelio, sobre todo a los más pobres. La predicación explícita de la Palabra de Dios, la promoción de la ciudadanía mediante las obras sociales, las expresiones de fe y piedad popular, la pastoral de equipo y, finalmente, la vida sacramental, constituyen elementos esenciales del proyecto evangelizador de los santuarios.

Las estrategias pastorales de los santuarios, marianos o no, brotan de la acogida y de la evangelización. Más que un simple lema, acogida y evangelización son ejes pastorales. La razón de ser de todo santuario consiste en acoger bien a los peregrinos y enviarlos en misión, integrándolos en la acción misionera de la Iglesia.

De acuerdo con las Orientaciones Generales para la Acción Evangelizadora de la Iglesia en Brasil, el énfasis pastoral del Santuario de Aparecida ofrece a los peregrinos la oportunidad de una profunda experiencia de Dios, poniendo de relieve la dimensión trinitaria de la fe. El santuario mariano, Casa de oración y Casa de los peregrinos de la esperanza, procura centrar la fe en Jesucristo, el Salvador que, en la fuerza del Espíritu, muestra el camino hacia el Padre.

Como santuario —lugar de paso breve, pero restaurador y significativo para toda la vida del peregrino—, se ofrecen principalmente los sacramentos de la Reconciliación y de la Eucaristía. Fortalecidos por estas celebraciones, se procura que los fieles regresen a sus comunidades de origen más conscientes y dispuestos a los servicios y ministerios pastorales.

El 27 de diciembre de 2015, al hablar de las peregrinaciones a los santuarios durante la homilía de la Misa de las Familias, el papa Francisco nos recordó que “la peregrinación no termina cuando se alcanza la meta del santuario, sino cuando se regresa a casa y se retoma la vida cotidiana, valorando los frutos espirituales de la experiencia vivida”. El santuario no es solo una meta: ¡es un punto de partida!

En el misterio de la Encarnación, cuando Dios vino a este mundo, quiso tener una Madre para sí. ¡Dios nació de una mujer, del mismo modo que un día todos nosotros nacimos! Venerar a la Virgen a través del misterio de Cristo es una tarea indispensable.

La Navidad celebra la misericordia de Dios. La peregrinación que realizamos a los santuarios marianos revela quiénes somos: somos caminantes, y mientras caminamos, descubrimos nuestra identidad. Descubrimos que necesitamos a Dios en cada paso del peregrinaje de nuestra vida.

Padre Eduardo Catalfo, CSSR
Rector

FILIPINAS: SANTUARIO DE LA VIRGEN DE LA PAZ Y DEL BUEN VIAJE, ANTIPOLLO



La esperanza que nos acompaña: una reflexión navideña desde Antipollo

por + Ruperto Cruz Santos, D.D.
Obispo de Antipollo y Promotor Episcopal de la CBCP de Stella Maris-Filipinas

A medida que el Año Jubilar llega a su fin, nos encontramos en el umbral entre las gracias recibidas y el camino que continúa. En esta pausa sagrada, la Navidad llega no como una conclusión, sino como un sereno comienzo. Es el tiempo en que el cielo se inclina hacia la tierra y la esperanza adopta el rostro de un Niño. En un mundo con frecuencia privado de paz, donde los conflictos, las divisiones y la incertidumbre parecen resonar con más fuerza que el canto de los ángeles, la Navidad ofrece un mensaje que no

niega el sufrimiento, sino que se atreve a llevar luz dentro de él. El nacimiento de Cristo no es un recuerdo lejano: es una realidad presente.

Emmanuel, Dios con nosotros, sigue siendo el corazón palpitante de nuestra esperanza. Esa esperanza no es abstracta. Está encarnada. Camina a nuestro lado en el peregrino cansado, en la madre en duelo, en el joven en dificultad y en las oraciones silenciosas de los pobres.

Es la esperanza que ha atraído a millones de personas al Santuario Internacional de Nuestra Señora de la Paz y del Buen Viaje, en Antipollo.

Allí, bajo la mirada de la Virgen que cruzó los océanos, contemplamos a quienes siguen caminando en la fe, llevando consigo sus cargas, su gratitud y su anhelo de paz.

Antipollo es más que un destino: es un testimonio.

Cada vela encendida, cada paso dado, cada plegaria susurrada



ante la imagen de la Virgen es una proclamación: que la esperanza no se apaga. Que incluso en las dificultades de la vida, la fe puede mantenerse firme. Que en cada lágrima puede nacer la esperanza. Y que de cada herida puede brotar la sanación que mana del corazón de nuestro Dios compasivo. Al celebrar la Navidad, recordemos que el pesebre no fue un lugar

confortable, sino un espacio de confianza radical. María y José no encontraron la paz en el entorno que los rodeaba, sino en la presencia de Aquel que es la Paz. Así debemos hacer también nosotros. El mundo puede no ofrecernos la paz, pero Cristo sí. Y no la ofrece como la da el mundo, sino como un don que transforma los corazones y las comunidades. Que esta Navidad renueve nuestro valor para esperar. Que nos inspire a ser portadores de paz, peregrinos de misericordia y testigos del amor que nació en Belén y sigue naciendo en cada gesto de compasión. Y al dejar atrás el Año Jubilar, llevemos adelante su luz, caminando con Nuestra Señora de Antipolo hacia el Dios que viaja con nosotros.



FRANCIA: SANTUARIO DEL SANTO CURA ARS-SUR-FORMANS



«Te mostraré el camino del Cielo»

«Te mostraré el camino del Cielo». Ese itinerario de esperanza, abierto en 1818 por el padre Jean-

Marie Vianney al joven Antoine Givre, es también el camino del pesebre, seguido por los pastores y por los Magos.

Refiriéndose a la Navidad, el Santo Cura de Ars afirmaba que «Jesucristo, lejos de buscar lo que pudiera elevarle ante los ojos de los hombres, deseó nacer en la oscuridad y en el olvido; quiso que unos pobres pastores fuesen avisados en secreto por un ángel, para que los primeros actos de adoración que recibiera procedieran de los últimos entre los hombres».

El pequeño pueblo de Ars, al norte de Lyon, fue la cuna de una profunda renovación de la fe y de la vida cristiana en la primera mitad del siglo XIX.

A aquel lugar humilde, donde vivían apenas 258 personas, fue enviado un joven sacerdote de treinta y dos años, el padre Vianney, para encender allí el amor de Dios, según la voluntad del Vi-

cario General de Lyon que le había confiado la cura pastoral.

Durante cuarenta y un años, Juan María Vianney se entregó por entero a Dios y a la humanidad. Se cuenta que, en febrero de 1818, mientras se aproximaba al pueblo envuelto en una niebla fría y buscando el camino, fue un joven pastorcillo, Antoine Givre, quien lo guio. «Tú me has mostrado el camino hacia Ars; yo te mostraré el camino hacia el Paraíso», le dijo el Cura en agradecimiento. Su primer gesto fue arrodillarse y besar la tierra de su nueva parroquia: un acto que san Juan Pablo II —entonces joven sacerdote peregrino en Ars— recibió espiritualmente del Santo Cura y conservó toda su vida. «¡Qué pequeño es!» —murmuró para sí el Cura al llegar—. Y una voz interior añadió después: «Y este pueblo no podrá contener a todos los que vendrán aquí...».

Comenzó su ministerio abriendo la iglesia a las cuatro de la mañana, y por primera vez en mucho tiempo los habitantes vieron luz en el templo. Para aquellos pocos que habían permanecido fieles, fue un don; muchos otros, lejos ya de la práctica cristiana, vivían entregados únicamente al ganado y a las fiestas en las tabernas. «Concédeme la gracia de la conversión de mi parroquia».

El Santuario de Ars es único porque es, ante todo, una parroquia que llegó a convertirse en santuario. En aquel contexto rural, no fueron los prodigios visibles los que atrajeron a la gente, sino la vida misma de un sacerdote que se consumió en la sencillez y en la entrega total de sí: la extraordinaria grandeza del ministerio





pastoral vivida en la ordinaria trama de cada día. Había llegado al sacerdocio con dificultad, en un tiempo arduo tras la Revolución. Inteligente, realista y humilde, el Santo Cura se consideraba indigno de su misión y la sentía como un peso abrumador. Pero lejos de desesperar, se abandonó sin reservas a la misericordia de Dios.

«El hombre es un pobre que necesita pedirlo todo a Dios», decía. Fue toda su vida como un niño en manos del Padre. Por eso tantos peregrinos acuden aún hoy a Ars «en busca de un padre», y se marchan renovados por aquella misericordia entrañable, que lo hizo tan cercano a los pequeños y a los humildes. Al misterio de Ars solo se accede con espíritu de humildad, del mismo modo que se reconoce al Salvador en el pesebre poniéndose de rodillas.

El sacerdocio es el amor del Corazón de Jesús
 Todavía hoy, Ars sigue atrayendo peregrinos y visitantes. Cuando el Papa Benedicto XVI inauguró en Roma el Año

Sacerdotal en 2009, pidió que le acompañase la reliquia del corazón del Cura de Ars. Un año más tarde, quinientas mil personas peregrinaron a Ars para venerar sus reliquias, confesarse, orar por los sacerdotes y redescubrir cómo la misericordia de Dios es un torrente desbordante que todo lo transforma. Este Año Jubilar de la Iglesia universal ha coincidido también con el centenario de la canonización de tres santos: Teresa de Lisieux, Juan Eudes y Juan

María Vianney.

«Esa herencia cristiana os pertenece aún» —escribió el Papa León a los católicos de Francia—; «sigue impregnando hondamente vuestra cultura y permaneciendo viva en muchos corazones». Así, en octubre de 2025, trescientos sacerdotes se reunieron en Ars para profundizar en el misterio de gracia del Santo Patrono de todo el clero de Francia.

Pasaron allí algunos días junto a aquel humilde párroco, aquel «sublime viejo niño» —como lo llamó Bernanos— para quien, en Navidad, Jesucristo se revelaba «manso y humilde de corazón».

La fraternidad y la sencillez dejaron una huella profunda en los sacerdotes congregados, así como en los voluntarios que les acogieron y, en ocasiones, les ofrecieron hospitalidad.

Contemplando el peso de los acontecimientos sufridos por tantos sacerdotes de Francia en los últimos años, se comprende cómo una vida evangélica vivida día tras día pudo convertirse para ellos en bálsamo y anticipo de Navidad.

«¡Navidad! Buena nueva —concluía el Santo Cura de Ars— que el Ángel nos anuncia desde el cielo en la persona de los pastores; porque con ella lo tenemos todo: el cielo, la salvación de nuestras almas y a nuestro Dios».

Padre Rémi Griveaux
 Párroco de Ars y Rector



FRANCIA: SANTUARIO DEL NIÑO JESÚS, BEAUNE



El «Pequeño Rey de gracia»

Fundado en 1619, el Carmelo de Beaune, situado en la diócesis de Dijon, se hallaba inicialmente en el centro de la ciudad. Allí permaneció hasta la Revolución francesa. Expulsadas por el tumulto revolucionario, las carmelitas vivieron primero en la clandestinidad, vestidas de seglar, hasta poder instalarse en el actual Carmelo de la rue de Chorey: una antigua casa vinícola con bodegas abovedadas, que habría pertenecido a los caballeros de Malta. Lo adquirieron en 1836, lo ampliaron y construyeron el ala principal y el noviciado.

La capilla del Carmelo —elegida por el arzobispo de Dijon como iglesia jubilar— es un lugar de oración dedicado al Niño Jesús. Su estatua se alza majestuosa dentro de su globo de cristal, vestida con-

forme a los tiempos litúrgicos, con una corona rematada por una cruz. En la mano sostiene un cetro adornado con un lirio, signo de su misteriosa realeza. El «Pequeño Rey de gracia» es una de las principales imágenes milagrosas del Niño Jesús, junto con el Santo Niño de Aracoeli, en Roma, y el célebre Niño de Praga. La estatua fue donada por el barón de Renty a sor Margarita del Santísimo Sacramento, carmelita de Beaune, declarada venerable en 1905.

La venerable Margarita, que había ingresado en el Carmelo de Beaune a los doce años, conoció a la vez terribles sufrimientos del alma y del cuerpo, y la gracia de recibir la aparición del Niño Jesús mientras profesaba solemnemente sus votos, el 24

de junio de 1635. En un tiempo de pruebas para Francia —afligida por epidemias y guerras—, Jesús confió a Margarita:

«Es gracias a los méritos del misterio de mi infancia como superarás todas las dificultades.» Margarita fundó entonces la Familia del Santo Niño Jesús, basada en la recitación de la pequeña corona, que consiste en meditar los misterios de la santa infancia del Señor: la Encarnación, la estancia del Verbo en el seno de María, la Natividad, su morada en el establo, su circuncisión, la Epifanía, la Presentación en el Templo, la huida a Egipto y el regreso a Nazaret, la vida oculta, sus viajes con José y María, su permanencia en el Templo entre los doctores.

A derecha e izquierda del altar del santuario, la Virgen y san José enmarcan la gran cruz del Crucificado, eje central del edificio. «Del pesebre a la crucifixión, Dios nos entrega un misterio profundo», dice un canto de Navidad. Cristo nació fuera de la ciudad, envuelto en pañales y acostado en un pesebre; murió fuera de la ciudad, envuelto en lienzos y depositado en un sepulcro.

Su nacimiento y su muerte expresan el don de Dios entregado a las manos de los hombres en la extrema miseria y pobreza. «Ha tomado un puesto tan bajo que nadie podrá arrebatárselo», decía el abate Huvelin a san Carlos de Foucauld.

Del Padre ha recibido, en cambio, el puesto más alto, que nadie podrá superar.

«El que se humilla será ensalzado» (Lc 14,11). Venir a adorar al Niño Jesús es contemplar la humildad de Dios, que reina desde su cruz hasta las profundidades mismas de la muerte. «Una



brizna de su pesebre o una tira de sus pañales bastan para mantener a raya a los enemigos», decía Margarita del Santísimo Sacramento.

En El pórtico del misterio de la segunda virtud, Charles Péguy representa la esperanza como una niña:

«Lo que me asombra —dice Dios— es la Esperanza.

Y no puedo creerlo. La Esperanza es una niña insignificante,

nen a cantar las alabanzas de Dios.

A veces pasamos de la risa al llanto, de las grandes penas al agradecimiento, pero en los cambios de nuestras vidas pasajeras, la contemplación del Niño Rey nos hace entrar en la estabilidad del corazón, en la paz sobrenatural, en la certeza de la victoria del Señor, que se revela a los pequeños y a los humildes.

«Ayúdame a olvidarme de mí misma por completo, para establecerme en ti, inmóvil y en paz, como si mi alma estuviera ya



que vino al mundo el día de Navidad del año pasado. Es esta niña humilde, y sólo ella, llevando consigo a las demás, la que atravesó los mundos pasados...

La Esperanza no camina por sí sola. La Esperanza no anda sola. Para esperar, hija mía, hay que ser bienaventurado, hay que haber recibido

una gran gracia.»

Sin duda es esta gran gracia la que vienen a pedir los peregrinos que recorren el camino jubilar hasta el santuario de Beaune.

Para ellos, la niña Esperanza es un Niño: un pequeño Rey de gracia, que nada parece a los ojos de quienes miden la vida por lo visible, lo pesado, lo cuantificable; pero que es el Omnipotente, porque el poder de Dios se manifiesta en la debilidad.

Aquí vienen los fieles a llorar ante el Niño del pesebre; aquí vie-

en la eternidad», decía santa Isabel de la Trinidad, carmelita de Dijon. El santuario del Pequeño Rey es un lugar de esperanza: un espacio que nos ayuda a vencer la tentación de la desesperanza, el repliegue en nuestras sombras o la angustia ante la oscuridad del mundo.

No con nuestras fuerzas, sino recuperando el espíritu de la infancia: la confianza en la obra de Dios y en su divina Providencia.

«He perdido demasiado la infancia —escribía Bernanos—.

Sólo puedo reconquistarla mediante la santidad.»

Padre Dominique Garnier
Rector

FRANCIA: SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DEL LAUS, SAINT-ÉTIENNE-LE-LAUS

La Navidad nos abre a la Esperanza

El Jubileo de los «peregrinos de la Esperanza» dio comienzo el 24 de diciembre de 2024 y concluirá el 6 de enero de 2026.

Estas fechas sitúan el misterio de la Navidad en el centro del tema elegido por el Santo Padre.

Sin embargo, este periodo ha sido testigo del estallido de terribles conflictos en todo el mundo. Incertidumbres y pruebas han jalonado nuestro camino jubilar.

Ante la opacidad del pecado, en la confusión generada por la pérdida de referencias morales e institucionales, emerge el misterio de la Encarnación, que recuerda a todos la frescura de la iniciativa divina y el designio de salvación ofrecido a todos por la bondad del Padre. La esperanza mantiene abierta la posibilidad de la felicidad. Sin embargo, no puede controlar el futuro; supone, por tanto, abandonarse plenamente a Dios. Toda la esperanza del pueblo de la Biblia descansa en esto: experimenta la fidelidad de Dios a sus promesas a través de las pruebas. Este es el fundamento de la esperanza. Dios prometió un Mesías. En Navidad cumple su promesa. La Esperanza tiene ya un rostro y un nombre: Jesucristo.

Celebrar el nacimiento del Salvador significa celebrar la solidez de la esperanza en la fragilidad de nuestra humanidad. Dios

hace lo que dice. La fiesta de Navidad se convierte así en la fiesta de la esperanza. Dios está cerca, es fiel.

El nacimiento de un niño en el seno de una familia humana es fruto de la esperanza de todos. La

esperanza tiene siempre el rostro de un niño. Como un niño, la esperanza está abierta a todas las posibilidades, vive de la maravilla. La esperanza es poderosa; está en el corazón de nuestro camino de fe. Nos sostiene y nos anima. En este sentido, Cristo es nuestra esperanza (1 Tm 1, 1). El Papa Francisco, apoyándose en esta afirmación de san Pablo, añadía: «Esta esperanza —es curioso— no nos pertenece», porque «la esperanza no es un bien que se mete en el bolsillo. ¡No, no nos pertenece! Es un don para compartir, una luz para transmitir» (10/01/2025). Cristo viene a nosotros en Navidad como un niño que se nos da, pero que no nos pertenece, como una luz que debemos comunicar.

Él es la esperanza y la vida.

La Navidad comercial es tan invasiva que deja poco espacio a la esperanza, ansiosa de llenarnos de bienes materiales. Debemos,





por ello, contemplar al Niño del pesebre e introducir nuestra mirada en la suya. Es entonces cuando la inocencia de Dios viene a devolvernos la esperanza. Este Niño no viene a juzgar al mundo, sino a salvarlo (Jn 12,44-50). Y es su inocencia la que salvará al mundo. La esperanza teologal se funda en la certeza de que la debilidad es más fuerte que la fuerza. La violencia nunca constituye una victoria. La Navidad lo testimonia también mediante la sangre de los Santos Inocentes, cuya memoria celebramos en estos días.

Aún no sabían hablar, y ya daban testimonio de Cristo y proclamaban la esperanza de la salvación. En medio de los conflictos que devastan nuestra tierra, tantos niños inocentes nos recuerdan que no hay civilización posible sin el respeto sagrado hacia los más pequeños.

El mensaje de la Navidad es, por tanto, una invitación a mirar el mundo con ojos nuevos. La conversión a la que nos llama el pesebre es la de una mirada renovada, una mirada que jamás se cansa ni se vuelve indiferente. Jesús nos invita a velar, es decir, a mantener una mirada atenta. Se trata de entrar en la mirada de Cristo sobre el mundo, en aquella mirada que jamás se habitúa al mal ni al pecado, en una mirada que ofrece la paz. La Navidad, con la alegre venida del Salvador, abre así la historia humana a la bondad de Dios. La historia nunca está concluida. Está por construir, sostenida por la esperanza de ver el amor expulsar todo odio. El retorno anual de la Navidad es verdaderamente necesario para abrir nuestros corazones y nuestras mentes a una esperanza que no se rinde, sino que se abre al otro. La paz es posible.

Ciertamente, es una obra de largo aliento que exige paciencia. El Papa Francisco lo subrayaba en el n. 9 de la bula de convocación del Jubileo *Spes non confundit*: «Con ocasión del Jubileo, hemos de redescubrir la paciencia como arte de vivir lo cotidiano. No se trata de cultivar la pasividad o la apatía. La paciencia es una palanca capaz de convertirnos a la esperanza. Puede considerarse la paciencia como una virtud cristiana».

Mirar al futuro, y por tanto a la duración, resulta difícil para muchos de nuestros contem-

poráneos, sumergidos en el culto del instante. Pero la duración, en esta perspectiva, implica perder el control sobre el futuro. No se puede comprometer uno, porque el futuro es desconocido. Sin embargo, el Niño de Belén no viene para sacralizar un instante, el 25 de diciembre de cada año. La Navidad no irrumpe para «expresar» un momentáneo arrebatado de

emoción, sino para «imprimir» en nosotros una relación con el tiempo percibido en su permanencia.

Ante la incertidumbre del futuro, la Navidad vuelve cada año para dar sentido al paso del tiempo y alimentar nuestra paciencia. La paciencia habita el corazón de la Virgen María y de san José. El acontecimiento que colma de maravilla sus corazones ilumina no sólo un instante de emoción, sino toda la larga esperanza del pueblo bíblico, sumergiéndolo ya en la alegría eterna de una esperanza plenamente realizada, en la paz del Reino de Dios que se revela en el pesebre.

La esperanza ilumina nuestra mirada sobre el pasado, sostiene nuestro presente y nos proyecta hacia el futuro. Compromete, por tanto, todo nuestro ser y toda nuestra experiencia en una conversión que nos permite entrar en el proyecto de Dios sobre nosotros y sobre el mundo, un proyecto de amor y de paz.

Lo imposible se hace posible cuando Dios viene a habitar entre nosotros. Un mundo nuevo ha nacido ya. La Navidad es, verdaderamente, la fiesta de la Esperanza.

Padre Michel Desplanches
Rector



© Sanctuaire

FRANCIA: SANTUARIO DEL SAGRADO CORAZÓN, PARAY-LE-MONIAL

Si creéis, veréis la fuerza del Corazón de Jesús!

«He venido a prender fuego en la tierra, ¡y cuánto desearía que ya estuviera ardiendo!» (Lc 12,49). Este es el Evangelio proclamado en la liturgia del 24 de octubre de 2024, día de la publicación de *Dilexit nos*. Es ese fuego del Espíritu Santo, que brota del Corazón de Jesús, cuya potencia y suavidad experimentamos cada día en el Santuario de Paray-le-Monial. ¿Es desmedido afirmar que estamos asistiendo a una verdadera primavera de la devoción al Sagrado Corazón en Francia? El impacto del Jubileo por el 350º aniversario de las Apariciones a Santa Margarita María, unido al extraordinario éxito del documental *Sacro Cuore*, dirigido por Steven y Sabrina Gunnell, son signos elocuentes.

Jesús sabe qué significa ser traicionado: lo fue por Judas; sabe qué es ser abandonado: lo fue por los apóstoles. Fue injustamente condenado por Pilato, rechazado por el pueblo que clamaba «¡Crucifícale!» pocos días después de haber aclamado al que venía en nombre del Señor; y fue humillado por los soldados. Y, sin embargo, es capaz de acercarse a quien está herido por la vida. Se inclina hacia ellos y los consuela, porque su Corazón permaneció manso y humilde, y amó a los suyos hasta el extremo. Tal es la Esperanza ofrecida por la devoción al Sagrado



¿Qué está ocurriendo para que multitudes acudan al Sagrado Corazón de Jesús, cuando esta devoción —tenida por anticuada y casi olvidada— parecía destinada a extinguirse?

«Por sus llagas hemos sido curados» (Is 53,5). El Corazón del Señor es un corazón herido, capaz de alcanzar nuestras heridas más íntimas y dolorosas. Pero la herida mortal de su Corazón no tiene la última palabra, porque «al instante brotó sangre y agua» (Jn 19,34), signo de la victoria del Señor y del don del Espíritu Santo.

Corazón: no hay herida que Dios no pueda curar, ni lágrima que no pueda enjugar, ni dolor que no pueda consolar, ni fracaso del que no pueda levantarnos, ni pecado que no pueda perdonar.

Tal es esta esperanza que no defrauda y de la cual los ríos de agua viva que manan del Corazón traspasado son su signo. Tal es «la fuerza sanadora del Corazón de Cristo», evocada por el Papa Francisco (DN 200).

«Se me apareció y me hizo reposar largamente en su Corazón», cuenta Santa Margarita María. Aquello que ella vivió mística-

mente, todos estamos llamados a vivirlo con gran sencillez, respondiendo simplemente a la invitación de Cristo:

«Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas» (Mt 11,28-29).

Estos pesos pueden ser las divisiones familiares, el dolor, la violencia sufrida o incluso las agresiones sexuales. Numerosos testimonios muestran cómo, en Paray, Dios visita a los heridos de la vida. El Señor visita y transforma, consuela y cura los corazones.

Así, esta mujer que peregrinó el pasado verano:

«Llevaba dos años sin encontrar sentido a mi vida. Mi marido y yo vivíamos separados por motivos laborales y estábamos al borde del divorcio por las frecuentes discusiones. Encontré descanso en el Sagrado Corazón de Jesús. El Señor se ocupó de todo. Nos reunió como familia: mi marido dejó su trabajo para volver con nosotros y ha emprendido una nueva actividad. Cada día experimentamos la divina Providencia».

O esta madre, inconsolable tras la muerte de su hija:

«Cuando salí de la Capilla de las Apariciones, estaba llena de alegría. Había recuperado la alegría de vivir. Era incomprensible, ni yo misma podía creérmelo. El Señor me había consolado y cu-

rado toda mi tristeza». Una experiencia de consuelo. Una experiencia de liberación y también de perdón.

Como esta mujer mayor, profundamente conmovida: «Durante décadas guardé resentimiento hacia mi padre. Le reprochaba habernos criado a mis hermanos y a mí en el miedo, y no haber hecho feliz a nuestra madre. Quería perdonarle, pero no podía. En Paray recibí esa gracia. Y, gracias al Jubileo, pude realizar la peregrinación jubilar pidiendo para él la indulgencia plenaria. Ha sido para mí una liberación. ¡Gracias, Señor!». Y también esta joven, víctima de violencia sexual por parte de una profesora durante la adolescencia:

«Durante la peregrinación jubilar, en la Capilla de las Apariciones, todo lo vivido volvió de golpe. Dios me mostró su amor incondicional. Sí, el Señor me había amado a pesar de todo. Nunca perdí mi dignidad ante Él. Al contrario, Él sufrió conmigo y sigue sufriendo conmigo por lo que viví. Comprendí que su Corazón estaba traspasado por mi grito, ese grito que yo no lograba dejar salir».

«Si crees, verás la fuerza de mi Corazón.» En Paray asistimos al cumplimiento de esta promesa hecha por Jesús a la Visitandina. El Corazón de Jesús permanece hoy más abierto que nunca para que todos puedan venir y beber con alegría de las fuentes vivas de la Salvación.

P. Étienne Kern
Rector



FRANCIA: SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DE PONTMAIN



La Madre de la Esperanza

A la sombra de los muros que separan a los pueblos y de la violencia de los poderosos de este mundo, el Príncipe de la Paz llega como una luz frágil. Y, sin

embargo, ningún ser humano, ninguna barrera puede detenerlo. Ha venido en nuestra carne para derribar los muros del odio y del miedo, a fin de que, bajo nuestros pies, la tierra santa de la fraternidad pueda quedar iluminada.

El Niño que celebramos comenzó su vida y la concluyó en la persecución. Y, no obstante, nos ha dejado la alegría de la esperanza. Si tantas naciones están agitadas, si tantos ciudadanos atraviesan dificultades sociales o están marcados por la edad y la enfermedad, si tantos ámbitos de la creación sufren, no nos rendiremos ni dejaremos de levantar la mirada. Gestos tiernos de bondad, gestos audaces y palabras poderosas manifiestan amor y verdad, paz y justicia.

Mientras que la esperanza humana suele estar sembrada de ilusiones, la esperanza cristiana nos es dada en las promesas de

Dios. Nuestra misión es saber reconocer sus signos. «La esperanza ve lo que aún no es y lo que será», escribió Charles Péguy. Como nos recuerda Hebreos 6, 19: «Esta esperanza es como un ancla para el alma, segura y firme». Durante los saludos por el Año Nuevo 2025, el obispo Matthieu Dupont de Laval, en Francia, nos invitó a «arrojar con alegría el ancla de la esperanza hacia el cielo». Convertir nuestra mirada significa contemplar siempre desde lo alto nuestro mundo, nuestra Iglesia. Benedicto XVI, en Spe Salvi, afirmó: «El hecho de que este futuro exista, el Cielo, cambia el presente. El presente es tocado por la realidad futura». Esta es nuestra misión: si nosotros mismos no tenemos esta esperanza, ¿cómo puede esperarse que el mundo viva de ella?

Esta es la historia de la gente sencilla de Pontmain, en el oeste de Francia, que pasó de la desesperación a la esperanza tras la aparición de la Virgen María en la tarde del 17 de enero de 1871. Los meses anteriores habían sido terribles: un verano abrasador sin cosecha ni heno, y un invierno muy riguroso; la guerra franco-prusiana que hacía estragos a las puertas de la región, y que había movilizó a 38 jóvenes soldados del pueblo, de los que no se tenían noticias; un terremoto y auroras amenazadoras; y, sobre todo, una profunda desesperación espiritual. En la misa del domingo anterior, nadie se unió al padre Michel





Guérin, el párroco, en el canto del himno «Madre de la Esperanza». En las Vísperas, mientras se encendían las cuatro velas sobre el altar de la Virgen, un hombre desde el fondo de la iglesia gritó: «¡No las encienda, padre! ¡Es inútil! ¿Para qué rezar? Dios no nos escucha...». ¿Quién podría devolver la esperanza a toda aquella gente desesperada?

El 17 de enero, hacia las 17:30, comenzó el encuentro con la Bella Señora, vista únicamente por los niños. A medida que avanzaba la aparición, la esperanza crecía. En el centro de este encuentro silencioso, que duró tres horas, la Virgen de Pontmain dejó un mensaje escrito:

«Pero rezad, hijos míos, Dios os responderá en poco tiempo.

Mi Hijo permite que su corazón se deje tocar».

La mañana del 18 de enero seguía siendo fría. El día parecía igual a los demás. El padre Guérin preguntó a los dos jóvenes videntes que habían acudido a servir la misa: «¿Habéis dormido bien?». Respondieron: «Sí, padre». En efecto, todo el pueblo estaba en paz, y los testigos atestiguaron: «¿Sabéis cuál fue el clamor unánime aquella mañana en Pontmain? "¿Se ha

dormido bien?"». La angustia de los días anteriores había desaparecido.

Y, sin embargo, aparentemente nada había cambiado. Los prusianos seguían cerca. Aún no había noticias de los 38 jóvenes soldados. El frío seguía siendo intenso, pero ya no había miedo. Observando esto, el obispo Wicart de Laval escribiría algunas semanas después: «Una gracia, fecunda en bendiciones, lo impregnaba todo, emanando de los corazones».

También hoy los peregrinos acuden a rezar a la Virgen de Pontmain. Como esta madre que perdió a su única hija a causa del cáncer la noche de Pascua de hace dos años. Había rezado por su curación a los pies de la estatua de la Virgen María. Estaba devastada y desconcertada. Pero, poco a poco, descubrió un profundo vínculo con la Madre de Dios, que también había perdido a su único Hijo. Experimentó que Dios no responde en primer lugar a nuestras expectativas, sino que responde siempre a nuestras necesidades. Desde entonces, dirige las celebraciones dominicales en el santuario. El Señor la ha colmado de signos de comunión y de gracias para seguir siendo un testimonio lleno de esperanza a pesar de su sufrimiento.

La esperanza que habita en nosotros es más fuerte que la desesperación que parece dominarnos. «Nuestra única obligación humana es abrir amplios claros de paz dentro de nosotros y extenderlos poco a poco hasta que esta paz se irradie hacia los demás. Y cuantos más seres haya en paz, más paz habrá también en este mundo en ebullición», escribía Etty Hillesum.

Bajo la mirada de Nuestra Señora de Pontmain, Madre de la Esperanza, compartimos con vosotros la Alegría traída por el Niño Jesús: rezar en una Iglesia fraterna, acoger la Buena Noticia, contemplar los signos del Espíritu Santo.

¡Feliz Navidad! ¡Feliz y Santo Año Nuevo 2026!

Padre Vincent Gruber, OMI

Rector



ALEMANIA: SANTUARIO CONSOLADORA DE LOS AFLIGIDOS, KEVELAER

Navidad de esperanza en tiempos inciertos

«Las cosas más grandes», dijo en una ocasión Albert Schweitzer, «no nacen cuando todo es seguro, sino cuando alguien se atreve a esperar a pesar de todo».

Quizá esta afirmación exprese con exactitud el sentimiento y la experiencia de muchos de los protagonistas que nos presenta el Evangelio de la Navidad.

Todo parece coincidir: ni la situación, ni las circunstancias, ni el entorno del nacimiento de Jesús transmiten la más mínima sensación de seguridad. Todo comienza bajo el signo de la incertidumbre.

Dios se fía de María. Una mujer sencilla, joven, inexperta. Su situación familiar junto a José: incierta. Y, sin embargo, ella pronuncia primero un gran sí.

Nadie había oído hablar de ese lugar, y nadie lo habría elegido. Pero precisamente allí se despliega uno de los grandes relatos de nuestra historia: Dios se hace hombre. Y todo fue posible porque aquellos hombres y mujeres permanecieron abiertos al principio de la esperanza dentro de su realidad concreta, en los meandros y sobresaltos, en las preguntas y las búsquedas, en el exilio y en la desposesión.

En estas semanas concluye el Año Santo 2025. Lo que el Papa Francisco inauguró, el Papa León lo lleva ahora a su término. Entre ambos momentos, incontables historias de peregrinaciones de es-



Luego, cuando el designio divino se esclarece para él en sueños, también José consiente. El Niño nace durante un viaje. No hay lugar en la posada. Encuentran el único cobijo en un establo. Nada de seguridad, ninguna certeza.

Los pastores, en los campos cercanos a Belén, viven igualmente en la intemperie. Los Magos, hombres sabios y estudiosos, tampoco están exentos de peligro: lo comprenden, al menos, cuando descubren la astucia de Herodes. Incluso en misión sagrada, no siempre estamos a salvo.

El romanticismo que imaginamos en torno al buey y al asno se desvanece cuando la joven familia se ve obligada a huir a Egipto ante Herodes, convertido ya en asesino de niños y de futuro.

No había seguridad. Y, sin embargo, en medio de esa fragilidad, Dios escribe su historia dentro de la historia de la humanidad. Personas sencillas, circunstancias humildes, la provincia de Belén.

peranza. Personas que se han puesto en camino. Que han salido de sus preocupaciones y su rutina, del cansancio, del temor y de la ansiedad.

Personas que han peregrinado a lugares santos en un mundo desgarrado por temores y tensiones. La guerra sigue devastando regiones y pueblos. En muchos rincones se perciben el odio y la radicalización. Nos inquieta el destino de la creación y la responsabilidad de custodiarla. Y los efectos del cambio climático se hacen sentir en todas partes. En medio de esta gran incertidumbre, la cristiandad ha proclamado un Año Santo. El lema no podría haber sido más acertado: necesitamos disponernos a ser peregrinos. Si el Evangelio nos conmueve, hemos de convertirnos en hombres y mujeres movidos por él, peregrinos en camino. Hemos de querer transformar algo: primero en nosotros mismos, luego en el mundo. Y para ello, también necesitamos nuestro propio



impulso interior. Aun con la promesa cierta de que Dios jamás nos abandona, necesitamos motores de esperanza. Precisamente cuando menos certeza tenemos. Eso exige valentía. Porque también hoy experimentamos inseguridad, como los personajes del Evangelio de Navidad. Las preguntas siguen siendo parecidas. Con María nos interrogamos: «¿Soy yo la persona adecuada? ¿No soy quizá demasiado pequeña e insignificante?».

Con José dudamos: «¿No sería mejor retirarnos? ¿Buscar lo seguro?».

Como los pastores, a veces no podemos creer lo que ven nuestros ojos y oyen nuestros oídos: «¿De verdad coros celestiales y ángeles atraviesan los campos de nuestra cotidianidad?».

Como los Magos, nos sentimos impulsados e inquietos: buscamos, interrogamos, investigamos sin descanso, hasta que la estrella surge en la noche más oscura y señala el camino. Esto nos sobrepasa y nos asusta con frecuencia. Los tiempos no son seguros. Ni en el mundo, ni a menudo dentro de nosotros. Y, sin embargo, Dios quiere y puede seguir escribiendo una gran historia en nuestra vida, si nos decidimos a ponernos en camino.

En Kvelaer —lugar de peregrinación en la Baja Renania, en Alemania—, donde tenemos la gracia de servir, llegan cada año unos 800.000 peregrinos.

De mayo a septiembre acuden atraídos por una pequeña imagen del tamaño de una postal, que representa a la Madre de Dios como Consolatrix afflictorum, consuelo de los afligidos.

Ante esa humilde imagen, en el corazón de la plaza, las personas depositan sus preocupaciones y sus miedos, sus deseos y sus súplicas.

Encienden velas y oponen la pequeña y frágil luz a la gran oscuridad. Piden consuelo. El consuelo no es una cura definitiva. Quien regresa del santuario vuelve a la misma vida cotidiana, a los mismos desafíos que dejó al partir. Pero el consuelo es el primer respiro en la crisis, el espacio donde la esperanza vuelve a abrirse paso. Porque en la fe y en la peregrinación descubrimos que Dios continúa obrando maravillas, y necesita todavía de nosotros.

En último término, esto exige disponibilidad y flexibilidad. La esperanza requiere apertura, capacidad de responder al momento presente. Por eso María y José tuvieron la fuerza de huir y proteger la vida del Niño. Y por eso los Magos siguieron la voz interior que les impidió regresar a Herodes. Quien recorre los caminos de la esperanza, a menudo regresa por una senda distinta. Su tierra no se vuelve más fácil ni más segura.

Pero la esperanza le transforma, y le robustece.

Recemos esta Navidad para que se abra en nosotros el camino de la esperanza.

Para muchos será una fiesta en tiempos inciertos.

Pero la estrella no se equivocó cuando se detuvo sobre aquel estable pobre y precario.

Como decía el difunto obispo de Aquisgrán, Klaus Hemmerle: allí nace para nosotros el gran futuro.

Cristo, el Salvador, está aquí.

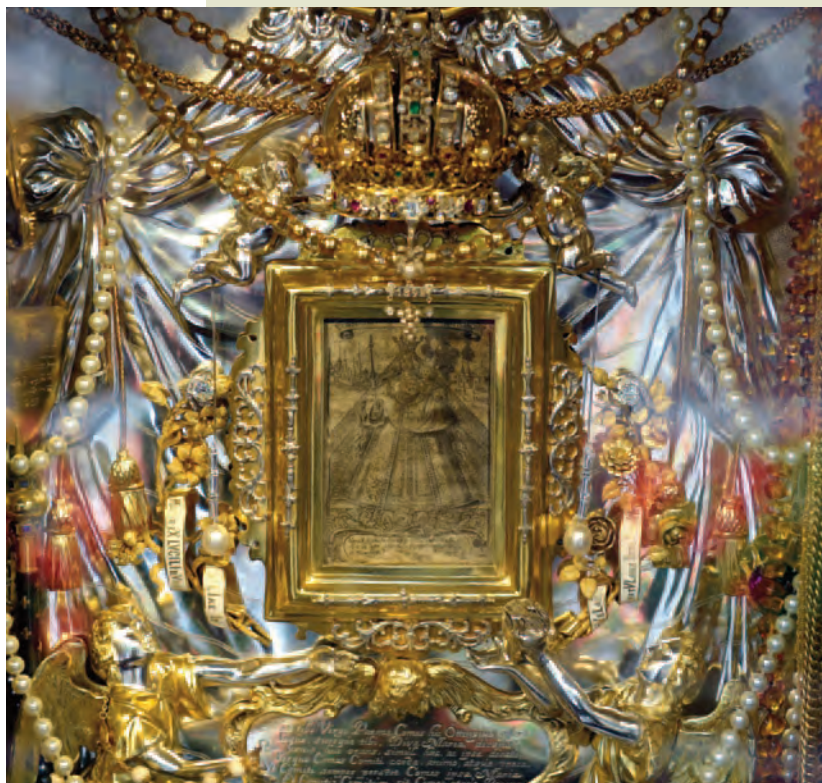
Y eso es —verdaderamente— divino.

Canónigo de la Catedral Stefan Dördelmann,

Rector del Santuario

Dr. Bastian Rütten,

Consejero pastoral para la organización de peregrinaciones



IRLANDA: SANTUARIO EUCARÍSTICO Y MARIANO INTERNACIONAL DE KNOCK



Con Dios todo irá bien

Hace poco leí un artículo en un periódico sobre la situación actual del mundo. Tomé nota de su contenido, porque reflejaba lo que todos nosotros podemos sentir de vez en cuando. El autor comentaba una conversación que había mantenido con un amigo suyo:

«Él, como todos nosotros, no acaba de comprenderlo mejor, pero siente que este mundo puesto del revés, habiendo perdido su orientación, se precipita hacia algo que quizá no sea capaz de detener».

Otra persona me decía recientemente:

«¡Ojalá pudiera esconderme bajo las mantas, entrar en hibernación y despertar cuando hubiera personas sensatas guiando el mundo!».

Abundan las razones para desesperar de la humanidad: guerras y amenazas de guerra, hambre y miseria provocadas por el ser humano que seguimos infligiéndonos unos a otros en tantas partes del mundo, junto con la violencia que ejercemos sobre

este pobre planeta. Cuesta no adoptar una mirada apocalíptica y no desear refugiarse bajo el edredón. El letargo podría prolongarse mucho tiempo.

El sufrimiento sigue su curso en medio de lo cotidiano; se manifiesta en el centro mismo de la vida diaria y, sin embargo, la vida continúa. Reflexionando sobre cómo la aflicción se despliega —tanto a escala global como personal— mientras lo ordinario sigue su ritmo, el poeta W. H. Auden escribió sobre la manera en que los Antiguos Maestros la representaban en sus pinturas: «Respecto al sufrimiento, los Antiguos Maestros nunca se equivocaban: cuán bien comprendían la condición humana; cómo se manifiesta mientras alguien, en otra parte, come, abre una ventana o camina tranquilamente... nunca olvidaron que incluso el martirio más terrible sigue su curso» (Musée des Beaux Arts). Y, sin embargo —¡y sin embargo!—, a pesar de todo lo que sucede y nos invita a desesperar del mundo, existe esperanza y posibilidad de bien. De nuestra celebración del nacimiento del Niño Jesús en Navidad brota la esperanza. ¿Por qué? Porque Dios jamás nos abandona a la desesperación si creemos en Él.

Se hizo una de sus criaturas, uno de nosotros, para mostrarnos nuestro verdadero destino, el camino que conduce hacia Él. No estamos solos, ni abandonados, ni somos indiferentes a sus ojos. Somos amados, incluso cuando perdemos el rumbo y provocamos horrores como la guerra, la violencia y la destrucción mutua.

Dios se hizo uno de nosotros en la persona de Jesús de Nazaret hace más de dos mil años. Al hacerlo, Dios, por medio de su Hijo, transformó el mundo para siempre; revolucionó nuestros corazones, nuestras mentes y nuestras almas para que llegáramos a ser personas mejores: más caritativas, más comprensivas, más generosas y más amorosas con quienes nos rodean y con el mundo entero. Para decirlo con san Atanasio: «Se hizo lo que somos para que nosotros llegáramos a ser lo que Él es». La Navidad nos ofrece, así, la esperanza de un futuro mejor; la posibilidad de ser las personas que Dios desea que seamos y, en ello, la confianza de que las cosas pueden mejorar, pueden cambiar, y de que nosotros podemos ser agentes de ese cambio para el bien común.

La esperanza cristiana no consiste únicamente en el optimismo o en ver el lado luminoso; se funda en la realidad del aquí y ahora, con la mirada fija en la eternidad. La esperanza, en este sentido, es un acto de fe y de confianza en un Dios amante, que nos ayuda a reflejar su amor y su cuidado sobre un mundo herido. De manera concreta, nuestra esperanza reside en nuestra capacidad para preocuparnos por mejorar las cosas, arremangarnos y seguir adelante con la convicción de que Jesús, nacido para nosotros, el Príncipe de la Paz, está en el centro de todo cuanto hacemos.



Aunque estos últimos años han puesto a prueba nuestra fe en la humanidad —años de turbulencias, dolor, guerra y desencanto— afrontamos estos desafíos como cristianos, no escondiéndonos bajo un edredón y esperando lo mejor, sino, en virtud

de nuestro bautismo, comprometiéndonos en la vida de la Iglesia y, a través de ella, en la vida del mundo. En un mundo atrapado en el pecado y la desesperanza, el nacimiento del Niño Jesús es una protesta contra la visión desencantada de que nada cambiará ni mejorará: es la protesta de Dios ante la resignación, mostrándonos, mediante la fe, que todo irá bien.

Padre Richard Gibbons
Rector



ITALIA: SANTUARIO DE SANTA MARÍA DEL FONTE, CARAVAGGIO

Un signo de la cercanía del Señor

Los Evangelios de la infancia del Señor Jesús están poblados de personajes que se ponen en camino y que, en cierto modo, pueden definirse como auténticos “Peregrinos de la esperanza”.

María emprende viaje tras el anuncio del ángel para visitar a su prima Isabel: confía en poder ayudar a la anciana pariente y en hallar confirmación de las palabras recibidas. Cuando llega, lleva consigo la alegría del encuentro con su Hijo Jesús. José y María también se ponen en camino hacia Belén para obedecer al censo romano. Allí, en un alojamiento pobre y precario, María da a luz a Aquel que es fundamento de toda esperanza. Los pastores, movidos por el anuncio angélico, acuden a ver al Niño envuelto en pañales y recostado en un pesebre, desde donde ofrece paz y esperanza a los hombres de todos los tiempos. Y partirán igualmente los santos Magos, guiados por el deseo de adorar al Rey recién nacido y de ofrecerle los dones proféticos que han traído consigo. El camino de cada uno de ellos refleja el itinerario de la vida, abierto a la revelación del misterio de Dios.

Desde hace poco más de un mes ejerzo como rector del Santuario Regional de Santa María del Fonte, en Caravaggio, situado en la provincia de Bérgamo pero perteneciente a la diócesis de Cremona. En esta breve etapa he encontrado ya

a muchas personas que han llegado al Santuario como peregrinos de esperanza. Cada una trae consigo su propia historia, hecha de gozos o sufrimientos, y acude a los pies de la Virgen María para confiarle una oración de agradecimiento o una súplica de auxilio.

El Santuario es un pequeño fragmento singular del mundo. Hay quienes vienen con frecuencia porque aquí han encontrado un hogar acogedor; quienes acuden en busca de un signo de la Providencia en un momento arduo de su vida; quienes se convierten en intercesores por un familiar en grave dificultad; quienes depositan en María las alegrías y las fatigas de la vida matrimonial y familiar; quienes, en un instante de profunda oscuridad, buscan un destello de luz en la fe; quienes imploran la gracia de la conversión para sí mismos o para un hijo o un nieto que ha perdido el sentido de la vida cristiana; quienes se acercan al sacramento de la Reconciliación; o quienes desean un espacio de silencio, oración y paz para desconectar de una rutina en la que a menudo se vuelve un lujo encontrar tiempo para uno mismo y para el Señor.



Ayer, leyendo las oraciones dejadas por los peregrinos ante la imagen de la Virgen, me encontré con una que me conmovió profundamente. Una madre que ha perdido recientemente a su hijo pequeño escribe: “Salúdame mucho a mi niño y dale un beso de mi parte”. La petición encierra un dolor inmenso, pero evoca también una esperanza mayor: la de la vida eterna en el misterio del amor de Dios.

Quien sirve en el Santuario —sea laico o sacerdote— desearía poder ser para cada peregrino un signo de la cercanía del Señor, pronunciar palabras de esperanza y transparentar la maternidad de la Iglesia.

En este sentido, hoy los santuarios tienen una misión particularmente significativa como lugares y herramientas de evangelización, incluso allí donde la experiencia de fe parece debilitarse o el vínculo con la Iglesia se vuelve más frágil.

Ciertamente, un santuario mariano como el de Caravaggio no es ajeno a las mismas dificultades y contradicciones que atraviesan nuestras comunidades cristianas —parroquias, asociaciones, itinerarios o movimientos—. Sin embargo, aquí llegan personas que quizá ya no encontramos en otros contextos. Hermanos y hermanas ante los cuales la Iglesia no solo debe mantener la puerta abierta, sino, sobre todo, salir a su encuentro, dispuesta a escuchar, compartir y proponer el Evangelio como fuente de vida y luz de esperanza. El ejemplo de María es elocuente: fue ella quien advirtió primero la necesidad de los jóvenes esposos de Caná, que se habían

quedado sin vino. Fue ella quien dio el primer paso hacia Jesús y hacia los sirvientes de la fiesta, diciendo: “Haced lo que Él os diga”. Desde este lugar bendecido por la benevolencia del Señor, María, con corazón de Madre, susurra a cada uno de nosotros la misma invitación: confiad en mi Hijo, haced lo que Él os diga.

Don Massimo Calvi
Rector



ITALIA: SANTUARIO DE LA VIRGEN DE LOS DOLORES, CASTELPETROSO



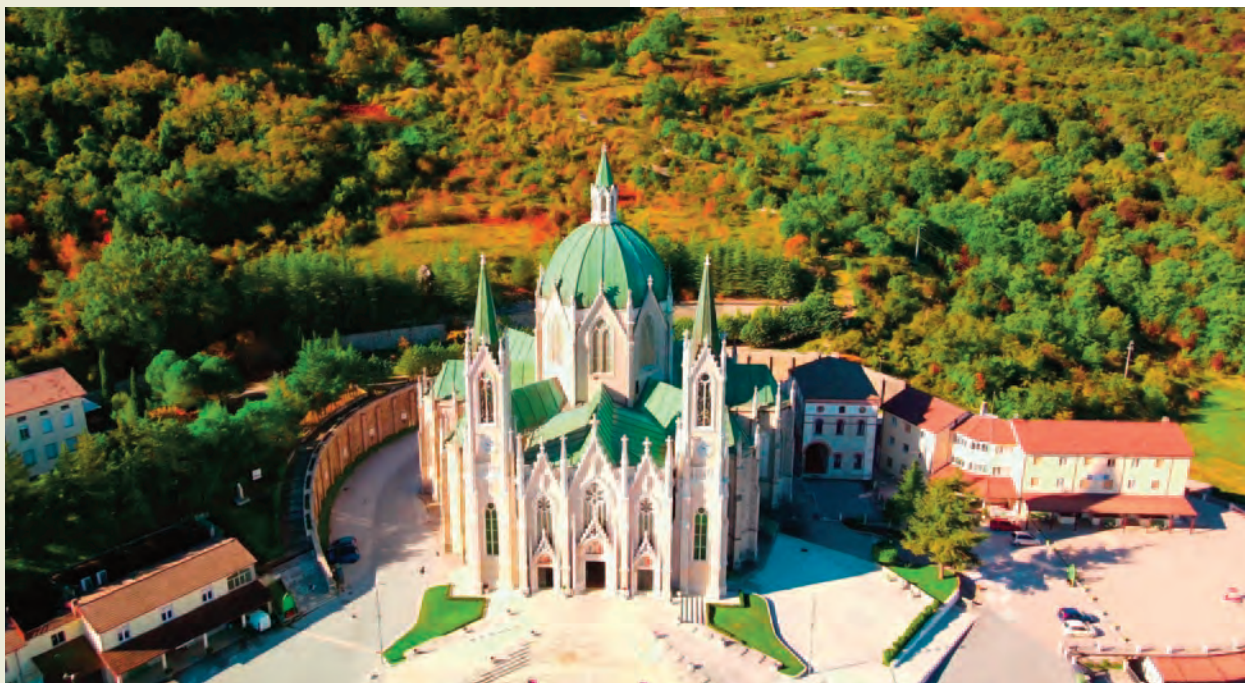
Navidad: la esperanza que nace en el silencio

Vivimos un tiempo atravesado por inquietudes profundas. Cada día, las noticias hablan de guerras, de familias divididas, de jóvenes desorientados, de una pobreza creciente. La palabra «paz» parece gastada, casi un eco lejano de algo que ya no pertenece a nuestro tiempo. Y, sin embargo, precisamente cuando la noche se vuelve más oscura, la Navidad vuelve a hacer brillar una luz que ninguna tiniebla puede sofocar.

La Navidad es la respuesta silenciosa de Dios al clamor del ser

dolor, pero lo transforma en promesa. Toda noche, incluso la más oscura, puede convertirse en la aurora de un día nuevo. Esta es la fuente de la esperanza cristiana: la certeza de que nada está perdido, de que la historia sigue habitada por Dios.

Este mensaje encuentra una profunda resonancia en el Santuario-Basílica de la Virgen de los Dolores de Castelpetroso, en el corazón del Molise, donde María se aparece a las campesinas Serafina y Bibiana mostrando al Hijo muerto entre sus brazos. Es la imagen más hondamente humana y, a la vez, más divina, del amor que sufre y redime. María, que en Belén dio al mundo la Vida, en Castelpetroso ofrece al mundo la Esperanza que nace del dolor. Las dos grutas —la de Belén y la que se abre entre los montes molisanos— narran una única historia: Dios entra en la carne herida del ser humano para devolverle dignidad y futuro.



humano. Es el amor que se hace pequeño, la Palabra que se hace carne, la ternura que adquiere un rostro. En un mundo que corre, Dios elige detenerse en un pesebre. En un tiempo que exalta la fuerza, Él se presenta como un Niño inerte. Y en esa fragilidad se revela su omnipotencia: la fuerza del amor que salva. «La luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron» (Jn 1,5).

El misterio de la Navidad no es un cuento que recordar, sino una Presencia que acoger. Dios no está lejos del sufrimiento humano; entra en su drama para redimirlo desde dentro. No elimina el

Todo peregrino que asciende a Castelpetroso lleva consigo una pregunta, un peso, una herida. Pero a los pies de la Virgen de los Dolores descubre que no está solo: el dolor compartido se convierte en oración, y la fe se hace consuelo. En aquel lugar sagrado, el silencio habla, la belleza acompaña, la esperanza renace. Quien acude allí suele volver transformado, con una mirada más benigna sobre la vida. Como en Belén, también allí la gracia se revela en la sencillez: en la fe del pueblo, en los pasos lentos de los peregrinos, en la luz que envuelve la Basílica cuando la noche desciende sobre los montes.



La Navidad nos pide acoger esta lógica de Dios: la lógica de la humildad, del servicio, de la paz que brota del corazón. No una paz impuesta, sino una paz construida día tras día por quienes escuchan, perdonan y se entregan. Es la paz que nace de una caricia, de una sonrisa, de una palabra de reconciliación. Es la paz que comienza en las familias, en los lugares de trabajo, en las instituciones donde el servicio se hace testimonio. También la Gobernación, en su misión de custodiar la belleza y el orden, realiza una obra de paz silenciosa pero concreta: hacer armónico cuanto rodea la vida de fe significa contribuir a la esperanza del mundo.

La Navidad no es solo un recuerdo, sino una invitación a dejarnos encontrar por Dios, que continúa viniendo. Él no se cansa de buscar al ser humano, de acercarse a sus heridas, de suscitar en los corazones un deseo de bien. Es la voz que susurra: «No temas, yo estoy contigo». Por eso la Navidad sigue siendo, ayer como hoy, la fiesta de la esperanza. Incluso cuando todo parece perdido, incluso cuando la paz parece lejana, una luz continúa brillando. Es la luz de Belén, que ilumina todo corazón dispuesto a acoger. Es la misma luz que resplandece en Castelpetroso, donde María, la Virgen de los Dolores, nos invita a mirar más allá de las lágrimas y a creer de nuevo en el amor.

En un mundo que conoce la fatiga de construir la paz, la Navidad nos recuerda que la esperanza no es un sentimiento pasajero, sino una certeza que nace de la fe. Dios viene aún, cada

día, para decirnos que no estamos solos. Y, si le acogemos, también nosotros podremos convertirnos, en medio de las tinieblas del tiempo, en pequeñas luces de paz. Porque la esperanza no muere nunca mientras exista un corazón dispuesto a creer que Dios sigue naciendo en el silencio del mundo.

Don Fabio Di Tommaso
Rector y Vicario Episcopal



ITALIA: SANTUARIO DE LA BEATA VIRGEN DEL SANTO ROSARIO, FONTANELLATO

Por las oraciones de María, hoy y siempre Dios prepara “un futuro lleno de esperanza”

Los días de los modestos comienzos (cf. Zac 4,10)

El Santuario de la Beata Virgen del Santo Rosario en Fontanellato (provincia y diócesis de Parma) pertenece al reducido grupo de santuarios nacidos de la pastoral ordinaria y no de una aparición acompañada de milagros. En efecto, en 1512 Verónica de Correggio, condesa de Fontanellato y regente desde hacía un año tras la muerte de su marido, pidió a los frailes dominicos del cercano convento de Zibello que fundaran un convento a unos 300 metros del castillo donde residía, con el fin de atender espiritualmente a la población. Como se lee en los documentos fundacionales, los frailes debían celebrar la santa misa, escuchar confesiones, evangelizar al pueblo y asistir a los enfermos de la zona. Otro hecho inusual es que el Santuario no nació como mariano. La residencia de los frailes se encontraba junto a un oratorio dedicado a san José, que dio nombre al convento. Allí, en 1514 —dos años después de la fundación— vivía el teólogo Isidoro Isolani, quien comenzó precisamente en Fontanellato a escribir la

Summa de donis Sancti Ioseph, uno de los primeros tratados de ampliación envergadura dedicados a san José, que completó el 20 de noviembre de 1521 en Pavia, donde sería publicado.

Estos rasgos originarios apenas se alteraron en la evolución histórica del santuario y siguen configurando hoy su atmósfera espiritual: la primacía de la pastoral ordinaria y la presencia posterior de María, acompañada discretamente por san José, a quien está dedicada la primera capilla lateral.

Un crecimiento entre dificultades, guiado por la ayuda de Dios

El primer oratorio de san José pronto resultó insuficiente y en 1514 se construyó una pequeña iglesia. También esta se quedó corta, por lo que se levantó una nueva iglesia, concluida en 1660 —la actual— y financiada, según reza una inscripción en uno de sus



muros, «Ex eleemosinis et pauperum pietate erga Deiparam», «con las limosnas de los pobres y su piedad hacia la Madre de Dios». Asimismo, se erigió un nuevo convento para los frailes, terminado hacia 1700.

El crecimiento no fue en absoluto sereno. En el siglo XVI, guerras e incursiones de franceses y milaneses dañaron el santuario; en el XVII, un largo conflicto entre Milán y el ducado de Parma ralentizó las obras de la nueva iglesia y el peligro fue tal que la estatua de la Virgen tuvo que ser trasladada a Parma, antes de regresar al santuario en 1637. A ello se sumaron la peste, tristemente célebre por la narrativa manzoniana, y las sucesivas oleadas de supresiones —ilustradas, napoleónicas y del Estado italiano— que expulsaron repetidamente a los frailes del convento y del santuario. Eran verdaderos fulgores de tempestad que parecían anunciar el final definitivo. Sin embargo, la providencia de Dios siempre abrió un nuevo comienzo. Así, la memoria de las gracias recibidas y la permanencia del santuario —pese a tantos hechos que amenazaron con borrarlos— fortalecen la fe en que, por intercesión de María, Dios prepara «un futuro lleno de esperanza» (Jer 29,11).

La presencia de María

El impulso nacido de la victoria de Lepanto (7 de octubre de 1571), que el papa dominico san Pío V atribuyó a la Virgen del Rosario, alentó a los frailes a difundir este método de oración. En 1615 mandaron tallar una imagen de la Virgen del Rosario, que desde entonces dio forma a la identidad del santuario. El rostro no era —ni es— especialmente bello, pero la imagen fue siempre revestida con espléndidos mantos, quizá como

una evocación de la Virgen gloriosa que ofrece a sus hijos la esperanza de compartir un día con ella un futuro eterno y mejor.

El primer milagro documentado de curación ocurrió en 1628. En tiempos más recientes cabe recordar dos hechos destacados: la sanación del niño Andrea Ferrari, que sería arzobispo de Milán y cardenal (1850-

1921), y la curación de la epilepsia del clérigo Guido Maria Conforti, posteriormente obispo de Parma y fundador de los Misioneros Javerianos (1865-1931). En 1650, la estatua de la Virgen fue colocada en un nicho monumental sobre el altar, coronado por la inscripción: «Maria clemens liberando pia largiendo», «María, clemente al liberar y generosa al conceder gracias». El título de “liberadora” es significativo: alude no solo a la liberación de enfermedades y del pecado, sino también del demonio, como muestra un cuadro del siglo XVIII que representa el exorcismo de una mujer poseída, milagro que hoy vuelve a tener resonancia gracias al ministerio de exorcistas dominicos presentes en el santuario.

La Navidad en el Santuario

Cada año, la Navidad se vive aquí con suma sobriedad, marcada por la preparación del Adviento mediante varias catequesis y por la intensificación del sacramento de la Penitencia —difícil de encontrar en otros lugares por la escasez de sacerdotes—. Desde hace unos años, la Eucaristía de medianoche va precedida del Oficio de Lecturas, para edificación de los fieles. Y también desde hace un tiempo, la imagen del Niño Jesús se coloca, bellamente adornada, en la capilla de san José, casi como un recordatorio contemporáneo de aquellos «modestos comienzos» (Zac 4,10), cuando un pequeño oratorio dedicado al patriarca acogió a los primeros frailes en Fontanellato.

Padre Riccardo Barile, OP
Prior y Rector



ITALIA: SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DE FRASSINO, PESCHIERA DEL GARDA



No olvidemos las palabras de María en las bodas de Caná

«Permaneced arraigados y firmes en la fe, y no os dejéis apartar de la esperanza prometida en el Evangelio que habéis escuchado, proclamado a toda criatura bajo el cielo» (Col 1,23).

A la luz de estas palabras surge espontánea, en una sociedad tan probada como la nuestra, la pregunta: ¿qué mensaje de esperanza ofrece hoy la Navidad en un mundo sin paz, en una humanidad que sigue buscando el mejor camino entre la diplomacia internacional y la plegaria?

El Año Santo nos ha brindado una ocasión única para recorrer de nuevo el camino de la salvación que llega hasta nosotros mediante Jesús, recordándonos que solo a través de Él todo nos es posible —pues Él es esa Puerta Santa por la que entran los justos (cf. Sal 117)—. La esperanza es una realidad inscrita en el corazón del hombre y de la mujer de todos los tiempos; ha viajado siempre con nosotros, porque jamás hemos dejado de esperar: en un mundo sin fronteras, en realidades nuevas, en una paz duradera, en relaciones sinceras entre pueblos y culturas, en la libertad religiosa... La esperanza es, en sí misma, el Evangelio de Dios: es Dios quien interroga el corazón de la humanidad para ofrecerle la auténtica alternativa al odio, a la guerra, a la venganza y a la justicia por mano propia. El 28 de diciembre de 2025 concluirá el Año Jubilar en numerosas Iglesias particu-

lares y lo hará definitivamente en Roma el 6 de enero de 2026, con la clausura de las Puertas Santas de las Basílicas y del Cárcere —puerta santa instituida por voluntad del Papa Francisco—. Este Año Santo se cierra en el mismo tiempo litúrgico en que se abrió: el tiempo de Navidad. El tiempo en que el Redentor, nacido de la Virgen María por obra del Espíritu Santo, vino al mundo para redimirlo e iluminarlo con una luz que no conoce ocaso y que aún hoy trata de alumbrar los corazones y las mentes de cuantos buscan sinceramente el bien. Como afirma san Juan en el prólogo de su Evangelio, a quienes lo recibieron les dio poder de llegar a ser hijos de Dios (cf. Jn 1,12).

El Año Santo ha sido, en los Santuarios marianos y en otros lugares de gracia, ocasión verdadera de Esperanza, donde muchos





han buscado tiempo para la reflexión y se han dejado reconciliar, para vivir en plenitud este tiempo de gracia mediante la Eucaristía, acogiendo el don de la Misericordia del Señor. Innumerables fieles han elegido el Santuario antes de partir a

Roma como peregrinos de esperanza. Los Santuarios, dispersos por el mundo, han sido vínculos de comunión con el Obispo de Roma. Aunque el tiempo jubilar concluya, la gracia permanece y se fortalece allí donde ha hecho el bien, ha conmovido los corazones, ha dado acceso al Amor del Padre y ha sabido, como la Virgen María, hacerse prójima en obediencia a Dios, en el pobre, en el último, en quien vive en fragilidad o sufrimiento. No olvidemos sus palabras en Caná: «Haced lo que Él os diga» (cf. Jn 2,1-11).

Hoy debemos engendrar la misma esperanza que Cristo anunció a los pueblos de su tiempo: una esperanza viva, operante. Necesitamos buscarla cada día en la oración y expresarla en la caridad. Él ha puesto su morada entre nosotros y jamás la ha retirado; y en la pobreza del pesebre muestra al hombre de hoy que aquel acontecimiento sigue siendo fuente de novedad. Su Iglesia es ese edificio santo sin puertas, abierto para ofrecer refugio y descanso a todos —tal y como podemos imaginar el espíritu del Año Santo—. Cristo no rehusó a quien le pedía ayuda ni apartó jamás su mirada. También san José, con su humildad y su silencio, se hizo parte esencial del mensaje universal de salvación que contempla la gracia de la Encarnación del Hijo de Dios, de quien fue padre putativo: «No temas acoger a María, tu esposa» (Mt 1,20).

¿Puede la familia de Nazaret ser hoy modelo de vida, estilo de santidad, o simplemente de humanidad? Creo que sí, y lo atestiguan tantos que han retornado a Dios también gracias al Año Santo. Para muchos cristianos, este Jubileo ha sido ocasión de conversión, dejándose atrás cuanto les separaba del Amor de Dios y abriéndose a su bondad infinita. La afluencia a Roma ha suscitado preguntas incluso en los no creyentes.

El Jubileo ha estado marcado por dos grandes devotos de la Virgen María, Madre de la Iglesia y de la Esperanza: el Papa Francisco, que lo inauguró, y el Papa León, que lo ha continuado. Ambos han impulsado a la Iglesia subrayando los valores cristianos y abriendo caminos de esperanza y unidad entre los pueblos y, posteriormente, entre las Iglesias. Que este camino no sea en vano; que esta esperanza siga guiando con atención a una sociedad deseosa de redescubrir los valores cristianos —o al menos de interrogarse sobre ellos—. Todos los Pontífices, como María, han pronunciado su sí al guiar la Iglesia en un mundo en constante cambio. Entre los desafíos actuales sobresale el tecnológico, que pretende sustituir la mente humana con una inteligencia artificial. A los Papas Francisco y León dirigimos nuestro profundo agradecimiento e invitación a perseverar, con la ayuda de la oración de toda la Iglesia, en la propuesta de los valores de la fe

cristiana.

La Navidad ha de recordarnos la sencillez y la austeridad, la esencialidad necesaria para reconocer a Cristo como presente y vivo en el pesebre de nuestra vida y de nuestro corazón. El mensaje navideño ha sido siempre anuncio de gran esperanza para toda la humanidad; no podría ser de otro modo. No apaguemos jamás la esperanza que habita en nosotros; no cedamos al cansancio de las rutinas ni al «siempre se ha hecho así». Actuemos con decisión evangélica, atreviéndonos —con valentía espiritual— allí donde todo parece perdido; porque la vida eterna es nuestra meta, donde encontraremos a Cristo, la verdadera Esperanza. Es preciso edificar para los pequeños y los jóvenes de hoy y de mañana caminos de una Iglesia acogedora e inclusiva. Si pudiéramos ofrecer un regalo al Niño en su Navidad, ¿qué depositaríamos a los pies del pesebre sino una súplica de paz, de auténtica humanidad capaz de iluminar los corazones de todos? Si tuviera que resumirlo todo, diría que en la experiencia de los Santuarios, el Jubileo ha suscitado un renovado deseo de conocer y profundizar en la fe en Cristo Jesús, ayudando a releer la propia existencia a la luz de la gracia ofrecida en este Año Santo. Los numerosos conflictos que afligen el mundo conmueven el camino orante de los fieles, pero no lo detienen, porque la paz no es solo el cese de las armas: es la oportunidad de descubrir la riqueza que brota de la diversidad. No importa la lengua, la religión o la nación; lo que importa es saber que podemos caminar en libertad. Ningún obstáculo debería interponerse en el diálogo entre culturas; el saber está al servicio de un desarrollo mundial equilibrado, orientado a vencer los temores y las inseguridades. Que cesen las armas, sí, pero sobre todo que cese el afán de poder y la ilusión de eternidad terrena.

Los Santuarios Marianos deberán continuar este “Jubileo”, garantizando la oración, la comunión, el encuentro entre creyentes y no creyentes, fomentando un sentido universal del amor que Cristo nos mostró como posible. María, Madre de la Esperanza, ayude a la Iglesia a ser protagonista de esta misión, para que el mundo conozca cada vez más a Cristo.

Fr. Adriano, OFM



ITALIA: SANTUARIO DE LA MADRE DEL BUEN CONSEJO, GENAZZANO



La esperanza en el umbral
del final del Jubileo

Permítaseme ante todo re-
cordar que, en el camino
del cristiano —y por tanto
en el de la Iglesia—, todo
verdadero paso es siempre

un “comienzo”, nunca un “fin”. La vida cristiana es una gracia
que se renueva sin cesar, una bendición que se multiplica, un
avanzar sostenidos, fortalecidos e iluminados por una luz siem-
pre viva y cálida: la Esperanza.

Al hablar del santuario-basilica de la Madre del Buen Consejo,
resulta profundamente justo afirmar que el don de la Esperanza
se identifica con una Persona: Aquella que, en toda su existencia
terrena, fue Sede y Signo de la Esperanza. En María, la esperanza
de ver cumplida la Promesa hecha a los padres se convirtió en
un deseo ardiente y perseverante, tanto que san Agustín pudo
decir que María concibió a Cristo en la fe antes de concebirlo
en la carne.

Esa fe, que mantenía despierto su corazón orante, complació a
la Trinidad hasta elegirla como Madre del Redentor.

Conviene evocar aquí el pasaje del profeta Isaías, donde anuncia
la venida del Mesías —texto que la liturgia del Adviento propone
reiteradamente y que constituye la primera lectura de la Misa en
la fiesta de la Madre del Buen Consejo—:

«Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado... y se llamará
Consejero admirable» (Is 9,5-6).

El nacimiento de un niño es siempre signo y anuncio de espe-
ranza: la vida que brota trae consigo para la familia que acoge
al recién nacido deseos de novedad, de bondad, de belleza; en
una palabra, de esperanza. Ese niño es una bendición.

El mensaje mismo de Isaías invitaba al pueblo elegido a reavivar
la esperanza en el Dios de sus padres, que no los había olvidado,
y a acoger una espera
que culminaría en la li-
beración y la recons-
trucción del Templo de
Jerusalén.

¿Qué anuncio podía
ser más luminoso y
consolador para un
pueblo cautivo en el
exilio? Un anuncio
capaz de hacer rena-
cer la confianza en un
Dios que parecía
haber callado.

Aquel Niño que se nos
da estaba ya presente
en el origen de todo,
como Palabra crea-
dora, y formaba parte



del designio de la Redención, ofreciéndose al Padre para consu-
mar la salvación de la humanidad. Todo ello ilumina la relación
entre el Dios Trinidad y el hombre con una luz de amor que, des-
pués del pecado original, se convierte en luz de esperanza: es-
peranza de renacer como criaturas nuevas en Cristo, por Cristo
y con Cristo.

Ésta es, en definitiva, la esencia misma de la Navidad: el naci-
miento de la Esperanza para la humanidad.

La Santísima Virgen María fue, en todo este designio, la colabo-
radora fiel, la compañera inseparable, la corredentora, porque
más que nadie esperó hasta el final, incluso ante el aparente fra-
caso, en la realización del plan salvífico de Dios.

Quisiera subrayar la actitud de María al pie de la Cruz: Stabat
Mater.

No fue una postura de desesperación, aunque sí de profundo
dolor; fue una presencia erguida, revestida de una dignidad que



sólo puede nacer de la firme esperanza en la fidelidad de Dios a sus promesas.

Hacerse “consejera” del “Consejero admirable” fue, para María, una actitud concreta y constante.

El episodio de las bodas de Caná lo demuestra: Miriam percibe una necesidad apremiante que amenaza con empañar la alegría de los recién casados —la falta de vino—, y su fe se traduce en gesto y palabra: «No tienen vino».

Si no hubiera creído en una posible intervención, no habría acudido a su Hijo, ni habría dicho a los sirvientes: «Haced lo que Él os diga».

Mujer de esperanza, María sabía, creía, confiaba en que el Hijo actuaría en favor de los esposos.

El título de Madre del Buen Consejo encierra la capacidad de elevar la mirada más allá de lo visible, más allá de las fuerzas humanas, y de abandonarse con plena confianza en el Dios providente.

Dar consejo, o hacerse Madre, hermano o hermana del “Consejo de Dios”, es sembrar semillas de esperanza en un mundo donde se cultivan la sospecha, el miedo, la indiferencia y la desconfianza en uno mismo y en los demás.

En nuestro santuario, la suave imagen de María y Jesús, unidos en una intimidad divina y humana, irradia paz y serenidad; nos invita a entrar en su ámbito de ternura, a dejarnos envolver y colmar el corazón, para que toda inquietud se disipe y nazca en nosotros una esperanza nueva: la certeza de que incluso en la dificultad, incluso bajo la cruz, el agua puede convertirse en un vino excelente.

Y así continúa la alegría y la fuerza para subir la Santa Montaña, seguros de alcanzar la meta, que es Cristo.

Y Ella, una vez más, nos repite: «Haced todo lo que Él os diga».

Padre Ludovico María Centra, OSA



ITALIA: SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DE LA GUARDIA, GÉNOVA



No estamos solos ante los grandes y pequeños desafíos de la vida

Me parece que a la virtud de la Esperanza pueden

asociarse tres palabras: futuro, bien y fiabilidad.

Futuro: la esperanza nos habla de una espera de algo que ha de venir. Es una mirada dirigida hacia adelante. Nadie espera lo que ya ha sucedido, porque lo pasado, precisamente por ser pasado, ya pertenece al recuerdo.

Bien: la esperanza está vinculada al deseo de que se realice algo bueno y positivo. Todos, de una forma u otra, buscamos la felicidad, y hallarla es una aspiración natural. Comprendemos que desear el mal para alguien significa dar espacio a lo peor de nosotros mismos y renunciar a construir una fraternidad universal. La misma conciencia común lo afirma: «El mal no se desea a nadie».

Fiabilidad: para no convertirse en ilusión, la esperanza necesita certezas. En el lenguaje común, suele asociarse a la posible realización de algo, aunque se trata tan solo de suposiciones, porque ignoramos lo que nos deparará el mañana. En cambio, la Esperanza cristiana «no engaña ni defrauda, porque se funda en la certeza de que nada ni nadie podrá jamás separarnos del amor divino» (Spes non confundit, 3). Existen muchas «esperanzas», pero solo en Dios hallamos una esperanza segura y verdadera, porque sus promesas se han cumplido. Cada época tiene sus expectativas, pero para nosotros, los cristianos, existe una esperanza que supera el tiempo y la historia: esa esperanza es una Persona y tiene un nombre: Jesucristo.

Con la celebración de la Navidad «descubrimos» que Dios cumple lo que promete. No se limitó a anunciar: las profecías del Antiguo Testamento se cumplieron con el nacimiento de Jesús. La fiesta de la Natividad es, por excelencia, la fiesta de las promesas realizadas.

Leemos en el Evangelio de Mateo (1, 22-24):

«Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que el Señor había dicho por medio del profeta: He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y le pondrán por nombre Emmanuel, que significa Dios-con-nosotros».

Este es el gran mensaje de Esperanza de la Navidad: no solo que Dios existe, sino que se interesa por nosotros; no solo que ha venido a la Tierra, sino que nos auxilia. El ser humano no está abandonado a sí mismo, no está condenado a avanzar a tientas en la oscuridad del mundo. La Navidad nos revela una luz que ilumina el camino de nuestra vida. En el viaje de nuestra existencia humana, «Jesucristo es la Luz por antonomasia, el sol que se alza sobre todas las tinieblas de la historia» (Benedicto XVI, Spe salvi, 49). No estamos solos ante los pequeños y grandes desafíos de la vida, porque el Señor es el Emmanuel, el Dios-con-nosotros.

Este mensaje resuena con particular intensidad en nuestro San-

tuario dedicado a María, Reina de la Guardia. En efecto, ¿quién podría ser para nosotros estrella de esperanza más que María —ella que, con su “sí”, abrió a Dios la puerta de nuestro mundo; la que se convirtió en Arca viva de la Alianza, en quien Dios se hizo carne, se hizo uno de nosotros, acampó entre nosotros (cf. Jn 1,14)?» (Spe salvi, 49).

El Santuario de Nuestra Señora de la Guardia (Ceranese-Génova), situado en la cima del monte Figogna (unos 800 metros de altura), es el lugar donde, el 29 de agosto de 1490, la Virgen María pidió a un humilde campesino, Benedicto Pareto, construir una capilla en su honor, para que las personas pudieran acudir allí a orar. Es una petición profundamente significativa, porque gracias a la oración también nosotros podemos pronunciar nuestro “sí” al Señor y acogerle en nuestro corazón y en nuestra vida. En este Santuario, en la nave derecha, destaca de manera especial el llamado «Altar de la Vida», así nombrado porque en su frontal está esculpido el nacimiento de Jesús. La escena del belén celebra el don de la venida del Señor, que ofrece una nueva perspectiva a la existencia de cada uno de nosotros. Con el tiempo, este altar se ha convertido en el lugar donde tantos abuelos y padres confían la vida de sus hijos a la Virgen María y dejan como signo de acción de gracias el lazo de nacimiento. Es asimismo el altar donde muchas personas acuden a orar para pedir el don de un hijo. A su lado se encuentra el retrato de Santa Gianna Beretta Molla, quien en 1962 ofreció libremente su vida para que naciera su cuarta hija. Su presencia allí es especial-





mente significativa, pues en distintas ocasiones acudió a orar a María, Reina de la Guardia.

Durante el tiempo de Navidad puede visitarse una exposición permanente de más de doscientos belenes procedentes de muchas partes del mundo, y se organiza un concurso titulado «Mi belén». El objetivo no es solo mantener viva una tradición importante, sino, sobre todo, recordar el sentido eminentemente religioso de la Navidad. Dios viene en medio de nosotros porque nunca ha dejado de confiar en nosotros. Podemos esperar un mundo sin guerras, sin divisiones, sin violencia, si el Señor es el centro de nuestras decisiones y de nuestra vida. El profeta Isaías (9, 5-6) anunció que un niño nos ha nacido y que «su nombre será: Admirable Consejero, Dios Fuerte, Padre por siempre, Príncipe de la Paz». ¿Por qué seguimos empeñándonos en confiar únicamente en nuestras propias fuerzas?

Padre Andrea Robotti
Rector



ITALIA: SANTUARIO DEL MILAGRO EUCARÍSTICO, LANCIANO



Por una comunión que genere vida

Con la Navidad concluimos el Año Jubilar dedicado a la esperanza, un tema querido por el Papa Francisco para un

tiempo que necesita de modo particular esta virtud. En la carta de convocatoria del Jubileo, él escribía que la esperanza se fundamenta en la fe y se alimenta con la caridad. La fe me lleva a creer en la fuerza fecunda, creativa y misericordiosa de Dios, a confiar en Él y a entregarme a Él. La caridad-amor nutre la esperanza mediante opciones concretas y cotidianas que exhalan perfume evangélico. Péguy escribe que la esperanza es la menor de las tres virtudes teologales, pero capaz de arrastrar a las otras

mente que este es su santísimo Cuerpo y su Sangre viva y verdadera. Y de este modo está siempre el Señor presente con sus fieles, como Él mismo dice: “He aquí que yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo”» (Admonición I). El Milagro Eucarístico de Lanciano —el más antiguo entre los milagros eucarísticos— es un signo de Dios destinado a disipar la duda de fe de un sacerdote anónimo del siglo VIII acerca de la presencia real de Jesús en la Eucaristía: la Hostia se transforma en carne y el vino en sangre. Permanece como testimonio para la fe de tantos cristianos que, con gran devoción, pasan por este lugar para reforzar la confianza en la presencia providente de Dios en sus vidas y en la historia universal. Es un signo «afectivo», que habla al corazón de los numerosos peregrinos que llegan desde todas partes.

Los análisis científicos han comprobado que se trata de carne y

sangre humanas, del mismo grupo sanguíneo. La carne es una parte del corazón, concretamente del ventrículo izquierdo; la sangre pertenece al grupo AB. Son detalles que ayudan a profundizar en el significado de la presencia real de Dios entre nosotros y alimentan nuestra esperanza, fundada en Él. En la carta encíclica *Dilexit nos* sobre el Corazón de Jesús, el Papa Francisco nos recuerda cómo el corazón puede considerarse el núcleo del ser humano, su centro más íntimo y verdadero, elemento unificador de la per-



dos, de las cuales va siempre tomada de la mano. En definitiva, esperar —desde la perspectiva cristiana— no es un sentimiento volátil, sino un caminar en la vida acompañados por la presencia amorosa, fiel y viva de Dios. Es la certeza de contar con Dios-Amor a mi lado, siempre y en todo momento. Una certeza que me renueva y me anima a vivir conforme al Evangelio. La fe abre los ojos para captar esta presencia y para testimoniar el Amor recibido y entregado. La Navidad es celebración de esperanza porque es memorial del amor de Dios que se hace carne, presencia tangible entre nosotros, para siempre y en todas partes, hasta el fin del mundo. San Francisco amaba de manera especial la Navidad, y la encarnación del Verbo era para él inseparable de la celebración eucarística: «Al ver el pan y el vino con los ojos del cuerpo, debemos ver (con los ojos del espíritu) y creer firme-

mente que este es su santísimo Cuerpo y su Sangre viva y verdadera. En el n. 26 se cita al cardenal san John H. Newman, cuyo lema era *Cor ad cor loquitur*. Para él, el lugar del encuentro más profundo con uno mismo y con el Señor no es la lectura ni la reflexión, sino el diálogo orante, de corazón a corazón, con Cristo vivo y presente, especialmente en la Eucaristía. El Papa afirma que tomarse en serio el corazón tiene consecuencias sociales: «Solo partiendo del corazón nuestras comunidades lograrán unir las diversas inteligencias y voluntades y pacificarlas, para que el Espíritu nos conduzca como red de hermanos; porque también la pacificación es tarea del corazón. El Corazón de Cristo es éxtasis, salida, don, encuentro. En Él nos hacemos capaces de relacionarnos de modo sano y feliz y de construir en este mundo el Reino de amor y de justicia» (n. 28). ¿Por qué el fragmento de carne de Lanciano corres-



ponde al ventrículo izquierdo? Creo que porque su función es recibir la sangre purificada por los pulmones y bombearla hacia todos los órganos para nutrirlos y darles vida. ¿No es acaso lo que Dios realiza continuamente y con generosidad por nosotros, miembros de su Cuerpo, y por la humanidad entera mediante su amor y su gracia? ¿Y no estamos llamados los cristianos a la alegría y a la responsabilidad de ser sus anunciadores y testigos, para que el mundo tenga la plenitud de vida que Dios desea otorgar? La sangre pertenece al grupo AB. Tal vez hubiéramos esperado que fuera cero negativo, es decir, donante universal. Sin embargo, es receptor universal. Y me parece que este hecho puede ser una indicación sugerente para nuestra vida y misión cristianas. Nos recuerda el deber de la acogida universal, de la convivialidad de las diferencias, de la construcción de un mundo pacificado y pacificador, en el que las relaciones se fundamenten en la fraternidad y no en la competición. Un mundo donde A y B no entren en conflicto, sino que se unan para una comunión que genere vida. Que la Navidad, con sus celebraciones, sus ambientes y sus sugerencias, nos ayude a renovar nuestra esperanza en el Dios encarnado, vivo y presente; nos aliente a vivir el Evangelio en nuestra vida diaria y a ser constructores de paz y fraternidad, seguros de que el Señor está a nuestro lado, siempre y para siempre.

Fra Matteo Ornelli, OFMConv.
Rector



ITALIA: SANTUARIO PONTIFICIO DE LA SANTA CASA, LORETO

Navidad: la revolución de la “Pequeña Paz”

por + Fabio Dal Cin

Arzobispo Prelado de Loreto y Delegado Pontificio

El clamor del profeta Isaías —«El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande» (Is 9,1)— resuena hoy con dramática actualidad. Hay tanta tristeza en una humanidad herida por violencias múltiples, por guerras y terrorismo. Pensemos en tantas regiones del mundo: en Ucrania, en África, en Oriente Medio, en Gaza, en esa Tierra santificada por la presencia de Jesús, donde hombres y mujeres viven sufrimientos inmensamente dramáticos. Incluso allí donde no corre la sangre, se perciben inquietud y desasosiego ante las incertidumbres sociales y la inestabilidad global. A esto se suman, en cada uno de nosotros, tantas formas de tiniebla personal y familiar que nos pesan y nos ponen a prueba día tras día. La humanidad está herida y busca, casi con desesperación, una salida a este laberinto de dolor.

Pero precisamente en este escenario de oscuridad irrumpe, casi milagrosamente, la Navidad de Jesús. No es una luz que se impone o que deslumbra, sino una luz que se revela en la desconcertante ternura de un Niño. Dios, Señor del universo, Príncipe de la paz, entra en la historia no con la fuerza de un emperador, sino con la vulnerabilidad de un recién nacido pobre y marginado. He aquí el gran paréntesis que nos sacude: la respuesta divina al caos es el amor incondicional. Un amor que perdona, que levanta, que nos abre de nuevo a una vida digna de ser vivida.

A cada uno de nosotros viene el Señor Jesús a decirle: te quiero, conozco tus sufrimientos, tus sueños y tus anhelos; conozco tus debilidades y tus pecados, y precisamente por eso te amo. Estoy aquí por ti y por todos, para cargar con vuestros males. He venido para entregaros mi paz, esa paz que el mundo no puede dar, y para abrir un camino nuevo hacia la paz: el tránsito de un mundo encerrado y opri-

mido por las tinieblas de la enemistad y el conflicto, a un mundo abierto, libre para vivir en fraternidad.

Sería, no obstante, una traición a la verdad de la Navidad olvidar que todo esto se nos da bajo la forma de un Niño indefenso. Un Niño sin armas, incapaz de manipular ideológicamente la opinión pública. Por eso, su Paz nada tiene que



© Santuario Loreto



ver con lógicas imperialistas, ni con una paz impuesta por la fuerza o mediante chantajes económicos. El Niño Jesús nos enseña que ningún poder puede ser oprimido o eliminado por otro poder, que no se pone fin a una guerra con otra guerra, que la violencia no se erradica con más violencia.

La Paz de Cristo es una estrategia totalmente distinta: vencer el mal con el bien. Responder al mal con el mal es algo que cual-

quiera es capaz de hacer. Solo Jesús, con su muerte y resurrección, rompe ese círculo destructivo que envenena nuestras relaciones y nuestro mundo.

Pero, ¿cómo encarnar esta esperanza? ¿Basta con gritar “¡paz!” o indignarnos ante las noticias? ¿Qué podemos hacer, realmente, de manera concreta? Tal vez, antes debamos preguntarnos si creemos de verdad en el mensaje exigente de la Navidad; si creemos, con toda el alma, que las guerras y la violencia pueden terminar. ¿Creemos verdaderamente en la alternativa de Belén, donde el milagro de la paz no lo obra el hombre fuerte, sino quien acoge el estilo de Dios, que se hace pequeño?

Si la respuesta es sí, entonces todos podemos hacer nuestra parte. No realizando gestas extraordinarias, dignas de ficción; sino, más bien al contrario, poniendo un amor extraordinario en las cosas ordinarias que ya hacemos.

La Navidad es el nacimiento de la “pequeña paz”: una paz al alcance de todos, que se construye día a día con humildad y con el sudor de la frente. En las familias, en los lugares de trabajo, en las comunidades, esta paz florece a través de gestos mínimos, pero que poseen la fuerza misma de Dios: la mansedumbre, el perdón, una atención adicional, la renuncia a un juicio apresurado, un gracias, una sonrisa, un saludo. Como recordaba el Papa León: «ningún gesto de afecto, especialmente hacia quien está en el dolor o la necesidad, será olvidado» (Dilexit Te, 4).

Esta pequeña paz es como la semilla sembrada, que crece silenciosamente. Y así como el Niño de Belén está destinado a salvar el mundo, también el pequeño gesto de paz está llamado a irradiar y contagiar.

Una pequeña paz para una paz más grande. Esta es la misión que aguarda a los peregrinos de esperanza: construir, juntos, con Dios y entre nosotros, con paciencia y sin ideologías, la paz de la que nuestro mundo herido tiene desesperada necesidad.



© Santuario

ITALIA: SANTUARIO DE SANTA ROSALÍA, PALERMO



La Santa Navidad en el Santuario de Monte Pellegrino

Entrar en la Sagrada Gruta, excavada en la roca

no por mano humana, con estalactitas milenarias formadas por el agua de lluvia que logra filtrarse, cargada de cal, a través de las rocas del monte, bajo una bóveda de grandes bloques apoyados unos sobre otros desde época geológica, es, sin duda, una emoción única.

Atravesando primero un portal construido en la sencilla y hermosa fachada barroca del siglo XVII, el peregrino se siente sorprendido aún por el cielo azul allá arriba y por el Santuario-Gruta que se abre ante él.

La Gruta, definida a menudo como “mágica” a lo largo del año por muchos visitantes, en la atmósfera de la Santa Navidad adquiere un clima todavía más envolvente; de tal manera, que no se contempla un belén ante uno, sino que se entra en él como protagonista, sintiéndose uno mismo personaje dentro del nacimiento.

Resulta fácil montar el belén en el Santuario: basta con disponer las estatuas, casi de tamaño natural, de San José y la Virgen, de los Pastores y los Ángeles. La “cabaña” ya estaba hecha. Nada más franquear la verja que delimita la Gruta, la primera atracción para niños y padres es el belén realizado a la derecha, bajo la roca, con el agua que brota de forma natural y forma pequeños arroyuelos —sobre todo cuando llueve en el exterior— que van a parar al antiguo pozo cuya agua se utiliza para bendecir a los fieles durante las celebraciones.

Los diversos personajes (pastores, ángeles, ovejitas) invitan a la meditación de cuantos “peregrinos” se encaminan a la Gruta de Belén para encontrarse con Jesús. Peregrinos de esperanza, ayer como hoy, en un año jubilar.

La siguiente etapa es el altar con el arca de Santa Rosalía, en el lugar donde fueron halladas sus reliquias, el 15 de julio de 1624. La imagen de la “Santuzza” se representa yacente, apoyada sobre el costado derecho, en actitud de escucha y de último suspiro de amor a su Señor, casi como si dijera: “Aquí estoy”.

La vestidura dorada que cubre la estatua de mármol blanco indica que esta joven palermitana se ha revestido de santidad tras haberlo dejado todo, empezando por los trajes de gala que lucía en las recepciones de la corte de reyes y reinas de la prestigiosa época normanda en el Reino de Sicilia (siglo XII).

Volviendo a la celebración de la Santa Navidad, debemos considerar que Rosalía Sinibaldi pasó los últimos diez años de su vida (murió en 1170) en esta Gruta de Monte Pellegrino; y aquí, en las noches oscuras y frías de los 25 de diciembre, a la luz de una vela que iluminaba y calentaba, sostuvo místicamente en sus brazos al Niño Jesús —como la representan lienzos artísticos de



algunos siglos después— o mientras el Niño, en brazos de su Madre María, le coloca sobre la cabeza, de cabellos rubios y ondulados —imaginables en una joven procedente de pueblos del extremo norte de Europa—, una corona de rosas, tal como aparece en el pequeño bajorrelieve de mármol blanco de la Gruta. Visitar la Gruta de la montaña sagrada de Palermo en las fiestas navideñas significa también revivir tantos días del año en los que madres y padres, felices, traen en brazos a un niño o una niña de pocos meses recibidos como gracia, tras una oración dirigida a Santa Rosalía para que el Señor les concediera, incluso después de cinco o diez años de matrimonio y de espera estéril, un embarazo, un hijo.

Por lo general, los niños llevados para la fiesta del cuatro de septiembre o en los días inmediatamente posteriores, envueltos en cálidas mantitas azules o rosas, tienen dos meses, por la sencilla razón de que exactamente doce meses antes, en la fiesta del



año precedente, habían pedido la gracia de un hijo.

Pero en ocasiones llegan, bien arropados en mantas calientes, niños de dos o tres días, entre los brazos de madres radiantes y padres que, asombrados y curiosos, observan aquel rostro con dulzura y casi con incredulidad.

La madre acaba de salir de la maternidad del hospital de Palermo, sabe que ha recibido una gracia por la intercesión de Santa Rosalía y desea, casi, decir al niño o niña que estrecha contra su pecho que aquella Gruta en Monte Pellegrino es su casa, su primera casa.

Sí, una Gruta, exactamente como la de Jesús.

Y entonces, en el Santuario, todo es una fiesta: el “25 de diciembre” se repite y sucede muchas veces a lo largo del año, como numerosos son los exvotos en plata que representan niños fajados o los grandes lazos rosas y azules colgados junto a la estatua de la Patrona de Palermo.

Es el Dios de la Vida quien se manifiesta en los signos de la liturgia o en los milagros de la experiencia humana, un Dios que está y se hace cercano, y que nos reúne a todos, extasiados, en torno a un Niño que yace en un pesebre, dentro de la Gruta, para regalarnos esperanza, una vida nueva.

¡Feliz Navidad desde aquí arriba, desde la Gruta de Monte Pellegrino en Palermo!

Don Natale Fiorentino, de la Obra Don Orione
Rector

ITALIA: SANTUARIO DE SAN ANTONIO, PADUA



El don de Dios se esconde en las “pequeñas” cosas de cada día

Una Navidad sin esperanza —basta decirlo— dejaría de ser verdaderamente Navidad. No podría sostenerse, en clave cristiana, una celebración navideña que no estuviera habitada por la esperanza. Esperar es, de hecho, la actitud luminosa de quien, apoyándose en la precariedad de signos frágiles, sabe anticipar el sabor de un cumplimiento futuro. Espera quien tiene la valentía de intuir la hermosura futura de un árbol frondoso a partir de la pequeñez —limitada pero fecunda— de un brote. Conviene subrayarlo: se trata de saborear de antemano, no de “pre-saber”. Espera quien percibe ya el buen gusto de la promesa de Dios para el mañana, quien concede credibilidad al futuro porque ha gustado —al menos en parte— un don que se adelanta. La esperanza necesita esta tonalidad sensorial: reclama una sensibilidad abierta a una gracia que se ofrece para ser degustada, no solo conocida.

El don de la esperanza aparece así como expresión del inclinarse de Dios hacia nosotros, de su decisión de ponerse de nuestra parte, mostrándonos con suma discreción cuánto participa de nuestras vidas; manifestándose no en aparatos altisonantes o en escenarios estériles, sino en el humus mismo de la vida cotidiana. Sí, quien espera acoge el don de Dios que se esconde en las “pequeñas” cosas de cada día.

Por eso en Navidad “hay” que esperar. Porque celebramos la presencia viva, en nuestra historia y en nuestra existencia, del Verbo de Dios hecho carne: en la figura de una criatura frágil, en el rostro de un Niño necesitado de cuidado y hospitalidad. Es el rostro de Dios que pide ser reconocido y acogido en la ternura de una vida que comienza. ¡Cuántas promesas anidan en el rostro de un niño! ¡Cuánto buen sabor en la fragilidad de una cria-

tura humana que reclama atención!

Al acercarnos al final del camino jubilar, que la Iglesia nos ha invitado a recorrer como peregrinos de esperanza, podemos volver la mirada y releer los pasos dados, reconociendo los modos y momentos en los que el Señor de la vida nos ha colmado de alegría con su cercanía amiga. Desde la perspectiva de la Basílica de San Antonio, en Padua, esta mirada agradecida no puede sino seguir las huellas de las mil y mil trayectorias de los ojos de innumerables peregrinos que han aprendido a mirar la vida sostenidos por este misterioso amigo que es Antonio: por su intercesión, por su ejemplo, por una proximidad tan fuerte y tan fiel. Una vez más conviene señalar que el Señor atrae hacia la comunión consigo suscitándola, antes que nada, entre nosotros, sus hijos e hijas. A la intimidad con el Dios de la vida se entra por el camino de nuestras relaciones solidarias y responsables. El Niño Jesús lo hace ya desde sus primeros vagidos: hacia Él no acuden peregrinos aislados, sino grupos de pastores que caminan juntos, Magos que juntos se interrogan y se dejan guiar por la Estrella. San Antonio se sitúa en esta misma sintonía. Permanecer junto al Arca que guarda sus restos mortales ofrece la posibilidad de saborear la presencia viva de la Iglesia gracias a la convergencia de personas que oran juntas, esperan juntas, se confían juntas. Y, a menudo, el “Santo de los milagros” ejerce así su poder más hermoso: haciendo posible que relaciones apagadas o en crisis encuentren caminos de reconciliación; reavivando inteligencias y recursos para iniciar colaboraciones en obras de solidaridad; devolviendo impulso a quienes, decidiendo salir de su soledad, despiertan a la belleza de estar juntos.

Muchas, muchísimas veces, a lo largo de este año, se ha invocado la intercesión de San Antonio pidiendo paz: paz en el mundo, paz para los pueblos desgarrados por el drama persis-



tente y violentísimo de conflictos que parecen no tener fin. Antonio nos hace volver al terreno concreto de lo cotidiano y personal: es posible esperar la paz en la medida en que acogemos

la invitación a tejer incansablemente —nosotros los primeros— hilos de diálogo y de cuidado mutuo en nuestras propias vidas. Y la alegría de volver a vivir dialogando, hablándose, reconciliándose, se convierte en un brote prometedor, cargado de esperanza, cuando se regresa a casa. Por lo general, uno no se va de la Basílica con un “paquete-regalo”; la cercanía de San Antonio se expresa más bien como invitación a seguir un camino, a permanecer en ese proceso de paz iniciado por su bendición y por su ejemplo.

A menudo, un signo revela de cerca la cualidad prometedora de las estancias en la Basílica de San Antonio: las lágrimas —también ellas expresión de esperanza— de tantos peregrinos y peregrinas que se sienten tocados en lo más hondo. Son manifestación viva de la compunción del corazón atravesado por la consolación gracias a la cercanía del Santo. Podría parecer una contradicción: ¿tiene sentido que lloren quienes esperan? Y, sin embargo, así sucede: es la emoción de quien se siente alcanzado por una presencia benévola que infunde confianza y permite recomenzar desde la bondad sin límites del Señor. Es el Jubileo de quien, reconociéndose pecador, no se resigna, sino que vuelve a la fuente siempre viva de la ternura del Padre.

Padre Antonio Ramina, OFMConv
Rector



ITALIA: SANTUARIO DE SAN ALFONSO MARIA DE' LIGUORI, PAGANI



Compartir la fragilidad para abrirnos a la esperanza

En su Mensaje a la Diócesis y a la Ciudad del Agro nocerino-sarnese, el obispo, Mons. Giuseppe Giudici, su-

brayó que el belén, donado al Papa por la comunidad diocesana para la Plaza de San Pedro, fue «pensado y realizado tomando como escuela y modelo a san Alfonso María de Liguori y a sus cantos navideños, comenzando por el conocidísimo *Tu scendi dalle stelle*». Así, la memoria del acontecimiento extraordinario del nacimiento de Jesús de la Virgen María se proyecta en nuestra vida cotidiana, para abrirla a la esperanza pese a sus mil contradicciones.

La alegría de la Navidad, para san Alfonso, es ante todo el asombro ante el abajamiento de Dios por amor al hombre. El Verbo se hace uno de nosotros y comparte nuestra fragilidad, excepto el pecado, para que no permanezcamos prisioneros de ella, sino que, con confianza, aprendamos a cargarla con Él: ya no estamos solos, y junto a Él podemos darle sentido y superarla, construyendo futuro.

En las meditaciones de la Novena de Navidad, Alfonso lo expresa con hondura: «El Verbo eterno, de Dios se hizo hombre; de grande se hizo pequeño; de Señor se hizo siervo; de inocente se hizo reo; de fuerte se hizo débil; de suyo se hizo nuestro; de bienaventurado se hizo atribulado; de rico se hizo pobre; de sublime se hizo humilde».

Y todo ello para hacernos superar tantas falsedades que reducen a Dios a un ídolo celoso de su riqueza divina, empujándonos a sospechar de Él y a alejarnos de su amor. En Navidad se revela que Dios no se rinde ante nuestros rechazos, sino que continúa amándonos y buscando nuestro amor: «al perder al hombre —pone Alfonso en labios de Dios en la primera de las nueve meditaciones— considero haberlo perdido todo, puesto que mi delicia era estar con los hombres, y ahora a estos hombres los he perdido, y ellos, pobres desgraciados, están condenados a vivir para siempre lejos de mí». Y esto porque «Dios ama tanto al hombre como si el hombre fuese su Dios, y como si Él, sin el hombre, no pudiera ser feliz».

El gozo sorprendente de reconocernos amados incondicionalmente por Dios, en nuestra fragilidad y a pesar de tantos rechazos y cerrazones, es lo que la celebración anual de la Navidad desea renovar en nosotros. Así se nos abre el horizonte de la esperanza, porque al sentirnos tan queridos por Dios, nos descubrimos a nuestra vez capaces y necesitados de amar. Y esto se derrama también sobre nuestros hermanos: podemos liberarnos

del miedo y de la confrontación, anticipar fraternidad y construir encuentro, continuando, a pesar de todo, a ser artesanos de paz.

La contemplación del misterio navideño llevó a Alfonso a convencerse de la necesidad absoluta de la encarnación. Jamás se cansó de repetir que compartir la fragilidad es el camino que la Iglesia y todo bautizado están llamados a recorrer con confianza, dejándose guiar por el Espíritu. Al proyectar su comunidad misionera señalaba como «distintivo absoluto» el «seguir el ejemplo» del Redentor, encarnándose entre los “abandonados”, para que todos puedan reencontrar dignidad y esperanza.

Es preciso, sin embargo, que ese compartir esté marcado por la esperanza de la Navidad. Por eso, gestos y palabras han de permitir experimentar lo que Cristo dice de sí mismo: «no he venido para condenar al mundo, sino para salvar al mundo» (Jn 12,47), y «he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia» (Jn 10,10).

El compartir evangélico no es un buenismo que todo lo justifica y termina siempre generando nuevos conflictos. Es escucha respetuosa que impulsa al discernimiento y hace brotar la posibilidad de nuevos pasos de liberación y crecimiento. Es mirada misericordiosa que se hace palabra que alienta. Así actúa Cristo en casa del fariseo con la pecadora: «Tus pecados quedan perdonados... Tu fe te ha salvado; vete en paz» (Lc 7,48-50).

Alfonso atribuía a la escucha de los humildes su “conversión” hacia la benignidad pastoral, que le convirtió en uno de los protagonistas del superamiento del rigorismo moral. Comprendió, sobre todo, que el pecado es ante todo un “contagio” que hace cada vez más frágil a quien lo comete. La propuesta evangélica del bien es “medicina” que abre y sostiene en el camino de curación. En los últimos años, el camino sinodal, desarrollando las perspectivas de la *Gaudium et spes*, nos invita con fuerza a compartir y escucharnos mutuamente: es el único camino para responder de manera constructiva a nuestra fragilidad y descubrir que en ella están presentes semillas de esperanza.

Esta es también la tarea que el Jubileo confía a cada uno y a cada comunidad, como ha subrayado el Papa Francisco en la Bula de convocatoria: «poner atención al tanto bien que está presente en el mundo, para no caer en la tentación de considerarnos desbordados por el mal y la violencia. Pero los signos de los tiempos, que encierran el anhelo del corazón humano, necesitado de la presencia salvadora de Dios, piden ser transformados en signos de esperanza» (*Spes non confundit*, n. 7). Y ello, sobre todo, para una «paz desarmada y desarmante», como León XIV no se cansa de pedir.

Padre Lorenzo Fortugno, CSSR
Superior de la comunidad de Redentoristas de Pagani



ITALIA: SANTUARIO PONTIFICIO DE LA BEATA VIRGEN MARÍA DEL SANTO ROSARIO, POMPEYA

La Navidad, tiempo de esperanza

por + Tommaso Caputo

Arzobispo Prelado de Pompeya

Delegado Pontificio para el Santuario

El canto de los ángeles, aparecidos a los pastores en la Noche Santa, resuena en nuestros corazones casi como un paradoja: «Gloria a Dios en lo más alto de los cielos y en la tierra paz a los hombres que Él ama» (Lc 2,14). Los pastores, poco estimados en la sociedad de su tiempo y habituados a un trabajo áspero, pasan las noches velando y guardando los rebaños. Hay solo frío y fatiga, pero sobre el manto de aquel cielo oscuro brillan las estrellas.

Volviendo a nuestro presente, es indudable que la falta de paz constituye el ángulo más sombrío de este tiempo que habitamos. Las decenas de guerras en curso son consecuencia de una humanidad que ha olvidado al Señor de la vida. La conflictividad se manifiesta también en las relaciones interpersonales, en los lugares de trabajo, en las escuelas, en el seno de las familias. La percepción del otro se aleja con frecuencia de la dimensión de la fraternidad. Lo confirma la distancia, cada vez mayor, entre los ricos y los pobres del mundo: riquezas sin límites frente a miserias sin fondo. El 23 de octubre, el Papa León XIV, al dirigirse a los participantes en el Encuentro Mundial de los Movimientos Populares, subrayó que «los pobres están en el centro del Evangelio» y que «las comunidades marginadas deberían implicarse en un compromiso colectivo y solidario destinado a invertir la tendencia deshumanizadora de las injusticias sociales y a pro-

mover un desarrollo humano integral». Son cuestiones que el Papa ha abordado también en la reciente Exhortación Apostólica sobre el amor a los pobres, *Dilexi te*, del pasado 4 de octubre.

Nos preguntamos si, en la noche, seremos capaces de ver las estrellas como los pastores de Belén; si los ángeles nos invitarán también a nosotros a encaminarnos hacia el pesebre para encontrar al Niño, nuestro Salvador, Cristo Señor (cf. Lc 2,8-20). En el tiempo de Navidad concluirá el Jubileo ordinario al que el recordado Papa Francisco imprimió el sello de la esperanza. *Spes non confundit* (Rm 5,5), la esperanza no defrauda: este ha sido el tema que nos ha acompañado durante este año de gracia singular. En nombre de esa esperanza, la respuesta de los creyentes a nuestra pregunta no puede ser sino un «sí»: veremos las estrellas como los pastores; los ángeles anunciarán también a nosotros la gran noticia. El 19 de octubre, el Papa León proclamó santo a Bartolo Longo, Fundador del Santuario de Pompeya, de las Obras de caridad vinculadas a él, de la nueva Ciudad y de la Congregación de las Hermanas Dominicas Hijas del Santo Rosario de Pompeya. Fue un auténtico testigo de la esperanza: supo esperar —la *spes contra spem* paulina (Rm 4,18)— sobre todo cuando llegó al Valle de Pompeya en 1872, donde no encontró más que unos pocos campesinos azotados por la malaria y la amenaza de los bandidos. Aquella esperanza, que sostuvo al joven abogado, le permitió mirar más allá de lo visible, más allá del horizonte inmediato.



Pompeya, entonces tierra abandonada, se ha convertido en un centro mundial de fe. Incluso el propio cuadro de la Virgen del Rosario —un lienzo ajado y deteriorado por el tiempo— llegó a ser una imagen admirable venerada por millones de fieles. Bartolo Longo fue un pecador, seguidor de ideas erradas mientras estudiaba Derecho en Nápoles. Hubo quienes —baste mencionar al profesor Vincenzo Pepe, a Santa Caterina Volpicelli, a San Ludovico de Casoria o a su esposa Marianna Farnararo— supieron esperar en su conversión. Él llegó a ser un apóstol del



Rosario, oración mariana de corazón cristológico. Con la ayuda de la gracia de Dios y con generosidad, siguió el camino de la santidad. Y se dedicó, a su vez, a rescatar a los niños y adolescentes abandonados de su tiempo, ofreciéndoles una posibilidad de redención. A quienes sostenían, por ejemplo, que los hijos e hijas de los encarcelados estaban destinados, como sus padres, a una vida marcada por la delincuencia, él les opuso la pedagogía del amor. Se empeñó en cambiar la dirección de su existencia. Y lo logró. Esperar, esperar, esperar. Esa misma esperanza se vive hoy en las Obras sociales del Santuario de Pompeya, que continúan en la estela trazada por San Bartolo. La "nueva Pompeya", Ciudad mariana, es todavía hoy un lugar de encuentro y de diálogo. Un santo puede convertirse en un símbolo también para la sociedad civil, llamada a reencontrar un espíritu de auténtica fraternidad. El bien del otro es condición indispensable para nuestro propio bien, porque la vida buena del Evangelio ofrece una constelación entera de sabiduría educativa sobre la que «trazar nuevos mapas de esperanza», como enseña el Papa León XIV en la Carta Apostólica del pasado 27 de octubre. En una reflexión publicada en la edición de 1900 de *Il Rosario e la Nuova Pompei*, periódico que él mismo había fundado en 1884, Bartolo Longo se dirigía así a los pastores que, en la Noche Santa, llegaron al pesebre precediendo a los demás, porque los humildes tienen el privilegio de ver primero al Niño,

única salvación del mundo: «¡Oh santos pastores, que fuisteis a la gruta invitados por un ángel, qué nobles ejemplos me ofrecéis! Camináis juntos hacia el establo con premura y prontitud. No esperáis siquiera la aurora: partís en la noche, corréis con confianza y dejáis sin inquietud vuestro rebaño al cuidado de Aquel que os llama».

Del ejemplo de los humildes nace la enseñanza.



ITALIA: SANTUARIO DE SAN PIO DE PIETRELCINA, SAN GIOVANNI ROTONDO



La esperanza en el Padre Pío

«Reza, espera y no te inquietes. La inquietud no sirve de nada. Dios es misericordioso y escuchará tu oración». Es una de las frases más célebres del Padre Pío —difundida también en estampas e imágenes devocionales—, en la que se revela su altísima estima por esta virtud.

Desde su entrada en el convento, el joven Francesco Forgione, con apenas quince años, comenzó un camino arduo y empinado, que estuvo a punto de truncar no sólo su acceso al sacerdocio, sino incluso la posibilidad de seguir vistiendo el hábito capuchino. Muy pronto, una misteriosa enfermedad, resistente a cualquier tratamiento, llevó a los médicos a aconsejar que fuese enviado a casa, para respirar el aire de su pueblo natal. El remedio atenúa los síntomas, pero estos reaparecían en cuanto fray Pío de Pietrelcina atravesaba de nuevo el umbral del convento. Esta situación interrumpió su formación regular; sin embargo, él perseveró en la esperanza. Gracias a la comprensión del Ministro general de la Orden de los Hermanos Menores Capuchinos, el padre Venancio de Lisle—en—Rigault, evitó la excomunión, y mediante «clases privadas» impartidas por dos sacerdotes de su pueblo, superó brillantemente un examen en la Curia arzobispal de Benevento, que le permitió ser ordenado sacerdote el 10 de agosto de 1910.

La esperanza tampoco le abandonó durante la Primera Guerra Mundial, cuando el místico capuchino, pese a su evidente fragilidad física —todo su «cuerpo» era «un cuerpo patológico», con un «catarro bronquial muy extenso, aspecto consumido y

débil nutrición»—, tuvo que esperar hasta el 16 de marzo de 1918 para ser exonerado definitivamente del servicio militar, después de haber obtenido tres permisos que sumaron veinte meses de convalecencia.

Esta virtud lo sostuvo igualmente cuando fue golpeado, en persona y en sus afectos más queridos, por la mortífera pandemia de la “gripe española”, que asoló el mundo entre 1918 y 1920. La

enfermedad se manifestó en él el 3 de septiembre de 1918 y, entre mejorías y recaídas, le postró hasta mediados de diciembre. En ese mismo período recibió la noticia de que en Pietrelcina habían fallecido a causa de la influenza su pequeño sobrino Pellegrino, de apenas cuatro años, y su hermana Felicita, joven madre del niño. Aunque en aquellos momentos —como hoy—, en plena fase aguda de contagios, no se permitía celebrar funerales, el fraile estigmatizado deseaba ardientemente dirigirse a su familia doliente «para poder fundir juntos [...] lágrimas y [...] dolor». Mas tuvo que renunciar, porque se encontraba «muy mal, incapaz de emprender un viaje tan largo y penoso», debido a la enfermedad y a las llagas de la crucifixión que marcaban su cuerpo. Con todo, por carta trató de consolar a sus padres y de exhortarles a la esperanza, sustentado por la fe y la Palabra de Dios: «Dios me dio a mi pobre hermana, y Dios me la ha quitado; bendito sea su santo nombre. En estas exclamaciones y en esta resignación encuentro la fuerza suficiente para no sucumbir bajo el peso del dolor. A esta resignación en la divina voluntad os exhorto también a vosotros, y encontraréis, como yo, alivio en el sufrimiento».

Vivió también con confianza los controles, declaraciones, visitas apostólicas y disposiciones emanadas por el Santo Oficio, aunque con pesar por verse obligado a limitar su disponibilidad hacia tantas almas necesitadas de conversión o de acompañamiento en el camino de la perfección cristiana. Tampoco entonces quedó defraudado: todas las investigaciones concluyeron con la plena restitución del fraile estigmatizado a su ministerio.



Muchas veces, en las pruebas de la vida —y con mayor firmeza en las más duras—, el Padre Pío halló en el Libro de Job la savia de la esperanza. Afirmaba: «No me cansaré en mi cansancio de gritar con Job: aun cuando Tú me mataras, no dejaría de esperar en Ti». Asimismo, en sus enseñanzas, la exhortación a disipar la inquietud confiando en la misericordia divina era constante. Enseñaba: «En la tierra es preciso combatir siempre entre la esperanza y el temor, con la condición de que la esperanza sea siempre más fuerte, teniendo siempre presente ante nosotros la omnipotencia de Aquel que nos socorre».

Para ser fortalecido en esta virtud teologal recurría ante todo a la intercesión de la Virgen María, y aconsejaba a sus hijos espirituales hacer lo mismo, asegurando —por experiencia directa—: «A un solo gesto de nuestra Madre bendita, la desesperación, el mal de nuestro siglo, cáncer de la sociedad, huirá; cesará toda escena amarga en lo íntimo de nuestra alma, y se detendrá la caries que conduce al precipicio. [...] Así, precisamente, el precipicio mismo se convierte en resorte de nuestra salvación; así, el punto más oscuro de la desesperación se transforma en el rayo más luminoso de la esperanza». Para invocar el auxilio divino es necesario, sin embargo, reconocer los propios límites y la imposibilidad de resistir, con solas fuerzas humanas, la insidiosa tentación de rendirse, abatirse, deprimirse. «Es preciso humillarse siempre ante Dios —decía—, pero no con esa falsa humildad que lleva al desánimo, generando desaliento y desesperación. Debemos tener un concepto humilde de nosotros mismos».

Stefano Campanella
 Director responsable
 Tele Radio Padre Pío y Padre Pío TV



ITALIA: SANTUARIO DE SAN LEOPOLDO MANDIĆ, PADUA



Peregrinos de esperanza... en camino

En el santuario de San Leopoldo, miles de corazones han encontrado luz, reconciliación y fuerza para volver a empezar: signos vivos de un

Jubileo que continúa en la vida de cada día.

Paz y bien. Todos necesitamos “paz” y “bien” en esta época marcada por conflictos, guerras y egoísmos. Las primeras palabras que el Señor nos dirigirá al comenzar el nuevo año serán palabras de bendición. Son estas: «El Señor te bendiga y te proteja. El Señor haga brillar su rostro sobre ti y te conceda su gracia. El Señor vuelva hacia ti su rostro y te otorgue la paz» (Números 6, 22-27: primera lectura, 1 de enero, solemnidad de Santa María, Madre de Dios).

Palabras antiguas y siempre nuevas, que resuenan cargadas de esperanza al inicio del camino. Nos recuerdan que Dios no está lejos, sino que se inclina hacia nosotros, ilumina nuestra vida y nos acompaña con la ternura de un Padre.

En el tiempo de Navidad, esta bendición se hace carne en el rostro del Niño de Belén. En Él el Señor «hace brillar su rostro sobre nosotros»: un rostro humano, manso y frágil, pero que encierra toda la fuerza del amor divino. Contemplando el belén comprendemos que la paz y la gracia que invocamos no son ideas, sino una Presencia viva que entra en la historia, habita nuestra cotidianidad y transforma todo desde dentro.

Tras este deseo de inicio de año, quisiera compartir algunas reflexiones sobre el Jubileo de la Esperanza.

Tal como estableció el papa Francisco en la Bula *Spes non confundit*, también en nuestra diócesis de Padua el Año Jubilar de la Esperanza concluirá con una solemne celebración eucarística presidida por el obispo Claudio en la iglesia Catedral, madre de todas las iglesias de la diócesis, el domingo 28 de diciembre de 2025, fiesta de la Sagrada Familia de Jesús, María y José.

Es hermoso que la clausura de este año de gracia tenga lugar precisamente a la luz de la Navidad, ante la Sagrada Familia, icono vivo de la esperanza cristiana: un pequeño hogar sostenido por la confianza en Dios, que se dejó guiar incluso en las noches más oscuras.

El himno del Jubileo, Peregrinos de esperanza, proclama: «Toda lengua, pueblo y nación encuentra luz en tu Palabra. Hijos e hijas frágiles y dispersos son acogidos en tu Hijo amado».

Estas palabras se han hecho realidad en el santuario de San Leopoldo, en Padua. Miles de peregrinos —italianos, croatas, eslovenos, austriacos, polacos, franceses y de muchos otros países— han acudido al santuario, elegido entre los lugares jubilares de la diócesis padovana. A todos les unía un deseo profundo: vivir un momento de oración junto a la tumba de san Leopoldo y celebrar el sacramento de la Reconciliación y de la Eucaristía. En sus historias, en sus silencios y en las lágrimas derramadas ante el confesionario hemos podido tocar con nuestras manos que la misericordia de Dios no conoce fronteras.

Especialmente durante los fines de semana de este Año Santo,



el flujo constante de peregrinos ha transformado nuestro santuario en un cruce de fe, un belén viviente donde hombres y mujeres de todas las lenguas han vuelto a encontrar la esperanza. Y, como los pastores ante el Niño, muchos han reemprendido el camino «glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto» (Lucas 2, 20). Muchos de ellos, a través de oraciones escritas o palabras confiadas a los frailes, han testimoniado haber experimentado en su estancia en el santuario una honda sensación de gracia y bendición, acompañada por un mensaje constante de consuelo y aliento. Otros han expresado sentirse fortalecidos y dispuestos a retomar con renovado ánimo su camino cotidiano, llevando consigo la alegría del encuentro con el Señor y la esperanza cierta de su presencia en sus vidas. Todo ello, también gracias a la intercesión de san Leopoldo, modelo de misericordia y acogida.

Demos gracias a Dios por las «grandes cosas» que sigue obrando en quienes se confían a Él con corazón humilde.

Que las bendiciones recibidas durante el Jubileo florezcan en el nuevo año como semillas de bien, y que la luz de la Navidad permanezca encendida en nuestros hogares y en nuestros corazones. El Señor continúa visitándonos, también hoy, en los gestos de cada día, en los rostros que encontramos, en la pobreza de nuestra humanidad. Allí se renueva la esperanza, crece la fe y el amor se hace concreto.

Reconfortados por la experiencia de gracia vivida, volvamos al ritmo cotidiano de la vida con la certeza de que Dios es fiel y no defrauda a quien confía en Él. Que cada día del año nuevo sea una pequeña Navidad: una ocasión para acoger, con asombro y gratitud, la presencia del Señor que viene.

Fra Marco Trivellato, OFMCap
Rector

Ante San Leopoldo renacían la confianza y la esperanza. La esperanza es una virtud frágil, situada entre dos excesos igualmente peligrosos. Si se exagera, corre el riesgo de convertirse en presunción, como si uno pudiera salvarse por sus propias fuerzas; si es demasiado escasa, puede derivar en desesperación respecto a la salvación.

Entre estos dos extremos, el padre Leopoldo Mandić sabía mantenerse en un equilibrio sereno. Por un lado, reconociéndose pecador —un gran pecador, como él mismo afirmaba— temía el juicio divino después de la muerte, que tomaba muy en serio: pedía oraciones por sí mismo, practicaba obras de penitencia y se confesaba con frecuencia. Por otro lado, contemplaba la mi-

sericordia infinita de Dios, esa misma que él derramaba generosamente sobre sus penitentes. Y entonces hallaba sosiego.

Firme en su propia experiencia espiritual, podía acompañar a quienes acudían a él en la búsqueda de una salida a sus problemas. No faltaban quienes se acercaban al confesionario sin la menor intención de arrepentirse, incluso con aire de presunción. Había que ayudarles a tomar conciencia de su desorden moral y de su lejanía respecto a Dios.

Un día, un hombre se coló entre quienes aguardaban a la puerta del confesionario. Ni siquiera quería guardar turno: no tenía tiempo que perder, solo deseaba fingir una confesión para parecer un hombre honesto y conservar su trabajo. Lo dejaron pasar; pero cuando, tras casi media hora, salió del confesionario de padre Leopoldo llorando de emoción, era otro hombre.

En otros casos, el padre Leopoldo sabía infundir confianza a quienes la habían perdido a causa de los pecados cometidos. Quien siente de verdad el peso del pecado y reconoce su responsabilidad puede correr el riesgo de fijar tanto la mirada en sus propias faltas que termine por desesperar del perdón de Dios. Pero la esperanza cristiana —como dijo san Juan Pablo I— nace de la confianza en tres verdades: «Dios es omnipotente, Dios me ama inmensamente, Dios es fiel a sus promesas. Y es Él, el Dios de la misericordia, quien enciende en mí la confianza» (Audiencia general, 20-IX-1978).

Por eso, el padre Leopoldo sabía liberar de dudas y repliegues interiores, y devolver la paz. Poseía un modo propio de hacerlo, hasta el punto de que los penitentes se sentían enseguida sus amigos.

Un fraile testificó: «Conozco a un penitente que, teniendo que confesar culpas muy graves, escuchó decir al padre Leopoldo: “Aquí estamos dos pecadores: ¡que Dios tenga misericordia de nosotros!” , con un tono tal que el penitente se sintió inmediatamente alentado a acusarse con sinceridad y dolor, y a tener una gran confianza en Dios».

En septiembre de 1963, en el cementerio mayor de Padua, se abrió la tumba del santo confesor para trasladar su féretro a la iglesia de los capuchinos. En el nicho, a través de una estrecha rendija, muchas personas habían introducido pequeños papeles. Uno de ellos decía: «Padre Leopoldo, le conocí un día en que mi alma estaba oprimida por los más dolorosos sufrimientos. Usted me dijo la palabra justa, la que me devolvió la paz de Jesús. Querido padre, criatura elegida del Señor, enviado a la tierra para consolar a los afligidos, vele aún por nosotros, díganos de nuevo la palabra que consuela».

Restituir la paz a quien la ha perdido es un acto exquisito de amor, porque alcanza lo más íntimo de la persona. Y recuperar la paz y la esperanza, después de la oscuridad y el desasosiego que provoca el pecado, es como volver a ver el sol tras la furia de la tormenta.

Fra Giovanni Lazzara, OFMCap
Director de la revista Portavoce di San Leopoldo Mandić

ITALIA: SANTUARIO DE SANTA CATERINA, SIENA

Navidad de Esperanza y de Paz en Catalina de Siena

«¡Que la Iglesia sea testigo fiel de este anuncio en toda parte del mundo!». Así escribe el papa Francisco en la bula *Spes non confundit*. El pensamiento de Catalina, además de ser plenamente actual, es un verdadero fuego del pensar y del escribir: en el rigor del incipit de sus Cartas como en la ascesis del límite; su escritura es vertiginosa, pero nunca abstracta. En ella puede percibirse la fuerza asertiva de su palabra escrita, que se abre en diálogo con el eterno Padre, resplandeciente del esplendor de la Luz viviente. Vibrante en su frágil cuerpo herido por el divino Crucificado, Catalina queda asimilada a Él por medio del amor. Su escritura es crisografiada, y la fuerza de sus palabras, diamantina.

Santa Catalina extraía su fortaleza de la fe en Dios uno y trino; estaba siempre atenta a las enseñanzas de la predicación y pro-



curaba leer los signos de los tiempos, esforzándose en interpretar la historia — nada fácil— de su época a la luz de la fe: el primado de la persona, creada a imagen de Dios; la justicia, la paz, el servicio al bien común, la re-

forma de la santa Iglesia. Profunda conocedora de los problemas sociales y eclesiales, nos habla siempre de esperanza firme y, en su tensión mística, contempla el *mysterium Nativitatis Domini sub specie paupertatis*; contempla a Jesús que, siendo rico, se hace pobre, y extática exclama:

«Y os ruego que os encontréis (...) en el pesebre con este dulce y humilde cordero, donde hallaréis a María con tanta reverencia hacia su Hijo, y peregrina en tanta pobreza, teniendo la riqueza



del Hijo de Dios; que no tiene paño adecuado para poder envolverle ni fuego para calentar a ese Fuego, Cordero inmaculado; mas los animales, sobre el cuerpo del Niño, le calentaban con su aliento». (Carta 363)

La Navidad, por tanto, sigue llevando al mundo su entrañable mensaje de esperanza y de paz. La Mística Escritora es siempre actual e implora: «¡Paz, paz, paz!, para que la guerra no tenga que prolongarse». (Carta 196)

La sugestión que ejerce cautiva a cuantos se acercan a la lectura de sus escritos: «Quiero que comencéis ahora a conformaros con el Niño Jesús; ¿qué podemos ver mayor que ver a Dios humillado? La alteza de su Divinidad descendida a tanta bajeza como es nuestra humanidad. El amor le hace habitar en el establo entre los animales. ¿Quién fue causa de ello? El amor. ¿Qué amor te ha mostrado Dios por medio del Verbo, su Hijo?». (Carta 47)

P. Alfredo Scarciglia, OP
Asistente Eclesiástico de la Asociación Internacional de los Caterinati



ITALIA: SANTUARIO DE SANTA MARÍA SANTÍSIMA DE TÍNDARI



Un torrente de gracia que nos desborda

La inminencia de la Santa Navidad culmina, de manera ideal, el camino de la Iglesia en el Año Jubilar de la Esperanza. Tras habernos visto Peregrinantes in Spem a través de las Puertas Santas de la Ciudad eterna y en las numerosas iglesias jubilares repartidas por el mundo entero, este itinerario nos conduce finalmente a Belén. La etimología de su topónimo la define como “casa del pan” (en hebreo **בֵּית לֶחֶם** Beit Leḥem) o “casa de la carne” (en árabe **بيت لحم** Bayti Laḥmin, Bayt Laḥim): ambos significados iluminan

el Misterio que allí tuvo lugar y que los pastores vigilantes tuvieron la gracia de contemplar, siguiendo la indicación de los ángeles: «Esta será la señal para vosotros: encontraréis a un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre» (Lc 2, 12).

En la “casa de la carne” ellos adoran al Verbo eterno de Dios que se hace carne y pone su morada entre nosotros (Jn 1, 14a-b), contemplan al Emmanuel, el Dios-con-nosotros, que se revela en el signo humilde de un niño. Desde el áspero pesebre—cuyo madero resulta sin duda inadecuado para acoger a un infante—Jesús comienza a proclamar el Evangelio de Salvación, que recorrerá el camino del don de su Vida, ofrecida como pan para los peregrinos, a los hombres cansados y agobiados. Una Vida entregada sobre la madera de la Cruz, aún más pesada y dura





que la del pesebre, en el acto extremo de su Amor por cada ser humano, de cualquier lugar y de cualquier tiempo.

También la Basílica-Santuario de "Santa María Santísima del Tindari", en la Diócesis de Patti (Mesina), ha visto este año la llegada de una notable multitud de pe-

regrinos a los pies de la Virgen Morena, venerada aquí desde hace unos mil años. Su fiesta se celebra el 8 de septiembre, en la solemnidad de la Natividad de la B. V. María, que la Liturgia presenta como «la gozosa celebración del nacimiento de la bienaventurada Virgen María, esperanza y aurora de salvación para el mundo entero», de la cual ha nacido el Sol de Justicia, Cristo, nuestro Dios.

La icono de la Virgen del Tindari, que lleva en su regazo al Hijo de Dios y lo entrega al mundo como Camino, Verdad y Vida, representa la esencia misma de la vida de María: su divina Maternidad y su discipulado fiel en la escuela del único Maestro. Esta efigie medieval, tallada en madera de cedro del Líbano y de rasgos iconográficos orientales, está adornada con las palabras del Cantar de los Cantares: "Nigra sum sed formosa, soy negra pero hermosa" (Ct 1, 5a), que desde hace siglos narran su presencia en la colina de Tindari, presencia preciosa y fuerte, incansable y maternal.

San Bernardo, comentando estas expresiones, las ilumina en pocas líneas: «Aunque el cansancio y el dolor del largo destierro te desfiguren, te adorna sin embargo la belleza celestial» (SAN BERNARDO, In Canticum sermo, 27, 7, 14).

Quien tiene la gracia de servir al Señor en el Santuario, especialmente en el ministerio sacerdotal, no deja de experimentar la inmensurable grandeza de la presencia de Dios: Aquel que alcanza y hace florecer hasta el desierto más árido; que devuelve vida y esperanza a los corazones más endurecidos cuando se abren a la fuerza sanadora de su misericordia; que cura incluso la existencia más desfigurada por las pruebas y por el alejamiento de Dios; y quien lo encuentra de nuevo recobra el esplendor perdido y testimonia la belleza del encuentro con Cristo. Al servicio de Dios en este lugar bendito uno se ve literalmente desbordado por un torrente de gracia, ante el cual resulta difícil permanecer impasible: cada día se siente un impulso más fuerte

hacia la altura de la vocación a la santidad y una llamada a entregar la propia vida con mayor generosidad. La condición para que esto ocurra es, sin embargo, la misma que permitió a Dios obrar prodigios en la vida de María: la humildad del servicio, la sencilla disponibilidad de quien sabe que ya no puede disponer de sí mismo, porque ha entregado totalmente su vida a Cristo. Y cuanto más vacíos de nosotros mismos estemos y más nos neguemos a nosotros mismos, aceptando permanecer en el lugar que nos corresponde —como el Niño Jesús recostado en el pesebre, sin detenerse en las astillas ni en las grietas de la madera, sino en la Palabra que desde allí puede proclamarse—, tanto más podremos cumplir esa voluntad de Dios que es nuestra alegría y nuestra paz, y que los santos de todos los tiempos han amado por encima de todo, encarnándola en sus vidas.

En este tiempo tristemente marcado por la dramática tragedia de numerosos conflictos en el mundo entero, nos dirigimos a la Virgen, la testigo más alta de la Esperanza contra toda esperanza, elevando nuestra súplica:

Fuente de la Santa Esperanza,
muéstrate Madre para todos:

para quienes gimen y sufren porque aún no han encontrado a Cristo;

para quienes lo buscan y para quienes han perdido el camino;

para quienes querrían renunciar a seguirlo;

para quienes han consagrado a Él su vida, pero han perdido el entusiasmo del don;

para quienes están abatidos por la desesperación y el desaliento, en medio de las inhumanas consecuencias del odio entre los pueblos y de las tragedias de las guerras.

Muéstrate Madre para todos,

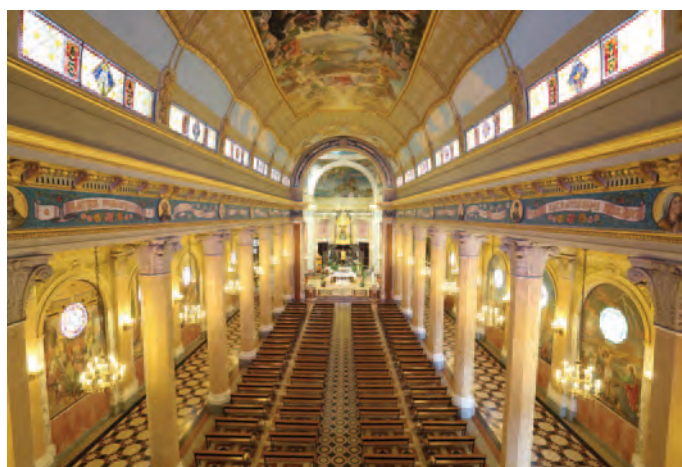
ofrece nuestra oración,

que Cristo la acoja benigneamente,

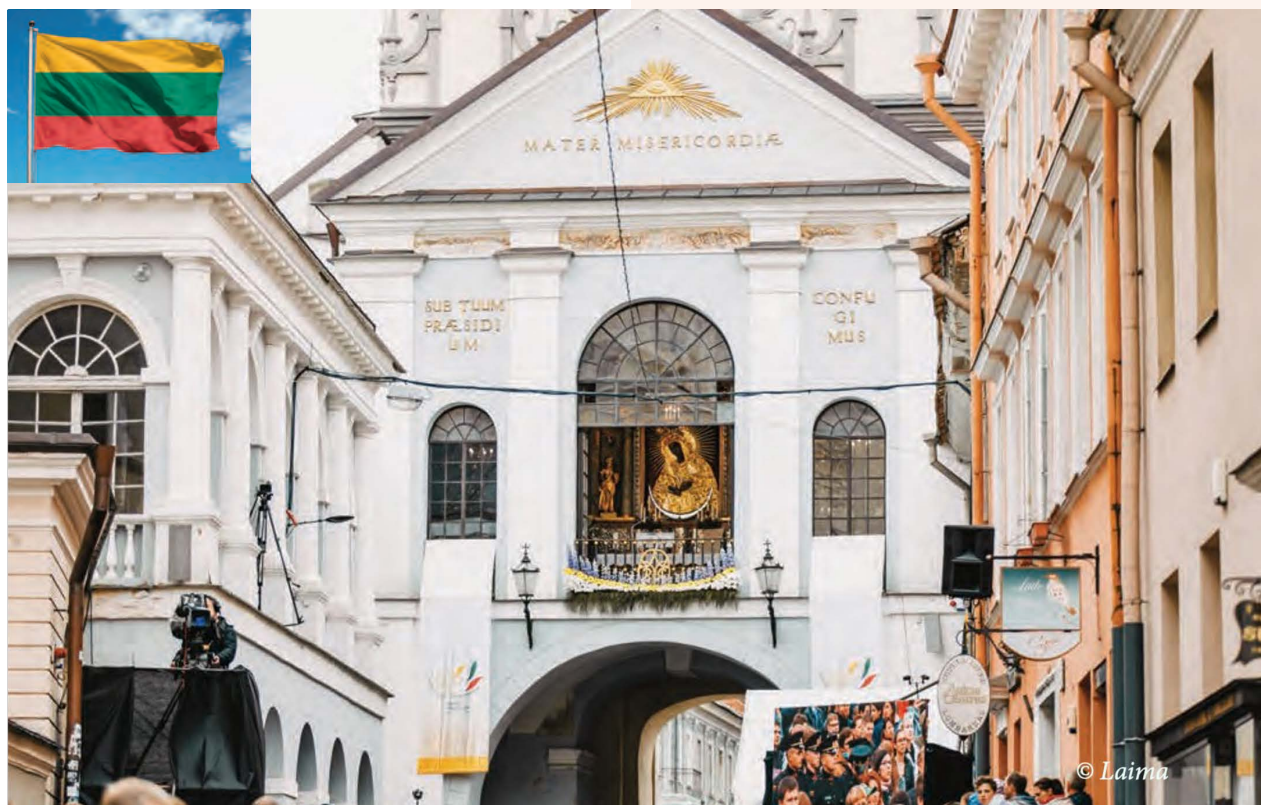
Él que se hizo tu Hijo. Amén.

Don Filadelfio Alberto Iraci

Vicerrector de la Basílica



LITUANIA: NUESTRA SEÑORA DE LA PUERTA DE LA AURORA, VILNA



Navidad: la misericordia encarnada y el Santuario de Nuestra Señora de la Puerta de la Aurora (Aušros Vartai)

por + Gintaras Grušas
Arzobispo de Vilna

En Navidad, el cielo se inclina hacia la tierra y la eternidad entra en el tiempo. En un mundo a menudo oscurecido por la violencia, la división y el miedo, el nacimiento de Cristo proclama una vez más la verdad sencilla e inmutable: Dios no ha abandonado a la humanidad. Viene a habitar entre nosotros, frágil, pobre, y sin embargo radiante de amor. Este es el misterio de la misericordia encarnada, fundamento de la esperanza cristiana.

El Niño de Belén no es sólo símbolo de inocencia; es el rostro mismo de la misericordia de Dios. En Él, el Creador asume la vulnerabilidad de su creación. Su primer llanto rasga la noche no como lamento, sino como promesa: «Paz en la tierra a los hombres que Él ama». La esperanza nace envuelta en pañales.

Junto al pesebre está María, la Madre de la Misericordia, cuyo silencio recoge en su corazón los dolores del mundo. Su «sí» hizo posible la Encarnación; su fidelidad permite que la misericordia tome carne. Cada Navidad nos invita a permanecer a su lado, a dejar que nuestra fe, como la suya, se convierta en un espacio donde Dios pueda nacer de nuevo.

Desde mi ciudad, Vilna, la Ciudad de la Misericordia, se eleva un eco singular de este misterio. Allí, en el Santuario de Nuestra Señora de la Puerta de la Aurora (Aušros Vartai), bajo el título de Madre de la Misericordia (Mater Misericordiae), desde hace siglos contempla con compasión a sus hijos —lituanos, polacos, bielorrusos y peregrinos de todos los rincones— recordando a



todos que la misericordia de Dios no conoce fronteras. Su imagen, con los ojos colmados de ternura, inspiró a santa Faustina Kowalska y bendijo la primera veneración pública de la imagen de la Divina Misericordia: Jesús, cuyo Corazón irradia amor para cada alma.

Desde Vilna, este mensaje de misericordia se ha extendido al mundo entero. La capilla de Nuestra Señora de la Puerta de la Aurora en la Basílica de San Pedro es un puente entre la periferia y el corazón de la Iglesia, entre la ciudad donde la Misericordia se reveló por primera vez y el centro desde el cual ahora es proclamada. Nos recuerda que la Navidad no se limita a un tiempo del año, sino que es una invitación permanente a dejar que la misericordia de Dios brille en nuestra vida.

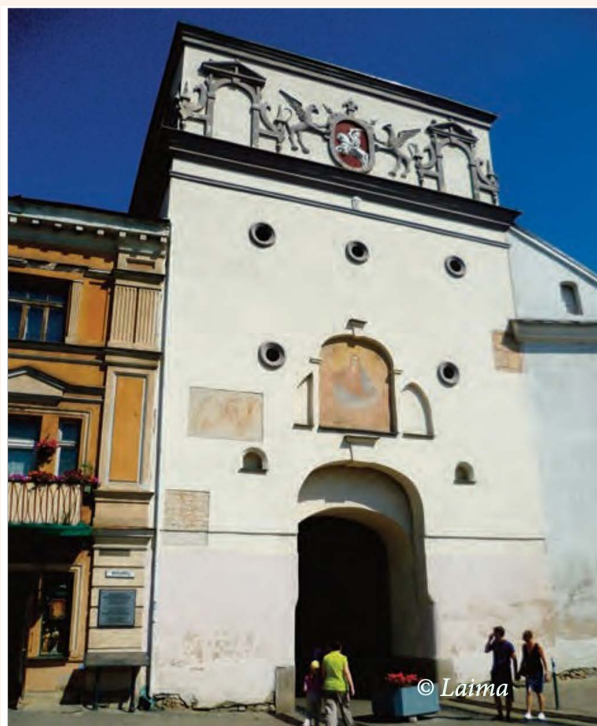
Al acercarnos a la conclusión del Año Jubilar, este mensaje se vuelve aún más necesario. El Jubileo ha sido tiempo para redescubrir la esperanza, para abrir el corazón al perdón de Dios y reconstruir una humanidad reconciliada en el amor.

Y, sin embargo, nuestro mundo sigue temblando bajo el peso de la guerra, de la injusticia y de la indiferencia. Muchos corazones, cansados de la desilusión, buscan sentido. A ellos la Navidad susurra: «No tengáis miedo». Dios sigue siendo el Emmanuel, Dios con nosotros. Su misericordia es más fuerte que el odio; su luz, más brillante que cualquier noche.

El próximo año, este mensaje hallará nueva resonancia en Vilna, donde la Iglesia acogerá el VI Congreso Apostólico Mundial de la Misericordia (WACOM), titulado «Construir la ciudad de la misericordia».

El Congreso reunirá peregrinos de todos los continentes para celebrar la presencia viva de la Divina Misericordia —Jesús, la Misericordia encarnada—, que transforma los corazones y las sociedades. Será un recordatorio de que la misericordia no es una virtud abstracta, sino una misión concreta: sanar heridas, perdonar ofensas y sembrar paz donde parece imposible.

En el pesebre, la misericordia y la esperanza se abrazan. Dios in-



finito se hace niño para que la humanidad nunca desespere. En esta humilde Natividad contemplamos la respuesta a nuestros deseos más hondos. Cada año, la Navidad renueva la esperanza del mundo, no porque el mundo sea más fácil, sino porque el amor de Dios nunca deja de acercarse.

Que María, Madre de la Misericordia, que guardaba todo en su corazón, nos enseñe a reconocer la luz que resplandece en toda oscuridad. Que la mirada de su Hijo, nacido por nosotros en Belén y adorado en la Puerta de la Aurora, encienda en nuestros corazones el valor de creer que la paz es posible. Que esta Navidad traiga la bendición de que, en cada hogar, en cada nación, en cada rincón herido de nuestro mundo, el Cristo recién nacido sea acogido como la Esperanza que no defrauda.



URUGUAY: SANTUARIO DE LA VIRGEN DE LOS TREINTA Y TRES, FLORIDA

La Navidad, Semilla de Esperanza en el Corazón de Uruguay

Desde este Santuario Nacional de la Virgen de los Treinta y Tres, Patrona de Uruguay, elevamos nuestra mirada al Cielo en esta época de profunda significación, enmarcada en el Año Jubilar 2025: Peregrinos de la Esperanza.

En la República Oriental del Uruguay, debido a nuestra histórica tradición laica, el 25 de diciembre se designa oficialmente como el "Día de la Familia". Esta denominación, resultado de la secularización de 1919, subraya la importancia de la reunión y el afecto familiar en la fecha. Sin embargo, para la comunidad católica y para muchos uruguayos, estas fechas siguen siendo, ante todo, la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo.

La Celebración de la Natividad en Uruguay: Entre la Tradición y la Fe

A pesar de la denominación oficial, la esencia de la Navidad late con fuerza en los hogares y en el corazón de nuestra Iglesia. La Nochebuena y el Día de la Familia: La celebración se centra en la cena familiar del 24 de diciembre. Las familias se reúnen para compartir un mate, una historia; para compartir una buena cena que, aunque adaptados al calor del verano austral, a menudo incluyen el tradicional asado, la picada, pan dulce y turrones. A la medianoche, se realiza un brindis, se intercambian regalos y se encienden fuegos artificiales. El 25 de diciembre es feriado nacional, dedicado al descanso y la continuidad de la reunión familiar. La comunidad católica practicante



participa de la Eucaristía de Navidad. El 25 de diciembre es para los católicos un día de precepto. Signos Visibles de la Fe: La Iglesia católica es la encargada de mantener viva y visible la celebración del nacimiento de Jesús. Se instalan Pesebres en iglesias y hogares, y la Arquidiócesis de Montevideo impulsa campañas como "Navidad con Jesús", invitando a los fieles a colocar balconeras y a participar de las celebraciones litúrgicas propias de la fecha. La Misa de Gallo y las misas del día de Navidad congregan a los fieles, reafirmando el sentido trascendente de la fiesta.

La Navidad como Signo de Esperanza en el Año Jubilar

El Jubileo 2025 convocado por el Santo Padre, bajo el lema "Peregrinos de la Esperanza", nos llama a reflexionar sobre la fe en un futuro bendecido. La Navidad se integra a esta perspectiva con una elocuencia singular. El Nacimiento de la Esperanza: ¿Hay un signo de esperanza más poderoso que el nacimiento de un niño? El misterio de la Natividad es la irrupción de Dios en la historia humana, una prueba de Su inmutable fidelidad. En el Niño Dios, se nos revela que la esperanza no defrauda (Spes non confundit), sino que se hace carne en nuestra realidad. La Navidad es el recordatorio perpetuo de que Dios se hizo vulnerable por amor, abriéndonos las puertas a una vida nueva. María, Estrella del Alba de la Esperanza: Como Patrona





del Uruguay, la Virgen de los Treinta y Tres es nuestra guía en esta peregrinación. Ella, que llevó la Esperanza en su vientre, nos enseña la paciencia y la fe en el plan de Dios. En este Santuario, al contemplar su imagen, vemos reflejado el coraje de los Treinta y Tres Orientales que la invocaron, y que hoy nos inspira a ser peregrinos valientes en medio de los desafíos de la sociedad uruguaya. Su "Sí" en la Anunciación es el primer acto de una esperanza que culmina en Belén.

de una luz mayor que en definitiva es nostalgia por la luz que nos viene sólo de Dios. Que la Virgen de los Treinta y Tres nos acompañe para ser faros de luz, creyentes en el Amor que Nace en Belén.
¡Feliz Navidad!

Pbro. Dr. César Buitrago López
Rector



La Familia, Santuario Doméstico: La celebración del "Día de la Familia" en Uruguay, a pesar de su origen laico, se convierte en un llamado providencial a la Iglesia para cristianizar el concepto. Es la oportunidad de hacer de cada hogar un santuario doméstico donde la caridad, el perdón y la fe sean el centro de la reunión. Celebrar la Navidad es recordar que la Sagrada Familia de Nazaret es el modelo de la comunidad de amor y el germen de toda esperanza social. Y a pesar de la secularización, en la inmensa mayoría de los hogares uruguayos se encienden luces en el árbol de navidad. Signo del deseo



POLONIA: SANTUARIO DE JASNA GÓRA, CZĘSTOCHOWA



Recobremos la esperanza con María

por + Łukasz Mirosław Buzun,
OSPPE

Obispo Auxiliar de Kalisz

Al contemplar la historia del Santuario de Jasna Góra, advertimos ante todo su rasgo esencial: es un lugar al que acudimos con la esperanza de transformar nuestra vida para bien. Hay quienes llegan con la esperanza de superar dificultades, de vencer pecados y heridas del pasado; otros, con el anhelo de recuperar la salud, de convertirse, de hallar claridad en el “túnel de la existencia”; los jóvenes vienen con la esperanza del amor; los matrimonios, con el deseo de concebir hijos... Numerosos testimonios afirman que aquí muchas súplicas han encontrado cumplimiento bendecido. Otras gracias, silenciosas y profundas, han quedado guardadas en el corazón de quienes las recibieron, como exvotos espirituales atesorados en la memoria de este lugar santo.

En todas estas peticiones confiadas a las manos de María palpita el anhelo de una vida bella, llena de relaciones luminosas, de calor, de salud y de alegría. Sin embargo, sabemos que nuestro camino terrenal atraviesa etapas diversas, a veces breves, a veces largas. En ocasiones nos encontramos en una suerte de oasis de paz y felicidad; y, de pronto, nos vemos de nuevo errantes en el desierto de la vida, en momentos duros que nos abruman hasta casi derribarnos.

En todo ello se hace presente la verdad última de nuestra condición: somos peregrinos. Hemos levantado aquí una tienda que un día será plegada, y deberemos avanzar, porque este mundo

no es el lugar de la plenitud ni de la felicidad definitiva. Cuanto más avanzamos en edad, más profundamente comprendemos —y los hechos lo confirman— esta verdad existencial. Por eso necesitamos una esperanza que no defrauda, esperanza que viene de Dios, nuestro Padre.

En la vida de María, como en la nuestra, no existe esperanza duradera sin Dios. Es Dios quien confiere significado y grandeza a cada acontecimiento de su vida. Por eso, los misterios de la existencia de María —desde el Nacimiento hasta la Huida a Egipto, desde el Niño hallado en el Templo hasta la Cruz— tienen un peso extraordinario en la historia de la salvación: no son los méritos humanos ni el elogio de teólogos lo que los engrandece, sino el designio divino que en ellos se cumple.

La entrega total de María y su abandono confiado en Dios nos permiten unirnos a este gran plan divino para la humanidad. Su ejemplo y su intercesión reavivan en nosotros la luz del futuro y nos mantienen en la corriente viva de la fe y la confianza mariana. Como proclama el profeta Isaías: «Los que esperan en el Señor renuevan sus fuerzas, alzan el vuelo como águilas; corren y no se fatigan; caminan y no se cansan» (Is 40,31).

Dios trazó la vida de María de tal modo que, pese a colmarla de una dignidad singular y de una pureza sin mancha, su existencia no dejó de asemejarse a la nuestra: conoció gozos tan grandes que su corazón materno no podía contenerlos, hasta estallar en canto; y conoció también pruebas duras y dolorosas. Se alegró en el nacimiento de Jesús, ante los pastores y los magos, en Nazaret junto a su Hijo, en sus milagros, en la bendición que su bondad derramaba.

Pero María nos enseña sobre todo a entregarnos a Dios en los momentos difíciles. La vida es cambiante: hay tiempos serenos,

incluso años dichosos; pero también hay horas amargas en las que todo parece imposible. Recientemente —cuenta el pastor— hablaba con una mujer que, entre lágrimas, narraba el abandono del esposo, la traición, las dificultades económicas que siguieron, la dispersión de los hijos por el país y por el mundo, la enfermedad y la muerte de un ser querido. ¡Cuántas pruebas juntas! Como estas, otras muchas penas quedan escondidas, discretamente veladas.

No podemos idealizar la existencia, aunque lo deseáramos. Hay momentos en los que caemos en apatía, depresión, desencanto, en luchas interiores, ira, o incluso en agresividad y





odio. ¡Cuánto sufrimiento se acumula en el corazón humano! María nos enseña a entregar a Dios estos momentos difíciles, cuando nos sentimos superados, cuando nacen en nosotros divisiones, tensiones y sombras, para no dejarnos arrastrar por ese lado oscuro, por esa negatividad que envenena el alma. Muchos han descubierto, en este camino, su presencia, su sabiduría y su amor, así como su cuidado maternal por cada uno de nosotros. Miremos a María, modelo luminoso de mujer transida de alegría. Su gozo abraza toda su persona y penetra hasta lo más hondo de su alma. ¡Cuán necesario es que toda mujer —madre, esposa, hija, viuda, abuela— tenga abundancia de alegría y entusiasmo en el corazón! Bien sabemos lo que ocurre cuando falta la alegría en una familia. No todo depende de una sola persona, pero tampoco esto excusa el descuido: la mujer sostiene la vida afectiva del hogar, ofrece apoyo espiritual y moral, escucha, acompaña y modela los sentimientos. Sin su alegría interior, nada puede florecer verdaderamente.

Pero ¿de dónde brota esta alegría? Surge como un rayo de luz que penetra por la ventana del templo interior y lo va iluminando lentamente, disipando la oscuridad y revelando la verdadera forma de las cosas. Esa alegría es posible solo con un corazón puro, redimido, ordenado y confesado ante Dios.

María nos conduce a la confianza, incluso en medio de todo. Quizá alguno diga: “Es demasiado; mis cargas son muy pesadas; las palabras no cambian la realidad”. Y, sin embargo, por pequeña que sea, la confianza es siempre posible. Crece lentamente, como una llama humilde; no arderá de inmediato con la

magnitud del fuego de María, pero crecerá si colaboramos con la gracia de Dios, evitando la queja que nos agota, la murmuración que hiere, el resentimiento que se instala, el mal pensamiento que fermenta dentro... Esa luz de confianza extiende su fuerza salvadora en el alma.

Necesitamos reconocer lo pequeño y confuso que hay en nosotros, lo que nos impide abrirnos a la gracia. Debíamos preguntarnos más a menudo: ¿cómo amar?, ¿cómo abrir el corazón?, ¿cómo llevar la belleza del Evangelio? Y examinar paciente-mente, en la vida diaria, lo que empobrece nuestro amor, lo que lo distorsiona o lo debilita. Al mismo tiempo, junto con María, debemos introducir a Cristo en todo lo que vivimos: en las caídas, en la impotencia, en la tristeza y también en la alegría. Que el Señor esté presente no solo en los días solemnes, sino en cada instante oscuro y común de nuestra vida. Él desea abrir nuestro corazón; sin Él, todo se enfría y se vuelve lejano.

María, encinta de esperanza y confianza, nos dice hoy que el Señor cuida de nosotros (cf. Sal 40,18). Él nos guarda durante la vida terrena como la niña de sus ojos, y nos ama más que una madre ama a su propio hijo, pues, como Él mismo prometió: «Como una madre consuela a su hijo, así os consolaré yo» (Is 66,13).

PORTUGAL: SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO, FÁTIMA



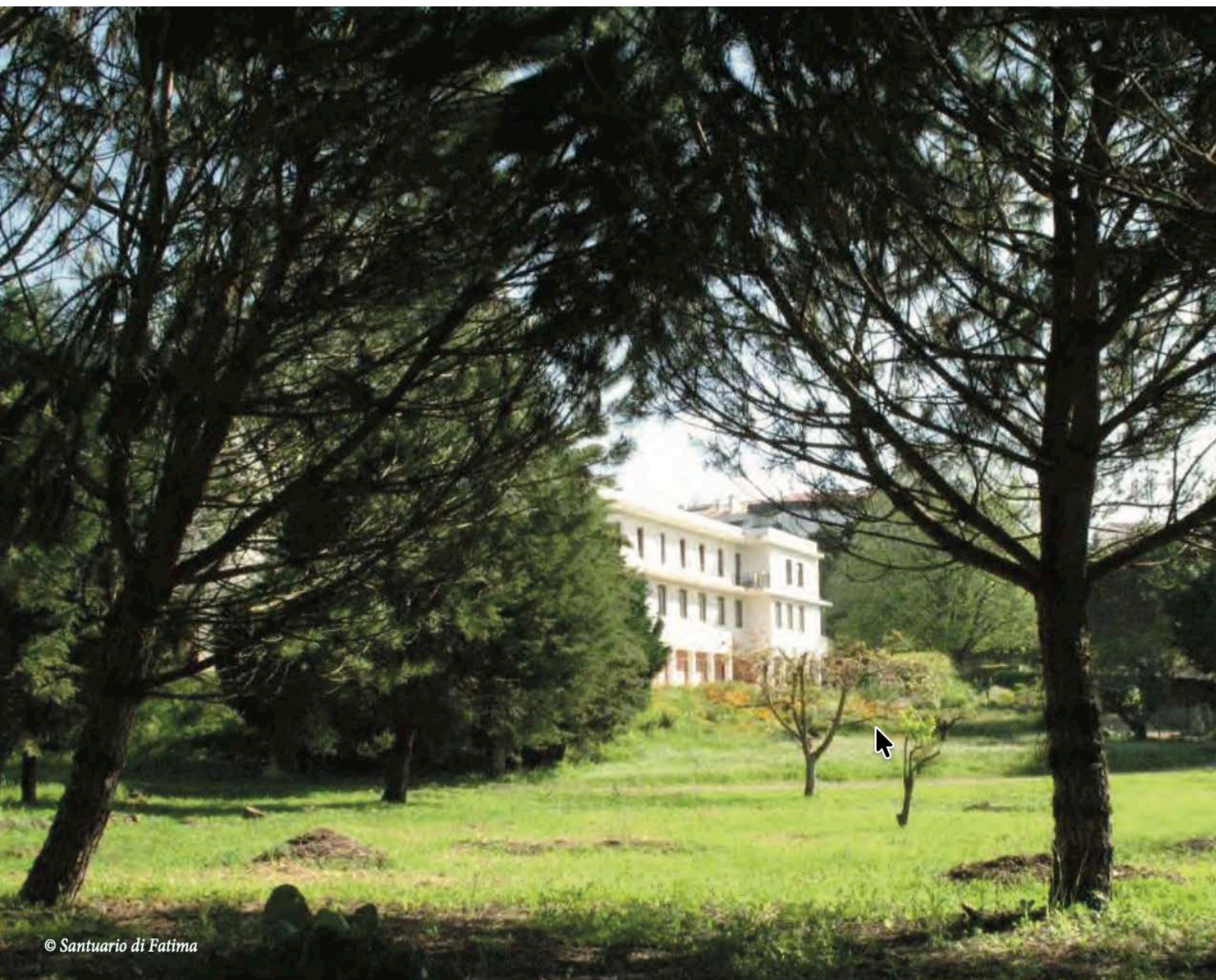
No ser indiferentes al sufrimiento ajeno

Los preparativos de la Navidad llenan de vida las calles de nuestras ciudades; los adornos festivos alivian los días fríos y hacen brotar una alegría discreta que crece a medida que se acercan las celebraciones.

El tiempo de espera piadosa y jubilosa de la venida del Señor, el Adviento, prepara los corazones para el gozo del Nacimiento. Pero la proximidad de la Navidad y de su preparación no logra disipar por completo las sombras de una sociedad que contemplamos marcada por tonos

de incertidumbre, de angustia y de desasosiego. Las guerras que siguen desgarrando el mundo no se extinguen; tampoco desaparecen, como por arte de magia, la tensión y la polarización que amenazan el futuro de tantos pueblos y naciones. La opresión y la explotación del ser humano por el ser humano no pertenecen al pasado: siguen configurando nuestro presente. Sin embargo, los signos festivos de la Navidad reavivan en nosotros la esperanza y la confianza en el mañana, porque la Navidad proclama que Dios jamás permanece indiferente ante los sufrimientos y los dramas de la humanidad y de cada uno de sus hijos.

La celebración de la Navidad nos permite experimentar la inmensa ternura con la que Dios nos ama. En nuestros belenes



© Santuario di Fatima



contemplamos a un Dios que se acerca, que sale a nuestro encuentro y nos muestra un amor sin medida. En el pesebre contemplamos a Aquel que es nuestra Esperanza, Jesucristo. La esperanza que proviene de Él no es estéril, y acoger a Jesús en nuestros corazones conlleva necesariamente consecuencias. En la apertura del Año Jubilar, el Papa Francisco nos recordó que de la acogida del Dios Niño nace el desafío de «transformar el mundo» y de llevar «la esperanza allí donde se ha perdido».

En un mundo que conoce los dramas de la guerra y tantas formas de violencia, la Navidad, celebración del nacimiento del Príncipe de la Paz, nos trae la paz. Esto es lo que proclaman los Ángeles y lo que también cantamos nosotros en aquella «noche feliz»: «Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres que Él ama».

La Navidad es fiesta de paz, de armonía y de fraternidad, porque Dios se hace nuestro hermano en Jesucristo. Celebrar el nacimiento de Jesús, «Príncipe de la Paz», implica una atención concreta hacia los demás: solidaridad, compartir, ayuda desinteresada hacia quienes se encuentran en mayor necesidad. Acoger la paz que Jesús nos trae significa transparentar el amor de Dios. La Navidad es la proclamación de que Dios nunca permanece indiferente ante los sufrimientos y los dramas de la humanidad y de cada uno de sus hijos. Por ello no podemos olvidar a quienes, en esta noche, viven el drama de la guerra en Ucrania y en tantos otros lugares del mundo y no pueden celebrar la Navidad en paz. No podemos olvidar a quienes están solos, a quienes son explotados de cualquier forma, a quienes carecen de condiciones de vida dignas, a quienes desesperan en medio de una crisis económica que les ha precipitado en la incertidumbre.

Celebrar la Navidad nos desafía a no ser indiferentes al sufrimiento ajeno y a acudir con prontitud al encuentro de quienes necesitan nuestra ayuda.

Los contemporáneos del nacimiento de Jesús anhelaban con ardor un mesías político, un guerrero; deseaban un enviado de Dios que empuñara las armas y derrotara a los enemigos. Pero, en lugar de un emisario, es el mismo Dios quien viene. Y no viene como un poderoso guerrero, sino que asume nuestra fragilidad. Acepta nacer como un recién nacido, completamente dependiente de los cuidados ajenos. Como los contemporáneos de Jesús, ante el drama de la guerra y de la violencia, también nosotros deseamos con frecuencia una manifestación del Omnipotente, olvidando que en Navidad Él se revela como el «totalmente frágil», y que en esa fragilidad y pobreza reside nuestra esperanza de paz.

La Navidad nos revela el rostro de Dios, que puede ser hallado en todo rostro humano, y que estamos llamados a reconocer en los migrantes, en los refugiados y en los desplazados, en los pobres.

La Navidad nos muestra al Emmanuel, el Dios-con-nosotros, que cura nuestra soledad.

La lógica del amor es acercarse: quien ama desea estar cerca de la persona amada. Pues bien, es porque nos ama con un amor sin medida que Dios viene a nosotros, para colmar de sentido nuestra esperanza.

Padre Carlos Manuel Pedrosa Cabecinhas
Rector

ESLOVAQUIA: CATEDRAL DE SANTA ISABEL, KOŠICE



La esperanza del tiempo de Navidad

Al umbral del año 2025, cuando la Iglesia se dispone a concluir el Año Jubilar bajo el lema “Peregrinos de la Esperanza”, nuestros corazones

vuelven una vez más a Belén, al lugar donde Dios se hizo hombre para revelarnos que Él es el Dios con nosotros, el Emmanuel. La Navidad, la fiesta de la venida de Jesucristo al mundo, no es simplemente el recuerdo de un acontecimiento remoto, sino una fuente viva de esperanza para un mundo cargado de inquietud, incertidumbre y de un profundo anhelo de paz.

El misterio de la Navidad es la respuesta de Dios a la ansiedad humana: una certeza silenciosa pero poderosa de que, incluso en la oscuridad más densa, brilla una luz que las tinieblas no pueden vencer.

Dios no entra en el mundo revestido de poder, sino de humildad: se presenta como un niño pequeño e indefenso. No escoge un palacio, sino un establo pobre y sencillo.

Con ello nos revela que la verdadera fuerza habita en el amor, un amor que no teme la vulnerabilidad. El Niño del pesebre es el signo de que la esperanza surge precisamente donde menos

la esperamos: en la fragilidad, en el silencio, en el valor de creer cuando todo alrededor parece negarlo.

Ese mensaje resuena hoy con más urgencia que nunca. Nuestro mundo, tantas veces desorientado, necesita volver a descubrir una luz que no provenga de las pantallas de nuestros dispositivos, sino del corazón de Dios.

El Año Santo 2025 nos ha enseñado a mirar la vida como un peregrinaje. Cada uno de nosotros es un peregrino en camino hacia Dios, un caminante que avanza con confianza incluso cuando el horizonte se oculta.

Un peregrino de esperanza no es quien huye de las dificultades, sino quien las transforma mediante la fe y la perseverancia.

También la Iglesia camina así: no como una institución triunfante, sino como una familia que se sostiene mutuamente, que lleva sobre sí las heridas del mundo y ofrece sanación allí donde hay dolor.

En Košice, esta dimensión del peregrinaje cobra un sentido particular, arraigado en la catedral gótica medieval de Santa Isabel: no solo un tesoro arquitectónico, sino también el corazón espiritual de la Eslovaquia oriental.

La catedral se erigió como santuario de peregrinación en el lugar de un milagro eucarístico.



Según la tradición, durante una misa en la primitiva iglesia parroquial, un sacerdote derramó accidentalmente la Sangre consagrada de Cristo sobre el corporal, y en el lino apareció milagrosamente la imagen del rostro de Jesús.

La noticia del prodigio se extendió rápidamente, y personas de lugares cercanos y lejanos comenzaron a acudir a Košice para venerar la verdadera Sangre de Cristo, llevando sus súplicas y buscando curación, consuelo y un nuevo comienzo.

El papa Bonifacio IX reconoció oficialmente este acontecimiento y, mediante una bula de 1402, concedió indulgencias especiales a los peregrinos que acudieran a la catedral de Santa Isabel.

Aunque la reliquia del Sangre de Cristo se perdió tras la Reforma, los peregrinos siguen llegando a este lugar sagrado, donde bajo sus majestuosas bóvedas descubren la fuerza de la oración: una energía que irradia de las mismas piedras que durante siglos han escuchado los dolores, las súplicas, las alabanzas y las acciones de gracias elevadas a Dios.

Allí, todos se convierten en peregrinos de esperanza: ancianos y jóvenes, enfermos, creyentes y buscadores.

Dedicada a Santa Isabel, mujer de misericordia y servicio, la catedral proclama una esperanza que nace de gestos concretos de amor.

Así como nuestra patrona encontró a Cristo entre los pobres y los que sufrían, también nosotros estamos llamados a hallarlo en el rostro de quienes necesitan nuestra cercanía, nuestro perdón y nuestra paz.

Una expresión viva de esta tradición ininterrumpida de peregrinación ha sido el Año Jubilar 2025, cuando miles de fieles se congregaron allí, especialmente el día 22 de cada mes, para celebrar la Noche de la Misericordia, participando en la Santa Misa con los predicadores jubilares.

En Navidad, cuando se encienden las velas y las luces de la catedral y el himno Noche de paz llena el aire, esta costumbre se transforma en algo más que una tradición querida: se convierte en la oración de toda una ciudad que busca la luz en medio de

la oscuridad.

Cada llama representa un alma que se niega a rendirse a la desesperanza. En esos instantes, la historia se entrelaza con el presente: la misma luz que un día iluminó Belén brilla ahora en los ojos de los fieles.

La esperanza de la Navidad no pretende ser una huida de la realidad, sino una invitación a transformarla, construyendo la paz que nace de la fe, de la paciencia y de la ternura del corazón.

El mensaje navideño nos enseña que incluso los gestos más pequeños de amor poseen un valor eterno: una palabra de perdón, una sonrisa, una oración pueden ser el inicio de un milagro.

Así nace el Reino de Dios, de manera silenciosa, pero inequívoca.

Al concluir este Año Jubilar, somos llamados a renovar el corazón y a no dejar nunca de ser peregrinos de esperanza.

Caminar con Cristo significa portar la luz incluso a través de la oscuridad y creer aun cuando el sentido se nos escape.

Significa levantarse una y otra vez, perdonar, amar, orar y vivir con la firme convicción de que Dios camina con nosotros.

Que el canto de los ángeles en aquella noche santa de Belén resuene también en nuestros corazones:

“Gloria a Dios en el cielo y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.”

Que esa paz llene Košice, Eslovaquia, Italia y el Vaticano; que inunde el mundo entero, desgarrado por la inquietud y el conflicto.

Porque allí donde nace Cristo, nace también la esperanza: una esperanza silenciosa y humilde, pero más fuerte que todas las tinieblas del mundo.

ThLic. Allan Tomáš

Deán y párroco



ESPAÑA:
SANTUARIO DE SANTIAGO,
COMPOSTELA



La razón de la esperanza

Para celebrar la Navidad, con cierta antelación se prepara el belén en templos y domicilios de las familias. Incluso suele hacerse un concurso para elegir el mejor belén. Con más o menos conocimiento de las costumbres del pueblo y de los tipos de personas y animales existentes entonces en aquella nación del Oriente, se colocan en él casas, palacios y chozas, a tono con la categoría de los domicilios de las familias y de los lugares donde se guarecían los que, como los pastores, se movían por el campo. Por otra parte, es costumbre tradicional el que en



los belenes se colocaran luces llamativas; y en el pueblo, se hacían sonar campanas y se escuchaban villancicos que hicieran sentir el gozo de la venida del Hijo de Dios para salvar al hombre. Ciertamente, en algunos lugares del Occidente, no faltan personas y grupos políticos que toman ocasión de la fiesta cristiana de la Navidad para mostrar su poder y su capacidad de convocatoria, en la búsqueda de turistas que dejen beneficios materiales en el lugar. Esto se concreta en la iluminación de la ciudad de modo muy atractivo, ya antes de concluir el mes de noviembre. Esas luces, sin demasiada relación con lo que sería el entorno del nacimiento de Jesús, se



mantienen a lo largo del Tiempo de Navidad, sin la más pequeña alusión a la liturgia navideña.

El nacimiento de un "retoño del árbol de Jesús", trae como consecuencia la aparición del "hijo de David", que había de perpetuar el verdadero Reinado del rey-profeta. Eso es para todos nosotros un motivo de esperanza fundada. Coincide con el cumplimiento pleno de aquella profecía de Isaías, cuando Acab quería sellar un trato con Asiria para hacer frente a la coalición siro-efraimita. En aquel momento, el profeta intentó mover al rey a no pactar con paganos y confiar en que Dios estaba con ellos, apoyado en que su mujer, todavía virgen, iba a dar a luz a un niño, cuyo nombre "Enmanuel" (= "con nosotros Dios") mostraría que el Señor estaba de la parte de Judá.

A nivel litúrgico, todo comienza con el Adviento, que nos llena de esperanza al ver que se aproxima la conmemoración del "advenimiento" del Salvador del mundo. A lo largo de esas casi cuatro semanas se estimula todavía más a la esperanza, en un ambiente de paz; y el tercero de los domingos se denomina "Gaudete" (=Alegraos), en razón de que "viene el Señor en persona y nos salvará". De ese mismo colorido son las "Antifonas de la O", que rodean el canto del Magnificat de los siete días anteriores a la Navidad: "Oh Sabiduría", "Oh Adonai" (=Señor), "Oh, Renuevo", "Oh Llave" (de la Casa de David), "Oh Sol", "Oh Rey", "Oh Emmanuel" (=con nosotros Dios).

Yendo a la realidad de lo acontecido en el primer siglo de la era cristiana, el niño Jesús, que nace en una Navidad insólita, nace pobre, fuera del lugar de domicilio de José y María, sin que hubiera sitio para estos en el mesón; y además, sin hacerse eco ninguno de los estamentos elevados de la sociedad. No disponían José y María de la cama, los lienzos y otros accesorios requeridos normalmente para el nacimiento de un niño. En aquella ocasión, van a visitarlo los pastores, un grupo mar-

ginal, formado por personas que no eran adictas al templo ni a la sinagoga. Un ángel proclama la paz para los hombres de buena voluntad.

El nacimiento del Niño Dios era más propio de ámbitos marginales, olvidados, e impropio de la gente cultivada y con posibilidades. En esa línea se mostrará Jesús, a lo largo de su vida pública, pues, aunque se relaciona con todos, acogerá más que nada a los marginados. Se muestra cercano a la mujer pecadora que se le echó a sus pies y se los regó con sus lágrimas. También ensalzará al buen samaritano de la parábola, que cura a un judío moribundo, al que no habían auxiliado dos judíos del estamento clerical, que habían pasado por aquel lugar. En otro momento, alaba al samaritano aquejado de lepra, que había vuelto a dar gracias a Dios por la curación. En una de sus parábolas, Jesús considera justificado ante Dios al publicano, y no así al fariseo, concluyendo que, a quien se ensalza, Dios lo humillará; y a quien se humilla, Dios lo ensalzará.

En Navidad, las familias cristianas son proclives a ejercer la caridad, siendo de modo directo más generosas con los pobres, o dando algo más a Cáritas, pensando en ellos. Por otra parte, las familias tratan de reunirse; y, si hay tirantezas entre algunos de sus miembros, intentan olvidarlas y renovar su cercanía y buen entendimiento.

Yendo un poco más allá, buscando el sentido profundo del nacimiento del Hijo de Dios, vemos que estriba en que, siendo pecador el ser humano, la misericordia de Dios promovió el que el Hijo, siempre fiel a la voluntad del Padre, entregara su vida para que el ser humano consiguiera alcanzar una vida en paz, sin fin. Esta es la razón de nuestra esperanza, al llegar la Navidad.

Monseñor José Fernández Lago

Canónigo Lectoral de la Catedral de Santiago



REINO UNIDO: SANTUARIO NACIONAL CATÓLICO Y BASÍLICA DE NUESTRA SEÑORA, EN WALSINGHAM

La alegría y la esperanza de la Encarnación

La Navidad es una ocasión bendita para contemplar la inmensidad y la gracia del amor de Dios por nosotros, así como la esperanza y el gozo que ese amor derrama en nuestras vidas. En el este de Inglaterra, aquí, en nuestro Santuario Nacional Católico y Basílica de Nuestra Señora, en Walsingham, conservamos un antiguo Santuario Mariano de la Encarnación, fundado en 1061, destruido por Enrique VIII en 1538 y restaurado oficialmente para los católicos en 1934. Por ello, para nosotros en Walsing-

Sí, nuestro Bendito Señor nació en nuestro mundo áspero y herido; como uno de nosotros, semejante a nosotros en todo salvo en el pecado. Dejó las alturas del Cielo para descender entre nosotros y hacerse como nosotros, caminando a nuestro lado como amigo, hermano, maestro, Redentor, nuestro Dios hecho visible. Pero podemos preguntarnos: ¿por qué lo hizo exactamente?



© Catholic National Shrine and Basilica of Our Lady, at Walsingham

ham, la alegría de la Encarnación es una celebración cotidiana, aunque alcanza su culmen, naturalmente, en la solemne festividad de la Navidad.

En este misterio celebramos cómo, mediante el “sí” de la Virgen, su fiat, el Verbo se hizo carne [cf. Jn 1,14-18] y entró en nuestro mundo portando una esperanza que supera toda comprensión [cf. Flp 4,7]. Sí, Jesucristo mismo, y ningún otro, es el Nombre de la esperanza que ilumina nuestro mundo.

Ante todo, lo hizo para salvarnos reconciliándonos con Dios [cf. CEC n. 457]. Como sabemos, desde el tiempo del pecado original hasta hoy, la humanidad camina entre luces y sombras, y el pecado es, por desgracia, parte de nuestra condición humana. El pecado original, nuestros pecados personales y el pecado estructural: todo ello requiere un Salvador que nos redima, que nos rescate. Y así, el Padre de las misericordias, por su inmenso e inigualable amor por cada uno de nosotros, entregó a su propio Hijo, el Amado, el Engendrado desde la eternidad, para que

fuese nuestro Salvador.

En segundo lugar, lo hizo para mostrarnos el amor de Dios y para que pudiésemos conocerlo y experimentarlo [cf. CEC n. 458]. Siendo omnipotente y onnisciente, justísimo y riquísimo en misericordia, en vez de abandonar a la humanidad a su propia suerte, nos tendió la mano con su amor inmenso. Sí, Dios, que es Amor, jamás nos abandona.

En tercer lugar, descendió del cielo para ser nuestro modelo de santidad, es decir, para enseñarnos el arte de vivir [cf. CEC n. 459]. Por ello, cada uno de nosotros está llamado a la santidad, y Él es nuestro maestro y modelo en este camino: nos enseñó, con la palabra y con el ejemplo, a vivir de un modo grato a Dios.

Y, por último, “el Verbo se hizo carne” para hacernos “partícipes de la naturaleza divina” [cf. CEC n. 460]. En efecto, nuestro Señor Jesús no pretendía devolvernos al paraíso terrenal que Adán y Eva perdieron por su desobediencia. No; su deseo último es conducirnos a su patria celestial. En este tiempo de Navidad, el Año Jubilar puede seguir resonando con verdad en nuestros corazones, inspirándonos a ser peregrinos de esperanza incluso bien entrado 2026. Ojalá el Año Santo haya sido para nosotros “un tiempo de auténtico encuentro personal con el Señor Jesús, la ‘puerta’ [cf. Jn 10,7-9] de nuestra salvación, a quien la Iglesia tiene el deber de anunciar siempre, en todas partes y a todos como ‘nuestra esperanza’ [1 Tm 1,1]” [Francisco, *Spes non Confundit*, 1].

En Navidad, todos estamos llamados a confrontarnos cara a cara con el amor encarnado de Dios, un amor dinámico y capaz de transformar la vida. En nuestros hogares, familias, colegios y en las parroquias de Roma, de toda Italia y de muchos otros países, se preparan bellísimos belenes para el tiempo navideño, y se nos invita a arrodillarnos ante ellos en adoración del Niño Jesús en el pesebre. Allí contemplamos el rostro del Amor Encarnado.



Mi esperanza y mi oración por todos los peregrinos que han venido a Walsingham durante el Año Jubilar, y, en realidad, por quienes han viajado a la Ciudad Eterna de Roma, así como por todos los que viven y trabajan en estos lugares, es que cada uno haya acogido la llamada personal a ser peregrino de esperanza. Podemos hacerlo también en los días venideros, cuando nos reunamos para nuestras comidas navideñas y nos intercambiamos regalos; cuando participemos en nuestras Misas de Navidad, cuando nos acerquemos a familiares y amigos, a los vecinos y a quienes atraviesan dificultades. Podemos asimismo reflexionar sobre el don que podemos ser —y estamos llamados a ser— para los demás: un don de amor y reconciliación; de paz y esperanza; de alegría para cuantos nos rodean.

Rev. Dr. Robert Billing
Rector



ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA: SANTUARIO NACIONAL DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN, WASHINGTON, D.C.



El nacimiento de Jesús da esperanza en medio de la desesperación

Al llegar el día de Navidad, los fieles de las iglesias de todo el mundo alzarán su voz en jubiloso canto proclamando el nacimiento de Jesús, el Príncipe de la Paz. Y, sin embargo, mientras entonamos gozosos villancicos, somos dolorosamente conscientes de que la situación mundial dista mucho de ser jubilosa. Vivimos en un mundo en crisis, un mundo marcado por la violencia y la crueldad de la guerra, la pobreza, la injusticia, los conflictos, la enfermedad y la muerte. Estas realidades no son exclusivas de nuestro tiempo. El mundo y las personas no son muy distintos en 2025 de lo que eran cuando nació Nuestro Señor. Hemos avanzado mucho: vivimos y vestimos de manera diferente; los anuncios públicos se difunden a través de los medios de comunicación y de Internet en lugar de ser proclamados por los Ángeles; y la mayoría de los niños nacen en hospitales, no en establos. A pesar de estos progresos, seguimos enfrentándonos a momentos de oscuridad; la vida continúa teniendo sus problemas y dificultades, tanto en el plano personal como en el global.

Del mismo modo que María y José no lograron encontrar un lugar donde dar a luz a su Hijo, hoy muchas personas siguen sin hallar sitio “en la posada” (Lc 2,7). Las fronteras de muchas naciones permanecen cerradas a los inmigrantes, y demasiados niños no tienen un lugar donde reclinar la cabeza. En todo el mundo, especialmente en los países devastados por la guerra y en las tierras golpeadas por la sequía, hombres y mujeres siguen esperando y rezando por la paz, por la justicia y por el alimento necesario para sobrevivir.

Se prevé que las celebraciones navideñas en Belén, ciudad natal de Nuestro Señor, queden silenciadas por tercer año consecutivo. El alto el fuego entre Israel y Hamás muestra ya signos de derrumbe, y no se vislumbra un final para la guerra entre Ucrania y Rusia.

Misteriosamente, es en estos tiempos de tumulto cuando el asombro y el milagro de la Encarnación se vuelven más claros. En 1943, el conocido teólogo y pastor alemán Dietrich Bonhoeffer escribió desde la prisión a su prometida: «Precisamente cuando todo pesa sobre nosotros hasta el punto de apenas poder soportarlo, el mensaje de Navidad llega para decirnos que Dios está en el pesebre: la riqueza en la pobreza, la luz en las tinieblas, el auxilio en el abandono. Ningún mal puede sobrevenirnos; sea lo que sea que los hombres puedan hacernos, no pueden sino servir al Dios que se revela en secreto como amor y gobierna el mundo y nuestras vidas» (Dios está en el pesebre. Reflexiones para el Adviento y la Navidad).

Cada año, la celebración de la Navidad nos eleva por encima de cualquier circunstancia que estemos atravesando. La conmemoración anual del nacimiento de Jesús nos ofrece esperanza en medio de la desesperación, nos trae luz en medio de las tinieblas y proclama la «buena noticia de gran alegría» para todo el pueblo, tal como el ángel anunció a los pastores en aquella primera noche de Navidad (cf. Lc 2,10).

El recientemente proclamado Doctor de la Iglesia, san John Henry Newman, enseñó a su congregación el día de Navidad: «La gloria de Dios inicialmente asustó a los pastores, de modo que añadió la buena nueva para obrar en ellos un temple más



sano y jubiloso. Entonces se alegraron» (Esperando a Cristo. Meditaciones para el Adviento y la Navidad, 110).

Los pastores eran marginados de la sociedad. Tras una vida marcada por la precariedad, eran personas cuyas existencias resultaban fundamentalmente desesperanzadas. No se les permitía testificar en los tribunales; no podían votar; se les concedía poco o ningún respeto; y en una sociedad fuertemente estratificada, los pastores eran considerados la clase más baja.

La de pastor es una de las ocupaciones más antiguas mencionadas en la Escritura. El primer «pastor de ovejas» (Gn 4,2) fue Abel, el segundo hijo de Adán y Eva. En la jerarquía social, los pastores no ocupaban los primeros puestos; estaban más bien cerca del fondo. Y aun siendo esenciales para la economía —pues sus ovejas y cabras proporcionaban alimento, vestido y animales para los sacrificios—, seguían siendo tenidos por inferiores. En la Escritura, los pastores representan a los humildes, a los sencillos. Su inclusión en el relato de la Natividad refleja la misericordia de Dios hacia los más necesitados. Al mismo tiempo, los pastores son considerados los primeros evangelizadores: fueron los primeros no sólo en escuchar de labios de los ángeles la Buena Nueva del nacimiento de Jesús, sino también en difundir «el mensaje que se les había anunciado acerca de aquel niño» (Lc 2,17).

Quizá ésa sea la razón por la que Dios eligió a los pastores como primeros visitantes de su Hijo: porque, más que nadie, los pastores necesitaban aquella visita, necesitaban ser confortados, necesitaban encontrar un nuevo sentido para sus vidas, necesitaban alegrarse, necesitaban esperanza y necesitaban la «paz dada a aquellos en quienes se complace Dios».

La Navidad nos recuerda que Dios envió a Jesús para levantarnos y dar esperanza a un mundo caído. Asumiendo nuestra carne, Dios, en Jesús, transfigura nuestra debilidad, cura nuestras heridas, lleva luz a las tinieblas de la vida y concede «paz a aquellos en quienes Él se complace» (Lc 2,14).

Al convocar el Año Jubilar Ordinario de 2025, el difunto Papa Francisco deseaba que el Año Jubilar fuese «un momento de encuentro genuino y personal con el Señor Jesús», que es nuestra esperanza y Aquel que nos ayuda «a superar nuestras pruebas y dificultades y nos inspira a seguir adelante» (Spes Non Confundit, 1, 25). El Papa León XIV retoma este pensamiento al afirmar: «Ésta es la verdadera esperanza: saber que, incluso en la oscuridad de la prueba, el amor de Dios nos sostiene» (Discurso en la Audiencia General, 27 de agosto de 2025). El amor de Dios nos sostiene en Jesús. Con el nacimiento de Jesús, Dios



entra en la humanidad con todo lo que ésta implica. Con la venida de Jesús se nos da todo lo que necesitamos «para superar nuestras pruebas y dificultades» y seguir adelante.

Para seguir adelante se requiere determinación y esperanza, la esperanza que sólo el nacimiento de Jesús puede ofrecer. Si nos apoyamos únicamente en nuestras fuerzas, la esperanza se desvanece pronto, pues nos rendimos con facilidad cuando no vemos resultados inmediatos. «En el corazón de cada persona, la esperanza mora como deseo y expectativa de bienes futuros, aunque desconozcamos lo que pueda deparar el porvenir» (SNC, 1). Al vivir en un mundo lleno de grandes desafíos, debemos continuar avanzando con la firme esperanza de que Dios hará que todas las cosas cooperen para el bien a su debido tiempo, no al nuestro.

El obispo de Antioquía del siglo IV, san Juan Crisóstomo, ofrece una orientación práctica para avanzar cuando predicó en una ocasión: «Os exhorto, amigos míos, a tener confianza. Que el mundo se agite. Yo me mantengo en su promesa y leo su mensaje: éste es mi muro de protección y mi fortaleza. ¿Qué mensaje? Sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Ante exsilium, nn. 1-3: PG 52, 427-430).

Al celebrar la Navidad de 2025 en un mundo de disturbios, tumultos y hambre, permanezcamos firmes en la convicción de que el nacimiento de Emmanuel, «Dios con nosotros», permanece siempre a nuestro lado, proporcionándonos «la esperanza que no defrauda» y la fortaleza necesaria para perseverar ante los desafíos de nuestro tiempo presente.

Al entonar el conocido villancico Oh Noche Santa, el nacimiento del Salvador trae «un estremecimiento de esperanza», ante el cual «se alegra el mundo cansado, porque allá lejos despunta una aurora nueva y gloriosa».

Monseñor Walter Robert Rossi
Rector

la voz
de las comunidades
religiosas

AUSTRALIA · MONASTERIO CARMELITANO, GOONELLABAH



Ayudar a los demás a encontrar a Jesús

No existe mensaje de esperanza más grande para el mundo que el que encierra el misterio de la Navidad: el misterio de la Encarnación de la Segunda Persona de la Santísima Trinidad. «En el principio existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios» (Jn 1,1).

Tras el pecado de nuestros primeros padres en el Jardín del Edén, la promesa divina infundió esperanza en una humanidad herida. La palabra de Dios anunciada después de la caída de Adán y Eva predice que la descendencia de la mujer aplastará la cabeza de la serpiente, anticipando la victoria definitiva del bien sobre el mal y la venida de un Redentor que derrotaría a Satanás y reconciliaría al ser humano con Dios.

A lo largo de los siglos, esta esperanza permaneció oculta en el corazón de hombres y mujeres que anhelaban paz y alivio en medio de sus cargas. Encontró especial resonancia en el Pueblo Elegido, sostenido por la misericordia de Dios y por su revelación a patriarcas y profetas. Así nació y creció una espera: con creciente claridad, la expectativa del Mesías despertó en el pueblo un deseo profundo. Su anhelo de paz y alegría moldeó su comprensión del Mesías. Lo imaginaban como quien habría de liberarlos de sus enemigos y otorgarles prosperidad y plenitud en un mundo de paz duradera. El que había de venir colmaría estos deseos, sí, pero de un modo que superaba incluso sus sueños más audaces.

Desde la eternidad, Dios había querido la Encarnación. A través de ella revelaría el Misterio de su Ser trinitario y abriría la puerta

a una unión nupcial entre Dios y la humanidad. La paz y la alegría que la humanidad anhelaba en medio del esfuerzo y del conflicto se realizarían en una vida de unión infinita con Dios, iniciada en la tierra y consumada en el cielo para siempre. En sus Romances, san Juan de la Cruz expresa con belleza poética el designio eterno de Dios, iluminando el amor divino por la humanidad y revelando las razones de nuestra esperanza:

1. Cuando ya el tiempo era llegado
en que convenía nacer
la Esposa tan deseada
que en duro yugo había de ser,

2. de aquella ley
que Moisés le diera,
el Padre, con tierno amor,
habló de esta manera:

3. Ves, Hijo, que tu esposa
a tu imagen fue formada;
cuanto más a ti se parezca
mejor te será entregada.

4. Y, aunque es distinta en su carne,
que tu ser simple no tiene,
en perfecto amor se cumple
esta ley que bien conviene:





5. que el amante se haga
semejante al amado;
pues cuanto más se parecen,
más gozo es alcanzado.
6. Su gozo, ciertamente, Hijo,
se multiplicaría
si te viera semejante
a ella en su carne un día.

7. Padre mío, respondió el Hijo,
Mi voluntad es la tuya;
mi gloria es que tu querer
sea mi querer sin duda.

8. Es justo, Padre excelso,
lo que dices y ordenas;
porque así será más clara
Tu bondad que nunca cesa,

9. Tu poder será visible
y tu justicia y saber.
Iré y lo pondré en el mundo,
haré al hombre conocer
Tu belleza y Tu dulzura
y Tu soberano ser.

10. Yo iré a buscar a mi Esposa
y tomaré sobre Mí
sus fatigas y trabajos
que tanto la hacen sufrir;

11. y para que tenga vida
por ella he de morir,
y sacándola del cieno
la llevaré hasta Ti.
(Romance 7. La Encarnación)

¿Quién habría podido imaginar un amor semejante? ¿Cómo habría podido soñar la humanidad un gesto de tal magnitud? Era impensable que una Persona divina asumiera un cuerpo humano y muriera por nosotros, para devolvernos a la vida verdadera. Y, sin embargo, esto es lo que Jesús hizo. En ello reside nuestra ESPERANZA.

La Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo han abierto para nosotros las puertas de la plena Revelación de Dios. En el Bautismo recibimos la virtud teologal de la esperanza. Para quienes hemos tenido la gracia de participar en el Año Jubilar de la Esperanza, la Iglesia ha ofrecido abundantes oportunidades de indulgencias y dones jubilares. Y, al concluir este Año Jubilar, miramos al futuro con esperanza renovada.

Sin embargo, en un mundo a menudo sin paz, donde tantos carecen de bienes esenciales y de dignidad, la esperanza parece inalcanzable y muchos sienten la tentación de la desesperación. Buscan la felicidad por caminos equivocados, ignorantes del amor infinito y personal que Dios les tiene.

Viviendo nuestra vocación carmelitana, deseamos profundamente ayudar a otros a encontrar a Jesús y a entablar con Él una relación personal. Solo entonces comenzará a brotar la esperanza. Solo entonces hallarán paz y alegría, al descubrir que Dios sabe sacar bien incluso de las situaciones más dolorosas. Procurando vivir fielmente como Carmelitas Descalzas, siguiendo la enseñanza de santa Teresa de Jesús y las directrices de la Iglesia, anhelamos ser en el corazón de nuestra Madre Iglesia verdaderas heraldas de ESPERANZA.

Que la paz, la alegría y la esperanza vividas por María y José en la Navidad sean siempre vuestras.

Hna. María del Corazón Inmaculado, OCD

AUSTRIA: CARMELO DE SAN JOSÉ, GRAZ



NADA – La Nada del Carmelo y la Esperanza de la Navidad

En nuestra comunidad de monjas carmelitas descalzas de Graz, en la espléndida Austria, vive una hermana cuyo nombre religioso es Nada —“Nada”, en español. Tras encontrar la fe en Dios hacia los veinte años, deseaba ser nada, esperando todo de Él, como había aprendido en los escritos de san Juan de la Cruz y santa Teresa de Lisieux.

Solo después de más de cincuenta años en el Carmelo, cuando tuvimos la gracia de encontrarnos con nuestros hermanos croatas, nuestra hermana “Nada” descubrió que su nombre, en croata, significa “Esperanza”.

Nada = Null = Esperanza.

¿Una coincidencia sin relieve, indigna de mayor reflexión? ¿O quizá una de esas señales que apuntan a lo real profundo, a esa trama misteriosa que tantas veces no logramos ver, o a la que incluso nos resistimos a creer?

Es llamativo cómo el misterio de la Navidad y la espiritualidad carmelitana convergen en un mismo sendero interior. Ofrecemos aquí siete escenas de esa confluencia, en torno a esta palabra tan despojada y tan fecunda: Nada.

1. NADA en lo pequeño:

«Encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre». Dios entra en el mundo como un niño vulnerable, y, sin embargo, es el Consejero admirable, el Dios fuerte, el Príncipe de la paz. Lo pequeño es esencial para la vida carmelitana. Santa Teresa de Lisieux fue maestra en este arte del despojamiento. Ella nos enseñó la Pequeña Vía, el camino de la infancia espiritual, que consiste en abandonarse a Dios con audacia filial:

«Comprendo muy bien que solo el amor puede hacernos agradables al Dios que es todo amor... Jesús se complace en mostrarme el único camino que conduce a ese horno divino: el abandono de un niño que se duerme sin miedo en los brazos de su padre».

2. NADA en el silencio:

«Mientras un silencio profundo envolvía todas las cosas, y la noche estaba en la mitad de su carrera, tu Palabra todopoderosa descendió del cielo, desde tu trono real». El monasterio carmelitano es un lugar donde el silencio no se predica: se vive. San Juan de la Cruz y santa Teresa de Lisieux —entre tantos otros— lo atestiguan: «El Padre eterno pronunció una Palabra, y esta Palabra fue su Hijo; y la pronuncia eternamente en silencio. Y en silencio la oírás el alma». «¡Oh silencio bienaventurado, que das tanta paz a mi alma!».

3. NADA en la noche oscura

«El pueblo que caminaba en tinieblas vio una gran luz; sobre los que habitaban en tierra de sombras, una luz resplandeció». Así canta la liturgia de Navidad. También para san Juan de la Cruz, es en la noche oscura donde irrumpe la claridad que transforma al alma en llama de amor divino:

«¡Oh noche que guiaste!

¡Oh noche amable más que la alborada!

¡Oh noche que juntaste al Amado con la amada
y transformaste a la amada en el Amado!».

4. NADA en la pobreza

La Encarnación acontece en un establo, en la pobreza más radi-



cal, «porque no había lugar para ellos en la posada». Por eso santa Teresa de Ávila insistió, al fundar los Carmelos descalzos, en una pobreza doble: exterior e interior. Esta última la amaba profundamente la pequeña Teresa: «Lo que agrada al buen Dios en mi pequeña alma es que ame mi pequeñez y mi pobreza, mi ciega esperanza en su misericordia... este es mi único tesoro».

5. NADA en la sencillez

«Cuando los ángeles se marcharon al cielo, los pastores se decían unos a otros: "Vayamos hasta Belén y veamos lo que ha sucedido y que el Señor nos ha dado a conocer"». Con una sencillez semejante a la de los pastores, Teresa de Lisieux vivió y creció en intimidad con Dios: «Las almas sencillas no necesitan medios complicados... Le digo a Dios simplemente lo que quiero decirle, sin usar frases bonitas, y Él siempre me comprende».

6. NADA en María

«La joven concebirá y dará a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel». Dios con nosotros. He aquí, por decirlo así, el "elixir de vida" en el Carmelo: «Acerquémonos a la Virgen purísima para que nos conduzca al amor de Aquel a quien acogió tan profundamente en sí».

7. NADA en la fe

«María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón». ¿Qué meditaba María sino el misterio insondable de la Encarnación? También hoy lo imposible puede tornarse posible cuando lo esperamos todo de Dios. Así lo testimonia Teresa de Lisieux hablando de la Navidad de 1886: «En aquella noche bendita, destinada a iluminar las delicias del mismo Dios, Jesús —hecho niño por amor a mí— se dignó liberarme de las ataduras de la imperfección... Me transformó tanto que ya no me reconocía».

Quizá en nuestra vida hayamos experimentado alguno de estos siete "nadas". Quizá hayamos visto la mano de Dios allí donde todo parecía perdido, inútil o sin esperanza; allí donde solo quedaba la fragilidad, la impotencia, el desamparo.

Allí donde no había nada... y, precisamente por eso, nos atrevíamos a esperararlo todo de Él.

Tal vez, en la Navidad que llega, Dios desee conceder una vez más a la humanidad esta experiencia: que de la nada puede brotar una esperanza nueva; mejor aún, la plenitud de la vida y de la paz.

«Gloria a Dios en lo más alto del cielo, y paz en la tierra a los hombres a quienes Él ama».

Las Carmelitas Descalzas



AUSTRIA: ABADÍA DE WILTEN, INNSBRUCK

El Belén – Un punto crucial de esperanza
Una mirada a la espiritualidad del Orden Premonstratense
En el camino hacia el Pesebre

La oscuridad envuelve de pronto a Norberto de Xanten cuando, en 1115, un rayo lo arroja del caballo. Al recobrar el conocimiento, escucha en su interior estas palabras: «Apártate del mal y obra el bien; busca la paz y corre tras ella» (Sal 34,15). Este sencillo versículo de los Salmos cambia su vida para siempre. Norberto comienza a buscar el verdadero sentido de su existencia y decide seguir el Evangelio y la vida de los Apóstoles con todo su corazón. Sustituye sus elegantes vestiduras por una túnica de lana blanca sin teñir y solicita la ordenación diaconal y sacerdotal. Pero cuando su llamada a un discipulado radical encuentra escasa respuesta entre sus hermanos de San Víctor, Norberto emprende el camino del predicador itinerante.

Poco a poco se despoja de todo bien y abraza una vida de sencillez. Su modo de vida auténtico pronto inspira a otros a unirse a él. Una visión de la Cruz guía a la comunidad naciente a construir un monasterio en un valle aislado al oeste de Laon: Prémontré (del latín *praemonstratum*, «previsto»).

El día de Navidad de 1121, san Norberto y sus primeros compa-

ñeros pronuncian los votos, marcando así el nacimiento de la Orden (*nativitas Christi – nativitas ordinis*). Este momento ha modelado toda la historia de los Premonstratenses: el discipulado comienza en el pesebre, sin riquezas ni signos de poder mundano, sino de rodillas ante Dios que entra en el mundo como un Niño indefenso, enseñándonos que son las cosas pequeñas y humildes las que verdaderamente transforman el mundo. Es un momento de esperanza en un mundo desgarrado: allí donde la humanidad es vulnerable y abierta, allí Dios nos sale al encuentro. Como decía san Agustín: «El deseo de Dios es el ser humano» (*homo desiderium Dei*). Y sin embargo, este encuentro también nos desafía: tras habernos alejado de la verdadera humanidad, somos llamados a volver a ser humanos, tal como Dios se hizo humano por nosotros.

Del Pesebre al mundo

El estilo de vida de los Premonstratenses floreció con rapidez. En el plazo de unas décadas, se fundaron decenas de monasterios masculinos y femeninos por toda Europa Occidental. Aunque muchos desaparecieron con el transcurso del tiempo, la Orden permanece hoy presente en todo el mundo: es la mayor comunidad de canónigos regulares. Siguiendo a san Agustín y





a san Norberto, procuramos ser «un solo corazón y una sola alma en el camino hacia Dios», teniendo «solo a Cristo como nuestra guía». Comunidad, contemplación y servicio pastoral forman un equilibrio vivo. En el servicio a los demás compartimos aquello que se nos concede diariamente por medio de la liturgia y de nuestra vida común. Ninguna tarea nos es ajena: estamos preparados para toda obra buena.

Regreso al Pesebre

El nacimiento de la Orden junto al pesebre está profundamente arraigado en nuestra identidad. Cada día de Navidad renovamos allí nuestros votos como comunidad. Por ello resulta especialmente significativo que uno de nuestros hermanos, el Dom Chrysostomus Mösl (1863–1942), fundara en 1909 la Asociación Tirolesa del Belén. Ésta reúne a los amantes del belén más allá de las fronteras, ayudando a cada uno a encontrar su propio camino personal hacia el pesebre. Miles de personas han creado sus propios belenes, adentrándose profundamente en el misterio de la Encarnación. Cada escena, realizada con amor y devoción, se convierte en una proclamación silenciosa de fe.

En la Mangiatoia

Los belenes creados son, en muchos sentidos, mensajeros del Evangelio y de la Encarnación de Dios. Algunos subrayan la pobreza de Cristo; otros resaltan la espléndida representación de los Magos de Oriente, que depositan sus tesoros a los pies del Niño. Unos buscan reproducir con la mayor fidelidad posible el

entorno del Cercano Oriente en el momento del nacimiento de Jesús; otros, en cambio, trasladan deliberadamente aquellos acontecimientos a nuestro tiempo y a nuestro contexto. Algunos se detienen en la imagen de los pastores, mostrando rebaños dispersos por las colinas en torno a Belén; otros destacan la dimensión divina del misterio mediante coros de ángeles que, en visible alegría, proclaman el mensaje de aquella noche santa. Cada belén se convierte así en una meditación personal sobre el Evangelio, portando un destello de la esperanza revelada en aquel momento. Algunos van incluso más allá, vinculando el misterio de la Natividad con el de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo, poniendo así ante nuestros ojos toda la obra de la redención.

Retorno al mundo

Cada año, al acercarnos al pesebre, buscamos no solo encontrarnos con Dios, sino también redescubrir qué significa ser humanos. Tal vez, paso a paso, podamos abandonar lo superfluo y ofrecer nuestra vida abiertamente a Dios. Y al volver a nuestra vida cotidiana, podamos empezar a percibir el deseo de Dios por nosotros: el Dios que se hizo pequeño y humilde para habitar entre nosotros y estar cercano a toda la humanidad.

Dom Leopold Baumberger, OPraem
Abad



CANADÁ:

ABADÍA BENEDICTINA DE SAINTE-MARIE DES DEUX-MONTAGNES, SAINTE-MARIE-SUR-LE-LAC



La Iglesia... y las monjas conservan intacta la razón de su esperanza!

La Navidad en la Abadía de Sainte-Marie des Deux-Montagnes en el Año Jubilar 2025

En el corazón de la Iglesia, mi Madre, yo seré el amor... La revista del Gobierno lleva por título "Desde el corazón del Estado (del Vaticano) – El Gobierno se cuenta". ¿Por qué, desde el lejano Canadá, las monjas benedictinas de Sainte-Marie des Deux-Montagnes han sido invitadas a compartir su Navidad y su Año Jubilar?

Porque estamos escondidas en el corazón de la Iglesia, presentes en el corazón del Estado del Vaticano, como peregrinas de la esperanza, sin salir del claustro, hemos vivido el Jubileo participando a distancia en las celebraciones romanas.

En Navidad, contemplamos en la gran pantalla las misas celebradas por el Papa León, retransmitidas en diferido por la diferencia horaria. Y ¡qué gracia tan grande! Nos sentimos en casa, en familia, en San Pedro de Roma. Magníficas y solemnes, las celebraciones papales son las mismas que las de nuestra abadía de Sainte-Marie, mucho más sencillas. No tenemos tantos acólitos, ceremonieros, cantores ni esplendor, pero el solemne anuncio de la Natividad, la Calenda, es el mismo; el canto gregoriano es el mismo; las lecturas, las oraciones en latín, son las mismas:

In Bethleem ludae, nascitur ex Maria Virgine, factus homo...

Aperite portas!

«¡Abrid las puertas, alzad los dinteles, y entrará el Rey de la gloria!», cantamos en el ofertorio de la Vigilia de Navidad.

Estas puertas —las puertas santas— fueron abiertas en Roma el año pasado; y en Sainte-Marie, las jóvenes del Noviciado quisieron hacer eco de esas aperturas grandiosas con un gesto sencillo y lleno de alegría: decoraron la puerta de la sala del Noviciado con fotografías de la apertura de cada Puerta Santa. Porque, tras años de desierto y en plena descristianización, nuestro Noviciado florece de nuevo: dos postulantes y más de una docena de aspirantes, casi todas procedentes de la inmigración. Nada es imposible para Dios —afirmaba el arcángel Gabriel a María—. Enixa est puerpera... La joven Madre ha dado a luz a Aquel que Gabriel había anunciado.

Spes non confundit

La esperanza no defrauda. En este Año Jubilar, el don de Dios ha superado todas nuestras expectativas: toda la Iglesia, y de modo particularmente intenso todas las monjas, han vivido la Pascua del Papa Francisco, han gozado con la elección del Papa León, han seguido, escuchado y leído sus intervenciones. Dilexi te —Te amo—, dice Jesús a cada uno de nosotros; lo dice con predilección a los más pobres, a las víctimas de las guerras. Ipse invocabit me: Pater meus es tu! —«Me invocará: Tú eres mi Padre». La Abadía de Sainte-Marie des Deux-Montagnes, unida a Saint-Pierre de Solesmes y a los monasterios de la Congregación de Solesmes, celebra además el 150.º aniversario de la Pascua de Dom Prosper Guéranger (1805-1875), siervo de Dios y de la Iglesia, restaurador de la vida benedictina en Francia, nuestro segundo padre después

de san Benito. He aquí lo que escribía en su Año Litúrgico para la noche de Navidad, texto que releemos cada año en el refectorio:

"Hay tres lugares en el mundo que nuestro pensamiento debe buscar en este momento. Belén es el primero de ellos, y en Belén la gruta de la Natividad nos llama. (...)

Sin embargo, desde hace doce siglos, el Pesebre ha hallado refugio en el centro de la catolicidad, en Roma, en la espléndida y radiante basílica de Santa María la Mayor. (...)

El tercero de los santuarios donde debe cumplirse el misterio del nacimiento del divino Hijo de María está dentro de nosotros: es nuestro corazón. Oh corazón del cristiano, Belén viviente, ¡preparate y alégrate!"

Gloria in excelsis Deo!



© Sainte-Marie Des Deux-Montagnes



© Sainte-Marie Des Deux- Montagnes

¡Gloria!, entona el celebrante durante la misa de la Nochebuena. Como en todas las iglesias del mundo, las monjas prosiguen: et in terra pax hominibus bonae voluntatis. Y suenan las campanas, todas las campanas, porque durante el Gloria en la noche de Navidad resuena el gozo del cielo. No obstante, la alegría de la Navidad coexiste con la dolorosa Pasión de tantas víctimas que llevan la cruz de sufrimientos indecibles causados por las guerras y por las catástrofes naturales.

Pax hominibus... La paz que Jesús trae en Navidad no es la que ofrece el mundo. ¿Debemos desesperar ante la "globalización de la impotencia"? ¿Qué mensaje de esperanza ofrece la Navidad a un mundo con tan poca paz? ¿Podemos responder en nombre de quienes sufren cuando nosotros vivimos en bienestar y plenitud? Dejemos hablar a un joven misionero en Sudán del Sur, el

padre Federico Gandolfi, OFM, cuyas palabras recogía los medios vaticanos el 23 de diciembre de 2024: "La población está agotada: no tiene suficiente para comer, ni con qué vivir, ni atención sanitaria; pero estas fiestas de Navidad serán una explosión de alegría, porque sabe que el Señor está con ella". Hemos leído testimonios semejantes de fe, esperanza e incluso alegría cristiana en las noticias llegadas desde Ucrania, Myanmar y la parroquia católica de Gaza.

Urbi et Orbi...

Aunque no estemos físicamente presentes en el corazón de Roma, lo estamos en espíritu y por representación.

Un grupo de nuestras hermanas benedictinas de Santa Escolástica de Buenos Aires vive en el monasterio vaticano Mater Ecclesiae.

Las reconocimos, silenciosas y en oración, junto al féretro del Papa Francisco durante sus funerales. Su abadesa, madre Cristina Moroni, escribió a nuestra abadesa, madre Isabelle Thouin, contándole que al término del funeral un cardenal se acercó a ellas para pedir permiso para visitar su pequeño monasterio. ¿Quién era? El cardenal Prevost. Las hermanas pensaron enseñada que era el Papa Francisco quien lo enviaba... sin imaginar que aquel cardenal sería elegido después su sucesor. Junto a ellas, en comunión con el Santo Padre y con toda la Iglesia universal, pedimos al Señor que comunique a todos la pequeña llama de la alegría, de la fe y de la esperanza, y que consuele los corazones heridos. ¿No es acaso este el secreto de san Carlo Acutis?

"Estar siempre unidos a Jesús."
Sr. Bernadette Marie Roy, OSB



© Sainte-Marie Des Deux- Montagnes

CANADÁ: MONASTERIO AGUSTINO DE LA MISERICORDIA DE JESÚS, MONTREAL

Esperanza que vigila

«El viajero que se esfuerza en caminar
soporta su fatiga porque espera llegar.
Quitadle esta esperanza, destruid su impulso».
(San Agustín, Sermón 158,8)

El año 2025 ha sido, para las Agustinas de la Misericordia de Jesús de la Federación canadiense, un año marcado por la esperanza que guía nuestra marcha peregrina. En efecto, el monasterio de las Agustinas, situado en el Vieux-Québec (Canadá), custodia en su iglesia histórica el relicario de la Beata María Catalina de San Agustín. En sus inmediaciones se alza la basílica catedral de Québec, donde reposa Mons. François de Laval;



junto a ella, el monasterio de las Ursulinas con la tumba de santa María de la Encarnación; y, a pocos minutos, la iglesia de los jesuitas, cuyos primeros miembros llegaron al país en 1625. Este conjunto de lugares santos, concentrados en un espacio tan reducido, ha atraído un flujo de peregrinos procedentes de todas partes, que han venido a recogerse y mantener viva la llama de la esperanza durante este Año Santo. Hemos sido testigos de esa ola orante que se ha propagado hasta nosotras y que, de modo muy natural, nos ha alcanzado en el corazón de nuestra vocación de hospitalidad, estimulando también nuestro propio camino de peregrinación junto a nuestros hermanos y hermanas en humanidad.

Además, para nosotras, Agustinas, ha sido el año de nuestro capítulo general cuyo tema era: «Caminar juntas en la esperanza,



enraizadas en Cristo». Ante todo conviene recordar que la fórmula oficial de nuestra consagración religiosa comienza así: «Santísima Trinidad, en presencia de la Iglesia del cielo y de la tierra, y fundando mi esperanza en tu fidelidad, me comprometo a seguir a Cristo en la comunidad de hermanas...». Somos bien conscientes del alcance de esta esperanza que, si no está profundamente arraigada en la Roca espiritual de la Palabra de Dios, alimentada por los vínculos de comunión fraterna y contemplada bajo la mirada fiel de Dios, corre el riesgo —decía— de adelgazarse y ensombrece el corazón de las peregrinas que somos. Los desafíos son numerosos y nuestra esperanza es continuamente puesta a prueba, pero nuestro Dios es el Dios de la Promesa y su fidelidad no puede defraudarnos.

Por otra parte, siendo nuestra espiritualidad de inspiración agustiniana, está profundamente marcada por la vida y los escritos de san Agustín, cuyo itinerario vital estuvo determinado por una búsqueda constante de la verdad, una suerte de indagación visceral de la verdadera felicidad. No sorprende, por tanto, encontrar ya al comienzo de sus Confesiones la célebre frase: «Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti», cuyo término último no es sino «la Jerusalén eterna hacia la cual se dirige el pueblo peregrino desde su salida hasta su retorno» (Conf. IX, 23, 37).

Finalmente, no podemos dejar de evocar la figura espiritual de la Beata María Catalina de San Agustín. En su vida, la esperanza no es solo una palabra: es ese aliento del alma que mantiene la cercanía con su Dios y la mantiene profundamente unida a su Creador. «Dios es mi fuerza, mi apoyo, mi esperanza y el alma de mis deseos», escribía. Y, debilitada por la peste, durante la larga travesía en barco que la condujo de Normandía a Canadá en 1648, con solo dieciséis años, suplicaba: «Jesús mío, siempre he esperado en ti; espero, y moriré en paz en la confianza de



que jamás, por toda la eternidad, me separaré de tus santas voluntades». No es de extrañar que cuidara a los enfermos sin distinción de raza, cultura o religión, y que su mayor deseo fuera que todos murieran en paz tras recibir el auxilio de la Madre Iglesia. Una vida en la que la caridad inventiva deseaba que nadie quedara excluido de la eternidad bienaventurada; ella que entregó toda su existencia por la salvación de las almas en la joven Iglesia naciente de Nueva Francia. El padre Paul Ragueneau, S. J., su biógrafo, recoge estas palabras de María Catalina: «... y creo haber sido escuchada». Hacía falta una fe audaz y una esperanza sin fisuras para que semejante deseo fuera saludable para el alma por toda la eternidad.

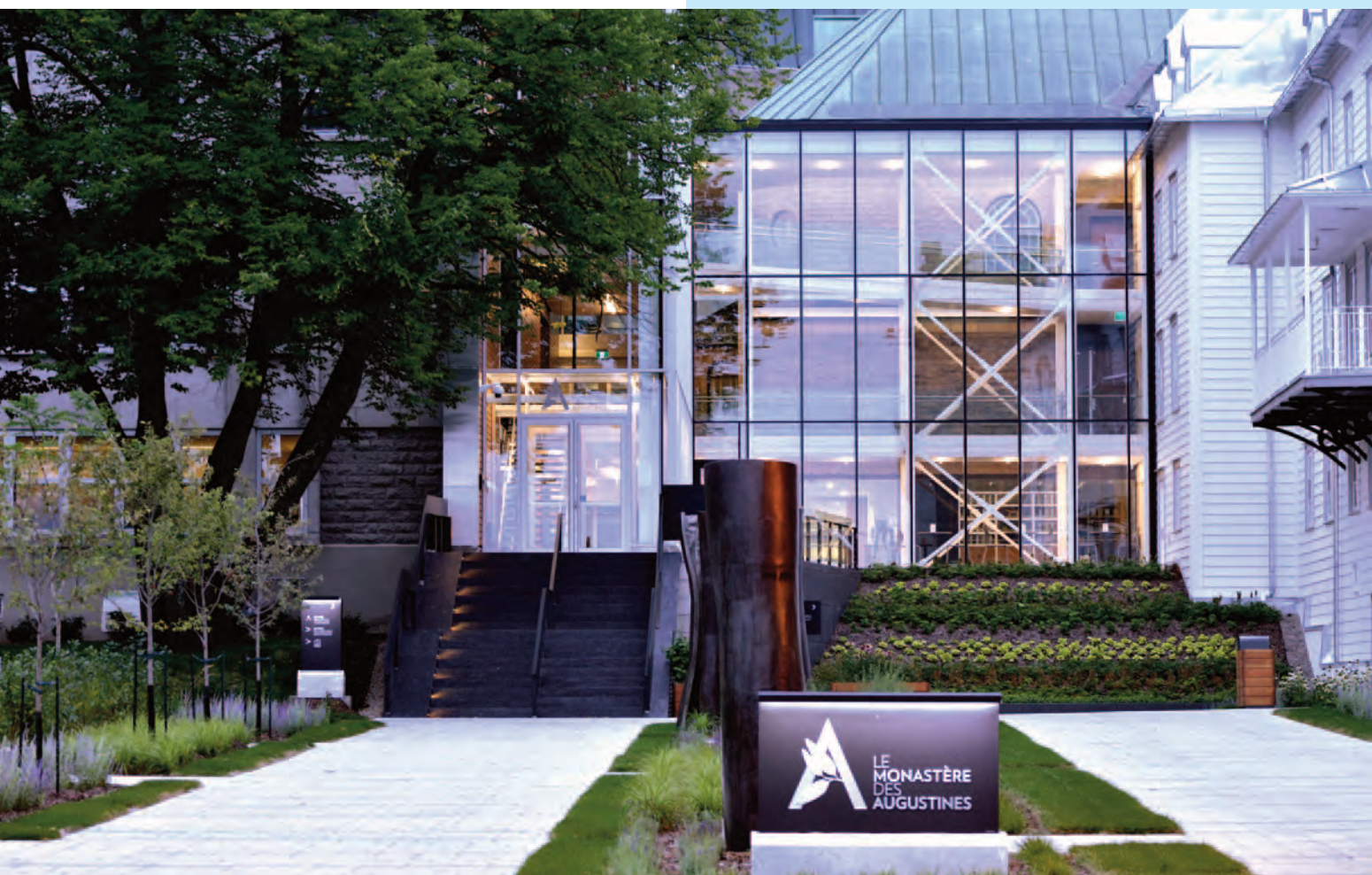
Impregnadas de estas grandes figuras de santidad, las Agustinas de la Misericordia de Jesús estamos llamadas a dar un rostro humano a la ternura misericordiosa de Dios, de la que Cristo, el Enviado del Padre, es la perfecta imagen. Así, la misión de las Agustinas —que se traduce en el «cuidado de los cuerpos y de las almas», misión corporal y espiritual— lleva consigo la flor de la esperanza profundamente arraigada en la fe, y que se expresa en actitudes y gestos portadores de un deseo de curación y de liberación para el cuerpo y para el alma.

Este Año Santo 2025, que ha sucedido al 350.º aniversario de la fundación de la diócesis de Québec en 2024 —año en que se

abrió la Puerta Santa de la basílica catedral—, nos ha ofrecido la oportunidad de revisitarnos nuestra esperanza y anclarla en la fe en la resurrección de Cristo. Así lo recordaba el papa León XIV en su catequesis del 1 de octubre de 2025: «La resurrección no es la anulación del pasado, sino su transfiguración en esperanza de misericordia». Puedo testimoniar que estos tiempos de gracia (estos Años Santos) ofrecidos por la Madre Iglesia son llamadas constantes a dejarme revestir y habitar el corazón por esa esperanza de misericordia. ¿Cómo toma forma? Tomando conciencia de que mi mirada, mi escucha, mi silencio, mis gestos, mi oración, mis saludos son tantas ocasiones de expresar mi esperanza a quien encuentro en lo cotidiano de mis días «con pensamiento, palabra y obra». Es entonces cuando cuido del otro en la persona de Jesús, con actitudes convertidas en las del Cristo cuya esperanza jamás vaciló, ni siquiera bajo el peso de la cruz, cruz identificada con la humanidad crucificada. Que ese madero de la cruz, tallado en y por una esperanza de misericordia, conduzca a los peregrinos que somos a la morada del Amor perfecto.

Hna. Carmelle Bisson, AMJ

Agustina de la Misericordia de Jesús



CHILE: MONASTERIO DEL ESPÍRITU SANTO, LOS ANDES



“¡Con Teresita, peregrinos de la esperanza!”
La actualidad de su mensaje en tiempos de guerra

“¡Si también tú conocieras en este día,
el mensaje de paz!”
(Lc. 19, 42)

A 75 kilómetros de la capital del país (Santiago de Chile), se encuentra su “capital espiritual”: el Santuario de la Virgen del Carmen y de Sta. Teresa de Los Andes, en Auco, donde reposan los restos de la primera santa chilena y la primera carmelita descalza del continente americano en ser canonizada.

En este lugar de gracia y silencio, la naturaleza parece hablar de lo infinito, a través de la majestuosidad de Cordillera de Los Andes en su cumbre más alta, “El Aconcagua”, a cuyas faldas se anidan otros montes que abrazan el valle fértil del mismo nombre, donde se cultivan variedades de frutales que, según su especie, forman un armónico entramado, completando el maravilloso cuadro que invita a la alabanza.

Pero “el punto de fuga” de todo el lienzo, pintado por la Mano Divina, es la presencia viva de aquella que padeció en esta vida “hambre y sed insaciable de que las almas conocieran a Dios” y que ahora desde “la fuente de la dicha” es capaz de desatar del costado de su templo, esos manantiales de agua viva que le prometía su Señor.

Nosotras, como comunidad de carmelitas descalzas a la que perteneció la santa, damos testimonio de ello, de los millares de peregrinos que día a día depositan a sus pies sus plegarias, que luego se convierten en acción de gracias por la Fe en Aquel que todo lo puede y que se conmueve ante el clamor incesante de sus pequeños, quienes se confían en su generosa Amiga.

Y es que Santa Teresita, misteriosa y generosamente, fue y sigue siendo “Peregrina de Esperanza” en medio de su pueblo. Ella que a los 4 años invitaba a un sacerdote a escalar la cordillera, pues allí se encontraba el cielo, hoy sigue invitándonos a elevar nuestra mirada a “los horizontes infinitos de Dios”.

Así lo contemplamos este 25 de octubre pasado, fecha en que fuimos, una vez más, testigos del poder de la gracia en la 35ª Peregrinación al Santuario de Auco bajo el lema: “¡Con Teresita, peregrinos de la esperanza!”, en donde participaron más 60.000 jóvenes de todo el país, quienes caminaron 27 kilómetros desde Chacabuco hacia su Santuario a través de 10 estaciones. Ellos fueron disponiendo sus corazones para la llegada al recinto en donde los esperaba: Jesús Sacramentado en la Carpa de Adoración, la Cruz del Compromiso (en que estamparon sus huellas prometiendo al Señor “ser portadores de la esperanza”), la Pastoral de Escucha y el Sacramento de la Reconciliación, para poder recibir la indulgencia plenaria en este Jubileo de los jóvenes, por ser nuestro santuario Templo Jubilar.

La fiesta culminó con la santa Misa presidida por Monseñor Alberto Lorenzelli, obispo auxiliar de Santiago, quien los estimuló a “Que el cansancio de sus pies se convierta en pasión en su corazón. Sean peregrinos de esperanza entre sus amigos, en sus colegios, en sus familias”.

En este año Jubilar que pronto culmina, en que “Además de alcanzar la esperanza que nos da la gracia de Dios, también estamos llamados a redescubrirla en los signos de los tiempos que el Señor nos ofrece”, como nos invitaba nuestro papa Francisco, cabe la pregunta: ¿Qué significa ser peregrinos de esperanza en un mundo fragmentado por la guerra? O, quizás, la pregunta que está a la raíz es: ¿Cuál es la meta de nuestra Esperanza teológica?

1. La paz como don: “El beso de la paz” (Sal. 85)

Conmueve el relato de la primera comunión de Juanita. Se podría decir que en este “día sin nubes” recibe el primer gran impulso para emprender la batalla hacia la Unión con Dios. Siente por primera vez la voz de Jesús, confiesa que, desde ese día, para ella la tierra no tiene atractivo y le nacen deseos de morir, pues se encuentra por primera vez “cara a cara” con el “Príncipe de la paz”, quien le hiere por primera vez “con una paz deliciosa”. ¡Es este Dios que siempre nos “primerea”, con toda la gratuidad del que “sabe amar hasta el extremo”!



2. La paz como desafío: "Busca la paz y corre tras ella" (Sl. 34)
 Pero, para mantener alta la bandera de la paz, Juanita hubo de sostener una constante lucha contra sí misma. En el retiro de 1917 se replantea la vida, con impresionante lucidez: "¡Oh, cuán grande me considero después de haber visto mi origen -¡todo un Dios!- y mi fin: ¡un Dios Infinito! Pero hay un punto entre el origen y el fin, y éste es la vida. ¿Qué he de hacer, pues, mientras viva?... y se responde: " Ya desde ahora quiero ser santa... He comprendido que lo que más me aparta de Dios es mi orgullo. Desde hoy quiero y me propongo ser humilde. Sin la humildad las demás virtudes son hipocresía. Sin ella las gracias recibidas de Dios son daño y ruina. La humildad nos procura la semejanza de Cristo, la paz del alma, la santidad y la unión íntima con Dios".

3. La paz como siembra: "Los que procuran la paz están sembrando la paz" (St. 3)

Muchos son los testimonios que nos muestran a Juanita como sembradora de la paz en medio de los suyos. Aquí parece darle su "receta" a una amiga, que acaba de terminar el colegio: "Vas a salir a un nuevo campo de batalla. Adiéstrete para luchar. Que tu divisa sea ésta: «Dios siempre en vista y «yo» siempre en sacrificio»... La vida de familia, para que sea vida de unión, ha de ser un sacrificio continuado. Considérate la última de todos, y aún trata de servir a las sirvientes... Con tus hermanos chicos, sé muy cariñosa. No los retes sin causa justa. Juega con ellos y enséñales el rezo, a leer, escribir, etc. y hazte respetar dándoles buen ejemplo. Que no te vean desobedeciendo ni de mal humor jamás. En cuanto a lo que debes ser con tu papá y mamá, sólo te digo que seas un ángel de consuelo...".

4. La paz como fruto: "Porque hay simiente de paz: la vid dará su fruto" (Zac. 8)

Juanita, buscadora de la voluntad de Dios, encuentra por fin su vocación: el Señor la quiere carmelita. Al conocer su "Palomar" de Los Andes, se ve confirmada y el sello de ello es la paz: "No

hacia un segundo que estaba allí y mi alma gozaba de una paz inalterable. Después de luchar con tantas dudas había encontrado mi puerto, mi asilo, mi cielo en la tierra". "Por fin conocía con certeza la voluntad de Dios, y la paz más celestial inundaba mi alma. ¡Qué bueno es Dios! No hay nada como abandonarse a Él".

5. La paz como morada: "Haya paz en tus muros, seguridad en tus palacios" (Sl. 122)

Teresa en el Carmelo se experimenta sumergida en Dios, morando en su paz: "Mi oración es cada vez más sencilla. Apenas me pongo en oración siento que toda mi alma se sumerge en Dios, y encuentro una paz, una tranquilidad tan grande como no me es posible describir. Entonces mi alma percibe ese silencio divino, y cuanto más profunda es esa quietud y recogimiento, más se me revela Dios... Siento que mi alma está abrasada en amor de Dios y como que El me comunicara su fuego abrasador".

6. La paz como misión: "Haré derivar hacia ella como un río la paz" (Is. 66)

Desde la fuente de la paz del Corazón de su Dios, Teresa escribe para comunicar su dicha, especialmente a su padre Don Miguel, quien carecía de ella. Le escribe: "Nadie como Jesús lo ama tanto, puesto que dio su vida por darle un cielo. Cómo quisiera hacerlo conocer por Ud., mi papacito, pues así su vida se deslizaría tranquila y feliz, a pesar que las penas la rodearan. Ah, papá, su carmelita le muestra la fuente de la paz y de la dicha aquí en la tierra, que sólo se encuentra en ese Dios crucificado. Yo soy tan feliz, porque vivo junto a esa fuente".

7. La paz como bienaventuranza: "Serán llamados hijos de Dios" (Mt. 5)

El Amor de Dios ha ido transfigurando a Teresa de "esclava de sí misma" en "Hija de Dios". Ella percibe esta transformación y, maravillada en su paz, nos relata: "Ya no vivo sino para Dios sólo. Todas las pequeñeces de la vida del mundo han desaparecido. Ahora sólo veo lo grande, lo eterno, lo infinito. Allá todo era para mi alma desasosiego, turbación, vacío; aquí todo es paz, tranquilidad, satisfacción completa con mi Dios. Cuán bien experimento que El es el único Bien que nos puede satisfacer, el único ideal que nos puede enamorar enteramente. Lo encuentro todo en El. Me gozo hasta lo íntimo de verlo tan hermoso, de sentirme siempre unida a El, ya que Dios es inmenso y está en todas partes. Nadie puede separarme. Su esencia divina es mi vida".

Hna. María de Jesús, OCD



FRANCIA: ABADÍA TRAPENSE DE NOTRE-DAME D'ACEY



¡Navidad, sí, es Navidad!

«Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor».

El primer mensaje de esperanza es que la Navidad se celebra desde hace más de mil seiscien-

tos años: ¡qué perseverancia demuestra nuestra Tierra al conmemorar el nacimiento de un Niño perteneciente a un pueblo sometido al dominio de un Imperio del que ni siquiera era ciudadano!

Sí, ¡también un ser procedente de un pueblo colonizado merece nuestra alegría!

Y con la Navidad llega la Tregua de Navidad, la Paz de Dios, Su Paz, la que Él nos ofrece para que la cultivemos. ¡Esa tregua merece durar más de quince días!

El segundo mensaje de esperanza es que un refugiado obligado a empadronarse, sin las precauciones necesarias para una mujer encinta y próxima al parto, no nos deja indiferentes. Todos los desplazados, los refugiados de guerra, climáticos o económicos... encontrarán esperanza en un Ser que los comprende y los acoge, porque comparte su misma condición. Si Él los comprende, los ama

y los ayuda, ¿por qué no habríamos de hacerlo también nosotros? ¡La confianza engendra paz!

El tercer mensaje de esperanza es que, aun habiendo nacido en condiciones inhumanas, en un lugar destinado al ganado, Él no deja por ello de ser el más hermoso de los hijos de los hombres.

Toda esperanza es, pues, legítima para cada niño de la Tierra, su hermano en humanidad, y para cada vida que aporta su nota única a la sinfonía del mundo.

Esperar en los demás es esperar en nosotros mismos.

El cuarto mensaje de esperanza es que Él nace y se hace accesible a los marginados, a los pastores y a los Magos. Nadie le es ajeno, pues se ha hecho semejante a nosotros en todo... comenzando desde lo más bajo, para que nadie tenga que mirarle desde arriba. Se hace todo para todos, a fin de que todos puedan decir con Él: Padre nuestro.

El quinto mensaje de esperanza es que, poco después de su nacimiento, se convierte en migrante, precisamente en Egipto. Migrante, refugiado político, es acogido lejos de su tierra, allí donde en su propia casa era amenazado.

Así, todo ser humano puede esperar encontrar una tierra de asilo en memoria de Él. También esa tierra se convertirá en Tierra Santa. De este modo, toda guerra se vuelve una negación de Aquel que es la Paz por excelencia.





El sexto mensaje de esperanza que contemplar es que Él regresa a su patria cuando las condiciones vuelven a ser favorables.

Con Él, todo desplazado empieza a soñar con reencontrar el lugar que llama “mi casa”, donde se siente más a gusto, más integrado entre los suyos.

Toda tierra puede transformarse en refugio donde cultivar la Paz, como buen guardián del Jardín que Dios nos confía: nuestra Casa Común.

El séptimo mensaje de esperanza es que, al hacerse pequeño, se hace frágil, dependiente... y toda persona dependiente se sabe menos sola, porque Él ha vivido la misma experiencia.

Lo más hermoso es que esa dependencia no la asumió sólo durante el tiempo necesario para crecer en estatura y sabiduría, sino para todo el tiempo que precede a Su regreso, entregándose como Palabra, Cuerpo y Sangre, disponible —incluso vulnerable—, para que aprendamos a cuidarnos unos a otros en nuestra debilidad.

Llega entonces la Maravilla de las Maravillas: el octavo mensaje de esperanza es que Él nos ama tanto, junto con el Padre, en la unidad del Espíritu Santo, que no se contenta con nacer una sola vez en la Historia, sino en cada corazón que, con fe, se abre a engendrarle de nuevo con la ayuda de Nuestra Señora.

Sí, su Encarnación está viva hoy: Jesucristo desea habitar en cada ser humano que Él ha amado para divinizarlo.

¡Dios se hizo hombre para que el hombre fuera divinizado!

Y llama a la puerta, dispuesto a compartir la cena con nosotros.

Entonces, ¡bienvenido, Señor, a la Tierra de la Esperanza, a nuestro corazón, allí mismo donde anhelo convertirme en Tierra Santa,

Santa de Tu santidad,
Beata de Tu presencia hasta Tu Retorno!

Así nos lo anuncia Isaías:

El lobo habitará con el cordero,
y el leopardo se echará junto al cabrito;
el becerro, el leoncillo y el animal cebado vivirán juntos,
y un niño pequeño los conducirá.

La vaca pastará con la osa,
sus crías se tenderán juntas,
y el león comerá paja como el buey.

El niño de pecho jugará sobre el nido de la víbora,
y el recién destetado meterá la mano en la cueva de la serpiente.
No se hará daño ni estrago alguno en todo mi monte santo,
porque la ciencia del Señor llenará la tierra,
como las aguas colman el fondo del mar.

Grande será su poder,
y la paz no tendrá fin
sobre el trono de David y sobre su reino,
que Él viene a consolidar y fortalecer
con el derecho y la justicia, ahora y por siempre.
Esto lo hará el celo del Señor de los ejércitos.

Fray Raphaël García-Pelayo, OCSO
Superior ad nutum

FRANCIA: MONASTERIO DEL CARMELO DE COMPIÈGNE, JONQUIÈRES



El carisma del Carmelo y el testimonio de las Carmelitas mártires de Compiègne

El 18 de diciembre de 2024, a pocos días de la solemnidad de la Natividad de Nuestro Señor, el Papa Francisco publicó el decreto de canonización de las dieciséis monjas Carmelitas de Compiègne, mártires por la paz. ¡Una alegría inmensa, tan esperado era este anuncio! El Jubileo de la esperanza se abría para nuestra comunidad de un modo verdaderamente extraordinario. Tres celebraciones permitieron dar gracias por esta canonización: el 8 de mayo de 2025 en nuestra ciudad de Compiègne, donde se encontraba su convento; el 19 de julio en nuestro monasterio,

en memoria de su martirio el 17 de julio de 1794; y el 13 de septiembre en la Catedral de Notre-Dame de París, lugar de su ejecución y sepultura.

El Papa Francisco, ya en abril de 2024, había alentado al Carmelo a caminar hacia la esperanza fiel a su propio carisma:

La vocación contemplativa no nos lleva a conservar las cenizas, sino a avivar un fuego que arde siempre de nuevo y puede dar calor a la Iglesia y al mundo. [...] Vivid plenamente la tensión entre la separación del mundo y la inmersión en el mundo. Ciertamente no os refugiéis en una consolación espiritual intimista ni en una oración desligada de la realidad. Muy al contrario: vuestro camino es aquel en el que es necesario dejarse tocar por el amor de Cristo hasta unirse a Él. Y este amor ha de impregnar toda vuestra existencia y expresarse en cada gesto y en cada acción cotidiana. La dinámica de la contemplación es siempre una dinámica de amor. Es siempre una escala que nos eleva hacia Dios, no para separarnos de la tierra, sino para hacernos vivir con hondura, como testigos del amor que hemos recibido.

La esperanza del Evangelio [...] consiste en abandonarse a Dios, aprender a leer los signos que Él nos da para discernir el futuro. Y que esta inmersión total en la presencia del Señor os dé siempre la alegría de la fraternidad y del amor recíproco.

La canonización de nuestras hermanas ha sido un paso más hacia la esperanza evangélica: por su testimonio, somos llamadas a ser testigos ante el mundo del amor infinito con el que el Señor nos colma.

Navidad de 1792 o 1793 (el manuscrito no está fechado). Nuestras Carmelitas han sido expulsadas de su convento y acogidas en casas amigas en Compiègne. Siguen reuniéndose para participar en la Eucaristía y vivir juntas momentos de oración y recreación fraterna. Cada día pronuncian ya su acto de consagración a Dios para que «esa paz divina, que su amado Hijo vino a traer al mundo, sea restituida a la Iglesia y al Estado». Por ello serán llamadas Vírgines de la Paz. Diez días después de su muerte, cesaron las ejecuciones masivas.

Se aproxima la Navidad, siempre una fiesta de gran hondura en el Carmelo. La devoción al Niño Jesús es antigua. El misterio de la Natividad, en el despojo del pesebre, se une a la extrema soledad del camino hacia el cadalso. Al aproximarse la Navidad, cuando la guillotina es ya amenaza inminente, la Madre Teresa de San Agustín compone un poema «Para cantar ante el pesebre». Si el texto del voto de consagración comunitaria se ha perdido, este canto refleja fielmente su espíritu:

Niño celestial, Tú eres mi anhelo,
Nada fuera de Ti sacia mi corazón.
Todo está hecho: quedo bajo tu dominio,
y en mí arde el fuego de tu amor.

Cura este corazón culpable y herido,
que sea traspasado por dolor y amor.
Llagas celestes, llagas tan deseables,
herid mi alma, que sufra noche y día.
Amor divino, de todo mi ser
hago ofrenda en tu cuna.
A tus rigores se abandona mi alma,
y para siempre queda cegada mi razón.
Nada quiero: tu Corazón lo es todo;
aquí inmolo mis deseos y mis ansias.
Es en tu Corazón donde quiero en-
cerrarme,
y acepto el martirio de tu amor.
Ah, funda mi esperanza en la muerte,
pues muero de ansia de morir.
Apresúrate, Señor, apresura mi liberación;
rompe estas cadenas, satisface mis anhelos.
Golpea a tu gusto, sacrifica a tu víctima;
tus golpes sagrados serán dicha para mí.
Sea mi felicidad expirar bajo tu mano;
que tus rigores sean encanto para mi corazón.
Pastor divino, pongo bajo tu guía



al amado rebaño confiado a mi cuidado.
Niño amable, junto a tu pesebre
te dejo madre e hijos.
Madre de amor, augusta Soberana,
ten piedad y acógenos en tu seno.
En tu auxilio, oh Reina poderosa,
tus hijos tienen pleno derecho a esperar.

Todo ha de estar cimentado en Cristo; nada tiene valor fuera de Él. Al derramar su sangre, la Madre Priora, junto con toda su comunidad, da testimonio de Aquel que vino al mundo para revelarnos la gloria del Padre. Ante el horror de la guerra civil y la furia desencadenada contra la Iglesia de Cristo, se sumerge en la fuente de todo amor para amar plenamente y, al mismo tiempo, dar testimonio de ese Amor infinito ante los hombres.

Su esperanza, y la nuestra, se arraiga en la fe en ese Hijo de Dios que se nos da como luz en un mundo de tinieblas. Se nos invita a encender pequeñas luces para disipar la oscuridad, en la paz y en la fraternidad vividas cada día. Para nosotras, Carmelitas, esto se realiza en la soledad y el silencio, en la comunidad fraterna de una familia que constituye un pequeño colegio de Cristo, portando al mundo entero en nuestra oración evangélica.

Hna. Line-Marie, OCD



© Jannick Boschat

FRANCIA: MONASTERIO CARMELITANO DE DIJON, FLAVIGNEROT

Una oración que “desborda” hacia el mundo

Desde las primeras líneas de la Bula de Convocatoria del Jubileo 2025, el papa Francisco nos ha puesto en camino hacia Roma: «Pienso en todos los peregrinos de la esperanza que llegarán a Roma para vivir el Año Santo... Que sea para todos un momento de encuentro personal con el Señor Jesús, la “puerta” de la salvación. Él es nuestra esperanza».

En nuestro monasterio carmelitano de Dijon-Flavignerot, donde vivió santa Isabel de la Trinidad hace poco más de un siglo, no hemos dejado nuestra colina para la Ciudad Eterna; sin embargo, nuestras oraciones han acompañado con frecuencia a esos peregrinos de la esperanza.

Casi como signo de esa cercanía, una revista litúrgica nos regaló la imagen de una multitud inmensa de jóvenes, todos con camisetas de APÓSTOLES DE LA ESPERANZA, avanzando con alegría hacia San Pedro tras el estandarte de Cristo. ¿No es también esa, de algún modo, nuestra vocación: ser, a nuestra manera, apóstoles de la esperanza?

Con la cercanía de la Navidad, vuelvo a leer los poemas que Isabel componía cada año para cantarlos durante la recreación con sus hermanas. Contemplando al Niño en el pesebre, descubre allí la Fuente y el fundamento de toda esperanza. En un mundo volcado hacia la riqueza material y dominado por la arrogancia de los poderosos, la esperanza brota porque Dios ha escuchado el clamor de los pobres. La Navidad es el Corazón del Padre revelado en el don extraordinario de su Hijo:

«Contemplando la inmensa angustia de los hijos a quienes ha



amado demasiado, el Padre, en un rapto santo, les entrega su Palabra adorada.

Él es la luz eterna y verdadera,
el que reina en el seno del Padre
y viene a contárnoslo todo de sí» (Poema 75).

Hoy, como ayer, el mundo arde; y, sin duda, más que ayer, por la velocidad fulgurante de la comunicación. Todos pueden en-





terarse de catástrofes, guerras, amenazas y angustias que golpean a hombres y mujeres quizá lejanos, pero que siguen siendo hermanos y hermanas nuestros. ¿Dónde encontrar una esperanza de PAZ? Hacen falta negociaciones de alto nivel, sin duda; pero ¿qué podrá inspirarlas realmente? La paz solo nace del amor y de la verdad.

Ahí es donde la noche de Navidad, en su desnuda sencillez, se convierte —para quien mira con ojos de fe— en una promesa luminosa. En el Carmelo no dejamos nunca de contemplar este Misterio que nos sobrepasa y, a la vez, reclama nuestra oración y nuestra vida. Isabel nos señala el camino. Fascinada por el amor infinito e incondicional del Padre, que entregó a su Hijo desde el pesebre de Belén hasta la cruz del Calvario, no ignoraba las tensiones y las crisis políticas de su tiempo. Incluso podía percibir las como una amenaza directa: muchas figuras religiosas cercanas a ella fueron expulsadas de sus conventos por un gobierno abiertamente anticlerical.

Aun así, depositó toda su confianza en el «Dios de todo Amor» que habita en este mundo herido y permanece también en el fondo de su corazón. Conoció el dolor, las dificultades y una enfermedad extremadamente dolorosa. El secreto de su alegría no residía en un coraje extraordinario, sino en una relación de amor. Por eso, al recibir la comunión de manos de su Señor, desea colaborar con su obra de salvación y de paz. Lo canta en otro poema compuesto para Navidad:

«He aquí al Hijo de su ternura,
que Dios nos entrega en este gran día.
... “Casa de Dios”, guardo en mí la oración

de Jesucristo, el divino adorador.

Él me lleva hacia las almas y hacia el Padre,
pues este es su doble movimiento.

Ser Salvador con mi Maestro,
ésta sigue siendo mi misión» (Poema 88).

La misma misión late hoy en los peregrinos de la esperanza. Al leer o ver las noticias, tendríamos mil motivos para estremecernos; pero si el mal parece más fuerte que nosotros, Dios es más fuerte que el mal. «¡Cuán grande es Dios y cuánto se nos ama!», exclamaba Isabel. En la extrema debilidad del recién nacido de Belén y en el desamparo del Crucificado, supo contemplar a un Dios «rebosante de amor»: nuestra única Esperanza. La misión propia de la Carmelita es la oración. Y esa oración encuentra su fuerza y fecundidad únicamente en la comunión con la oración misma de Cristo. El día después de Navidad, Isabel escribió a un amigo canónico: «Puesto que el Niño divino habita en mi alma, tengo todas sus oraciones, y me gusta enviarlas a aquellos a quienes mi corazón permanece siempre profundamente agradecido...» (Carta 190).

Así, esta oración puede, a su vez, “desbordarse” hacia el mundo: «Puesto que Nuestro Señor habita en nuestras almas, su oración es la nuestra, y desearía estar constantemente en comunicación con ella, manteniéndome como un pequeño vaso junto a la Fuente, la Fuente de la Vida, para poder comunicarla después a las almas, dejando que sus corrientes de caridad infinita desborden» (Carta 191).

Las Carmelitas Descalzas

FRANCIA:

MONASTERIO DEL CARMELO, LISIEUX



La esperanza y la Navidad

«Una voz me grita desde Seir: “Centinela, ¿cuánto queda de la noche? Centinela, ¿cuánto queda de la noche?”.

La centinela responde: “Llega la mañana, y después la noche... Si queréis noticias, preguntad, venid; volved a preguntar”» (Is 21,11-12).

Es una oración de espera y de esperanza. El profeta es una centinela. Tampoco él sabe cuándo llegará la aurora, pero permanece fiel en su puesto de guardia y espera.

Espera, cree. No sabe. Con su fe puede decir: «La mañana está llegando, pero aún es de noche. Si queréis, preguntad, buscad, volved y seguid preguntando». No puede ofrecer respuestas que no tiene, pero no rehúsa escuchar. El profeta es el hombre o la mujer del diálogo nocturno. Es compañero de las preguntas que todavía no tienen respuesta; sólo puede decir: es todavía de noche, pero la aurora vendrá. La esperanza profética no niega la noche ni niega la aurora. Su fidelidad vocacional consiste en saber permanecer entre la noche y el alba.

Por el bautismo nos convertimos en profetas. ¿Qué debe testificar y profetizar el creyente? En el Evangelio según san Juan leemos: «La luz brilla en las tinieblas» (Jn 1,5).

La luz vino al mundo, pero no todos la reconocieron cuando Jesús vino, como no la reconocen tampoco hoy, especialmente si observamos la situación mundial. Cuando preparamos la fiesta de Navidad y nuestras ciudades y hogares se engalanan con las

tradicionales decoraciones navideñas, llenas de luces, ¿cuál es nuestra esperanza? ¿A qué luz nos referimos?

Edith Stein, santa Teresa Benedicta de la Cruz, escribió en 1940: «En los días oscuros de diciembre, brilla la suave luz de las velas de Adviento, una luz llena de misterio en una oscuridad misteriosa, que despierta en nosotros el pensamiento consolador de que la luz divina nunca ha dejado de resplandecer en las tinieblas del mundo caído.

Ha permanecido fiel a su creación pese a toda la infidelidad de las criaturas. Y aunque las tinieblas no quisieron dejarse inundar por la luz celestial, siempre hubo algunos lugares donde fue acogida y pudo resplandecer. Como dice el proverbio: no se ahuyenta la oscuridad a bastonazos, sino con una pequeña luz».

Para quienes creen en Jesucristo, en Navidad la luz es Jesús, que viene al mundo como un niño, y ponemos nuestra esperanza en Él, recién nacido. Santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz nos habla de la experiencia fundante de toda su vida:

«Fue el 25 de diciembre de 1886 cuando recibí la gracia de salir de la infancia, en una palabra, la gracia de mi completa conversión. Volvíamos de la misa del gallo donde había tenido la felicidad de recibir al Dios fuerte y poderoso... Teresa ya no era la misma, ¡Jesús había cambiado su corazón! En aquella noche de luz comenzó la tercera etapa de mi vida, la más hermosa de todas, la más rica en gracias del Cielo... En un instante Jesús realizó la obra que yo no había logrado hacer en diez años, contentándose con mi buena voluntad».





Teresa experimentó el «misterioso intercambio»: Dios se hace hombre para salvarnos. San Juan de la Cruz evoca este misterio en las Rimas: «Cuando llegó el tiempo oportuno para la liberación de la esposa, que bajo un duro yugo servía..., llegó el tiempo en que había de nacer... Los hombres entonaban himnos, los ángeles una melodía... Y Dios allí, en el pesebre, lloraba y gemía... Y la Madre contemplaba en Dios las lágrimas del hombre y en el hombre la alegría».

La gracia de la Navidad para Teresa fue la luz, la fuerza del Dios fuerte en ella, que le concedió la conversión plena. Pero no se encerró en sí misma; enseguida dijo: «Sentí, en una palabra, la caridad entrar en mi corazón, la necesidad de olvidarme de mí para agradar» (Ms A 45v°). Vemos así su esperanza para los demás. Poco después oró intensamente por la salvación del gran criminal Pranzini, al que llamaba «mi primer hijo».

Cuando contemplamos las luces de Navidad que simbolizan a Jesús, luz venida al mundo, como Teresa, esperemos para nosotros y para todos, y creamos que un pequeño gesto que realicemos enciende una pequeña luz, porque tenemos, como ella, la certeza de que Dios se ha hecho pequeño para salvarnos. Esperemos que cada pequeño acto, bajo la acción del «Dios fuerte», tenga una resonancia para el mundo entero y lo haga mejor.

Volvamos a Edith Stein:

«A lo largo de los siglos siempre ha habido corazones humanos que se han dejado tocar por la radiante luz de Dios. Oculta a los ojos del mundo, los ha iluminado e inflamado... Los hombres pueden servir a Dios sin saberlo o incluso contra su voluntad». Cuando vemos las «luces de Navidad», ¿pensamos en todas las luces que arden en los corazones y en las acciones de las personas?

Cuando vemos a los jóvenes que luchan por los problemas ecológicos, que se manifiestan para que los dirigentes y toda la humanidad tomen conciencia de la catástrofe del calentamiento global, o las asociaciones que defienden a los migrantes, ¿pensamos que ahí hay una luz de esperanza, una luz de Navidad que quiere renovar la tierra, signo de esperanza?

Nuestra Madre santa Teresa de Jesús, al inicio del Camino de Perfección (1,2), explica los motivos de la fundación del Carmelo reformado:

«Habiendo conocido los daños causados en Francia por estos luteranos... me entristecí mucho y, como si pudiera o fuese algo, lloré delante del Señor y le supliqué que remediasse un mal tan

grande... Decidí entonces hacer lo poco que dependía de mí y que estaba a mi alcance, es decir, seguir los consejos evangélicos del modo más perfecto posible y procurar que las pocas religiosas de este monasterio hicieran lo mismo, confiando en la gran bondad de Dios».

Ante un «mundo en llamas» tuvo la fe y la esperanza de remediarlo viviendo fielmente los consejos evangélicos. En la Misa de Navidad leemos en Isaías 9,1:

«El pueblo que caminaba en tinieblas vio una gran luz; sobre los que habitaban en tierra de sombras brilló una luz».

Haciendo de la oración el centro de nuestra vida, esperamos que el mundo sea iluminado por la luz de la Navidad, por Dios que ha venido a habitar entre nosotros. Somos como el Vigía del libro de Isaías: todavía es de noche, el mundo está en tinieblas, pero con nuestras oraciones testimoniamos que llegará la aurora.

«La fe es la certeza de lo que se espera, la prueba de lo que no se ve» (Hb 11,1). Por la fe tenemos la certeza de que la luz brilla aun cuando sólo vemos oscuridad.

Una carmelita de Lisieux



FRANCIA: MONASTERIO DE LAS CLARISAS, LOURDES



2025 Año de la Esperanza

Noche de Navidad, nacimiento de la Esperanza. «En la mitad de la noche, la Palabra omnipotente saltó desde el Cielo»...

En esta noche profunda, todo habla de luz, porque «un Niño nos ha nacido, un Hijo se nos ha dado».

La noche de este mundo es también hoy muy honda, quizá como nunca. Hemos perdido la infancia, hemos perdido al Padre, hemos perdido la alegría. Y sin embargo, algo nos sostiene todavía.

Algo —o mejor dicho ALGUIEN—: el mismo Padre. Aquel que no nos ha perdido.

Aunque el ser humano ya no espere en Él, Dios sigue esperando en el ser humano, y este es el motivo de nuestra auténtica Esperanza.

Cada año, al menos por un día, en medio de la noche, todo renace o puede renacer.

Por un día nos sentimos todos niños. Por un día todo parece todavía posible. En el Monasterio, el tiempo de Adviento se vive con especial intensidad:

«Amor que nos esperas

al término de la historia;

tu Reino brota a la sombra de la Cruz.

Ya su luz atraviesa nuestras vidas;

Jesús, Señor, apresura los tiempos.

¡Ven! Lleva a plenitud tu Obra».

Con la mirada fija en ese TÉRMINO, en la oración humilde y confiada, nace la esperanza. La esperanza teológica: la certeza de un Amor que nos espera.

Un Padre, más Padre que cualquier padre, cuyo deseo —su única impaciencia— es darse a conocer, para que el ser humano participe de su felicidad junto al Hijo y al Espíritu Santo por la eternidad.

Basta —o bastaría— que el ser humano se dejara conducir, se dejara guiar como un rebaño por su Pastor. Entonces será Él quien nos lleve al descanso, a la hierba tierna de sus praderas. No es fácil para el ser humano —ni siquiera para quien está consagrado— dejarse conducir.

Todos nos aferramos con tanta fuerza a nuestra voluntad, que esta conversión sólo puede ser obra de la Gracia.

Nosotros, llamados a la vida contemplativa, debemos sentirnos responsables de esta «conversión» de la humanidad, de este

paso «imposible» del «no como yo quiero» al «como Tú quieres».

Y sin embargo, convertir nuestro propio corazón es la única forma segura y eficaz de interceder por nuestros hermanos.

Fácil de decir, menos fácil de vivir. Estamos ante un desafío. La oración no basta si permanecemos duros de cerviz y lentos de corazón.

Sabemos —al menos en teoría— que cada gesto repercute hasta los límites del universo; por eso, si uno de nosotros acepta «perder su vida», su voluntad, su «yo» tan pesado y exigente, por Jesús, por los hermanos, por la Iglesia, es cierto que acelera

el Reino, la venida del Señor del cielo y de la tierra.

Por eso, ¡levantémonos! Ha sonado la hora.

Es medianoche, los Ángeles nos están despertando.

Vayamos con premura hacia Belén, vayamos a ver lo que se nos ha anunciado.

Una gran alegría, un Niño que contemplar, del que «revestirnos» sobre el viejo ropaje de nuestros pecados.

«He aquí que yo hago nuevas todas las cosas».

Las Clarisas de Lourdes



FRANCIA:

ABADÍA BENEDICTINA DE SANTA MARÍA DE MAUMONT, JUIGNAC

En medio del silencio: Navidad

«Navidad»: ¿de dónde brota la dulzura inaudita de esta pequeña palabra? De la unión entre Dios —El— y los hombres, reunidos en un “nosotros” incapaz de excluir a nadie; un “nosotros” que abraza todos los “yo” pasados, presentes y futuros: afirmación de la realización de todas nuestras esperanzas humanas, unidad del mundo en la simple presencia de Dios en medio de nosotros.

En la noche de vigilia que la Iglesia nos propone en Navidad, esa oración que mece con su bondad serena también a quienes no la conocen, no haremos sino repetir esto con melodías sorprendentes que me harán hablar en latín, para permitirlos —si así lo deseáis— reencontrar aquellos cantos y escucharlos.

Puer natus est nobis
Un niño nos ha nacido.

Es el canto de entrada de la misa del día. Cita del profeta Isaías, estas cuatro palabras anuncian ya una realidad simple como un niño, y sin embargo imposible de descifrar sin la mirada de la fe. ¿Cómo decir, en efecto, que un niño puede nacer “para” algo o para alguien? La sola existencia basta a la vida que nace, y el recién nacido está destinado únicamente a su propia existencia. Jesús es el único que puede afirmar sin mentir: «Para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad». El nacimiento de un niño, conviene decirlo, es más prodigioso en su fuerza vital y en su complejidad que la masa de todas las galaxias. La Navidad comienza celebrando aquello que nos une a todos: nacidos un día, y capaces a nuestra vez de dar vida. En ese primer instante podemos descubrir también la inocencia de cada uno. Y no es poco. Ahí se arraiga la esperanza para todos: en esa primera inocencia que solo Dios conoce, y misteriosamente también en el grito lanzado por nuestra madre al dar a luz. Pero este Niño, como todos los niños, es el único que nace para nosotros.

Algunos dirán entonces: «¿Y qué nos importa?».

No por ello será menos verdad que ese don está a nuestro alcance.

¿Será Dios justamente eso —un don hecho a nosotros para unirnos?

«Si conocieras el don de Dios», dirá Jesús a la samaritana.

Si supieras que Dios se nos da, que ese es el regalo de Navidad...

Christus natus est nobis

Cristo ha nacido para nosotros.

Así comienza el invitatorio de las vigiliias de Navidad: «Cristo ha nacido para nosotros, venid, adorémosle». Pero ¿quién es Cristo?

Es en el anuncio de la Resurrección donde nace la Iglesia. Ella canta: «¡Cristo ha resucitado por nosotros, aleluya!», y desarrolla luego su mensaje afirmando que ha subido al cielo para abrirnos el Paraíso, y que nos ha dado su Espíritu, que prosigue en nosotros la obra de Jesús en el mundo. Pero su alegría inexpugnable no olvida jamás de dónde le viene: del amor de su Maestro y Señor, que amó al mundo hasta alcanzarnos a todos en el abismo del pecado y de la muerte para salvarnos y devolvernos la vida. La alegría es imposible si olvida el precio de las lágrimas.



Ese es el misterio pascual.

Solo más tarde la Iglesia celebró el nacimiento de Jesucristo, abriendo nuestros ojos al establo de Belén con sus pastores y ovejas, o a los Magos portadores de

dones. La hondura del mensaje reside en el Niño mismo, cuya grandeza y humildad mide la Iglesia. El Verbo de Dios se hizo infans, incapaz de hablar. Aquel que está en el origen del mundo y de las galaxias se hizo niño para salvarnos. Se necesita una noche entera para intentar comprenderlo.

¿Cómo puede darnos una esperanza?

Hoy las palabras han dejado de sonar verdaderas; ¿cómo no sentir el deseo de callar cuando intentan hacerse comprender forzando el tono? El riesgo de hablar se vuelve excesivo, el sentido deja de ser único; se pierde en un río de palabras o en un silencio que se vuelve amenazador, mudo, cuando debería traer dulzura y paz. Entonces conviene callar, escuchando la respiración del Niño, entrando en su silencio. Volver a ser niños y mudos ante el Misterio, maravillados con los ángeles, inocentes y felices.



¿Por qué no dejar resonar en nuestras celebraciones los cantos de aquellas Navidades que aún tararean en nuestra memoria? Ellos harán pasar entre nosotros la frescura de la esperanza.

Filius datus est nobis
El Hijo nos ha sido dado.

Volvamos al introito de la misa del día y encontraremos allí otro mensaje para ir más lejos y elevar nuestra esperanza hasta lo más alto del cielo. Reconozco que la traducción propuesta es una interpretación, pero ¡qué importa! La oración no deja de pronunciarla. Fuente nueva para una esperanza nueva, descubrimos en Navidad el secreto mismo de Dios: «A Dios nadie le ha visto jamás; el Hijo unigénito, que está en el seno del Padre, él lo ha revelado».

¿Sabemos lo que es un niño? ¿Sabemos lo que es un padre? No creo que lo sepamos verdaderamente; debemos descubrirlo en su dimensión divina, que habla del don de sí hasta el infinito del don. ¿Qué soñar, qué esperar? Ningún padre en la tierra logrará jamás tal cosa. Jesús lo reveló y encontró en su Padre la fuerza para vivir y para entregarse a nosotros hasta el infinito del don. Sus palabras sobre esa intimidad nos las ha dado; afloran a nuestros labios en el Padre nuestro. Audacia la nuestra al decirlo: plenitud de alegría poder decir nosotros en nombre de todos, por todos y en todos. ¿Saborear las palabras? Sí: palabras sencillas que tienen sabor a pan, a humilde cotidianidad, a esperanza donde lo imposible puede suceder.

¡Feliz Navidad para vosotros!
Sor Dominique, OSB



GRECIA: MONASTERIO DEL CARMELO, ATENAS

Un oasis de paz

La Navidad es esperanza para la humanidad si los hombres se dejan transformar por este mensaje y lo encarnan en el trabajo de cada día. Navidad, fiesta de la esperanza: la luz resplandece, contemplamos al Niño-Dios en la humildad del pesebre. Él nos espera, nos acompaña. Nuestro pequeño Carmelo aspira a ser un oasis de paz para cuantos se confían a nuestra oración. La esperanza es mucho más que un deseo: es como una fuente que brota en lo íntimo y nos revela la presencia de Dios, que ha venido hasta nosotros para conducirnos hacia Él, si así lo queremos.

Si reconocemos en nosotros y con nosotros la presencia del Señor, si le escuchamos decirnos y repetirnos que somos valiosos a sus ojos, que somos amados por Él, con nuestras grandezas y nuestras miserias, ¿cómo no renacer a la esperanza? Solo podemos testimoniarla si nos tomamos el tiempo de permanecer a la escucha de la fuente de nuestra esperanza y si permitimos que la Palabra de Dios ilumine lo que somos, lo que vivimos, personal y comunitariamente. Nuestra vida de silencio y recogimiento nos ayuda a permanecer en esta escucha profunda. La Esperanza existe, y debemos dar testimonio de ella, mostrando a todos los que caminan fatigados bajo el peso de su carga, a cuantos se preguntan para





qué sirve su vida, que todo aquello que hacen con amor y por amor está muy lejos de ser absurdo.

La noche de Navidad en el Carmelo, tras la Misa del Gallo —en la que acogemos al Niño-Dios en la capilla y en nuestros corazones—, está colmada de luz y alegría. Nos reunimos fraternalmente en torno a una pequeña vigilia carmelitana o compartimos aquello que más guardamos en el corazón. En los días que siguen, el silencio deja de ser tan riguroso, y podemos comunicarnos con mayor libertad.

La hermana cocinera puede entonces preparar deliciosos platos festivos y elaborar dulces navideños griegos.

La Esperanza ve lo que aún no es y que será. Ama lo que todavía no existe y que habrá de ser en el tiempo y en la eternidad. En el sendero empinado, arenoso, áspero; en la cuesta ardua; sostenida, casi suspendida de los brazos de sus dos grandes hermanas —la fe y la caridad—, que no la toman de la mano, avanza la pequeña esperanza. Y, en medio de sus hermanas mayores, parece dejarse arrastrar. Como una niña que no tuviera fuerza para caminar.

Sr. Marie-Pierre y comunidad de las Carmelitas Descalzas

INDIA:

ANANDA MATHA ASHRAM

MONASTERIO TRAPENSE DE WAYANAD, KERALA

La luz brilla en las tinieblas

Un mensaje de esperanza para la Navidad desde Wayanad

«El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande; sobre los que habitaban en tierra oscura brilló una luz» (Is 9,2). Mientras el Año de Gracia del Jubileo se acerca a su término, nos aproximamos una vez más al misterio de la Navidad. Durante este Jubileo hemos sido invitados a redescubrir que la esperanza no defrauda, como dice san Pablo, porque el amor y la misericordia de Dios están realmente presentes en lo profundo de cada criatura. Y, sin embargo, podría objetarse que, a pesar de este tiempo de gracia, el mundo sigue desmoronándose bajo el peso de la guerra, del miedo y de la división. ¿Qué mensaje de esperanza ofrece la Navidad a un mundo con tanta frecuencia privado de paz?

Príncipe de la Paz

La Navidad proclama que Dios no abandona al mundo a las tinieblas. El frágil Niño de Belén —«el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14)— es el signo vivo de que el Señor entra plenamente en nuestra humanidad, compartiendo nuestra pobreza, nuestro sufrimiento y nuestro anhelo de paz. Él nos libera del egocentrismo que nos separa de Él y de los demás, y nos muestra el camino del amor y de la comunión.

Aquí radica el fundamento de nuestra esperanza: Dios está con nosotros —el Emmanuel— en el corazón mismo de nuestra fragilidad, y lo está «hasta el fin del mundo» (Mt 28,20). En Navidad, el Príncipe de la Paz se manifiesta en forma de un niño: pequeño, pobre y vulnerable. Su presencia nos enseña que la paz nace donde la humildad reemplaza al orgullo, donde el perdón prevalece sobre el resentimiento y donde el amor acalla el miedo. «Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios» (Mt 5,9). La Navidad no es únicamente una conmemoración: es una invitación constante a dejar que Cristo renazca en no-

sotros. Como recuerda el beato Guerrico de Igny, padre cisterciense: «Deja que Cristo se forme en ti». Así, el misterio de la Navidad se convierte en una realidad viva cada vez que permitimos que la luz de Cristo ilumine nuestra oscuridad interior.

Una esperanza viva

Según san Benito, la vida monástica nos llama a vivir el Evangelio con humildad y sencillez, buscando a Dios en todas las cosas y, sobre todo, sin desesperar jamás de su misericordia. Nos enseña que los gestos más discretos —una oración, una sonrisa, una palabra amable o una acogida atenta— pueden convertirse en signos de la presencia de Dios. Así es como la esperanza cobra forma, no solo en nuestro interior, sino también a nuestro alrededor.

En nuestro monasterio cisterciense de Wayanad, en el corazón de las verdes colinas de Kerala, experimentamos la presencia de Dios en medio de la diversidad que caracteriza cada ámbito de nuestra vida. Nuestra existencia se enriquece con la presencia de vecinos hinduistas y musulmanes. Antes del alba, cuando nos reunimos para cantar los salmos y escuchar la Palabra, nuestras voces se entrelazan con la llamada del muecín a la oración y con los cantos del templo hindú que resuenan entre las plantaciones de té. Este diálogo silencioso de oraciones nos recuerda que, a pesar de nuestras diferencias, somos todos hermanos y hermanas en búsqueda de Dios.

La fraternidad de la Navidad

En Navidad, esta comunión adquiere una forma concreta. Cada año, cientos de vecinos vienen a compartir nuestra alegría navideña. Les acogemos con gratitud y les invitamos a





un alegre banquete, signo de unidad y de paz. Sus cantos y danzas llenan nuestro monasterio de una fraternidad sencilla y luminosa. Nos recuerdan que el Niño de Belén ha venido para todos los pueblos, sin distinción. Y cuando llega el momento de sus propias festividades, ellos a su vez vienen a nosotros trayendo sus comidas tradicionales. Estos intercambios fraternos, por humildes que sean, son para nosotras verdaderos sacramentos de paz: un modo de proclamar en silencio «Paz a los hombres de buena voluntad».

El Jubileo de los Corazones continúa

Aunque el Año Jubilar se encamine hacia su fin, su gracia sigue difundándose allí donde reinan la misericordia y la bondad. Cada corazón que perdona, cada mano que comparte, cada mesa en la que el pan se parte en común se convierte en un nuevo Belén, un lugar donde Dios renace en la

vida cotidiana.

Aquí en Wayanad, la esperanza de la Navidad se vive en la sencillez: en la oración que brota de nuestros corazones y de nuestra capilla, en el silencio que escucha la Palabra, en la paz que se comparte mediante los gestos más simples, en la fraternidad que une y que busca la paz. Sí, la luz sigue brillando en las tinieblas, y las tinieblas no la han vencido (Jn 1,5). Que esta luz —suave pero invencible— resplandezca en cada corazón en esta Navidad: paz para nuestra tierra, para nuestra comunidad, para nuestros hermanos y hermanas musulmanes e hinduistas, y para nuestro mundo herido. Que el espíritu de san Benito nos mantenga firmes en la esperanza y que el Niño de Belén, Príncipe de la Paz, nos enseñe a vivir en la dulce fortaleza de su amor.

Las Monjas Trapenses



INGLATERRA: ABADÍA BENEDICTINA DE BUCKFAST, BUCKFASTLEIGH



Bienvenida al pesebre

Hay varias cosas que caracterizan el Adviento, ese período frenético que precede al 25 de diciembre. Estas actividades contribuyen a que el mismo día de Navi-

dad resulte bastante agotador. Los adultos con hijos sabrán perfectamente a qué me refiero. Los regalos que hay que comprar y envolver, la comida y las bebidas para celebrar de un modo u otro, y las decoraciones que colgar. Este último empeño revela sin duda el nivel de gusto de una persona ante su familia y sus amigos.

A Andrew se le había encomendado la tarea —o mejor dicho, su esposa Julia se la había impuesto— de colgar las decoraciones navideñas de la familia. Julia estaba demasiado ocupada reparando los distintos regalos, aunque naturalmente se reservaría el derecho de emitir un juicio benévolo sobre el resultado final. Sin embargo, colgar las decoraciones es una de esas alegres tradiciones que parecen maravillosas y maravillosamente sencillas cuando se planifican de antemano, pero que dejan de ser divertidas en cuanto se daña el yeso o la pintura de las paredes, o se corre el riesgo de provocar un apagón doméstico por colgar demasiadas guirnaldas del mismo candelabro.

Según Andrew, una de las partes más sensatas del ritual de la

decoración navideña consiste en la exclusión total de los niños, para quienes, en teoría, se realiza este trabajo. En teoría, es una gran alegría oír sus risas cuando el acebo se niega obstinadamente a quedarse encima de uno de los cuadros y cae en plena cara de alguien. Pero para evitar que derramen las chinchetas por el suelo o pisen por enésima vez una bola de Navidad, el secreto está en distraerlos con otra cosa. Este año, esa “otra cosa” fue la creación del belén familiar. Alex tiene diez años, los gemelos Annie y David siete, y Kate seis. Alex vio la oportunidad de, digamos, “organizar” a sus hermanos pequeños, así que los condujo con entusiasmo a realizar una idea que se le había ocurrido de repente.

Aunque estaba concentrado en terminar su tarea de adornar el salón, Andrew era consciente de la intensa actividad que se desarrollaba en el vestíbulo. Bajó de la escalera y se encontró ante una escena insólita. Encima de una caja estaba instalada la Sagrada Familia, como era de esperar, pero a su alrededor se agrupaban personajes de todo tipo y con apariencias muy diversas: algunos pequeños, otros grandes; algunos limpios y ordenados, otros sucios y maltrechos; había soldados y astronautas, y junto a ellos un variado surtido de animales: ositos, monos, leones con ovejas y vacas. Todas aquellas figuras tenían algo en común: estaban orientadas hacia la Sagrada Familia. María, José y el Niño Jesús eran el centro de todas las miradas.

Alex explicó con seguridad que la idea original había surgido del belén de cartón que su abuela les había regalado, en el que





todos parecían tener su sitio y hasta Papá Noel estaba presente. Los niños habían aprendido bien de su madre que el Niño Jesús hacía de la Navidad algo mucho más que un simple intercambio de regalos. Sabían, de manera sencilla, que Jesús lo había cambiado todo. También las oraciones de la noche les habían hecho comprender, del modo más simple, que nuestros tiempos tienen sus propios problemas; por eso, todas las figuras de aquel belén miraban hacia la Sagrada Familia y el Santo Niño. Cabe decir que Andrew y Julia estaban muy orgullosos de sus hijos. En cierto sentido, en aquel momento supieron que su fe adulta en Jesús como esperanza del mundo había sido transmitida a Alex, Annie, David y Kate.

El padre Donovan, el párroco, cuando le presentaron la escena del nacimiento creada por los niños, pensó que su idea era perfecta. Recordó las palabras de Jesús en el Evangelio: «De la boca de los niños y de los que aún maman te preparaste alabanza, Señor». El padre D continuó diciendo:

«Es hermoso que incluso las muñecas, los ositos y los animales estropeados miren todos hacia Jesús, porque se parecen más a nosotros. Nosotros, con nuestras imperfecciones, encontramos un lugar en presencia del Salvador. La idea de Dios ya no está lejos de nosotros —por así decirlo—: ahora Él es uno como nosotros, ahora se le ve hecho de la misma materia de la creación —átomos y moléculas—, como todo lo demás.

La idea de Dios se ha encarnado y lo divino está presente en Jesús; por tanto, también lo divino puede estar en cada uno de nosotros. Gracias al poder del Espíritu Santo llegamos a ser lo que Jesús es por naturaleza».

Cuando los niños estuvieron ya acostados, Andrew y Julia reflexionaron sobre lo que habían hecho sus hijos y sobre lo que había dicho el padre Donovan. Los problemas de nuestra vida, de nuestras familias y amigos, de nuestros distintos países; la difícil situación de tantas personas que sufren, que son forzadas a padecer violencia e intimidación para aceptar un atajo hacia lo que otros consideran bueno: todas estas cosas solo pueden mejorarse mediante el don del Espíritu Santo.

No se nos rocía como si fuera polvo mágico, ni actúa agitando una varita o pronunciando muchas palabras; debe obrar dentro de nosotros, como una fuente de agua viva que corre sobre una tierra desértica. Transforma quiénes somos, de modo que el

mundo se transforma a través de muchos pequeños cambios. ¿Será fácil? ¡Ciertamente no! Lo que hacemos puede parecer una gota en el océano, pero el océano está hecho de muchas gotas. Lo que hacemos ahora dará fruto en la vida eterna, porque Dios se hizo carne para que nosotros pudiéramos llegar a ser Dios.

Rt. Rvdo. David Charlesworth, OSB
Abad de la Abadía de Buckfast



INGLATERRA: ABADÍA BENEDICTINA DE STANBROOK, WASS, YORK

Navidad de esperanza

«Sin esperanza no tienes nada». Así lo afirma Graham Lee, jinete ganador del Grand National, tras una caída posterior de la que quedó paralizado desde el cuello hacia abajo. El Año Jubilar de la Esperanza llega a su término. La celebración pasa, pero la esperanza misma —virtud teologal— no termina; junto con la fe y la caridad, está en el corazón de la vida cristiana. En el noviciado aprendimos que las virtudes teologales —fe, esperanza y amor— son dones concedidos por Dios. No podemos ganarlos, ni conquistarlos, ni producirlos por nosotros mismos (aunque podamos disponernos a recibirlos); son íntegramente don de Dios, y los ne-

cesitamos. En cuanto virtudes —si acudimos a la raíz latina del término— fortalecen, dan energía, vigor, coraje, para que podamos vivir verdaderamente como cristianos. La esperanza nos permite vivir en estos tiempos difíciles.

Algo inusual para quien vive en un monasterio: en estos últimos meses me he encontrado con varios recién nacidos. Esas pequeñas criaturas en el umbral mismo de la vida suscitan una esperanza maravillosa —literalmente, una esperanza llena de maravilla—; no



podemos sino llenarnos de esperanza y alegría ante el milagro de su existencia y la promesa de su porvenir.

En Navidad celebramos el maravilloso nacimiento del Hijo encarnado de Dios: un Niño como todos los recién nacidos, débil y vulnerable, y, sin embargo, ya esperanza del mundo. «Gloria a Dios en las alturas y paz a los hombres que Él ama», proclaman los ángeles en su nacimiento. No es un canto vacío, sino un himno de verdad. La alegría y la esperanza renacen en nosotros. Sabemos de dónde viene el Niño; conocemos su futura resurrección, ascensión y el envío del Espíritu, y por tanto conocemos también, en la fe, nuestro propio futuro. «Mantengamos firme, sin titubear, la confesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió» (Hb 10,23). La certeza de esta esperanza está ahí para que todos podamos contemplarla en el Niño de Belén; y nuestro testimonio de ello en la fe es lo que nosotros, los cristianos, ofrecemos a la Iglesia y al mundo. Contra toda apariencia y adversidad humana, esto es poderoso y eficaz.



Os deseo a todos una Navidad bendita y llena de gozo por el nacimiento del Niño. Como siempre, estaréis presentes en nuestra oración durante este Tiempo Santo.

Hna. Anna Brennan, OSB
Abadesa



INGLATERRA: CONVENTO DE LAS BENEDICTINAS DE TYBURN, LONDRES



Esperanza de Navidad en un mundo destruido
Retrocedamos 430 años e imaginemos encontrarnos en la Inglaterra de la Reforma. Ser católico significaba ser desleal al trono, y ser un sacerdote católico constituía alta traición contra Su Majestad la reina Isabel I, un crimen castigado con la muerte. La misa del gallo de Navidad estaba prohibida, por lo que los fieles se reunían en secreto para celebrar el nacimiento del Señor. En este entorno angustiante, un sacerdote, aterido y hambriento, avanza penosamente por la nieve. Ha sido perseguido por los cazadores de sacerdotes y se desplaza en secreto de una casa a otra, deseoso de celebrar los sacramentos con su rebaño sufriente. Mientras atraviesa clandestinamente el campo, de repente se detiene en seco y contempla un espectáculo que jamás olvidará.

El Niño ardiente
Mientras yo en la encanecida noche invernal temblaba en la nieve,
Fui sorprendido por un súbito calor que hizo brillar mi corazón;
Y alzando un ojo temeroso para ver qué fuego estaba cerca,
Apareció en el aire un hermoso niño que ardía luminoso;
El cual, abrasado por el excesivo calor, derramaba tales ríos de lágrimas
Como si sus inundaciones hubieran de apagar sus llamas que con sus lágrimas eran alimentadas.
«¡Ay de mí!», dijo él, «apenas nacido, ardo en calor ardiente,
Y, sin embargo, nadie se acerca para calentar sus corazones ni sentir mi fuego sino yo.
Mi pecho inmaculado es la fragua, el combustible hieren las espigas,

El amor es el fuego, y los suspiros el humo, las cenizas la vergüenza y el escarnio;
El combustible sobre el que yace la Justicia y la Misericordia





sopla los carbones,
El metal trabajado en esta fragua son las almas mancilladas de los hombres,
Por lo cual, así en llamas ahora, debo trabajarlas para su bien,
Y así me derretiré en un baño para lavarlas en mi sangre».
Con esto desapareció de mi vista y se retiró velozmente,
Y de inmediato recordé que era Navidad.

Este célebre poema inglés, que canta la esperanza de la Navidad, fue escrito por el jesuita san Robert Southwell, mártir de Tyburn. No sabremos nunca si san Roberto vio realmente la visión que plasmó en versos con tanta elocuencia, pero lo que sí sabemos es que escribió estas palabras mientras estaba encarcelado en la Torre de Londres. Había sido torturado no menos de trece veces por el infame Topcliffe y se negó obstinadamente a divulgar cualquier información que pudiera perjudicar a sus compañeros católicos disidentes.

Es sorprendente que palabras de esperanza tan hermosas provengan de un alma sumida en el sufrimiento más profundo. Más notable aún es que la esperanza de san Robert Southwell no residía en la fuga de las mazmorras de la Torre, no residía en la posibilidad de una vida vivida en tranquila seguridad en la tierra, ni residía siquiera en la posibilidad de practicar su fe sin temor a persecuciones. La esperanza del poeta mártir se hallaba en la Redención, en el misterio pascual, en lavar los pecados de la humanidad en la Sangre de Cristo crucificado, y en el poder del Niño ardiente de obrar el mayor bien en medio del mayor mal. Pensar que Dios omnipotente descendería a nuestro mundo atribulado como un niño para hacer un baño con su propia sangre, de modo que todo pudiera ser trabajado para nuestra paz buena y verdadera: ¿quién no podría tener esperanza?

En medio de su intenso sufrimiento, san Roberto tenía la esperanza de poder llevar esta Esperanza a los demás, y esto hizo su sufrimiento mucho más llevadero. Significaba que su sufrimiento no era en vano. Cuando san Robert Southwell recibió la condena a muerte, estaba lleno de intensa alegría. El 21 de febrero de

1595 fue ahorcado, descuartizado y descogotado en Tyburn por alta traición de sacerdote católico. Su sangre, junto con la de más de cien mártires, ha regado justamente el terreno donde ahora se levanta nuestro monasterio. Sus vidas son testigos de esperanza: «Pero nosotros, que pertenecemos al día, seamos sobrios, vestidos con la coraza de la fe y de la caridad, y con el yelmo de la esperanza de la salvación. Porque Dios no nos ha destinado a la ira, sino a obtener la salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo» (1 Tes 5, 8-9).

Recientemente, nuestros vecinos, que viven en los alrededores, han visitado Roma, y también esto ha sido un gran signo de esperanza, sobre todo para la Unidad de los Cristianos. El 23 de octubre, por primera vez desde la Reforma inglesa, un monarca inglés no solo se reunió con el Santo Padre, sino que rezó con él. La visita del rey Carlos y de la reina Camila a la Ciudad Eterna habrá hecho saltar de gozo en el cielo a nuestros mártires de Tyburn. Recordamos estas palabras oportunas de otro mártir de Tyburn, san Edmundo Campion: «Yo... encomiendo tu causa y la mía a Dios omnipotente, el Escudriñador de los corazones, que nos envía su gracia y nos ve de común acuerdo antes del día del juicio, para que podamos finalmente ser amigos en el cielo, cuando todas las ofensas habrán sido olvidadas».

La esperanza navideña es esa esperanza que encontramos más allá de este mundo destruido. Es la esperanza en ese Niño ardiente que nos trae la verdadera paz, esa esperanza en un Dios que no solo está con nosotros, sino que se ha hecho uno de nosotros, que ha muerto por nosotros, ese Dios al que adoramos día y noche en la Eucaristía. La esperanza navideña es esa esperanza en el Niño-Cristo que nos ama y ha venido a salvarnos.

Madre Marilla Aw, OSB
Superiora General

IRLANDA:
MONASTERIO DE SANTA CATALINA DE SIENA,
THE TWENTIES, DROGHEDA



La oración para que todos puedan experimentar el amor, la paz y la esperanza

Recibid nuestra felicitación navideña: somos las monjas del Orden de

Predicadores que vivimos en el Monasterio de Santa Catalina de Siena, en Drogheda, condado de Louth, Irlanda. Somos la única comunidad de monjas dominicas en el país y la única comunidad dominica de lengua inglesa en Europa (al margen de la comunidad de Fátima, en Portugal, que es mayoritariamente anglófona).

Santo Domingo fundó la Orden para la predicación y la salvación de las almas. Como monjas de la Orden, estamos llamadas no solo a buscar el rostro de Dios en el silencio y la soledad del claustro, sino también a unir nuestra oración y toda nuestra vida a la misión de la Orden. A pesar de nuestra vida escondida, o quizá precisamente por ello, dirigimos una palabra poderosa a nuestro mundo moderno. San Juan Pablo II lo expresó de manera admirable cuando dijo:

«Necesitamos vidas que proclamen silenciosamente el Primado de Dios. Necesitamos personas que traten al Señor como Señor, que dediquen todas sus energías a adorarlo, que se sumerjan en su misterio y que lo hagan libremente, sin pensar en recompensas humanas, sino únicamente para afirmar que Él es el Ab-

solutio».

Por su parte, el cardenal Timothy Radcliffe, cuando era Maestro de la Orden, escribió a las monjas:

«Sois misioneras tanto como vuestros hermanos, no yendo a ningún lugar, sino viviendo vuestra vida desde Dios y para Dios. Sois una palabra predicada en vuestro propio ser».

Esto es lo que deseamos vivir. Hemos recibido la certeza de que Dios nos ama, a cada uno de nosotros en el mundo entero. Y eso es la Navidad: Jesús es el Amor encarnado. Dios amó tanto al mundo que envió a su Hijo... Esta es la palabra de esperanza capaz de traer paz a nuestro mundo herido. Con nuestro estilo de vida queremos decir al mundo que solo Dios puede colmar, que solo Él es nuestra paz. Queremos interceder por la salvación de todos, para que todos conozcan la alegría de ser amados y de amar a su vez.

Es normal que nosotros, seres humanos, esperemos cosas buenas: aquello que nos traiga paz, nos haga felices y nos permita realizarnos. Pero si nuestra esperanza se dirige únicamente a este mundo, estamos destinados a la decepción. Nada de lo que el mundo ofrece puede satisfacerlos por completo: esta es una de las grandes lecciones de la vida.

Si reflexionamos sobre esta experiencia y nos preguntamos qué dice de nosotros el hecho de que todo ser humano desee el bien, quizá lleguemos a comprender que en la trama misma de nuestro ser está inscrito un deseo de felicidad. Para eso hemos sido creados. Y así entramos en el ámbito de nuestra creación: ¿quién nos ha creado y para qué hemos sido creados? ¿Qué



clase de Creador dispone que su criatura desee el bien? Y solo el bien. Incluso cuando nos equivocamos y anhelamos algo malo o destructivo, lo deseamos porque pensamos, aunque erróneamente, que será un bien para nosotros.

Creo que debemos concluir que el Creador contempla la bondad y la felicidad como nuestro fin último. La persona humana es alguien a quien Dios crea por su bondad y por su amor. El amor de Dios es tan grande que no puede contenerse a sí mismo, por así decirlo: Dios nos ha creado para que podamos experimentar su amor. Hemos nacido, por tanto, para participar en la vida de Dios, que es Amor.

Si esto es así, resulta lógico que la única realidad capaz de darnos una felicidad plena y duradera sea la vida de Dios, la unión plena con Él. Nos demos o no cuenta, mientras habitamos esta tierra somos peregrinos, extraños lejos de nuestra verdadera patria: el Cielo. Dios quiere que compartamos su Vida divina. Hemos sido creados para la visión beatífica, para la unión con Dios y con los demás en el Reino de los Cielos. Como cristianos, tenemos el privilegio de saberlo. La fe en Jesús abre la puerta a la esperanza teologal, de la que la esperanza humana no es más que un pálido reflejo. La esperanza teologal es la Esperanza Pascual, la esperanza que poseemos porque Jesús, el Hijo de Dios, nació en la primera noche de Navidad: vivió, murió y resucitó para que quienes creen en Él no perezcan, sino que tengan la vida eterna para la cual hemos sido creados.

La esperanza teologal tiene un único fin: la salvación —para nosotros mismos, para nuestros seres queridos y para todo el



mundo—. Como monjas contemplativas, nuestra misión es mantener la realidad del Cielo ante los ojos del mundo. Al celebrar las solemnes liturgias del Adviento y de la Navidad, nuestra oración más sincera es que todos, en cualquier lugar, puedan experimentar el amor, la paz, la esperanza y la alegría que la venida de nuestro Salvador trae consigo: un anticipo de aquello que nos aguarda cuando alcancemos nuestra verdadera morada en el Cielo.

Sor M. Breda, OP
Priora



ISLANDIA: MONASTERIO DEL CARMELO, HAFNARFJORDUR



Un amor dispuesto a volverse frágil y vulnerable

Imaginemos por un momento cómo serían nuestras vidas si la Noche de la Natividad nunca hubiera existido...

Las personas atormentadas por el sufrimiento, por el miedo al futuro y a los demás, no habrían escuchado la Buena Nueva de la salvación. No habrían recibido la nueva ley del amor. Su relación con Dios —en el supuesto de que existiera— se basaría en la convicción de que su favor debe ganarse. Ignorarían que Dios está tan cerca que puede hacerse uno de ellos. Y entonces la muerte no se habría convertido en una puerta hacia una vida nueva; el sufrimiento no habría adquirido su dimensión redentora; y no existiría esperanza alguna de que todo dolor sea recompensado, toda lágrima enjugada, todo deseo colmado.

¿Podemos imaginar nuestro mundo —incluso en su estado secularizado, tan a menudo falto de paz— sin la Noche de la Natividad? ¿Seguiríamos vivos hoy si Jesús no hubiera venido?

Y, sin embargo, Jesús vino. Descendió al corazón mismo de nuestro dolor y de nuestro miedo, y allí encendió la luz de la esperanza.

Desde el principio, Dios se ha ocupado de la humanidad, ha entrado en su historia, deseando siempre sostenerla y salvarla. El culmen de estas intervenciones fue la Encarnación del Hijo de Dios: la realización de un designio eterno de amor y una invitación a compartir la misma vida de Dios.

¿Qué quiere decirnos hoy el Dios recién nacido? Abramos las páginas del Evangelio.

No vino con el poder que fácilmente habría doblegado a los gobernantes de este mundo, sino como un Niño vulnerable, en extrema pobreza. Nació oculto y creció en el silencio.

¿Así habríamos imaginado la venida de un rey? ¿Así habríamos imaginado el inicio de un reino que no tendrá fin?

Y, sin embargo, Él no es solo el Rey de reyes, sino el Dios omnipotente, el Creador del cielo y de la tierra.

He aquí su primer mensaje: el verdadero poder transformador no procede de la fuerza de la autoridad, sino —paradójicamente— del poder del amor, un amor dispuesto a hacerse frágil y vulnerable, porque ese poder no viene de nosotros, sino de Dios; y Dios no conoce límites en su acción creadora.

¿Qué esperanza aporta esto a cuantos sienten dolorosamente la pequeñez de sus propias capacidades, a quienes consideran su vida inútil o incluso superflua! Pues nuestras acciones más ordinarias —el trabajo cotidiano, el sufrimiento, la oración—, cuando se colocan en las manos de Dios, pueden convertirse en una fuerza inmensa.

¿No es este acaso el ejemplo que el mismo Jesús nos da?

Él no comenzó a anunciar el Evangelio con su ministerio público, sino desde el mismo instante de la Encarnación. Y siguió proclamándolo durante treinta años de vida ordinaria y de duro trabajo, reconocido por casi nadie.

Al escoger este camino, mostró que todo acto de amor, por pequeño o escondido que sea, tiene poder para transformar los corazones y, en consecuencia, el mundo.

Al hacerse hombre, Dios se reveló como el Dios del amor universal. Vino para todos. No se aparta de ninguna persona, ni siquiera cuando esa persona se aleja de Él, o pretende expulsarlo completamente de su vida.

Dios deja siempre abierta la esperanza del regreso: jamás podre-





mos apartarnos tanto de Él que sus brazos abiertos no puedan alcanzarnos para llevarnos de nuevo a su corazón.

Al mismo tiempo, Dios eligió compartir el destino de todos los perseguidos y rechazados. Por eso, nunca experimentaremos un rechazo tan profundo que le impida estar allí, esperándonos con la luz de la esperanza que nos recuerda que siempre somos amados.

Solemos asociar la esperanza al futuro. Sin embargo, Jesús viene como Emmanuel – «Dios con nosotros».

Vino para habitar entre nosotros —literalmente, “para plantar su tienda entre nosotros”—.

No vino solo en un momento histórico, para vivir en la tierra durante un tiempo. El término griego ἐσκήνωσεν lo aclara: Él habitó y sigue habitando entre nosotros.

En ello, Dios revela su ardiente deseo de estar presente en nuestra vida y de participar en ella. Viene sin cesar —aquí y ahora—, en la realidad de nuestra existencia cotidiana, encendiendo esa misma llama de esperanza.

La esperanza, por tanto, se realiza en el presente. En la gruta de Belén, Dios nos asegura que nunca seremos abandonados ante los desafíos de la vida. Nos dice: «No temáis, estoy con vosotros». En el Evangelio leemos que “Herodes buscaba al Niño para matarlo”. Dios interviene, pero no destruye al cruel soberano; señala, en cambio, otro camino de salvación.

Jesús, nacido en el corazón de la noche y huido a Egipto de noche, nos enseña que incluso en la oscuridad más profunda que podamos experimentar, Él está presente y vela por nosotros. Podría uno preguntarse: ¿por qué actúa Dios de este modo?

¿Por qué no elimina los peligros o incluso los acontecimientos trágicos, cuando el mensaje navideño de los ángeles proclamó la paz a todos los hombres?

El mensaje de paz no promete que la guerra y el dolor desaparecerán de la tierra. Es, más bien, una invitación a hacer nacer la paz dentro de nosotros mismos.

Ahí comienza la renovación del mundo.

Así como Dios ha abrazado a todos, así nos da la fuerza para abrazarnos unos a otros, en nuestros corazones y en nuestras relaciones. Contemplando las escenas bíblicas de la Navidad, descubrimos en cada una de ellas un mensaje de esperanza profundo y siempre actual.

El ser humano, viva donde viva, siempre ha necesitado, necesita y necesitará de Dios. Por sí solo, no es capaz de hallar las respuestas a todas las preguntas que le conciernen. Solo en Dios pueden encontrarse.

Tenemos hambre de felicidad y la buscamos en los bienes de este mundo. Y, sin embargo, ninguno de ellos puede colmar ese único deseo sembrado en lo más hondo de nuestro corazón: el deseo de amor.

Dios viene a la tierra para satisfacer ese deseo en abundancia. Nos corresponde a nosotros decidir si queremos beber de esa fuente y aceptar la ayuda que Él nos ofrece en Sí mismo.

¿Quién no querría tener un amigo amante, fiel, sabio y siempre cercano? Todo lo que Dios desea es ser un amigo así para nosotros, y hemos sido creados para esa relación.

Para vivirla plenamente, ha de ser cultivada por ambas partes. Qué vigente sigue siendo el conmovedor llamamiento de san Juan Pablo II a invitar a Jesús en todos los ámbitos de la vida. Entonces la esperanza que Él trae se convertirá en realidad para cada uno de nosotros:

«¡No tengáis miedo! ¡Abrid, más aún, abrid de par en par las puertas a Cristo!

¡Abrid a su fuerza salvadora los confines de los Estados, los sistemas económicos y políticos, los vastos campos de la cultura, de la civilización y del desarrollo!

¡No tengáis miedo! Cristo conoce “lo que hay en el hombre”. ¡Solo Él lo conoce!

Hoy, con demasiada frecuencia, el hombre ignora lo que hay en su interior, en lo profundo de su mente y de su corazón. A menudo se muestra incierto acerca del sentido de su vida en esta tierra. Es asaltado por la duda, una duda que se transforma en desesperación.

Permitid, pues, que Cristo —os lo pido, os lo ruego con humildad y confianza— hable al hombre.

Solo Él tiene palabras de vida, sí, de vida eterna.»

(Plaza de San Pedro, 22 de octubre de 1978)

Si alguien desea ayudar a las monjas carmelitas de Islandia en la pequeña ampliación de su monasterio, puede visitar la página web: www.karmel.is

Carmelitas Descalzas

ISRAEL: MONASTERIO DEL MONTE CARMELO, HAIFA

La Navidad en el Monte Carmelo

Al ritmo de la liturgia

«Cuando los días comienzan a acortarse...», entonces, como una luz que se enciende en la oscuridad, brilla la primera vela del Adviento. Comienza la silenciosa preparación para la Navidad, marcada por el ritmo de la liturgia, que nos invita a revivir los misterios del Señor recorriendo las grandes profecías mesiánicas. Resuenan en nosotras, de manera muy particular, las palabras del Libro de la Consolación: «Consolad, consolad a mi pueblo» —נחמו, נחמו עמי— (Is 40,1). El Niño de Belén encarna la consolación de Israel; en Él se revelará la gloria del Señor, y toda carne verá la salvación de Dios (cf. Is 40,5; Lc 3,4-6).

Al vivir en Tierra Santa, sentimos un profundo anhelo de paz: la paz esperada durante siglos, la paz anhelada por nuestros hermanos judíos, con quienes compartimos esta misma tierra. El Adviento y la Navidad son los tiempos litúrgicos más gozosos en la vida del Carmelo. Mientras la naturaleza se reviste de frío, los corazones se calientan ante el misterio que nos envuelve, y un sentimiento de alegre espera crece en nuestro interior.

Como para un largo viaje, cada monja es invitada a encontrar un modo personal de llegar espiritualmente a Belén. A cada una se le asigna por sorteo la forma concreta de emprender ese camino interior; siempre se propone también una virtud común sobre la que trabajar. En este Año Santo será la pobreza, siguiendo la invitación del Papa León XIV en su primera Exhortación Apostólica Dilexi te; junto al silencio, nacido del amor a Aquel que esperamos, nuestro Rey Mesías, siempre en compañía de María, la Reina de esta santa montaña.

Para ayudarnos a mantener un clima de recogimiento, durante

este tiempo reducimos visitas, llamadas y contactos exteriores, con el fin de intensificar la oración y prepararnos para Aquel que viene, llevando con nosotras a toda la humanidad que se nos ha confiado. Durante el Adviento, cada monja tiene un día de retiro personal para acompañar a la Virgen de la Espera. La víspera, toda la comunidad se dirige en procesión hasta su celda llevando una pequeña imagen de la Virgen encinta: es un momento muy esperado, que nos permite hacer una estación de oración, y también un momento íntimo, pues es el único día del año en que se entra en la celda de las hermanas. Nuestra Santa Madre Teresa quería que la celda permaneciera siempre como el espacio íntimo y sagrado de cada monja.

Los belenes

Son un modo muy concreto de anunciar el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, precisamente en esta tierra donde Él se hizo carne. Dado que somos una comunidad internacional —19 hermanas de doce naciones: Brasil, Chile, Corea del Sur, Croacia, Egipto, Honduras, Israel, Italia, Madagascar, Malí, Perú y El Salvador—, los belenes son un espacio para expresar nuestra identidad cultural. Nueve días antes de Navidad, el monasterio se convierte en un gran belén: aparecen pequeñas imágenes del Niño Jesús por todas partes, cada rincón se embellece para hacer sitio al misterio que celebramos. También en este tiempo de espera preparamos un pequeño regalo para nuestros benefactores: algo hecho por nosotras mismas, en agradecimiento por su apoyo y, sobre todo, por el don de su amistad, sin olvidar nunca a los pobres.

La Kalenda

En la madrugada del día 24, en la vigilia de Navidad, se canta solemnemente la Kalenda, un texto poético tomado del Martirologio Romano, característico de las liturgias monásticas de





este día. Es la proclamación del nacimiento de Jesucristo. Nos conmueve siempre escuchar la enumeración cronológica de las etapas de la historia de la salvación, especialmente al encontrarlos aquí, en esta misma Tierra. En el momento del anuncio del nacimiento del Salvador, todas nos arrodillamos, con la frente tocando el suelo: un gesto de humildad y profunda adoración ante el Misterio del Verbo hecho carne.

La Noche Santa

Comienza en profundo silencio. Las hermanas, revestidas con la capa blanca y portando una luz encendida en la mano, participan en la Procesión de la Luz que recorre todo el monasterio y acompaña al Niño recién nacido en brazos de la priora. Todo está iluminado por innumerables velas que marcan el camino del Niño: un camino de luz.

Visitamos los espacios comunes y las celdas de las hermanas, donde la Madre ofrece el Niño a cada una para un gesto de adoración. Cánticos, lecturas y meditaciones de los Padres de la Iglesia y de nuestros santos acompañan este momento. Después, concluimos ante el belén del coro, donde se deposita al Niño, y comienza el canto del Oficio de Lecturas, seguido de la solemne Misa de Navidad. Nos habita una alegría inmensa: esa noche no se duerme, decía nuestra madre Santa Teresa. Tras la Misa, vamos al locutorio para intercambiar felicitaciones navideñas, también con nuestros padres carmelitas que nos acompañan como capellanes. Luego, en el refectorio, nos saludamos en todas las lenguas de la comunidad y compartimos un chocolate caliente.

El tiempo de Navidad

Tiempo de recreación festiva, de adoración, de cantos en todas las lenguas y de homenajes a nuestro Rey, hasta el 6 de enero, día en que llegan los Reyes Magos trayendo un pequeño regalo para cada hermana: en ese momento, ¡todas nos volvemos como niñas!

Así transcurre la Navidad en el Monte Carmelo: contemplando, gozando e intercediendo por todos.

Sr. Verónica de Jesús, OCD



TIERRA SANTA MONASTERIO DE LAS CLARISAS, NAZARET

Un don de Dios capaz de transformar la vida

Nos encontramos al final de un Año Jubilar marcado por la esperanza, aun cuando el mundo se halla convulso. Conflictos armados, cambios climáticos, crisis económicas y sociales, e incluso las pruebas que atraviesa la Iglesia, parecen oscurecer el horizonte de la humanidad. Muchos se preguntan: ¿hacia dónde vamos? ¿Dónde hallar luz, paz y sentido en este contexto de fragilidad, incertidumbre e incluso caos?

Contemplando el drama de la humanidad, el filósofo alemán Martin Heidegger afirmaba en una célebre entrevista concedida a la revista Der Spiegel en 1966 —publicada póstumamente en 1976—: «Solo un dios puede aún salvarnos». Expresaba así su diagnóstico sobre la crisis espiritual y existencial de la era moderna, marcada por el nihilismo y el dominio de la técnica. Pero la situación, hoy, se ha agravado.

Es precisamente ante este clima que el papa Francisco ha juzgado necesario y urgente reavivar la llama de la esperanza. Al invitarnos al Jubileo, ha querido garantizar que la humanidad no sucumba al desaliento, sino que entre con decisión en una era con futuro. Nos recuerda que la esperanza cristiana no es mera espera pasiva ni ingenuo optimismo, sino una fuerza inte-



rior, un don de Dios capaz de transformar nuestra vida y nuestra mirada sobre el mundo.

Al acercarnos a la Navidad, fiesta del nacimiento del Emmanuel, Dios con nosotros, fiesta de la victoria de la luz sobre las tinieblas del mundo, somos invitados a redescubrir el mensaje de esperanza que este acontecimiento porta consigo, incluso en el corazón de un mundo roto y sin paz. ¿Cómo puede la Navidad de hoy alimentar nuestra esperanza y ayudarnos, cada uno a su modo, a convertirnos en portadores de luz y de paz?





El llamamiento del papa Francisco a un Jubileo

En la bula de convocatoria del Jubileo, el papa Francisco subraya la urgente necesidad de avivar la esperanza en un mundo marcado por el miedo, la duda y el pesimismo. Su llamada —«¡No tengáis miedo a la esperanza!»— es una invitación a no ceder al desaliento, sino a confiar en la fidelidad de Dios.

Para el Papa, la esperanza cristiana es una fuerza que nos capacita para actuar, reconstruir, perdonar y edificar la paz. No es ingenuidad, sino una confianza lúcida en la promesa divina, capaz de sostener a los creyentes en las pruebas y de animarles a testimoniar la alegría de la luz de Cristo. Invoca, así, una cultura de la esperanza.

La importancia de la esperanza en la vida cristiana

Si el Jubileo nos invita a volver a la esperanza, es sin duda porque la humanidad ha malinterpretado su objeto, su significado, su lógica —que hoy necesita relativizar— y la naturaleza de aquello que verdaderamente puede realizarla.

Si el Jubileo nos llama a regresar a la esperanza, es quizá porque la humanidad ha olvidado que Dios es su esencia, Dios su fuente y Dios su meta. Al separarnos de la verdadera esperanza, nos hemos privado de todo sostén en las pruebas del tiempo presente y nos cuesta avanzar con confianza hacia la vida eterna, nuestro origen y destino.

La Navidad se acerca. ¿Cómo puede ser portadora de esperanza en esta situación global?

Navidad, fuente de esperanza: renovar la acogida de Cristo, nuestra esperanza

La Navidad renueva la llamada a acoger a Cristo, nuestra esperanza, en el corazón de nuestras vidas, a menudo sumidas en la incertidumbre y la oscuridad. Ya en el siglo VIII a. C., Isaías hablaba de un pueblo que caminaba en tinieblas a causa de guerras, deportaciones y condiciones de vida inhumanas.

Hoy, sin pintar un cuadro excesivamente sombrío, nos encontramos ante una situación similar. ¿Podemos esperar?

Sí, porque vemos signos de vida, indicios de futuro, fuentes de esperanza: en Gaza, la solidaridad y la ayuda mutua abundan en la dificultad; lo mismo sucede en los campos de refugiados sirios en Líbano y en Ucrania; entre los pueblos resilientes del continente africano... sin olvidar los pequeños gestos de fraternidad y apoyo que florecen a nuestro alrededor para con los más vulnerables y quienes viven en soledad.

Esa es la esperanza de la Navidad cada vez que una renovación está en marcha.

La Navidad nos recuerda que solo la fe, alimentada por la oración, la Palabra y los sacramentos, ilumina nuestra espera del



nuevo día. Acoger a Jesús significa dejar que su luz transforme nuestros miedos y nuestras dudas, y elegir caminar hacia la verdadera esperanza que Él ofrece a cada uno.

La Navidad es la gran fiesta de la alegría y de la esperanza; nos invita a acoger a Dios en nuestra vida y a remangarnos para hacer de nuestro mundo un lugar más justo y más fraterno.

Caminemos juntos hacia la luz y celebremos el don más hermoso de la Navidad: la esperanza, promesa de un futuro mejor para todos.

Sor Mónica, OSC
Abadesa



ITALIA: MONASTERIO DE LAS SIERVAS DE SANTA MARÍA, ARCO DE TRENTO



Dios ama a la humanidad hoy y siempre.

«Y de pronto apareció con el ángel una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios y decía: “Gloria a Dios en lo más alto de los cielos, y en la tierra paz a los hombres que él ama”».

Resulta sorprendente que un mensaje tan extraordinario, un acontecimiento tan sobrecogedor que irrumpe repentinamente en los cielos, haya sido visto únicamente por unos pastores rudos, en vela durante la noche, acampados al aire libre bajo las estrellas; mientras el resto de la población dormía en sus casas o se hallaba absorto en preocupaciones más o menos decisivas para su propia vida.

¿Es posible que un acontecimiento semejante pase inadvertido incluso para quienes se dedican a escrutar los fenómenos de la naturaleza o las Sagradas Escrituras? Si contemplamos hoy el progreso de las ciencias humanas —en todos los ámbitos, desde

el tecnológico hasta el teológico— tanto más nos desconcierta el mensaje de la Navidad que, a pesar de interpretaciones, instrumentalizaciones y comercializaciones de todo tipo, se ha convertido en la celebración más universal y conocida del mundo. Tal vez porque sitúa en el centro a un Niño, la expresión más elocuente y transparente de la esperanza.

«¿Qué llegará a ser este niño?» —la pregunta que todos se hacían al nacimiento de Juan el Bautista (Lc 1,66)— resuena de hecho en cada nacimiento y reaviva, con él, una chispa de esperanza incluso en el corazón más cansado y desalentado. Por eso la muerte de los niños, especialmente cuando es provocada por la guerra, el hambre o la injusticia, hiere con mayor crudeza que cualquier otro crimen: porque asesina la esperanza, la única verdadera reserva humana para recomenzar, para buscar, para luchar por un mundo nuevo, ya sin guerras, sino en concordia y en paz.



...Y aun así nos disponemos a celebrar la Navidad una vez más. Hoy, los cielos, surcados por drones, misiles y otros ingenios humanos sofisticados, parecen silenciar completamente el canto de quienes aman y celebran la vida; incluso el canto de los ángeles, impidiéndoles descender a la tierra para anunciar la Buena Nueva.

Y, sin embargo, a un niño —o a alguien tan inerte como él— que deambula entre las ruinas de un país devastado; a un migrante que duerme bajo los puentes; a una mujer despojada de su dignidad; o a cualquier desconocido que invoca a Dios en silencio, a esos se acerca el ángel del Señor y los envuelve con esa luz cuyo resplandor alumbrará el caminar de pueblos y reyes (cf. Lc 2,9; Is 60,3).

A ellos va dirigido en primer lugar el anuncio más impensable y desconcertante; hacia ellos hemos de volver todos nuestra mirada para entrever en los cielos un rayo de aquella luz que, en la noche más cerrada del dolor, los inunda misteriosamente. Solo acompañando a los pequeños y a los heridos podemos aspirar a recorrer el camino que conduce al descubrimiento del

“signo” que confirma la verdad del anuncio de un gozo inmenso para todo el mundo: que Dios ama a la humanidad hoy y siempre, incluso si esta llegara a destruir por completo la tierra.

En el monasterio donde vivimos, ya pocos y casi todos ancianos, quisiéramos acoger el eco de la alegría que desborda el corazón de quienes perciben el mensaje angélico en el silencio interior, un silencio que ni siquiera el estrépito ensordecedor de las bombas logra sofocar. Pero también queremos elevar hacia el corazón de Dios el clamor de quienes han perdido la esperanza, de quienes buscan construir la paz confiando exclusivamente en recursos humanos.

Lo hacemos orando ante la imagen del altar de nuestra pequeña iglesia, que representa a la Virgen María adorando al Niño, con la inscripción latina: QUEM GENUIT ADORAVIT —«Adoró a Aquel que había engendrado».

Hna. Anna M. Di Domenico, OSM



ITALIA: MONASTERIO BENEDICTINO DE SANTO ANDRÉS APÓSTOL, ARPINO



La Navidad, don de un nuevo comienzo tejido de esperanza

«Hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, que es el Cristo, el Señor» (Lc 2,11)

Estamos ya de camino hacia Belén; se cuentan los días que nos separan de la Santa Navidad. La hermosa liturgia del Adviento, con sus antfonas impregnadas de trepidante espera y de asombro, nos guía y hace crecer en nosotros, día tras día, el estupor y la alegría ante el inefable Misterio de un Dios que se hace Niño. Cada año resuena “nuevo” el anuncio angélico: «Hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, que es el Cristo, el Señor» (Lc 2,11). Nuevo, porque es inagotable; nuevo, porque lo escuchamos desde lo más hondo de nuestra existencia, entretejida con los hilos de acontecimientos personales y sociales nunca antes vividos; y nuevo, sobre todo, porque el nacimiento del Verbo de Dios en la carne constituye el don de un nuevo comienzo.

El misterio de la venida del Verbo, que se hace persona y viene a habitar en medio de nosotros, revive puntualmente en nuestros corazones. En esta admirable aventura de Dios, que reviste nuestra frágil naturaleza humana, descubrimos la belleza y la gratuidad de su amor infinito. Jesús «no consideró un botín codiciable su igualdad con Dios; al contrario, se despojó de sí mismo, tomando la condición de siervo y haciéndose semejante a los hombres» (Flp 2,6-7). Escoge la pobreza al asumir la naturaleza humana, sujeta a todas las precariedades. Estas palabras son

fuerza de profunda esperanza para todos nosotros y nos ayudan a comprender que el verdadero encanto de la Navidad no está en las luces brillantes que nos invitan al consumismo, sino en mirar humildemente, con los ojos del corazón y con espíritu de fe, el misterio de la salvación, para luego dar testimonio de él al mundo entero, de manera que cada uno se sienta amado, deseado y salvado por aquel Santo Niño recostado en el pesebre de Belén.

Por medio de esta admirable venida al mundo, también nuestro corazón se convierte en la cuna de Jesús. Así cambia nuestra vida, cambia la historia, cambia la humanidad entera. En un tiempo como el actual, marcado por tantas situaciones dramáticas y constantes preocupaciones ante los vientos de guerra que soplan sobre varias regiones del planeta, por las múltiples formas de pobreza, injusticia, abuso y violencia, dejémonos alcanzar por este acontecimiento extraordinario en los ámbitos personal, social y religioso, como exhortaba el cardenal Carlo Maria Martini en su homilía del día de Navidad de 1993: «En el ámbito personal, viviendo la vida con sobriedad, redimensionando nuestros deseos; en el ámbito social, buscando la justicia en las relaciones con los demás y preocupándonos por su bien; en el ámbito religioso, dando alabanza y gloria a Dios y sirviéndole según el espíritu de las bienaventuranzas».

Avanzamos asimismo hacia la clausura del Año Jubilar de la Esperanza convocado por el Papa Francisco, con la apertura de la Puerta Santa en la Basílica de San Pedro el 24 de diciembre de



2024. ¿Cómo seguir siendo peregrinos de esperanza en medio de tanto mal infligido por el hombre al hombre? Invocado por el clamor silencioso de tantos abandonados, Jesús nace. Él es nuestra Esperanza: un Niño desamado cuyas pequeñas manos —como escribe Edith Stein— ya nos llaman a seguirle, invitándonos a una vida nueva de esperanza. La esperanza es como un puente que nos saca de la soledad y nos pone en relación con quienes necesitan ayuda, una sonrisa o un saludo nacido del corazón.

A veces puede parecernos difícil esperar, pero ¿qué sería nuestra vida, aquí y ahora, si no pudiéramos esperar? «Toda acción sería y recta del ser humano es esperanza en acto», decía Benedicto XVI en su encíclica *Spe salvi* (n. 35); y añadía también: «Quien

tiene esperanza vive de otro modo; a quien espera se le ha dado una vida nueva». Esa vida nueva que Jesús nos trae como don en Navidad nace entre nosotros a través de gestos pequeños, de pasos humildes, y lleva lejos, hacia lo alto, abre horizontes nuevos y revela un modo nuevo de vivir juntos.

Un Niño nos ha nacido para hacernos nuevos, para hacernos renacer con Él, para suscitar vida donde la muerte quisiera reinar, para encender luces de esperanza allí donde las tinieblas nos atenazan. Que la Sagrada Familia sea nuestro modelo para vivir de esperanza y generar esperanza. La casa de Nazaret se convirtió en un hogar de comunión y esperanza porque allí brillaba una luz distinta: la luz de la vida amada y custodiada; allí la oración era vivida, el silencio amado, el trabajo honrado. Y así reinaba la paz, una paz que nosotros somos llamados a tejer día a día con los hilos de la paciencia, del perdón y de la humildad. Que estos sean nuestro pan cotidiano, nuestra orientación, la fuente de nuestra esperanza. El Niño nos espera. Entreguémosle nuestro corazón como morada, acogiendo en él, con Él y en Él, a todos nuestros hermanos y hermanas, pequeños y grandes, y custodiándolos en el silencio de la oración: en ellos está Jesús, nuestra Esperanza y nuestra Paz.

Haciendo de este deseo nuestra oración, deseamos a todos una Santa Navidad y un feliz Año Nuevo 2026.

Las Benedictinas de Santo Andrés Apóstol



ITALIA: MONASTERIO AGUSTINO DE SANTA MARÍA MAGDALENA, CASCIA



No te dejes vencer por las espinas

En el silencio de la oración, mientras el mundo corre sin descanso, llega una vez más la Navidad, como una luz que nunca se apaga. Cada año, la Iglesia invita a detenerse ante el misterio de la Encarnación: un Dios que se hace niño, frágil y pobre, para decir a la humanidad que, a pesar de las guerras, las injusticias y las divisiones, la esperanza no se ha perdido.

Vivimos un tiempo en el que la paz parece extraviada, y sin embargo la gruta de Belén continúa hablándonos con voz suave. Aquella noche no fueron los poderosos quienes advirtieron la venida del Salvador, sino los pastores, hombres sencillos y vigilantes. Ellos vieron la luz, porque la buscaban en la oscuridad. Este es el primer mensaje de la Navidad: la esperanza nace en los corazones que velan, incluso cuando todo a su alrededor parece apagado.

Como decía san Agustín, «Dios se hizo hombre para que el hombre pudiera reencontrar el camino hacia Dios». En la Navidad se cumple este encuentro entre el cielo y la tierra: Dios desciende entre los hombres para que nadie se sienta ya solo ni perdido. En nuestro monasterio, unido a tantas comunidades del mundo que rezan cada día por la paz, sabemos que la esperanza de la Navidad es una fuerza discreta pero invencible, que brota del corazón de Dios y se difunde en los gestos humildes de quienes eligen amar. Nuestras manos no empuñan poder ni buscan dominio: custodian gestos de bondad, palabras que consuelan,

atenciones que recompone lo herido. Creemos que la oración, unida a la ofrenda silenciosa, puede hacer florecer la esperanza incluso donde todo parece perdido.

Acoger al Niño de Belén significa acoger la misma paz, dejando que caigan de nosotros las defensas del orgullo y del miedo. Jesús nace todavía hoy en los pliegues de un mundo herido, donde los pueblos buscan reconciliación, donde tantas familias esperan un futuro más justo. Y precisamente allí, donde parece prevalecer la oscuridad, Él se hace presencia viva, como una luz que no se apaga.

La Navidad nos recuerda que Dios no se ha cansado del hombre. Si miramos la gruta, vemos que no hay esplendor ni riqueza,





pero sí calor, acogida, ternura. María y José nos enseñan que la esperanza no es un sentimiento vago, sino una elección: creer que, incluso en la oscuridad, la luz llegará. Creer que el Amor tiene la última palabra.

En este tiempo en que concluye el Jubileo, la Navidad invita a renovar el espíritu, a redescubrir la gracia de la reconciliación. El Año Santo ha sido un camino hacia la misericordia; ahora la Navidad pide hacer de ella fruto, transformando la misericordia en estilo de vida. No podemos proclamar la paz si no empezamos a construirla dentro de nosotros: en las familias, en las comunidades, en los corazones. La esperanza cristiana no es un optimismo ingenuo, sino una fe que se encarna en lo cotidiano. Es la certeza de que Dios actúa incluso cuando no lo vemos. Como la semilla escondida en la tierra durante el invierno, la esperanza aguarda su tiempo para germinar. Cada día, en la oración, intercedemos para que esa esperanza crezca en el mundo, como una pequeña llama custodiada en el corazón de quien cree.

La Navidad invita a mirar más allá de la oscuridad, a reconocer que ninguna noche es tan larga como para impedir el amanecer. El Niño que nace es la prueba de que Dios no abandona su creación: Él se hace compañero, camina a nuestro lado, comparte nuestra humanidad. Esta es la esperanza que salva: saber que no estamos solos.

Santa Rita de Casia —a menudo invocada como la “santa de los casos imposibles”— es para nosotros modelo luminoso de esperanza que no defrauda. Ella atravesó pruebas dolorosas: pérdidas, conflictos y temores; pero no se encerró en el dolor, sino que dejó que su sufrimiento floreciera en intercesión y compasión.

En la vida de santa Rita encontramos una invitación: no rendirse ante las espinas, sino acogerlas como participación en el misterio pascual. Su historia nos recuerda que la esperanza crece precisamente en los momentos en que todo parece perdido. En ella,



la gracia se manifiesta poderosa en el límite, la paciencia se convierte en don, el perdón en fuerza. Así, mirando a santa Rita, podemos alimentar la esperanza de que, incluso en un mundo herido, Dios actúa con dulzura y constancia. Ella no prometió que las dificultades desaparecerían, pero vivió confiando en que la fidelidad de Dios permanece siempre.

El mensaje de la Navidad, en el fondo, es este: la esperanza no nace de los éxitos humanos, sino de la fidelidad de Dios. Es un don que pide ser acogido y compartido. Y aunque el mundo parezca sin paz, sabemos que la paz ya ha venido, y vive en el silencio de Belén.

Desde el corazón de Casia, confiamos al Niño Jesús el destino del mundo. Que su luz ilumine toda noche y que su esperanza abra camino en los corazones como un canto que nunca se apaga.

Las monjas Agustinas



ITALIA: ABADÍA BENEDICTINA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD, CAVA DE' TIRRENI



La Navidad de Jesús nos colma de Esperanza

por + Michele Petruzzelli, OSB
Abad Ordinario

En el tiempo litúrgico de Adviento que nos ha preparado para la Santa Navidad, una de las oraciones más hermosas que la liturgia nos propone cada año es la invocación del profeta Isaías: «Cielos, derramad desde lo alto, y que las nubes hagan llover la justicia; ábrase la tierra y produzca la salvación, y haga germinar al mismo tiempo la justicia» (Is 45,8).

Son palabras impregnadas de esperanza y de espera. El profeta suplica para que Dios se muestre como Salvador, realizando un abrazo entre el cielo y la tierra. Que los cielos hagan descender una lluvia de justicia que fecunde la tierra, la cual, a su vez,

vuelva a ser capaz de hacer brotar justicia.

Todos sentimos hoy cuánto necesitamos esperanza, porque tantos acontecimientos —pensemos especialmente en las guerras, cercanas o lejanas, que siembran destrucción y muerte y siguen infundiendo miedo a toda la humanidad— parecen desmentir esta virtud de la que cada persona necesita para dar sentido y propósito a su existencia. Los cristianos, desde los comienzos, se han distinguido porque eran portadores contagiosos de esperanza. Lo recuerda san Pedro en el célebre pasaje de su primera Carta, cuando invita a los miembros de su comunidad a «dar razón de la esperanza» (1 Pe 3,15) que manifiestan tener. Nuestra esperanza nace de haber descubierto que la profecía de Isaías se ha cumplido realmente. Los hombres han sido inundados por la justicia y la misericordia de Dios cuando nació entre nosotros Aquel que es el Justo: Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre. Él difundió, mediante la obra de la Iglesia, su Evangelio entre los hombres, y así la tierra ha hecho germinar una nueva justicia que pone en primer lugar la acogida y el servicio a los pobres.

La santa Navidad de 2025, lo sabemos, cierra el Año Jubilar de la Esperanza, un año de gracia durante el cual hemos tenido la oportunidad de releer nuestra vida y discernir cómo vivimos el don del Bautismo, es decir, el ser hijos de Dios. Un año verdaderamente especial, vivido bajo el signo de la esperanza: todos somos «peregrinos de esperanza», como nos recordó el papa Francisco, de venerada memoria. A la luz de este camino recorrido junto con la Iglesia universal, deseo compartir con vosotros las siguientes reflexiones meditadas en el “secreto de la celda”.



La palabra que más se repite en el tiempo que estamos viviendo es metamorfosis, transformación radical. ¿Qué está cambiando en nuestra época? Podríamos decir mucho: costumbres, estilos de vida, valores, trabajo... En particular, está cambiando nuestro modo de vivir, cada vez más marcado por el lenguaje digital y las redes sociales. Para responder a los desafíos actuales es necesario un mayor diálogo, decisiones más compartidas. Por tanto, es esencial vivir una sociabilidad y una fraternidad que den prioridad a la escucha del otro, a la ayuda mutua, a la importancia de rezar juntos, de perdonarse, de recomenzar... Todo ello nos indica que en la vida debemos renovar nuestra manera de ser cristianos, aceptando cambiar y vivir la "metamorfosis de las relaciones". Estos cambios son tan profundos y radicales que se convierten en un verdadero paso pascual: se muere a ciertos estilos de vida y se aprende a vivir de otro modo, más adecuado a los tiempos presentes y a las nuevas circunstancias; se crece en la mentalidad del don.

La segunda "metamorfosis" es la de nuestra "vida espiritual". El Jubileo ha sido un tiempo de gracia que nos ha permitido reavivar la fe en el Resucitado y nuestro ser testigos creíbles. Hay necesidad de apóstoles, de cristianos que, a ejemplo de los santos, entreguen sus energías por Cristo y por el Evangelio. Apóstol es aquel que es discípulo del Maestro, de Jesús, Camino, Verdad y Vida. La calidad de nuestra existencia depende, por tanto, de la calidad de la relación con Jesús, una relación que vivimos en el amor a la oración, a la Eucaristía, a la meditación de la Palabra de Dios, a la visita eucarística, al santo Rosario...

No basta con hacer muchas cosas buenas: debemos también saber para quién las hacemos, a quién está unida nuestra vida, por quién gastamos nuestras energías. Esta metamorfosis está descrita por san Pablo como el paso del "hombre viejo" al "hombre nuevo". Nueva es toda persona que puede decir: «Ya no soy yo quien vive, sino Cristo quien vive en mí» (Gál 2,20). Todos percibimos que la vida cambia. Nos corresponde vivir con la certeza de que en cada transformación experimentamos la Pascua de Jesús. Entonces el miedo o la indecisión son vencidos por la esperanza cristiana. Todas las iniciativas propuestas durante el Año Santo han sido una ocasión para ser peregrinos, hombres y mujeres que se ponen en camino. Nos ha recordado el papa Francisco: «Ponerse en camino es propio de quien busca el sentido de la vida. El peregrinaje a pie favorece mucho el redescubrimiento del valor del silencio, del esfuerzo, de lo esencial. También en el año jubilar, los peregrinos de esperanza no dejarán de recorrer caminos antiguos y modernos para vivir la experiencia jubilar» (cf. *Spes non confundit*, n. 5).

¡Cuántos motivos de esperanza y cuántas oportunidades para reavivar el don de la fe y de la vocación cristiana! Por eso: «Que el Dios de la esperanza os colme de toda alegría y paz en la fe, para que abundéis en esperanza por la fuerza del Espíritu Santo» (Rm 15,13).

Es el Espíritu Santo quien injerta en el corazón de la humanidad al Hijo de Dios, quien obra en María, la Madre de Dios, las maravillas que la Iglesia celebra el día de Navidad.

Que la luz de la Navidad de Jesús esté en nosotros. Una Navidad sin luz no es Navidad. Que haya luz en el alma, en el corazón;

que haya perdón hacia los demás; que no existan enemistades, tinieblas ni guerras... Que esté la luz de Jesús, tan hermosa.

Eso deseo para todos vosotros en esta Santa Navidad. Os envío mis más cálidos deseos de paz y felicidad. Que la luz esté en vuestros corazones, en vuestras familias, en vuestras ciudades.



ITALIA: MONASTERIO DE LAS CLARISAS DE SANTA LUCÍA, CITTÀ DELLA PIEVE



UNA BRECHA HACIA EL SOL

Está a punto de concluir el año jubilar convocado por el papa Francisco. Cada uno de nosotros ha tratado de caminar al paso de la esperanza, comprometiéndose

en decisiones personales de conversión y de regreso a Dios. Pero preguntémonos: ¿podemos realmente esperar, en el marco actual hecho de guerras, de conflictos, de enemigos que nos amenazan, de juegos de poder y de luchas por un pedazo de tierra o por materiales raros? ¿No prevalece, acaso, la lógica eterna de Caín, la de una fraternidad perpetuamente herida? Así lo cantó Salvatore Quasimodo en uno de sus poemas más célebres:

Eres todavía aquel del tiempo de la piedra y de la honda, hombre de mi tiempo. Estabas en la carlinga, con las alas malignas, los cuadrantes de la muerte, —te he visto— dentro del carro de fuego, en las horcas,

en las ruedas de tortura. Te he visto: eras tú, con tu ciencia exacta, convencida del exterminio, sin amor, sin Cristo. Has matado de nuevo, como siempre, como mataron los padres, como mataron los animales que te vieron por vez primera. Y esta sangre huele igual que aquel día en que el hermano dijo al otro hermano: «Vayamos al campo». Y aquel eco frío, tenaz, ha llegado hasta ti, dentro de tu jornada [...].

No debemos pensar únicamente en los grandes escenarios mundiales de la guerra y de la paz, sino mirar hacia nuestro corazón, porque es ahí donde se juega el destino del mundo, la posibilidad de que encuentre su verdad. Debemos preguntarnos: ¿mi corazón está en paz, o sigue todavía preso de contradicciones, cansancios, reivindicaciones, luchas más o menos intensas? Somos responsables del mundo, empezando por nuestras familias, los lugares de trabajo, las comunidades religiosas y sacerdotales.



Hoy más que nunca, hace falta —ha recordado el papa León el pasado 12 de septiembre— «una extensa alianza de lo humano, fundada no en el poder, sino en el cuidado; no en el beneficio, sino en el don; no en la sospecha, sino en la confianza». Se necesita un mundo que se haga amigo, en el que cada persona pueda ser amiga y artesana de comunión para toda la familia humana, comenzando por quien tiene más cerca.

Francisco de Asís, de quien el próximo año celebraremos el VIII centenario de su muerte, con su paso de una vida centrada en sí mismo a la nueva lógica del don de sí y de la misericordia, puede ser nuestro compañero de camino. Junto a Clara, su pequeña planta, que con su vida escondida en San Damián nos muestra cómo el corazón humano, por la potencia del amor, puede contener en sí al Dios infinito, convirtiéndose en su morada y su sede (cf. Tercera carta a Inés de Praga, 21 ss.), y alcanzar así todos los rincones de la tierra.

El mundo avanza en la historia entre luces de progreso y sombras de retrocesos. Como creyentes, sabemos reconocer también el bien que circula por la tierra, tanto el visible como, sobre todo, el que permanece oculto en los pliegues del corazón y de lo cotidiano. Si los grandes condicionan la historia, son los pequeños quienes la escriben en profundidad. Es a través del pequeño "sí" de cada uno de nosotros como también este año la Navidad se renueva. Si mi corazón, si tu corazón se abre a la Luz, toda noche de esta nuestra historia se ilumina. Para todos.

La Navidad no es un cuento, sino la Buena Noticia de que «un niño nos ha nacido» (Is 9,5), de que nuestro Dios se hace pequeño para poder encontrarse con su criatura; entra en la precariedad y en la debilidad de nuestra condición humana herida por el pecado para hacernos «partícipes de la naturaleza divina» (2 Pe 1,4), de la misma vida que fluye entre las Tres Personas de la Trinidad. El anuncio es de lo más inaudito y sobrecogedor. Pero el abajarse por amor de Dios quiso necesitar el cuerpo de carne de una mujer, de la pequeña doncella de Nazaret, para que nuestra pequeña historia de cada día entrara en el gran curso de la Historia de Dios.

Salvad el valle del Señor.
Para caminar, Dios niño
necesita un prado;
para caminar, Dios
necesita el mundo.



Salvad a la madre de Dios,
ella es tierna,
ella es solo una doncella [...].
Ella,
la heroína de todos los tiempos,
la dulce madre de Dios,
la tierna doncella de amor,
ella abrirá una brecha a la poesía,
ella abrirá una brecha al sol.
(Alda Merini)

Hoy, en esta Navidad, Dios te necesita.

Sor MARÍA MANUELA CAVRINI, OSC
Responsable de la revista Forma sororum.
La mirada de Clara de Asís hoy

ITALIA: MONASTERIO BENEDICTINO SAN ANTONIO ABATE, FERRARA

La fe nos pone en camino

¡Navidad! Al venir a nosotros como un Niño indefenso, Jesús se ha rebajado hasta nuestro nivel para revelarnos el Misterio del Amor del Padre. El encuentro con Él nos invita a descubrir el misterio de nuestra propia vida. Su venida ha hecho nuevas todas las cosas (Ap 21,5). Esta es una verdad de fe que, si se cree, hace crecer la esperanza y vuelve operante la caridad. Largo tiempo esperado, nace para el mundo Aquel que es el Nuevo Día: la luz se convierte en esperanza precisamente allí donde pesa la oscuridad de la noche: «El pueblo que habitaba en tinieblas vio una gran luz» (Is 9,1). Y para el hombre comienza el desafío de la fe. Surge espontáneamente la pregunta: ¿esa certeza de fe y la esperanza que comunica no serán acaso una ilusión, un sueño, cuando se las coloca en el contexto histórico que vivimos? ¿Está realmente la respuesta consoladora para el corazón del hombre encerrada en ese Niño? Sí, y lo afirmamos con certeza, porque «ha aparecido la gracia de Dios, portadora de salvación para todos los hombres» (Tit 2,11): no sólo para algunos, sino «para todos los hombres» la venida de ese Niño trae la salvación. Él es la respuesta a tantas preguntas que se agitan en el corazón.

¿Cómo te llamaremos, Niño Jesús? «Consejero admirable, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de la paz» (Is 9,5): los cielos se abren, y en Ti comienza para la humanidad la esperanza. ¡Y caemos de rodillas! No vienes con notoriedad, sino que te ocultas bajo las apariencias de un infante. El más grande se hace pequeño, el Omnipotente se hace siervo, Él, el único y verdadero Don.

En este misterio, la Navidad se revela allí donde hay pobreza y discriminación, y ése es su mensaje: colmar las distancias de la división y del odio. Se comprende así por qué en la Noche Santa los ángeles se dirigen primero a los pastores, los descartados, los excluidos: a aquellos con quienes los observantes de la ley no hablaban, a ellos les hablan los mensajeros del cielo. Y la estela luminosa hacia el cielo vuelve a encenderse, el vínculo entre el Cielo y la tierra queda restablecido. La Navidad nos ofrece un mensaje de caminos que recorrer, de puentes que construir hacia el otro, hacia el hermano. Los pastores no tienen certezas, sólo una señal. Hace falta fe para reconocer en esa señal tan humilde al Mesías, al Salvador esperado. La fe nos pone en camino: se va para ver, se va para encontrar.

Y si hubiera motivos para perder la esperanza en nuestro tiempo,



los monjes tienen una palabra precisa que decir: la stabilitas, como expresión del amor que permanece. Nuestra consagración nos exige rechazar la duda que asoma en el corazón y comportarnos como testigos de esperanza. La Regla de san Benito nos exhorta a «poner la esperanza en Dios» (RB 4,41) y nos hace proclamarlo el día de la Profesión Monástica con el canto del Suscipe: «Recíbeme, Señor, según tu promesa y viviré; y no defraudes mi esperanza» (RB 58).

Viviendo la esperanza, testimoniamos que nuestro horizonte está aquí y, al mismo tiempo, mira lejos: vive una dimensión celestial, pero no celestialesca, no entre las nubes, como si se pudiera estar exento de las pruebas terrenas. Tanto en las guerras a escala de naciones y continentes, como en las pequeñas guerras donde vivimos, leemos los acontecimientos con un "sexto" sentido: el de la Vida Eterna.

Las tinieblas existen, y el Señor viene precisamente a ellas para disiparlas. Si pecamos, dejémonos devolver a la paz. Y cuando estamos inquietos, acerquémonos a besar los piecitos de ese adorable Niño que la Escritura llama Príncipe de la paz. Abrámosle nuestra puerta, aunque a menudo dé a un establo más pobre aún que aquel en el que fue recostado.

Debemos creer que existe una rendija por la que pasará la vida nueva que desciende de lo alto. También esto es creer en lo imposible: creer en la imposible rendija por la que pasa la esperanza. Dice san Pablo (Rom 4,18): «esperando contra toda esperanza».

De la esperanza nace la perseverancia, vivida con paciencia hasta



la hora de la muerte. El desafío de la muerte se convierte en el lugar mismo de la esperanza. Así, una cama de hospital, la de un anciano, un lugar de guerra o de desolación pueden ser motivo y certeza de salvación: son esas circunstancias las rendijas por las que pasa la esperanza. Por esas rendijas entra en el mundo el Hijo de Dios.

Decía san Bernardo en uno de sus sermones:

«He aquí la paz: no prometida, sino enviada; no diferida, sino otorgada; no profetizada, sino presente. Dios Padre ha enviado a la tierra un saco, por decirlo así, lleno de su misericordia; un saco que fue desgarrado durante la Pasión para que de él saliera

el precio de nuestro rescate; un saco pequeño, sin duda, pero lleno, pues se nos ha dado un Pequeño (cf. Is 9,5) en quien "habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad" (Col 2,9)». Y éste es el deseo que queremos intercambiar en esta Navidad, con las palabras de Isaac de la Estrella, monje del siglo XII: «Que el Hijo de Dios, ya formado en ti, crezca en ti hasta hacerse inmenso. Y Él será para ti sonrisa, júbilo, plenitud de gozo que nadie podrá arrebatarle».

Madre María Ilaria Ivaldi, OSB
Abadesa



ITALIA: MONASTERIO DE SANTA MARIA DEGLI ANGELI ERMITA AGUSTINIANA, LECCETO



«¡HAS DESCENDIDO HASTA NOSOTROS!»
El jubileo de la esperanza que no termina

«Descendió hasta aquí nuestra vida, la vida verdadera; cargó con nuestra muerte para destruirla con la sobreabundancia de su vida, y lanzó con fuerza su llamada para que ascendiéramos desde aquí hacia Él... para que volviéramos al fondo de nuestro corazón, donde habríamos de encontrarle. Se ha marchado, y sin embargo está aquí. No quiso permanecer demasiado tiempo con nosotros, y sin embargo no nos ha abandonado». Este texto del Libro IV de las Confesiones de san Agustín nos ofrece una luz para vivir el próximo tiempo de Navidad, que cerrará las Puertas Santas y el mismo Jubileo de la Esperanza pero que, ¡ay!, dejará aún abierta en el corazón de la humanidad la herida de graves y sangrientos conflictos.

Intentemos seguir la luz de esta intuición agustiniana.

Descender es propio del Amor —nos recordaba el Papa León XIV, aunque con otras palabras, en la audiencia del pasado 24 de septiembre—. Y el descenso de Dios a la carne humana para asumirla plenamente puede entenderse no sólo como la confesión y la expresión más concreta del amor de Dios por el hombre, sino también de su fe y de su esperanza en el ser humano. Sí, ¡Dios es el primero que cree y espera en el hombre!

Es su criatura. Dios conoce sus posibilidades si se confía a su gracia, si custodia su palabra y la acoge con un corazón sencillo y humilde. El rostro luminoso de esta humanidad resplandece en Jesús. Por el contrario, Dios sabe bien —y el hombre lo ha de-

mostrado desde sus orígenes— cuánto la sed de omnipotencia y dominio, la avidez de riqueza, la pasión desenfrenada de los sentidos, en una palabra, el amor propio hasta el olvido de su Creador —como dice san Agustín— envilece al hombre, lo aleja de Dios y, por tanto, de sí mismo. Las guerras pasadas y presentes son su desoladora prueba. Dios no ignoraba que los mortales llegarían a un extremo de deshumanización en el pecado, mientras los animales vivirían entre sí con mayor tranquilidad que los hombres —observa san Agustín en La Ciudad de Dios—, y concluye: «ni los leones ni los reptiles se combaten entre sí como lo hacen los hombres».

Sin embargo, Dios, en Jesús, no se cansa de tender su mano a la humanidad para ayudarla a ascender de nuevo, para devolverla a sí misma. La carne de Jesús es el signo de la paz de Dios con el hombre, de su permanente llamada al retorno. El Padre nos atrae por el camino de la belleza y del deseo, enamorándonos del rostro auténtico de nuestra humanidad tal como lo contemplamos en el Hijo; o bien nos llama desde la región de la desemejanza, donde nos hemos extraviado, mediante la experiencia de un vacío de sentido que parece aniquilarnos, de una nostalgia —a menudo inconsciente— que nos quema por dentro. Nos hace experimentar que «sin el Creador, la criatura se diluye y que el olvido de Dios la vuelve opaca», según la lúcida diagnosis de la *Gaudium et Spes*.

Hoy se ha llegado a hablar de condición poshumana. Esta expresión suena como una alarma: es urgente salvar al hombre en su humanidad. Sólo Jesús, el hombre perfecto, que revela ple-

namente el hombre al propio hombre, puede ayudarle en este camino.

Jesús ha descendido hasta nosotros, en nuestra humanidad, ¡para que ascendamos a Él con nuestra humanidad!

He aquí el jubileo de la esperanza que no termina, porque está anclado en el amor del Padre, y que el misterio de la Santa Navidad nos concede celebrar cada año.

«La encarnación de Cristo —contempla san Agustín— es la expresión del cuidado de Dios por el hombre».

Con estupor, Thomas Merton —monje trapense pero de alma agustiniana, según la definición de su profesor Dan Walsh— abre su Diario de un testigo culpable diciendo:

«Es un destino glorioso pertenecer a la raza humana, aunque sea una raza entregada a tantas insensateces y a errores terribles; y, sin embargo, con todo esto, Dios mismo se ha gloriado en hacerse miembro de la raza humana.

¡Miembro de la raza humana!

Y pensar que una noción tan común parecería, a primera vista, el anuncio de que uno lleva en el bolsillo el billete ganador de una lotería cósmica.

Tengo la inmensa alegría de ser hombre, miembro de la raza en la cual Dios se ha encarnado.

Como si las penas y las necesidades de la condición humana pudieran abatirme, ahora comprendo quiénes somos. ¡Ojalá todos lo comprendieran! Pero es algo que no se puede explicar. No hay forma de decir a los hombres que caminan gloriosos y resplandecientes como el sol... Si pudiéramos vernos siempre así, no habría ya guerra, ni odio, ni crueldad, ni codicia... Imagino que el gran problema sería postrarnos en adoración los unos ante los otros. Pero todo esto no puede verse; sólo puede creerse

o “intuírse” gracias a un don especial».

Invoquemos la gracia de este don especial los unos por los otros: el don de mirarnos con ojos nuevos, humanos; de descubrir algo del fulgor de luz que nos habita; de dejarlo transparentar en la concreción de nuestra vida, permitiendo que la encarnación del Misterio en nosotros, por virtud de nuestro bautismo, se desarrolle «hasta la muerte». Don Giuseppe Dossetti amaba repetir: «El Verbo de Dios se hizo carne hasta la muerte: éste es el modo supremo de la encarnación... Cuanto más consentimos en esto, más nos encarnamos y más permitimos a Dios encarnarse a través de nosotros». Así seremos fermento de esa humanidad nueva que da vigor a la esperanza humana e impulso al camino hacia la paz.

Los lugares de nuestra vida cotidiana serán para el mundo como un centro de purificación allí donde lo humano está demasiado contaminado. Son, en efecto, el laboratorio más fecundo donde, en escala reducida, pueden hacerse experiencias transferibles a ámbitos progresivamente más amplios, donde puede ofrecerse solidaridad con los problemas más universales y dolorosos de cada época. Quien sigue a Jesús y en Él sabe y siente ser el hijo amado del Padre, no puede renunciar jamás a la lucha por el amor al hermano, por un paso de paz y de reconciliación, especialmente si piensa —como enseñaba don Dossetti— que en su corazón pueden agravarse o atenuarse los conflictos que desgarran el mundo, según la solución que él dé al pequeño conflicto doméstico.

El jubileo de la esperanza que no termina es don y tarea.

Sor M. Rita Piccione, OSA



ITALIA: ABADÍA BENEDICTINA MATER ECCLESIAE, ISOLA SAN GIULIO

Utilizando únicamente las "armas" de la verdad y el amor humilde

Nos hemos habituado de tal manera a sobrecargar la festividad de la Navidad con contenidos consumistas que parece casi imposible hablar de ella en un mundo que, a menudo, ya no conoce la paz. Y, sin embargo, la Paz es Él: Jesús, venido a compartir la gran aventura humana. Y quiso hacerlo no colocándose entre los poderosos y los grandes de la tierra, sino ofreciéndose como salvación, aceptando asumir la pobreza humana. Su venida entre nosotros otorga al camino del hombre una meta, un destino bueno que hoy parece ahogado por la violencia, la guerra y la desesperación.

Jesús es —según las palabras del Papa Francisco— la «semilla de esperanza que Dios deposita en los surcos de nuestra historia personal y comunitaria».

También nosotras, como comunidad, hemos hecho una experiencia profunda de ello desde aquella primera Navidad en la Isla. Una isla pequeña, la nuestra, depositada entre las aguas del lago de Orta, en la provincia de Novara. Anno Domini 1973. En la más desnuda soledad desembarcaron aquí siete hermanas el 11 de octubre. Nuestra Madre fundadora, que sabía muy bien manejar la pluma, dejó un relato conmovedor de aquel momento.

Escribió:

«... en toda esta pobreza había tanta poesía y tanta alegría. Y así, calentándonos más con los bellos cantos de la liturgia de Adviento que con la leña, llegamos a la Nochebuena. Había que hacer un belén; pero ¿cómo? No había ni establo ni figuras. No

había nada que pudiera servir. La idea nos surgió cuando, entre los troncos para quemar, vimos uno que parecía ahuecado en forma de cuna. Lo colocamos en el atrio del monasterio, junto al pozo, y pusimos encima la Biblia abierta al comienzo del Evangelio según san Juan: En el principio existía el Verbo... Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. He aquí brotar, sobre el tronco cortado, la Palabra viva, como del santo brote de David había germinado el Santo Renuevo. Grande fue, sin embargo, nuestra sorpresa cuando, hacia medianoche, vimos llenarse la basílica de gente llegada de la orilla occidental: rostros buenos, sonrientes, llenos de fervor sorprendido al oírnos cantar: Puer natus in Bethlehem, alleluia...! Y la isla fue verdaderamente Belén». (Piedini nudi, Interlinea 2001).

El Señor, que primero nos había llamado a la Isla, nos hacía experimentar ahora que de Él debíamos esperar todo. Siguió largos tiempos de gran soledad de los que recordamos la pobreza, el chapoteo del agua azotada por el viento, el frío. Al





principio, ni siquiera disponíamos de agua potable, mucho menos de calefacción. A menudo quienes nos socorrian eran las personas más sencillas y pobres, capaces de intuir nuestras necesidades. Sin embargo, fueron años que recordamos con gratitud, porque permitieron que la comunidad echara raíces en el Señor. En la noche de Navidad, se renovaba el prodigio de ver la basílica repleta. Muchas personas, por un boca a boca espontáneo, venían incluso desde lejos para celebrar la Navidad en la basílica con la comunidad monástica, que —pese a la escasez

de medios— comenzaba a brotar con nuevas vocaciones. Con el tiempo se pudo organizar el trabajo, y la estabilidad de nuestra presencia, acompañada por la liturgia —compartida con los huéspedes—, se convirtió cada vez más en un lugar de referencia para laicos y consagrados.

Acogemos, en efecto, según la tradición monástica benedictina, a muchas personas —hermanos y hermanas en busca de Dios— que aceptan seguir el ritmo de nuestra jornada, marcada por la oración, el silencio, el trabajo y las comidas compartidas con lecturas apropiadas. Muchos de ellos se han unido a nosotras mediante el vínculo de la oblación, continuando su vida en el mundo según el espíritu de la Regla de san Benito. Por ello, con el tiempo, hemos podido —más allá de toda previsión— dar vida a nuevos monasterios que, a su vez, abrazan el *ora et labora* benedictino y ofrecen hospitalidad a quienes buscan el rostro de Dios. Allí donde la oración tiene el primado, nace espontáneo cantar: «Esperé, esperé en el Señor, y Él se inclinó hacia mí» (Sal 39,2). Entonces florece la esperanza y crece también la alegría. Ella nos hace descubrir, día tras día, cuanto el papa León nos recuerda en la Exhortación apostólica *Dilexi te*: «“Conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo: siendo rico, se hizo pobre por vosotros, para que vosotros fueseis ricos por su pobreza” (2 Co 8,9)... Desde su entrada en el mundo, Jesús experimentó las dificultades del rechazo. Se presenta no solo como el Mesías pobre, sino como el Mesías de los pobres y para los pobres» (nn. 18-19, *passim*).

Dios se hace humilde, necesitado, pequeño.

En esta Navidad, ¿no podríamos también nosotros elegir este camino de conversión: ofrecer un signo de esperanza renunciando a toda violencia y empleando únicamente las «armas» de la verdad y del humilde amor?

Monjas Benedictinas



ITALIA: ABADÍA DE MONTECASSINO CASSINO

La mirada de la esperanza

En Montecassino hay un lugar del monasterio que me resulta particularmente entrañable: la celda de san Benito.

Allí vivió, oró, meditó las Escrituras y estudió; allí, en suma, custodiaba su relación íntima con el Señor —o, mejor dicho, se dejaba custodiar por ella—.

Como afirma un antiguo apotegma del desierto atribuido a abba Moisés:

“Permanece en tu celda, y tu celda te lo enseñará todo.”

Tras la destrucción de la guerra y su posterior reconstrucción, las paredes de esta estancia fueron decoradas con frescos que representan varios episodios narrados por san Gregorio Magno en el segundo libro de los Diálogos, ambientados en este mismo lugar. Me detengo en dos de ellos. En la pared izquierda, san Benito contempla proféticamente la primera de las cuatro destrucciones de Montecassino, la causada por los lombardos. Enfrente, a la derecha, el santo observa cómo su hermana Escolástica asciende al cielo en forma de paloma.

Dos miradas muy distintas, pero ambas esenciales para fundar la esperanza cristiana.

Al anunciar la destrucción del monasterio, Benito no cierra los ojos ante las tragedias de la historia: se ve obligado a mirar de frente la precariedad y la fragilidad de toda obra humana, siempre expuesta a la violencia, a la devastación o, sencillamente, al paso inexorable del tiempo que todo lo consume.

Pero esa visión sombría queda iluminada por la otra mirada, no ya histórica sino escatológica, capaz de contemplar el cumpli-

miento último de la vida, la meta de toda búsqueda y de todo esfuerzo, en el Reino de los cielos. Contemplando ambas escenas, vienen a la mente las palabras de Jesús sobre Jerusalén:

“No quedará piedra sobre piedra” (Lc 21,6).

Mientras todos admiran la belleza del templo, Él se fija en el gesto silencioso de una viuda que deposita dos pequeñas monedas —todo lo que tenía para vivir— (Lc 21,2-4). Ese gesto de amor es lo único que permanece cuando todo lo demás pasa.

También santa Escolástica —aquella que pudo más porque amó más— enseña a su hermano Benito, y a cada uno de nosotros, que en medio de lo que se desvanece, el amor es lo que perdura y da sentido a nuestra existencia y a la historia, a pesar de los dramas que la atraviesan.

La esperanza necesita de esa mirada que sabe discernir lo que permanece en medio de lo que se extingue. Celebramos la Navidad después de haber vivido el Adviento como tiempo de espera.

Esperar: un verbo que solemos confundir con otro muy cercano, aguardar. Los usamos como sinónimos, y olvidamos su diferencia interior. Esperar significa tender hacia; aguardar proviene del latín *specere*, mirar.

La espera, pues, nos invita a cambiar la mirada, a reconocer la visita de Dios que viene a transfigurar la historia.

Celebrar la Navidad es el cumplimiento de esa espera gracias a unos ojos nuevos, capaces de reconocer, en los pequeños signos anunciados por los ángeles a los pastores, el misterio del Hijo de Dios hecho carne: “Encontraréis a un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre” (Lc 2,12).





¿Qué ojos, qué mirada, nos permiten este reconocimiento?

¿Qué ojos alimentan nuestra esperanza?

¿Qué mirada nos capacita, como a san Benito, para contemplar la dureza de la historia no con desesperación, sino con la esperanza de su cumplimiento final?

En la Noche Santa escuchamos al profeta Isaías:

“El pueblo que caminaba en tinieblas vio una gran luz” (Is 9, 1).

Y, sin embargo, para hablar de esa luz quizá convenga una imagen sencilla, casi cotidiana: la pequeña llama de una cerilla. La palabra cerilla proviene del latín flamma fero, “portadora de llama”.

¿Cómo se enciende una cerilla?

Es preciso frotar su cabeza inflamable contra una superficie áspera: la luz nace de ese encuentro, de ese roce. Toda la potencia de la llama está contenida en la cabeza de la cerilla, pero no puede encenderse mientras no se produce ese contacto —incluso ese choque— con la aspereza de la superficie. La metáfora se deja traducir fácilmente: la cabeza encendida es el Hijo de Dios, portador de la luz y de la bendición; la superficie rugosa es nuestra humanidad, con sus sombras, límites e imperfecciones, con sus resistencias a la luz. Y, sin embargo, es precisamente cuando el Hijo de Dios se encuentra con la condición humana —hasta el punto de asumirla por entero— cuando su llama se enciende y su luz nos inunda.

Volvemos así a san Benito y a su doble mirada: la que contempla la aspereza de la historia y la que vislumbra la gloria luminosa del cumplimiento futuro.

La Navidad nos invita a hacer converger esas dos miradas, y en esa convergencia se funda la esperanza cristiana.

Padre Luca Antonio Fallica, OSB
Abad



ITALIA: MONASTERIO AGUSTINO DE SANTA CLARA DE LA CRUZ MONTEFALCO



Notas de Esperanza

«En el ducado de Spoleto, en un pueblo llamado Montefalco, vivió una virgen purísima, Clara de nombre por su belleza, pero clarísima en grado sumo por su vida, sus virtudes y su doctrina». La comunidad agustina de Santa Clara de la Cruz vive todavía hoy de esta luminosa “claridad”, que infunde en los corazones una esperanza de renacimiento cotidiano. «Esperar es aguardar con confianza ilimitada algo que no se conoce, pero que procede de Aquel de cuyo amor sí se tiene certeza».

Los santos no envejecen, porque han encontrado este amor y «constituyen el comentario más importante del Evangelio, su actualización en lo cotidiano y, por tanto, representan para nosotros un verdadero camino de acceso a Jesús. Como los colores del espectro en relación con la luz, porque cada uno de ellos, con tonalidades y acentos propios, refleja la luz de la santidad de Dios». Con su rumbo nos hablan de un amor eterno.

La esperanza cristiana, la bienaventurada esperanza, se fundamenta ciertamente en la confianza en las realidades últimas, en la eternidad de Dios y en la resurrección de Cristo, puertas abiertas del horizonte. Sin embargo, no nos sitúa fuera del tiempo: ilumina la mente para ver lo eterno dentro del tiempo. Esta luz suave, confianza del camino, transpira de nuestros ambientes, no por mérito nuestro, sino por la fuerza de un testimonio milenar.

Al contarnos a Jesús, los santos nos señalan el camino de la

vida plena, es decir, cómo vivir de verdad. No cantan a una tierra futura despreciando sus orígenes, sino que viven la alegría del hoy con el gozo de quien se sabe amado. Entonces es cuando se nace con pasión y se llega a ser contagiosos de belleza. La relación con Jesús hace aflorar nuestra imperfección, nuestro «no conozco», pero también la certeza de ser conocidos. De ahí brota la esperanza de poder entrever primero y ver después el Rostro tan buscado, que da sentido a la historia. Contemplando las Escrituras, ya ahora se nos concede en parte esta visión. Nuestro intelecto, en la visión, será adecuadamente dispuesto por la acción del Espíritu Santo para conocer y amar a Dios. Comprendemos, por tanto, cuán importante es el ojo del Espíritu para entrar en la longitud de onda de la vida divina. Él nos hace personas espirituales, haciéndonos pasar del hombre psíquico a las realidades sobrenaturales y permitiéndonos gustar las dulcísimas Verdades. La vida en el monasterio se alimenta de este secreto de recomienzo diario. El dicho de los Padres del desierto nos espera cada día a la puerta de nuestra celda: «Hoy empiezo de nuevo», y nos reviste de una confianza cotidiana. El encuentro entre miseria y misericordia se hace nupcialidad íntima con Aquel que no exige cosas extraordinarias, sino que le entreguemos nuestro pecado.

Nuestra comunidad de monjas agustinas de vida contemplativa recibe cada día peticiones de ayuda y las presenta cotidianamente sobre el altar; así, solidarias con los hermanos, vive orientada hacia el día sin ocaso. Encuentra peregrinos y personas

que llaman al monasterio y se hace peregrina ella misma, compartiendo lo que es y lo que tiene. Caminamos juntas, rezamos juntas y hacemos de la Eucaristía la Esperanza que no se apaga. La comunidad vive de este fuego jubiloso y vence así las toxinas de la desesperación de las tinieblas; no vive para sí misma, está puesta aquí para otros, para todos. Hay un pulmón del mundo que tratamos de oxigenar por medio de la liturgia y de la amistad. ¿Es poco? Para nosotras lo es todo entregado en virtud de un Todo recibido: la llamada a vivir una primacía: «Nada mejor que Jesucristo». Esto se plasma en la gran alegría navideña: ¡el “antivirus” ha sido inyectado para siempre en el curso de la historia! Cantamos con gran solemnidad la certeza inquebrantable: Hoy ha nacido para nosotros el Salvador del mundo, Cristo Señor. Esta certeza nos dice que el mundo está ya salvado y que, en esta salvación, cada persona puede renacer. En efecto, nacer es cuestión de una profundidad encontrada y abrazada. Para Clara de la Cruz, la impresión del Rostro amante en lo más hondo del alma. Interceptar ese cruce de caminos que hace nacer el corazón y no solo el cuerpo es un juego de amor que ha de buscarse en el hoy, en el árido y frenético cotidiano. Allí el Verbo se hace carne, sale al encuentro del hombre y teje una relación de amor. Nosotras, las primeras, hemos sido «encontradas» y ahora podemos «encontrar». La vida de Santa Clara niña, que a los seis años se lo juega todo y entra en el monasterio, fue un delicado juego de amor. Nuestras historias, hoy, son muy variadas, pero están marcadas por un rasgo común: ¡el mismo gran amor! La oración contemplativa se parece a dos niños que se encuentran, juegan, se buscan, se miran, se toman de la mano, atraviesan juntos la noche. «Mientras estaba en oración, muchas veces se aparecía a Clara la bienaventurada Virgen con el Niño Jesús bajo el manto, que parecía tener la misma edad que Clara. Y el Niño Jesús, impulsado y animado por la Madre, se acercaba caminando hacia Clara y a veces la tomaba de la mano y le infundía extraordinarios consuelos». Mientras no perdamos esta ligereza del juego de amor y nos “di-vertamos”, es decir, cambiemos de dirección al mal que nos asalta, habremos pasado el día fructuosamente. En el jubileo de la vida consagrada, el Papa León XIV nos ha recordado el compromiso asumido con nuestra profesión: «Os habéis comprometido a ser signo profético, porque vivir los votos es abandonarse como niños en brazos del Padre» y es precisamente «la esperanza la niña irreductible, la que se acuesta y duerme bien». Los ojos de una monja brillan cuando esta comunión de amor se activa cada mañana y la difunde a su alrededor, de modo que toda la comunidad se convierte en ventana que deja traslucir el Sol divino. Lo cotidiano en los monasterios se parece a la vida de las hormigas: no es frenesí, sino esperanza de volver a llevar a la humanidad a los brazos del Dios amante, a través de la oración y el trabajo en Cristo. Todo comienza con aquel «Señor, abre mis labios y mi boca proclamará tu alabanza». Somos “hechas” capaces cada día de responder y “hechas” Evangelio para quien nos encuentra, acogidas con tanta misericordia en el seno de la Iglesia, mientras vamos creciendo lentamente, anhelando el Reino perfecto, y con todas nuestras fuerzas esperamos y deseamos unirnos a nuestro Rey en la gloria. Entradas en el hoy de Dios, no nos arrastramos de una oración a otra; como centinelas vigilantes tratamos de escrutar la noche para comprender cuánto falta para el alba del nuevo día. La mirada penetrante, anclada en el Eterno, se vuelve capaz de discernir lo pasajero y lo que permanece. La esperanza es la víspera

de una gran alegría, en la que la vida presente es una alegre reunión de los hijos de Dios alcanzados por la fiesta de bodas. Mientras aguardamos esta cita gloriosa, ya tenemos su anticipo, por ejemplo en el banquete eucarístico, en la vida fraterna y sacramental, en la amistad. La esperanza no juega solo en el futuro, sino en ese ya, anticipo de lo que todavía no es.

La alegría que nace de la esperanza cierta tiene raíces profundas y es el canto que asciende al caer la noche, cuando cada monja, de regreso a su celda, da gracias al Padre de la vida por este día de vida. Los monasterios son faros en la noche: recuerdan a todos que el Padre no nos deja a merced de las olas de una historia muy agitada y difícil, sino que nos ha enviado al Hijo, la compañía del Maestro interior, el Espíritu Santo. El Hijo se ha dado enteramente por nosotros, nos ama hasta morir de amor. El Espíritu es la arras, el anticipo de la casa que nos espera.

La misma creación gime y sufre los dolores del parto para participar, transfigurada, en la gloria, cuando haya cielos nuevos y tierra nueva. Una liturgia solemne de encuentro con el Señor de la historia.

Así pues, el cristiano habitado por la esperanza sabe que pesimismo, melancolía y desconfianza no tienen derecho de ciudadanía en el alma, aunque la alegría esté siempre un poco velada, porque «estamos, pues, siempre llenos de confianza, y sabemos que, mientras habitamos en el cuerpo, estamos lejos del Señor (pues caminamos en la fe y no en la visión); pero estamos llenos de confianza y preferimos salir de este cuerpo y habitar junto al Señor».

En el silencio de nuestro monasterio, lo sabemos: somos y aguardamos el abrazo del Misterio de Dios.

He aquí el misterio que ha permanecido escondido desde siempre en Dios, pero que ahora ha sido revelado a sus santos, es decir, a sus pequeños, por tanto a los humildes, sobre los cuales reposa su Espíritu, a los sencillos que temen sus palabras: «Todas las cosas —se dice— han sido puestas en mis manos por mi Padre...». El Padre, pues, da a conocer al Hijo a quienes Él quiere, y el Hijo da a conocer al Padre a quienes Él quiere.

Hna. María Cristina Daguati,
OSA



ITALIA: ABADÍA BENEDICTINA MONTEVERGINE

Navidad, fiesta de luz y de esperanza

La Navidad es una fiesta que lleva siempre consigo una semilla de esperanza: celebrar el nacimiento de Cristo nos recuerda que en la vida nunca estamos solos, porque tenemos un Padre Dios que nos ama hasta el punto de hacerse hombre para sal-

varnos de la muerte y del pecado.

En tiempos de guerras y conflictos, la Santa Navidad nos ofrece un fuerte momento de reflexión sobre el sentido

más profundo del mensaje que

Jesús nos dejó: un mensaje de amor y de humildad, en claro contraste con los episodios de dominio, egoísmo y división a los que asistimos cada día. El nacimiento del Hijo de Dios es un rayo poderoso de luz que irrumpe en la historia de la humanidad: luz de esperanza y de salvación; una luz que vence las tinieblas, capaz de llevar paz y alegría al corazón de quien acoge a Cristo en su vida. Retomando las palabras del papa Francisco: «En Jesús, el Padre nos ha dado a un hermano que viene a buscarnos cuando estamos desorientados y perdemos el rumbo; un amigo fiel que siempre nos está cerca; nos ha dado a su Hijo, que nos perdona y nos levanta del pecado» (Admirabile signum, 3).

La idea del Niño Jesús como luz salvadora para la humanidad ha inspirado también a numerosos artistas que, con su sensibilidad, han sabido traducirla en imágenes; pensemos en las pinturas donde del Niño irradia una luz hacia la que todos dirigen la mirada. Y no puede dejar de evocarse también el belén, representación plástica que, a lo largo de los siglos, se ha enriquecido con escenas y personajes que, con sus historias y relatos, remiten siempre al núcleo del mensaje de un Dios que, hecho carne, «vino a habitar entre nosotros» (Jn 1,14).

En el belén, la Natividad de Cristo es el dato histórico en torno al cual giran figuras y escenas reales y simbólicas que nos narran la humildad de un Dios que se hace Niño para abrir a todas sus criaturas el camino hacia el Reino de los cielos. Allí está la humanidad en todas sus facetas, metáfora también de nuestras vidas, llenas de sufrimientos, pecados, distracciones, alegrías, dolores, luces y sombras. Y precisamente en medio de esos contrastes, se encuentra un Niño que, aun nacido en la precariedad —sea en una gruta, en un establo o entre ruinas—, es aclamado por coros de ángeles y adorado por nobles y pobres, reyes y artesanos, jóvenes y ancianos. Porque ese Niño está ahí para todos, sin distin-





ción; mostrando cómo el amor derriba todos los muros y divisiones que generan odio y guerra.

Su nacimiento no es un acontecimiento exclusivo, sino un gran gesto de amor que, comenzado en la madera del pesebre, alcanza su cima en la madera de la cruz: esa cruz que —como representado en el logotipo del Jubileo recientemente concluido— se convierte en ancla de salvación en medio de las tormentas de la vida. La Navidad, por tanto, deja a todos nosotros un mensaje de esperanza, pues —como ya hemos dicho— nos recuerda que tenemos un Padre que ha querido entrar en nuestra historia para tomarnos de la mano y conducirnos a la salvación; un Padre que extiende su mano hacia la nuestra, pero sin tirar de ella, dejándonos libres para escoger si emprender el camino laborioso que lleva a la luz del pesebre, perseverando en la oración y en la adhesión a su Amor y a sus enseñanzas, o bien dejarnos distraer por los negocios del mercado o por las tentaciones de la posada —aquel lugar que negó alojamiento a María y José—, símbolo de quienes cierran su corazón a la acogida de Cristo, Camino, Verdad y Vida.

La oración que podemos elevar al Señor es, por tanto, la de hacernos capaces de acoger el mensaje de esperanza de la Navidad dejando entrar su luz en nuestra vida, para compartirla con nuestros hermanos y hermanas a través de gestos de caridad y misericordia, que hacen del nacimiento del Niño un acontecimiento vivo hoy, y no un simple hecho del pasado que recordar.

P. D. Giovanni Maria Gargiulo, OSB



ITALIA: ABADÍA AGUSTINIANA DE NOVACELLA VARNA



Celebremos la Navidad en el Año Santo 2025: peregrinos de la esperanza

Celebramos la Navidad en el Año Santo 2025; celebramos la Navidad como peregrinos de la esperanza.

Y este peregrinaje de la esperanza no concluye el 6 de enero de 2026, con el cierre de las Puertas Santas; antes bien, es entonces cuando verdaderamente comienza, tras haber festejado juntos la Navidad, de un modo del todo nuevo.

Esperanza y Navidad: dos palabras —mejor aún, dos realidades— íntimamente unidas.

La Navidad es, por excelencia, la encarnación de la esperanza. Nace un Niño, signo de vida, de futuro, de promesa absoluta. Y no nace un niño cualquiera —pues ningún niño lo es—, sino el Hijo de Dios.

Leí en cierta ocasión: «En Navidad ha llegado el “sí”». Y aquella frase me tocó hondamente.

Hay un Dios que está ahí para nosotros: que conoce nuestra vida y desea conocerla más aún; que no sólo se solidariza con nosotros, sino que se hace en todo semejante a nosotros —excepto en el pecado— y literalmente «entra en nuestra carne».

Sí: y todo sin condiciones, sin reservas, sin límites.

Cuando esa verdad alcanza el corazón y en él arraiga, algo cambia dentro de nosotros. Y por medio de nosotros cambia también el rostro del mundo.

La Navidad nos conduce a una certeza única: «Somos llamados hijos de Dios, y lo somos» (1 Jn 3,1).

Lo escribió el apóstol Juan como señal de identidad, y lo escuchamos con frecuencia en la Santa Misa como invitación a la

oración del Padrenuestro.

Pero ¿lo creemos de veras?

Si lo creyésemos —si lo creyésemos de verdad— viviríamos de otro modo, hablaríamos de otra manera, nos comportaríamos de forma distinta los unos con los otros.

Por eso es tan hermoso que el Señor, en su Iglesia, nos regale año tras año la solemnidad de la Santa Navidad, para que podamos penetrar cada vez más en esta certeza.

Para que crezcamos en el conocimiento de nosotros mismos y alcancemos así una confianza sana y verdadera.

Somos hijos de Dios.

Por ello, lejos toda envidia, todo cálculo, toda comparación constante.





Somos de la misma naturaleza de Dios (cf. Hch 17,28). Y la naturaleza de Dios es misericordia, generosidad; allí donde Dios pasa, la vida abunda (cf. Sal 65,12).

Esto es lo que celebramos en Navidad.

En Jesucristo se nos ha dado todo; todo nos ha sido revelado; la puerta de la vida ha quedado definitivamente abierta.

Sólo hemos de atravesarla: eso significa creer.

No hay más.

Dios lo da todo.

Dios se entrega siempre por entero, y siempre en primer lugar. Y no pierde nada al hacerlo.

Me viene a la mente, en particular, la parábola del llamado hijo pródigo (cf. Lc 15,11-32): el padre que, desde lejos, contempla con nostalgia; el padre que corre al encuentro del hijo conmovido en lo más hondo.

El amor nada tiene que perder: puede hacerse pequeño y débil, mostrarse vulnerable.

Ésta es la naturaleza de Dios, que es Amor (1 Jn 4,8).

Éste es el misterio de la Navidad, capaz de conmovernos y transformarnos en personas que viven en el amor y del amor, y lo llevan al mundo.

Lo hacemos como hijos de Dios, como mensajeros de esperanza, de paz y de reconciliación; mensajeros cuyos pasos son esperados (cf. Is 52,7), y tan urgentemente necesarios en nuestras familias, en nuestra sociedad, en las naciones y en el mundo entero.

La Navidad es fiesta de esperanza y, al mismo tiempo, fiesta de paz.

Los ángeles proclamaron la paz a los pastores en los campos de Belén (cf. Lc 2,14) al nacer Jesús.

Hay paz, porque Él está presente, porque está Jesús.

Hay paz donde hay fe en Él.

La paz florece donde las personas se recuerdan y se sostienen mutuamente en la certeza de saberse hijos amados de Dios.

De la Navidad ha de brotar una paz nueva para el mundo.

Qué insoportable resulta ver cómo unos seres humanos combaten contra otros, niegan al otro el derecho a existir, o pronuncian: «Aquí no hay lugar para ti».

Con ello pecamos contra Aquel en quien decimos creer, a quien afirmamos seguir e imitar: Jesucristo mismo.

Porque, al encarnarse, se hizo hermano de todos.

Como cristianos, nuestra testimonio ha de ser distinto:

«Si Dios nos ha amado tanto, también nosotros debemos amarnos unos a otros» (1 Jn 4,11).

Y hacerlo como Él: sin condiciones, sin reservas.

No es sólo difícil —mirando a Jesús sabemos adónde puede conducir, hasta la cruz, pero no podemos cambiar la historia de entonces; sí podemos darle hoy un rumbo nuevo.

Dios cree en nosotros, confía en nosotros y, al mismo tiempo, nos confía una gran responsabilidad.

También esto celebramos en Navidad.

Navidad: fiesta de esperanza y de paz; fiesta que nos conduce del año viejo al nuevo.

Que pueda reconciliarnos con lo pasado y orientarnos con renovada claridad hacia lo que viene y lo que de nosotros se espera.

Que podamos continuar el peregrinaje de la esperanza.

Que con el Año Santo y el paso a través de las Puertas Santas hayamos iniciado caminos nuevos, cruzado nuevos umbrales, abierto nuevos espacios.

Dios apuesta por nosotros.

Él, que nos ha llamado, que nos conduce al encuentro con Él, y que luego —como a los Magos— nos envía por otras sendas, sendas nuevas (cf. Mt 2,12) en el año que comienza.

Sendas que la fe traza.

Sendas que la esperanza descubre.

Sendas que conducen a la paz.

Sendas en las que descubrimos que Dios está con nosotros.

Oremos ante el belén, particularmente por quienes viven —o se ven obligados a vivir— en ausencia de paz, y por quienes, en estos días, se sienten solos, abandonados y sin esperanza.

Quizá podamos, en uno o varios encuentros, llevar un poco de paz y de esperanza.

De todo corazón deseo a todos una Navidad bendecida y colmada de paz,

y un Año Nuevo igualmente marcado por la bendición y la paz.

Eduard Fischnaller, CanReg

Abad General de la Congregación Austriaca de Canónigos Agustinos

ITALIA: ABADÍA BENEDICTINA PRAGLIA

Aliviando el sufrimiento y promoviendo la paz

«Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que Él ama», la noche de Navidad volveremos a escuchar este anuncio santo resonar en nuestras iglesias.

La paz a la que aquí se alude es una paz profunda, que designa un estado de quietud interior y plenitud espiritual. Es una paz que trasciende la mera ausencia de conflictos externos: incluye una reconciliación honda con uno mismo, con los demás, con la creación y con Dios. Es un don que pertenece a quienes buscan conformar su vida a la gracia y al favor divino.

Este anuncio es portador de una promesa, y por tanto de esperanza, para quienes gozan del beneplácito de Dios; para quienes

son amados por el Señor. Y para participar de ese favor, para ser contados entre los amados de Dios, es preciso emprender un camino de transformación interior, de alineamiento espiritual con las enseñanzas del «Príncipe de la Paz», Jesucristo. Se trata de encarnar las virtudes del amor, de la compasión y del perdón, convirtiéndonos así en portadores y artesanos de paz.

Esa paz interior se convierte en piedra angular sobre la cual edificar la armonía exterior y, por consiguiente, también la paz como ausencia de conflictos en los distintos ámbitos de la existencia humana. Para comprender de verdad esta paz interior, debemos concebirla como una realidad que no se agota en el ámbito individual. Trasciende el espacio personal e incluye el sentimiento de empatía, especialmente frente al dolor y al su-



frimiento del prójimo, incluso de quien nos es enemigo. La empatía —la capacidad de sentir las alegrías y penas ajenas como propias— es el puente que une nuestras voluntades, favorece la comprensión y alimenta la compasión.

Sólo cuando existe empatía puede florecer la paz, tanto interior como exterior. La paz no es únicamente cuestión de razón; exige sentir, percibir, hacerse cargo del dolor del otro. Mientras sólo percibamos y valoremos nuestro propio sufrimiento, mientras las penas ajenas nos resulten indiferentes, no habrá posibilidad alguna de reconciliación y de paz. Allí donde el dolor del otro nada significa, mientras el nuestro se considera absoluto, la paz no podrá surgir, más allá de declaraciones y proclamaciones solemnes.

Sentir el sufrimiento del prójimo como propio despierta la acción compasiva: tender la mano, sostener, ofrecer ternura y consuelo, y así aliviar la herida y promover la paz. En situaciones de conflicto, la empatía abre paso al diálogo constructivo. Cuando las partes enfrentadas comprenden de verdad la perspectiva y las emociones del otro, se hace más fácil buscar un terreno común, negociar con serenidad y hallar sendas de bien mutuo. En pocas palabras, la empatía es piedra angular de la paz, porque fomenta la comprensión, la misericordia, el respeto y la cooperación entre personas y comunidades. Sin empatía, resulta casi imposible salvar fracturas, resolver disputas y construir un mundo en el que todos puedan vivir en armonía.

Ahora bien, esa empatía es fortalecida y perfeccionada por la acción del Espíritu Santo, aunque exige también nuestro



esfuerzo por conformarnos espiritualmente a las enseñanzas del Príncipe de la Paz. Aquí entra en juego la auténtica esperanza cristiana, que no consiste en permanecer pasivos, esperando que Dios resuelva los problemas del mundo en la nueva creación al final de los tiempos. El objeto de nuestra esperanza es, en realidad, algo que ya ha sucedido: en el nacimiento, muerte, resurrección y ascensión de Cristo hemos recibido una anticipación escatológica, una visión del término de la historia. Esto nos permite resistir ante todas las imitaciones empobrecidas del Reino de Dios que nuestras ideologías y utopías pretenden erigir, y, al mismo tiempo, nos impulsa a anticipar, en cuanto sea posible, los rasgos del Reino que hemos contemplado revelados en Jesucristo.

Resistir y anticipar: he aquí lo que define la esperanza cristiana y la distingue de cualquier otra. En lo que respecta a la paz, esto significa resistir todos aquellos discursos pacifistas que no parten de la conversión personal; significa comenzar a anticipar esa transformación —propia y del mundo— escuchando al otro sin juicio previo; prestando atención a sus palabras y emociones para comprender de verdad su mirada y su sentir; abriéndonos al conocimiento de otras culturas y otras perspectivas; ejercitándonos en ponernos en el lugar del prójimo, para discernir cómo nos sentiríamos y actuaríamos nosotros si estuviéramos en sus circunstancias. Significa educar a los niños en la bondad, en la comprensión y en el respeto de los sentimientos ajenos; animarles a considerar el punto de vista del otro en los desacuerdos. Significa emplear un lenguaje que reconozca el valor de la experiencia y del dolor ajeno. Significa comprometerse en el servicio a la comunidad y en el voluntariado, porque la cercanía a realidades vulnerables ensancha la mirada, despierta la compasión y fortifica la empatía.

En este tiempo santo de Navidad, recordemos que el espíritu que celebramos no nos invita únicamente al intercambio de dones materiales, sino ante todo a cultivar la paz interior, sembrando semillas de compasión que puedan florecer en un mundo donde la paz no sea fugaz, sino un don para todas las estaciones de la vida.

Dom Stefano Visintin, OSB
Abad



REPÚBLICA DE SAN MARINO: HIJAS BENEDICTINAS DE LA DIVINA VOLUNTAD SAN MARINO



Las puertas de la esperanza nunca se cierran

Al concluir el Año Jubilar de la Esperanza, reflexionamos sobre lo que ha significado para nosotros, tanto a nivel personal como para el Cuerpo Místico de Cristo. El Año Jubilar es un tiempo sagrado, un tiempo de gracia, de renovación de la fe y de reconciliación, que desborda de alegría y nos impulsa a la gratitud hacia nuestro Señor Jesús.

Sí. Incluso en este mundo en constante transformación, ensombrecido por el miedo, la división y la incertidumbre, permanecemos agradecidos y gozosos por nuestra esperanza en Jesucristo. Como nos recuerda san Pablo: «Justificados, pues, por la fe, estamos en paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo. Por Él hemos obtenido, mediante la fe, el acceso a esta gracia en la cual nos mantenemos firmes y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. Más aún: nos gloriamos hasta en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; la paciencia, virtud probada; y la virtud probada, esperanza. Y la esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado» (Romanos 5, 1-5).

Y también: «Considero que los sufrimientos del tiempo presente

no pueden compararse con la gloria futura que se revelará en nosotros» (Romanos 8,18).

La esperanza cristiana constituye un desafío para un mundo secularizado; en él, la esperanza suele concebirse como un mero deseo de algo mejor. Esta forma de esperanza es frágil y puede conducir a la desesperación y al sentimiento de abandono, al estar vinculada a realidades temporales e inciertas. En cambio, la esperanza cristiana es trascendente y está arraigada en Cristo. «La esperanza es la virtud teologal por la cual deseamos el Reino de los cielos y la vida eterna como nuestra felicidad, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en la ayuda de la gracia del Espíritu Santo» (Catecismo de la Iglesia Católica, 1817).

En su catequesis sobre la esperanza, el Papa Francisco cita a Benedicto XVI: «Si no existiera un mañana seguro, un horizonte luminoso, no quedaría más que concluir que la virtud es un esfuerzo inútil. “Solo cuando el futuro es cierto como realidad positiva, se hace también llevadero el presente”, decía Benedicto XVI» (Spe salvi, 2).

El cristiano tiene esperanza no por mérito propio. Si cree en el futuro, es porque Cristo ha muerto y ha resucitado y nos ha dado su Espíritu. «La redención nos ha sido ofrecida en el sentido



de que se nos ha concedido la esperanza, una esperanza fiable, en virtud de la cual podemos afrontar el presente» (ibid., 1). En este sentido, repetimos una vez más que la esperanza es una virtud teologal: no brota de nosotros, no es una obstinación con la que queramos autoconvencernos, sino un don que procede directamente de Dios.

Es claro que la fe, la esperanza y la caridad están íntimamente unidas, y que la esperanza nos fortalece y nos inspira a seguir adelante en medio de las tribulaciones de la vida.

En el Libro del Cielo de la Sierva de Dios Luisa Piccarreta leemos: «Si la fe es el rey, y la caridad la reina, la esperanza es como una madre pacificadora que restablece la paz en todo. Porque con la fe y la caridad pueden darse turbaciones, pero la esperanza, siendo vínculo de paz, convierte todo en paz. La esperanza es sostén, la esperanza es alivio. Y cuando el alma, elevándose con la fe, contempla la hermosura, la santidad y el amor con el que Dios la ama, se siente atraída a amarle; pero, al ver su insuficiencia, lo poco que hace por Dios, y cómo debería amarle y no le ama, se siente desalentada, turbada y casi incapaz de acercarse a Él. Entonces acude enseguida esta madre pacificadora, la esperanza, que poniéndose entre la fe y la caridad, comienza a ejercer su oficio de pacificadora: devuelve la paz al alma, la impulsa, la eleva, le infunde nuevas fuerzas y, presentándola ante el rey, la fe, y ante la reina, la caridad, intercede

por ella, exponiendo a su favor un nuevo caudal de los méritos de Dios, y les suplica que la acojan. Y la fe y la caridad, atentos solo a esta madre pacificadora, tan tierna y compasiva, reciben al alma; y Dios se convierte en delicia para el alma, y el alma en delicia para Dios» (Volumen II, 19 de septiembre de 1899).

Es nuestra pura confianza en Dios la que nos impulsa a esperar en Él. Cuando cruzamos las puertas del Jubileo, hemos de saber que no estamos solos. Caminamos juntos como peregrinos en esta tierra, como Iglesia unida en Cristo. No se trata simplemente de una puerta: es un signo de Jesús, Camino, Verdad y Vida. Revistámonos de Cristo y seamos agradecidos en todo, especialmente ante la cruz. Es en la cruz donde somos transformados y unidos a nuestro Señor crucificado y resucitado. No perdamos la esperanza en medio del sufrimiento, sino alimentemos la esperanza de lo que vendrá después del Viernes Santo... la Resurrección.

«El mismo Espíritu se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios. Y si somos hijos, somos también herederos: herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es cierto que participamos en sus sufrimientos para participar también en su gloria» (Romanos 8,16-17).

Si somos llamados hijos de Dios, aprendamos a confiar como los pequeños, a quienes el Señor presenta como embajadores del Reino de los Cielos, y reflexionemos sobre aquello que nos impide depositar en Él nuestra plena confianza. Mientras el Adviento nos conduce a la Navidad, entremos en el misterio de la Encarnación y pidamos a la Santísima Virgen que

nos enseñe y nos acompañe a depositar nuestros temores a los pies de Jesús. Invitad a Jesús, oculto en el seno de su Madre Santísima; invitadlo a las heridas más profundas de vuestro corazón, esos lugares que preferís mantener ocultos. No hace falta aferrarse: basta con estar abiertos a acogerle tal como sois.

Contemplad cómo las puertas de la esperanza nunca se cierran; por el contrario, solo la dureza del corazón puede cerrarlas. Por ello, el tiempo del Jubileo nos enseña a mantener la mirada fija en Jesús, nuestra esperanza; y, a medida que nos unimos más a Él, la gracia que obra en nosotros no solo nos eleva a nosotros mismos, sino también a la Iglesia, Cuerpo de Cristo.

Meditad en ello mientras se acerca la Navidad: acoged al Niño Jesús en vuestro corazón y alimentadle con amor mediante la oración del corazón, la Adoración Eucarística, la Confesión y la Santa Misa. La vida no se reduce a un solo latido ni a una sola respiración, sino que está compuesta de latidos y respiraciones sucesivas; por tanto, el alimento de nuestro corazón debe ser continuo. Si seguimos alimentando a este Niño Jesús en nuestro interior, mientras nosotros disminuimos, Él crecerá. Entonces, con la gracia de Dios, podremos repetir las gloriosas palabras de san Pablo: «He sido crucificado con Cristo, y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí...».

Sor María Benedicta

ITALIA: ABADÍA BENEDICTINA DE SAN PABLO EXTRAMUROS, ROMA

La Navidad a la luz de la esperanza

La plenitud de la esperanza cristiana pertenece al porvenir. Es allí donde la "dichosa esperanza" —como proclama el sacerdote en la Santa Misa tras el Padrenuestro— hallará su cumplimiento definitivo con la venida final de "nuestro Salvador Jesucristo".

El Papa Francisco lo recordó en una homilía, evocando la costumbre de los primeros cristianos de representar la esperanza con el símbolo del ancla (cf. Heb 6,19a). Decía que esta "se hunde firmemente en la orilla del más allá, en las riberas del mundo futuro, desde donde Dios viene a nuestro encuentro". Y concluía: "Nuestra vida es como caminar sobre una cuerda hacia esa ancla".

La esperanza cristiana es, por tanto, esencialmente una virtud escatológica. Nos hace caminar con la mirada de la mente y del corazón orientada hacia adelante y hacia lo alto, hacia Dios mismo, hacia Aquel que, únicamente, puede garantizar la veracidad de nuestra espera. Pero, al mismo tiempo, es igualmente cierto que el ancla de la esperanza tiene —por decirlo así— su punto de lanzamiento aquí en la tierra, allí donde el Hijo de Dios quiso nacer tomando nuestra carne mortal y convirtiéndose en

compañero de nuestro peregrinar por la vida.

Hablar de la esperanza cristiana nos conduce, pues, a entrelazar de modo indeleble esta virtud teologal —que por su naturaleza se proyecta hacia el futuro de Dios— con el misterio de la Encarnación de su Hijo Jesús, que hizo visible la esperanza dándole carne y rostro: el del Emmanuel, el Dios-con-nosotros.

La venida de Jesús en medio de nosotros "encarnó" la esperanza. Él es "nuestra esperanza" (1 Tim 1,1). Su nacimiento ha sido respuesta a las expectativas más hondas de la humanidad. Ha sido signo del amor infinito con que Dios la ama; signo de la compasión que muestra por cada una de sus criaturas; signo de la benevolencia con la que cuida de nosotros y de nuestra fragilidad; signo inefable de su misericordia que, irradiándose por nuestro camino, nos libera de las seducciones del mal y nos introduce en la senda del bien.

Con la Navidad de Cristo, la esperanza se ha arraigado en las coordenadas del tiempo y del espacio, mostrándonos que no es una virtud desencarnada. Pues, aunque nos hace levantar la mirada hacia el más allá, de donde el Señor viene a nuestro encuentro, no nos aparta de la historia. Antes bien, avanza continuamente





por sus pliegues, arrastrando consigo la fe y la caridad, con las que está íntimamente unida.

Que la esperanza cristiana debe, sin duda y sin demora, encarnarse y “organizarse” —como decía el Venerable Don Tonino Bello— en el tejido concreto de nuestra vida cotidiana, lo sugieren dos pasajes del Evangelio de Lucas relativos al misterio del nacimiento de Jesús en Belén.

El primero es la visita de María a su prima Isabel. A partir de las palabras del ángel Gabriel —que para animarla a acoger el designio divino sobre ella le había asegurado que “nada hay imposible para Dios” (Lc 1,37), como mostraba el prodigio de la concepción de Isabel pese a su esterilidad y avanzada edad (cf. Lc 1,39)— María marcha “de prisa” a visitar a su pariente, para contemplar con sus propios ojos, y con el corazón colmado de esperanza, el acontecimiento.

El segundo pasaje se refiere a los pastores que, en la noche, velaban sus rebaños a la intemperie. Tras la aparición del ángel que los exhortó a dirigirse a la gruta donde había nacido el Salvador, ellos —anota Lucas— “fueron deprisa” (Lc 2,16). La esperanza que inflamó sus corazones les impulsó a caminar hacia Aquel que habría de fortalecerlos en su cansancio y sed de sentido.

Sí, la esperanza que inspiró el viaje de María e impulsó a los pastores hacia Belén era una esperanza inédita y luminosa, que llenó sus vidas en situaciones distintas, encendió sus corazones, abrió horizontes nuevos y transformó la Palabra de Dios acogida en decisión y en gesto.

A nosotros, hoy, nos corresponde ser reflejo audaz y creativo de esa esperanza radiante que Jesús ha deramado en nuestros corazones al nacer entre nosotros.

Esta esperanza luminosa, que brota especialmente de su Evangelio y del misterio eucarístico, quiere alcanzar hasta los rincones más hondos de nuestra vida, para despertar nuestras energías interiores y hacer germinar en abundancia frutos de justicia y de paz, de gozo y de amor; frutos capaces de contrarrestar un mundo marcado por incomprensiones, divisiones y guerras fratricidas. Por eso, mientras mantenemos nuestra mirada fija en la “dichosa esperanza” que viene a nuestro encuentro, la dirigimos también, con ternura y gratitud, hacia la gruta de Belén, donde nuestro Salvador, recostado en un pesebre, nos enseña a inclinarnos sobre las miserias de la humanidad, asegurándonos que no existe situación —por extrema que sea— en la que la luz de su amor, que nos abre a la esperanza, no pueda ni quiera penetrar. Contemplando a Jesús en el pesebre con los ojos de María, de José y de los pastores, dejémonos envolver por este misterio de amor y permitamos que ilumine la esperanza que mora en nosotros, desplegando todo su potencial de belleza, bondad y verdad, para beneficio nuestro y del mundo entero.

Dom Donato Ogliari, OSB

Abad





ITALIA: MONASTERIO SANTÍSIMO REDENTOR, SCALA

El belén: escuela de esperanza para todos

En este año jubilar que está a punto de concluir nos encontramos ante el belén, ante el Misterio de Dios que se hace carne, que nos abre los brazos con la ternura de un niño para envolvernos en su abrazo de paz y de esperanza. Nos acompaña en este encuentro con el “Dios-con-nosotros” san Alfonso María de Ligorio, Obispo y Doctor de la Iglesia, fundador, compositor, patrono de los confesores y moralistas, de los teólogos moralistas y de los abogados, pero sobre todo misionero del amor de Dios y anunciador de esperanza para todos.

El año jubilar, en efecto, tiempo santo en el que cada cristiano ha podido hacer experiencia del perdón y de la gracia de Dios, del significado de ponerse en camino con los hermanos y hermanas en la escuela del Evangelio, san Alfonso sigue siendo nuestro compañero de viaje, recordándonos la infinita bondad de Dios que nos entrega a su Hijo. El Verbo hecho carne es, en verdad, el fundamento de nuestra esperanza; es la novedad que arranca a nuestra humanidad de las tinieblas del pecado y de la muerte y la restituye al amor gratuito de Dios. En un tiempo como el actual, marcado por guerras y luchas fratricidas, por la violencia y por la incertidumbre del futuro, Cristo, la Esperanza hecha carne, devuelve nuestra mirada a la voluntad salvífica de Dios que “siendo grande se hizo pequeño. Ocultó la naturaleza divina para no oprimarnos con su majestad, para darnos confianza y hacerse accesible a todos” (S. Alfonso, *Novena de Navidad*).

En el pensamiento de san Alfonso, la cuna del belén y la cruz no están separadas, sino unidas entre sí; y la certeza de la esperanza cristiana se funda precisamente en la promesa infalible y en el anonadamiento de Dios, que nos ama hasta el extremo y nos quiere felices para la eternidad. La esperanza cristiana, sin embargo, no se conjuga solo con el verbo esperar, sino también con el verbo actuar. No se trata, en efecto, de una esperanza pasiva, sino rica en acción y en caridad hacia los hermanos y hermanas, especialmente los más necesitados: la esperanza, en suma, mientras espera camina, porque “cuanto mayor es la caridad, tanto más engrandece y afianza nuestra esperanza” (S. Alfonso, *Práctica de amar a Jesucristo*).

Al acercarnos al belén en compañía de san Alfonso no podemos dejar de dirigir la mirada a María, quien, después de Jesús, es nuestra esperanza. La Virgen es Aquella que vence la desesperación confiando totalmente en Dios incluso cuando todo parece perdido. Por este motivo, en la obra *Las Glorias de María*, Alfonso la invoca con las palabras “Ave, esperanza nuestra”, reconociendo en ella un puerto seguro en el que refugiarse. Estos mismos conceptos y sentimientos del corazón se convierten en poesía en su célebre canto *¡Oh hermosa esperanza mía!*, del que transcribimos un extracto:



*¡Oh hermosa esperanza mía,
dulce Amor mío, María,
tú eres mi Vida mía,
mi Paz, María, eres Tú.*

*En este mar del mundo
tú eres mi amiga Estrella,
que puede la barquilla
de mi alma rescatar.*

*Bajo tu bello manto,
amada Señora mía,
quiero vivir, y un día
siento morir allí.*

*Y si me toca en suerte
acabar vida tan mía
amándote a Ti, María,
el Cielo mío será.*

(S. Alfonso, Canzoncine spirituali, versión castellana)

Con plena confianza entregamos *las barquichuelas de nuestras vidas* a las manos maternas de María, porque es el canal, el mar de gracia a través del cual Dios nos conduce a la salvación, puesto que de Ella, mediadora de esperanza, nació Cristo, la Esperanza de los pueblos.

San Alfonso, que dedicó tanto espacio en su predicación, en sus obras y en sus cantos al misterio de la Encarnación, nos conduce de la mano ante la escuela del belén, “una escuela de la mirada”, una fuente de esperanza, donde aprendemos o recordamos que no hay límite para el amor de Dios, “ya que lo hizo pobre aún por amor” (como cantamos en *Tú bajas de las estrellas*) y que la vida de Cristo es nuestro camino de esperanza.

Que la pobreza de Cristo nos enamore, como enamoró el corazón de Alfonso, hasta permitirnos vivir la experiencia de la Navidad tal como él la describe en el célebre canto napolitano *Quanno nascette ninno*, del cual proponemos un extracto en traducción castellana:



*Beato chi abita la tua casa:
sempre conta le tue lodi!*

*No había enemigos en la tierra,
la oveja pastaba con el león;
con las cabritillas se vio
al leopardo jugar;
el oso y el ternero,
y con el lobo en paz el corderillo.*

*Se trastornó, en suma, todo el Mundo:
el cielo, la tierra, el mar y las gentes todas.
Quien dormía sentía
en el pecho el corazón saltar
con alegría;
y soñaba paz y contento.*

*Miraban las ovejas los Pastores,
y un Ángel resplandeciente más que el sol
se les apareció y dijo:
No tengáis miedo, no;
hay felicidad y gozo:
la tierra se ha vuelto Paraíso.*

*Millones de Ángeles descendieron
y con ellos se pusieron a cantar:
Gloria a Dios y paz en la tierra,
no más guerra: ha nacido ya
el Rey del Amor,
que da alegría y paz a cada corazón.*

*Saltarines, como ciervos heridos,
corrieron los Pastores hacia la Cabaña;
allí encontraron a María
con José y mi Alegría;
y en aquel Rostro
tuvieron un anticipo del Paraíso.*

(S. Alfonso, Canzoncine spirituali, versión castellana)

¡Con el deseo de un anticipo de Paraíso para todos!

Sor Maria D'Amato, OSSR



ITALIA:

ABADÍA BENEDICTINA DE SUBIACO

La paz es un camino y fruto de comunión

+ Mauro Meacci, OSB
Abad Ordinario

La invitación de la Escritura que la Regla de san Benito recoge: «Busca la paz y corre tras ella», llena el silencio que envuelve el tiempo de Navidad, cuando la luz del Verbo Encarnado se abre paso entre las tinieblas del mundo. Esta exhortación, antigua y sin embargo sorprendentemente viva y actual, parece brotar precisamente en el clima navideño, cuando el memorial del nacimiento de Cristo reconduce al ser humano a la verdad más simple y más necesaria: sin paz no hay vida plena; sin paz no hay esperanza auténtica.

De la tradición benedictina asumimos una reflexión que pertenece a la Iglesia y al magisterio de los Pontífices de los siglos XX y XXI:

la paz no es nunca solamente ausencia de conflicto, ni una quietud superficial hecha de silencios forzados o acuerdos temporales. Es más bien un camino, un trabajo cotidiano sobre la propia interioridad, fruto de una escucha atenta de la voz de Dios que habla al corazón, tanto a través de los pequeños gestos como en los encuentros imprevistos. Así como la Navidad no es solo un recuerdo, sino un acto presente —la venida de Dios que se hace prójimo—, del mismo modo la paz es una obra que se realiza hoy, en lo concreto de las relaciones humanas, de aquellas mismas relaciones que necesitan conversión, tal como nos recuerda el documento final de la XVI Asamblea General del Sínodo de los Obispos.

El pasado 7 de septiembre, el Santo Padre León invocó el don de la paz e invitó a los responsables de las naciones a escuchar su conciencia con palabras firmes y decididas: «A los gobernantes repito: ¡escuchad la voz de la conciencia! Las aparentes victorias obtenidas con las armas, sembrando muerte y destrucción, son en realidad derrotas y no aportan nunca paz ni seguridad. Dios no quiere la guerra, Dios quiere la paz. Y Dios sostiene a quien se compromete a salir de la espiral del odio y recorrer el camino del diálogo». ¡Estas palabras resuenan en el corazón de todo creyente y de toda persona de buena voluntad!

San Benito pide a los monjes «buscar la paz» porque esta no está garantizada: nace de una orientación del corazón que requiere vigilancia, humildad, capacidad de acoger al otro. En el

monasterio, como en toda comunidad humana, la paz se construye mediante la medida de las palabras, la custodia del tiempo, la disponibilidad para perdonar, la atención recíproca. No es un don que deba temerse, sino una semilla que cultivar con perseverancia. Y en este camino, la Navidad se convierte en la escuela más alta y más verdadera: Dios no impone la paz, la ofrece a través de la vulnerabilidad de un Niño envuelto en pañales y recostado en un pesebre.

El belén, en su desarmante sencillez, es una imagen perfecta del mundo benedictino: cada figura encuentra su lugar, cada presencia tiene una dignidad, desde el pastor más humilde hasta el caminante distraído. Todo se sostiene en un equilibrio que no pertenece a los poderosos, sino a quienes saben reconocer la grandeza escondida en las cosas humildes. Así también, en el monasterio, cada hermano, con sus talentos y sus límites, contribuye a la armonía de la comunidad: la paz no es el resultado de una



uniformidad estéril, sino la floración de diferencias acogidas, amadas, acompañadas. Cuando la Regla invita a «honrar a todos los hombres», no propone un ideal abstracto, sino que señala un camino concreto, casi doméstico. Honrar significa dar espacio, reconocer la sacralidad del otro, dejarse interpelar por sus heridas y por sus fatigas. En el tiempo de Navidad, este gesto se amplifica: un Dios que se deja alcanzar por cualquiera abre la vía a una nueva manera de mirar a los hombres. Si Dios ha elegido nacer en una casa pobre y ofrecer la paz como una sonrisa sin fronteras, entonces también el ser humano está llamado a hacer memoria de ello, transformando su vida cotidiana en un lugar de encuentro y de reconciliación.

La paz, en la tradición benedictina, no nace nunca del aislamiento. Es, en cambio, fruto de comunión, de un equilibrio paciente entre disciplina y misericordia, entre estabilidad y apertura. La misma Navidad, aun invitándonos al recogimiento, no es un acontecimiento solitario: es la fiesta de la visita, del diálogo, de la fraternidad. Los pastores que acuden en la noche y los magos que llegan desde lejos narran simbólicamente que toda paz auténtica se alimenta de pasos, de peregrinación, de búsqueda compartida. En nuestro tiempo, a menudo herido por conflictos, ansiedades sociales y tensiones interiores, la enseñanza de san Benito y la luz de la Navidad pueden aún ofrecer orientación. No una solución inmediata a los problemas del mundo, sino una dirección: reco-



menzar por las cosas pequeñas, hacer del corazón un espacio más hospitalario, permitir que la paz se arraigue en nuestra voz y en nuestra presencia. La paz no es una meta lejana, sino un ejercicio de proximidad: un gesto amable, una palabra que no hiere, un silencio que escucha, una elección de responsabilidad.

Así, siguiendo la Regla, cada Navidad puede convertirse en un nuevo comienzo. Y la paz, lejos de ser una utopía, deviene un camino real, hecho de la misma trama de la Encarnación: fragilidad habitada por el amor, humildad que se vuelve fuerza, ternura que engendra esperanza. En este misterio simple y a la vez inmenso, san Benito, contemplando el Misterio de la Encarnación, ofrece un mensaje que atraviesa los siglos y llega hasta nosotros como un augurio: construir, con paciencia y confianza, una paz que no pasa, porque nace de un Dios que ama y que, por ello, viene a habitar en medio de nosotros.



ITALIA: TRES FUENTES Y ACQUE SALVIE



Un lugar de Roma que tiene algo que decir hoy sobre el tema de la esperanza

En nuestras ciudades vemos muchas iglesias vaciarse; el pueblo que las frecuenta es, en su mayoría, gente anciana. Leemos en buena parte de Occidente acerca de la disminución del número de sacerdotes y de religiosos. Por otra parte, es evidente la sed de tantos que se mueven con la esperanza de encontrar una novedad para su propia vida. Personas de toda edad, pueblo y nación llegan en este año jubilar a Roma. Quienes de manera consciente y quienes menos, vienen a beber en la fuente viva del Evangelio, que la Iglesia ofrece para que en muchos se renueve la vida de fe y, desde ella, la esperanza que aporta novedad, iniciativa, futuro, cuando toda certeza parece derrumbarse.

Nos gusta mirar a la abadía de Tres Fuentes, en la Vía Laurentina de Roma, como lugar de esperanza; y no solo porque la Iglesia del Martirio de San Pablo es una iglesia jubilar, sino por la vida que en su interior se está desarrollando gracias a la colaboración entre la comunidad monástica masculina de la abadía y un pequeño núcleo de hermanas, en la casa anexa que se levanta junto a la Iglesia del Martirio de San Pablo.

Algún apunte histórico es necesario

El monasterio trapense y su comunidad —pequeña en número, pero viva y abierta a la acogida de quienes llegan— se alza en un lugar particularmente evocador, gracias a la iglesia que recuerda el lugar del martirio de San Pablo, ocurrido en el año 67 d. C. Dos siglos después, en el año 298, fueron martirizados también Zenón y otros 10.000 cristianos durante la persecución de Diocleciano. Lugar de memoria y de santidad, aquí fueron traídas las reliquias

de San Anastasio y custodiadas en un monasterio de monjes griegos venidos de Cilicia. En torno al siglo XI, a los monjes armenios sucedieron los benedictinos, y a partir de 1140, los cistercienses, dedicándose la iglesia abacial a los mártires Vicente y Anastasio. Los cistercienses llegaron a un lugar problemático, en una zona pantanosa y palúdica. Según el estilo propio pensado por San Bernardo, se construyeron los nuevos edificios y, no sin dificultades, se procuró hacer vivir la comunidad. La iglesia y el monasterio, en su estructura arquitectónica, son uno de los pocos lugares en Europa que permanecen tal como los quiso San Bernardo de Claraval. Son recientes únicamente las vidrieras rehechas en los años treinta del pasado siglo, y posteriores a la sobriedad cisterciense los frescos que representan a los apóstoles en las columnas portantes. El terreno pantanoso, la malaria, la pobreza de medios para el sustento y de vocaciones, la dificultad de integrarse en la realidad romana marcaron los comienzos.

Tampoco fue fácil lo que siguió. Tras un largo periodo de decadencia, en 1826 el lugar fue confiado a los franciscanos, pero permaneció en abandono hasta 1868, cuando fue entregado a los trapenses.

Hoy

Desde la transitada Vía Laurentina, un estrecho paseo flanqueado por encinas y eucaliptos conduce a la iglesia abacial; uno se encuentra inmediatamente en un clima de silencio y bajo la mirada de la imponente estatua de San Benito y su invitación: Pax.

Una amplia explanada y un portal que remonta a Carlomagno conducen a la iglesia cisterciense de la abadía. A la derecha, la Iglesia de la Scala Coeli en honor de la Virgen. En la pequeña colina se encuentra la comunidad de las Hermanitas de Charles de



Foucauld. Una avenida de eucaliptos bordea el camino hacia la Iglesia del Martirio de San Pablo, y un breve tramo muestra el empedrado de época romana. Una pequeña construcción a la izquierda de la iglesia alberga una casa habitada por seis monjas trapenses.

Desde 2019 se pensó en acompañar a la comunidad masculina con una casa de hermanas que pudiera ser una presencia en la celebración litúrgica y un apoyo en la organización, el trabajo y la formación, así como en la acogida de los huéspedes de la hospedería. La comunidad trapense de Vitorchiano asumió la responsabilidad de una casa «anexa» de monjas. La iniciativa fue apoyada muy favorablemente por el vicariato de la Diócesis de Roma.

La integración entre una casa masculina y una comunidad femenina pareció poder representar bien el rostro de la Iglesia local y

el del Orden Trapense con sus dos ramas —masculina y femenina— y una apertura planetaria que se inserta en múltiples contextos culturales, manteniendo su propia identidad contemplativa. Para esta iniciativa fue fundamental el apoyo del Abad General, Dom Bernardus Peeters.

A lo largo de los años hemos visto la colaboración activa entre los hermanos y las hermanas presentes en Tres Fuentes. La entrada en el monasterio de un joven romano que se acerca a hacer sus promesas definitivas para pertenecer a la comunidad y al Orden; un postulante; y actualmente la llegada de un monje de Indonesia, Dom Maximilianus, como superior; un monje de Brasil y dos hermanos nigerianos en ayuda a la comunidad son signos de vitalidad. La colaboración ha llevado también a una mejor y más eficaz organización en el trabajo monástico y en la acogida de los huéspedes. Una confirmación de que el camino emprendido puede ser fecundo para la Iglesia de Roma han sido también dos eventos de encuentro ecuménico: en 2023, la visita de Tawadros II, Papa de los coptos, tras el encuentro con el Papa Francisco y la confirmación de la inclusión en el martirologio romano de los 21 mártires coptos asesinados el 15 de febrero de 2015; y recientemente, el pasado 5 de noviembre, la firma de la Charta Oecumenica actualizada, tras el trabajo conjunto de la CCEE y la CEC, que vio la participación del grupo de trabajo en una celebración litúrgica ecuménica en la Iglesia del Martirio de San Pablo antes de la audiencia con el Santo Padre al día siguiente.

Si hay una palabra de esperanza que recibimos de esta experiencia es que, en la ardua empresa de vivir las dificultades que la historia —la realidad— nos pone delante, el camino es la fe en la promesa de vida que el Señor nos dona, según un carisma que se hace vida para nosotros y para quienes nos encuentran, y sostiene el trabajo «por» y «en» la comunión.

Hna. Gabriella Masturzo, OCSO
Monasterio Nuestra Señora de San José – Vitorchiano



IRLANDA: MONASTERIO DEL CARMELO ESTRELLA DEL MAR, MALAHIDE

Solo Dios puede ayudar

«Este fue el momento en que el Antes se transformó en Después... Este fue el momento en que no ocurrió nada». Palabras de U. A. Fanthorpe que condensan la exteriorización de la interioridad de nuestra experiencia humana. Adviento, Navidad y Epifanía están llenos de imágenes en su presentación bíblica: los textos evangélicos nos ofrecen tanto ejemplos como imágenes de los acontecimientos más sencillos de la vida, y nos proporcionan un lenguaje para dar forma a los conceptos confusos de nuestra mente; un lenguaje que no se compone únicamente de palabras, sino también de aquello que podemos ver, tocar y sentir, sacándonos fuera de nosotros mismos, junto a los pastores, para ir a contemplar «esto que el Señor ha hecho», y para unirnos al canto jubiloso de los ángeles. Ese momento en el que no ocurrió nada, en el que toda la creación se arrodilló ante un niño. Aquí, en nuestro Monasterio de las Carmelitas Descalzas de Estrella del Mar, en Malahide, en Dublín, hemos tenido durante décadas el honor de acoger a numerosas familias jóvenes reunidas con nosotras para la colocación del Niño en el pesebre y la celebración de la Eucaristía en esta gran solemnidad. Los niños pequeños reconocen de inmediato a otros niños pequeños. Es el Niño quien capta la atención, más que los juguetes de Papá Noel, las velas encendidas, la belleza de la liturgia o los colores de las flores. El Niño en el pesebre ejerce la misma atracción que cualquier otro niño. El poeta laureado Ted Hughes, al enseñar a escribir a los niños, les aconsejaba centrarse en un objeto concreto y permanecer ante él, simplemente, en una presencia recíproca. Llegar al belén, con la imaginación o físicamente, atrae también a los adultos, por un magnetismo del corazón, a fijar la mirada

en el Rey recién nacido; como afirma san Agustín, «el amor es nuestra estrella polar».

¿Qué mensaje de esperanza ofrece la Navidad en un mundo a menudo sin paz? No existen respuestas prefabricadas en nuestras vidas, del mismo modo que no las hubo en la vida de María, de José ni del propio Jesús. Tampoco las hubo en las vidas, con frecuencia marcadas por el conflicto, de los pueblos de las Escrituras hebreas, ni a lo largo de los más de dos mil años transcurridos desde el nacimiento del Hijo de Dios. ¿Quién no ha sentido alguna vez —y no lo siente aún— que todo resulta excesivo, demasiado pesado de sobrellevar? Existen leyes de previsibilidad y de aparente imprevisibilidad; ¿hacia dónde girar en un mundo que cambia con rapidez, donde oleadas de aflicción golpean a inocentes e indefensos? Un abad cisterciense me habló una vez de su juventud como oficial de la RAF y de su presencia en la apertura de Belsen. Dijo: «Hay situaciones en la vida tan terribles que solo Dios puede ayudar». Aquellas palabras me produjeron un profundo consuelo: a pesar de todo lo que vemos, oímos y experimentamos en nuestras propias vidas y en las de los demás, esta es la mejor medicina que Dios nos ofrece: el arraigo en el momento presente.

Hay un aspecto evolutivo en este cuidado de Dios por su pueblo y por su mundo. Puede ser —y con frecuencia lo es— lento a nuestros ojos. Las circunstancias cambian, nosotros cambiamos; el sol sale y el sol se pone sobre un universo que conocemos sometido a lo que llamamos «las leyes de la naturaleza» y a su aparente transgresión; algo visible también en nuestros corazones, en nuestras relaciones, en nuestras vidas. Nuestra capacidad para percibir la realidad, la Verdad misma siempre actuante en el mundo, va entrando poco a poco en nuestro campo visual, sa-



biendo que se trata de pastos verdes y seguros; nuestra mirada, a menudo tras dolorosas detenciones, va perdiendo su opacidad, afinándose y reajustando nuestro sistema de valores. Con frecuencia avanzamos gracias a quienes tenemos más cerca. ¿Con qué facilidad no acudiría yo a un niño para todo lo que necesito? Colaboramos con el Espíritu de un modo siempre nuevo. ¿Es un camino apacible? ¿Es toda subida? A menudo, sí. Y entonces, de forma inesperada, se produce una revelación a lo más delicado de nuestro ser.

¿Cómo rezamos día tras día, año tras año, década tras década? Como mujeres contemplativas y consagradas de clausura, tenemos el honor de vivir toda una vida en la casa de Dios, con sus amigos y los nuestros. Somos sostenidas y acompañadas, pero no sin coste. Vivida lo mejor posible, la vida consagrada es la vida más sencilla del mundo. Una vida entregada es la que vivió Jesús: un yugo suave y una carga ligera.

¿Qué sabe de la vida real quien vive en un monasterio de clausura? Todas hemos vivido fuera del monasterio y, sin duda, vivimos plenamente dentro de la comunidad. Cronológicamente, el «Antes se transformó en Después» con nuestra entrada en esta nueva forma de vida. En cada momento, como todos los discípulos, vivimos en el «valle de la decisión»: una realidad hermosa, aunque exigente, y no apta para corazones pusilánimes. El valle nos obliga a avanzar o a retroceder, a elegir la vida una y otra vez, gracias al poder de Dios que actúa en nosotros. Es algo admirable: una voz humana que proclama en voz alta las Escrituras; escuchar la propia voz prestada a Dios; pasar las páginas con las manos, en nombre de la comunidad, durante el Oficio y la Eucaristía; y saber que esos seres humanos reales, cuyas vidas han sido tan contingentes como la mía, son la razón y el fundamento de nuestra presencia conjunta aquí, en este monasterio sobre el mar, y en todo lugar y corazón creyente. Todo ello atravesando abismos de milenios y de experiencia.

El medio puede parecer banal, agradable o desagradable, pero hay una fuerza —recibida en el Bautismo y en la Confirmación— siempre a nuestra disposición. En nuestro contexto de clausura, además, estamos bendecidas con una formación permanente en la oración y en la vida comunitaria, en la liturgia, en la Escritura, en el carisma propio de la Orden y en todas las riquezas dinámi-

cas de la vida de la Iglesia. Vivimos junto a otras mujeres atraídas por el mismo Señor para toda la vida, que a menudo —y casi siempre sin ser conscientes de ello— se convierten en guías inspiradoras. Es un lugar común afirmar que las malas compañías corrompen a las personas más nobles; ¿qué esperanza de bien no tendremos, entonces, cuando estamos rodeadas de discípulos del Señor?

¿Y qué decir de las tantas situaciones de violencia activa «ahí fuera»? ¿Están realmente fuera? Recuerdo el día en que, de pie en mi celda, me sentí abrumada por el sufrimiento del mundo de Dios, de nuestro maravilloso mundo y de su gente. Entonces comprendí, como un don, que todo eso también estaba dentro de mí; que mi responsabilidad, mi papel, consiste en hacer todo lo posible, en mi pequeña esfera de influencia, por vivir como Cristo desea que viva. Eso me devolvió a mí misma desde la dispersión. Resuena con claridad la invitación de santa Teresa de Jesús: «Sed siempre principiantes». Somos árbitros de nuestro destino: embajadores de Cristo.

Las relaciones nos brindan nuevas experiencias de Dios, nuevas revelaciones con rostro humano. Tenemos la bendición inmediata y constante de la vida comunitaria hasta que la muerte nos separe, con raras excepciones: una hermana de nuestro Carmelo se unió, hace unos treinta años, a una nueva fundación en Zing, al norte de Nigeria. Esa cercanía nos ha transformado y nos ha ofrecido una nueva revelación de Dios, una manifestación de su presencia. Los Magos abrieron sus dones; estamos acostumbradas a ese gesto por parte de quien recibe. ¿Qué sucede cuando somos nosotras quienes presentamos nuestros dones —a nosotras mismas— al Niño? Puede parecer, y de hecho se percibe, como una experiencia de Pandora: se levanta la tapa y quién sabe qué puede salir volando. Y allí, en el fondo, en el último lugar de todos, permanece la esperanza.

Ann Griffiths, autora de himnos galeses, expresa con precisión el papel que corresponde a cada uno de nosotros: el pesebre y el Niño son «el tabernáculo dispuesto para que podamos encontrarnos en silencio con nuestro Dios». Todo tabernáculo es un pesebre donde es depositado el Hijo de Dios y de María. Todo corazón es un lugar de acogida.

Hna. Rosalie Burke, OCD



MALASIA: MONASTERIO CARMELITA DEL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA KUCHING, SARAWAK

Seguir a Nuestra Señora de la Esperanza

Resulta verdaderamente doloroso constatar que en muchas partes del mundo hay guerras en curso. Aquí, entre nosotros, hay suficiente paz para celebrar y gozar de la Navidad. Pero mientras oramos por quienes sufren en países devastados por la guerra, nos preguntamos cuán difícil les resultará mantener viva la esperanza de la paz. ¿Qué mensaje de esperanza puede ofrecernos el misterio de la Navidad a nosotros y a ellos?

Es evidente que la guerra ha sido la elección de los dirigentes de ciertas naciones, aun cuando Dios les había bendecido con un gran poder. Y, sin embargo, el día de Navidad el Creador omnipotente del universo decidió hacerse impotente. Dios se hizo un Niño débil e indefenso y permitió ser perseguido por un rey poderoso, Herodes. En el Calvario, volvió a hacerse débil y consintió que los fariseos le dominaran en alianza con los romanos, las potencias de su tiempo. He aquí un gran misterio de esperanza: ¿por qué Dios, el Poderoso, el Altísimo, escogió venir envuelto en pañales y hacerse víctima de persecución,

cercano a nosotros en nuestra impotencia?

Por un lado, nos dice que está con nosotros, Emmanuel (Mt 1,23); que camina a nuestro lado afirmando: «Sé lo que significa ser débil. Me hice débil para salvaros, a cualquier precio» y «Estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28,20). ¡Dios está vivo! Gracias a la Resurrección. Vive con nosotros, aunque no le veamos. Y, gracias a Su cercanía, recibimos Su fuerza para recorrer el camino que Él mismo recorrió.

Puesto que Jesús es el Camino, la Verdad y la Vida (Jn 14,6), ¿acaso nos estaba mostrando el camino al elegir hacerse débil? Sabemos con certeza que Su amor, despojado de sí y sacrificado, condujo a la mayor victoria de la historia. Venció perdiendo. Y nos dijo que Su Reino no es de este mundo (Jn 18,36). Si las víctimas de la guerra no llegan a ver la paz en su patria durante su vida terrena, la esperanza de una paz eterna en la otra vida les está asegurada siguiendo el camino trazado por Jesús: vencer el odio con amor. ¡Qué mensaje tan hondo



de esperanza! Los débiles —unidos a Cristo— son quienes se convierten en la verdadera fuerza capaz de salvar el mundo. El Reino de Dios es como un grano de mostaza, el más pequeño de los granos, hasta que crece y se hace árbol frondoso (Lc 13,19).

Las mártires carmelitas de Compiègne caminaron voluntariamente hacia la guillotina, cantando y entregando su vida por la paz de Francia. Perdieron la vida, pero, poco después, la guerra terminó y comenzó una era de paz.

Si alguna vez nos preguntamos: ¿pondrá fin Dios a la guerra? ¿Cuánto tiempo habrá que esperar?, basta abrir los ojos para ver que ya nos ha dado signos de esperanza. Tenemos un Papa (el papa León XIV) que, poco después de su elección, invitó a la oración y al ayuno por la paz y se atrevió a invocar la paz junto al presidente de Ucrania. Cristo prometió darnos la paz. Nuestra esperanza no quedará defraudada. Solo hemos de abrirnos a la promesa de la Venida del Salvador, el Grande anunciado en el Antiguo Testamento y cuya venida sigue siendo esperada en el Nuevo. Su venida es cotidiana, acontece en el presente. Podemos encontrarle en cualquier lugar —incluso en un campo de concentración nazi— como hizo santa Teresa Benedicta de la Cruz, que decía: «El dulce Niño Jesús está también aquí con nosotros»; y, sostenida por esa esperanza, atendía a los demás prisioneros como un ángel de paz.

En palabras del Papa Francisco:

«El Reino de Dios está ya presente entre nosotros, como una semilla que pasa desapercibida, pero que silenciosamente arraiga. Quienes reciben del Espíritu Santo una mirada aguda pueden verle florecer. No permiten que las malas hierbas que nacen alrededor les priven de la alegría del Reino. En Cristo, incluso la oscuridad y la muerte se convierten en lugar de encuentro con la Luz y la Vida. Nace la esperanza, una esperanza accesible a todos, justo en el punto donde la vida se cruza con la amargura del fracaso.

Esta esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones (cf. Rm 5,5) y hace brotar una vida nueva, como un brote que surge de la semilla caída. Desde esta perspectiva, toda nueva tragedia puede convertirse también en teatro de una buena noticia, en la medida en que el amor encuentra la manera de acercarse y suscitar corazones compasivos, rostros resueltos y manos dispuestas a reconstruir. Esta es la certeza de la esperanza».

Aprendamos de María, nuestra Madre y discípula perfecta de Cristo, cómo mantener viva la esperanza ante un panorama tan desolador: cuerpos extendidos en el suelo y ruinas tras un



bombardeo. Ella permaneció al pie de la Cruz y contempló a su Hijo torturado, suspendido en total indigencia y desolación espiritual. Podemos imaginar la dureza de aquel espectáculo para sus ojos humanos. Podría compararse a la visión tras una explosión nuclear... toda esperanza parecería borrada para siempre.

Y, sin embargo, ella no olvidó jamás el mensaje del ángel: «Él será grande y será llamado Hijo del Altísimo... y su Reino no tendrá fin» (Lc 1,32-33). ¿Cómo lo logró? Grabó firmemente en su memoria la Palabra de Dios, guardándola y meditándola en su corazón. Sí: que Nuestra Señora de la Esperanza nos alcance la fortaleza para seguirla hasta el final.

Sor Karen Emmanuel de Jesús Crucificado, OCD



MAURICIO: CARMELO DE PORT-LOUIS

Caminar juntos como una sola familia

Somos las monjas carmelitas de clausura de Santa Teresa, cuya misión es orar por los ministros de la Iglesia, por los predicadores y por el mundo entero, con sus avances tecnológicos, sus alegrías y sus dolores. A lo largo del año que acaba de concluir, en nuestra diócesis de Port-Louis, y en presencia de nuestro Obispo, Mons. Jean Michaël Durhône, el Pueblo de Dios, en toda su diversidad, se ha reunido cada mes para la Eucaristía, siguiendo un tema previamente elegido, como una única familia, en diversas iglesias donde elevar juntos la plegaria.

Nosotras, las Carmelitas, hemos permanecido unidas en la oración y en el corazón durante estos encuentros, para que se hiciera realidad la esperanza de caminar juntas como una familia, ayudándonos mutuamente a afrontar pruebas como el desempleo, la droga, la enfermedad o el duelo.

Para nosotras, que oramos con los textos de la Liturgia de las

Horas, participar en la oración de la Iglesia es siempre motivo de profunda alegría, pues nos permite revivir lo acontecido hace dos mil años. Dios, nuestro Padre, envió con amor a su Hijo único, Jesucristo, al mundo para salvar a la humanidad de sus pecados. Y los Ángeles proclamaron: «Gloria a Dios en lo más alto de los cielos y paz en la tierra a los hombres que Él ama».

Tras la oración, nos reunimos fraternalmente en torno a mesas espléndidamente dispuestas, saboreando comidas deliciosas y los exquisitos frutos tropicales de temporada. También intercambiamos regalos, compartimos juegos que nos hacen reír y, incluso, gracias a la televisión, visitamos otros países.

Hoy, con la tecnología moderna, las monjas pueden ver y hablar con sus familias; en ocasiones también conversamos con hermanas de otros Carmelos, lo cual fortalece nuestros lazos de amistad. Igualmente vivimos encuentros gozosos con padres, amigos y benefactores que residen en sus países de origen.

Los pobres —quienes carecen de alimento y de techo— también llaman a nuestra puerta; los acogemos y les ofrecemos nuestra ayuda en la medida de nuestras posibilidades. Recibimos asimismo la visita de personas que desean conocernos mejor y descubrir nuestra espiritualidad.

En tiempos del nacimiento de Jesús, el Rey de la Paz, la historia de Israel estaba marcada por un complejo entramado de dominación romana, tensiones religiosas y agitación política. El reinado de Herodes, en particular, estuvo teñido de violencia y crueldad, alimentando un clima de temor y resentimiento. El nacimiento de Jesús, como Mesías, tuvo lugar en un contexto de desesperación y esperanza, mientras el pueblo judío aguardaba la liberación de la ocupación romana.

Jesús se hizo hombre; vino a habitar entre nosotros, compartiendo nuestras alegrías y nuestros sufrimientos. Las causas de la guerra son a menudo múltiples e incluyen factores como disputas territoriales, ideologías políticas, recursos naturales, tensiones étnicas o religiosas, e intereses económicos.

A pesar de las enseñanzas de tantas figuras espirituales y de los esfuerzos por promover la paz, los conflictos continúan surgiendo por motivos complejos y entrelazados.

Comprender y resolver estos desafíos exige con frecuencia esfuerzos diplomáticos, un diálogo sincero y la cooperación internacional.

También es importante reconocer los avances logrados hacia la paz y la colaboración global, así como las dificultades persistentes que aún subsisten. La paz es un camino continuo que requiere el compromiso y la dedicación de cada uno de nosotros. El mensaje de esperanza para el Jubileo de 2025 es una esperanza sustentada en la fe en Jesucristo, en la promesa del Espíritu Santo y en el amor de Dios. Es una oportunidad para





redescubrir la confianza en nuestras relaciones, en la vida social y en el respeto por la creación. El Papa Francisco ha invitado a los creyentes a convertirse en “mensajeros y constructores de esperanza” y de paz, haciéndose “peregrinos” para los demás. El mensaje de esperanza de la Navidad en un mundo sin paz consiste en contemplar el nacimiento de Cristo, el “Príncipe de la Paz”, acontecimiento central que enciende el amor y la esperanza en el corazón de nuestras vidas, de nuestras familias y de

nuestras comunidades. Puesto que Dios nos ha amado, estamos llamados a seguir su ejemplo para construir un mundo más justo y fraterno, y a convertirnos en instrumentos de su paz divina. La Navidad nos recuerda que, aun en un mundo que no siempre vive en paz, es posible cultivar una mirada de esperanza fundada en la fe y en el amor a Dios y al prójimo. Hna. Marie-Noëlle Joseph, OCD



MARRUECOS: MONASTERIO TRAPENSE DE NUESTRA SEÑORA DEL ATLAS

¿Qué esperanzas albergamos al término de este Año Jubilar 2025?

Como cada año, las celebraciones de la Navidad de 2025 marcan el cierre del ciclo anual. La Iglesia y el Papa Francisco, de venerada memoria, han colocado el año 2025 bajo el signo del Gran Jubileo de la Redención. En los más diversos rincones del mundo, cristianos de todas las generaciones han tenido ocasión de experimentar espiritualmente esta gracia eclesial mediante encuentros de reflexión, retiros y peregrinaciones.

Nuestro monasterio del Atlas, en Marruecos, ha tenido el privilegio de ser escogido por nuestro Arzobispo, el Cardenal Cristóbal López Romero, como uno de los cuatro lugares de peregrinación diocesana durante este año. Hemos tenido así la alegría de acoger, en el “Peregrinaje de la Esperanza”, a diversos jóvenes estudiantes procedentes del África subsahariana que actualmente se encuentran en Marruecos para cursar sus estudios. La mayoría de ellos están profundamente arraigados en sus parroquias de origen y sirven como agentes pastorales contratados por nuestra Diócesis de Rabat. Poseen un dinamismo vibrante que sostiene a nuestra Iglesia y la mantiene despierta, abierta a los demás, respetuosa de las diferencias y particularmente sensible a la interculturalidad que caracteriza en buena medida la sociedad marroquí.

El acento puesto en la virtud cristiana de la esperanza es, sin duda, lo que más profundamente nos ha marcado como comunidad a lo largo de este último año. Por ello quisimos compartir con nuestros peregrinos todas las prácticas que la Iglesia ofrece para obtener la gracia plena del Jubileo. Una de estas prácticas consistió en franquear la “Puerta de la Esperanza”, erigida dentro de nuestra capilla. Todos sabemos que la celebración de la Navidad está íntimamente vinculada a la esperanza. Una esperanza que resuena en el cántico angélico de la Nochebuena: «Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres que Él ama» (Lc 2,14). Ya el profeta Isaías proclamaba en su tiempo: «Multiplicaste la alegría, aumentaste el regocijo. Se alegran en tu presencia como se alegra en la siega, como se exulta al repartirse el botín... Todo manto manchado de sangre será quemado, pasto del fuego. Porque un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado. Sobre sus hombros descansa el signo de la soberanía y se le da por nombre: Consejero maravilloso, Dios fuerte, Padre para siempre, Príncipe de la paz» (Is 9, 2. 4-5).

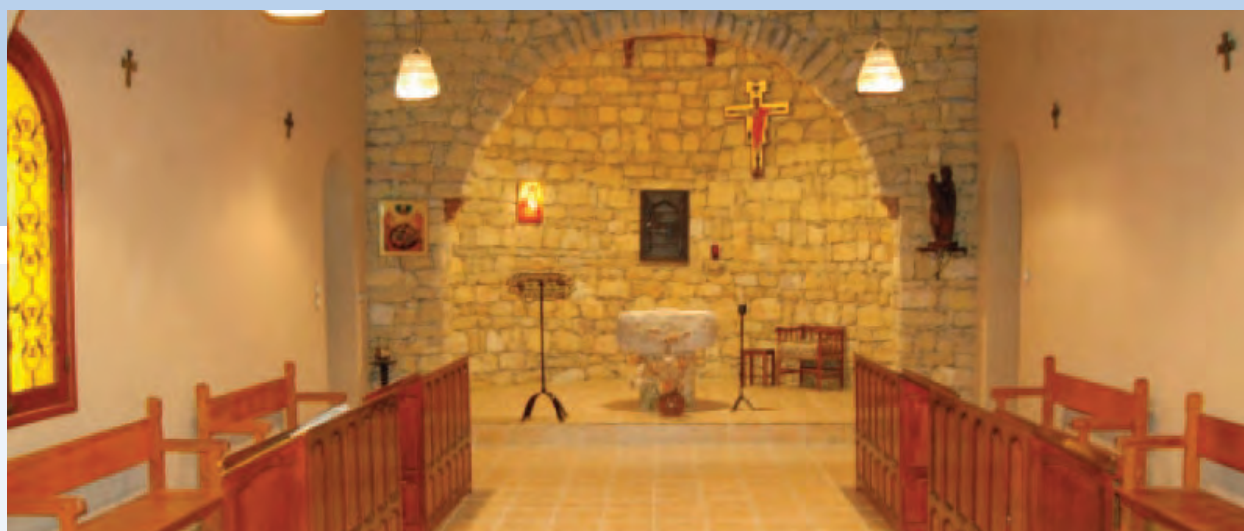
Sí, en nuestros corazones y en nuestras mentes, la esperanza rima con alegría, amor, justicia y paz. Pero al final del año 2025, ¿cómo reconocer y vivir estos principios fundamentales en un mundo donde, en tantos lugares, se han multiplicado los focos



de odio, violencia y guerra sin que parezca vislumbrarse una solución eficaz para su final? Inmenso es el clamor de armas, cohetes, gritos y lágrimas que se eleva al Cielo desde tantos puntos del planeta—en África Central, en Palestina, en Ucrania... ¿De qué esperanza hablamos en medio de tantos y tan profundos parados? Y, sin embargo, la esperanza está intrínsecamente unida a toda la Revelación bíblica, y en particular al mensaje de Jesús en los Evangelios. ¿Cómo vivirla y testimoniarla en el mundo actual?

LA EXPERIENCIA DEL MONASTERIO DE NUESTRA SEÑORA DEL ATLAS EN MARRUECOS

Nuestra Comunidad, presente en Marruecos desde 1988—primero en Fez y, desde el año 2000, aquí en Midelt—prosigue su vida monástica con un doble objetivo: en primer lugar, el compromiso con la verdad y la fidelidad al carisma cisterciense; y, en segundo lugar, la determinación de prolongar el testimonio de nuestros hermanos mártires. Aquí experimentamos la gracia de la esperanza como una “Visitación”: un camino comunitario para encontrarnos con el otro, distinto en la fe, pero hermano y hermana en humanidad. Varios factores han facilitado para nosotros esta experiencia de “Visitación y Encuentro”. La adquisición de la propiedad “Kasbah Myriem”, perteneciente desde 1936 a las Hermanas Franciscanas Misioneras de María, así como la profunda influencia que estas religiosas han ejercido en toda la región, han favorecido la acogida—e incluso la adopción—de la Comunidad por parte de la población musulmana circundante. Además, el arraigado sentido de hospitalidad y la constante preocupación por salvaguardar la paz social en Marruecos han permitido que la comunidad desarrollase rápidamente vínculos de fraternidad y amistad con los habitantes locales. Inspirados por la experiencia de las Hermanas Franciscanas, los monjes aceptaron visitar a las familias musulmanas durante el ayuno del Ramadán. Estas visitas vespertinas, en torno a la mesa familiar para la ruptura del ayuno, constituían no solo



momentos de comprensión mutua, sino también de auténtico intercambio religioso, oportunidades para descubrir aquello que nos une en nuestras dos tradiciones de fe, así como aquello que nos distingue. Con frecuencia estas experiencias han conducido a una mejor comprensión recíproca, a la superación de prejuicios nacidos de la falta de información precisa y, sobre todo, a un profundo respeto y estima mutua.

En 2002, apenas dos años después del traslado de la Comunidad a Midelt, el Padre Jean Pierre Schumacher—uno de los dos supervivientes de Tibhirine—celebró su cincuentenario de sacerdocio. La celebración, organizada en el monasterio para tal ocasión, reunió a una multitud de amigos musulmanes que acudieron para manifestar su afecto y amistad tanto hacia el “Elegido” como hacia toda la comunidad. Cánticos y danzas se prolongaron hasta bien entrada la noche. Desde entonces hasta hoy, la esperanza que vivimos aquí se expresa en el encuentro y en la participación compartida de nuestras alegrías y dolores con la población circundante. Sin pretensión alguna de atraer a nuestra fe a quienes nos rodean y visitan el monasterio, nuestra preocupación es simplemente cultivar la calidad y la autenticidad de nuestra presencia ante los demás. Y esto comienza con el cuidado de nuestras relaciones fraternas y del respeto mutuo dentro de la propia comunidad. Este testimonio inspira confianza en quienes, desde fuera, observan nuestra vida y los anima a entablar relaciones auténticas con nosotros, porque nos ven semejantes a ellos: hombres de oración y buscadores de Dios dentro de una tradición religiosa distinta. Para nosotros, vivir la esperanza en la perspectiva de la “Visitación”, siguiendo el ejemplo de María en el Evangelio de Lucas (capítulo 2), significa ofrecer a los demás una presencia amorosa, humilde y a menudo discreta, cuya autenticidad invita a quienes nos rodean a ir más allá de lo visible y lo inmediato. Se trata de dejar traslucir, con nuestra misma presencia, a Aquel que, en nosotros y entre nosotros, es la Fuente de la verdadera paz y de la fraternidad humana. Nuestra esperanza, aquí y ahora en Midelt, es que puedan multiplicarse oasis de paz en medio de un mundo desgarrado por el odio y la violencia, de modo que el amor y la fraternidad entre los hombres alcancen los confines de la tierra. Una utopía que el “Niño de Belén” nos presenta como realizable.

Esta espiritualidad de la “Visitación” fue vivida ya antes que nosotros por el Padre Christian de Chergé en Tibhirine. Él escribió: «A través del misterio de la Visitación, lo hacemos nuestro para que, mediante nuestra vida, visitando constantemente al otro

en el Islam, Jesús pueda revelarse, cuando y como Él quiera. A nosotros nos basta con estar ahí y llevarlo dentro de nosotros, como María... En otras palabras, nos corresponde ser plenamente discípulos y plenamente monjes».

CONCLUSIÓN

La esperanza cristiana que nos anima es un don de Dios que brota incesantemente del pesebre de la Navidad. Es frágil como un recién nacido, y sin embargo porta la promesa de un mundo según el corazón de Dios; un mundo en el que reinan la justicia, la paz y la fraternidad humana. Son deseos íntimos que llevamos en el corazón en un mundo marcado por la violencia y la injusticia. Nuestra esperanza se vive de manera concreta allí donde Dios nos ha colocado y en las circunstancias específicas de nuestra vida. Se alimenta constantemente de la Palabra de Dios, eficaz y siempre actual. Es una fuerza espiritual y dinámica que nos permite avanzar con constancia y perseverancia en el corazón de un mundo en “dolores de parto”, para emplear la expresión de san Pablo en su carta a los Romanos (8, 22).

La esperanza es tarea y responsabilidad en la medida en que nos pone siempre en camino, ante todo hacia nosotros mismos, porque exige una conversión y una renuncia jamás plenamente acabadas. Es acogida de la Palabra de Dios, que solo desea hacerse carne y sangre en nuestra existencia. Esa esperanza nos compromete a salir al encuentro de los hermanos, a caminar juntos en el diálogo y el respeto mutuo. Nos hace testigos y misioneros de la llegada de un “Mundo Nuevo”, cuyos cimientos se están ya construyendo gracias a nuestra colaboración y a la confianza que depositamos unos en otros. Es un proceso inclusivo que ahuyenta el mal y permite recoger los primeros frutos de la paz y de la alegría allí donde hombres y mujeres se reúnen para servir con amor a sus semejantes. La esperanza de la que hablamos va mucho más allá del mundo presente. Tiene su origen y su plenitud en Dios. Es Él quien establece y hace posible la fraternidad entre todos los hombres, cualesquiera que sean sus diferencias. Demos la última palabra al Padre Christian de Chergé: «Podré mirar a los ojos del Padre para contemplar con Él a sus hijos del Islam, como Él los ve, todos iluminados por la gloria de Cristo, fruto de su Pasión, impregnados del don del Espíritu, cuya alegría secreta será siempre establecer la comunión y restablecer la semejanza, jugando con las diferencias».

Con estas palabras concluye su Testamento.

Padre Germain Mbida Mbida, OCSO

MARRUECOS: MONASTERIO CARMELITA DE LA SAGRADA FAMILIA Y DE SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS, TÁNGER

El ministerio de la intercesión

Veinticinco de diciembre. Son las 8:30 de la mañana. Las campanas repican. Y centenares de niños y adolescentes entran para comenzar un nuevo día de escuela, mientras sus padres se dirigen al trabajo: unos a casa, otros a la oficina, otros a la fábrica... Sí, porque en Tánger el 25 de diciembre es un día como cualquier otro: estamos en Marruecos, un país confesionalmente musulmán, donde los católicos representan solo el 0,1% de la población. Aquí la Navidad adquiere un sabor verdaderamente peculiar: una comunidad cristiana pequeñísima, entre hermanos musulmanes, como levadura en la masa, que celebra el misterio inconcebible de un Dios que se hace uno de nosotros para salvar a todos. Algo parecido, quizá, a aquella Belén de hace más de dos mil años... También nosotras, Carmelitas Descalzas, pequeña comunidad monástica dentro de una Iglesia Católica ya de por sí pequeña, celebramos con una alegría siempre renovada este misterio del Infinito que se hace pequeño por nosotros. Y esta pe-

queñez compartida entre Dios y nosotras nos permite acoger al Niño Jesús con un corazón libre de tantos ruidos y preocupaciones consumistas que en otros lugares han oscurecido el sentido auténtico de la Navidad.

Así, nuestro monasterio se llena de luz y de belenes que llegan de todo el mundo, un poco como nosotras mismas: de Asia, de Europa, de África, de América... Y ante un Niño Jesús "de todos los colores" se hace aún más fuerte y desgarrador el grito de la paz, el clamor de la esperanza de un mundo nuevo que comience... aquí y ahora. A partir de mí y de ti, a partir de nosotros. Como levadura en la masa, decíamos. Porque nuestro ministerio de intercesión no puede vivir sino de esta participación activa en la venida del Reino. Y entonces también nosotras nos ponemos en camino, como los pastores, para adorar al Niño Jesús, que es la única esperanza, la única paz que el mundo aguarda. Y, como los pastores, le ofrecemos nuestra pobreza y le suplicamos: «Señor Jesús, que has querido ser uno de nosotros y vivir con nosotros y por nosotros, haz crecer en nosotras la esperanza:





la esperanza de aprender a amarte como eres, y no como quisiéramos que fueses; la esperanza de aprender a amarte como somos, y no como deseáramos ser; la esperanza de aprender a amar a los hermanos como son, y no como nos gustaría que fuesen. Porque solo de Ti podemos aprender ese amor entregado, indefenso y absoluto que nos muestras en Belén. Solo de Ti podemos tomar la fuerza del Amor humilde que sabe hacer de todos los pueblos una sola familia.

Tú, que eres el Dios de la esperanza, llénanos, al creer, de toda alegría y paz (cf. Rm 15,13), para que podamos decir con nuestra vida a los hermanos, a todos los hermanos, que Tú has querido estar con nosotros para que todos pudiésemos estar Contigo y con el Padre, en el abrazo del Espíritu Santo, para siempre. Amén».

Hna. Maria Virtudes de la Asunción, OCD
Piora



NORUEGA: MONASTERIO DOMINICO DE LUNDEN

El Señor de la luz y de la vida

Navidad. Esperanza. Paz. ¿Queda aún algo por decir acerca de estos tres temas? Durante cientos, sí, miles de años, nos hemos reunido en la noche, cantando la gloria de Dios y la paz en la tierra, para despertarnos al día siguiente y encontrar el mundo todavía lleno de seres humanos —nosotros mismos entre ellos— que buscan su propia gloria, con conflictos y luchas como compañeros constantes en esa búsqueda.

¿Qué mensaje de esperanza aporta la Navidad a un mundo con tanta frecuencia falto de paz? ¿Hay todavía un mensaje de esperanza que proclamar?

¿Cuál es el mensaje de la Navidad? «Hoy os ha nacido un Salvador». «Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y he-

mos contemplado su gloria».

Ha nacido un Salvador. Celebrar el aniversario de un nacimiento es siempre un acto de memoria, de recuerdo; y memoria y esperanza están íntimamente unidas. Los recuerdos de la bondad de Dios hacia nosotros en el pasado alimentan nuestra esperanza para el futuro.

No obstante, la celebración de la Navidad es más que una simple conmemoración de algo sucedido hace mucho tiempo y que puede —o no— tener algo que ver con nosotros hoy. Es el reconocimiento, en la fe, de que así como el nacimiento de un niño transforma para siempre la vida de la familia en la que llega, así también el nacimiento de este Niño concreto, Jesús, ha cambiado para siempre algo en toda la familia humana. Por muy oscura y desesperada que pueda parecer nuestra situación, la Navidad proclama que el Señor de la luz y de la vida se ha





unido de manera tan íntima a la humanidad, que se ha hecho uno de nosotros. Y, por tanto, Él está presente ahí, en medio de todo sufrimiento, en y a través de quienes parecen estar más allá de toda esperanza. El hecho de que Dios envíe su Palabra, su Hijo, al mundo —de hecho, el hecho de que Dios venga al mundo para habitar entre nosotros— es un signo de que no nos ha abandonado. Dios continúa teniendo esperanza para nuestro mundo. La Parusía aplazada no solo da testimonio de la paciencia de Dios, como nos recuerda 2 Pedro 3, sino también de la esperanza divina de que todos lleguen a experimentar la conversión y, en consecuencia, de que nuestro mundo se vuelva cada vez más semejante al Reino.

Conviene recordar que es precisamente cuando las cosas parecen sin esperanza cuando más necesitamos la esperanza. Como dice Romanos 8,24-25: «La esperanza vista no es esperanza: ¿cómo va a esperar uno aquello que ve? Si esperamos lo que no vemos, lo aguardamos con paciencia».

A veces —quizá la mayor parte del tiempo— pedimos a Dios que aumente nuestra esperanza, cuando en realidad lo que queremos es que cambien las circunstancias para no necesitar ya esperar; del mismo modo que cuando pedimos valentía solemos querer, en el fondo, no sentir temor, o cuando solicitamos

fuerza deseamos, en realidad, no ser puestos a prueba.

Ansiar sentirnos seguros, fuertes y satisfechos no es en sí mismo algo malo. De hecho, es perfectamente legítimo pedir a Dios seguridad y felicidad. Sin embargo, en un mundo herido, también necesitamos rogar por las virtudes necesarias para afrontar la vida cuando se vuelve inestable, cuando asusta y cuando no colma nuestras expectativas. Hemos de pedir fuerza, valentía y esperanza: esperanza para sostenernos cuando no vemos el camino, cuando no comprendemos cómo los problemas que afrontamos, individual y colectivamente, podrán hallar solución alguna vez; cuando parece imposible imaginar que pueda llegar la paz sobre la tierra.

Navidad. Esperanza. Paz. Tal vez parte de nuestra misión como cristianos consista en velar para que estas palabras no pierdan su significado. Profundizando cada vez más en el misterio del nacimiento de Cristo; alimentando nuestra visión del mundo con el recuerdo de la bondad de Dios y con la confianza en que Él está siempre presente y será fiel a sus promesas; comprometiéndonos a hacer cuanto esté de nuestra parte para que el Reino de la Paz venga a la tierra como en el cielo.

Hna. Ingeborg-Marie, OP
Priora

NUEVA ZELANDA CARMELO DE CRISTO RE CHRISTCHURCH

La solidaridad alimenta la esperanza

Saludos desde Christchurch, Nueva Zelanda! Fue el día de Navidad de 1814 cuando el Evangelio se predicó por primera vez en tierras neozelandesas. Dos siglos después, podría parecer que esta Buena Nueva no ha tenido el impacto que un anuncio tan extraordinario debería haber suscitado, puesto que la sociedad del país permanece en gran medida indiferente a su mensaje. La Navidad suele verse comercializada y deja en un segundo plano a su figura central, Cristo. Y, sin embargo, sigue siendo un tiempo en el que las familias se reúnen, comparten mesa y se intercambian regalos. Muchas personas continúan acudiendo a la iglesia en Navidad, quizá solo una vez al año. Aquí la fiesta coincide con el verano, la época en la que colegios y empresas celebran sus principales vacaciones. En diciembre, las tiendas se llenan de adornos y de artículos pensados para la compra impulsiva. Pero, terminado el día, comienzan las rebajas de San Esteban y la Navidad queda atrás.

No ocurre así en el Carmelo. Durante las semanas de Adviento nos hemos preparado en silencio para esta gran solemnidad, cantando «Oh ven, oh ven, Emmanuel» y disponiendo de nuevo

nuestros corazones para la llegada del Niño de Belén.

Queremos compartir un breve destello de las celebraciones navideñas en nuestro Carmelo, centradas en dos grandes procesiones que casi enmarcan la Octava. Tras las Primeras Vísperas de la Natividad, la priora porta una imagen de la Virgen y la vicaria sostiene una de san José; la comunidad recorre el monasterio entonando villancicos. Cada celda se prepara para acoger a estos huéspedes que hace más de dos mil años no encontraron posada. La penúltima parada de esta procesión es el Oratorio del Noviciado, donde se expone un belén muy sencillo, pero especialmente querido.

Durante la Segunda Guerra Mundial, nuestras madres fundadoras, conscientes de la difícil situación de los Carmelos europeos, enviaron paquetes de alimentos a varios monasterios de Francia. El sacerdote encargado entonces de nuestras finanzas se sorprendió de aquella generosidad, pues nuestras cuentas estaban en números rojos. Aun así, nuestras hermanas perseveraron, plenamente conscientes de la urgencia. Al final de la guerra, uno de aquellos Carmelos franceses nos envió un regalo: un conjunto de figuritas de cera de María, José y Jesús. En la carta que lo acompañaba explicaban que la leche en polvo neozelandesa





que habían recibido había permitido sobrevivir a las hermanas enfermas y ancianas durante los años más duros. Ese belén es hoy un recordatorio conmovedor de la guerra, de la paz futura y de la esperanza; y, al recordarlo décadas después, comprendemos cómo la esperanza perdura incluso cuando falta la paz. En la noche de la Vigilia de Navidad, nuestra Capilla celebra la Misa del gallo con una nutrida asamblea de fieles procedentes de muchas naciones. Después, nos dirigimos en procesión a otro belén, oculto tras las puertas de nuestro claustro durante gran parte del año. Su contemplación sorprende siempre a quienes lo ven por primera vez. Es entonces cuando comienza de verdad nuestro tiempo de Navidad, que llenamos con momentos festivos a lo largo de toda la temporada: disfrutamos de picnics al aire libre cuando el clima lo permite y nos reunimos varias veces para cantar villancicos antes de la cena.

Casi al final de la Octava celebramos la otra gran procesión navideña, que también conserva un eco del Carmelo europeo. En 1957, nuestra hermana Teresa —hoy de 96 años— escribió al Carmelo de San José en Ávila para preguntar si todavía era posible encontrar en España imágenes de madera semejantes a las que amaba y veneraba Nuestra Santa Madre Teresa. Le respondieron que ya no se fabricaban desde hacía años, pero se sintieron llamadas a enviarnos su «Niño Andariego», una talla de madera del Niño Jesús —el «Pequeño Caminante»— que había permanecido durante siglos en el eremitorio de san Agustín, construido en su jardín por la propia Santa Teresa. Una de las hermanas escribió un poema para acompañar la imagen, poniéndola en boca del Niño: «Orad para que mi reino se extienda y conduzca a todas las almas a la felicidad eterna en ese reino que no tiene fin... Por eso Teresa os ha encontrado». Este Pequeño Caminante viajó miles de kilómetros hasta Christchurch y hoy se conserva en nuestra sala de recreación. Cada Año Nuevo viste sus galas navideñas y porta una pequeña bolsa con una soberana de oro. Recorre el monasterio para bendecir cel-



das y oficinas, asegurándose de que nuestras necesidades queden cubiertas para el año entrante.

Estas sencillas procesiones y ceremonias mantienen vivos los recuerdos de décadas de historia, tanto en tiempos de paz como en momentos turbulentos. Arrodillarse ante cada belén nos llena de esperanza renovada y nos recuerda cómo una escena aparentemente ordinaria puede iluminar al mundo. Mientras concluimos este Año Jubilar de la Esperanza, meditamos sobre las gracias recibidas y miramos con confianza lo que el Señor nos depare.

Aunque estamos geográficamente lejos de Roma —¡18.388 kilómetros!— nos sentimos espiritualmente muy unidas. Mientras trabajamos para construir por fin la capilla permanente que nuestras primeras hermanas no pudieron costear, esperamos instalar en el santuario una réplica de la vidriera del Espíritu Santo de San Pedro. Será un signo de nuestra cercanía a la Santa Sede y de nuestro deseo de que el Espíritu renueve continuamente nuestro Carmelo, nuestra Iglesia, nuestro país y el mundo. Podéis visitar nuestro sitio web: www.christchurchcarmel.org.nz.

Que Dios bendiga abundantemente a cada uno de vosotros en esta Navidad.

Sr. Cushla de María Inmaculada, OCD
Priora



PORTUGAL: MONASTERIO DE CRISTO REDENTOR AVEIRO

Con María, peregrinas de la Esperanza, hacia la Navidad del Señor

Himno a la Esperanza

«Justificados, pues, por la fe, estamos en paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo. Por él hemos obtenido, mediante la fe, el acceso a esta gracia en la que nos mantenemos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios.

Más aún, nos gloriamos también en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación engendra paciencia; la paciencia, virtud probada; y la virtud probada, esperanza. Y la esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado.» (Rm 5,1-5) He comprendido el lugar que ocupa la esperanza en mi vida mientras me preparaba para vivir este jubileo como peregrina de la esperanza, realizando mi peregrinación espiritual con María, en la clausura del Carmelo. Comencé poniéndome ante la gran esperanza de María y mi propia gran esperanza.

La gran espera de María es la esperanza de su pueblo: la venida del Mesías. María espera la llegada del Mesías.

Mi gran esperanza es la esperanza de mi vocación, es decir, la unión con Dios. En el Evangelio de san Lucas encontramos tres pasajes que nos revelan cómo vivió María la espera del Mesías.

«Alégrate, María, llena de gracia, el Señor está contigo.»

1. Ante este saludo, María se turba y se pregunta qué puede significar. Ese “preguntarse” significa reflexionar:

«María reflexionaba sobre el sentido de aquel saludo» (Lc 1,29).

Reflexionar implica dialogar: María entra en diálogo con la Palabra. Desarrolla un diálogo interior con la Palabra que le ha sido dirigida, se vuelve hacia ella y deja que esa misma Palabra se vuelva hacia su corazón, para descubrir su significado.

«María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón» (Lc 2,19).

2. La visita de los pastores a la gruta de Belén.

Este guardar en el corazón, este meditar, este recordar todo lo que le había sido dicho, nos recuerda la función del Espíritu Santo en el Evangelio de San Juan:

«Él os recordará todo lo que os he dicho y os guiará hasta la verdad plena» (Jn 16,13).

María ve en los acontecimientos, en las “palabras”, hechos llenos de significado, porque proceden de la voluntad de Dios, que da sentido a todo. María traduce los acontecimientos en Palabra, penetrando en ella y acogéndola en su corazón, en el espacio interior de la comprensión, donde sentido y espíritu, inteligencia y sentimiento, contemplación interior y exterior se entrelazan. Lo que sucede fuera adquiere en el corazón un lugar de permanencia, y así puede ir revelando gradualmente su profundidad, sin que el recuerdo del acontecimiento se borre. «Pero ellos no comprendieron lo que les decía» (Lc 2,50).

3. El encuentro de Jesús en el templo entre los doctores de la Ley.

La actitud de María nos muestra que, incluso para quienes creen y están abiertos a Dios, sus palabras no son siempre comprensibles de inmediato. María no entiende a su Hijo, pero guarda la



Palabra en su corazón. Ama la Palabra de Dios, la lleva dentro, la medita día y noche, y está penetrada y vivificada por ella. María permanece en la Palabra, y en ella se cumple lo que dice Jesús en el Evangelio de san Juan:

«Quien permanece en mí y yo en él, da mucho fruto» (Jn 15,5). Esa permanencia no es estática. Es echar raíces para resistir al torrente cada vez más fuerte y, en tiempos de sequía, no agitarse, sino mantenerse verde y dar fruto, como proclama el profeta Jeremías (Jer 17,7-8). En María habita la verdadera grandeza y la profunda sencillez de la esperanza. La esperanza consiste en una relación permanente con Dios, de modo que la persona se abra cada vez más a Él, hasta que esa relación adquiera el carácter de una unión esponsal y maternal.

En una contemplativa

La vocación está sostenida por una promesa: la de la unión con Dios, y hacia ella deben orientarse todas las obras de una persona consagrada. Es a través de la unión con Dios como se colabora: en la renovación de la Iglesia, en la salvación de los hermanos, en la construcción de un mundo de paz y fraternidad, convirtiéndonos en presencia de Dios para muchos. Porque todos nuestros esfuerzos, trabajos, sacrificios, renunciaciones y oraciones tienden a la unión con Dios, todo adquiere sentido.

Dios desea vivir en nosotros esa unión: Él ya ha hecho todo por su parte; ahora falta la nuestra. Nuestro esfuerzo, nuestro trabajo, nuestra oración jamás serán vanos, porque la esperanza no defrauda ni engaña, y porque «el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado» (Rm 5,5).

En tiempos de “desesperanza”, ¿qué puede comunicar una contemplativa?

Lo mismo que el ángel Gabriel comunicó a María en Nazaret, ser mensajera de esperanza. Anunciar a la humanidad y al mundo el tiempo nuevo que nos ha sido dado y que llega en la Navidad de nuestro Salvador. El anuncio del ángel a María —«Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo» (Lc 1,28)— es el mismo anuncio que san Pablo hace en su carta a los Romanos: un anuncio de esperanza expresado con otras palabras, dirigidas concretamente a ellos, pero que encierran exactamente el mismo mensaje.

A María, el ángel le dice:

«Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo» (Lc 1,28).

A los Romanos, Pablo escribe:

«Justificados por la fe, estamos en paz con Dios por medio de Cristo Jesús, nuestro Salvador» (Rm 5,1-5).

Veamos:

«Justificados por la fe, estamos en paz con Dios» (Rm 5,2).

Este es el mayor llamamiento a la alegría que Pablo podía proclamar. Es una invitación que brota del costado abierto del Resucitado, porque Él nos justifica y nos otorga la paz con Dios. La justificación produce la paz, y la paz con Dios tiene como fruto la alegría. Alégrate es, por tanto, el primer anuncio.

Pablo continúa diciendo:

«Por medio de él hemos obtenido, mediante la fe, el acceso a esta gracia en la que nos mantenemos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. Más aún, nos gloriamos también en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación engendra paciencia; la paciencia, constancia; y la constancia, esperanza» (Rm 5,2-

4). Pablo nos presenta la plenitud de la gracia en la que estamos llamados a vivir: una gracia que, en su dinamismo, engendra esperanza. Aquí encontramos un verdadero dinamismo espiritual para cultivar la esperanza: una esperanza probada, firme, colmada de gracia.

Y finalmente:

«La esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado» (Rm 5,5).

Es exactamente el mismo anuncio hecho a María: «El Señor está contigo». El Señor está con nosotros por el amor derramado en nuestros corazones y por el Espíritu Santo que nos ha sido dado.

Toda contemplativa, peregrina de la esperanza, con María, puede anunciar al mundo:

Alégrate,
quienquiera que seas,
porque Dios ha decidido cubrirte con su gracia
y permanecer para siempre contigo,
porque su amor ha sido derramado en tu corazón
por medio del Espíritu Santo que te ha sido dado.

Alégrate,
porque la esperanza nunca desfallece ni engaña,
y Dios te ha dado pies de esperanza
para volar hasta Él.

Alégrate, humanidad herida por el pecado,
porque Dios desciende a la tierra,
en la fragilidad de un Niño,
para encontrarse contigo.

Alégrate, humanidad llena de gracia,
porque el Señor está contigo.

Alégrate,
porque hoy te ha nacido un Salvador,
y desde lo alto de los cielos
Dios ha dicho de nuevo:
«Tú eres mi Hijo, hoy te he engendrado».
El hoy de Dios es y será siempre
la fuente de esperanza de la humanidad.

Alégrate, humanidad peregrina de la esperanza.

Las Carmelitas Descalzas del Carmelo de Cristo Redentor



PORTUGAL

MONASTERIO DEL CARMELO

COIMBRA

Navidad: una esperanza perenne
«Dios reina únicamente en un alma pacífica y libre». (San Juan de la Cruz, Precetto 70)

Cuando, desde todos los rincones del mundo, nos llegan noticias de guerras, masacres y conflictos de diversa índole, casi olvidamos el tiempo litúrgico que se acerca.

Y nosotras, Carmelitas Descalzas, no estamos inmunes a la tentación de la angustia y del desaliento ante la época que nos ha sido dada para vivir.

Pero Dios, que conoce nuestra fragilidad y lo limitado de nuestra mirada, al llamarnos a su «jardín», ha dispuesto para nosotras maestros que enseñan a caminar con paso seguro en la noche, recordándonos a cada paso que, tras la oscuridad más densa, el sol sigue brillando.

La carmelita sabe que avanza en la pobreza de la noche, iluminada tan solo por la fe y la caridad, pero sostenida por la mano de la Madre de la Esperanza. Por eso sabe —y experimenta— que la esperanza es, esencialmente, espera. Comprende que los ritmos de Dios no se ajustan a la inmediatez a la que el desarrollo tecno-

lógico nos ha acostumbrado; que, en el ascenso hacia Él, es imprescindible aprender a aguardar.

A la luz de las enseñanzas de nuestros santos, creemos que medir la esperanza que el misterio de la Navidad ofrece desde las turbulencias del mundo presente es reflejo de nuestra tendencia humana a reducir a Dios a nuestros estrechos límites.

Cuando, hace más de dos mil años, el Verbo se hizo carne, respondió a los grandes anhelos que latían en el corazón humano. Lo sucedido en la humilde cueva de Belén fue la respuesta divina por excelencia a la esperanza del hombre. No se intimidó ante nuestra pobreza, ni ante nuestra división interior: quiso asumirla para transformarla.

A la vez, es propio del ser humano proyectar fuera de sí el clima de combate que cada uno libra, en el fondo de su alma.

Y así, mientras nuestros corazones se duelen —con razón— por los conflictos que hoy engendran nuevos «santos inocentes», evitamos afrontar la batalla entre el bien y el mal que se libra dentro de nosotros; fingimos no percibir la sombra de nuestro pecado; dejamos que el hombre viejo siga dominando nuestros actos.

Surgen entonces dos preguntas decisivas: ¿Qué es un mundo sin



© Carmelo de Coimbra | Branca Paúl

paz? ¿Está en paz mi mundo interior?

Santa Teresa de Jesús descubrió en su interior un castillo con siete moradas, en cuya última reside el Rey. Para alcanzar esa estancia suprema, «donde acontecen las cosas más secretas entre Dios y el alma», es preciso emprender un camino interior de autoconocimiento, de reconocimiento de las impurezas que infestan ese espacio, y de arduo trabajo para purificarlo.

Entre nosotras, la Venerable Sor Lucía de Jesús es un ejemplo perfecto de cómo, entrando con «determinada determinación» en esa labor de «abrir camino», es posible poseer paz en un mundo sin paz y acoger así el mensaje de esperanza de la Navidad: el Príncipe de la Paz, que desea reinar en nosotros.

Conviene recordar que Sor Lucía — conocida universalmente como la «Pastorcita de Fátima» — vivió casi un siglo y atravesó dos guerras mundiales, la guerra civil española, el conflicto colonial portugués e incluso el surgimiento del terrorismo a comienzos del nuevo milenio.

Vivió, pues, en un mundo exterior sin paz, pero alcanzó la paz íntima tan anhelada, siguiendo las huellas de Santa Teresa y guiada de cerca por la Madre de la Esperanza, la Reina de la Paz. En *Vivir a la luz de Dios*, el padre François-Marie Léthel, OCD, muestra cómo fue una «esperanza enteramente orientada hacia su Señor» la que sostuvo a esta carmelita en el camino de su purificación, hasta alcanzar la paz del corazón largamente deseada. La carmelita siembra la esperanza a lo largo de toda su vida y florece finalmente en el abandono confiado en los brazos de Dios.

En 1999 escribía en su *Diario*: «Deseo que mi vida sea un camino fiel y constante hacia el encuentro eterno con el Señor, y que, bajo la protección materna de la Virgen, se me conceda la gracia de ser para siempre la niña acunada en los brazos del Padre Celestial».

Así lo confirma también nuestra priora en la nota biográfica publicada tras su muerte: «Sí, totalmente despojada —incluso de su voluntad!..., la Niña permaneció en manos de Dios, abandonada a su querer...».

Hija de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz, fue el camino de la Noche hacia el centro más profundo del alma lo que purificó



© Carmelo de Coimbra

los deseos de Sor Lucía y la enseñó a esperar la paz solo de Aquel que puede concederla.

Así, ante las tensiones políticas de su tiempo, Lucía se entregaba siempre a Dios y a la Virgen.

El 25 de abril de 1974, durante el golpe militar en Portugal, escribía en su *Diario*:

«Llegó la noticia de que la situación política se había complicado hasta el punto de que los dirigentes de la nación habían entregado sus cargos al ejército. Estamos en manos de Dios. En Él confiamos y en la protección de la Virgen. —¡Ave María!».

Las hermanas que convivieron con ella recuerdan que, cuando en recreación alguna mostraba inquietud por los problemas del mundo, Sor Lucía permanecía serenamente anclada en Aquel en quien depositaba su esperanza, y respondía con gracia:

«¡Dios gobierna el mundo desde hace mucho tiempo!».

Pidamos, pues, la intercesión de esta mujer de paz, desarmada y desarmante —como hoy nos invita a ser el Papa León XIV— para que estemos dispuestos a acoger el más hondo mensaje de esperanza que ofrece la Navidad: el Príncipe de la Paz, a quien «María da a luz como Camino en la noche de la historia».

Hna. Susana Maria, OCD

PORTUGAL : CARMELO DE SAN JOSÉ, FATIMA



Somos una comunidad internacional de diez hermanas procedentes de siete países distintos. Nuestro estilo de vida sigue el de todas las monjas dominicas contemplativas de clausura: una vida de oración, tanto litúrgica como personal; de vida común según la Regla de San Agustín y nuestras Constituciones; de libertad vivida en los votos de Obediencia, Pobreza y Castidad; de estudio de la Palabra Sagrada; y de trabajo, con tareas asignadas a cada hermana.

Aquí, bajo la mirada celestial de Nuestra Señora del Rosario de Fátima, somos plenamente conscientes de la relación entre nuestro carisma dominicano y las llamadas de la Madre de Dios en Fátima. Santo Domingo fundó la Orden para la predicación de la Verdad, del Evangelio, para la gloria de Dios y la salvación de las almas. Desde los inicios, el Santo Rosario pasó a ser parte integrante de la Orden como método de oración, contemplación, intercesión y evangelización.

Fue en el verano de 1217, el 15 de agosto, cuando Santo Domingo envió a sus primeros frailes predicadores de dos en dos desde el sur

de Francia. Entre ellos había dos que llegaron a Portugal. Siete siglos más tarde, en el verano de 1917, la Santísima Virgen descendió del Cielo y pronunció un Mensaje enraizado en el Evangelio, invitando insistentemente a la oración cotidiana del Rosario por la paz. A lo largo de esos siglos, el Evangelio y el Santo Rosario habían sido predicados por todo el país, a ricos y pobres, por los frailes Predicadores. El mensaje de la Virgen, como el de Santo Domingo, era urgente y convocaba a todos a asistir a los pobres pecadores en su camino hacia la salvación eterna.

«Misioneras del Ave»

El 16 de junio de 1954, el Monasterio Pío XII abrió sus puertas en Fátima, Portugal. Las Monjas Dominicas del Rosario Perpetuo —las «Misioneras del Ave»— habían sido invitadas a fundar en Fátima por el dominico franco-canadiense Padre Pius-Marie Guadrault, O.P. Había sido enviado para restaurar la antigua Provincia Portuguesa después de la revolución de 1910, cuando todos los religiosos fueron expulsados del país. Como antes hiciera Santo Domingo, invitó a las monjas a unirse en oración y sacrificio por el buen éxito de esta misión.

Como monjas del Rosario Perpetuo, la oración del Rosario es incesante aquí, durante la Hora de Guardia del Rosario. Muy próximas al Inmaculado Corazón de María, «el alma de Fátima», percibimos el latido de la Iglesia mientras oramos y ofrecemos hospitalidad a los numerosos peregrinos que llegan de todo el mundo.

Ahora, junto con toda la Iglesia, hemos llegado a la conclusión de este Año Jubilar de la Esperanza. Su clausura representa un nuevo comienzo para nuestro camino como Peregrinas de la Esperanza. Tenemos una misión, que nace en primer lugar de nuestro Bautismo y también del recordado Papa Francisco: ser portadoras de esperanza a lo largo de todo el camino, sostenidas por las gracias de este año jubilar. Avanzar, rezando lo más frecuentemente posible el Rosario de la Esperanza por la conversión de los corazones y por la paz, como pidió la Virgen, y multiplicando nuestros actos de caridad.

«Id a los pobres», como nos exhortaba el Papa Pío XI. «En modo particular —escribió— recordamos a los sacerdotes la exhortación de Nuestro Predecesor León XIII, tantas veces repetida, de ir al obrero; exhortación que Nosotros hacemos nuestra y completamos: “Id al obrero, especialmente al obrero pobre, y en general, id a los pobres”, siguiendo así las enseñanzas de Jesús y de su Iglesia» (Divini Redemptoris sobre el comunismo ateo, 19 de marzo de 1937, n. 61).

Y hoy el Papa León XIV repite con fuerza este fundamental llamamiento cristiano: «Estoy convencido de que la opción prioritaria por los pobres genera una renovación extraordinaria tanto en la Iglesia como en la sociedad, cuando somos capaces de liberarnos de la autorreferencialidad y logramos escuchar su clamor». (Exhortación Apostólica Dilexi te, 4 de octubre de 2025, n. 7)

Sea en las mansiones de los ricos o en las tiendas de campaña de quienes no tienen hogar, Cristo es nuestra Luz, nuestra esperanza y nuestra salvación. Rogamos para que todos puedan realmente “abrir los oídos al clamor de los pobres”, como hicieron San Pier Giorgio Frassati, O.P., San Carlo Acutis y San Bartolo Longo, O.P. Desde el Año Jubilar caminamos como Peregrinas de la Esperanza, compartiendo con cuantos encontramos nuestra Esperanza, que es Cristo.

Desde Fátima, en la Tierra de Santa María, enviamos a todos nuestros mejores y más fervientes deseos de Navidad. En un mundo en el que la paz es tan frágil o incluso ausente, cabe



preguntarse: ¿qué mensaje de Esperanza ofrece la Navidad? Cristo es nuestra Esperanza y nuestra Paz.

Haya paz o haya guerra en el mundo, necesitamos la Navidad. Donde hay paz —en las familias, en las comunidades, en los países— necesitamos la venida de Jesús, Príncipe de la Paz, para ayudarnos a conservarla; pues sin Él no podemos hacerlo. Donde no hay paz, donde los conflictos persisten y las bombas rompen el silencio y la serenidad de nuestras vidas, necesitamos la venida de Jesús para ayudarnos a forjar la paz, primero en nuestros corazones y luego, así lo rogamos, con nuestro prójimo e incluso con nuestro enemigo.

En nuestro claustro no nos intercambiamos regalos de Navidad. No es necesario. CRISTO es el DON, y es Él a quien recibimos y compartimos con nuestras hermanas, con la Iglesia y con el mundo entero.

Las Monjas Dominicas del Rosario Perpetuo

PORTUGAL: MONASTERIO DOMINICO DEL ROSARIO PERPETUO FÁTIMA

«Misioneras del Ave»

El 16 de junio de 1954, el Monasterio Pío XII abrió sus puertas en Fátima, Portugal. Las Monjas Dominicanas del Rosario Perpetuo —las «Misioneras del Ave»— habían sido invitadas a fundar en Fátima por el dominico franco-canadiense Padre Pius-Marie Guadrault, O.P. Había sido enviado para restaurar la antigua Provincia Portuguesa después de la revolución de 1910, cuando todos los religiosos fueron expulsados del país. Como antes hiciera Santo Domingo, invitó a las monjas a unirse en oración y sacrificio por el buen éxito de esta misión.

Somos una comunidad internacional de diez hermanas procedentes de siete países distintos. Nuestro estilo de vida sigue el de todas las monjas dominicas contemplativas de clausura: una vida de oración, tanto litúrgica como personal; de vida común según la Regla de San Agustín y nuestras Constituciones; de libertad vivida en los votos de Obediencia, Pobreza y Castidad; de estudio de la Palabra Sagrada; y de trabajo, con tareas asignadas a cada hermana.

Aquí, bajo la mirada celestial de Nuestra Señora del Rosario de Fátima, somos plenamente conscientes de la relación entre nuestro carisma dominicano y las llamadas de la Madre de Dios en Fátima. Santo Domingo fundó la Orden para la predicación de la Verdad, del Evangelio, para la gloria de Dios y la salvación de las almas. Desde los inicios, el Santo Rosario pasó a ser parte integrante de la Orden como método de oración, contemplación, intercesión y evangelización.

Fue en el verano de 1217, el 15 de agosto, cuando Santo Domingo envió a sus primeros frailes predicadores de dos en dos desde el sur de Francia. Entre ellos había dos que llegaron a Portugal. Siete siglos más tarde, en el verano de

1917, la Santísima Virgen descendió del Cielo y pronunció un Mensaje enraizado en el Evangelio, invitando insistentemente a la oración cotidiana del Rosario por la paz. A lo largo de esos siglos, el Evangelio y el Santo Rosario habían sido predicados por todo el país, a ricos y pobres, por los frailes Predicadores. El mensaje de la Virgen, como el de Santo Domingo, era urgente y convocaba a todos a asistir a los pobres pecadores en su camino hacia la salvación eterna.

Como monjas del Rosario Perpetuo, la oración del Rosario es incesante aquí, durante la Hora de Guardia del Rosario. Muy próximas al Inmaculado Corazón de María, «el alma de Fátima»,





percibimos el latido de la Iglesia mientras oramos y ofrecemos hospitalidad a los numerosos peregrinos que llegan de todo el mundo.

Ahora, junto con toda la Iglesia, hemos llegado a la conclusión de este Año Jubilar de la Esperanza. Su clausura representa un nuevo comienzo para nuestro camino como Peregrinas de la Esperanza. Tenemos una misión, que nace en primer lugar de nuestro Bautismo y también del recordado Papa Francisco: ser portadoras de esperanza a lo largo de todo el camino, sostenidas por las gracias de este año jubilar. Avanzar, rezando lo más frecuentemente posible el Rosario de la Esperanza por la conversión de los corazones y por la paz, como pidió la Virgen, y multiplicando nuestros actos de caridad.

«Id a los pobres», como nos exhortaba el Papa Pío XI. «En modo particular —escribió— recordamos a los sacerdotes la exhortación de Nuestro Predecesor León XIII, tantas veces repetida, de ir al obrero; exhortación que Nosotros hacemos nuestra y completamos: “Id al obrero, especialmente al obrero pobre, y en ge-

neral, id a los pobres”, siguiendo así las enseñanzas de Jesús y de su Iglesia» (Divini Redemptoris sobre el comunismo ateo, 19 de marzo de 1937, n. 61).

Y hoy el Papa León XIV repite con fuerza este fundamental llamamiento cristiano: «Estoy convencido de que la opción prioritaria por los pobres genera una renovación extraordinaria tanto en la Iglesia como en la sociedad, cuando somos capaces de liberarnos de la autorreferencialidad y logramos escuchar su clamor». (Exhortación Apostólica Dilexi te, 4 de octubre de 2025, n. 7)

Sea en las mansiones de los ricos o en las tiendas de campaña de quienes no tienen hogar, Cristo es nuestra Luz, nuestra esperanza y nuestra salvación. Rogamos para que todos puedan realmente “abrir los oídos al clamor de los pobres”, como hicieron San Pier Giorgio Frassati, O.P., San Carlo Acutis y San Bartolo Longo, O.P. Desde el Año Jubilar caminamos como Peregrinas de la Esperanza, compartiendo con cuantos encontramos nuestra Esperanza, que es Cristo.

Desde Fátima, en la Tierra de Santa María, enviamos a todos nuestros mejores y más fervientes deseos de Navidad. En un mundo en el que la paz es tan frágil o incluso ausente, cabe preguntarse:

¿qué mensaje de Esperanza ofrece la Navidad? Cristo es nuestra Esperanza y nuestra Paz.

Haya paz o haya guerra en el mundo, necesitamos la Navidad. Donde hay paz —en las familias, en las comunidades, en los países— necesitamos la venida de Jesús, Príncipe de la Paz, para ayudarnos a conservarla; pues sin Él no podemos hacerlo. Donde no hay paz, donde los conflictos persisten y las bombas rompen el silencio y la serenidad de nuestras vidas, necesitamos la venida de Jesús para ayudarnos a forjar la paz, primero en nuestros corazones y luego, así lo rogamus, con nuestro prójimo e incluso con nuestro enemigo.

En nuestro claustro no nos intercambiamos regalos de Navidad. No es necesario. CRISTO es el DON, y es Él a quien recibimos y compartimos con nuestras hermanas, con la Iglesia y con el mundo entero.

Las Monjas Dominicanas del Rosario Perpetuo

PAÍSES BAJOS: ABADÍA DE MONTE SAN BENEDICTO VAALS



Parteras del Nacimiento divino: conocer la esperanza

La iglesia de la abadía es sobria. El monje-arquitecto se inspiró hondamente en la tradición mística apofática de Pseudo-Dionisio y san Gregorio de Nisa. No hay imágenes, salvo tres iconos pintados en fidelidad a la filosofía arquitectónica del lugar. El centro es el altar. Sobre él se alza un único crucifijo. Los demás crucifijos de la casa carecen de la figura del Cristo. El espacio en el que vivimos nuestra vida monástica encarna las palabras de la Carta a los Hebreos: «La fe es garantía de lo que se espera; la prueba de lo que no se ve». La esperanza se refiere a lo que no vemos. Como dice san Pablo en su primera carta a los Corintios: «Ni ojo vio, ni oído oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios ha preparado para quienes le aman». La esperanza de la fe no es algo pueril o ingenuo. No es una lista de deseos cumplidos, ni un sueño consolador, ni un «todo acabará bien» sin más. Nuestra vida cotidiana —en su realidad arquitectónica, monástica y humana— quiere desafiarlos a abandonar expectativas. La esperanza crece allí donde nuestros pensamientos, deseos y acciones son quietados.

Así debió preguntarse la Madre de Dios —que bajo este título preciosísimo es patrona de nuestra iglesia— cuando el ángel la visitó con palabras tan incomprensibles: «Concebirás y darás a

luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Será grande y será llamado Hijo del Altísimo. El Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob por los siglos, y su reino no tendrá fin». Ella no veía, pero respondió con esperanza: hágase en mí según tu palabra. Y así también cuando vio a su Hijo, el Hijo del Altísimo, reposar en su regazo, recién bajado de la cruz. Ella no veía, pero conocía la esperanza. Para nosotros, contemplativos, es modelo de paciencia, de vigilia hasta el día en que, según las palabras de Juliana de Norwich, «todo irá bien». Una libre versión de un poema de san Juan de la Cruz expresa admirablemente el sentido íntimo de nuestra celebración de la Navidad:

Sí quieres,

la Virgen vendrá caminando por el camino,
encinta del Niño, y dirá:

«Necesito un refugio para la noche;
te ruego, acógeme en tu corazón,
mi hora está tan cerca».

Entonces, bajo el techo de tu alma,
serás testigo de la sublime intimidad, del divino, del Cristo
que nace para siempre,
mientras Ella te toma la mano en busca de ayuda, pues cada
uno de nosotros



es comadrona de Dios, cada uno de nosotros.

La iglesia desnuda se adorna con flores y dos velos. De noche, las estrellas brillan a través de las numerosas ventanas que nos rodean, uniendo nuestro espacio interior con el universo que todo lo abarca. Mientras celebramos la Eucaristía, la luz que entra por esas ventanas nos envuelve. Durante las largas vigiliass y en la misa de medianoche nos sentimos como en una gruta, despertados en la noche por el fuego. El fuego de la oración, del canto sagrado, de la adoración. El misterio es inefable: Dios se hace uno de nosotros. Las melodías gregorianas intemporales, las lecturas que proclaman las promesas recibidas de Dios, y — en la fe renovada de generaciones incontables— la intensidad mística de la Eucaristía hacen verdaderamente presente para nosotros la impensable encarnación del Hijo de Dios: el hecho redentor de la humildad extrema, concebida sólo por la omnipotencia; la alegría inefable de nosotros, hijos e hijas tan amados por el Padre. Esperamos porque no vemos. Lo que vemos es nuestro mundo quebrado, nacido de corazones tan atribulados. Corazones que se sienten abandonados, no amados, no vistos. Fantasías desbordadas, movidas por la voluntad de poder, la desmesura del deseo y una blasfema pretensión de dominio sobre la muerte: sólo engendran desesperación, sueños vanos, orgullo humano lamentable. El mundo sin Dios que reconocemos en tantos sucesos terribles de este año, cercanos y lejanos. Y, sin embargo, adoramos al humilde Niño de Belén. Su humildad sana y purifica nuestros corazones atormentados. Somos vistos. Vistos desde dentro.

Si tenemos el valor de compartir su humildad, nos convertimos nosotros mismos en comadronas de la esperanza, de Dios que es nuestra realidad más íntima. Nuestro pequeño grupo de hermanos, en su mayoría ancianos, vela en la noche. Cada noche. Algunos dicen que los monjes son los guardianes de la noche, llamados a servir a la Iglesia aguardando ardientemente la aurora

del Día sin ocaso, que será el cumplimiento de todas las esperanzas. Tal vez. Pero ciertamente estamos unidos a vosotros al celebrar el nacimiento de nuestro Redentor. Conocemos la esperanza, compartimos la esperanza y así, con la ayuda de Dios, podemos ser comadronas de la esperanza. Basta con mirar con asombro, alegría y gratitud a cada ser humano —hermana, hermano— reflejando la mirada eternamente amorosa del Cristo recién nacido.

¿Qué más necesitamos para gustar una alegría verdadera en un mundo que no anhela otra cosa?

¡Feliz Navidad!

fray Matthieu Wagemaker, OSB
Abad



SAMOA:

MONASTERIO CARMELITA DE SAN JOSÉ

APIA



La esperanza de la Navidad en un mundo sin paz

En un mundo con frecuencia desgarrado por divisiones, conflictos y sufrimiento, el mensaje de la Navidad llega no como un mero consuelo pasajero, sino como una esperanza profunda y

perdurable. Es la proclamación de que Dios está con nosotros, no en una majestad distante, sino en la forma frágil de un Niño nacido en la pobreza, acogido por pastores y recostado en un pesebre. Estamos llamados a compartir esta esperanza mediante el perdón, la bondad, la humildad y el amor. Como nos recuerda Santa Teresa de Lisieux, la esperanza no se apoya en nuestros méritos, sino en la infinita misericordia de Dios. Es la confianza de que Él puede transformar nuestra pequeñez en grandeza a través de la “Pequeña Vía” de los gestos sencillos y amorosos. Antes de la Navidad llega el Tiempo de Adviento, un tiempo de reflexión sobre el misterio de la Encarnación. Esperamos el cumplimiento de la promesa pronunciada por primera vez en Génesis 3,15, el Protoevangelio: «Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu linaje y su linaje; este linaje te aplastará la cabeza y tú le herirás el talón». En la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo unigénito para redimirnos del pecado y de la muerte. «Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo unigénito...» (Jn 3,16). El nacimiento de Jesús es la realización de esta promesa, luz que brilla en las tinieblas.

En nuestro país, Samoa, la Navidad es un tiempo de alegría y

celebración. Con el comienzo del Adviento, casas e iglesias se engalanan con flores y luces navideñas. Los autobuses resuenan con villancicos, y tanto protestantes como católicos comienzan a entonarlos trece días antes de Navidad, preparando sus corazones para la venida del Señor.

Una Navidad carmelita en nuestra pequeña isla, Samoa

Para nuestra familia carmelita, el Adviento es un tiempo sagrado de silenciosa espera. Mientras el mundo exterior expresa su anhelo con estruendo festivo, el claustro se llena de una contemplación silenciosa del misterio del Verbo encarnado. El primer domingo de Adviento bendecimos la corona y encendemos la primera vela morada como signo de esperanza. A través de la Liturgia vamos avanzando lentamente hacia la gran solemnidad, marcada de modo particular por el canto de las Antífonas «O» a partir del 17 de diciembre.

En la mañana de la víspera de Navidad realizamos una procesión por el dormitorio, evocando la búsqueda de alojamiento por parte de María y José. La priora lleva la imagen de la Virgen; la primera consejera, la de San José; y dos hermanas mayores portan lámparas mientras se cantan villancicos. Si una hermana celebra su primera Navidad en el Carmelo, la Sagrada Familia visita en primer lugar su celda: un momento de asombro y tierna acogida.

Tras la oración de la mañana, nos reunimos para la Calenda, el solemne anuncio del nacimiento del Señor. Una hermana, acompañada por otras que llevan velas, proclama la historia de la salvación desde la creación hasta la Encarnación. Al pronunciar las palabras «Y el Verbo se hizo carne», nos postramos en señal de reverencia. Es un momento profundamente conmovedor.





Antes de la Misa de Medianoche rezamos el Oficio de Lecturas, entonando «Cristo está aquí, Emmanuel». Nuestros feligreses se unen a nosotras para la Misa Solemne de la Noche de Navidad. Después, nos reunimos en la Sala Capitular para cantar villancicos antes de compartir la cena navideña. Cada monja encuentra un pequeño obsequio en su lugar del refectorio, preparado con esmero por la priora. Durante los tres días posterior-

es a Navidad, cantamos villancicos tras media hora de oración mental y una procesión previa a las comidas, prolongando la alegría del Nacimiento hasta Año Nuevo y la Epifanía.

En la fiesta de la Sagrada Familia, cuando el Evangelio narra el hallazgo del Niño Jesús en el templo, la priora esconde una pequeña imagen del Niño. Tras la Misa, nos reunimos en la sala de recreación, escuchamos el Evangelio y luego buscamos al Niño escondido. La hermana que lo encuentra canta en voz alta: Laudate Dominum omnes gentes! Nos dirigimos en procesión hacia el Coro, donde deposita la imagen en el altar lateral e inicia el Te Deum, al que se une toda la comunidad. Durante la recreación vespertina puede también cantar un himno, recitar una poesía o realizar una danza en honor del Niño Jesús.

El último día del año, nuestra comunidad se reúne en solemne procesión por el monasterio, llevando la imagen del Niño Jesús y cantando himnos navideños en acción de gracias por la Divina Providencia durante el año transcurrido. Cada hermana se prepara para este momento limpiando con cariño su celda y el oficio en el que sirve, para que el Niño Jesús bendiga tanto su lugar de descanso como su lugar de trabajo. Por la tarde celebramos la Santa Misa ofrecida por la paz en el mundo, por la paz en toda nuestra Archidiócesis y por la paz en cada corazón. Tras la Misa permanecemos en oración silenciosa hasta medianoche, dando gracias por el año vivido y encomendando el año entrante a la Misericordia y a la Gracia del Señor.

Cuando el tiempo navideño concluye con la fiesta del Bautismo del Señor, conservamos la esperanza reavivada en nuestros corazones. El Jubileo puede concluir, pero la gracia derramada en nuestras vidas permanece. En la quietud del claustro y en la alegría de la isla, en la solemnidad de la liturgia y entre las risas de la comunidad, proclamamos: Cristo ha nacido. La esperanza vive.

Sor María Elisapeta, OCD
Madre Priora



ESPAÑA:

REAL MONASTERIO DE SANTO DOMINGO DE GUZMÁN CALERUEGA

Esperanza de los pueblos

Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres ni mucho menos la última de las poblaciones de Judá, pues de ti saldrá un jefe que pastoreará a mi pueblo Israel (Mt 2, 6)

Caleruega es un pequeño pueblo de Castilla situado a dos horas en coche de Madrid. El censo dice que somos unos 387 habitantes, pero en el frío invierno apenas quedamos unos pocos: los caleroganos que resisten, los frailes dominicos y las monjas que custodiamos el lugar en el que nació santo Domingo de Guzmán. Alguna familia se acerca al pueblo en los días próximos a la Navidad, pero nada que ver con las multitudes que abarrotan las calles del centro de la capital en las que crecí. El ayuntamiento cuelga alguna luz decorativa de las farolas, y nosotras hacemos lo propio, pero, al llegar la noche, siguen siendo la luna y las estrellas –las de verdad, del casi siempre despejado cielo propio de este lugar– las que más brillan e iluminan. Hay una gasolinera que provee a los vecinos con suficiente variedad y oferta, pero ni compararse puede con los grandes almacenes en los que la gente acostumbra a desembolsar en estas fechas los ahorros de los doce meses anteriores. En el monasterio hacemos una comida más especial, pero el lujo no existe en clausura. Mientras las mujeres estrenan sus mejores galas, vestimos nuestra túnica blanca y planchamos la capa negra

que completa nuestro hábito. Ese día no vamos a la peluquería, el velo negro de nuestra consagración a Dios se convierte en el mejor adorno. Y como única joya: la alianza en nuestras manos nos recuerda de Quién somos esposas.

La Navidad en un Monasterio es muy distinta a cómo la vivíamos cualquiera de nosotras antes de ingresar. Pero, pienso que incluso fuera de clausura, la Navidad en un pequeño pueblo es una experiencia absolutamente diferente a la de las grandes urbes.

Cuando la noche del 24 nos reunimos para celebrar la misa del Gallo, la tradición incluye que el pastor traiga consigo al más pequeño cordero de su rebaño. Mientras cantamos villancicos, sus balidos no son efectos secundarios bien montados, sino música real que, junto a sus patas resbalando en el suelo de madera, acompañan toda la Eucaristía. Con el zagal y su familia, las monjas, los frailes y algunos más –pocos y sin poder presumir de casi nada– cantamos al Niño Dios. Ajenos a las grandes fiestas, comulgamos en el Banquete por excelencia. A nuestro actual Maestro General de la Orden, Fray Gerard, le gusta referirse a este lugar como el





“Belén dominicano”, y todos los años pienso que nuestra asamblea guarda un parecido especial con aquellos primeros que debieron invadir el verdadero Portal. Porque no está de moda ser de pueblo y cualquier aspiración mira a la ciudad, al brillo y el consumir. Así que los que quedamos somos, en alguna medida, los que fracasamos en la conquista por el éxito –al menos como nuestra sociedad lo entiende–. Cada 24 de diciembre por la noche, cuando regreso a la cama mucho más tarde de lo habitual –y con prisa, pues la campana sonará pronto–, un sentimiento de Esperanza me invade. Tengo una alegría interior que me conmueve: Para estos vino Cristo. Para nosotros nació Dios. No hay que tener pase vip para vivir esta Buena Noticia. No hay que pertenecer a no sé qué clase social, ni alcanzar tal o cual estatus; mucho menos hay que pagar ninguna cuota, ni vivir en un privilegiado palacio. No hay que vestir con mucho lujo ni presumir

de una belleza deslumbrante. Dios llega gratuitamente a nuestras vidas. A las nuestras que, como las de aquellos pastores del siglo I, no tienen de qué presumir, están cansadas o, incluso, son marginadas. La Esperanza de Navidad es que la Gracia ha precedido cualquier mérito por nuestra parte: «En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como víctima de propiciación por nuestros pecados» (1 Jn 4, 10). Que Dios ha mirado nuestra necesidad, nuestros corazones anhelantes y nuestras pobres existencias, y ha enviado a su Hijo para salvarnos. Que se ha conmovido ante nuestra soledad y vacío, y se ha hecho uno de nosotros, naciendo en un sombrío establo, en la oscuridad de una fría noche, en un desconocido pueblo de Judá, ante el silencio de los poderosos y la ignorancia de las grandes masas. Y, por tanto, que cuando compartimos esa misma pobreza, vacío, soledad, oscuridad, desconocimiento, silencio e ignorancia, sigue habiendo razones para la Esperanza. Porque ahí, precisamente ahí, Dios eligió hacerse presente. Como si tuviera predilección por lo pueblerino; por lo que no tiene de qué presumir; por lo que no es admirado ni apetecido. Como si tuviera predilección por nosotros.

Sor Teresa de Jesús Cadarso, OP



ESPAÑA: MONASTERIO DE LA CONVERSIÓN, SOTILLO DE LA ADRADA ÁVILA

La vida cotidiana en Navidad se transforma

La espera Marial. El Adviento da al otoño (del hemisferio norte) un sentido especial de gravedad, de espera silenciosa, de ofrenda. Así vivimos las cuarenta hermanas de la Comunidad de la Conversión, situada en el Valle del Tiétar, en la Sierra de Gredos (Sotillo de la Adrada, Ávila, España) este preámbulo de la Navidad. Toda la naturaleza que nos circunda y acoge invita al recogimiento, al silencio, al trabajo cotidiano, a la acogida de tantos que se acercan a nuestro monasterio en búsqueda, acompañamiento y comunión. La austeridad de esta estación tiene un límite y es el de la espera esperanzada, el gozo de María gestando al Salvador. Con Ella vivimos la Víspera de la Venida del Señor, víspera de preparación, de espera con lámparas encendidas, víspera de grande y deseada fiesta de la Humanidad. Se escucha la Calenda Maia porque del Oriente vemos llegar su Luz.

La Noche del 24 de diciembre. La Noche Buena, la Noche más breve, Noche de Paz, como cantamos en la celebración eucarís-

tica de Medianoche, ápice de todo el tiempo vivido y el inicio del tiempo nuevo que nos trae el Recién Nacido. Tras el silencio del Adviento estallan los cantos, los villancicos, las liturgias; se estrecha el amor fraterno y la amistad entre nosotras; acogemos al otro con la Buen Nueva, con la gran noticia del Amor hecho carne, del Verbo que se ha encarnado. "Venite, Gaudete". Cuando en medio de la Eucaristía el sacerdote, levantando el Pan y el Vino y diciendo las palabras que el mismo Señor dijo en la última cena: "Esto es mi Cuerpo... esta es mi Sangre", asistimos al Misterio de la Encarnación, al mismo que María y José, los pastores, los Sabios, los humildes y pobres de entonces, contemplaron. ¡¡¡" Verbum caro factum est!!!". Es la Pascua de la Natividad, el inicio de la Pascua del Señor que culminará en su Muerte y Resurrección.

La vida cotidiana de la Comunidad en Navidad se transforma: La Domus es un hermoso y gran Belén porque en cada rincón las Hermanas recuerdan el Acontecimiento: en un rincón, la Virgen María, José y el Niño, a solas; en otro, los Tres, más los pastores; en otro, se unen personas del lugar, un pueblo que se





acerca a ver y a adorar; en otro, se aproximan los Sabios, venidos de lejos... Todo es Memoria de Su Nacimiento en la carne. Cada año el Belén de nuestra Iglesia de la Reconciliación se renueva, viene de todas las partes del mundo: de Baviera, con los Alpes a la espalda de la pequeña cabaña donde nace Jesús, o de Quito o Lima, o de Japón o Noruega, o de Ucrania o Palestina o de la gruta de Belén en Jerusalén. Porque todo nuestro pequeño mundo fue Patria para Él y hasta el último rincón Él llevó con su nacimiento la esperanza y la alegría más verdadera y la paz y la Luz y la compasión y la redención a todos. En esa Noche se pasó de la muerte a la Vida porque conocimos el Amor de Dios hecho Carne. La alegría de este tiempo recorre todo el Monasterio.

Los Villancicos. Junto a la preciosa Liturgia navideña de nuestra comunidad conviven nuestros Cantos Navideños, propios de nuestro país, los villancicos. Son cantos populares, antiquísimos,

medievales, a capella o con instrumentos pastoriles como las zambombas o los panderos, las castañuelas o las guitarras. "En Belén tocan a fuego". Cantan los ángeles, "Gloria a Dios en las alturas", y nuestros pastores y gentes del pueblo que secularmente han cantado al Niño Dios, "Riu, riu chiu". Romances, seguidillas y bellísimas composiciones de los Cancioneros de Upsala. "Bien vengades, pastores" (primer villancico del s. XV, de Toledo).

La idiosincrasia de nuestra Comunidad ha aportado cantos navideños de todas las nacionalidades, desde Polonia y Costa Rica a Alemania, Irlanda y Lima, Estados Unidos, Colombia y Hungría, Italia y España... Galicia, Cataluña, Sevilla, Málaga, Extremadura, Castilla la Mancha... Desde muchos puntos geográficos surgen nuestros cantos. Que toda lengua alabe al Señor. "Nowell, Nowell... Rejoice, Rejoice... Lullaby My Sweet little Babe... La profecía se ha cumplido y ante nosotros está el Consejero, el Príncipe de la Paz.

Antes de la Navidad nuestra Comunidad ofrece algún Concierto-oración como preparación del pueblo para Su Venida y estamos abiertas a la Acogida de grupos que desean compartir la fe, reavivarla, profundizar en ella, ser acompañados en el camino de la fe, apoyados en los momentos complejos de la vida. La Comunidad ofrece Retiros, EE.EE., Encuentros de Oración, Interioridad, Jornadas de Reflexión y estudio, Itinerarios formativos, catequesis... y, junto a esta acogida, que se realiza también durante el año, la Navidad es el tiempo propio en el que la Comunidad aprovecha para el crecimiento en fraternidad, en oración y descanso.

El Amor que permanece. Nuestra Comunidad tiene como misión la Acogida, primero de las hermanas entre sí, el cuidado mutuo, la caridad fraterna, de la que dimana un Amor que no cesa ni puede tener fin. Así la Natividad del Señor es para todas nosotras la razón de nuestra Acogida al otro, al que se acerca o al que nos acercamos nosotras. Lo que permanece de este Tiempo de Gracia es el Amor a Dios y al Prójimo, es el Amor como fuente de la Esperanza cierta lo que permanece resonando más allá de este tiempo y de este lugar en el que vivimos.

M. Prado



ESPAÑA:

MONASTERIO DE SAN JOSÉ, LA SOLANA

CIUDAD REAL



Alegres en la esperanza

Estamos viviendo tiempos convulsos, “tiempos recios” que diría santa Teresa de Jesús, en una sociedad con tantos frentes abiertos, en los que la guerra, la falta de paz en tantos

ámbitos de nuestra sociedad, y en tantas carencias de todo tipo, que hablar de esperanza parece un contrasentido, una utopía. Pues, aun así, siempre es tiempo de esperanza.

Estamos terminando el Jubileo de la esperanza que hemos celebrado durante todo este año, y ello ha supuesto una llamada de atención a acentuar la espera constante que es nuestra vida desde que nacemos hasta el final, el encuentro definitivo con el Señor.

Yo soy una monja de vida contemplativa, que vivo mi vocación según el carisma de santo Domingo. Vivo en un monasterio, bajo clausura papal con mis nueve hermanas de comunidad. Nos sentimos afortunadas porque las 24 horas del día vivimos alegres en el Señor en la esperanza del encuentro gozoso con El, y en medio de nuestra vida orante le presentamos las necesidades de tantas personas sedientas y hambrientas de lo único verdadero, ¡a veces sin saberlo!

Durante este año que hemos vivido, he constatado una vez más, que el hombre vive siempre en esperanza, aunque no siempre espera

a Dios, el don de Dios, o el gozo que produce la vida desde El, desde nuestra experiencia cristiana, cada cual desde su vocación concreta. Este tiempo de Navidad que vamos a vivir, nos acerca a la esperanza de que sólo Dios merece la pena, de que tenemos motivos suficientes con sólo contemplarlo en la pequeñez de un Niño y en la pobreza de Belén, de que nuestra esperanza nunca se acaba, y de que, si miráramos con los ojos de la fe, veríamos todo aquello que se oculta en las cosas sencillas y sin apariencia.

La celebración de la Navidad, nos impulsa a elevar la mirada a lo alto, para comprender el amor inmenso de Dios que se hace hombre y nace de una Virgen. Y a la vez a llenarnos de la grandeza de María en su pequeñez, en signos que son para nosotros un motivo más para entender la grandeza que encierran y vivirlo de una manera sobrenatural. Porque las obras grandes surgen así: desde el corazón y sin ruido.

Al nacer de la Santísima Virgen María, por obra y gracia del Espíritu Santo, Jesucristo nos revela la verdad profunda de nuestra propia humanidad; Él no quita nada y lo da todo. El nacimiento de Jesús en Belén no es un hecho que se pueda relegar al pasado. Ante él se sitúa la historia humana entera: nuestro hoy y el futuro del mundo quedan iluminados por este acontecimiento. Este nacimiento, único en toda la historia, supera todas las expectativas de la humanidad y así será para siempre. Constituye el único medio por el cual el mundo puede descubrir la alta vocación a la que está llamado. “En





el Niño de Belén la pequeñez de Dios hecho hombre nos revela la grandeza del hombre y la belleza de nuestra dignidad de hijos de Dios, de hermanos de Jesús" (Benedicto XVI).

En este misterio, el creyente, siente la cercanía de Dios en Jesús. Detrás del ruido de estas fiestas, se encuentra la verdad silenciosa de que Dios se ha acercado de una vez para siempre al hombre y se ha comprometido irrevocablemente con él. Entró Dios con todo silencio en nuestro abandono y ahí nos aceptó y ahí nos guarda incansable su amor escondido. Más allá de nuestras atenciones o desatenciones, nos aguarda en el silencio el Dios apasionado hasta el extremo

por el hombre. Por eso la celebración de la Navidad nos llama a que nos demos cuenta de que los espacios inmensos en los que andamos perdidos, no están vacíos y fríos, sino colmados del amor de Dios que nos aguarda incansable. En la Navidad podemos abrirnos, sin reservas ni sospechas a la acogida irrevocablemente decidida del amor de Dios por los hombres. Dios ha querido tener un destino en los hombres y con los hombres. No ha querido ser Dios sin los hombres. Dios sale al encuentro del hombre y se hace hombre.

Ojalá que las fiestas de Navidad llenen todo y a todos de una paz y una esperanza honda, e inunden de una alegría profunda todos los hogares: la alegría y la paz que se hallan en el que nació en Belén de una Virgen y que es Dios-con-nosotros, rostro de Dios que es Amor. "He aquí porqué esta esperanza no cede ante las dificultades: porque se fundamenta en la fe y se nutre en la caridad, y de este modo hace posible que sigamos adelante en la vida. San Agustín escribe al respecto: "Nadie, en efecto, vive en cualquier género de vida sin estas tres disposiciones del alma: las de creer, esperar, amar." (Bula *Spes non confundit* n° 2 Papa Francisco)

Que esto sea conocido por todos los hombres y que todos los hombres vivan desde ahí para llevar a cabo el surgimiento de una humanidad verdaderamente nueva y esperanzada, capaz de comunicar ese amor con que es amada.

Y todo esto gracias a la Santísima Virgen María, que dijo que sí y obedeció a la Palabra de Dios, como fiel esclava del Señor. Antes de llegar a Belén, antes de participar en el gozo de la Noche Santa de Navidad, en la que todo queda inundado por la claridad del amor de Dios en el Niño, parémonos y contemplemos a María, la doncella de la que habla Isaías, la esposa de José, la Madre de Jesús. María en la Encarnación; María junto al pesebre, María Madre, llevando en sus brazos y acariciando al Hijo divino de sus entrañas. Ella es la fuente, Ella, la madre de la esperanza, es la puerta del cielo que se abre a la tierra, con Ella y como Ella acerquémonos a celebrar estos días santos, que su gozo de Madre esté siempre en nosotros.

Sor Inmaculada Serrano Posadas, OP



ESPAÑA: MONASTERIO BENEDICTINO LEYRE (NAVARRA)

La esperanza silenciosa de Belén

El tiempo de Navidad llega este año con un peso especial: el Jubileo se apaga como una lámpara que ha ardido durante meses, y en su última llama nos deja una pregunta encendida: ¿dónde hallar esperanza en un mundo que parece olvidar la paz? O dicho con otras palabras: ¿no estaremos acaso volviendo la espalda a la realidad de un mundo que gime de dolor por el fratricidio de la guerra? No se trata de una pregunta abstracta. Basta mirar en torno para sentir la tensión de los pueblos, la confusión de las palabras, la desconfianza entre los hombres. Y, sin embargo, precisamente en medio de ese ruido, resuena la voz más antigua y más nueva del Evangelio: «No temáis, os anuncio

una buena noticia que será de gran alegría para todo el pueblo» (Lc 2,10).

La vida cristiana no nace del optimismo ni de la ingenuidad. No se apoya en estadísticas, ni en pactos políticos, ni en promesas de bienestar. Nuestra vida «apoyada en la esperanza, cree contra toda esperanza» (cf. Rom 4,18). No cierra los ojos a la realidad del mundo, sino que es capaz de verlo transfigurado por la luz del Espíritu. Nuestra esperanza brota como el Niño en Belén, en lo pequeño, en lo frágil, en lo que el mundo apenas considera digno de atención. El mensaje de la Navidad es que Dios no abandona la historia humana, sino que la visita desde dentro, haciéndose carne de nuestra carne. Y ese gesto divino, silencioso y humilde, es el fundamento inquebrantable de toda esperanza.





El pesebre, signo de pobreza, se convierte así en el primer altar del mundo nuevo, una prefiguración de los cielos nuevos y la tierra nueva (cf. Ap 21,1). La debilidad del Niño nos recuerda la debilidad de nuestro mundo, siempre tan frágil y al albur de los poderosos. En Belén no hay discursos, solo un silencio que envuelve la Palabra. Y quizá sea ese silencio el primer acto de esperanza: callar para escuchar, detenerse para mirar, abrir un espacio donde Dios pueda hablar. En una época saturada de dolor y de faltas de sentido, el creyente está llamado a custodiar ese espacio interior, como María guardaba en su corazón todo lo que veía y oía. La espiritualidad benedictina, tan discreta y tan actual, conoce bien este lenguaje. Ora et labora no es solo una regla monástica, sino una manera de mantener la esperanza viva en lo cotidiano. En la oración y en el trabajo, el Espíritu nos trabaja para recoger el fruto de la paz. El ritmo monástico nos recuerda que la esperanza no se construye con grandes gestos, sino con fidelidades pequeñas repetidas con amor.

Porque la esperanza no es mirar hacia adelante con ilusión, sino mirar hacia dentro con fe. En un mundo atravesado por las guerras, por una nueva guerra mundial a pedazos —como repetía insistentemente Francisco—, la esperanza no es la ingenuidad de negar la evidencia, sino la confianza en que Dios transforma la oscuridad en camino.

El Niño de Belén no cambia el mundo con poder, sino con presencia. No promete resolver los problemas de los hombres, sino acompañarlos desde dentro. Él viene no a eliminar el dolor, sino a llenarlo de sentido. En su llanto de recién nacido está ya contenida toda la misericordia del Padre. Por eso, cuando miramos el pesebre, comprendemos que la esperanza cristiana no es una evasión, sino un compromiso: acoger la luz en medio de la noche y compartirla con los demás. Porque el Niño que se nos ha dado ha venido para padecer y liberarnos del pecado y de la

muerte. Por eso el pregón pascual dice: «Surrexit Christus spes mea», «ha resucitado Cristo, mi esperanza»; y nosotros también afirmamos: «ha nacido Cristo, mi esperanza».

Quizá ese sea el mensaje más hondo que deja el Jubileo al cerrarse: no un balance de actividades, sino una invitación a volver al origen, al gesto humilde y luminoso del Dios que se inclina. El Año Santo ha sido un tiempo de puertas abiertas; ahora comienza el tiempo de mantenerlas abiertas en el corazón, de seguir anunciando esa esperanza que trae el Evangelio a un mundo cada vez más huérfano de ella. La Navidad, cada año, renueva esa tarea.

En un mundo sin paz, la esperanza cristiana no consiste en ignorar las heridas, sino en mirarlas con los ojos de Dios. La luz del pesebre no elimina la noche, pero la transforma. La fe no nos promete seguridad, pero sí compañía. Y quien ha experimentado esa compañía puede decir, incluso entre lágrimas: «La paz os dejo, mi paz os doy» (Jn 14,27). No es sentimentalismo, sino una promesa, una fuerza para permanecer en este mundo transformándolo con alegría, con la confianza que nos da el acontecimiento de Belén, sin desesperar nunca de la misericordia de Dios (cf. Regla de san Benito 4,74)

Al concluir este año jubilar, la Navidad se acerca como un último gesto de ternura divina, como la palabra final —y al mismo tiempo primera— del Dios que no se cansa de empezar de nuevo con nosotros. En un tiempo en el que la guerra, el miedo y la indiferencia parecen tener la última palabra, el Niño de Belén vuelve a decirnos, en su silencio luminoso: «Todavía hay esperanza». Porque si Dios ha querido hacerse niño, entonces nada está perdido.

Padre Ignacio Esparza, OSB
Abad

ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA: MONASTERIO DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO ANCHORAGE, ALASKA

Navidad en el Monasterio

En esta tierra lejana y desconocida para muchos, recibimos el nacimiento de Jesús con gozo y regocijo. La Navidad es muy especial para nosotras como Adoratrices Perpetuas del Santísimo Sacramento, ya que nuestra Beata Madre Fundadora, María Magdalena de la Encarnación, adoraba y contemplaba de una forma admirable el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios en el vientre de María, y lo celebraba con gran alegría y cantos, en uno de sus escritos, en el acto de fe a la presencia real de Jesús en la Eucaristía dice: "Oh Jesús, mi Salvador, creo firmemente en la presencia real de tu santísima Humanidad y Divinidad en este Sacramento inefable. Creo que Tú eres el mismo que fuiste concebido en el seno de la Virgen María, tu dignísima Madre, que naciste de Ella en un establo y que fuiste colocado por Ella en un pesebre".

El tiempo de Adviento es un tiempo especial para prepararnos desde la alegre esperanza, a la venida del Señor, durante este tiempo, tenemos como costumbre en nuestra Orden rezar

las 1000 aves Marias que ofreceremos al Niño Dios desde el 29 de Noviembre hasta el día de Navidad, y a la hora de ofrecerlas, hacemos una bella oración. Durante la novena de Navidad, vamos preparando el pesebre con practicas de virtud, cada día pedimos posada al estilo mexicano, ya que este Monasterio es fundado por hermanas mexicanas, celebramos las posadas con la novena, cantos y oraciones propias.

La Navidad es un tiempo especial para compartir en fraternidad la alegría del Nacimiento de Jesús, que por amor a nosotros se ha hecho Hombre, y por su nacimiento, nos llama a ser todos Hermanos, ya que en él, todos somos hijos de Dios y herederos del Reino (Rm 8, 17).

Nuestra vida Eucarística nos lleva a vivir en Fraternidad la vida Comunitaria como lo dice la regla de San Agustín, la cual seguimos y nos esforzamos por vivir. San Agustín nos exhorta a ser un solo corazón y una sola alma dirigidos a Dios. Todos los que por vocación somos llamados a la vida fraterna en la vida Consagrada, somos también llamados a dar testimonio y es-





peranza de unidad y fraternidad en medio de un mundo azotado por las divisiones que provocan guerras, injusticias, corrupción y miseria. Somos llamados a ser luz y a consolar a quienes sufren, principalmente, las monjas contemplativas con nuestra vida escondida, en oración y entrega a lo que Dios nos va pidiendo cada día. Cualquier pequeño acto de amor y sacrificio a nuestras hermanas y a las personas que se acercan a nosotras, redunda en gracias abundante a la humanidad.

Alaska es verdaderamente tierra de misión, son pocos los sacerdotes, diáconos y misioneros, sin embargo, hacen grandes sacrificios para llevar la Palabra y el amor de Dios hasta las aldeas o islas más lejanas y difíciles de acceder. Para celebrar la Navidad, los Sacerdotes, a pesar de las inclemencias del clima, viajan largas horas para celebrar la Misa de Navidad en los diferentes y lejanos pueblos, lo hacen con mucha generosidad y alegría. Nuestras somos Monjas contemplativas y nuestro Monasterio es el único en Alaska, es por ello que nos hemos comprometido a vivir nuestra Misión en este lugar, sosteniendo a nuestra Arquidiócesis por medio de la oración constante, ofreciendo en actitud de Adoración, todo lo que hacemos: el Oficio Divino, la Adoración Eucarística, la Lectio Divina, la Recreación, el trabajo y el estudio, y no sólo nosotras sino también los Adoradores Laicos asociados a nuestra Orden y que vienen a nuestra Capilla a Adorar a Jesús Sacramentado, orando e intercediendo por la humanidad y especialmente por nuestra Iglesia Local.

Cada año decoramos la Capilla, colocamos el pesebre y adornamos el trono a Jesús Sacramentado, buscando un ambiente

Navideño que lleve a los fieles a contemplar el maravilloso nacimiento de Jesús y a encontrar en la Eucaristía al Niño que en Belén, se hizo Carne y esa Carne bajo las apariencias de Pan, es la misma que adoramos en la Santísima Eucaristía.

Es admirable ver en la noche de Navidad la Capilla llena de fieles y no sólo esa noche, sino que durante todo el tiempo de Navidad y todo el año, vienen a Adorar a Jesús Sacramentado que esta solemnemente expuesto durante todo el día, encontrando en este lugar el silencio, la paz y fuerza que necesitan. Aquí, Jesús nunca está sólo, siempre hay una Hermana delante de él, pero también hay fieles, que vienen desde sus hogares a adorarlo, sin importar la oscuridad del invierno, ni las bajas temperaturas, ni las nevadas, nada los detiene porque al igual que los pastores y los magos, vieron surgir su estrella, su luz, y vienen a adorarlo. Claramente esto es un signo de esperanza, son las obras buenas de los hijos de la Luz, que por amor, vencen las tinieblas.

Que en esta Navidad Jesús siga naciendo en nuestros corazones, en nuestras Comunidades, en nuestras Familias y en nuestra sociedad tan necesitada de su amor y su ternura. ¡Feliz Navidad!

Sr. Miriam de Jesús Cantu, APSS

Comunidad de Adoradoras Perpetuas del Santísimo Sacramento

ESTADOS UNIDOS: ABADÍA TRAPPISTA DE GENESEE, PIFFARD NY

Nosotros somos los tiempos

Conviene prestar atención a la hondura de la sabiduría cristiana que se refleja en la respuesta de el Papa León XIV a una joven aspirante a doctora. Ella le escribió preguntándole: «¿Qué nos depara el futuro?» y «¿Qué pueden hacer los jóvenes para aspirar a un mundo mejor, cuando hoy hay tantas injusticias, tragedias y guerras?».

El Papa no le ofreció otra técnica ni otro programa: fue directamente al corazón de la cuestión, al corazón humano. Respondió: «Es cierto que vivimos tiempos difíciles. El mal parece imponerse en nuestras vidas. Las guerras se cobran cada vez más víctimas inocentes. Pero nunca debemos dejar de esperar», escribió. Y añadió: «Como ya he dicho, citando a san Agustín: “Vive bien y los tiempos serán buenos. Nosotros somos los tiempos.” Exactamente eso: ¡los tiempos serán buenos si nosotros somos buenos! Para que así sea, debemos poner nuestra esperanza en el Señor Jesús». Hoy existe una gran fascinación por los programas y las técnicas que prometen mejorar el mundo. Siempre hay un nuevo plan, una nueva fórmula organizativa que pretende resolver la guerra, el hambre o la pobreza. En ese contexto, el consejo del Papa podría parecer ingenuo o excesivamente simple. Sin embargo, la experiencia nos demuestra que todo plan —por muy bien intencionado que sea— continúa operando dentro de la matriz del poder del pecado, porque no puede curar la fuente

de todas las guerras: el corazón del ser humano.

El Papa no hace sino hacer eco de lo que expresa con tanta claridad la Carta de Santiago: «¿De dónde vienen las guerras y los conflictos entre vosotros? ¿No proceden acaso de las pasiones que combaten en vuestro interior?».

San Pablo, en su carta a Tito, nos muestra lo que el poder del pecado hace en el corazón humano: «También nosotros, en otro tiempo, éramos insensatos, desobedientes, extraviados, esclavos de diversas pasiones y placeres, viviendo en la malicia y en la envidia, aborrecidos y odiándonos unos a otros». El pecado nos separa de Dios y también de nosotros mismos. De esa ruptura, como de un abismo, brotan el terror de la soledad cósmica, el miedo paralizante a la muerte, la desesperanza de quien teme no ser jamás amado. Quedamos heridos: nos odiamos a nosotros mismos y odiamos a los demás. «Ya estemos solos o acompañados, seguimos siendo seres separados y hostiles, solos incluso en nuestra implicación con los otros», escribe Olivier Clément. Y esta situación de bloqueo no puede resolverse mediante la técnica, ni siquiera mediante la “masificación de la técnica” (para usar un término acuñado, creo, por Jacques Ellul).

Solo puede romperse por un amor más grande que todo cuanto el poder del pecado y de la muerte puedan arrojar contra él. Solo ese amor puede sanar el odio hacia uno mismo que nace del pecado y enseñarnos de nuevo a amar, a través de la experiencia de ser amados gratuitamente.





Así lo afirma san Pablo:

«Pero cuando se manifestó la bondad y el amor de Dios, nuestro Salvador, nos salvó, no por las obras justas que hubiéramos hecho, sino según su misericordia, por el baño de la regeneración y la renovación del Espíritu Santo, que derramó abundantemente sobre nosotros por medio de Jesucristo, nuestro Salvador, para que, justificados por su gracia, fuésemos herederos según la esperanza de la vida eterna». Cristo no viene con otra técnica: nos ama y nos da una vida nueva. Y lo hace corazón a corazón. Imaginad: Dios mismo es tan “ingenuo” como para pensar que la transformación del mundo ocurre un corazón tras otro. Por eso san Agustín puede decir con tanta certeza:

«Vivid bien y los tiempos serán buenos. Nosotros somos los tiempos.»

El secreto de la transformación del mundo no es la técnica, sino los santos. Los santos son la fuerza creadora del mundo nuevo desencadenado por la Resurrección y por el envío del Espíritu. Y todos estamos llamados a ser precisamente eso: santos que colaboran con Cristo en la transformación del mundo. Concluyo con las palabras del gran escritor católico francés Georges Bernanos: «La vida de cada santo es como una nueva flor que brota en primavera».

Padre Gerard D’Souza, OCSO
Abad



ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA: ABADÍA DE SAN JUAN, COLLEGEVILLE MN

Navidad: una esperanza que la oscuridad no puede vencer

La Navidad trae consigo una bellísima paradoja. No espera a que el mundo esté en calma para llegar. Irrumpe —hoy como entonces— en un mundo que conoce demasiado poco la paz. No niega la oscuridad, sino que osa encender una vela justo en medio de ella.

La ausencia de paz se extiende a nuestro alrededor. La hallamos en los titulares de prensa y en las luchas ocultas de nuestros corazones. Está en las guerras que arrasan pueblos, en las divisiones que se endurecen, en los silenciosos dolores que marcan nuestras jornadas. Anhelamos ardientemente que Dios actúe con poder, que silencie el estruendo y repare lo que está roto.

Pero la Navidad no llega con truenos ni decretos. Llega con un llanto en la noche, con un Niño frágil recostado en un pesebre. Esta es la esperanza de la Navidad: Dios no clama desde lo alto, sino que susurra desde un establo. No irrumpe con fuerza, sino que desarma con amor. No permanece al margen de nuestras luchas, sino que entra en ellas.

Y esto lo cambia todo.

La esperanza de la Navidad no consiste en que todos los conflictos desaparezcan el 25 de diciembre. Es la certeza de que, precisamente en medio del conflicto, Dios está con nosotros: Emmanuel. Su presencia santifica nuestra lucha. No estamos

abandonados, estamos acompañados. Esta es la paz en su nivel más profundo: no la frágil paz de unas circunstancias perfectas, sino la paz duradera de la Presencia.

San Benito, escribiendo también en un mundo convulso, invitaba a sus discípulos a «buscar la paz y perseguirla». Su sabiduría nos alcanza hoy. No es una invitación a huir de los pesos de la vida, sino a arraigarnos en la fe y en la compasión allí donde estamos. Esta es la esperanza concreta que proclama la Navidad: una paz que nace dentro de nosotros y se irradia hacia el exterior.

Pensad en los pastores: pobres, olvidados, marginados. Y, sin embargo, a ellos cantaron los ángeles: «Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra». El mensaje de paz llegó primero a quienes menos la conocían. La paz de la Navidad no es recompensa para los poderosos: es don para los cansados, los excluidos y los temerosos.

Y pensad en María y José. Su camino no fue fácil. María dijo «sí» a Dios sin saber cuánto le costaría ese sí. José creyó en un sueño que lo cambió todo. Avanzaron no porque comprendiesen el futuro, sino porque confiaron en Aquel que los había llamado. Su historia nos invita a la misma esperanza:





avanzar con fe, escuchar la palabra silenciosa de Dios y creer que el amor abre caminos incluso cuando el sendero es incierto.

La Navidad nos enseña también algo sobre el alcance de la esperanza. Comienza en lo pequeño. Una joven adolescente. Una ciudad olvidada. Un pesebre que apenas podía sostener a un Niño. Si Dios pudo servirse de estas realidades para transformar la historia, puede servirse de las cosas más humildes de nuestra vida: una palabra bondadosa, un gesto de perdón, un instante de valentía.

También la enseñanza de San Benito resuena aquí. Nos recuerda «tratar todas las cosas como vasos del altar», ver lo sagrado en lo cotidiano, lo divino escondido en lo ordinario. La Navidad nos invita a lo mismo: a mirar con reverencia los momentos simples en que la gracia arraiga.

La historia de Navidad señala también el camino. El pesebre conduce a la cruz, y la cruz al sepulcro vacío. El Niño envuelto en pañales es el Rey que enjugará toda lágrima de nuestros ojos. El destello de luz en Belén es el alba de un día que no tendrá fin. La paz que Cristo trae no es una tregua pasajera, sino el shalom de un mundo restaurado: justicia y misericordia que se abrazan, toda injusticia reparada, toda herida sanada.

Esta visión puede parecer lejana, y sin embargo ya ha comenzado. La primera Navidad nos recuerda que Dios actúa incluso cuando no alcanzamos a ver el conjunto. María, sosteniendo a su recién nacido, no podía imaginar cómo su vida redimiría al mundo. Del mismo modo, quizá no veamos cómo Dios teje silenciosamente la redención a través de nuestras vidas, pero la esperanza está viva.

Celebramos la Navidad no porque el mundo esté ya en paz, sino porque creemos que la paz es posible. «La luz brilla en las tinieblas», dice el Evangelio de Juan, «y las tinieblas no la

han vencido». Cada vela encendida, cada canto, cada acto de generosidad o reconciliación proclama esta verdad indomable: la luz sigue brillando.

Que las luces de vuestro árbol sean más que adornos. Que sean signos de que las tinieblas no han vencido, ni vencerán. Que los dones que intercambiéis os recuerden el don supremo: la presencia de Dios ofrecida a un mundo cansado. Que los cantos de «paz en la tierra» no sean solo deseos melancólicos, sino oraciones audaces y compromisos concretos. La antigua sabiduría de San Benito nos ofrece otro llamado para la Navidad: acoger a cada persona como si fuera Cristo mismo. Aquí comienza la paz: en nuestra disposición a escuchar, perdonar y hacernos espacio unos a otros. La esperanza de Belén crece en corazones que se abren con humildad y ternura.

Así pues, que esta Navidad despierte algo profundo en nosotros. Que nos convirtamos en portadores de luz en los lugares oscuros, en voces de bondad donde haya división, en manos valientes donde haya miedo.

Este es el misterio y la gloria de la Navidad: la esperanza tiene un nombre.

Y ese nombre es Jesús.

Porque Él ha entrado en nuestro mundo, nuestro cansancio puede hallar descanso, nuestras divisiones pueden hallar sanación y nuestros corazones pueden descubrir la paz que supera todo entendimiento.

El mundo carece a menudo de paz. Pero precisamente en este mundo nació un Salvador. Y eso lo cambia todo.

Padre Douglas Mullin, OSB
Abad

ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA: MONASTERIO DEL CORPUS CHRISTI, BRONX, NUEVA YORK

Cristo, nuestra esperanza, nace hoy

Hay algo en el corazón humano que halla gozo en los nuevos comienzos. La alegría de ver el primer azafrán asomar entre la tierra, el primer brote en los árboles o la llegada de los petirrojos al inicio de la primavera suscita siempre un sentimiento de maravilla y de esperanza renovada. En mi monasterio hay siempre una hermana que aguarda con impaciencia los primeros signos de nuevo crecimiento bajo la nieve y se entusiasma al compartir esta revelación con la comunidad. Acontecimientos importantes de nuestra vida, como el matrimonio o la profesión de los votos, o incluso algo "ordinario" como un nuevo trabajo o un nuevo lugar donde vivir, despiertan en nosotros un sentido de esperanza y de expectativa hacia el futuro.

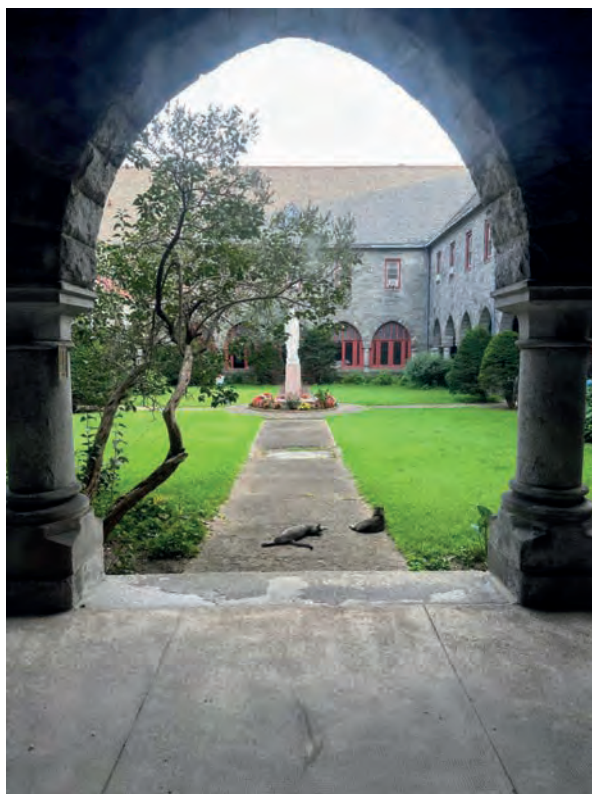
Muchos elementos de la vida nos infunden sentimientos de esperanza y expectativa que nos permiten seguir adelante, pero hay algo único y singular en la alegría que brota de lo más hondo de nuestro corazón cuando contemplamos el rostro de un recién nacido. Es un milagro admirable de la acción creadora de Dios, una promesa de su amor por nosotros.

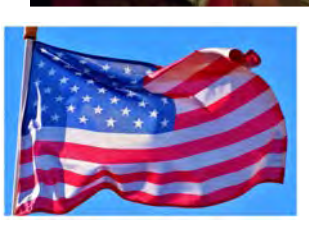
Por eso es justo que Dios asuma nuestra naturaleza humana para salvarnos, naciendo en este mundo como un pequeño Niño indefenso. Esto ocurrió hace más de dos mil años, pero, año tras año, cuando el Niño Jesús es colocado en el pesebre al inicio de la Misa de Medianoche, lo miramos con amor silencioso, con asombro, con expectación, con alegría:

¡Venite adoremus!

Nos invade el mismo sentimiento de maravilla y estupor cada año en la Vigilia Pascual, cuando la oscuridad se llena con la luz de la llama del cirio pascual recién encendido. *¡Lumen Christi! ¡Deo gratias!* Pocas horas después, en la Misa matutina de Pascua, la secuencia expresa el sentir de nuestro corazón: «Cristo, nuestra esperanza, ha resucitado».

Este es el mensaje para toda persona, para todo tiempo, para todo lugar: solo en Cristo puede encontrarse la verdadera esperanza. Poseemos muchos sentimientos de esperanza: la esperanza de que un amigo querido sane del cáncer, la esperanza de que un empleo sea asegurado, la esperanza de que nuestro equipo preferido gane las *World Series* (en Estados Unidos) o la Copa del Mundo (en cualquier parte). Pero esta esperanza, infundida en nuestros corazones en el bautismo como el pequeño grano de mostaza del Evangelio, es algo mucho más grande: es la esperanza arraigada y anclada en Dios, que nos creó para nada menos que la vida eterna con Él. No solemos reflexionar con frecuencia sobre este don que se nos ha dado.





Deteneos ahora y pensad en ello durante unos minutos: tú y yo hemos sido creados por Dios para nada menos que vivir para siempre en el abrazo eterno del Amor que es el Dios Trino. ¡Imaginad cómo cambiarían nuestras vidas si entiendiéramos verdaderamente lo que esto significa!

Dios nos da el inicio de esta esperanza y, a lo largo de toda nuestra vida, derrama su gracia en nuestras almas para que esta esperanza crezca y prospere; pero también nosotros hemos de hacer nuestra parte. Debemos regar y alimentar este don de la esperanza teologal —teologal porque está arraigada en Dios y orientada a Dios— mediante nuestros actos libres de esperanza y de confianza. Del mismo modo que hemos de ejercitarnos para no perder masa muscular y atrofiarnos, así debemos ejercitar la esperanza que habita en nosotros para que crezca, se fortalezca y nos ancle en Dios.

El pequeño Niño recién nacido puede enseñarnos todo esto. También nuestra Santísima Madre y San José pueden enseñarnoslo. Como tantas personas hoy, sus vidas se vieron trastornadas, porque Herodes quería matar a Jesús, al que consideraba una amenaza para su poder. En unas pocas líneas, san Mateo nos refiere que el Ángel del Señor dijo a san José en sueños: «Levántate, toma contigo al niño y a su madre, huye a Egipto y permanece allí hasta que yo te avise; porque Herodes va a buscar al niño para matarlo» (Mateo 2, 13).

Nada sabemos de aquellos años en que la Sagrada Familia vivió en tierra extranjera. ¿Podéis imaginar lo que pasaría por la mente de san José? Cuántas veces debió renovar su esperanza y su confianza en Dios, convencido de que estaba haciendo lo correcto para el precioso Niño que le había sido confiado.

Con frecuencia pensamos: «Es difícil tener confianza cuando oímos hablar de tanta violencia, guerras y persecuciones en todo el mundo, e incluso en mi país o en mi barrio». Es verdad. No es fácil. El Maligno nos tentará a poner nuestra confianza en nosotros mismos, no en Dios.

Al celebrar la Navidad, podríamos sentir la tentación de quedarnos fascinados únicamente por la alegría del Recién Nacido. Pero la plenitud de nuestra fe —vívica con madurez— se realiza cuando todo el misterio de la salvación —el nacimiento, la muerte y la resurrección de Jesús— se hace verdaderamente nuestro. Solo contemplando al Verbo Encarnado en toda su belleza podemos entrever algo del misterio del sufrimiento humano. Dios nos creó con libre albedrío y no deja de respetar nuestras libres decisiones y acciones, incluso cuando están deformadas por el pecado.

La Navidad es un tiempo para hacer regalos. Quizá, este año, hagáis un don de oración por aquellos cuyas decisiones parecen orientadas a infligir dolor y sufrimiento a los demás. Rezad y ofreced sacrificios por ellos. Vuestro don silencioso y escondido puede poner fin a guerras y conflictos y llevar nueva alegría y esperanza a otros, de cuya historia tal vez solo tengáis noticia en el cielo. «Os digo que así habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta» (Lucas 15, 7).

¡Que Jesús sea vuestra verdadera alegría en esta Navidad!

*Suor Mary Catharine di Jesus Perry, OP
Prior y Presidenta de la Asociación de María, Madre de la
Misericordia de los Monasterios Contemplativos Dominicos en
Norteamérica*

REINO UNIDO: ABADÍA DE PLUSCARDEN, ELGIN ESCOCIA



© Abbey

La esperanza que pertenece a la Navidad

«La esperanza nace del amor y se funda en el amor que brota del corazón traspasado de Jesús en la cruz», escribió el Papa Francisco en la Bula de convocación del Año Jubilar (*Spes non confundit*, 3). El Misterio Pascual se halla en el centro de nuestra fe, en el centro de cada año litúrgico. Y, sin embargo, la Puerta Santa de la Basílica de San Pedro, abierta el 24 de diciembre de 2024, no será clausurada hasta el 6 de enero de 2026, fecha en la que habremos celebrado la Navidad dos veces durante el Jubileo. Es, sin duda, un dato significativo. El comienzo y el final pertenecen a la Navidad, por así decirlo, al tiempo en que el corazón de Jesús era todavía pequeño y latía con fuerza.

¿Qué mensaje de esperanza ofrece la Navidad? Al principio, como sabemos, «era el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios; todo fue hecho por medio de Él, y en Él estaba la vida» (cf. Jn 1,1-4); fuera de Él, nada. Cuando las criaturas se apartan de su relación con Dios, se inclinan simplemente hacia la nada que existe fuera de esa relación. «El salario del pecado es la muerte», afirma san Pablo (Rm 6,23). La Encarnación fue, en todos los sentidos, una solución drástica al problema de la caída, prueba de la inmensidad del amor de Dios hacia

nosotros. El Verbo eterno, en quien todo existe, «se sometió a nuestra corrupción», asumiendo un cuerpo «de una Virgen pura e inmaculada», un cuerpo como templo «en el que ser conocido y habitar», escribió san Atanasio; un cuerpo en el que podía sufrir y morir (*De Incarnatione*, 8). Y así, cuando Nuestro Señor murió en la cruz, toda la creación murió con Él, y el salario del pecado fue pagado plenamente, para todos, por todo y para siempre. Desde su resurrección y ascensión al cielo poseemos «una esperanza que penetra hasta lo más profundo, más allá del velo», que actúa como «ancla de nuestra vida, segura y firme» (Hb 6,19; cf. *Spes non confundit*, 25).

Sin embargo, aquello que nos sobrecoge en Navidad es una realidad muy distinta, alejada de toda consideración abstracta, al menos a primera vista. Un niño en un pesebre, que quizá llora, agita sus pequeños brazos, toma el pecho de su madre o simplemente duerme. «Una maravilla es tu madre», escribió san Efrén: «el Señor entró en ella y se hizo siervo; entró siendo Pastor de todos y en ella se hizo Cordero, y salió de ella balando» (*Himnos sobre la Natividad*, 11,6). Jesús que bala como un corderito en los brazos de María. Podemos fácilmente identificarnos con estas imágenes y captar con facilidad su realidad. Todos los niños son «signos de esperanza», como nos ha recordado el



© Abbey

Papa Francisco (*Spes non confundit*, 9), y con mayor razón este. Aquí, pues, se cruzan dos perspectivas: la de Dios y la del ser humano. Y, sin embargo, el genio del cristianismo consiste precisamente en mantenerlas unidas. Ambas son una sola cosa en Jesús mismo, ciertamente, en su corazón; pero en Jesús para nosotros, y por tanto potencialmente también en nosotros. Aquí encontramos la esperanza que pertenece únicamente a la Navidad: contemplar a este Niño frágil y adorable, que es al mismo tiempo «ancla de nuestra vida, segura y firme» que procede de Dios. Y, sin embargo, para ver a Jesús tal como es, es preciso pertenecer a la realidad en la que Él apareció. Es «el pueblo que caminaba en tinieblas» el que «vio una gran luz», se nos dice (Is 9,1). ¿Quiénes son? Son hombres y mujeres comunes cuyas vidas pueden ser fácilmente arrojadas a la oscuridad por los grandes acontecimientos de la historia y por los desastres naturales. Personas cuya influencia sobre estas fuerzas es muy limitada, cuya alegría es «la alegría de la siega», como dice el profeta (Is 9,2). Es decir, aquellos que anhelan verdaderamente la paz (cf. *Spes non confundit*, 8) y se alegran cuando los ciclos naturales de la vida no quedan alterados por la guerra u otras calamidades.

Aquí reside también la Buena Nueva de la Navidad; aquí se encuentra una fuente de esperanza para nuestros tiempos convulsos. Con estas personas podemos decir: «un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado» (Is 9,5). Con ellas ya no podemos ser reducidos al polvo de la historia, mientras los grandes de la tierra y los dioses de la naturaleza, de la guerra y del dinero juegan sus juegos sobre nuestras cabezas. El yugo ha sido roto: el yugo de ser un simple dato estadístico en el gran esquema de las cosas, destinado a desaparecer sin dejar rastro tras la muerte. Dios ha nacido para nosotros, no en algún lugar sobre nuestras cabezas, en las altas esferas. Ha venido a habitar con los pequeños, con la gente sencilla preocupada por la cosecha, el trabajo, el dinero, la escuela, los hijos, los padres ancianos, la comida, la salud, la política y el tiempo. Es cierto que los poderosos, con sus ambiciones, y la naturaleza, con sus leyes, pueden todavía arrojarnos al torbellino de la historia. Somos vulnerables como siempre. Pero en Navidad celebramos a la Fuente misma de toda luz, que desciende exactamente a nuestra altura, arrojándose de lleno en nuestra oscuridad para salvarnos.

Padre Simon Piątkowski, OSB
Prior

HUNGRÍA: MONASTERIO DE TODOS LOS SANTOS MAGYARSZÉK

Una comunidad carmelita en peregrinación de esperanza

En la noche del nacimiento de Cristo, en la llanura de Belén, los ángeles anunciaron a los pastores la gloria de Dios y el nacimiento del Salvador. Los pastores —al igual que los monjes y las monjas— son centinelas, escribió el Papa Benedicto XVI; por eso fueron ellos, y no quienes dormían en paz, quienes escucharon la Buena Nueva. Simeón, Ana, los pastores y todos aquellos que, en los humildes comienzos, reconocieron la promesa de salvación, fueron hombres y mujeres de esperanza.

En la Vigilia de Navidad, cuando el Martirologio Romano resuena en nuestro monasterio, el misterio insondable vuelve a tocarnos: Dios, Señor del tiempo, se ha sometido a los límites del espacio y del tiempo; se ha hecho hombre. Nuestra hermana mayor lleva entonces la imagen del Niño Jesús, tallada en madera de

olivo, la eleva y la deposita en el pesebre ante el altar, mientras las hermanas más jóvenes colocan allí velas e

incienso. No olvidaré nunca los rostros radiantes de nuestras hermanas mayores al presentar al Niño Jesús. Este gesto, para mí, se ha convertido en un símbolo de toda la historia de nuestra comunidad, marcada por la larga espera del Adviento.

El renacimiento de las carmelitas en Hungría nació de la fuerza del Espíritu Santo y del sacrificio de unos pocos corazones fieles. Es un testimonio vivo de cómo la obra de Dios se despliega a partir de un inicio pequeño y aparentemente insignificante.

Nuestro monasterio de Pécs fue fundado en 1936. La vida de las siete fundadoras se caracterizó por la oración y la caridad fraterna. Muchas jóvenes pidieron unirse, de modo que la co-



munidad —que en 1950 contaba con treinta y una hermanas— se preparaba para una nueva fundación. Ese mismo año, el régimen comunista suprimió los institutos religiosos. Las monjas afrontaron aquella prueba con un corazón preparado. Ofrecieron su vida y su monasterio por el bien del Cuerpo de Cristo, la Iglesia. Comenzó entonces un largo y difícil tiempo de espera —un verdadero peregrinaje de esperanza—: cuarenta años sin monasterio y sin vida comunitaria. La priora había sembrado en el corazón de sus hermanas el espíritu de caridad fraterna y de entrega. De esa inspiración brotó la fortaleza que les permitió, pese a la dispersión, no renunciar jamás a su vocación religiosa. Viviendo ocultas, lejos unas de otras, siguieron sosteniendo a la Iglesia y a su pueblo mediante la oración.

A finales de los años ochenta comenzó a vislumbrarse la esperanza de un regreso. En 1989, veintiséis familias vivían todavía en el antiguo monasterio. Nuestras hermanas pudieron volver a vestir el hábito religioso solo en 1991. Con cinco hermanas, la historia visible de nuestra comunidad pudo recomenzar. En 1992, dos hermanas llegaron desde Francia para apoyar la reconstrucción interior del Carmelo: sor Marie-Élisabeth —que más tarde sería priora— y sor Colette-Marie. Sor Marie-Élisabeth, a quien se concedió poco tiempo, pues el Padre celestial la llamó a sí en 1999 a los 51 años, fue la restauradora espiritual del Carmelo renacido. Su vida, su enseñanza y su entrega marcaron profundamente a nuestra comunidad. Jóvenes llamadas a la vida carmelita comenzaron a llamar una tras otra a la puerta del monasterio. La primera profesión solemne tuvo lugar en 1996; desde entonces, veintitrés jóvenes monjas han pronunciado sus votos perpetuos. Con el crecimiento de la comunidad, nos establecimos en 2002 en Magyarszék, a quince kilómetros de Pécs, donde antiguos establos y dependencias agrícolas tuvieron que transformarse en un monasterio.

Nuestra vida religiosa ha sido modelada por el ejemplo de nuestras hermanas que testimoniaron el abandono total en el Señor y la serenidad en el sufrimiento: sor Kinga (1973-2009), cuyo diario espiritual, traducido a varias lenguas, se ha convertido para muchas personas en un ejemplo de confianza en Dios; sor Erzsébet (1983-2017), llamada también a la Casa del Padre en

plena juventud; y sor Colette-Marie (1944-2019), que vivió veintisiete años en Hungría y formó, como maestra de novicias, a numerosas jóvenes en la fidelidad y la sencillez.

En 2006, a petición del Arzobispo de Alba Iulia, algunas de nuestras hermanas se trasladaron a Transilvania para fundar un nuevo monasterio. Hoy, quince hermanas viven en Magyarszék y siete en Marosszentgyörgy, la fundación transilvana.

La historia de nuestra comunidad atestigua que Dios suscita vida nueva a partir de la fidelidad y del sacrificio silencioso. Nuestra esperanza no se apoya en lo que se ve, sino en la confianza de que Dios puede transformarnos y atraernos hacia Él. «La esperanza se lanza hacia aquello que aún no poseemos y se eleva por encima de todo lo que no es Dios», enseña san Juan de la Cruz. Esa esperanza mantiene despiertos nuestros corazones en la noche de Navidad. La esperanza es virtud del peregrino: nos sostiene en el camino hacia lo invisible, hacia el cumplimiento ya presente pero todavía no poseído. Así vive hoy nuestra comunidad carmelita: con el corazón vigilante, orando por la paz del mundo y testimoniando en silencio la esperanza: la fidelidad de Dios no falla jamás.

Sor Ángela, OCD
Priora



HUNGRÍA: ARCIABADÍA BENEDICTINA DE PANNONHALMA, VÁR

El Jubileo de la Esperanza

«Justificados, pues, por la fe, estamos en paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, por quien también hemos obtenido, mediante la fe, el acceso a esta gracia en la cual permanecemos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. Y no sólo eso; nos gloriamos asimismo en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia, la paciencia, virtud probada, y la virtud probada, esperanza. Y la esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado»

(Romanos 5, 1-5).

El apóstol Pablo explica la esperanza cristiana en numerosos pasajes. El capítulo citado enseña que el camino de la fe no es una huida del mundo, sino una vida reconciliada con Dios: paz respecto al pecado pasado, gracia para el presente, esperanza para el futuro y amor que lo abraza todo. Pablo condensa en pocas frases el dinamismo interior de la existencia cristiana: de la justificación por la fe a la esperanza que madura a través del sufrimiento.

No es la observancia de la ley, sino la fe en Cristo lo que hace justo al hombre ante Dios. La «paz» no significa únicamente serenidad interior, sino comunión recobrada: el fin de la enemistad provocada por el pecado. La justificación no es simplemente un estado moral, sino un don divino que restaura nuestra relación

con el Creador.

La gracia en la que permanecemos es la forma nueva de existencia, el tiempo presente de la salvación: como creyentes, vivimos ya inmersos en la gracia, en la amistad de Dios, y no sólo la esperamos. Nuestra fe no es un acto puntual, sino un estado de vida. Nuestra gloria radica en ser hijos de Dios, y alcanzaremos la plenitud de esta promesa en la vida eterna. La esperanza cristiana, por ello, no es deseo incierto, sino certeza sustentada por la fe: aquello que Dios ha prometido, Él mismo lo llevará a cumplimiento. Y es el Espíritu Santo quien derrama verdaderamente en nosotros el amor de Dios, fuente de la auténtica paz: su presencia y su obra en nuestro corazón.

El Jubileo nos ha ofrecido innumerables ocasiones concretas: esperanza de curación, de perdón y de reconciliación. La historia de cada ser humano contiene pausas dolorosas, pruebas, tensiones, horrores de guerra y desastres naturales. El mensaje esencial del Jubileo es que, aun cuando el desaliento y la ansiedad nos asalten, resuene en lo hondo una de las preguntas apremiantes de Jesús: «¿Por qué tenéis miedo, hombres de poca fe?». Y entonces se nos hace claro que Cristo, al despedirse de sus discípulos, prometió enseñarnos un coraje que conduce finalmente a la paz y a la serenidad.

El mensaje fundamental de Cristo —«que vuestro corazón no





se turbe ni se acobarde»— es fuente de fortaleza y consolación. En una parábola nos enseña que el Padre celestial cuida de las flores y de los pájaros, alimentándolos y vistiéndolos de belleza. ¿No cuidará infinitamente más de nosotros? Los creyentes necesitamos este tipo de esperanza, porque nuestras preocupaciones no son infundadas, pero la vida espiritual no puede sostenerse sin esperanza.

Nuestro tradicional peregrinaje estival en honor de san Benito estuvo naturalmente centrado en el tema de la esperanza. En Roma, los jóvenes de la diócesis de Pannonhalma participaron en la peregrinación juvenil, mientras que los fieles que no pudieron acudir viajaron a la Abadía de Pannonhalma en el marco del año jubilar. Los «peregrinos de la esperanza» elevaron súplicas por el fin de las guerras y por la paz, por los niños víctimas de abusos en la Iglesia, por la sanación de las heridas y divisiones en las familias y por la restauración del mundo creado. Un cristiano no puede permanecer indiferente ante la dramática cuestión de la guerra y la paz, pues la vida humana se convierte hoy en víctima del odio y de los intereses de poder. Jesús no entendía la paz como mero estado político, sino como don de Dios, y predicaba una reconciliación que brota del corazón. Ser «instrumentos de paz» mediante la oración es vocación ineludible para los creyentes.

Las heridas infligidas a los niños abusados dentro de la Iglesia católica constituyen una afrenta no sólo a la dignidad humana, sino al rostro mismo de Dios. La oración de la comunidad cristiana se convierte en camino hacia la sanación, la verdad y la purificación, para que la Iglesia recobre su ser de hogar de protección y misericordia. La Iglesia es el Cuerpo de Cristo: cuando un miembro sufre, todo el cuerpo sufre con él. De ahí la necesidad de interceder con particular intensidad por la sanación de las familias. La familia es lugar de aprendizaje del amor, pero también escenario —a veces— de ruptura, de imperfección, de ausencia de ternura. El anuncio evangélico se completa con la plegaria por la reconciliación, el perdón y la restauración del

amor.

Personas, familias y comunidades existen en el mundo creado por Dios. La creación es el don más grande que el Padre ha puesto en nuestras manos. La crisis ecológica es también crisis espiritual: fruto del egoísmo, de la irresponsabilidad y de la indiferencia. Nuestra oración por el cuidado de la creación no es mero gesto ecológico, sino confesión de fe: Dios sigue viendo el mundo como bueno y nos llama no a explotarlo, sino a custodiarlo. La oración cristiana no huye del mundo: es su forma más profunda de amor y de responsabilidad.

Conviene recordar, además, que la enseñanza de Jesús sobre la esperanza es para todos, y la Iglesia está llamada a transmitirla incluso a los no creyentes. Hoy muchos buscan algo a lo que aferrarse. La esperanza puede convertirse en asidero universal. Podemos hallarla también en quienes la encarnan con su vida, confiando en la misericordia y en el amor de Dios. Entre los testigos más auténticos de la comunidad benedictina húngara se encuentra nuestro insigne hermano, el Padre Placid, fallecido en 2017. Su vida entera fue un canto a la esperanza. Cuando todo parecía perdido —deportado durante décadas a un gulag, viendo morir a sus compañeros en condiciones inhumanas—, nació en él la certeza: «Existo porque tengo una misión». Pues el sufrimiento no es contrario a la rectitud de vida, sino senda hacia ella. La perseverancia refinada en la prueba madura la fe. Esta experiencia no es fatalismo amargo, sino mirada cristiana: el amor de Dios actúa incluso en el sufrimiento. Por ello, como cristianos, no buscamos el dolor, pero reconocemos en él la obra de la gracia.

Aun si me castigan, aun si intentan destruirme, encontraré un sentido más hondo a mi vida: tengo una misión. Vivir para los demás, mantener viva la esperanza en los demás, en toda circunstancia.

Padre Cirill Tamás Hortobágyi OSB
Ariabate

CIUDAD DEL VATICANO: MONASTERIO MATER ECCLESIAE



San Benito de Nursia y la Esperanza: Confiar en Dios como Camino de Vida

San Benito de Nursia (480-547), padre del monacato occidental y fundador de la Orden benedictina, dejó a la Iglesia un legado espiritual de inmenso valor: la Regla. Este texto, escrito en el siglo VI, no es solo una guía para quienes vivimos la vida monástica, sino también un faro de sabiduría humana y cristiana que ilumina a todos los que buscan a Dios en medio de las dificultades del mundo.

Entre los muchos temas que atraviesan la Regla, el de la esperanza ocupa un lugar central. En el capítulo IV, donde enumera los Instrumentos de las buenas obras, san Benito invita al monje a “Poner en Dios su esperanza”. Es una invitación a crecer en la certeza del amor de Dios. Invitación que incluye también la pobreza, ya que solo los pobres tienen esperanza, sólo ellos esperan de verdad.

En una época marcada por la inestabilidad y la caída del Imperio Romano, San Benito ofreció un camino de orden, de paz y de confianza. En el mismo capítulo IV, escribe: “No desesperar jamás de la misericordia de Dios”. Esta frase, aparentemente sencilla, encierra sin embargo una profunda teología de la esperanza. Para Benito, el monje —y con él todo cristiano— debe vivir consciente de sus límites, de sus caídas y fragilidades, pero sostenido por la certeza de que Dios nunca nos abandona. La misericordia divina es más fuerte que el pecado, y la esperanza

en Dios se convierte por tanto en la fuerza que impulsa la conversión y la fidelidad.

En las pruebas y humillaciones es difícil conservar la esperanza. Sin embargo, en el capítulo “Sobre la humildad”, san Benito coloca la palabra esperanza precisamente en un contexto martirial, enriquecido por su potencial escatológico: “Confiados en la esperanza (spes) de la recompensa divina prosiguen gozosos diciendo: ‘En todo esto triunfamos gracias a Aquel que nos amó’ (Rom 8, 37)” (RB VII,39). La esperanza escatológica, aquí presente, nos lleva a mirar hacia el futuro y hacia la vida eterna, y nos coloca en una inmediata relación a Cristo. Es el amor de Cristo lo que sostiene nuestra esperanza.

La esperanza benedictina no es una actitud pasiva de quien espera sin hacer nada. Por el contrario, implica una confianza dinámica que se traduce en trabajo, obediencia y perseverancia. El conocido lema benedictino “Ora et labora” (reza y trabaja) expresa precisamente esta tensión fecunda entre la fe en la providencia de Dios y la responsabilidad personal.

Confiar en Dios no significa abandonar el esfuerzo humano, sino orientarlo hacia Él, sabiendo que cada acción, por pequeña que sea, tiene sentido si se realiza en Su presencia.

En los monasterios benedictinos, como el nuestro, Mater Ecclesiae, la esperanza se manifiesta en gestos concretos y en la fidelidad de cada día, acompaña toda la jornada. La jornada de una monja comienza antes del amanecer, cuando como comu-



nidad nos reunimos vigilantes en espera de la venida del verdadero Sol de justicia: Cristo. Es el primer Oficio, el de Vigilias. Luego nos volvemos a reunir en la iglesia para cantar los salmos de Laudes. En esa oración, mientras sale el sol, confiamos el nuevo día a Dios, esperando en su misericordia y en su luz. Terminado el Oficio de Laudes, 7.30 participamos de la Eucaristía, centro de nuestra vida monástica, que está abierta a la participación de los fieles. La presencia de Cristo, que se hace nueva en cada Eucaristía se extiende a lo largo de todo el día, en el deseo de vivir bajo su mirada.

Después de la oración, el trabajo ocupa un lugar importante. Algunas monjas trabajamos en la cocina, otras en la repostería o en el empaquetado de los productos. Cada tarea, por sencilla que sea, se realiza con dedicación y alegría, como una forma de colaboración con la obra creadora de Dios. Esto conlleva una esperanza concreta: la certeza de que el bien crece también en lo pequeño, en lo oculto y en lo cotidiano.

La esperanza también se expresa en la vida comunitaria. San Benito concibe el monasterio como una "escuela del servicio del Señor". En esta escuela, las monjas nos empeñamos por aprender la paciencia, la humildad y la caridad, virtudes que alimentan la esperanza. La esperanza se vive no de manera aislada, sino compartida: nos sostenemos mutuamente en los momentos de debilidad, recordándonos que el amor de Dios es eterno y fiel. La vida comunitaria se convierte así en un signo visible de que es posible vivir apoyados en Dios y no en el egoísmo o en el miedo. Cuando una hermana está enferma o cansada, tratamos

de ayudarla no sólo con palabras, sino compartiendo el trabajo y sobre todo rezando por ella. En el silencio del claustro, aprendemos que la esperanza se alimenta con paciencia y con la confianza en que el Señor actúa en cada situación, incluso en aquellas más desconcertantes. La esperanza no permanece en el mundo de las ideas, sino que se hace efectiva, apoyada en la palabra divina que dice "todo bien que hay en nosotros viene de Dios" y "que Él nunca abandona a quien se apoya en su amor.

Las monjas benedictinas, por tanto, buscamos encarnar la esperanza en la sencillez de nuestra vida: rezando, trabajando, acogiendo, escuchando, esperando. Desde nuestra vida escondida queremos recordar al mundo que la esperanza no es huida ni ilusión, sino una forma concreta de vivir en la fidelidad de cada día, con el corazón puesto en Dios. En un mundo marcado por la incertidumbre, el mensaje de San Benito sigue siendo actual. Su invitación a "no desesperar jamás de la misericordia de Dios" resuena como una llamada a la confianza y a la serenidad, sabiendo que Dios actúa en la historia y en nuestras vidas, incluso en los momentos más oscuros.

Poner la propia esperanza en Dios significa, en última instancia, vivir con el corazón anclado en la fidelidad divina, construyendo cada día —con la oración, el trabajo y el amor— un mundo más lleno de luz y de paz, un lugar más humano para vivir, como recuerda cada año la Navidad y como anuncia el coro de los ángeles, cantando: "Gloria a Dios en lo alto de los cielos y paz en la tierra a los hombres que ama".

Las monjas Benedictinas

800 años
de la muerte de
San Francisco
de Asís

La Navidad, semilla de esperanza en el corazón del mundo

La luz de Belén y la lección de Greccio en el año jubilar
Al concluir este Año Santo dedicado a la esperanza, la Navidad vuelve a interpelarnos. En un tiempo marcado por conflictos y divisiones, el nacimiento de Cristo en Belén no es una evasión sentimental, sino el anuncio de una presencia que transforma la historia: Dios se ha hecho carne y ha puesto su morada entre nosotros, también en esta historia nuestra, tan ardua y herida. Este año conmemoramos los ochocientos años de la muerte de san Francisco de Asís, quien, en el misterio de la Navidad, no se limitó a contemplar la pobreza del pesebre: la adoptó como estilo de vida, comprendiendo que precisamente en la fragilidad se revela la lógica divina que invierte los valores del mundo. Lo amargo se convierte en dulzura del alma y del cuerpo, como él mismo testimonia al recordar su encuentro con los leprosos. Greccio: ver para creer
Era la noche de Navidad del año 1223 cuando Francisco vivió en Greccio una experiencia única: “ver con los ojos del cuerpo” la pobreza que Jesús experimentó en su nacimiento. Francisco no quiso reproducir o escenificar la Navidad: deseaba ver, mediante un poco de heno, un buey y un asno, la indigencia en la que Jesús quiso nacer. No le bastaba pensar; quería que toda su persona —los sentidos, la mirada, las manos— estuviera implicada. Para Francisco, la fe es vida.
El corazón de aquel acontecimiento fue la Eucaristía celebrada en la gruta. Allí Francisco intuyó la continuidad del misterio: «Cada día se humilla, como cuando, desde el trono real, descendió al seno de la Virgen; cada día viene a nosotros en apariencia

humilde; cada día descende del seno del Padre al altar». El Niño “nacido en el camino”, pobre y sin techo, sigue naciendo en la Eucaristía y en los pequeños, en los últimos, en los descartados. La fuerza oculta en la debilidad. El mensaje de esperanza de la Navidad es paradójico: Dios se presenta como un recién nacido indefenso, “nacido en el camino”, que “no tiene dónde reclinar la cabeza”. Elige la debilidad para revelar la verdadera fuerza, la única capaz de infundir una esperanza que no engaña. Francisco lo comprendió en su propia carne. Él, que soñó con la gloria militar y las riquezas, halló la paz al descender hasta la condición de los leprosos. Se dejó alcanzar por su miseria, compartió su marginación, y en ese contacto descubrió la misericordia que transforma. La esperanza no nace de la posesión, sino del don; no brota de la fuerza, sino de la aceptación de la propia fragilidad. La Navidad nos recuerda que la lógica de Dios es distinta: es la lógica del grano que muere para dar fruto, de la levadura escondida, de la pequeña luz que rasga las tinieblas. Como canta Francisco en la Verna: «Tú eres gozo y alegría, tú eres nuestra esperanza». No se trata de una idea, sino de una Persona viva, fundamento de una esperanza cierta.





Construir fraternidad, no solo esperarla

El Jubileo nos ha llamado a ser peregrinos de esperanza. Pero ¿cómo encontrarla en medio de guerras e injusticias?

La Navidad nos responde: Dios no ha permanecido indiferente, sino que ha entrado en el dolor haciéndose "peregrino y forastero" con nosotros.

Francisco atravesó las líneas de los cruzados para encontrarse con el sultán, buscando el diálogo donde otros solo veían enemigos. La paz nace de una conversión profunda, de la reconciliación con Dios, con uno mismo, con los demás y con la creación.

Estamos llamados a convertirnos en fermento de fraternidad. Ahí toma cuerpo y se hace posible la esperanza.

La alegría que nadie puede arrebatarnos

Existe una alegría propia de la Navidad, una alegría que no depende de las circunstancias, sino de la certeza de saberse amados. Francisco la experimentó y la llamó "la perfecta alegría".

Esa alegría brota de Dios mismo. «Donde hay pobreza con alegría», escribe Francisco, «no hay codicia».

La alegría evangélica es inseparable de la humildad y del abrazo de la fragilidad.

Ésta es la esperanza que la Navidad nos ofrece: no la promesa de una vida sin dificultades, sino la certeza de no estar nunca solos, de ser acompañados por un Dios que nos conoce, nos ama y camina con nosotros como peregrino en el camino.

Es la esperanza que no defrauda, porque se apoya no en nuestras fuerzas, sino en la fidelidad de Dios.

Una llamada para nuestro tiempo

El ejemplo de Francisco nos señala un camino. No se trata de huir ni de encerrarse en el pesimismo, sino de salir de la "zona de confort" y ponerse en camino hacia lugares quizá hostiles, donde escuchar ese deseo que habita en nosotros: ver al Señor en el misterio de su pobreza.

La Navidad nos invita a detenernos ante el pesebre con los ojos

de Francisco: dejarnos convertir por la ternura de Dios, redescubrir que la grandeza está en hacerse pequeño, que la verdadera riqueza es el amor entregado.

«Sean menores y estén sujetos a todos»: Francisco rechazó todo poder para permanecer fiel a su vocación.

Ver y creer: los pasos de Francisco, desarmantes en su sencillez. Su mirada "corporal" tocaba al Señor en el Evangelio, lo reconocía en el leproso, en los hermanos. Miró a los ojos la fragilidad humana, liberado de la amargura y del miedo, y de ese encuentro brotó la alegría de la fe.

Este camino alcanza su plenitud en la Pascua de Francisco, su encuentro con la muerte, a la que llamó "hermana". Allí se consuma la meta de la verdadera esperanza, la que iluminó todos sus pasos como hombre de fe.

Precisamente en su final, en el cumplimiento de su camino, reconocemos la esperanza que animó toda su vida, anclada en el Evangelio incluso en las horas más oscuras.

Vivimos hoy uno de esos pasajes de la historia difíciles de interpretar. No nos bastan lecturas consoladoras ni esperanzas de bajo coste. Somos dolorosamente conscientes de vivir un tiempo casi "suspendido", y buscamos una palabra que ilumine su sentido y nos dé razones para seguir esperando.

No sólo para nosotros, sino también para tantas personas de buena voluntad, hoy marcadas por una esperanza que la realidad parece negar.

¿Podemos aún esperar? ¿Y en qué?

El Emmanuel, el Dios-con-nosotros, al que Francisco buscó y siguió en su pobreza a lo largo de toda su vida, y con quien se encontró en su regreso al Padre, es Él mismo nuestra esperanza. La esperanza que no defrauda.

Fr. Massimo Fusarelli, OFM

Ministro general de la Orden de los Frailes Menores

Un beso que abre la puerta a la esperanza

El pasado mes de octubre, los feligreses de nuestra Basílica de los Santos Apóstoles realizaron el peregrinaje hacia la Puerta Santa de San Pedro. A su regreso, encontré a dos señoras que colaboran con nosotros en la parroquia; entre el cansancio y la conmoción me dijeron:

«Padre, estamos agradecidas a Dios. Hemos atravesado la Puerta Santa y la hemos besado, porque Cristo es la Puerta, es nuestra puerta hacia la vida eterna. Ha sido como besar a Jesús».

Aquel gesto tan sencillo me marcó profundamente. No solo porque citaban el Evangelio —«Yo soy la puerta: quien entre por mí se salvará» (Jn 10,9)—, sino porque en aquel beso lleno de fe descubrí el corazón mismo de este Año Jubilar que ahora llega a su fin: una humanidad en camino, sedienta de esperanza, que busca —incluso a tientas— la cercanía de Dios.

Ese beso a la Puerta Santa, como el beso que daremos al Niño en la noche de Navidad, expresa la fe de un pueblo que no se rinde: un pueblo que camina, que ora, que espera, que cree. Un beso que sella un año vivido en la esperanza verdadera, la que no defrauda, la que no se funda en promesas vacías, sino en Dios que se hace Niño con una promesa de eternidad: «Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28,20).

La esperanza en un mundo sin paz

Hoy más que nunca la esperanza no es un lujo: es una necesidad. Vivimos tiempos en los que la paz parece lejana y frágil. Las guerras se multiplican, las divisiones se profundizan y la mentalidad del «sálvese quien pueda» parece imponerse. ¿Qué puede ofrecer la Navidad en medio de todo esto?

Durante este año, aquí en Roma, he sido testigo de algo decisivo. He visto a tantas personas caminar con dificultad, pero con una fortaleza interior que conmovía. Hombres y mujeres, niños, ancianos, enfermos, religiosos, obispos y hasta el propio Papa León XIV: todos movidos por algo más grande que ellos mismos, avanzaban con la mirada fija en el Dios fiel. Tal vez resonaba en ellos la exhortación de la Carta a los Hebreos: «Mantengamos firme, sin vacilar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que hizo la promesa» (Hb 10,23).

Comprendí allí que la esperanza no es evasión, sino resistencia. Cada paso era como un intento de arrancar a Dios esa esperanza necesaria para iluminar la oscuridad de nuestros tiempos. Era como si el pueblo de Dios, al caminar, suplicase al cielo: «¡No nos dejes sin esperanza!». Por eso, el anuncio de los ángeles a





los pastores sigue resonando para nosotros: «Hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador» (Lc 2,11). Y la antifona de entrada de la Misa de la Aurora proclama con fuerza: «Hoy brillará sobre nosotros una luz: ¡ha nacido el Señor! Su nombre será: Consejero admirable, Dios poderoso, Padre para siempre, Príncipe de la paz. Su reino no tendrá fin» (cf. Is 9,1-6).

Aquel Niño, Cristo Jesús, es nuestra esperanza. En Él «la justicia y la paz se besarán» (Sal 85), y en Él se hace posible un mundo reconciliado. ¡Cómo deseáramos que el beso que daremos al Niño Jesús en esta noche santa se convirtiera en signo de reconciliación para los matrimonios heridos, fuerza para quienes aman con fidelidad, inspiración para los gobernantes que buscan la paz y luz para quienes viven en la soledad o la desesperación!

El Niño de Belén y el “sí” de Francisco

Este año la Navidad nos alcanza en el contexto del 800.º aniversario del tránsito de san Francisco de Asís, quien más que nadie supo vivir este misterio con fe viva y apasionada.

Para Francisco, la Navidad era «la fiesta de las fiestas», la celebración de la humildad de Dios.

Quiso revivirla intensamente en la noche de Greccio, donde — como narra Tomás de Celano — «el Niño Jesús, enterrado en el olvido de muchos corazones, resucitó por gracia gracias a la fe de Francisco».

Y así como contempló con ternura el pesebre, Francisco vivió su muerte como una Navidad definitiva. Pidió ser depositado desnudo sobre la tierra, como su Señor; pidió que se cantase; bendijo a sus hermanos. En su testamento no dejó bienes, sino palabras: «Que se amen siempre unos a otros, que amen la santa pobreza y permanezcan fieles a la Iglesia». No temió la muerte: la llamó hermana. Sabía que era solo el umbral hacia la Vida.

Su esperanza no era una ilusión, sino la confianza plena en el Dios que se ha hecho Niño y ha vencido la muerte. Francisco

murió como vivió: entregándose radicalmente a Dios. Y por eso, ochocientos años después de su Pascua, su vida sigue alimentando la nuestra. Nos enseña que la verdadera esperanza no consiste en el éxito terrenal, sino en saber en quién hemos puesto nuestra confianza (cf. 2 Tm 1,12).

El beso que lo cambia todo

En la noche de Navidad, los sacerdotes besarán el Evangelio y el altar donde Cristo se hace Pan. Las familias besarán la imagen del Niño Jesús en sus hogares. Y todos, de algún modo, besaremos la esperanza que ha venido a visitarnos.

Que ese beso sea también una promesa: de fe renovada, de fidelidad al Evangelio, de comunión con la Iglesia, de solidaridad con los pobres. Porque, como nos recuerda la Iglesia, la esperanza no es pasividad: nos mueve, nos impulsa, nos compromete (cf. Rm 5,5).

Un beso que sella un año en el que hemos aprendido —o deseamos aprender— a edificar la vida sobre la esperanza: no sobre una esperanza cualquiera, sino sobre la verdadera, la que permanece, la que es eterna.

¡Cómo me gustaría pensar que, en el beso al Niño Jesús, nuestra puerta hacia la esperanza, se renueve la promesa de los matrimonios heridos y se fortalezca el amor de quienes lo viven en plenitud! Que ese beso se convierta en oración y compromiso, para que Él, que será llamado Príncipe de la Paz, sea también signo de una paz estable y duradera entre los pueblos.

Este es el deseo que comparto en esta Navidad: que cada uno, contemplando al Niño, se deje tocar por la ternura de Dios y que, como Francisco de Asís, sepa cantar con alegría incluso cuando cae la noche. Porque quien espera en el Señor no queda defraudado (Is 49,23).

Fr. Carlos A. Trovarelli, OFMConv

Ministro General de la Orden de los Frailes Menores Conventuales

Francisco y los umbrales de la Esperanza

En la Basílica superior de Asís, en aquella secuencia de frescos sobre la vida de san Francisco, atrae por su transparencia actual el fresco que representa al papa Inocencio III soñando con el penitente de Asís mientras sostiene sobre sus hombros la basílica derrumbada de Letrán. Es signo de tiempos difíciles y sombríos, ante los cuales, sin embargo, estaba a punto de surgir una esperanza que cambiaría el destino del mundo y de la Iglesia.

A interpretar aquellos tiempos se unió también Dante Alighieri, quien, en la Divina Comedia (Paraíso, canto XI), frente a la avidez y la codicia —“insensata cura de los mortales” (XI,1) que “te hacen batir las alas hacia lo bajo” (XI,3)— evoca las figuras de san Francisco de Asís y de santo Domingo, y extrae, de la enseñanza de santo Tomás de Aquino, la sapiente verdad de que toda la Historia está en manos de la Providencia.

“La Providencia, que gobierna el mundo” (XI,28) —afirma Dante— “ordenó en su favor dos príncipes” (XI,35) para que, sostenida de uno y otro lado (cf. XI,36), “fuese hacia su amado —la esposa de Aquel que con alto grito— la desposó con su sangre bendita—, segura en sí misma y aún más fiel a Él” (XI,31-34).

El camino de la Esperanza no puede decaer, porque está sostenido por la presencia de la Divina Providencia. Al compás de esa Voz marcan sus primeros pasos el hijo de Pietro di Bernardone: “Francisco, ve y repara mi casa” [FF 593]. A esas huellas seguirá el itinerario de toda su vida, umbral tras umbral, recorrido que el Santo de Asís entregará a sus hermanos en su Testamento.

“El Señor me dio a mí, el hermano Francisco, comenzar a hacer penitencia así: cuando estaba en los pecados, me parecía cosa muy amarga ver a los leprosos; y el mismo Señor me condujo entre ellos y usé con ellos de misericordia. Y al apartarme de ellos, lo que me parecía amargo se me cambió en dulzura de alma y de cuerpo. Y después, permanecí un poco y salí del siglo” [FF 110].

Son los tres primeros versículos del Testamento (1226) que san Francisco de Asís entregará “en depósito” a sus hermanos, poco antes de dejar su morada terrena. Todo comenzó con aquel primer paso, ¡y no sin ese paso!

La primera puerta, la de la conversión (1206), había sido franqueada, y la gracia del Señor conduciría al joven de Asís a otros umbrales. Este es el camino jubilar al que el Señor llama, por medio de la Iglesia, a todos los hombres. Umbral tras umbral —o, si se prefiere, puerta tras puerta— para acallar los sonidos del miedo y de la muerte, y hacer resonar la voz de la vida y de la esperanza. El Ángel del Señor, como en la lucha con el patriarca Jacob [cf. Gn 32,24-34], debía ahora “bautizar” con una nueva paternidad al joven Francisco.

Es la segunda puerta, la “Puerta Jubilar” —permítasenos el uso anacrónico de esta expresión para aquella época de Francisco—, la de la desposesión ante el obispo de Asís [cf. FF 344]. Abandonadas las vestiduras paternas, se reviste con los velos de señora Pobreza. ¡Solo Dios es su padre! En el mundo, pero no del mundo, sugeriría la Carta a Diogneto (cap. 5-6) [Funk 1, 317-321]. Un recordatorio, este último, de la vida sapiencial a

la que está llamado todo cristiano.

Un tercer umbral se presenta ahora ante Francisco. Así como el Padre dio discípulos a Jesús [Rnb 22,42-43], así también el Padre enriquece a Francisco con hermanos (1208). ¡Hermano entre hermanos! Desde entonces, el don de los hermanos lo acompañará, en la alegría y en las pruebas, hasta su último aliento.

De ahí el cuarto umbral: vivir en escucha de la Palabra de Dios, según la forma del santo Evangelio, y en obediencia firme al señor papa. Se abre así un camino inmediato: el de la obediencia evangélica en la Iglesia.

“Y después de que el Señor me dio hermanos, nadie me mostraba lo que debía hacer, pero el mismo Altísimo me reveló que debía vivir según la forma del santo Evangelio. Y yo lo hice escribir con pocas palabras y con sencillez, y el señor papa me lo confirmó” [FF 116].

Menor, pobre y sin privilegios. “Esta fue siempre su gloria: que, apartada toda apariencia de privilegio y de orgullo, habitase en él la fuerza de Cristo” [FF 1726].

Un quinto umbral será la misión entre los sarracenos, que le implicará en el don de sí mismo, en el anuncio evangélico y en el acompañamiento de sus hermanos. A este periodo pertenecen la Carta a todos los clérigos, la Carta a los gobernantes de los pueblos, las Ammonizioni, la Carta a un ministro y la Carta a los fieles. Francisco se hace evangelizador y prójimo de todos los hombres, consciente de que ningún umbral puede afrontarse con ligereza ni sin heridas.

El penúltimo umbral se cumple en Greccio (1223). Allí Francisco, recordando la llamada inicial, se encuentra extasiado ante el Niño Jesús, el último entre los últimos.

“Y cada vez que decía ‘Niño de Belén’ o ‘Jesús’, pasaba la lengua por los labios, como si quisiera saborear y deglutir toda la dulzura de aquella palabra” [FF 470].

Forjado como orante y contemplativo, está ya preparado para la Verna (1224). Allí se encuentra con el Señor crucificado, que imprimirá en su cuerpo los signos de una Pasión compartida, convirtiéndole en imagen del hombre nuevo. ¡El Cántico del hermano Sol sellará el abrazo consumado con el Padre y con las criaturas!

El último umbral que habrá de cruzar será en la Porciúncula (1226), donde la hermana muerte le abrirá la última Puerta: la *lanua Coeli*. ¡El “todo está cumplido” del hombre nuevo, Francisco de Asís!

Dante Alighieri borda su tránsito con estas palabras:

“Cuando a aquel que a tanto bien fue destinado

le plugo de elevarlo hacia el premio

que mereció por hacerse tan pequeño,

a sus hermanos, como a herederos justos,

recomendó su dama más querida,

y mandó que la amasen con fidelidad” [XI, 109-114].

El itinerario jubilar de san Francisco de Asís señala puertas que



cruzar, umbrales que superar e itinerarios que vivir. A ello llama la Providencia; de ello se alimenta la Esperanza.
¡Por un mundo de Paz y de Bien!
"Y dijo a los hermanos: «Yo he hecho mi parte; la vuestra, que Cristo os la enseñe»" [FF 1239].

Fr. Roberto Genuin, OFM Cap
Ministro General de la Orden de los Frailes Menores Capuchinos

Navidad en Belén y los 800 años de San Francisco

Ochocientos años después de la muerte de San Francisco de Asís, su mensaje de paz y de esperanza sigue resonando con fuerza, especialmente en Belén, la ciudad donde todo comenzó. La Navidad de este año adquiere un valor particular: no solo por la memoria del acontecimiento que cambió la historia —el nacimiento de Jesucristo—, sino también porque nos recuerda al hombre que, más que ningún otro, supo vivir y cantar la humildad de aquel misterio.

La humildad de la Encarnación y la caridad de la Pasión Tomás de Celano, primer biógrafo de Francisco, escribe que «especialmente la humildad de la Encarnación y la caridad de la Pasión estaban siempre presentes en su memoria, de modo que raramente quería pensar en otra cosa». En estas palabras se encierra el corazón de la espiritualidad franciscana: contemplar al Dios que se ha hecho pequeño, pobre y frágil por amor.

Para Francisco, la Encarnación no es un concepto teológico, sino un encuentro concreto con la ternura de un Dios que se inclina hacia la humanidad. Contemplar al Niño de Belén significaba para él comprender plenamente que Dios se ha hecho hombre para hacerse cercano, para compartirlo todo, incluso la pobreza.

El deseo de ver con los propios ojos

De este deseo nace precisamente el pesebre de Greccio. Francisco no quería solo recordar la Navidad, sino verla, tocarla y vivirla con los ojos y con el corazón. Deseaba «ver con sus propios ojos la pobreza y la humildad del nacimiento del Señor», como

narra de nuevo Tomás de Celano. En 1223, en una noche fría y silenciosa, en la pequeña gruta de Greccio, el Santo recreó la escena evangélica: el buey, el asno, el pesebre, y sobre todo la Eucaristía, corazón del misterio de la Encarnación. Por la manera en que Francisco preparó aquel pesebre, parecía encontrarse uno ante la gruta de Belén: la cuna junto al altar, la pobreza del lugar, la luz que emanaba del misterio. Era como si Francisco hubiera querido llevar Belén a Italia, acercando a todos el misterio de un Dios que se hace hombre.

Greccio y Belén: dos grutas, un único misterio

Ochocientos años después, ambas grutas —la de Belén y la de Greccio— siguen dialogando entre sí. En ambas resplandece la misma luz: la del Dios que entra en el mundo bajo la forma más desarmante, la de la debilidad. Belén vive hoy todavía heridas de guerra, tensiones e incertidumbres. Pero precisamente allí, donde nació el Príncipe de la Paz, se renueva cada año el grito del Evangelio: «Paz en la tierra a los hombres que ama el Señor». Es la misma paz que Francisco buscó, vivió y anunció. Él, hombre de reconciliación y de fraternidad, se hizo peregrino de paz también en Tierra Santa, cuando quiso encontrar al sultán al-Malik al-Kamil durante las cruzadas, mostrando que el diálogo y la fraternidad son más fuertes que la violencia.

Francisco, el hombre de la paz y de la esperanza

Ocho siglos después, Francisco sigue siendo el hombre de la paz y de la esperanza. Es quien canta las maravillas de la creación y la maravilla del ser humano, capaz de perdonar por amor a



© Custodiae Terrae Santa



© Custodiae Terrae Santa

Dios. Su voz, límpida y desarmada, atraviesa todavía los siglos y habla a un mundo herido por guerras y divisiones. En un tiempo en el que parece prevalecer el miedo, Francisco nos recuerda que la paz solo nace de un corazón reconciliado, de un corazón que se deja tocar por el misterio del nacimiento de Jesús.

La paz que nace de un Niño

Con el nacimiento de Jesús, la Paz ha entrado en el mundo. Las guerras no han terminado —ni siquiera en Tierra Santa—, pero para quien acoge a ese pequeño Niño necesitado de todo, una paz nueva invade el corazón y una esperanza nueva reabre el futuro.

La Navidad, entonces, no es un recuerdo sentimental, sino una llamada a dejarse transformar: como Francisco en Greccio, como los pastores de Belén, como todos aquellos que han visto la luz y han hecho de ella su vida.

En el silencio de la noche santa, entre las piedras antiguas de Belén y los valles umbrosos de Greccio, se renueva el mismo anuncio: «Hoy os ha nacido un Salvador, que es Cristo el Señor».

Es el anuncio que sigue cambiando la historia y que, desde hace ochocientos años, Francisco no ha dejado de hacernos escuchar con la sencillez de un corazón enamorado.

Feliz Navidad desde Belén, bajo el signo de San Francisco, hombre de paz, hombre de esperanza.

Padre Francesco Ielpo, OFM
Custodio de Tierra Santa



© Custodiae Terrae Santa

La esperanza se construye en la fraternidad

En el tiempo en que se cierra el Jubileo, la Iglesia se reúne en torno al misterio de la Navidad, como en torno a un fuego que no deja de arder. Es el tiempo de la esperanza, la estación en la que la fe nos recuerda que la historia, aun herida y contradictoria, sigue estando habitada por Dios. En un mundo que parece haber perdido la paz y la confianza, la Navidad continúa resonando como un anuncio de vida: Dios sigue haciéndose cercano, caminando con el ser humano, naciendo en los pliegues de su fragilidad.

La esperanza cristiana no es un optimismo ingenuo ni una simple espera de tiempos mejores. Es la certeza de que el amor de Dios es más fuerte que cualquier noche, de que su fidelidad no falla jamás. La Navidad nos invita a mirar la realidad sin negar su dureza, pero descubriendo en ella la presencia discreta del Señor que actúa en el silencio. Allí donde todo parece inmóvil, el Señor abre un paso; allí donde el miedo paraliza, el Señor vuelve a encender el coraje de recomenzar.

Como sabemos, en la Navidad de 1223 san Francisco de Asís

quiso contemplar este misterio con una sencillez que ha atravesado los siglos: en Greccio, deseando “ver con los ojos del cuerpo” la pobreza del Niño de Belén. No buscaba una representación devota, sino un encuentro real. Hizo preparar un pesebre, la paja, un buey y un asno: signos humildes para recordar que Dios eligió el camino de la pequeñez.

Francisco, de cuya muerte nos disponemos a celebrar el octavo centenario, había comprendido que el Dios de la Navidad no domina desde lo alto, sino que se abaja para compartir nuestra humanidad. Es un Dios que no se impone, sino que se expone; que no pide sacrificios, sino que ofrece su propia vida. Y precisamente en esta vulnerabilidad se revela la fuerza de la esperanza. Es, en el fondo, el testimonio de que la paz no se conquista con las armas, sino que nace del corazón reconciliado. Es el signo de que la esperanza se construye en la fraternidad, en la acogida, en el servicio humilde y concreto.

Vivimos en un tiempo de fragmentación, en el que es fácil ceder al cinismo o a la resignación; pero el nacimiento de Jesús sigue





recordándonos que toda historia puede ser renovada, que la luz vence todavía a la oscuridad, que el amor tiene siempre la última palabra. Y nos pide que nos convirtamos nosotros mismos en portadores de esperanza, no con grandes gestos, sino con la paciencia cotidiana del bien: una escucha que consuela, una palabra que alienta, una mano que se tiende. Así continúa Dios encarnándose en el mundo. La esperanza se hace concreta cuando elegimos no apartar la mirada ante el sufrimiento, cuando custodiamos la dignidad de cada persona, cuando construimos puentes en lugar de muros.

El Jubileo que concluye nos ha recordado que la misericordia de Dios no se agota, sino que se renueva. La Navidad nos invita a contemplar esta misericordia hecha carne: un Dios que no permanece distante, sino que viene a habitar nuestra historia. Él es la verdadera esperanza, porque nada de lo humano le es ajeno. Contemplando al Niño de Belén, aprendemos el lenguaje de la

ternura, aquel que san Francisco utilizaba para hablar a todas las criaturas; el lenguaje de la paz, que nace del reconocimiento de la fraternidad universal.

La Navidad, entonces, no es evasión, sino misión. Es la llamada a convertirnos en luz en medio de las oscuridades del tiempo, a testimoniar que Dios sigue creyendo en el ser humano. Es la fiesta de un Dios que no se cansa de recomenzar, que se confía a manos humanas para ser acogido, custodiado, amado.

Por eso, también hoy san Francisco nos invita a arrodillarnos ante el pesebre, no para huir del mundo, sino para aprender a mirarlo con los ojos de la esperanza. De aquel humilde establo sigue brotando la paz, la verdadera, la que no nace de los tratados sino de los corazones renovados por el amor.

Fray Marco Moroni, OFMConv

Custodio del Sacro Convento de San Francisco en Asís



Una luz desde la Porciúncula: peregrinos de Esperanza en la Navidad Jubilar



En el corazón de Asís, la Porciúncula —custodiada por la Basílica de Santa María de los Ángeles— encarna la esencia del carisma franciscano. El Papa Francisco, en la bula *Spes non confundit* de convocatoria del Jubileo 2025, recuerda cómo ya en 1216 el Papa Honorio III acogió la súplica de San Francisco para conceder la indulgencia a quienes visitasen este lugar, adelantando en ochenta años la tradición jubilar (cf. n. 5).

Este pequeño oratorio, levantado con piedras mendigadas en el monte Subasio y dedicado a la Virgen de los Ángeles, conserva la memoria viva del Pobrecillo. Aquí reparó la iglesia en obediencia al Crucificado de San Damián: «Francisco, ¿no ves que mi casa se cae? Ve, pues, y arrégla por mí» (Fuentes Franciscanas, n. 1411).

Aquí fundó en 1209 la Orden de los Hermanos Menores; aquí Clara recibió el hábito en 1211, dando inicio a las Clarisas; aquí obtuvo Francisco la Indulgencia en 1216.

Y aquí, finalmente, el 3 de octubre de 1226, acogió cantando a la hermana muerte.

Del viaje a Tierra Santa en 1219 nació en él el deseo de que todos pudieran «ver con los ojos del cuerpo» la humildad de Dios. Así, hace ochocientos años, dio vida en Greccio a la primera representación del belén (cf. Fuentes Franciscanas, nn. 466-471). El sentido profundo de hacer el belén reside en este

encuentro con la Encarnación: el Dios que se manifiesta haciéndose hombre, naciendo en la pobreza.

“Peregrinos de Esperanza” es el lema elegido por el Papa Francisco para el Jubileo 2025, y es innegable que necesitamos esperanza: la necesita una sociedad que vive absorbida por el presente e incapaz de mirar al futuro (cf. Francisco, Homilía, 9 mayo 2024). El belén se convierte así en un signo tangible de esa esperanza: un gesto sencillo que suscita asombro y alegría, y que anuncia el misterio de la Encarnación con humildad y luz (Francisco, *Admirabile signum*, 1 diciembre 2019).

En continuidad, el Papa León XIV, tomando el testigo del Jubileo, subrayó en la fiesta de San Francisco de 2025 que el Año Santo es «un tiempo de esperanza concreta» para «hallar perdón y misericordia, y recomenzar de nuevo» (León XIV, Audiencia jubilar, 4 octubre 2025).

San Francisco oraba en Navidad: «Este es el día que hizo el Señor: exultemos en él y alegrémonos. Porque el santísimo Niño amado nos ha sido dado y para nosotros nació en el camino, y fue recostado en un pesebre, porque no había lugar en la posada» (Fuentes Franciscanas, n. 303).

En un tiempo violento como el suyo —y como el nuestro— buscaba la paz que es Cristo mismo. Celebrar la Navidad no significa huir de la realidad: ayuda a reconocer que la pobreza en la que



nació Jesús está hoy presente en tantos lugares de sufrimiento y de guerra. Y es clave para entender aquella luz que los hombres tantas veces no acogen: «la luz vino al mundo, pero los hombres prefirieron las tinieblas a la luz» (Jn 3,19).

Celebrar la Navidad en la Porciúncula, también mediante la exposición internacional de belenes, invita a cuatro reflexiones: Reconocer la grandeza del amor divino en el Hijo hecho hermano nuestro. Ser portadores de humanidad hacia todos, especialmente hacia los descartados. Dar espacio a Jesús y a los pequeños del Evangelio en nuestro corazón. Seguir la vía de la humildad, como Francisco, que evangelizó con la sencillez del belén, llamando a seguir a Jesús desde la cuna hasta la cruz. El Niño de Belén es el rostro de la misericordia del Padre, y en la Porciúncula miles de peregrinos encuentran cada año ese rostro en la experiencia del Perdón, marchándose con el eco del salmista: «eterna es su misericordia» (Sal 136).

Cuando el Jubileo 2025 llegue a su término, el mensaje de esperanza de la Porciúncula no se apagará.

La Porciúncula permanece como una «puerta siempre abierta»:

el don de la Indulgencia es cotidiano y perpetuo. En un mundo sin paz, recordará que cada día podemos ser peregrinos de esperanza, anunciando que Dios sigue haciéndose presente en la humildad y en la misericordia.

Incluso con las puertas jubilares cerradas, permanece abierto el camino hacia aquel Niño que, como en Greccio hace ocho siglos, renace en el corazón de quienes tienen el valor de anunciarlo (cf. Fuentes Franciscanas, n. 470).

Las palabras que San Francisco entregó desde el lugar de su tránsito bienaventurado resuenan hoy como un testamento dirigido a cada hombre:

«Yo he hecho mi parte; la vuestra, Cristo os la enseñe» (Fuentes Franciscanas, n. 1239). La responsabilidad es continuar el camino, llevando al mundo la luz del Evangelio con la humildad y la alegría que él nos mostró.

Padre Massimo Travascio, OFM
Custodio de la Porciúncula



De Verna a Greccio

En 1223 san Francisco hizo representar el nacimiento de Jesús en el marco de la celebración eucarística de la Navidad en Greccio. A partir de allí se difundió la costumbre de repetir representaciones sagradas de la Natividad, lo que hoy llamamos el Belén. En septiembre del año siguiente viviría, en la Verna, aquella experiencia espiritual inédita que lo llevó a encontrarse —aun estando vivo— crucificado como Jesús.

En realidad, los acontecimientos que se han sucedido en este 2025 que se acerca a su fin nos invitan a considerar cómo la esperanza es capaz de impulsarnos a recorrer el camino inverso: de la Verna a Greccio. Si también nosotros deseamos, en nuestras familias, celebrar de modo significativo y auténtico el nacimiento de Jesús, no podemos dejar fuera de nuestra casa la desesperación que hemos visto adueñarse de la vida de millones de personas en muchas partes del mundo.

“Jubileo de la esperanza”, que acaba de concluir, significa que podemos hallar un motivo para esperar que no brote de simples dinámicas o capacidades humanas, sino que nos sea concedido desde lo Alto, desde una fuente que no está a nuestra disposición. Esperar

que el perdón divino ante las maldades humanas toque el corazón de los poderosos y oriente la mirada de todos hacia lo débil y necesitado de cuidado, como un recién nacido. Celebrar la Navidad sin cerrar los ojos ni el corazón a los dramas del mundo no es conformarse con un momento de distracción tradicional, un tiempo de buenos sentimientos traducidos únicamente en compras y en alguna llamada de felicitación; significa dejarnos mover por la esperanza de que cada acto de amor hacia los débiles nos expone a la crítica, a la incompreensión de quienes están a nuestro lado, incluso a la soledad, pero que —si es amor verdadero— no puede no convertirse en cuidado concreto de este mundo que los medios de comunicación nos muestran día tras día.

Amar, entonces, es aceptar ser crucificados por los demás, ser heridos, desaprobados, rechazados, pero sin resignarnos ni quedar inmóviles en la indiferencia, aturridos y anestesiados por la sobrecarga de información. Solo quien ha celebrado la Pascua con Jesús, como san Francisco en la Verna, puede celebrar su Navidad con calor y verdad, y alrededor de la mesa de casa descubriremos que estamos heridos pero vivos, marcados pero verdaderos amantes de este mundo





que, tras haber perdido la fe, a menudo parece haber perdido también la razón.

Que san Francisco, estigmatizado por amor, nos ayude a ser hombres y mujeres de amor concreto, de esperanza cierta, de confianza inquebrantable en la posibilidad que tiene el ser humano de cambiar de rumbo y convertirse en artífice de paz. Francisco murió hace ocho siglos, pero su mensaje —y, sobre todo, el Espíritu que lo animó— permanece actual y activo. Ciertamente, ninguno de nosotros es un san Francisco; pocos son leones de coraje, pero todos podemos comenzar donde él comenzó: permaneciendo ante un crucifijo pintado en una iglesita en ruinas y abandonada, y dejando de huir de los crucificados de carne y hueso, de los leprosos a quienes todos evitaban. Empezar por los leprosos de hoy, por aquellos a quienes las leyes humanas o las costumbres nos autorizan a ignorar, y comenzar con una respuesta sencilla al llamamiento que su silenciosa existencia nos dirige continuamente: “sí, te veo, estás ahí, no puedo fingir que tu clamor no me afecta”.

Desde nuestros teléfonos móviles y ordenadores, o desde las enormes pantallas de nuestros televisores, podemos ver el mundo entero: pero ver implica acoger una llamada, y saber implica quedar interpelados en el amor. Solo quien acepta vivir como Jesús en su dinámica pascual puede pasar con autenticidad de la Verna a Greccio: de cargar con las heridas del mundo con Jesús, a celebrar de verdad la Navidad con Él.

Esto es lo que esperamos para cada uno de nosotros, y para ello nos comprometemos, a fin de que desde 2026 —memoria de la muerte de san Francisco, muerte que denominamos “tránsito”— podamos transitar hacia una paz que nunca será simplemente justa, sino fruto de acuerdos, de diálogo y de perdón, y por tanto fruto de la Pascua. Esta es nuestra esperanza, esta es la esperanza de la Iglesia, y nos gloriamos de profesarla en Cristo Jesús, nuestro Señor.

¡Feliz itinerario espiritual a todos, de la Verna a Greccio, en cada hogar y en cada corazón!

Padre Guido Fineschi, OFM
Guardián del Santuario de La Verna



«¡Tú eres la paz! ¡Tú eres nuestra esperanza!»

Cristo, «el Verbo del Padre, tan santo y glorioso», nacido para nosotros, Aquel a quien «el altísimo Padre celestial, por medio de su ángel Gabriel, anunció a la Virgen María, y del seno de Ella recibió la verdadera carne de nuestra humanidad y fragilidad», es nuestra paz y nuestra esperanza. Es en este Niño frágil, como todos los niños, donde san Francisco amaba contemplar nuestra salvación. Y, por encima de todas las demás solemnidades, «celebraba con inefable ternura la Navidad y llamaba fiesta de las fiestas al día en que Dios, hecho pequeño infante, mamó de un pecho humano».

En Jesús, Dios entra en la historia del hombre y, como decía san Juan Pablo II, «una historia de vida hecha de alegrías, angustias y dolores; una historia que Cristo encuentra y que, en diálogo con Él, reanuda su camino de esperanza».

En plena consonancia de espíritu, hoy el papa León XIV nos asegura en una catequesis que «no existe historia tan marcada por la decepción o por el pecado que no pueda ser visitada por la esperanza».

El próximo año celebraremos el VIII Centenario del Tránsito de san Francisco (1226-2026), aniversario de una muerte que habla de Vida, porque en Francisco, «alter Christus», contemplamos

cumplidos los misterios de la Vida de Jesús.

Dos años antes de su muerte, ya marcado en el corazón y en el cuerpo por los estigmas de Cristo, plenamente configurado con el Amado, exclama en las Alabanzas del Dios altísimo: «Tú eres seguridad; Tú eres la paz. Tú eres gozo y alegría; Tú eres nuestra esperanza. Tú eres protector; Tú eres custodio y defensor nuestro;

Tú eres fortaleza, Tú eres refugio. Tú eres nuestra esperanza; Tú eres nuestra vida eterna, gran y admirable Señor, Dios omnipotente, misericordioso Salvador».

En dos ocasiones Francisco repite: «Tú eres esperanza»: la primera, vinculándola a la confianza segura, prenda de paz y de alegría, porque todo está en las manos de Dios; la segunda, a la salvación, pues Él es refugio, defensor, protector, nuestro porvenir de eternidad.

Esa esperanza late ya en el corazón del joven Francisco cuando, ante el Crucifijo en San Damián, ora:





«Altísimo, glorioso Dios, ilumina las tinieblas de mi corazón. Dame fe recta, esperanza cierta y caridad perfecta; sentido y conocimiento para cumplir tu santo y verdadero mandamiento».

Esta oración revela su noche interior, y a la vez un destello de luz: la certeza de que solo la fe, la esperanza y la caridad pueden iluminar verdaderamente el corazón y transformar la vida; la convicción de que todo conocimiento es vano si no se orienta a cumplir la voluntad santa y verdadera de Dios.

El papa Benedicto XVI afirmaba:

«En nuestros muchos sufrimientos y pruebas precisamos también de nuestras pequeñas y grandes esperanzas: una visita benevolente, la curación de heridas internas o externas, la resolución positiva de una crisis... En pruebas menores, estos tipos de esperanza pueden bastar. Pero en las pruebas verdaderamente graves, en las que debo tomar la decisión definitiva de anteponer la verdad al bienestar, a la carrera o a la posesión, la certeza de la gran esperanza verdadera se vuelve imprescindible».

Las esperanzas humanas, aunque buenas, no bastan. Sin el paso interior de las «expectativas y esperanzas humanas» a las «expectativas y esperanzas divinas», no podremos comprender de verdad el Evangelio, que invierte todas las expectativas terrenas. Entonces será Dios mismo quien nos haga pasar de la tristeza de la desilusión a la paz y a la alegría; la esperanza divina brillará como luz fulgurante en las tinieblas de nuestro corazón y en las sombras de miedo, guerra y muerte que oscurecen la vida del

mundo.

Muchas veces el Señor concedió a los santos la luz de la fe: la capacidad de discernir el entramado salvífico de los acontecimientos, de escrutar, como centinelas en las alturas de la Ciudad de Dios, los signos imperceptibles pero seguros de la esperanza divina: el porvenir histórico de la paz cuando el mundo estaba en guerra; el avance del designio eterno; la posibilidad del milagro como desbordante efusión del corazón de Dios; la certeza de que «la esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que nos ha sido dado».

Es este Espíritu de Amor quien ora y espera en nosotros, quien nos concede el abandono confiado de los hijos que invocan: «¡Abbá, Padre! ¡En Ti espero!».

Al acercarnos a la conclusión del «Jubileo» y en la espera de la Navidad, nosotros, peregrinos de esperanza —o quizá errantes buscadores de sentido y plenitud de vida—, dirigimos la mirada confiada hacia el futuro con María. Por medio de Ella nos llega el anuncio de la «Gran Esperanza»:

«Un Niño nos ha nacido...»

su nombre será: Consejero admirable, Dios poderoso, Padre eterno, Príncipe de la paz.

Grande será su imperio y la paz no tendrá fin».

Las hermanas Clarisas del Protomonasterio de Asís

Un mensaje de esperanza jubilar en Navidad



Al concluir este Año Jubilar, nos encontramos en un mundo que a menudo parece privado de paz. En tiempos de turbulencia e incertidumbre, el mensaje de esperanza que transmite la Navidad se vuelve aún más vital para quienes son de buena voluntad.

La esencia de la esperanza navideña es la celebración del nacimiento de Jesucristo, cuya vida y enseñanza siguen inspirando a miles de millones de personas en todo el mundo. El acontecimiento de Su nacimiento no es simplemente un momento histórico, sino una declaración cósmica de que la verdadera Luz ha rasgado las tinieblas. La proclamación angélica a los pastores —«No temáis, pues os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo» (Lucas 2,10)— constituye la esencia misma de la esperanza manifestada en Navidad. Esta alegría no depende de nuestras circunstancias; es un recordatorio profundo de la presencia divina que ofrece consuelo en las pruebas de la vida.

Muchos, a lo largo de este Año Jubilar, han experimentado la esperanza como un ancla espiritual. En una sociedad a menudo marcada por conflictos, divi-

siones y desesperanza, la esperanza se erige como un pilar de fortaleza arraigado en la fe. La narrativa bíblica insiste en que la esperanza no es pasiva; es activa y dinámica, y nos llama a relacionarnos con el mundo a través de la mirada del amor y la compasión. Romanos 15,13 afirma: «Que el Dios de la esperanza os colme de todo gozo y paz en la fe, hasta rebosar de esperanza por la fuerza del Espíritu Santo». Este pasaje nos invita a buscar activamente la esperanza, cultivándola mediante la oración y la vida comunitaria.



Nuestra comunidad de fe es fundamental para fomentar la esperanza. Todas nuestras comunidades, en mayor o menor medida, desempeñan un papel decisivo en su cultivo, especialmente durante el tiempo de Navidad. Cuando los creyentes se reúnen para celebrar, crean redes de apoyo y aliento. La dimensión comunitaria de la Navidad ilumina nuestra experiencia humana compartida, recordándonos que no estamos solos en nuestras dificultades. Los villancicos entonados al unísono, la convivencia en torno a la mesa y los gestos de caridad contribuyen a reforzar el mensaje de que, juntos, podemos alimentar la esperanza incluso en los momentos más oscuros. La esperanza está presente también en medio de los desafíos globales. El mundo afronta hoy numerosos retos: conflictos, pobreza, cambio climático e injusticia social. Cada uno de ellos puede generar sentimientos de abatimiento. Sin embargo, la Navidad nos llama a superar la desesperanza, sosteniendo la paz y la reconciliación en un mundo herido. Las enseñanzas de Cristo nos exhortan a ser agentes de cambio, promoviendo la justicia, cuidando de los marginados y alentando entornos en los que todas las personas puedan prosperar.

La celebración del Jubileo ha llevado a muchos a reflexionar sobre una llamada a la acción: estamos invitados a vivir el mensaje de esperanza. Podemos preguntarnos: ¿qué significa encarnar la esperanza navideña en nuestra vida diaria? Comienza con nuestras acciones. Practicar la bondad, tender la mano a quien lo necesita y ofrecer el perdón son ejemplos concretos de cómo podemos expresar esta esperanza. La Navidad no es solo un tiempo de contemplación, sino también una invitación a actuar. Estamos llamados a construir un mundo que refleje la paz proclamada por Jesús: un mundo donde el amor prevalezca sobre el odio, la comprensión sobre el prejuicio y la unidad sobre la división.

En nuestra reflexión personal, pensemos en hallar la esperanza dentro de nosotros. La esperanza no es externa; reside en lo más profundo de nuestro ser. Nos impulsa a mirar más allá de nuestras circunstancias inmediatas y a reconocer el potencial de bondad y gracia en nosotros mismos y en los demás. La introspección en este tiempo gozoso nos permite afrontar nuestros miedos y dudas, creando espacio para que la esperanza



pueda florecer.

Al abrazar los temas de esperanza durante este tiempo navideño, recordemos que el verdadero mensaje de la Navidad es relevante para toda persona que emprende un camino de fe y buena voluntad. Se nos invita continuamente a creer en la belleza de la transformación y en el poder del amor. Que esta Navidad podamos custodiar y transmitir la esperanza que renace, procurando que no solo habite en nuestros corazones, sino que se derrame hacia afuera, en nuestras comunidades y en el mundo entero.

Mientras celebramos la Navidad, encarnemos su espíritu de esperanza, permitiendo que guíe nuestras acciones e interacciones en un mundo sediento de paz. Que este tiempo nos bendiga con una esperanza renovada, creando una cadena de positividad en la vida de quienes encontremos en nuestro camino.

Padre Luca Gregory, OFM
Custodia de Tierra Santa

INDICE

POR TANTO,CELEBREMOS EL NACIMIENTO DEL SEÑOR ...	pag. 3	IRAQ: PATRIARCHATO DI BABILONIA DEI CALDEI	pag. 46	UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SANTO TOMÁS DE AQUINO (ANGELICUM)	pag. 84
LA GEOGRAFÍA DE LA ESPERANZA	pag. 4	ITALIA: DIÓCESIS DE ROMA	pag. 48	PARA UNA NAVIDAD DE PAZ Y DE ESPERANZA	pag. 86
UNA NAVIDAD DE ESPERANZA	pag. 5	LUXEMBURGO: ARQUIDIÓCESIS DE LUXEMBURGO	pag. 49	LA NAVIDAD: DIOS QUE DESCIENDE A NUESTRA REALIDAD	pag. 88
LA ESPERANZA QUE PERDURA: LOS FRUTOS DEL JUBILEO	pag. 6	MALASIA: DIÓCESIS DE PENANG	pag. 50	«EL PUEBLO QUE CAMINABA EN TINIEBLAS VIO UNA LUZ GRANDE»	pag. 90
RENACER EN LA CONFIANZA: EL VALOR DE LA ESPERANZA EN EL TIEMPO DEL TRABAJO Y DE LA NAVIDAD	pag. 7	MARRUECOS: ARQUIDIÓCESIS DE RABAT	pag. 51	LA ESPERANZA NOS ELEVA	pag. 92
EL BELÉN DE LA DIÓCESIS DE NOCERA INFERIORE-SARNO PARA EL JUBILEO 2025	pag. 8	PARAGUAY: ARCHIDIÓCESIS DE ASUNCIÓN	pag. 52	SAN AGUSTÍN Y LA ESPERANZA	pag. 94
EL ÁRBOL DE NAVIDAD EN LA PLAZA DE SAN PEDRO	pag. 9	PERÚ: ARQUIDIÓCESIS DE LIMA	pag. 53	SAN AGUSTÍN, MAESTRO DE ESPERANZA	pag. 96
LA NATIVIDAD EN EL AULA PABLO VI	pag. 10	PORTUGAL: DIÓCESIS DE SETÚBAL	pag. 55	MENSAJEROS DE ESPERANZA EN UN MUNDO QUE ANHELA LA PAZ	pag. 98
LOS PASTORES DE LA IGLESIAA	pag. 11	RUANDA: ARQUIDIÓCESIS DE KIGALI	pag. 56	AL FINAL DEL JUBILEO DE LA ESPERANZA PERMANECE CRISTO, NUESTRA ESPERANZA	pag. 100
EL PARÁCLITO SE CONVIERTE EN LA FUENTE DE UN RÍO DE GRACIA	pag. 12	SERBIA: ARQUIDIÓCESIS DE BELGRADO	pag. 58	¿CÓMO HEMOS VIVIDO EN NUESTRA COMUNIDAD EL AÑO JUBILAR?	pag. 102
INCLINARSE ANTE LA BELLEZA Y EL AMOR DE DIOS	pag. 14	SINGAPUR: ARQUIDIÓCESIS DE SINGAPUR	pag. 59	“EN EL HILO DE RAFAEL”: LA NAVIDAD EN LA EMISIÓN FILATÉLICA VATICANA	pag. 104
TODA LA LITURGIA DE NAVIDAD NOS ASEGURA QUE LA “LUZ” EXISTE	pag. 16	SIRIA: NUNCIATURA APOSTÓLICA EN DAMASCO	pag. 60	DESDE LAS DIÓCESIS DEL MUNDO	pag. 105
EL ANUNCIO DE ESPERANZA	pag. 18	ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA:ARQUIDIÓCESIS DE CHICAGO	pag. 61	ALBANIA: ARQUIDIÓCESIS DE TIRANA-DURRËS	pag. 106
EL DIÁLOGO ES UN CAMINO DE ESPERANZA	pag. 20	ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA: NUNCIATURA APOSTÓLICA EN WASHINGTON D.C.	pag. 62	ARGELIA: DIÓCESIS DE CONSTANTINA (HIPONA)	pag. 108
NAVIDAD EN QUEBEC Y EN COLOMBIA	pag. 22	SUECIA: DIÓCESIS DE ESTOCOLMO	pag. 63	EAU, OMÁN Y YEMEN: VICARIATO APOSTÓLICO DE ARABIA MERIDIONAL	pag. 110
UNA PEREGRINACIÓN DE PROXIMIDAD	pag. 24	VATICANO	pag. 64	ARGENTINA: ARCHIDIÓCESIS DE BUENOS AIRES	pag. 112
¿QUÉ ES LA NAVIDAD?	pag. 26	LA PEQUEÑEZ DE DIOS	pag. 65	AZERBAIYÁN: PREFECTURA APOSTÓLICA DE AZERBAIYÁN	pag. 114
LA ESPERANZA QUE HABITA LA NAVIDAD	pag. 28	LA ESPERANZA QUE NACE DEL ENCUENTRO Y DEL CAMINO COMPARTIDO	pag. 66	BÉLGICA: ARZOBISPADO DE MALINAS-BRUSELAS	pag. 116
SALVADORA DE LA URBE	pag. 30	LA NAVIDAD: UNA HISTORIA DE ESPERANZA	pag. 68	BENIN: ARQUIDIÓCESIS DE COTONÚ	pag. 118
ARGELIA: ARQUIDIÓCESIS DE ARGEL	pag. 32	NAVIDAD, UN CANTO DE ESPERANZA	pag. 70	COSTA DE MARFIL: ARQUIDIÓCESIS DE BOUAKÉ	pag. 120
BRASIL: ARQUIDIÓCESIS DE MANAUS	pag. 33	NATIVIDAD Y ESPERANZA: EL DON QUE RENACE EN EL TRABAJO COTIDIANO	pag. 72	COSTA RICA: ARCHIDIÓCESIS DE SAN JOSÉ	pag. 122
COLOMBIA: ARQUIDIÓCESIS DE BOGOTÁ	pag. 35	EL MISTERIO PASCUAL TIENE SU ALBA EN EL MISTERIO DE LA ENCARNACIÓN Y DE LA NATIVIDAD	pag. 74	ECUADOR: ARCHIDIÓCESIS DE QUITO	pag. 124
ECUADOR: ARQUIDIÓCESIS DE GUAYAQUIL	pag. 37	PEREGRINANTES IN SPEM CUM SANCTO THOMA	pag. 76	EGIPTO: VICARIATO DE ALEJANDRÍA DE EGIPTO	pag. 126
FILIPINAS:DIÓCESIS DE KALOOKAN	pag. 38	LA ESPERANZA QUE RENACE: LA NAVIDAD CON SAN FRANCISCO, PROFETA DE LA LUZ HUMILDE	pag. 78	ESTONIA: DIÓCESIS DE TALLINN	pag. 128
JAPÓN: ARQUIDIÓCESIS DE TOKIO	pag. 39	LA ESPERANZA EN EL AÑO JUBILAR Y EL CENTENARIO SALESIANO: UN FUTURO QUE CONSTRUIR JUNTOS	pag. 80	REINO DE ESWATINI: DIÓCESIS DE MANZINI	pag. 130
REINO UNIDO: ARQUIDIÓCESIS DE WESTMINSTER	pag. 40	LA NAVIDAD ES SIEMPRE UN MENSAJE DE ESPERANZA Y DE PAZ	pag. 82	GAMBIA: DIÓCESIS DE BANJUL	pag. 132
HAÍTÍ: DIÓCESIS DE LES CAYES	pag. 42			ALEMANIA: ARQUIDIÓCESIS DE HAMBURGO	pag. 134
INDIA: ARQUIDIÓCESIS DE HYDERABAD	pag. 43				
INDIA: ARQUIDIÓCESIS DE BOMBAY	pag. 44				
IRÁN: ARQUIDIÓCESIS DE TEHERÁN-ISFAHÁN	pag. 45				

JAPÓN: DIÓCESIS DE NIIGATA	pag. 136	FRANCIA: SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DEL LAUS, SAINT-ÉTIENNE-LE-LAUS	pag. 197	ESLOVAQUIA: CATEDRAL DE SANTA ISABEL, KOŠICE	pag. 247
JORDANIA: VICARIATO PATRIARCAL LATINO	pag. 138			ESPAÑA: SANTUARIO DE SANTIAGO, COMPOSTELA	pag. 249
GUAM: ARQUIDIÓCESIS DI AGAÑA	pag. 140	FRANCIA: SANTUARIO DEL SAGRADO CORAZÓN, PARAY-LE-MONIAL	pag. 199		
ISLANDIA: DIÓCESIS DE REYKJAVIK	pag. 142	FRANCIA: SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DE PONTMAIN	pag. 201	REINO UNIDO: SANTUARIO NACIONAL CATÓLICO Y BASÍLICA DE NUESTRA SEÑORA, EN WALSINGHAM	pag. 251
ITALIA: ARQUIDIÓCESIS DE SPOLETO-NORCIA	pag. 144				
LETONIA: ARQUIDIÓCESIS DE RIGA	pag. 146	ALEMANIA: SANTUARIO CONSOLADORA DE LOS AFLIGIDOS, KEVELAER	pag. 203	ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA: SANTUARIO NACIONAL DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN, WASHINGTON, D.C.	pag. 253
MARTINICA: ARQUIDIÓCESIS DE FORT-DE-FRANCE	pag. 148	IRLANDA: SANTUARIO EUCARÍSTICO Y MARIANO INTERNACIONAL DE KNOCK	pag. 205		
MAURITANIA: DIÓCESIS DE NUAKCHOT	pag. 150	ITALIA: SANTUARIO DE SANTA MARÍA DEL FONTE, CARAVAGGIO	pag. 207	LA VOZ DE LAS COMUNIDADES RELIGIOSAS	pag. 255
MAURICIO: DIÓCESIS DE PORT LOUIS	pag. 152	ITALIA: SANTUARIO DE LA VIRGEN DE LOS DOLORES, CASTELPETROSO	pag. 209	AUSTRALIA: MONASTERIO CARMELITANO, GOONELLABAH	pag. 256
PRINCIPADO DE MÓNACO: ARCHIDIÓCESIS DE MÓNACO	pag. 154	ITALIA: SANTUARIO DE LA BEATA VIRGEN DEL SANTO ROSARIO, FONTANELATO	pag. 211	AUSTRIA: CARMELO DE SAN JOSÉ, GRAZ	pag. 258
PAÍSES BAJOS: DIÓCESIS DE HAARLEM-AMSTERDAM	pag. 156	ITALIA: SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DE FRASSINO, PESCHIERA DEL GARDA	pag. 213	AUSTRIA: ABADÍA DE WILTEN, INNSBRUCK	pag. 260
PAKISTÁN: DIÓCESIS DE ISLAMABAD-RAWALPINDI	pag. 158	ITALIA: SANTUARIO DE LA MADRE DEL BUEN CONSEJO, GENAZZANO	pag. 215	CANADÁ: ABADÍA BENEDICTINA DE SAINTE-MARIE DES DEUX-MONTAGNES, SAINTE-MARIE-SUR-LE-LAC	pag. 262
PARAGUAY: DIÓCESIS DE CAACUPÉ	pag. 160	ITALIA: SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DE LA GUARDIA, GÉNOVA	pag. 217	CANADÁ: MONASTERIO AGUSTINO DE LA MISERICORDIA DE JESÚS, MONTREAL	pag. 264
PORTUGAL: PATRIARCADO DE LISBOA	pag. 162	ITALIA: SANTUARIO DEL MILAGRO EUCARÍSTICO, LANCIANO	pag. 219	CHILE: MONASTERIO DEL ESPÍRITU SANTO, LOS ANDES	pag. 266
REPÚBLICA CHECA: DIÓCESIS DE PILSEN	pag. 164	ITALIA: SANTUARIO PONTIFICIO DE LA SANTA CASA, LORETO	pag. 221	FRANCIA: ABADÍA TRAPENSE DE NOTRE-DAME D'ACEY	pag. 268
REPÚBLICA DEMOCRÁTICA DEL CONGO: ARQUIDIÓCESIS DE BUKAVU	pag. 166	ITALIA: SANTUARIO DE SANTA ROSALÍA, PALERMO	pag. 223	FRANCIA: MONASTERIO DEL CARMELO DE COMPIÈGNE, JONQUIÈRES	pag. 270
ESLOVENIA: ARCHIDIÓCESIS DE LIUBLIANA	pag. 168	ITALIA: SANTUARIO DE SAN ANTONIO, PADUA	pag. 225	FRANCIA: MONASTERIO CARMELITANO DE DIJON, FLAVIGNEROT	pag. 272
ESPAÑA: ARQUIDIÓCESIS DE SANTIAGO DE COMPOSTELA	pag. 170	ITALIA: SANTUARIO DE SAN ALFONSO MARIA DE' LIGUORI, PAGANI	pag. 227	FRANCIA: MONASTERIO DEL CARMELO, LISIEUX	pag. 274
TOGO: DIÓCESIS DE KARA	pag. 172	ITALIA: SANTUARIO PONTIFICIO DE LA BEATA VIRGEN MARÍA DEL SANTO ROSARIO, POMPEYA	pag. 229	FRANCIA: MONASTERIO DE LAS CLARISAS, LOURDES	pag. 276
TÚNEZ: ARZOBISPADO DE TÚNEZ	pag. 174	ITALIA: SANTUARIO DE SAN PIO DE PIETRELCINA, SAN GIOVANNI ROTONDO	pag. 231	FRANCIA: ABADÍA BENEDICTINA DE SANTA MARÍA DE MAUMONT, JUIGNAC	pag. 278
TURQUÍA: VICARIATO APOSTÓLICO DE ANATOLIA	pag. 176	ITALIA: SANTUARIO DE SAN LEOPOLDO MANDIĆ, PADUA	pag. 233	GRECIA: MONASTERIO DEL CARMELO, ATENAS	pag. 280
VIETNAM: ARQUIDIÓCESIS DE HANÓI	pag. 178	ITALIA: SANTUARIO DE SANTA CATERINA, SIENA	pag. 235	INDIA: ANANDA MATHA ASHRAM MONASTERIO TRAPENSE DE WAYANAD, KERALA	pag. 282
SANTUARIOS: FUENTES DE ESPERANZA	pag. 180	ITALIA: SANTUARIO DE SANTA MARÍA SANTÍSIMA DE TÍNDARI	pag. 237	INGLATERRA: ABADÍA BENEDICTINA DE BUCKFAST, BUCKFASTLEIGH	pag. 284
ANDORRA: SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DE MERITXELL	pag. 181	LITUANIA: NUESTRA SEÑORA DE LA PUERTA DE LA AURORA, VILNA	pag. 239	INGLATERRA: ABADÍA BENEDICTINA DE STANBROOK, WASS, YORK	pag. 286
ARGENTINA: SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA, LUJÁN	pag. 183	URUGUAY: SANTUARIO DE LA VIRGEN DE LOS TREINTA Y TRES, FLORIDA	pag. 241	INGLATERRA: CONVENTO DE LAS BENEDICTINAS DE TYBURN, LONDRES	pag. 288
BÉLGICA: SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA (VIRGEN DE LOS POBRES), BANNEUX	pag. 185	POLONIA: SANTUARIO DE JASNA GÓRA, CZĘSTOCHOWA	pag. 243	IRLANDA: MONASTERIO DE SANTA CATALINA DE SIENA, THE TWENTIES, DROGHEDA	pag. 290
BÉLGICA: SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DE BEAURAING	pag. 187	PORTUGAL: SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO, FÁTIMA	pag. 245	ISLANDIA: MONASTERIO DEL CARMELO, HAFNARFJORDUR	pag. 292
BRASIL: SANTUARIO NACIONAL DE NUESTRA SEÑORA APARECIDA	pag. 189			ISRAEL: MONASTERIO DEL MONTE CARMELO, HAIFA	pag. 294
FILIPINAS: SANTUARIO DE LA VIRGEN DE LA PAZ Y DEL BUEN VIAJE, ANTIPOLLO	pag. 191				
FRANCIA: SANTUARIO DEL SANTO CURA ARS-SUR-FORMANS	pag. 193				
FRANCIA: SANTUARIO DEL NIÑO JESÚS, BEAUNE	pag. 195				

TIERRA SANTA: MONASTERIO DE LAS CLARISAS, NAZARET	pag. 296	ITALIA: TRES FUENTES Y ACQUE SALVIE	pag. 332	ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA: MONASTERIO DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO ANCHORAGE, ALASKA	pag. 368
ITALIA: MONASTERIO DE LAS SIERVAS DE SANTA MARÍA, ARCO DE TRENTO	pag. 298	IRLANDA: MONASTERIO DEL CARMELO ESTRELLA DEL MAR, MALAHIDE	pag. 334	ESTADOS UNIDOS: ABADÍA TRAPPISTA DE GENESEE, PIFFARD NY	pag. 370
ITALIA: MONASTERIO BENEDICTINO DE SANTO ANDRÉS APÓSTOL, ARPINO	pag. 300	MALASIA: MONASTERIO CARMELITA DEL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA KUCHING, SARAWAK	pag. 336	ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA: ABADÍA DE SAN JUAN, COLLEGEVILLE MN	pag. 372
ITALIA: MONASTERIO AGUSTINO DE SANTA MARÍA MAGDALENA, CASCIA	pag. 302	MAURICIO: CARMELO DE PORT-LOUIS	pag. 338	ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA: MONASTERIO DEL CORPUS CHRISTI, BRONX, NUEVA YORK	pag. 374
ITALIA: ABADÍA BENEDICTINA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD, CAVA DE' TIRRENI	pag. 304	MARRUECOS: MONASTERIO TRAPENSE DE NUESTRA SEÑORA DEL ATLAS	pag. 340	REINO UNIDO: ABADÍA DE PLUSCARDEN, ELGIN ESCOCIA	pag. 376
ITALIA: MONASTERIO DE LAS CLARISAS DE SANTA LUCÍA, CITTÀ DELLA PIEVE	pag. 306	MARRUECOS: MONASTERIO CARMELITA DE LA SAGRADA FAMILIA Y DE SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS, TÁNGER	pag. 342	HUNGRÍA: MONASTERIO DE TODOS LOS SANTOS MAGYARSZÉK	pag. 378
ITALIA: MONASTERIO BENEDICTINO SAN ANTONIO ABATE, FERRARA	pag. 308	NORUEGA: MONASTERIO DOMINICO DE LUNDEN	pag. 344	HUNGRÍA: ARCIABADÍA BENEDICTINA DE PANNONHALMA, VÁR	pag. 380
ITALIA: MONASTERIO DE SANTA MARIA DEGLI ANGELI ERMITA AGUSTINIANA, LECCETO	pag. 310	NUEVA ZELANDA: CARMELO DE CRISTO RE CHRISTCHURCH	pag. 346	CIUDAD DEL VATICANO: MONASTERIO MATER ECCLESIAE	pag. 382
ITALIA: ABADÍA BENEDICTINA MATER ECCLESIAE, ISOLA SAN GIULIO	pag. 312	PORTUGAL: MONASTERIO DE CRISTO REDENTOR AVEIRO	pag. 348	800 AÑOS DE LA MUERTE DE SAN FRANCISCO DE ASÍS	pag. 384
ITALIA: ABADÍA DE MONTECASSINO CASSINO	pag. 314	PORTUGAL: MONASTERIO DEL CARMELO COIMBRA	pag. 350	LA NAVIDAD, SEMILLA DE ESPERANZA EN EL CORAZÓN DEL MUNDO	pag. 385
ITALIA: MONASTERIO AGUSTINO DE SANTA CLARA DE LA CRUZ MONTEFALCO	pag. 316	PORTUGAL: CARMELO DE SAN JOSÉ, FATIMA	pag. 352	UN BESO QUE ABRE LA PUERTA A LA ESPERANZA	pag. 387
ITALIA: ABADÍA BENEDICTINA MONTEVERGINE	pag. 318	PORTUGAL: MONASTERIO DOMINICO DEL ROSARIO PERPETUO FÁTIMA	pag. 354	FRANCISCO Y LOS UMBRALES DE LA ESPERANZA	pag. 389
ITALIA: ABADÍA AGUSTINIANA DE NOVACELLA VARNA	pag. 320	PAÍSES BAJOS: ABADÍA DE MONTE SAN BENEDICTO VAALS	pag. 356	NAVIDAD EN BELÉN Y LOS 800 AÑOS DE SAN FRANCISCO	pag. 391
ITALIA: ABADÍA BENEDICTINA PRAGLIA	pag. 322	SAMOA: MONASTERIO CARMELITA DE SAN JOSÉ APIA	pag. 358	LA ESPERANZA SE CONSTRUYE EN LA FRATERNIDAD	pag. 393
REPÚBLICA DE SAN MARINO: HIJAS BENEDICTINAS DE LA DIVINA VOLUNTAD SAN MARINO	pag. 324	ESPAÑA: REAL MONASTERIO DE SANTO DOMINGO DE GUZMÁN CALERUEGA	pag. 360	UNA LUZ DESDE LA PORCIÚNCULA: PEREGRINOS DE ESPERANZA EN LA NAVIDAD JUBILAR	pag. 395
ITALIA: ABADÍA BENEDICTINA DE SAN PABLO EXTRAMUROS, ROMA	pag. 326	ESPAÑA: MONASTERIO DE LA CONVERSIÓN, SOTILLO DE LA ADRADA ÁVILA	pag. 362	DE VERNA A GRECCIO	pag. 397
ITALIA: MONASTERIO SANTÍSIMO REDENTOR, SCALEA	pag. 328	ESPAÑA: MONASTERIO DE SAN JOSÉ, LA SOLANA CIUDAD REAL	pag. 364	«¡TÚ ERES LA PAZ! ¡TÚ ERES NUESTRA ESPERANZA!»	pag. 399
ITALIA: ABADÍA BENEDICTINA DE SUBIACO	pag. 330	ESPAÑA: MONASTERIO BENEDICTINO LEYRE (NAVARRA)	pag. 366	UN MENSAJE DE ESPERANZA JUBILAR EN NAVIDAD	pag. 401

